[redacted]

G867 Q92 LAC

G867
Q92

LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

OBRAS

SATÍRICAS Y FESTIVAS

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XXXIII

OBRAS
SATÍRICAS Y FESTIVAS

DE

D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1908

205616

MADRID.—Imp. de Perlado, Páez y C.ª (Suc. de Hernando), Quintana, 33.

HISTORIA

DE LA

VIDA DEL BUSCON LLAMADO DON PABLOS.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que cuenta quién es y de dónde.

Yo, señor, soy de Segovia; mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo (Dios le tenga en el cielo). Fué tal, como todos dicen, de oficio barbero, aunque eran tal altos sus pensamientos, que se corria le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa, y segun él beba, es cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo, y nieta de Lépido Ziuraconte.

Sospechabase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres de sus pasados, esforzaba que descendia de los del triunvirato romano. Tuvo muy buen parecer, y fué tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió todos los copleros de España hacian cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recien casada, y áun despues, porque malas lenguas daban en decir que mi padre

metia el dos de bastos por sacar el as de oros. Prohóselo que á todos los que hacia la barba á navaja, miéntras les daba con el agua, levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermano de siete años les sacaba muy á su salvo los tuétanos de las faldriquéras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre, por ser tal, que rebaba á todos las voluntades. Por estas y otras niñerías estuvo preso; aunque, segun á mí me han dicho despues, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que á ninguno llamaban señoría. Las damas diz que salian por verle á las ventanas, que siempre pareció bien mi padre, á pié y á caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy della. Mi madre, pues, no tuvo calamidades. Un dia, alabándome'a una vieja que me crió, decia que era tal su agrado, que hechizaba á todos cuantos la trataban; sólo diz que le dijo no sé qué de un cabron; lo cual la puso cerca de que la diesen plumas, con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos, otros algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcagüeta y flux para los dineros de todos. Ver, pues, con la cara de risa que e la oia esto de todos, era para más atraerles sus voluntades. No me detendré en decir la penitencia que hacia. Tenia su posento, donde sola ella entraba (y algunas veces yo, que como era chico podia), todo rodeado de calaveras, que ella decia eran para memorias de la muerte; y otros, por vituperarla, que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado, y deciame á mí: «¿Qué piensas? Con el recuerdo desto aconsejo á los que bien quiero que para que se libren dellas vivan con la barba sobre hombro; de suerte que ni áun con mínimos indicios se les averigüe lo que hicieren.»

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre á quién

habia de imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué ni á uno ni á otro. Decíame mi padre: «Hijo, esto de ser ladron, no es arte mecánica, sino liberal;» y de allí á rato, habiendo suspirado, decia de manos: «Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y alcaldes nos aborrecen tanto? unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el dia de nuestro santo? No lo puedo decir sin lagrimas» (lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habian bataneado las costillas): «porque no querrian que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros; mas de todo nos libra la buena astucia. En mi mocedad siempre andaba por las iglesias (y no cierto de puro buen cristiano). Muchas veces me hubieran llevado en el asno si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé sino cuando lo manda la santa madre Iglesia; y así, con esto y mi oficio he sustentado á tu madre lo más honradamente que he podido.» «¿Cómo me habeis sustentado?» dijo ella con gran cólera (que le pesaba que yo no me aplicase á brujo): «yo he sustentado á vos y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo ó por las bebidas que os daba? Gracias á mis botes. Y si no temiera que me habian de oir en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chiminea, y os saqué por el tejado.» Más dijera, segun se habia encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos, que tenia metidos en paz. Yo les dije que queria aprender virtud, resueltamente, y ir con mis buenos pensamientos adelante; y así, que me pusiesen á la escuela, pues sin leer ni escribir no se podia hacer nada. Parecióles bien lo que yo decia, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó á ocuparse en ensartar las muelas, y mi padre fué á rapar á uno (así lo dijo él), no sé si la

barba ó la bolsa: yo me quedé solo, dando gracias á Dios, que me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.

CAPÍTULO II.

De cómo fuí á la escuela y lo que en ella me sucedió.

A otro dia ya estaba comprada cartilla y hablado al maestro. Fuí, señor, á la escuela; recibióme muy alegre, diciendo que tenia cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo con esto, por no desmentirle, dí muy bien la licion aquella mañana. Sentábame el maestro junto á sí, ganaba la palmatoria los más dias por venir ántes, y ibame el postrero, por hacer algunos recaudos de señora (que así llamábamos á la mujer del maestro). Tenialos á todos con semejantes caricias obligados. Favoreciéronme demasiado, y con esto creció la envidia entre los demas niños. Llegábame de todos á los hijos de caballeros, y particularmente á un hijo de D. Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas. Ibame á su casa los dias de fiesta, y acompañábale cada dia. Los otros, ó que porque no les hablaba, ó que porque les parecia demasiado punto el mio; siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros me llamaban don Ventosa; cuál decia, por desculpar la envidia, que me queria mal porque mi madre le habia chupado dos hermanitas pequeñas de noche. Otro decia que á mi padre le habian llevado á su casa para que la limpiase de ratones, por llamarle gato. Otros me decian zape cuando pasaba, y otros miz. Cual decia: «Yo le tiré dos brengenas á su madre cuando fué obispa.» Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria á Dios. Y aunque yo me corria, disimulábalo, todo lo sufria, hasta

que un dia un muchacho se atrevió á decirme á voces hijo de una puta y hechicera: lo cual, como lo dijo tan claro (que áun si lo dijera turbio no me pesara), agarré una piedra y escalabréle. Fuime á mi madre corriendo, que me escondiese, y contéla el caso todo; á lo cual me dijo: «Muy bien hiciste; bien muestras quién eres; sólo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo.» Cuando yo oí esto (como siempre tuve altos pensamientos), volvíme á ella, y dije: «¡Ah madre! pésame sólo de que algunos de los que allí se hallaron me dijeron no tenia que ofenderme por ello, y no les pregunté si era por la poca edad del que lo habia dicho.» Rogüéle que me declarase si pudiera habel e desmentido con verdad, ó que me dijese si me habia concebido á escote entre muchos, ó si era hijo de mi padre. Rióse, y dijo: «¡Ah noramaza! ¿Eso sabes decir? No serás bobo; gracias tienes; muy bien hicistes en quebrarlo la cabeza; que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de dedir.» Yo con esto quedé como muerto, determinado de coger lo que pudiese en breves dias, y salirme de casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé; fué mi padre, curó al muchacho, apacignólo y volvióme á la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razon que habia tenido. En todo esto, siempre me visitaba el hijo de D. Alonso de Zúñiga, que se llamaba D. Diego, porque me queria bien naturalmente; que yo trocaba con él los peones (si eran mejores los mios). Dábale de lo que almorzaba, y no le pidia de lo que él comia; comprábale estampas, enseñábale á luchar, jugaba con él al toro, y entretenítale siempre. Así que, los más dias sus padres del caballerito, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban á los mios que me dejasen con él á comer, cenar y áun dormir los más dias. Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre

(el cual tenía fama de consejero), que el D. Diaguito me dijo: «Hola, llámale Poncio Pilato, y hé a correr.» Yo, por dar e gusto á mi amigo, llaméle Poncio Pilatos. Corrióse tanto el hombre, que dió á correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme; de suerte que fué forzoso meterme huyendo en casa de mi maestro. Dando gritos entró el hombre tras mí, y defendiéndome el maestro, asigurando que no me matase, prometiéndole de castigarme. Y así luégo, aunque la señora le rogó por mí (movida de lo que la servia), no aprovechó: mandóme desatacar, y azotándome, decia tras cada azote: «¿Dureis más Poncio Pilatos?» Yo respondia: «No, señor;» y respondílo dos veces á otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo que, mandándome al dia siguiente decir, como solia, las oraciones á los otros, llegando al Credo (advierta vuesa merced la inocente malicia), al tiempo de decir: «Padeció so el poder de Poncio Pilato,» acordándome que no habia de decir más Pilatos, dije: «Padeció so el poder de Poncio de Aguirre.» Dióle al maestro tanta risa de oir mi simplicidad, y de ver el miedo que le habia tenido, que me abrazó y me dió una firma, en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese. Con esto fuí yo muy contento. Llegó (por no enfadar) el tiempo de las Carnestolendas; y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos. Echamos suerte entre doce señalados por él, y cúpome á mí. Avisé á mis padres que me buscasen galas. Llegó el dia, y salí en un cabal o hético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola, el pescuezo de camello y más largo, la cara no tenía sino un ojo, aunque overo. Echábansele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenía á cargo en el ganarle la racion. Yendo, pues, en él dando vuelcos á un lado y otro, como fariseo en paso, y los demas niños todos adrezados

tras mí, pasamos por la plaza (aún de acordarme, tengo miedo), y llegando cerca de las mesas de las verdureras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo á una, y ni fué visto ni oido, cuando lo despachó á las tripas, á las cuales, como iba rodando por el gazuate, no llegó en mucho tiempo. La bercera (que siempre son desvergonzadas) empezó á dar voces. Llegáronse otras, y con ellas pícaros y alzando zahanorias garrofales, nabos frisones, brengenas y otras legumbres, empiezan á dar tras el pobre rey. Yo, viendo que era batalla nabal, y que no se habia de hacer á caballo, quise apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que yendo á empinarse, cayó conmigo (hablando con perdon) en una privada: púseme cual vuesa merced puede imaginar. Ya mis muchachos se habian armado de piedras, y daban tras las verdureras, y escalabraron dos.

Yo á todo esto, despues que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña. Vino la justicia, prendió á berceras y muchachos, mirando á todos qué armas tenian, y quitándoselas, porque habian sacado algunas dagas de las que traian por gala, y otros espadas pequeñas. Llegó á mí; y viendo que no tenia ningunas, porque me las habian quitado, y metidolas en una casa á secar con la capa y sombrero; pidióme, como digo, las armas, al cual respondí, todo sucio, que si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenia otras. Y de paso quiero confesar á vuesa merced que cuando me empezaron á tirar las brengenas, nabos, etc., que, como llevaba plumas en el sombrero, entendí que me habian tenido por mi madre, y que la tiraban, como habian hecho otras veces; y así, como necio muchacho, empecé á decir: «Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza Saturno de Rebollo, mi madre;» como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro. El miedo me disculpa la ignorancia y el sucederme la desgracia tan de repente. Pero volviendo al alguacil, quiso

llevarme á la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme (tal me habia puesto del lodo). Unos se fueron por una parte, y otros por otra, y yo me vine á mi casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté á mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venia, que me quisieron maltratar. Yo e haba la culpa á las dos leguas de rocin exprimido que me dieron. Procuraba satisfacerlos; y viendo que no bastaba, salime de su casa, y fuime á ver á mi amigo D. Diego, al cual halié en la suya descalabrado, y á sus padres resueltos por ello de no le inviar más á la escuela. Allí tuve nuevas de cómo mi rocin, viéndose en aprieto, se esforzó á tirar dos coces, y de puro flaco se desgajaron las ancas, y se quedó en el lodo, bien cerca de acabar. Viéndome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado, y el caballo muerto, determiné de no volver más á la escuela ni á casa de mis padres, sino de quedarme á servir á D. Diego, ó, por decir mejor, en su compañía, y esto con gran gusto de sus padres, por el que daba mi amistad al niño. Escribí á mi casa que yo no habia menester ir más á la escuela, porque aunque no sabia bien escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requeria era escribir mal; y así, desde luégo renunciaba la escuela por no darles gasto, y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé de dónde y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia no los veria.

CAPÍTULO III.

De cómo fuí á un pupilaje por criado de D. Diego Coronel.

Determinó, pues, D. Alonso de poner á su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que habia en Segovia un licenciado Cabra, que tenia por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y á mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer domingo despues de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal lacéria no admite encarecimiento. Él era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refran que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avecinados en el cogote, que parecia que miraba por cuévanos; tan hundidos y escuros, que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se le habia comido de unas buas de resfriado; que áun no fueron de vicio, porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecia que amenazaba á comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanos y vagamundos se los habian desterrado; el gaznate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecia se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de media abajo, parecia tenedor, ó compas con dos piernas largas y flacas; su andar muy de espacio; si se descomponia algo, se sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla hética; la barba grande, por nunca se la cortar, por no gastar; y él decia que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que ántes se dejaria matar que ta-

permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traia un bonete los dias de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, segun decian algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenian por de cuero de rana; otros decian que era ilusion; desde cerca parecia negra, y desde léjos entre azul; llevábala sin ciñidor; no traia cuellos ni puños: parecia, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podia ser tumba de filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no habia en el: conjuraba los ratones, de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormia siempre de un lado por no gastar las sábanas; al fin, era archipobre y protomiseria.

A poder, pues, deste vine, y en su poder estuve con don Diego; y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo no duró más. Díjonos lo que habíamos de hacer: estuvimos ocupados en esto hasta la hora del comer; fuimos allá: comian los amos primero, y servíamos los criados. El refitorio era un aposento como un medio celemin; sustentábanse á una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos; y como no los ví, pregunté que cómo no los habia á un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó á enternecerse, y dijo: «¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo.» Yo con esto me comencé á afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de ántes vivian en el pupilaje estaban como lesnas, con unas caras que parecian se afeitaban con diaquilon. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendicion; comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una delas

peligraba Narciso más que en la fuente. Notó con la ansia que los macilentos dedos se echaban á nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decia Cabra á cada sorbo: «Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demas es vicio y gula.» Acabando de decillo, echóse su escudilla á pechos, diciendo: «Todo esto es salud y otro tanto ingenio.» ¡Mal ingenio te acabe! decia yo entre mí, cuando ví un mozo medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecia la habia quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero á vueltas, y dijo el maestro: «Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale: coman; que me huelgo de vellos comer.» Repartió á cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó á las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decia: «Coman; que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas.» (Mire vuesa merced qué buen aliño para los que bostezaban de hambre.) Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos y unos huesos, y dijo el pupilero: «Quede esto para los criados; que tambien han de comer: no lo queramos todo.» «¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado, decia yo; que tal amenaza has hecho á mis tripas!» Echó la bendicion, y dijo: «Ea, demos lugar á los criados, y váyanse hasta las dos á hacer ejercicio; no les haga mal lo que han comido.» Entónces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho y díjome que aprendiese modestia, y tres ó cuatro sentencias viejas, y fuése. Sentámonos nosotros; y yo, que ví el negocio mal parado y que mis tripas pedian justicia, como más sano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros á gruñir: al ruido entró Cabra, diciendo: «Coman como hermanos, pues Dios

les da con qué; no riñan, que para todos hay.» Volvióse al sol, y dejónos solos. Certifico á vuesa merced que habia uno dellos que se llamaba Surre, vizcaino, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comia, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces á los ojos, y de tres no la acertaba á encaminar de las manos á la boca. Y pedí yo de beber (que los otros por estar casi ayunos no lo hacian), y diéronme un vaso con agua; y no le hube bien llegado á la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunion, me le quitó el mozo espiritado que dije. Levantéme con grande dolor de mi ánima, viendo que estaba en casa donde se brindaba á las tripas, y no hacian la razon. Dióme gana de descomer (aunque no habia comido), digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias á un antiguo, y díjome: «No lo sé; en esta casa no las hay: para una vez que os proveeréis miéntras aquí estuviéredes, donde quiera podeis; que aquí estoy dos meses há, y no he hecho tal cosa sino el dia que entré, como vos agora, de lo que cené en mi casa la noche ántes.» ¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fué tanta, que considerando lo poco que habia de entrar en mi cuerpo, no osé (aunque tenía gana) echar nada dél. Entretuvimonos hasta la noche. Decíamo D. Diego que qué haria él para persuadir á las tripas que habian comido, porque no lo querian creer. Andaban vaguidos en aquella casa, como en otra ahítos. Llegó la hora del cenar; pasóse la merienda en blanco: cenamos mucho ménos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro, cabra asada. Mire vuesa merced si inventara el diablo tal cosa. «Es cosa muy saludable y provechosa, decia, cenar poco para tener el estómago desocupado;» y citaba una retahila de médicos infernales. Decia alabanzas de la dieta, y que aborraba un hombre sucñ s pesados; sabiendo que en su casa no se podia soñar otra cosa sino que comian. Cenaron, y cenamos todos, y no cenó ninguno. Fuimonos á acostar, y en toda la noche yo ni D. Diego

padimos dormir; él trazando de quejarse á su padre y pedir que le sacase de allí, y yo aconsejándole que lo hiciese; aunque últimamente le dije: «Señor, ¿sabeis de cierto si estamos vivos? Porque yo imagino que en la pendencia de las berceras nos mataron, y que somos ánimas que estamos en el purgatorio; y así, es por demas decir que nos saque vuestro padre si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones, y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado.»

Entre estas pláticas y un poco que dormimos se llegó la hora del levantar: dieron las seis, y llamó Cabra á licion: fuimos, y oímosla todos. Ya mis espaldas y ijadas nadaban en el jubon, y las piernas daban lugar á otras siete calzas; sacaba los dientes con tobas amarillos, vestidos de desesperacion. Mandáronme leer el primer nominativo á los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas. Y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él ha visto meter en casa, recien venido, dos frisones, y que á dos dias salieron caballos ligeros, que volaban por los aires; y que vió meter mastines pesados, y á tres horas salir galgos corredores; y que una cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los piés, otros las manos, y otros todo el cuerpo, en el portal de su casa (esto por muy gran rato), y mucha gente que venia á sólo aquello de fuera; y preguntando un dia que qué sería, porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió que los unos tenian sarna, y los otros sabañones, y que en metiéndolos en aquella casa morian de hambre; de manera que no comian de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo, que conocí la casa, lo creo: dígolo porque no parezca encarecimiento lo que dije. Y volviendo á la licion, dióla, y decoramosla, y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado. Sólo añadió á la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dijeron un dia de

205616

hidalguía allá fuera; y así, tenía una caja de hierro toda agujereada como salvadera; abríala, y metia un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala á cerrar, y metíala colgando de un cordel en la olla, para que la diese algun zumo por los agujeros, y quedase para otro dia el tocino. Pareció'e despues que en esto se gastaba mucho, y dió en sólo asomar el tocino en la olla. Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. D. Diego y yo nos vimos tan al cabo, que ya que para comer no hallábamos remedio, pasado un mes le buscamos para no levantarnos de mañana; y así, trazábamos de decir que teníamos algun mal; pero no dijimos calentura, porque no la teniendo, era fácil de conocer el enredo; dolor de cabeza ó muelas era poco estorbo: dijimos al fin que nos dolian las tripas, y estábamos malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres dias, fiados en que á trueque de no gastar dos cuartos no buscaria remedio. Ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenia una receta que habia heredado de su padre, que fué boticario. Supo el mal, y aderezó una melecina; y llamando una vieja de setenta años, tia suya, que le servia de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas. Empezaron por D. Diego: el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de echársela dentro, disparósela por entre la camisa y el espinazo, y dióle con ella en el cogote, y vino á servir por defuera guarnicion la que dentro habia de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos: vino Cabra, y viéndolo, dijo que me echasen á mí la otra; que luégo tornarian á D. Diego. Yo me vestia; pero me valió poco, porque teniéndome Cabra y otros, me la echó la vieja, á la cual de retorno dí con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo, y dijo que él me echaria de su casa; que bien se echaba de ver que era bellaquería todo; mas no lo quiso mi ventura.

Quejámonos nosotros á D. Alonso, y el Cabra le hacía creer que lo hacíamos por no asistir al estudio. Con esto

ro nos valian plegarias. Metió en casa la vieja por ama, para que guisase y sirviese á los pupilos, y despidió al criado, porque le halló el viérnes á la mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja Dios lo sabe: era tan sorda, que no oia nada; entendia por señas; ciega, y tan gran rezadera, que un dia se le desensartó el rosario sobre la olla, y nos la trujo con el caldo más devoto que jamás comí. Unos decian: «¿Garbanzos negros? Sin duda son de Etiopía.» Otros decian: «¿Garbanzos con luto? ¿Quién se les habrá muerto?» Mi amo fué el que se encajó una cuenta, y al mascarla se quebró un diente. Los viérnes nos solia enviar unos huevos, á fuerza de pelos y canas suyas, que podian pretender corregimiento ó abogacía. Pues meter el badil por el cucharon, enviar una escudilla de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos, y estopa de la que hilaba, en la olla; y todo lo metia para que hiciese presencia en las tripas y abultase. Pasamos este trabajo hasta la cuaresma que vino, y á la entrada della estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico, hasta que ya él pidia confesion más que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso, y dijo que la hambre le habia ganado por la mano en matar aquel hombre. Diéronle el Sacramento, y el pobre cuando lo vió (que habia un dia que no hablaba) dijo: «Señor mio Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno.» Imprimiéronsele estas razones en el corazon: murió el pobre mozo, enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó á oidos de D. Alonso Coronel; y como no tenía otro hijo, desengañóse de las crueldades de Cabra, y comenzó á dar más crédito á las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vino á sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante, nos preguntaba

por nosotros; y tales nos vió, que sin aguardar á más, trató muy mal de palabras al licenciado Vigilia. Nos mandó llevar en dos sillas á casa: despedímonos de los compañeros, que nos seguian con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados sus compañeros.

CAPÍTULO IV.

De la convalecencia y ida á estudiar á Alcalá de Henáres.

Entramos en casa de D. Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparmasen los huesos de puro roidos del hambre. Trajeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara, y á mí, como habia sido mi trabajo mayor, y la hambre imperial (al fin me trataban como á criado), en buen rato no me les hallaron. Trajeron médicos, y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como á retablos; y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos. ¿Quién podrá contar á la primera almendrada y á la primera ave las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacia novedad. Mandaron los doctores que por nueve dias no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque, como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra. Con estas y otras prevenciones comenzamos á volver y cobrar algun aliento; pero nunca podian las quijadas desdoblarse, que estaban negras y alforzadas; y así, se dió órden que cada dia nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantámonos á hacer pinicos dentro de cuatro dias, y aún pareciamos sombras de otros hombres, y en lo amarillo y flaco, simiente de los padres del hiermo. Todo el dia gastábamos en dar gracias á Dios por habernos rescatado

de la captividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningun cristiano cayese en sus manos crueles. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel dia. Solíamos contar á don Alonso cómo al sentarse á la mesa nos decia males de la gula (no habiéndola él conocido en su vida), y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de *No matarás* metia perdices y capones y todas las cosas que no queria darnos; y por el consiguiente la hambre, pues parecia qué tenía por pecado, no sólo el matarla, sino el criarla, segun recataba el comer. Pasáronsenos tres meses en esto, y al cabo trató D. Alonso de inviar á su hijo á Alcalá á estudiar lo que le faltaba de la gramática. Díjome á mí si queria ir, y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir á su hijo, como veria. Y con esto dióle un criado para mayordomo que le gobernase la casa y le tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julian Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje: era una media camita, y otra de cordeles con ruedas, para metella debajo de la otra mia y del mayordomo, que se llamaba Aranda; cinco colchones y ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demas zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche, salimos á la tardecita ántes de anochecer una hora, y llegamos á la media noche á la siempre maldita venta de Viveros. El ventero era morisco y ladron (que en mi vida ví perro y gato juntos con la paz que aquel dia); hízonos gran fiesta, y como él y los ministros del carretero iban horros (que ya habian llegado tambien con el hato ántes, que nosotros veníamos de espacio), pegóse al coche, dióme á mí la mano para salir del estribo, y díjome si iba á estudiar. Yo le respondí que sí. Metióme

adentro, donde estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor, un viejo mercader y avariento procurando olvidarse de cenar, y dos estudiantes fregones de los de mantellina buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como más nuevo en la venta, y muchacho, dijo: «Señor huésped, déme lo que hubiere para mí y dos criados.» «Todos lo somos de vuesa merced, dijeron al punto los rufianes, y le hemos de servir. Hola, huésped, mira que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes; vaciad la dispensa.» Y diciendo esto llegóse uno y quitóle la capa diciendo: «Descanse vuesa merced, mi señor;» y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta. Dijo una de las ninfas: «¡Qué buen talle de caballero! ¿Y va á estudiar? ¿Es vuesa merced su criado?» Yo respondí creyendo que era así como lo decian, que yo y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando el uno de los estudiantes se llegó á él, medio llorando, y dándole un abrazo apretadísimo, dijo: «¡Oh mi señor D. Diego! ¡Quién me dijera á mí agora diez años que habia de ver á vuesa merced desta manera! ¡Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá vuesa merced!» El se quedó admirado y yo tambien, que juramos entrambos no habelle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando á D. Diego á la cara, y dijo á su amigo: «¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido nuestra encontralle y conocelle, segun está de grande! Dios le guarde;» y empezó á santiguarse. ¿Quién no creyera que se habian criado con nosotros? D. Diego se le ofreció mucho, y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y oliendo la estafa, dijo: «Dejen eso, que despues de cenar se hablará; que se enfria.» Llegó un rufian y puso asientos para todos, y una silla para D. Diego, y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron: «Cene vuesa merced; que entretanto que á nosotros nos adrezan lo que hubiere, le

serviremos á la mesa.» «¡Jesus! dijo D. Diego, vuesas mercedes se asienten si son servidos;» y á esto respondieron los rufianes (no hablando con ellos): «Luégo, mi señor, que aún no está todo á punto.» Yo cuando vi á los unos convidados y á los otros que se convidaban, afligíme y temí lo que sucedió, porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando á mi amo dijeron: «No es razon que donde está un caballero tan principal se queden estas damas por comer; mande vuesa merced que alcancen un bocado.» Él, haciendo del galan, convidólas: sentáronse, y entre los dos estudiantes y ellas no dejaron en cuatro bocados sino un cogollo, el cual se comió don Diego; y al dársele aquel maldito estudiante, le dijo: «Un agüelo tuvo vuesa merced tio de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba; ¡qué hombre era tan cabal!» Y diciendo esto, se puso un panecillo, y el otro otro. Pues las ninfas ya daban cuenta de un pan, y el que más comia era el cura con el mirar sólo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino y un par de palominos cocidos, y dijeron: «Pues, padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance; que mi señor D. Diego nos hace merced á todos.» No bien se lo dijeron cuando se sentó: ya cuando vió mi amo que todos se le habian encajado, comenzóse á afligir. Repartiéronlo todo, y al D. Diego dieron no sé qué huesos y alones; lo demas engulleron el cura y los otros. Decian los rufianes: «No cene mucho, señor, que le hará mal;» y replicaba el maldito estudiante: «Y más que es menester hacerse á comer poco para la vida de Alcalá.» Yo y el otro criado estábamos rogando á Dios que les pusiese en corazon que se dejasen algo. Y ya que lo hubiéron comido todo, y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el un rufian, y dijo: «¡Oh pecador de mí! No habemos dejado nada á los criados. Vengan aquí vuesas mercedes. ¡Ah señor huésped, déles todo lo que hubiere; vé aquí un doblon.» Tan presto saltó el des-

comulgado pariente de mi amo (digo el escolar), y dijo: «Aunque vuesa merced me perdone, señor hidalgo, debe saber poco de cortesía: ¿conoce por dicha á mi señor primo? Él dará á sus criados y áun á los nuestros si los tuviéramos, como nos ha dado á nosotros.—No se enoje vuesa merced, que no le conocian.» Maldiciones le eché cuando vi tan grande disimulacion, que no pensé acabar. Levantaron las mesas, y todos dijeron á D. Diego que se acostase; él queria pagar la cena, y replicáronle que á la mañana habria lugar. Estuviéronse un rato parlando; preguntóle su nombre al estudiante, y él dijo que se llamaba don Tal Coronel. En malos infiernos arda el embustero en donde quiera que esté. Vió que dormia el avariento, y dijo: «¿Vuesa merced quiere reir? Pues hagamos alguna burla á este viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino, y es riquísimo.» Los rufianes dijeron: «Bien haya el licenciado; hágalo, que es razon.» Con esto se llegó y sacó al pobre viejo que dormia, de debajo de los piés unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una caja, y como si fuera de guerra, hizo gente. Llegáronse todos, y abriéndola, vió que era de alcorzas. Sacó todas cuantas habia, y en su lugar puso piedras, palos y lo que halló; luégo se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones. Cerró la caja y dijo: «Pues aún no basta; que bota tiene.» Sacóla el vino, y desenfundando una almohada de nuestro coche, despues de haber echado un poco vino debajo, se la llenó de lana y estopa y la cerró. Con esto se fueron todos á acostar para una hora que quedaba ó media, y el estudiante lo puso todo en las alforjas, y en la capilla del gaban echó una gran piedra, y fuése á dormir. Llegó la hora del caminar, despertaron todos, y el viejo todavía dormia. Llamáronle, y al levantarse no podia levantar la capilla del gaban; miró lo que era, y el mesonero adrede le riñó diciendo: «Cuerpo de Dios, ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esta piedra? ¿Qué les

parece á vuesas mercedes, si yo no lo hubiera visto? Cosa es que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago.» Juraba y perjuraba diciendo que no habia metido él tal en la capilla.

Los rufianes hicieron la cuenta, y vino á montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Leganos la suma. Decian los estudiantes: «Como hemos de servir á vuesa merced en Alcalá, quedamos ajustados en el gasto.» Almorzamos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas; y porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatólas á escuras debajo del gaban, y agarrando un yeson untado, echóselo en la boca, y fuéle á hincar una muela y medio diente que tenía, y por poco los perdiera. Comenzó á escupir y hacer gestos de asco y de olor. Llegamos todos á él, y el cura e primero, diciéndole qué tenía. Comenzóse á ofrecer á Satanás, dejó caer las alforjas, llegóse á él el estudiante, y dijo: «Arriedro vayas, Satan, cata la cruz.» Otro abrió un breviario, y hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era, y pidió le dejasen enjaguar la boca con un poco de vino que él traia en la bota. Dejáronle, y sacándola abrióla; y abocando en un vasito un poco de vino, salió con lana y estopa un vino salvaje, tan barbudo y velloso, que no se podia beber ni colar. Entónces acabó de perder la paciencia el viejo, pero viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien el callar y subir en el carro con los rufianes y mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico, y nosotros nos pusimos en el coche; y áun no bien habia comenzado á caminar, cuando los unos y los otros nos comenzaron á dar vaya, declarando la burla. El ventero decia: «Señor nuevo, a pocas estrenas como esta envejecerá.» El cura decia: «Sacerdote soy, allá se lo dirán de misas.» Y el estudiante maldito voceaba: «Señor primo, otra vez rásquese cuando le coma, y no despues.» El otro decia: «Sarna dé á vuesa merced, Sr. D. Diego.» Nosotros dímos en no hacer caso.

Dios sabe cuán corridos íbamos. Con estas y otras cosas llegamos á la villa; apeámonos en meson, y en todo el dia (que llegamos á las nueve) acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.

CAPITULO V.

De la entrada de Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo.

Antes que anocheciese salimos del meson á la casa que nos tenian alquilada, que estaba fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque ésta teníamos entre tres moradores diferentes no más. Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía ó sobre falso: moriscos los llaman en el pueblo, que hay muy grande cosecha desta gente y de la que tiene sobradas narices, y sólo les faltan para oler tocino: digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibióme, pues, el huésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento; ni sé si lo hizo porque le comenzásemos á tener respeto, ó por ser natural suyo dellos, que no es mucho tenga mala condicion quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro hato, acomodamos las camas y lo demas, y dormimos aquella noche. Amaneció, y hélos aquí en camisa todos los estudiantes de la posada á pedir la patente á mi amo. Él, que no sabía lo que era, preguntóme que qué querian. Y yo entre tanto, por lo que podia suceder, me acomodé entre dos colchones, y sola tenía la media cabeza fuera, que parecia tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y cantando comenzaron una grita del diablo, diciendo: «Viva el compañero, y sea admitido en nuestra amistad; goce de las preeminencias de antiguo;

pueda tener sarna, andar manchado y padecer el hambre que todos.» Y con esto (¡mire vuesa merced qué privilegios!) volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas. A mi amo apadrinároнle unos colegiales conocidos de su padre, y entró en su general; pero yo, que habia de entrar en otro diferente y fuí solo, comencé á temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien el pié, cuando me encararon y empezaron á decir: «Nuevo.» Yo, por disimular, dí en reir, como que no hacía caso; mas no bastó, porque llegándose á mí ocho ó nueve, comenzaron á reirse. Púseme colorado (nunca Dios lo permitiera), pues al instante se puso uno que estaba á mi lado sus manos en las narices, y apartándose dijo: «Por resucitar está este Lázaro, segun hiede;» y con esto todos se apartaron, tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, tambien me puse las manos y dije: «Vuesas mercedes tienen razon, que güele muy mal.» Dióles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron á escarbar y tocar al arma, y en las toses y abrir y cerrar de las bocas, ví que se me aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo: «Esto hago.» Yo entónces, que me ví perdido, dije: «Juro á Dios que me la...» Iba á decirle, pero fué tal la batería y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razon. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos miraban á mí, y era de ver sin duda cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de piés á cabeza; pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenía en la cara otra cosa, arrancó hácia mí, diciendo con gran cólera: «Basta, no le mateis.» Yo, que segun me trataban, creí dellos que lo harian, destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces me enclavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias: levantó la infernal gente una grita que me aturdieron; y yo, segun lo que echaron sobre

mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticas aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones; pero no habia dónde, sin llevarse en las manos la mitad del aceite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejáronme; y iba hecho aljufaina de viejo á pura saliva; fuíme á casa, que apénas acerté á entrar en ella, y fué ventura el ser de mañana, porque sólo topé dos ó tres muchachos (que debian ser bien inclinados), porque no me tiraron más de cuatro ó seis trapazos, y luégo se fueron. Entré en casa, y el morisco, que me vió, comenzó á reirse y hacer como que queria escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije: «Tened, huésped, que no soy *Ecce-Homo* » Nunca lo dijera, porque me dió dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenía. Con esta ayuda de costa, medio baldado, subí arriba, y en buscar por dónde asir la sotana y el manteo se pasó mucho rato; al fin le quité, y me eché en la cama, y colgué en una azotea. Vino mi amo, y como me halló durmiendo y no sabía la asquerosa aventura, enojóse y comenzóme á dar repelones con tanta priesa, que á dos más me despierta calvo. Levantéme dando voces y quejándome, y él con más cólera dijo: «¿Es buen modo de servir este, Pablos? Ya es otra vida.» Yo, cuando oí decir otra vida, entendí que era ya muerto, y dije: «Bien me anima vuesa merced en mis trabajos; vea cuál está aquella sotana y manteo, que ha servido de pañizuelos á las mayores narices que se han visto jamás en paso de Semana Santa;» y con esto empecé á llorar. Él, viendo mi llanto, creyólo, y buscando la sotana y viéndola, compadecióse de mí y dijo: «Pablos, abre el ojo, que asan carne; mira por tí, que aquí no tienes otro padre ni madre.» Contéle todo lo que habia pasado, y mandóme desnudar y llevar á mi aposento, que era donde dormian cuatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme y dormí, y con esto á la noche, despues de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte ya, como si no hu-

biera pasado nada por mí; pero cuando comienzan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas, y unas traen á otras. Viniéronse á acostar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo, y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron á santiguar diciendo: «No se hiciera entre luteranos.—¡Hay tal maldad!» Otro decia: «El Retor tiene la culpa en no poner remedio. ¿Conocerá los que eran?» Yo respondí que no, y agradecíles la merced que me mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecia estaba con mi padre y mis hermanos.

Debian ser las doce, cuando el uno dellos me despertó á puros gritos, diciendo: «¡Ay, que me matan! ¡Ladrones!» Sonaban en su cama unas voces y golpes de látigo. Yo levanté la cabeza y dije: «¿Qué es eso?» y apénas me descubrí, cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé á quejarme, quíseme levantar; quejábase el otro tambien, y dábame á mí solo. Yo comencé á decir: «¡Justicia de Dios!» Pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó (por haberme tirado las frazadas abajo) remedio sino el de meterme debajo de la cama. Hícelo así, y al punto los tres que dormian empezaron á dar gritos tambien; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entre tanto aquel maldito que estaba junto á mí se pasó á mi cama y proveyó en ella y cubrióla; y pasándose á la suya, cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro diciendo: «Es gran bellaquería, y no ha de pasar así.» Yo todavía me estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecia un galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entónces salí de donde estaba, y subíme á mi cama, preguntando si acaso les ha-

bian hecho mal: todos se quejaban de muerte. Acostéme y cubríme, y torné á dormir; y como entre sueños me revolcase, cuando desperté halléme sucio hasta las trenzas. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme; no habia diablos que me moviesen de un lado: estaba confuso considerando si acaso con el miedo y la turbacion, sin sentirlo habia hecho aquella vileza, ó si entre sueños; al fin yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía disculparme. Los compañeros se llegaron á mí quejándose y muy disimulados á preguntarme cómo estaba; y yo les dije que muy malo, porque me habian dado muchos azotes. Preguntábales yo qué podia haber sido, y ellos decian: «A fe que no se escape, que el matemático nos lo dirá. Pero dejando esto, veamos si estais herido, que os quejábades mucho;» y diciendo esto, fueron á levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo: «¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho, ¿y estáste en la cama? Levántate enhoramala.» Los otros, por asegurarme, contaron á D. Diego el caso todo, y pidiéronle que me dejase dormir, y decia uno: «Y si vuesa merced no lo cree, levanta, amigo,» y agarraba de la ropa. Yo la tenía asida con los dientes por no mostrar la caca; y cuando ellos vieron que no habia remedio por aquel camino, dijo uno: «¡Cuerpo de Dios, y cómo hiede!» D. Diego dijo lo mismo, porque era verdad; y luégo tras él comenzaron todos á mirar si habia en el aposento algun servicio; decian que no se podia estar allí. Dijo uno: «Pues es muy bueno esto para haber de estudiar.» Miraron las camas y quitáronlas para ver debajo, y dijeron: «Sin duda debajo de la de Pablos hay algo; pasémosle á una de las nuestras, y miremos debajo della.» Yo, que veia poco remedio en el negocio y que me iban á echar la garra, fingí que me habia dado mal de corazon, agarréme á los palos y hice visajes. Ellos, que sabian el misterio, apretaron conmigo,

diciendo: «¡Gran lástima!» D. Diego me tomó el dedo del corazon, y al fin entre los cinco me levantaron; y al alzar las sábanas fué tal la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundia el aposento. «Pobre dél,» decian los grandísimos bellacos; yo hacía el desmayado. «Tírele vuesa merced mucho dese dedo del corazon;» y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró, que me le desconcertó. Los otros tambien trataron de darme un garrote en los muslos, y decian: «El pobrecito agora sin duda se ensució cuando le dió el mal.»

¡Quién dirá lo que yo pasaba entre mí, lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y á peligro de que me diesen garrote! Al fin, de miedo que me le diesen (que ya me tenian los cordeles en los muslos), hice que habia vuelto; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habian hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejáronme diciendo: «¡Jesus, y qué flaco sois!» Yo lloraba de enojo, y ellos decian adrede: «Más va en vuestra salud que en el haberos ensuciado; calla;» y con esto me pusieron en la cama despues de haberme lavado, y se fueron. Yo no hacía á solas sino considerar cómo casi era más lo que habia pasado en Alcalá en un dia que todo lo que me sucedió con Cabra. A mediodía me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude (lavándola como gualdrapa), y aguardé á mi amo, que en llegando me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa y yo, aunque poco y de mala gana; y despues, juntándonos todos á parlar en el corredor, los otros criados, despues de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos; doblóseme mi afrenta; y dije entre mí: «Avison, Pablos, alerta.» Propuse de hacer nueva vida; y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de la casa como hermanos, y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.

CAPITULO VI.

De las crueldades del ama, y travesuras que yo hice.

«Haz como vieres» dice el refran, y dice bien. De puro considerar en él, vine á resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más, si pudiese, que todos. No sé si salí con ello; pero yo aseguro á vuesa merced que hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida á todos los cochinos que se entrasen en casa, y los pollos del ama que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un dia entraron dos puercos del mejor garbo que ví en mi vida; yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir y dije á uno: «Vaya, y vea quién gruñe en nuestra casa.» Fué, y dijo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que salí allá diciendo que era mucha bellaquería y atrevimiento venir á gruñir á casas ajenas; y diciendo esto, envaséle á cada uno (á puerta cerrada) la espada por los pechos, y luégo los acogotamos; y porque no se oyese el ruido que hacian, todos á la par dábamos grandísimos gritos como que cantábamos; y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y á puros jergones los medio chamuscamos en el corral; de suerte que cuando vinieron los amos ya estaba hecho, aunque mal, sino eran los vientres, que no estaban acabadas de hacer las morcillas, y no por falta de prisa, que en verdad que por no detenernos las habíamos dejado la mitad de lo que ellos se tenian dentro. Supo, pues, don Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera, que obligaron á los huéspedes (que de risa no se podian valer) á volver por mí. Preguntábame D. Diego qué habia de decir si me acusaban y me prendia la justicia. A lo cual respondí yo que me llamaria á hambre, que es el

sagrado de los estudiantes, y si no me valiese, diria: «Como se entraron sin llamar á la puerta, como en su casa, entendí que eran nuestros.» Riéronse todos de las disculpas. Dijo D. Diego: «A fe, Pablos, que os haceis á las armas.» Era de notar ver á mi amo tan quieto y religioso, y á mí tan travieso, que el uno exageraba al otro ó la virtud ó el vicio.

No cabia el ama de contento, porque éramos los dos al mohino: habíamonos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Júdas, que desde entónces heredé no sé qué amor á la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la órden retórica, porque siempre iba de más á ménos; y la vez que podia echar cabra ó oveja, no echaba carnero; y si habia huesos, no entraba cosa magra: y así hacia unas ollas tísicas, de puro flacas; unos caldos, que á estar cuajados, se podian hacer sartas de cristal de las dos pascuas. Por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solia echar unos cabos de velas de sebo. Ella decia (cuando yo estaba delante) á mi amo: «Por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso; consérvele vuesa merced, que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae.» Yo, por el consiguiente, decia de ella lo mismo, y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto, carbon ó tocino, escondíamos la metad, y cuando nos parecia decíamos el ama y yo: «Modérense vuesas mercedes en el gasto; que en verdad, si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del Rey. Ya se ha acabado el aceite ó el carbon; pero tal priesa se han dado. Mande vuesa merced comprar más, y á fe que se ha de lucir de otra manera: dénle dineros á Pablicos.» Dábanmelos, y vendíamosles la metad sisada, y de lo que comprábamos, la otra metad; y esto era en todo. Y si alguna vez compraba yo algo en la plaza por lo que valia, reñíamos adrede el ama y yo. Ella decia como enojada: «No me digais á mí, Pablicos, que estos son dos

cuartos de ensalada.» Yo hacía que lloraba, daba muchas voces, y íbame á quejar á mi señor, y apretábale para que enviase el mayordomo á saberlo, para que callase el ama, que adrede porfiaba. Iba, y sabíalo, y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí á las obras, y en el alma al celo de su bien. Decíale D. Diego, muy satisfecho de mí: «Así fuese Pablicos aplicado á virtud, como es de fiar: toda esta es la lealtad. ¿Qué me decís vos dél?» Tuvímoslos desta manera chupándolos como sanguisuelas: yo apostaré que vuesa merced se espanta de la suma del dinero al cabo del año. Ello mucho debió de ser, pero no obligaba á restitucion, porque el ama confesaba y comulgaba de ocho á ocho dias, y nunca le vi rastro ni imaginacion de volver nada ni hacer escrúpulo, con ser, como digo, una santa. Traia un rosario al cuello siempre tan grande, que era más barato llevar un haz de leña á cuestas. Dél colgaban muchos manojos de imágenes, cruces y cuentas de perdones. En todas decia que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos abogados suyos; y en verdad que habia menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima del de mi amo, y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el Justo Juez, y acababa con el *Conquibules* (que ella decia) y en la *Salve Rehila*. Decia las oraciones en latin adrede por fingirse inocente; de suerte que nos despedazábamos de risa todos. Tenía otras habilidades: era conqueridora de voluntades y corchete de gustos, que es lo mismo que alcahueta; pero disculpábase conmigo, diciendo que le venía de casta, como al rey de Francia curar lamparones. Pensará vuesa merced que siempre estuvimos en paz; pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean cudiciosos, si están juntos se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenía gana de comerla una: tenía doce ó trece pollos grandecitos; y un

dia, estando dándoles de comer, comenzó á decir; «Pio, pio,» y esto muchas veces. Yo que oí el modo de llamar, comencé á dar voces y dije: «¡Oh cuerpo de Dios, ama! ¿No hubiérades muerto un hombre, ó hurtado moneda al Rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habeis hecho, que es imposible dejarlo de decir? ¡Mal aventurado de mí y de vos!» Ella, como me vió hacer extremos con tantas véras, turbóse algun tanto y dijo: «Pues, Pablos, yo ¿qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más.» «¿Cómo burlas? ¡pesia tal! Yo no puedo dejar de dar parte á la Inquisicion, por que si no, estaré descomulgado.» «¿Inquisicion?» dijo ella, y empezó á temblar; «¿pues yo he hecho algo contra la fe?» «Eso es lo peor, decia yo: no os burleis con los inquisidores; decid que fuisteis una boba y que os desdecís, y no negueis la blasfemia y desacato.» Ella con el miedo dijo: «Pues, Pablos, y si me desdigo, ¿castigaránme?» Respondíle: «No, porque sólo os absolverán.» «Pues yo me desdigo, dijo. Pero dime tú de qué; que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos.» «¿Es posible que no advertisteis en qué? No se cómo lo diga; que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os acordais que dijisteis á los pollos, pio, pio, y es Pio nombre de los papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Papáos el pecadillo.» Ella quedó como muerta, y dijo: «Pablos, yo lo dije, pero no me perdone Dios si fué con malicia. Yo me desdigo: mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisicion.» «Como vos jureis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los deis para que yo los lleve á un familiar que los queme, porque están dañados; tras esto habeis de jurar de no reincidir de ningun modo.» Ella muy contenta dijo: «Pues llévatelos, Pablos, agora; que mañana

juraré.» Yo, por más asegurarla, dije: «Lo peor es, Cepriana (que así se llamaba), que yo voy á riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejacion. Llevadlos vos; que yo pardiez que temo.» «Pablos (decia cuando me oyó esto), por amor de Dios, que te duelas de mí y los lleves; que á tí no te puede suceder nada.» Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin (que era lo que queria) determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: «Mejor se ha hecho que yo pensaba; queria el familiarcito venirse tras mí á ver la mujer, pero lindamente te le he engañado y negociado.» Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él á donde habia dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demas criados. Supo el ama y D. Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera; y de enojo no estuvo á dos dedos (á no tener por qué callar) de decir mis sisas. Yo, que me ví ya mal con el ama, y que no la podia burlar, busqué nuevas trazas de holgarme, y dí en lo que llaman los estudiantes correr ó rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque yendo una noche á las nueve (que ya anda poca gente) por la calle Mayor, ví una confitería y en ella un cofin de pasas sobre el tablero; y tomando vuelo, vine, agarréle, dí á correr: el confitero dió tras mí y otros criados y vecinos. Yo, como iba cargado, ví que aunque les llevaba ventaja, me habian de alcanzar, y al volver una esquina sentéme sobre él, y envolví la capa á la pierna de presto, y empecé á decir con la pierna en la mano: «¡Ay! Dios se lo perdone, que me ha pisado.» Oyéronme esto, y en llegando empecé á decir: «Por tan alta señora,» y lo ordinario de la hora menguada y aire corruto. Ellos se venian desgañifando, y dijéronme: «¿Va por ahí un hombre, hermano?» «Ahí adelante; que aquí me pisó, loado sea el Señor.» Arrancaron con esto, y

fuéronse: quedé solo, llevéme el cofin á casa, conté la burla, y no quisieron creer que habia sucedido así, aunque lo celebraron mucho, por lo cual los convidé para otra noche á verme correr cajas. Vinieron, y advirtiendo ellos que estaban las cajas dentro de la tienda y que no las podia tomar con la mano, tuviéronlo por imposible, y más por estar el confitero (por lo que le sucedió al otro de las pasas) alerta. Vine, pues, y metiendo doce pasos atras de la tienda mano á la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y en llegando á la tienda, dije: «Muera,» y tiré una estocada por delante el confitero: él se dejó caer pidiendo confesion, y yo di la estocada en una caja y la pasé y saqué en la espada y me fuí con ella. Que áronse espantados de ver la traza, y muertos de risa de que el confitero decia que le mirasen, que sin duda le habia herido, y que era un hombre con quien habia tenido palabras; pero volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban alderredor, echó de ver la burla, y empezó á santiguarse, que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien. Decian los compañeros que yo sólo podia sustentar la casa con lo que corria; que es lo mismo que hurtar en nombre revesado. Yo, como era muchacho y veia que me alababan el ingenio con que salia destas travesuras, animábame para hacer otras más. Cada dia traia la pretina de jarras de monjas, que les pedia para beber, y me venía con ellas; introduje que no diesen nada sin prenda primero. Y así, prometí á D. Diego y á todos los compañeros de quitar una noche las espadas á la misma ronda. Señalóse cuál habia de ser, y fuímos juntos, yo delante; y en columbrar la justicia llegueme con otro de los criados de casa muy alborotado, y dije: «¿Justicia?» Respondieron: «Sí.» «¿Es el Corregidor?» Dijeron que sí. Hinquéme de rodillas y dije: «Señor, en sus manos de vuesa merced está mi remedio y mi venganza, y mucho provecho de la república; mande

vuesa merced oirme dos palabras á solas, si quiere una gran prision.» Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los alguaciles poniendo mano á las varetas, y díjele: «Señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres los más facinerosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató á mi madre y á un hermano mio por robarlos, y le está probado esto; y vienen acompañando, segun les he oido decir, á una francesa; y áun sospecho, por lo que les he oido, que es (y abajando más la voz le dije) de Antonio Perez.» Con esto el Corregidor dió un salto hácia arriba y dijo: «¿Adónde están?» «Señor, en la casa pública; no se detenga vuesa merced, que las ánimas de mi madre y hermanos se lo pagarán en oraciones, y el Rey.» «Hácia Jesus. No nos detengamos; seguidme todos, dadme una rodela.» Yo le dije (tornándole á apartar): «Señor, perderse ha si vuesa merced hace eso; ántes importa que todos entren sin espadas y uno á uno; que ellos están en los aposentos y traen pistoletes, y en viendo entrar con espadas, como no la puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detras los brazos, que demasiados vamos.» Cuadróle al Corregidor la traza, con la codicia de la prision. En esto llegamos cerca, y el Corregidor, advertido, mandó que debajo de unas hierbas pusiesen todos las espadas escondidas en un campo que está frente casi de la casa: pusiéronlas y caminaron. Yo, que habia avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse á casa fuese todo uno, hízolo así; y al entrar todos, quedéme atras el postrero, y en entrando ellos mezclados con otra gente que iba, dí cantonada, y emboquéme por una callejuela que va á dar cerca la Vitoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos, que entraron y no vieron nada, porque no habia sino estudiantes y pícaros, que es todo uno, comenzaron á buscarme; y no me hallando sospecharon lo

que fué: yendo á buscar sus espadas, no hallaron media. ¿Quién contará las diligencias que hizo con el Rector el Corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios reconociendo las camas. Llegaron á casa; y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador y con una vela en la mano, y un Cristo en la otra, y un compañero clérigo ayudándome á morir; los demas rezando las letanías. Llegó el Rector y la justicia, y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada; ántes el Rector me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con tanto se fueron desesperados de hallar rastro, jurando el Rector de remitirle si le topasen, y el Corregidor de ahorcarle aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá. Y por no ser largo, dejo de contar cómo hacía monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros y mesas de fruteras (que nunca se me olvidará la afrenta de cuando fuí rey de gallos) sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenía sobre los habares, viñas y huertos en todo aquello del alderredor. Con estas y otras cosas comencé á cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros, y apénas me dejaban servir á D. Diego, á quien siempre tuve el respeto que era razon, por el mucho amor que me tenía.

CAPÍTULO VII.

De la ida de D. Diego, y nuevas de la muerte de mis padres, y la resolucion que tomé en mis cosas para adelante.

En este tiempo vino á D. Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tio mio llamado Alonso Ramplon, hombre allegado á toda virtud, y muy conocido en Segovia por lo que era allegado á la justicia, pues cuantas allí se habian hecho de cuatro años á esta parte han pasado por sus manos. Verdugo era, si va á decir la verdad, pero un águila en el oficio. Vérsele hacer daba gana de dejarse ahorcar. Este, pues, me escribió una carta á Alcalá desde Segovia, en esta forma:

CARTA.

«Hijo Pablos (que por el mucho amor que me tenía me »llamaba así): Las ocupaciones grandes desta plaza en que »me tiene ocupado su majestad, no me han dado lugar á »hacer esto; que si algo tiene malo el servir al Rey, es el »trabajo, aunque le desquita con esta negra honrilla de ser »sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto. »Vuestro padre murió ocho dias há con el mayor valor que »ha muerto hombre en el mundo: dígolo como quien le »guindó. Subió en el asno sin poner pié en el estribo; ve»nía le el sayo baquero que parecia haberse hecho para él; »y como tenía aquella presencia, nadie le veia con los »cristos delante que no lo juzgase por ahorcado. Iba con »gran desenfado mirando á las ventanas y haciendo corte»sías á los que dejaban sus oficios por mirarle; hízose dos »veces los bigotes; mandaba descansar á los confesores, y »íbales alabando lo que decian bueno. Llegó á la de palo. »puso el un pié en la escalera, no subió á gatas ni despa-

»cio; y viendo un escalon hendido, volvióse á la justicia, »y dijo que mandase adrezar aquel para otro; que no todos »tenian su hígado. No sabré encarecer cuán pareció á to»dos. Sentóse arriba y tiró las arrugas de la ropa atras; »tomó la soga, y púsola en la nuez; y viendo que el teatino »le queria predicar, vuelto á él le dijo: «Padre, yo lo doy »por predicado, y vaya un poco de Credo, y acabemos »presto; que no querria parecer prolijo.» Hízose ansí: »encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que »le limpiase las babas: yo lo hice así. Cayó sin encoger »las piernas ni hacer gestos; quedó con una gravedad, que »no habia más que pedir. Hícele cuartos, y díle por sepul»tura los caminos: Dios sabe lo que á mí me pesa de verlo »en ellos, haciendo mesa franca á los grajos; pero yo en»tiendo que los pasteleros desta tierra nos consolarán, »acomodándole en los de á cuatro. De vuestra madre, »aunque está viva agora, casi os puedo decir lo mismo; »que está presa en la inquisicion de Toledo porque desen»terraba los muertos sin ser murmuradora. Dícese que »daba paz cada noche á un cabron en el ojo que no tiene »niña. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas »que á una capilla de milagros; y lo ménos que hacía era »sobrevirgos y contrahacer doncellas. Dicen que repre»sentaba en un auto el dia de la Trinidad, con cuatrocien»tos de muerte: pésame; que nos deshonra á todos, y a mí »principalmente, que al fin soy ministro del Rey y me »están mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no »sé qué hacienda escondida de vuestros padres; será en »todo hasta cuatrocientos ducados: vuestro tio soy; lo que »tenga ha de ser para vos. Vista esta, os podreis venir »aquí; que con lo que vos sabeis de latin y retórica sereis »singular en el arte de verdugo. Respondedme luégo, y »entre tanto Dios os guarde. Etc.»

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta; pero

holguéme en parte (tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, á los hijos). Fuíme corriendo á D. Diego, que estaba leyendo la carta de su padre en que le mandaba que se fuese y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mias que habia oido decir. Díjome cómo se determinaba ir, y todo lo que le mandaba su padre, que á él le pesaba dejarme, y á mí más. Díjome que me acomodaria con otro caballero amigo suyo para que le sirviese. Yo en esto, riéndome, le dije: «Señor, yo soy otro, y otros mis pensamientos; más alto pico y más autoridad me importa tener, porque si hasta ahora tenía, como cada cual, mi piedra en el rollo, ahora tengo mi padre.» Declaréle cómo habia muerto tan honradamente como el más estirado; cómo le trincharon é hicieron moneda, y cómo me habia escrito mi señor tio el verdugo desto y de la prisioncilla de mamá; que á el, como quien sabía quién yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer. Díle cuenta de mis determinaciones; y con esto al otro dia él se fué á Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque perdiéndoseme acaso no la leyese alguno, y comencé á disponer mi partida para Segovia con intencion de cobrar mi hacienda, y conocer mis parientes, para huir dellos.

CAPÍTULO VIII.

Del camino de Alcalá para Segovia, y lo que me sucedió en él hasta Rejas, donde dormí aquella noche.

Llegó el dia de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía, de secreto, para el camino, y con ayuda de unos embustes hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y salíme de la posada, adonde no tenía qué sacar más de mi sombra. ¿Quién contará las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped por la casa, por el arrendamiento? Uno decia: «Siempre me lo dijo el corazon.» Otro: «Bien me decian á mí que éste era un trampista.» Al fin yo salí tan bienquisto del pueblo, que dejé con mi ausencia á la metad dél llorando, y á la otra metad riéndose de los que lloraban. Íbame entreteniendo por el camino considerando en estas cosas, cuando, pasado Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda, el cual iba hablando entre sí con muy gran prisa, y tan embebecido, que áun estando á su lado no me veia. Saludéle y saludóme; preguntéle dónde iba, y despues que nos pagamos las respuestas, comenzamos á tratar de si bajaba el turco, y de las fuerzas del Rey. Comenzó á decir de qué manera se podia ganar la Tierra Santa, y cómo se ganaria Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno. Proseguimos en la conversacion propia de pícaros, y venimos á dar, de una cosa en otra, en Flandes. Aquí fué ello, que empezó á suspirar y decir: «Más me cuestan á mí esos estados que al Rey, porque há catorce años que ando con un arbitrio, que si como es imposi-

ble, no lo fuera, ya estuviera todo sosegado.» «¿Qué cosa puede ser (le dije), que conviniendo tanto, sea imposible y no se puede hacer?» «¿Quién dice á vuesa merced (dijo luégo) que no se puede hacer? Hacerse puede, que ser imposible es otra cosa. Y si no fuera por dar pesadumbre á vuesa merced, le contara lo que es; pero allá se verá; que agora lo pienso imprimir con otros trabajillos, entre los cuales le doy al Rey modo de ganar á Ostende por dos caminos.» Roguéle que los dijese, y sacándole de las faldriqueras, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo: «Bien ve vuesa merced que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy órden de ch parle todo con esponjas, y quitarle de al í.» Dí yo con este desatino una gran risada; y él, mirándome á la ca a, m dijo: «A nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto; que á todos les da gran contento.» «Ese tengo yo por cierto (le dije) de oir cosa tan nueva y tan bien fundada; pero advierta vuesa merced que ya que chupe el agua que hubiere entónces, tornará luégo la mar á echar más.» «No hará la mar tal cosa; que lo tengo yo eso por muy apurado (me respondió); fuera de que yo tengo pensada una invencion para hundir la mar por aquella parte doce estados.» No le osé replicar, de miedo que me dijese tenía arbitrio para tirar el cielo acá abajo: no ví en mi vida tan gran orate. Deciame que Juanelo no habia hecho nada; que él trazaba agora de subir toda el agua de Tajo á Toledo de otra manera más fácil: y sabido lo que era, dijo que por ensalmo. ¡Mire vuesa merced quién tal oyó en el mundo! Y al cabo me dijo: «Y no lo pienso poner en ejecucion si primero el Rey no me da una encomienda; que la puedo tener muy bien, y tengo una ejecutoria muy honrada.» Con estas pláticas y desconciertos llegamos á Torrejon, donde se quedó, que venía á ver una parienta suya. Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando Dios enhorabuena desde léjos ví

una mula suelta, y un hombre junto á ella á pié, que mirando un libro, hacia unas rayas que media con un compas. Daba vueltas y saltos á un lado y otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacia mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato (que me paré desde algo léjos á verlo) que era encantador, y casi no me determinaba á pasar. Al fin me determiné, y llegando cerca, sintióme; cerró el libro, y al poner el pié en el estribo, resbalósele y cayó. Levantéle, y dijome: «No tomé bien el medio de proporcion, para hacer la circunferencia al subir.» Yo no entendí lo que me dijo, y luégo temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres. Preguntóme si iba á Madrid por línea recta, ó si iba por camino circunflejo. Y yo, aunque no lo entendí, le dije que circunflejo. Preguntóme cuya era la espada que llevaba al lado; respondíle que mia, y mirándola dijo: «Esos gavilanes habian de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas;» y empezó á meter una parola tan grande, que me forzó á preguntarle qué materia profesaba. Dijo me que él era diestro verdadero, y que lo haria bien en cualquiera parte. Yo, movido á risa, le dije: «Pues en verdad que por lo que yo ví hacer á vuesa merced en el campo, que más le tenía por encantador, viendo los círculos.» «Eso (me dijo) era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compas mayor, cautivando la espada para matar sin confesion al contrario, porque no diga quién lo hizo;» y estaba poniéndolo en términos de matemática. «¿Es posible (le dije yo) que hay matemática en eso?» Dijo: «No solamente matemática, mas teología, filosofía, música y medicina.» «Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte.» «No os burleis (me dijo): que ahora aprendeis la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores, que comprehendan en sí las espirales de la espada.» «No entiendo cosa de cuantas me decís, chica ni

grande.» «Pues este libro las dice (me respondió), que se llama *Grandezas de la espada*, y es muy bueno y dice milagros. Y para que lo creais, en Rejas, que dormiremos esta noche, con dos asadores me vereis hacer maravillas; y no dudeis que cualquier que leyere en este libro matará todos los que quisiere.» «O ese libro enseña á hacer pestes á los hombres, ó le compuso (dije yo) algun doctor.» «¿Cómo doctor? Bien lo entiende (me dijo); es un gran sabio, y áun estoy por decir más.»

En estas pláticas llegamos á Rejas: apeámonos en una posada, y al apearnos me advirtió con grandes voces que hiciese un ángulo obtuso con las piernas, y que reduciéndolas á líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped me vió reir y se rió. Preguntóme si era indio aquel caballero, que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luégo al huésped, y díjole: «Señor, déme vuesa merced dos asadores para dos ó tres ángulos, que al momento se los volveré.» «¡Jesus! (dijo el huésped) déme acá vuesa merced los ángulos, que mi mujer los asará, aunque aves son que no las he oido nombrar.» «Que no son aves (dijo volviéndose á mí). ¡Mire vuesa merced lo que es no saber! Déme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir; que quizá le valdrá más lo que me viere hacer hoy que todo lo que ha ganado en su vida.» En fin, los asadores estaban ocupados, y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto, y decia: «Con este compas alcanzo más, y gano los grados del perfil; ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar el natural; esta habia de ser cuchillada, y este tajo.» No llegaba á mí desde una legua, y andaba alderredor con el cucharon; y como yo no estaba quedo, parecian tretas contra olla que se sale estando al fuego. Díjome: «Al fin esto es lo bueno, y no las borracheras que enseñan estos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber!» No lo ha-

bia acabado de decir, cuando de un aposento salió un mulatazo mostrando las presas, con un sombrero engerto en guardasol, y un coleto de ante bajo de una ropilla suelta y llena de cintas, zambo de piernas á lo águila imperial; la cara con un *per signum crucis de inimicis suis*, la barba do ganchos con unos bigotes de guardamano, y una daga con más rejas que un locutorio de monjas; y mirando al suelo dijo: «Yo soy examinado y traigo la carta; y por el sol que calienta los panes, que haga pedazos á quien tratare mal á tanto buen hijo como profesa la destreza.» Yo, que ví la ocasion, metíme en medio, y dije que no hablaba con él, y que así no tenía de qué picarse. «Meta mano á la blanca si la trae, y apuremos cuál es verdadera destreza, y déjese de cucharones.» El pobre de mi compañero abrió el libro, y dijo en altas voces: «Este libro lo dice, y está impreso con licencia del Rey, y yo sustentaré que es verdad lo que dice, con el cucharon y sin el cucharon, aquí y en otra parte; y si no, midámoslo;» y sacó el compas y comenzó á decir: «Este ángulo es obtuso.» Y entónces el maestro sacó la daga y dijo: «Yo no sé quién es Angulo, ni Obtuso, ni en mi vida oí decir tales hombres; pero con esta en la mano le haré pedazos.» Acometió al pobre diablo, el cual empezó á huir dando saltos por la casa, diciendo: «No me puede herir; que le he ganado los grados del perfil.» Metímolos en paz el huésped y yo y otra gente que habia, aunque de risa no me podia mover.

Metieron al buen hombre en su aposento, y á mí con él; cenamos, y acostámonos todos los de la casa, y á las dos de la mañana levántase en camisa, y empieza á andar á escuras por el aposento dando saltos y diciendo en lengua matemática mil disparates. Despertóme á mí; y no contento con esto, bajó al huésped para que le diese luz, diciendo que habia hallado objeto fijo á la estocada sagita por la cuerda. El huésped se daba á los diablos de que lo despertase; y tanto le molestó, que le llamó loco, y con esto se

subió y me dijo que si me queria levantar veria la treta tan famosa que habia hallado contra el turco y sus alfanjes; y decia que luégo se la queria ir á enseñar al Rey, por ser en favor de los católicos. En esto amaneció, vestimonos todos, pagamos la posada, hiciéronlos amigos á él y al maestro, el cual se apartó diciendo que lo que alegaba mi compañero era bueno; pero que hacia más locos que diestros, porque los más por lo ménos no lo entendian.

CAPÍTULO IX.

De lo que me sucedió hasta llegar á Madrid, con un poeta.

Yo tomé mi camino para Madrid, y él se despidió de mí, por ir diferente jornada. Ya que estaba apartado, volvió con gran priesa, y llamándome á voces, estando en el campo, donde no nos oia nadie, me dijo al oido: «Por vida de vuesa merced que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guardelo para sí, pues tiene buen entendimiento.» Yo le prometí hacerlo: tornóse á partir de mí, y yo empecé á reirme del secreto tan gracioso Con esto caminé más de una legua que no topé persona. Iba yo pensando entre mí en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues habia menester tapar primero la poca de mis padres, y luégo tener tanta, que me desconociesen por ella. Y parecíanme á mí estos pensamientos honrados, que yo me los agradecia á mí mismo. Decia á solas: «Más se me ha de agradecer á mí, que no he tenido de quién aprender virtud, que al que la hereda de sus agüelos.» En estas razones y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Trabamos plática, y luégo me preguntó que adónde venía. Yo le dije que de Alcalá. «Maldiga Dios (dijo él) tan mala gente, pues faltaba

entre tantos un hombre de discurso.» Preguntéle que cómo ó por qué se podia decir tal del lugar donde asistian tantos doctos varones; y él, muy enojado, dijo: «¿Doctos? Yo le diré á vuesa merced que tan doctos, que habiendo catorce años que hago yo en Majalahonda (donde he sido sacristan) las chanzonetas al Córpus y al Nacimiento, no me premiaron en el cartel unos cantarcitos que, porque vea vuesa merced la sinrazon que me hicieron, se los he de leer.» Y comenzó desta manera:

Pastores, ¿no es lindo chiste,
Que es hoy el señor san Córpus Christe?
Y es el dia de las danzas
En que el Cordero sin mancilla
Tanto se humilla,
Que visita nuestras panzas,
Y entre estas bienaventuranzas
Entra en el humano buche.
Suene el lindo sacabuche,
Pues nuestro bien consiste.
Pastores, ¿no es lindo chiste? etc.

«¿Qué pudiera decir más (me dijo) el mesmo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra *pastores;* más me costó de un mes de estudio.» Yo no pude con esto tener la risa, que á borbollones se me salia por los ojos y narices; y dando una gran carcajada dije: «¡Cosa admirable! pero sólo reparo en que llama vuesa merced señor san Córpus Christe; y Córpus Christi no es santo, sino el dia de la institucion del Santísimo Sacramento.» «¡Qué lindo es eso! (me respondió haciendo burla). Yo le daré en el calendario; y está canonizado, y apostaré á ello la cabeza.» No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; ántes le dije que eran dignas de cualquier premio, y que no habia leido cosa tan graciosa en mi vida. «¿No (dijo al mismo punto). Pues oiga vuesa merced un pedacito de un librillo que tengo hecho á las once mil vírgenes, adonde á cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa

rica.» Yo, por excusarse de oir tanto millon de octavas, le supliqué no me dijese cosa á lo divino; y así me comenzó á recitar una comedia que tenía más jornadas que el camino de Jerusalen. Decíame: «Hícela en dos dias, y éste es el borrador;» y sería hasta cinco manos de papel. El título era *El Arca de Noe*. Hacíase todo entre gallos, ratones, jumentos, raposas y jabalíes, como fábulas de Hysopo. Yo se la alabé la traza y la invencion; á lo cual me respondió: «Ello cosa mia es, pero no se ha hecho otra tal en el mundo, y la novedad es más que todo; y si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa.» «¿Cómo se podrá representar (le dije yo), si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan?» «Esa es la dificultad; que á no haber esa, ¿habia cosa más alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, tordos y picazas, que hablan, y meter para el entremes monas.» «Por cierto, alta cosa es esa.» «Otras más altas he hecho yo (dijo) por una mujer á quien amo; y ve aquí novecientos y un soneto, y doce redondillas (que parece que contaba escudos por maravedís) hechos á las piernas de mi dama.» Yo le dije que si se las habia visto él, y respondióme que no habia hecho tal por las órdenes que tenía; pero que iban en profecía los conceptos. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oirle, tuve miedo á tantos versos malos; y así, comencé á echar la plática á otras cosas. Decíale que veia liebres; «pues empezaré por uno, donde las comparo á ese animal;» y empezaba luégo. Yo por divertille le decia: «¿Ve vuesa merced aquella estrella que se ve de dia?» A lo cual dijo: «En acabando este le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos dellos.» Afligíme tanto con ver que no se podia nombrar cosa á que él no hubiese hecho algun disparate, que cuando ví que llegábamos á Madrid, no cabia de contento, entendiendo que de vergüenza callaria; pero fué al reves; que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le su-

pliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños olian poeta, no quedaria troncho que no se viniese por sus piés tras nosotros, por estar declarados por locos en una premática que habia salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió á buen vivir. Pidióme que la leyese si la tenía, muy congojado. Prometí de hacerlo en la posada. Fuímos á una, adonde él se acostumbraba apear, y hallamos á la puerta más de doce ciegos: unos le conocieron por el olor, y otros por la voz; diéronle una barbanca de bienvenido. Abrazólos á todos, y luégo comenzaron unos á pedirle oracion para el Justo Juez en verso grave y sentencioso, tal que provocase á gestos; otros pidieron de las Animas, y por aquí discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos, y díjome: «Más me han de valer de trescientos reales los ciegos; y así, con licencia de vuesa merced, me recogeré agora un poco para hacer alguna dellas, y en acabando de comer oiremos la premática.» ¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos, que ganan de comer con los que lo son.

CAPÍTULO X.

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar en Cerecedilla, donde dormí.

Recogióse un rato á estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto se hizo hora de comer; comimos; y luégo pidieron se leyese la premática. Yo, por no haber otro quehacer, la saqué y la leí; la cual pongo aquí, por haberme parecido aguda y conviniente á lo que se quiso reprehender en ella. Decia deste tenor:

PREMÁTICA CONTRA LOS POETAS GÜEROS, CHIRLES Y HEBENES.

Dióle al sacristan la mayor risa del mundo, y dijo: «Hablara yo para mañana. Por Dios, que entendí hablaba conmigo, y es sólo contra los poetas hebenes.» Cayóme á mí muy en gracia oirle decir esto, como si él fuera muy albillo ó moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decia:

«Atendiendo á que este género de sabandijas que llaman poetas son nuestros prójimos y cristianos (aunque malos); viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones y zapatillas, haciendo otros pecados más inormes;—mandamos que la Semana Santa recojan á todos los poetas públicos y canteneros, como á las malas mujeres, y que los desengañen del yerro en que andan, y procuren convertirlos. Y para esto señalamos casas de arrepentidos.

»Item, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares y nunca anochecidas coplas de los poetas de sol, como pasas á fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas,—les ponemos perpétuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados en las musas, como á la caza y pesca, porque no se agoten con la prisa que les dan.

»Item, habiendo considerado que esta seta infernal de hombres condenados á perpétuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía á las mujeres;—declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquél está pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas, para sacar el oro, plata y perlas, pues en los más versos hacen sus damas de todos metales.» Aquí no lo pudo sufrir el sacristan, y levantándose en pié, dijo: «¡Mas no, sino quitarnos las

haciendas? No pase vuesa merced adelante; que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino á mi juez, por no causar perjuicio á mi hábito y dignidad; y en prosecucion della gastaré lo que tengo. Bueno es que yo, siendo eclesiástico, hubiese de padecer ese agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas á tal premática; y luégo quiero irlo á averiguar ante la justicia.» En parte me dió gana de reir; pero por no detenerme (que se me hacia tarde) le dije: «Señor, esta premática es hecha por gracia; que no tiene fuerza ni apremia, por estar falta de autoridad.» «¡Oh pecador de mí! (dijo muy alborotado). Avisara vuesa merced, que me hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe vuesa merced qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado, y oir eso? Prosiga vuesa merced, y Dios se lo perdone el susto que me dió.» Proseguí, diciendo:

»Item, advirtiendo que despues que dejaron de ser moros (aunque todavía conservan algunas reliquias) se han metido á pastores, por lo cual andan los ganados flacos, de beber sus lágrimas, y chamuscados con sus ánimas encendidas, y tan embebecidos en su música, que no pacen,—mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas á los amigos de soledad; y á los demas (por ser oficio alegre y de pullas) que se acomoden en mozos de mulas.» «Algun puto, cornudo, bujarron, judío ordenó tal cosa; y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira que le pesara á él y á todos cuantos la vieran. ¡Miren qué bien le estaria á un hombre lampiño como yo la ermita! ¿Y un hombre vinajeroso y sacristan ha de ser mozo de mulas? Ea, señor, que son grandes pesadumbres esas.» «Ya le he dicho a vuesa merced (repliqué yo) que son burlas y que las oiga como tales.» Proseguí diciendo:

»Item, por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragon á Castilla, ni de Italia á Es-

paña, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y si reincide, de andar limpio una hora.» Esto le cayó muy en gracia, porque traia él una sotana con canas, de puro vieja, y con tantas cazcarrias, que para enterrarse no era menester más de estregársela encima; el manteo, podíanse con él estercolar dos heredades.

Y así, medio riéndome, le dije que mandaba tambien «tener entre los desesperados que se ahorcan y despeñan (y que como á tales no les enterrasen en sagrado) á las mujeres que se enamorasen de poeta á secas. Y que advirtiendo á la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que habia habido estos años fértiles, mandamos que los legajos que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen á las necesarias sin apelacion.» Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decia así:

«Pero advirtiendo con ojos de piedad que hay tres géneros de gentes en la república, tan sumamente miserables que no pueden vivir sin tales poetas, como son farsantes, ciegos y sacristanes,—mandamos que pueda haber algunos oficiales de esta arte, con tal que tengan carta de exámen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes; limitando á los poetas de farsantes que no acaben los entremeses con palos ni diablos, ni las comedias en casamientos; y á los ciegos que no sucedan los casos en Tetuan, desterrándoles estos vocablos *hermznal* y *pundonores*, y mandámosles que para decir *la presente obra*, no digan *zozobra*; y á los de sacristanes, que no hagan los villancicos con *Gil* ni *Pascual*, que no jueguen de vocablo, ni hagan los pensamientos de tornillo que, mudándoles el nombre, se vuelvan á cada fiesta.

»Y, finalmente, mandamos á todos los poetas, en comun, que se descarten de Júpiter, Vénus, Apolo y otros dioses, so pena que los tendrán por abogados en la hora de la muerte.»

A todos los que oyeron la premática pareció cuanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado della; sólo el sacristanejo comenzó á jurar por vida de las vísperas solemnes, *introibo* y *kiries*, que era sátira contra él por lo que decia de los ciegos, y que él sabía mejor lo que habia de hacer que nadie. Y últimamente dijo: «Hombre soy yo que he estado en una posada con Liñan, y he comido más de dos veces con Espinel;» y que habia estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí, y que habia visto á D. Alonso de Ercilla mil veces, y que tenía en su casa un retrato del divino Figueroa, y que habia comprado los gregüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile, y que hoy dia los traia y malos. Enseñólos; y dióles esto á todos tanta risa, que no querian salir de la posada.

Al fin ya eran las dos, y como era forzoso el caminar, salimos de Madrid. Yo me despedí dél, aunque me pesaba, y comencé á caminar para el puerto. Quiso Dios que porque no fuese pensando en mal, me topé con un soldado; luégo trabamos plática: preguntóme que si venía de la corte. Dije que de paso habia estado en ella. «No está para más (dijo luego); que es pueblo para gente ruin: más quiero, voto á Cristo, estar en un sitio la nieve á la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufrir las supercherías que se hacen á un hombre de bien.» A esto le dije yo que advirtiese que en la corte habia de todo, y que estimaban mucho á cualquier hombre de suerte. «¡Qué estimaban (dijo muy enojado), si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del Rey, como lo dicen estas heridas!» Y enseñóme una cuchillada de á palmo en las ingles, que así era de incordio como el sol es claro; luégo en los calcañares me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos mias que tengo, que habian sido sabañones. Quitóse el sombrero, y

mostróme el rostro: calzaba diez y seis puntos de cara; que tantos tenia en una cuchillada que le partia las narices. Tenía otros tres chirlos, que se la volvian mapa á paras líneas. «Estas (me dijo) me dieron en Paris en servicio de Dios y del Rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que agora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña, voto á Cristo, hombre, vive Dios, tan señalado;» y decia verdad, porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañones de hoja de lata y á enseñarme papeles, que debian de ser de otro á quien habia tomado el nombre. Yo los leí y dije mil cosas en su alabanza, y que el Cid ni Bernardo no habian hecho lo que él. Saltó en esto, y dijo: «¿Cómo lo que yo? Voto á Dios, que ni García de Paredes, Julian Romero ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! Sí, que entónces sí que no habia artillería. Voto á Dios, que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte vuesa merced en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen.» «¿Es vuesa merced acaso?» le dije yo; y él me respondió: «¿Pues qué, otro? ¿No ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos desto; que parece mal alabarse el hombre.» Yendo en estas razones, topamos en un borrico un ermitaño con una barba tan larga, que hacía lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Saludámosle con el *Deo gratias* acostumbrado, y empezó á alabar los trigos, y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado y dijo: «¡Ah Padre! más espesas he visto yo las picas sobre mí; y voto á Cristo, que hice en el saco de Ambéres lo que pude; sí, juro á Dios.» El ermitaño le reprehendia que no jurase tanto. El soldado le respondia: «Bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprehende mi propio oficio.» Dióme á mí gran risa de ver en lo que ponia la soldadesca; y eché de ver era algun picaróu, porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de

importancia, cuando no de todos. Llegamos á la falda del puerto: el ermitaño rezando el rosario en una carga de leña hecha bolas de madera, que á cada Ave-María sonaba un cabe; el soldado iba comparando las peñas á los castillos que habia visto, y mirando cuál lugar era fuerte, y adónde se habia de plantar la artillería. Yo los iba mirando; y tanto temia el rosario del ermitaño con las cuentas frisonas, como las mentiras del soldado. «¡Oh, cómo volaria yo con pólvora gran parte deste puerto, decia, y hiciera buena obra á los caminantes!»

En estas y otras conversaciones llegamos á Cercedilla; entramos en la posada todos tres juntos ya anochecido; mandamos aderezar la cena, era viérnes, y entre tanto el ermitaño dijo: «Entretengámonos un rato, que la ocios dad es madre de los vicios; juguemos Ave-Marías;» y dejó caer de la manga el descuadernado. Dióme á mí gran risa ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo: «No, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad.» Yo, cudicioso, dije que jugaria otros tantos; y el ermitaño, por no hacer mal servicio, aceptó y dijo que allí llevaba el aceite de la lampara, que eran hasta docientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza y bebérselo; pero así le sucedan todos sus intentos al turco. Fué el juego al parar; y lo bueno fué que dijo que no sabia el juego, ó hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bien aventurado hacer dos manos, y luégo nos la dió tal, que nos dejó blancos en la mesa. Heredónos en vida; retiróla el ladron con las ancas de la mano, que era lástima: perdia una sencilla, y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba á cada suerte doce votos y otros tantos pestas, aforrados en porvidas. Yo me comí las uñas, miéntras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda. No dejaba santo que no llamaba: acabó de pelarnos; quisimosle jugar sobre prendas; y él (tras haberme ganado á mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento) dijo que aquello

era entretenimiento, y que éramos prójimos; que no habia de tratar de otra cosa. «No juren (decia); que á mí porque me encomendaba á Dios me ha sucedido bien.» Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jugar más, y yo de la misma suerte. «¡Pesia tal! decia el pobre alférez (que él me dijo entónces que lo era): entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo.» El se reia á todo esto. Tornó á sacar el rosario para rezar; y yo, que no tenía ya blanca, pedíle que me diese de cenar, y que pagase hasta Segovia la posada por los dos que íbamos en púribus. Prometió hacerlo; metióse sesenta güevos. ¡No ví tal en mi vida! Dijo que se iba á acostar; dormimos todos en una sala, con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza, y el soldado llamó al huésped y le encomendó sus papeles con las cajas de lata que los traia, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos; el padre se persinó, y nosotros nos santiguamos dél: durmió, y yo estuve desvelado, trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio. Hízose hora de levantar; pidió luz muy aprisa; trajéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre alférez hundia la casa á gritos, pidiendo que le diese los servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fué corriendo, y trajo tres bacines, diciendo: «Hé ahí para cada uno el suyo. ¿Quiéren más servicios?» entendiendo que nos habian dado cámaras. Aquí fué ella, que se levantó el soldado con la espada tras el huésped, en camisa, jurando que le habia de matar porque hacía burla dél (que se habia hallado en la Naval, San Quintin y otras), trayéndole servicios en lugar de los papeles que le habia dado. Todos salimos tras él á tenerle, y aún no podíamos. Decia el huésped: «Señor, su merced

pidió servicios; yo no estoy obligado á saber que en lengua soldadesca se llaman así los papeles de las hazañas.» Apaciguámoslos, y tornamos al aposento. El ermitaño, receloso, se quedó en la cama, diciendo que le habia hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño, y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero.

Topamos con un ginovés (digo destos antecristos de las monedas de España) que subia el puerto, con un paje detras, y él con su guardasol, muy á lo dineroso. Trabamos conversacion con él, y todo lo llevaba á materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó á nombrar á Visanzon, y si era bien dar dineros ó no á Visanzon; tanto, que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero; á lo cual respondió riéndose: «Es un pueblo de Italia, donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, á poner los precios por donde se gobierna la moneda;» de lo cual sacamos que en Visanzon se llevaba el compas á los músicos de uña. Entretúvonos el camino, contando que estaba perdido porque habia quebrado un cambio, que le tenía más de sesenta mil escudos; y todo lo juraba por su conciencia; aunque yo pienso que conciencia en mercaderes es como virgo en cotorrera, que se vende sin haberse. Nadie casi tiene conciencia de todos los deste trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo.

En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y á mí se me alegraron los ojos, á pesar de la memoria que, con los sucesos de Cabra, me contradecia el contento. Llegué al pueblo, y á la entrada ví á mi padre en el camino aguardando. Enternecíme, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas, bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quién conociera á mi tio (fuera del rollo mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar

mano. Llegúeme á mucha gente á preguntar por Alonso Ramplon, y nadie me daba razon dél, diciendo que no le conocian. Holgué mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando estando en esto oi al precursor de la penca hacer de garganta, y á mi tio de las suyas. Venía una procesion de desnudos, todos descaperuzados, delante de mi tio; y él, muy haciéndose de pencas, con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laudes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre (á quien habia dicho, preguntando por él, que era un gran caballero yo), veo á mi buen tio; y echando en mi los ojos (por pasar cerca), arremetió á abrazarme, llamándome sobrino. Pensóme morir de vergüenza; no volví á despedirme de aquel con quien estaba. Fuime con él, y dijome: «Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente; que ya vamos de vuelta, y hoy comeras conmigo.» Yo, que me vi á caballo, y que en aquella sarta parecia punto ménos de azotado, dije que le aguardaria al i; y así, me aparté tan avergonzado, que á no depender dél la cobranza de mi hacienda, no le hablara más en mi vida ni pareciera entre gentes.

Acabó de repasarles las espaldas; volvió, y llevóme á su casa, donde me apeé y comimos.

CAPÍTULO XI.

Del hospedaje de mi tio, y visitas; la cobranza de mi hacienda, y vuelta á la corte.

Tenía mi buen tio su alojamiento junto al matadero, en casa un aguador: entramos en ella, y dijome: «No es alcázar la posada, pero yo os prometo, sobrino, que es á propósito para dar expediente á mis negocios.» Subimos por una escalera, que solo aguardé á ver lo que me sucedia en

so alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaban cordeles, lazos, cuchillos, escarpias y otras herramientas del oficio. Dijome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba; yo le respondí que no lo tenia de costumbre. ¡Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tio! Dijome que habia tenido ventura en topar con él en tan buena ocasion, porque comeria bien, y tenía convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los piés, morada, uno de los que piden para las ánimas, y haciendo són con la cajeta, dijo: «Tanto me han valido á mi las ánimas hoy como á ti los azotados; encaja.» Hiciéronse la mamona el uno al otro, arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en gregüescos de lienzo, y empezó á bailar y decir que si habia venido Clemente. Dijo mi tio que no, cuando Dios y en hora buena, donde en un trapo y con unos zuecos entró un chirimia de la bellota, digo un porquero: conocíllo por el (hablando con perdon) cuerno que traia en la mano, y para andar al uso sólo erró en no traelle encima de la cabeza. Saludónos á su manera, y tras él entró un mulato zurdo y bizco, un sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal, la espada con más gavilanes que la caza del Rey, y un coleto de ante. Traia la cara de punto, porque á puros chirlos la tenía toda hilvanada. Entró y sentóse, saludando á los de casa, y á mi tio le dijo: «A fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garroso.» Saltó el de las ánimas, y dijo: «Cuatro ducados di yo á Flechilla, verdugo de Ocaña, porque aguijase el borrico y no llevase la penca de tres suelas, cuando me palmearon.» «Vive Dios (dijo el corchete), que se lo pagué yo sobrado á Lobrezno en Murcia; porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellacon me los asen-

tó de manera, que no se levantaron sino ronchas.» Y el porquero, concomiéndose, dijo: «Aún están con virgo mis espaldas.» «A cada puerco le viene su San Martin» (dijo el demandador). «Alabarme puedo yo (dijo mi buen tio) entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda hago lo que debo: sesenta me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo con penca sencilla.»

Yo, que ví cuán honrada gente era la que hablaba mi tio, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza: echómelo de ver el corchete. «¿Es el padre el que padeció el otro dia, á quien se dieron ciertos empujones en el enves?» Yo dije que no era hombre que padecia como ellos. En esto se levantó mi tio, y dijo: «Es mi sobrino, maeso en Alcalá, gran supuesto.» Pidiéronme perdon, y ofreciéronme toda caricia. Yo rabiaba yá por comer y cobrar mi hacienda, y huir de mi tio. Pusieron las mesas, y por una soguilla en un sombrero, como suben la limosna los de la cárcel, subieron la comida de un bodegon que estaba á las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos y retajillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse á comer, en cabecera el demandador, y los demás sin órden. No quiero decir lo que comimos, sólo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Viéndome á mí el porquero, me las cogia al vuelo, y hacia más razones que deciamos todos. No habia memoria de agua, y ménos voluntad della. Parecieron en la mesa cinco pasteles de á cuatro; y tomando un hisopo, despues de haber quitado las hojaldres, dijeron un responso todos, con su *requiem æternam*, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tio: «Ya os acordais, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre.» Vínoseme á la memoria: ellos comieron; pero yo pasé con los suelos solos, y quedéme con la costumbre; y así, siempre que como pasteles rezo una Ave-María por el que

Dios haya. Menudeóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que bebieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas, que parecian de dedos de negro, dijo uno que para qué traian pebetes guisados. Ya mi tio estaba tal, que alargando la mano y asiendo una, dijo (con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acosado, y el otro nadando en mosto): «Sobrino, por este pan de Dios, que crió á su imágen y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta.» Yo, que ví al corchete, que alargando la mano tomó el salero, y dijo: «Caliente está este caldo;» y que el porquero se llenó el puño de sal, diciendo: «Bueno es el avisillo para beber;» y se lo echó todo en la boca;—comencé á reirme por una parte y rabiar por otra. Trajeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo: «Dios bendijo la limpieza.» Para sorbérsela á la boca se la puso en el carrillo, y volcándola, se asó en el caldo, y se puso todo de arriba abajo que era vergüenza. Él, que se vió así, fuése á levantar; y como pesaba algo la cabeza, firmó sobre la mesa (que era destas movedizas); trastornóla, y manchó á los demas. Tras esto decia que el porquero le habia empujado. El porquero, que vió que el otro se le caia encima, levantóse, y alzando el instrumento de hueso, le dió con él una trompetada: asiéronse á puños, y estando juntos los dos, y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteracion el porquero vomitó cuanto habia comido en las barbas del de la demanda. Mi tio, que estaba más en juicio, decia que quién habia traido á su casa tantos clérigos. Yo, que ví que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasí á los dos, y levanté al corchete del suelo, el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché á mi tio en la cama, el cual hizo cortesía á un velador de palo que tenía, pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero, el cual, ya que dormian los otros, no habia hacerle callar.

diciendo que le diesen su cuerno, porque no habia habido jamás quien supiese en él más tonadas, y que él queria tañer con el órgano. Al fin, yo no me aparté dellos hasta que vi que dormian. Salíme de casa, entretúveme en ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que era muerto, y no cuidé de preguntar de qué, sabiendo que hay hambre en el mundo.

Torné á casa á la noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallé al uno despierto y que andaba á gatas por el aposento buscando la puerta, y diciendo que se les habia perdido la casa. Levantéle y dejé dormir á los demas hasta las once de la noche, que despertaron; y esperezándose, preguntó uno que qué hora era. Respondió el porquero (que aún no la habia desollado), que no era nada, sino la siesta, y que hacía grandes bochornos. El demandador como pudo dijo que le diesen la capilla. «Mucho han holgado las ánimas para tener á su cargo mi sustento;» y fuése, en lugar de ir á la puerta, á la ventana, y como vió estrellas, comenzó á llamar á los otros con grandes voces diciendo que el cielo estaba estrellado á mediodía, y que habia un grande eclipse. Santiguáronse todos y besaron la tierra. Yo, que vi la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas vilezas é infamias que veia yo, ya me crecia por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos á todos uno por uno, lo mejor que pude, y acosté á mi tio, que aunque no tenía zorra, tenía raposa; y yo acomodéme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por allí.

Pasamos desta manera la noche, y á la mañana traté con mi tio de reconocer mi hacienda y cobralla de presto, diciendo que estaba molido, y que no sabia de qué. Echó una pierna, levantóse, tratamos largo en mis cosas, y tuve harto trabajo por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin lo reduje á que me diese noticia de parte de mi hacienda

(aunque no de toda); y así, me la dió de unos trescientos ducados que mi buen padre habia ganado por sus puños, y dejádolos en confianza de una buena mujer, á cuya sombra se hurtaba diez leguas á la redonda. Por no cansar á vuesa merced digo que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tio no habia bebido ni gastado; que fué harto para ser hombre de tan poca razon, porque pensaba que yo me graduaria con este, y que estudiando podria ser cardenal; que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenía: «Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes á quien parecer; dinero llevas, yo no te he de faltar; que cuanto sirvo y cuanto tengo, para tí lo quiero.» Agradecíle mucho la oferta: gastamos el dia en pláticas desatinadas y en pagar las visitas á los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tio y el porquero y demandador; éste jugaba misas como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barajaban la taba: cogiéndola en el aire al que la echaba, y meciéndola con la muñeca, se la tornaban á dar. Sacaban de taba como de naipe, para la fábrica de la sed, porque habia siempre un jarro en medio. Vino la noche; ellos se fueron, acostámonos mi tio y yo, cada uno en su cama, que ya habia proveido para mí un colchon. Amaneció, y ántes que él despertase yo me levanté y me fuí á una posada sin que me sintiese: torné á cerrar la puerta por defuera, y echó la llave por una gatera.

Como he dicho, me fuí á un meson á esconder y aguardar comodidad para ir á la corte. Dejéle en el aposento una carta cerrada que contenia mi ida y las causas, avisándole no me buscase, porque eternamente no lo habia de ver.

CAPÍTULO XII.

De mi huida, y los sucesos en ella hasta la corte.

Partia aquella mañana del meson un arriero con cargas á la corte; llevaba un jumento: alquilómele, y salíme á aguardarle á la puerta fuera del lugar. Salió y espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo: «Allá quedarás, bellaco, deshonra buenos, jinete de gazmates.»

Consideraba yo que iba á la corte, donde nadie me conocia (que era la cosa que más me consolaba), y que habia de valerme por mi habilidad. Allí propuse de colgar los habitos en llegando, y sacar vestidos cortos al uso. Pero volvamos á las cosas que el dicho mi tio hacía, ofendido con la carta, que decia en esta forma:

CARTA.

«Señor Alonso Ramplon: Tras haberme Dios hecho tan »señaladas mercedes como quitarme delante á mi buen »padre y tener mi madre en Toledo (donde, por lo ménos, »sé que hará humo), no me faltaba sino ver hacer en vuesa »merced lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi »linaje, que dos es imposible, si no vengo á sus manos y »trinchandome, como hace á otros. No pregunte por mí, »que me importa negar la sangre que tenemos. Sirva al »Rey y á Dios.»

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diria contra mí. Volvamos á mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar nadie, cuando desde léjos vi venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto; el cuello abierto, el sombrero de

lado sospeché que era algun caballero que dejaba atras su coche; y así, emparejando, le saludé. Miróme y dijo: «Irá vuesa merced, señor licenciado, en ese borrico con harto más descanso que yo con todo mi aparato.» Yo, que entendí que lo decia por coche y criados que dejaba atras, dije: «En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar que el del coche; porque (aunque vuesa merced vendrá en el que trae detras con regalo) aquellos vuelcos que da inquietan.» «¿Cuál coche detras?» dijo él muy alborotado; y al volver atras, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta que traia, la cual era tan sola, que tras verme tan muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que vi que de la camisa no se veia sino una ceja, y que traia tapado el rabo de medio ojo, le dije: «Por Dios, señor, que si vuesa merced no aguarda á sus criados, yo no puedo socorrelle, porque vengo tambien atacado únicamente.» «Si hace vuesa merced burla (dijo él con las chaondas en la mano), vaya; porque no entiendo eso de los criados.» Y aclarósemo tanto (en materia de ser pobre), que me confesó, á media legua que anduvimos, que si no le hacía merced de dejalle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar á la corte, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Y movido á compasion, me apeé; y como él no podia sacar las calzas, húbele yo de subir; y espantóme lo que descubrí en el tocamiento: porque por la parte de atras, que cubria la capa, traia las cuchilladas con entretelas de nalga pura. Él, que sintió lo que habia visto, como discreto, se previno diciendo: «Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce; debióle parecer á vuesa merced en viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlos. Como destos hojaldres cubren en el mundo lo que vuesa merced ha tentado.» Yo le dije que le aseguraba me habia persuadido á muy diferentes cosas de las que veia. «Pues aún no ha visto nada vuesa merced (replicó); que

hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Heme aquí vuesa merced un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañes, que, si como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan ni carne no se sustenta buena sangre; y por la misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada. Ya he caido en la cuenta de ejecutorias, despues que hallándome en ayunas un dia, no quisieron dar sobre ella en un bodegon dos tajadas. ¡Pues decir que no tienen letras de oro! Pero más valiera el oro en las píldoras que en las letras, y de más provecho es; y con todo, hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura por no tener sobre qué caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero (que todos estos nombres tenía) se perdió en una fianza; sólo el don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad dél, pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendon, azadon, podon, baldon, bordon y otros así.»

Confieso que, aunque iban mezcladas con risa, las calamidades del dicho hidalgo me entretuvieron. Preguntélo cómo se llamaba, y adónde iba y á qué. Dijo que todos los nombres de su padre: D. Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero y Jordan. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como són de badajo. Tras esto dijo que iba á la corte, porque un mayorazgo raido como él, en un pueblo corto olia mal á dos dias, y no se podia sustentar; y que por eso se iba á la patria comun, adonde caben todos, y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros; y nunca cuando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer, y refocilo de lo vedado, porque la industria en la corte es piedra filosofal, que vuelve en oro cuanto toca. Yo vi el cielo abierto, y en són de entretenimiento para el camino,

le rogué que me contase cómo y con quiénes viven en la corte los que no tenian, como él, porque me parecia dificultoso; que no sólo se contenta cada uno con sus cosas, sino que áun solicitan las ajenas. «Muchos hay desos, hijo, y muchos destotros: es la lisonja llave maestra, que abre á todas voluntades en tales pueblos. Y porque no te se haga dificultoso lo que digo, oye mis sucesos y mis trazas, y te asegurarás de esa duda.»

CAPÍTULO XIII.

En que el hidalgo prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres.

«Lo primero has de saber que en la corte hay siempre el más necio y el más sabio, más rico y mas pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula los malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo) que no se les conoce raíz ni mueble, ni otra cosa de la que decienden los tales. Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros hebenes; otros güeros, chanflones, chirles, traspillados y caninos. Es nuestra abogada la industria; pasamos las más veces los estómagos de vacío, que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas. Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones, y convidados por fuerza; sustentámonos así del aire, y andamos contentos. Somos gente que comemos un puerro, y representamos un capon: entrará uno á visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero y aves, mondaduras de frutas, la puerta embarazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de dia. Reñimos en entrando al huésped: «¿Es posible que no he de ser yo

poderoso para que barra esa moza?—Perdone vuesa merced, que han comido aquí unos amigos, y estos criados...» etc. Quien no nos conoce, cree que es así, y pasa por convite. Pues ¿qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando á uno media vez, sabemos su casa, y siempre á hora de mascar (que se sepa que está en la mesa) decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si nos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado decimos que no; si nos convidan, no aguardamos al segundo convite, porque destas aguardadas nos han sucedido grandes vigilias; si han empezado, decimos que sí; y aunque parta muy bien el ave, pan ó carne, ó lo que fuere, para tomar ocasion de engullir un bocado decimos: «Ahora deje vuesa merced, que le quiero servir de maestresala; que solia, Dios le tenga en el cielo (y nombramos un señor muerto, duque ó conde), gustar más de verme partir que de comer.» Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos: «¡Oh qué bien güele! Cierto que haria agravio á la guisandera en no probarlo: ¡qué buena mano tiene!» Y diciendo y haciendo, va en prueba el medio plato; el nabo por ser nabo, el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algun convento aplazada; no la tomamos en público, sino á lo escondido, haciendo creer á los frailes que es más devocion que necesidad. Es de ver uno de nosotros en una casa de juego con el cuidado que sirve, y despabila las velas, trae orinales, cómo mete naipes y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato. Tenemos de memoria para lo que toca á vestirnos, toda la ropería vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oracion, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver las diversidades de cosas que sacamos: que como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos abiertas las piernas á la ma-

sana á su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos y hilarachas de las entrepiernas, y con unas tijeras las hacemos la barba á las calzas; y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atras para poblar lo de adelante, y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas: sábelo sola la capa, y guardámonos de dias de aire y de subir por escaleras claras ó á caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues en dia claro andamos con las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tubillos, porque si se abren las rodillas se verá el ventanaje. No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa y no tenga historia; *verbi gratia:* bien ve vuesa merced esta ropilla, pues primero fué gregüescos, nieta de una capa y biznieta de un capuz, que fué en su principio, y ahora espera salir para soletas y otras muchas cosas. Los escarpines primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y ántes camisas, hijas de sábanas; y despues de esto nos aprovechamos para papel, y en el papel escribimos y despues hacemos dél polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. Pues ¿qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces porque no se vean los herreruelos calvos y las ropillas lampiñas? Que no hay más pelo en ellas que en un guijarro; que es Dios servido de dárnosle en la barba y quitárnosle en la capa. Y por no gastar en barberos prevenimos siempre de aguardar que otro de los nuestros tenga pelambre y entónces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: «Ayudáos como buenos hermanos.» Y tenemos cuenta en no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en celo. Estamos obligados á andar á caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y á ir

en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla ó trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo con todo el pescuezo defuera, haciendo cortesías porque nos vean todos, y hablando á los amigos y conocidos aunque miren á otra parte. Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rascarnos en público sin que se vea: si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte, y señalamos con las manos aquellas que nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas; si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos *sanctus* aunque sea en el *introibo*; levantámonos y arrimándonos á una esquina, en són de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca; encajamos duques y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos; y advertimos que los tales señores ó están muertos ó muy léjos. Y lo que más es de notar, que nunca nos enamoramos sino de *pane lucrando*, que veda la órden damas melindrosas, por lindas que sean; y así, siempre andamos en reccuesta con una bodegonera por la comida, con la huéspeda por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre; y aunque comiendo tan poco y bebiendo tan mal no se puede cumplir con tantas, por su tanda todas están contentas. Quien ve estas botas mias, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media ni otra cosa? Y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar á un caballero, señor licenciado, pero cuello abierto y almidonado no. Lo uno porque así es gran ornato de la persona, y despues de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustento porque se ceba el hombre en el almidon, chupándole con destreza. Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener más faltas que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la corte. Ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya se ve en el

hospital: pero, en fin, se vive, y el que se sabe vadear es rey con poco que tenga.»

Tanto gusté de las extrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con ellas y con otras, me llegué á pié hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traia blanca, y yo me hallaba obligado á sus avisos, porque con ellos abrí los ojos á muchas cosas, inclinándome á la chirleria. Declaréle mis deseos ántes que nos acostásemos; abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó habian de hacer impresion sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor (para introducirme en la corte con los demas cofrades del estafon) y posada en compañia de todos. Aceptéla, no declarándole que tenia los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los cuales bastaron, con la buena obra que le habia hecho y hacia, á obligarle á mi amistad.

Compréle del huésped tres agujetas, atacóse dormimos aquella noche, madrugamos y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De lo que me sucedió en la corte luégo que llegué hasta que anocheció.

A las diez de la mañana entramos en la corte: fuímonos á apear de conformidad en casa de los amigos de D. Toribio. Llegamos á la puerta, y llamó; abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habian ido á buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo, él en animarme á la profesion de la vida barata, y yo en atender á todo. A las doce y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los piés, más raida que su vergüenza. Habláronse los dos en germanía, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la cual (diciendo que era licencia para pidir para una pobre) los habia allegado; vació el guante y sacó otro, y doblólos á usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponia, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. A todo esto noté que no se desarrebozaba, y preguntó (como nuevo, para saber) la causa de estar siempre en-

vuelto en la capa: á lo cual respondió: «Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; este pedazo de rebozo la cubre, y así se puede andar.» Desarrebozóse, y halló que debajo de la sotana traia gran bulto; yo pensé que eran calzas, porque eran á modo dellas, cuando él (para entrarse a espulgar) se arremangó, y vi que eran dos rodajas de carton, que traia atadas á la cintura y encajadas á los muslos, de suerte que hacian apariencias debajo del luto, porque el tal no traia camisa ni gregüescos; que apénas tenia que espulgar, segun andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla, como las que ponen en las sacristías, que decia: «Espulgador hay;» porque no entrase otro. Grandes gracias di á Dios, viendo cuánto dió á los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas. «Yo (dijo mi buen amigo) vengo del camino con mal de calzas; y así, me habré de recoger á remendar.» Preguntó si habia algunos retazos; y la vieja (que recogia trapos dos dias en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para curar incurables cosas de los caballeros) dijo que no, y que por falta de trapos se estaba quince dias habia en la cama, de mal de ropilla, D. Lorenzo Iñiguez del Pedroso. En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero prendidas las faldas por los dos lados: supo mi venida de los demas, y hablóme con mucho afecto; quitóse la capa, y traia (mire vuesa merced quién tal pensara) la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa; y él con gran disimulacion dijo: «Llaráse á las armas, y no se reirá; yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba.» Yo dije que por galanteria y por dar lugar á la vista. «Antes por estorbarla (dijo): sepa que es porque no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver.» Y diciendo esto, sacó mas de veinte car-

las y otros tantos reales, diciendo que no habia podido dar aquellas. Traia cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo; ponia la firma de quien le parecia; escribia nuevas que inventaba á las personas más honradas, y dábalas en aquel traje, cobrando los portes, y esto hacia cada mes: cosa que me espantó ver la novedad de la vida. Entraron luégo otros dos, el uno con una ropilla de paño larga hasta medio valon, y su capa de lo mismo, levantado el cuello, porque no se viese el angeo, que estaba roto. Los valones eran de chamelote, mas no eran más de lo que se descubrian, y lo demas de bayeta colorada.

Este venia dando voces con el otro, que traia valona por no traer cuello, y unos frascos por no traer capa, y una muleta, con una pierna liada en trapajos y pellejos, por no tener más de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido, pero malo y en partes quietas; contaba extraños servicios suyos, y á título de soldado entraba en cualquiera parte. Decia el de la ropilla y casi gregüescos: «La mitad me debeis, ó por lo ménos mucha parte. Si no me la dais, juro á Dios...» «No jure á Dios (dijo el otro); que en llegando á casa no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos.» Si daréis, no daréis, y en los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos á los primeros estirones. Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado: «¿A mí chanzas? No llevaréis ni medio. Han de saber vuesas mercedes que estando en San Salvador llegó un niño á este pobrete, y le dijo que si era yo el alférez Juan de Lorenzana, y dijo que sí, atento á que le vió no sé qué cosa que traia en las manos. Llevómele, y dijo (nombrándome alférez): «Mire vuesa merced qué le quiere este niño;» y como le entendí, dijo que yo era. Recibí el recado, y con él doce pañizuelos, y respondí á su madre, que los enviaba á alguno de aquel nombre. Pídeme agora la mitad, y ántes me haré pedazos

que tal dé; todos los han de romper mis narices.» Juzgóse la causa en su favor; sólo se le contradijo el sonar en ellos, mandándole que los entregase á la vieja para honrar la comunidad, haciendo dellos unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas: que el sonarse está vedado.

Llegó la noche; acostámonos tan juntos, que parecíamos herramienta en estuche. Pasóse la cena de claro en claro: no se desnudaron los más; que con acostarse como andaban de dia cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPÍTULO II.

En que se prosigue la materia comenzada y otros raros sucesos.

Amaneció el Señor, y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos como si todos fuéramos hermanos (que esta facilidad y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas). Era de ver á uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oracion á cada uno, como á sacerdote que se viste: á cuál se le perdia una pierna en los callejones de las calzas, y la venía á hallar adonde ménos convenia asomada; otro pidia guia para ponerse el jubon, y en media hora no se podia averiguar con él. Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron aguja y hilo para hacer un punteado en un rasgado y otro.

Cuál para culcusirse debajo del brazo, estirándole se hacia L. Uno, hincado de rodillas, remedaba un 5 de guarismo: socorria á los cañones. Otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas se hacía un ovillo. No pintó tan extrañas posturas Bosco como yo ví; porque ellos cosian, y la vieja les daba los materiales, trapos y

arrapiezos de diferentes colores, los cuales habia traido el sábado. Acabóse la hora del remiendo (que así la llamaban ellos), y fuéronse mirando unos á otros lo que quedaba mal parado. Determinaron de irse fuera, y yo dije que queria trazasen mi vestido, porque queria gastar los cien reales en uno, y quitarme la sotana. «Eso no, dijeron ellos; el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado luégo, y señalémosle su diócesi en el pueblo, adonde él sólo busque y apolille.»

Parecióme bien: deposité el dinero, y en un instante, de la sotana me hicieron ropilla de luto de paño, y acortando el herreruelo, quedó bueno. Lo que sobró dél trocaron á un sombrero viejo reteñido; pusiéronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos. El cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas con cuchilladas no más de por delante; que lados y traseras eran unas camuzas. Las medias calzas de seda áun no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla, los cuales cuatro dedos cubria una bota justa sobre la media colorada que yo traia. El cuello estaba todo abierto, de puro roto; pusiéronmele, y dijeron: «El cuello está trabajoso por detras y por los lados. Vuesa merced, si le mirare uno, ha de ir volviéndose con él, como la flor del sol; si fueren dos y miraren por los lados, saque piés, y para los de atras traiga siempre el sombrero caido sobre el cogote; de suerte que la falda cubra el cuello y descubra toda la frente: y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que porque puede andar la cara descubierta por todo el mundo. Diéronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel y aguja, dedal, paño, lienzo, raso, y otros retacillos, y un cuchillo; pusiéronme una esquela en la pretina, yesca y eslabon en una bolsa de cuero, diciendo: «Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos ni deudos: en esta se encierra todo nuestro remedio; tómela

y guárdela.» Señaláronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis; y así empecé mi jornada, saliendo de casa con los otros; aunque por ser nuevo me dieron (para empezar la estafa), como á misacantano, por padrino el mismo que me trajo y convirtió.

Salimos de casa con paso tardo, los rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado: á todos hacíamos cortesía; á los hombres quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo á sus capas; á las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas, y las paternidades mucho más. A uno decía mi buen ayo: «Mañana me traen dineros;» á otro: «Aguárdeme vuesa merced un día, que me trae en palabras el banco.» Cual le pidia la capa, cuál le daba priesa por la pretina: en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una acera á otra, por no topar con casas de deudores. Ya le pedía uno el alquiler de la casa, otro el de la espada, y otro el de las sábanas y camisas: de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula. Sucedió, pues, que vió desde léjos un hombre que le sacaba los ojos (segun dijo) por una deuda, mas no podia el dinero; y porque no le conociese soltó detras de las orejas el cabello, que traia recogido, y quedó nazareno entre verónico y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo, y púsose á hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer miéntras el otro venía (que áun no le habia visto, por estar ocupado en chismes con una vieja). Digo de verdad que ví al hombre dar vueltas alrededor, como perro que se queria echar; hacíase más cruces que un ensalmador, y fuése diciendo: «¡Jesus! pensé que era él. A quien bueyes ha perdido... etc.» Yo moríame de risa de ver la figura de mi amigo; entróse en un soportal á recoger la melena y el parche, y dijo: «Estos son los aderezos de negar deudas. Aprended, hermano; que vereis mil cosas destas en el pueblo.» Pasamos adelante, y en una esquina,

por ser de mañana, tomamos dos tajadas de letuario, y aguardiente de una picarona; que nos lo dió de gracia (despues de dar el bienvenido á mi adestrador). Y díjome: «Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy; por lo ménos esto no puede faltar.» Afligíme yo, considerando que aún teníamos en duda la comida; y repliquéle, afligido por parte mi estómago. A lo cual respondió: «Poca fe tiene con la religion y órden de los caminos. No falta el Señor á los cuervos ni á los grajos, ni áun á los escribanos, ¿y habia de faltar á los traspillados? Poco estómago teneis.» «Es verdad, dije, pero temo mucho tener ménos, y nada en él.» En esto estábamos, y dió un reloj las doce, y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia á mis tripas el letuario, y tenía hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria, volvíme al amigo, y dije: «Hermano, este del hambre es recio noviciado. ¡Estaba hecho el hombre á comer más que un sabañon, y hanme metido á vigilias! Si vos no la teneis, no es mucho; que criado con hambre desde niño (como el otro rey con parbona), os sustentais ya con ella. No os veo hacer diligencia vehemente para mascar; y así, yo determino de hacer la que pudiere.» «¡Cuerpo de Dios (replicó) con vos! pues dan agora las doce, ¿y tanta priesa? Teneis muy puntuales ganas y ejecutivas, y han menester llevar con paciencia algunas pagas atrasadas. ¿No sino comer todo el dia! ¿Qué más hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que ántes de puro mal proveidos, no nos proveemos. Ya os he dicho que á nadie falta Dios; y si tanta priesa teneis, yo me voy á la sopa de San Jerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche como capones, y allí haré el buche. Si vos quereis seguirme, venid; y si no, cada uno á sus aventuras.» «Adios, dije yo, que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros; cada uno eche por su calle.» Mi amigo iba pisando tieso y mirándose á los pies;

sacó unas migajas de pan que traia para el efeto siempre en una cajuela, y derramóselas por la barba y vestidos: de suerte que parecia haber comido. Yo iba tosiendo y escarbando por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado, y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era por no tener más de diez cuentas. Todos los que me veian me juzgaban por comido; y si fuera de piojos, no erraran.

Iba yo fiado en mis escudillos, aunque me remordia la conciencia el ser contra la órden comer á sus costas quien vive de tripas horras en el mundo: ya iba determinado á quebrar el ayuno. Llegué con esto á la esquina de la calle de San Luis, adonde vivia un pastelero; asomábase uno de á ocho tostado, y con el resuello del horno tropezóme en las narices, y al instante me quedé (del modo que andaba) como perro perdiguero: puestos en él los ojos, le miré con tanto ahinco, que se secó el pastel como un aojado. Allí eran de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle; resolvíame otra vez á pagarlo. En esto me dió la una: angustiéme de manera, que me determiné de zamparme en un bodegon. Yo, que iba haciendo punta á uno, Dios que lo quiso, topo con un licenciado Flechilla, amigo mio, que venía haldeando por la calle abajo, con más barros que la cara de un sanguino, y tantos rabos, que parecia un chirrion: arremetió á mí en viéndome (que segun estaba, fué mucho conocerme). Yo le abracé, preguntóme cómo estaba; díjele luégo: «Señor licenciado, ¡qué de cosas tengo que contarle! Sólo me pesa que me he de ir esta noche.» «Eso me pesa á mí, y si no fuera tarde, y ir con prisa á comer, me detuviera, porque me aguarda una hermana casada y su marido.» «¿Qué, aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos; que quiero hacer lo que estoy obligado.»

Abrí los ojos en oyendo que no habia comido; fuíme con él, y empecóle á contar que una mujercilla (que él habia

querido mucho en Alcalá) sabía yo dónde estaba, y que le podia dar entrada en su casa. Pegósele luégo al alma el envite; que fué industria tratarle de cosas de gusto. Llegamos tratando en ello á su casa: entramos; yo me ofrecí mucho á su cuñado y hermana; y ellos, no persuadiéndose á otra cosa sino á que yo venía convidado, por venir á tal hora, comenzaron á decir que si lo supieran que habian de tener tan buen huésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogi la ocasion, y convidéme, diciendo que era de casa y amigo viejo, y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse, y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor (que ni me habia convidado ni le pasaba por la imaginacion), de rato en rato le pegaba con la mozuela, diciendo que me habia preguntado por él, y que le tenía en el alma, y otras mentiras deste modo: con lo cual llevaba mejor el verme engullir; porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hicera una bala en el de un coleto. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda sin malicia; pero con prisa tan fiera, que parecia que áun entre los dientes no la tenía bien segura. Dios es mi padre, que no come un cuerpo más presto el monton de la Antigua de Valladolid (que le deshace en veinticuatro horas), que yo despaché el ordinario, pues fué con más priesa que un extraordinario correo. Ellos bien debian notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecucion de los huesos y el destrozo de la carne; y si va á decir verdad, entre vuelta y juego empedré la faldriquera de mendrugos. Levantóse la mesa, apartámonos yo y el licenciado á hablar de la ida en casa de la dicha, la cual le facilité mucho; y estando hablando con él á una ventana, hice que me llamaban de la calle, y dije: «¿A mí, señor? Ya bajo.» Pídíle licencia, diciendo que luégo volveria: quedóme aguardando hasta hoy; que desparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces, y discul-

pame con él, contándolo mil embustes, que no importan para el caso.

Fuime por las calles de Dios, llegué á la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen á sus puertas los mercaderes: quiso Dios que llegaron á la tienda dos (de las que piden prestado sobre sus caras) tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo. Preguntaron si habia algun terciopelo de labor extraordinaria: yo empecé luégo (para trabar conversacion) á jugar del vocablo del tercio y pelado, y pelo, y apelo, y por peli, y no dejé hueso sano á la razon. Sentí que les habia dado mi libertad algun seguro de algo de la tienda; y como quien aventuraba á no perder nada, ofrecíla lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocian. Yo me aproveché de la ocasion, diciendo que habia sido atrevimiento ofrecerles nada; pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habian traido de Milan, que á la noche llevaria un paje (que les dije que era mio por estar enfrente aguardando á su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado). Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido, no hacía más sino quitar el sombrero á todos los oidores y caballeros que pasaban; y sin conocer á ninguno, les hacía cortesía, como si los tratara familiarmente. Ellas juzgaron con esto, y con un escudo de oro que yo saqué de los que traia (con achaque de dar limosna á un pobre que me la pidió), que yo era un gran caballero. Parecióles irse, por ser ya tarde; y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que habia de ir el paje. Yo las pedí por favor, y como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la más bonita dellas, en prendas de que las habia de ver á otro dia sin falta. Regatearon dármele, yo les ofrecí en prenda los cien escudos, y dijéronme su casa; y con intento de estafarme en más, se fiaron de mí, y preguntáronme la posada, diciéndome que no podia entrar paje en la suya á todas horas, por ser gente principal.

Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar en la de las Carretas escogí la casa que mejor y más grande me pareció, que tenía un coche sin caballos á la puerta; y dijeles que aquella era, y que allí estaba ella, el coche y dueño para servirlas. Nombréme D. Alvaro de Córdoba, y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que cuando salimos de la tienda, llamé uno de los pajes (con grande autoridad) con la mano; hice que le decia que se quedasen todos, y que me aguardasen allí; y verdad es que le pregunté si era criado del Comendador mi tio. Dijo que no; y con tanto acomodé los criados ajenos como buen caballero.

Llegó la noche escura, y acogímonos á casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para que acompañase á un difunto, y se vino con ella. Llamábase este Magazo, que era natural de Olías; habia sido capitan en una comedia, y se habia combatido con moros en una danza. Cuando hablaba con los de Flandes, decia que habia estado en la China, y á los de la China en Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él; nombraba castillos, y apónas los habia visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor D. Juan, y oíle decir yo muchas veces de Luis Quijada que habia sido honra de amigos. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que habia leido en unas coplas que andaban desto; y como él no sabía nada de mar (porque no tenía nada de naval más de comer nabos), dijo, contando la batalla que habia tenido el señor D. Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un moro muy bravo. Como no sabía el pobrete que era nombre del mar, pasábamos con él lindos ratos. Entró luégo mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa; y dijo que habia ido á la sopa de San Jerónimo, y que pidió porcion doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Qui-

táronselo á los otros mendigos para dárselo; y ellos, con el enojo, siguiéronle, y vieron que en un rincon detras de la puerta estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar por engullir, y quitar á otros para sí, se levantaron voces, y tras ellas palos, y tras los palos chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera, que se la dió á oler con más priesa que convenia. Quitáronle la espada; á las voces salió el portero, y áun no los podia meter en paz. En fin, se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decia: «Yo volveré lo que he comido;» y áun no bastaba, porque ya no reparaban sino en que pidia para otros y no se preciaba de sopon. «¡Miren el todo trapos, como muñeca de niños, más triste que pastelería en cuaresma, con más agujeros que una flauta, y más remiendos que una pia, y más manchas que un jaspe, y más puntos que un libro de música (decia un estudianton de estos de la capacha, gorronazo); que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo ó otra cualquier dignidad, y se afrenta un D. Peluche de comer! Graduado soy de bachiller en artes por Sigüenza.» Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decia que aunque acudia al brodio era descendiente del Gran Capitan, y que tenia deudos.

Aquí lo dejo, porque el compañero estaba ya fuera desapreensando los güesos.

CAPÍTULO III.

En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel.

Entró Merlo Diaz, hecha la pretina una sarta de búcaros y vidrios, los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, habia agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja D. Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena; la cual habia trocado en una mesa de trucos á la suya, que no se la cubria pelo al que la llevó, por ser desbarbada. Usaba este quitarse la capa, como que queria jugar, y ponerla con las otras; y luégo (como que no hacia partido) iba por su capa, y tomaba la que mejor le parecia y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos. Mas todo fué nada para ver entrar á don Cosme cercado de muchachos con lamparones, cáncer y lepra, heridos y mancos; el cual se habia hecho ensalmador con unas santiguaderas y oraciones que habia aprendido de una vieja. Ganaba este por todos; porque si el que venía á curarse no traia bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faldriquera ó no piaban algunos capones, no habia lugar. Tenía asolado medio reino; hacia creer cuanto queria, porque no ha nacido tal artífice en el mentir: tanto, que áun por descuido no decia verdad. Hablaba del niño Jesus, entraba en las casas con *Deo gratias*; decia lo del «Espíritu Santo sea con todos.» Traia todo ajuar de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas; al descuido hacía que se le viese por debajo la capa un trozo de disciplina salpicada con sangre de narices; hacía creer (concomiéndose) que los piojos eran silicios y que la hambre canina era ayuno voluntario; contaba tentaciones; en

nombrando al demonio, decia: «Dios nos libre y nos guarde;» besaba la tierra al entrar en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos á las mujeres, pero las faldas sí. Con estas cosas traia al pueblo tal, que se encomendaban á él, y era propiamente como encomendarse al diablo; porque á más de ser jugador, era *cierto* (así se llama el que por mal nombre *fullero*.) Juraba el nombre de Dios unas veces en vano y otras en vacío. Pues en lo que toca á mujeres, tenía sus hijos, y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraba, hendia. Vino Polanco haciendo gran ruido, y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza, y campanilla. Andaba de noche desta suerte, diciendo: «Acordaos de la muerte, y haced bien por las ánimas, etc.» Con esto cogia mucha limosna, y entrábase en las casas que veia abiertas; y si no habia testigos ni estorbo, robaba cuanto topaba: si le hallaban, tocaba la campanilla, y decia (con una voz que él fingia muy penitente): «Acordaos, hermanos, etc.»

Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí por espacio de un mes en ellos. Volvamos agora á que les enseñé el rosario y conté el cuento. Celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja por su cuenta y razon para venderle; la cual se iba por las casas, diciendo que era de una doncella pobre, y que se deshacía dél para comer; y ya tenía para cada cosa su embuste y su trapaza. Lloraba la vieja á cada paso, enclavijaba las manos y suspiraba de lo amargo; llamaba hijos á todos; traia (encima de muy buena camisa, jubon, ropa, saya y manteo) un saco de sayal roto, de un amigo ermitaño que tenía en las cuestas de Alcalá. Esta gobernaba el hato, aconsejaba y encubria. Quiso, pues, el diablo (que nunca está ocioso en cosas tocantes á sus siervos) que yendo á vender no sé qué ropa y otras cosillas á una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya; trajo un alguacil, y agarráronme á la vieja, que se llamaba la madre Lebrusca. Y confesó luégo

toda el caso, y dijo cómo vivíamos todos, y que éramos caballeros de rapiña.

Dejóla el alguacil en la cárcel, y vino á casa, y halló en ella á todos mis compañeros, y á mí con ellos. Traia media docena de corchetes (verdugos de á pié), y dió con todo el colegio buscon en la cárcel, adonde se vió en gran peligro la caballería.

CAPÍTULO IV.

En que se describe la cárcel y lo que sucedió en ella hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza, y yo en fiado.

Echáronnos á cada uno en entrando dos pares de grillos, y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me ví ir allá, aprovechéme del dinero que traia conmigo; y sacando un doblon, dije al carcelero: «Señor, óigame vuesa merced en secreto;» y para que lo hiciese díle escudo como cara, y en viéndolo me apartó. «Suplícole á vuesa merced, le dije, que se duela de un hombre de bien.» Busquéle las manos; y como sus palmas estaban hechas á llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos veinte y cuatro, diciendo: «Yo averiguaré la enfermedad, y si no es urgente, bajará al cepo.» Yo conocí la deshecha, y respondíle humilde. Dejóme fuera, y á los amigos descolgáronlos abajo. Dejo de contar la risa tan grande que en la cárcel y por las calles habia con nosotros; porque, como nos traian atados y á empellones, unos sin capas, y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pias remendados, y otros aloques de tinto y blanco. Aquel, por asirle de alguna parte segura (por estar todo tan manido), le agarraba el corchete de las puras carnes, y áun no hallaba de qué asir, segun los tenía roidos la hambre. Otros iban dejando á los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y gre-

güescos. Al quitar la soga en que venian ensartados, se salian pegados los andrajos. Al fin, yo fuí (llegada la noche) á dormir en la sala de los linajes. Diéronme mi camilla. Era de ver dormir algunos envainados, sin quitarse nada de lo que tenian de dia; otros desnudarse de un golpe todo cuanto traian encima; cuáles jugaban. Y al fin cerrados, se mató la luz.

Olvidamos todos los grillos; estaba el servicio á mi cabecera, y á la media noche no hacian sino venir presos y soltar presos. Yo, que oí el ruido, al principio (pensando que eran truenos) empecé á santiguarme y llamar á Santa Bárbara; mas viendo que olian mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olian tanto, que por fuerza detenia las narices en la cama: unos traian cámaras, y otros aposentos. Al fin, yo me ví forzado á decirles que mudasen á otra parte el vidriado; y sobre si le viene muy ancho, ó no, tuvimos palabras. Usé el oficio de adelantado, que es mejor serlo de un cachete que de Castilla, y metíle á uno media pretina en la cara. Él, por levantarse aprisa, derramóle, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos allí á pretinazos á escuras, y era tanto el olor, que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos; y el alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado con toda su cuadrilla. Llegó, abrió la sala, entró luz y informóse del caso. Condenáronme todos; yo me desculpaba con decir que en toda la noche me habian dejado cerrar los ojos á puro abrir los suyos. El carcelero, pareciéndole que por no dejarme zabullir en el horado le daria otro doblon, asió del caso y mandóme bajar allá. Determinéme á consentir, ántes que á pellizcar el talego más de lo que estaba. Fuí llevado abajo, donde me recibieron con albórbola y placer los amigos.

Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor, y salimos del calabozo. Vímonos las caras; y lo pri-

mero que nos fué notificado fué dar para la limpieza (y no de la Virgen sin mancilla), so pena de culebrazo fino. Yo dí luégo seis reales; mis compañeros no tenian qué dar, y así quedaron remitidos para la noche. Habia en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohino de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas; traia más hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el Jayan; decia que estaba preso por cosas de aire; y así, sospeché yo era por algunas fuelles, chirimías ó abanicos. Y á los que le preguntaban si era por algo desto, respondia que no, sino por pecados de atras; y pensé que por cosas viejas queria decir, y al fin averigüé que por puto. Cuando el alcaide le reñia por alguna travesura, le llamaba botiller del verdugo y depositario general de culpas. Otras veces le amenazaba, diciendo: «¿Qué te arriesgas, pobrete, con el que ha de hacer humo? Dios es Dios, que te vendimie de camino.» Habia confesado este, y era tan maldito, que traíamos todos con carlancas las traseras como mastines, y no habia quien osase ventosear de miedo de acordarle dónde tenía las asentaderas. Este hacía amistad con otro que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trepado. Decia que estaba preso por liberalidades; y apurado eran de manos en pescar lo que topaba. Habia sido más azotado que postillon, porque todos los verdugos habian probado la mano en él. Tenía la cara con tantas cuchilladas, que á descubrirse puntos, no se la ganara un flux. Tenía nones las orejas y pegadas las narices, aunque no tan bien como la cuchillada que se las partia. A estos se llegaban otros cuatro hombres (rapantes como leones de armas) todos agrillados y condenados al hermano de Rómulo. Decian ellos que presto podrian decir que habian servido á su rey por mar y por tierra. No se podia creer la notable alegría con que aguardaban su despacho.

Todos estos, mohinos de ver que mis compañeros no

contribuian, ordenaron á la noche de darles culebrazo bravo con una soga dedicada al efecto. Vino la noche, fuimos ahuchados á la postrera faldriquera de la casa; mataron la luz; yo metíme luégo debajo la tarima. Empezaron á silbar dos dellos, y otro á dar sogazos. Los buenos caballeros (que vieron el negocio de revuelta) se apretaron de manera las carnes (ayunas, cebadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos), que cupieron todos en un resquicio de la tarima: estaban como liendres en cabellos, ó chinches en cama. Sonaban los golpes en la tabla, callaban los dichos. Los bellacos, viendo que no se quejaban, dejaron el dar azotes, y empezaron á tirar ladrillos, piedras y cascote que tenian recogido. Allí fué ella, que uno le halló el cogote á D. Toribio, y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos. Comenzó á dar voces que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus aullidos, cantaban todos juntos y hacian ruido con las prisiones. Él, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fué el ver cómo con la fuerza que hacian les sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro. Acabaron su vida las ropillas; no quedaba andrajo en pié; menudeaban tanto las piedras y cascotes, que dentro de poco tiempo tenía el dicho don Toribio más golpes en la cabeza que una ropilla abierta. Y no hallando ningun remedio contra el granizo que sobre él llovia, viéndose cerca de morir mártir (sin tener cosa de santidad ni áun de bondad), dijo que le dejasen salir; que él pagaria luégo y daria sus vestidos en prendas. Consintiéronselo, y á pesar de los otros que se defendian con él, descalabrado y como pudo se levantó y pasó á mi lado. Los otros, por presto que acordaron á prometer lo mismo, ya tenian las chollas con más tejas que pelos. Ofrecieron, para pagar la patente, sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estarse en la cama por desnudos que por heridos; y así, aquella noche los dejaron estar, y á la mañana les pidieron que se desnudasen. Desnudáronse, y

se halló que de todos sus vestidos juntos no se podia hacer una mecha á un candil. Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta, la cual era la que llaman ruana, que es donde se espulgan todos. Empezaron luégo á sentir su abrigo, porque habia piojo con hambre canina, y otro que en un bocado de uno dellos quebraba ayuno de ocho dias; habíalos frisones, y otros que se podian echar á la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados dellos; quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose á puras uñadas. Yo me salí del calabozo, diciendo que me perdonasen si no les hacía mucha compañía, porque me importaba el no hacérsela. Torné á repasar las manos al carcelero con tres de á ocho; y sabiendo quién era el escribano de la causa, enviéle á llamar con un picarillo. Vino, metíle en un aposento, y empecéle á decir (despues de haber tratado de la causa) cómo yo tenía no sé qué dinero: supliquéle que me lo guardase, y que en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un hijodalgo desgraciado que por engaño habia incurrido en tal delito. «Crea vuesa merced (dijo, despues de haber pescado la mosca), que en nosotros está todo el juego, y que si uno da en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde por mi gusto, que hay letras en el proceso. Fíese de mí, y crea que le sacaré á paz y á salvo.»

Fuése con esto, y volvióse desde la puerta á pedirme algo para el buen Diego García el alguacil, que importaba el acallarle con mordaza de plata; y apuntóme no sé qué del relator para ayuda de comerse cláusula entera. Dijo: «Un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al alcalde divertido (que las más veces lo están), hacer una accion, destruye un cristiano.» Díme por entendido, y añadí otros cincuenta reales; y en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro que tenía de la frial-

dad de la cárcel; y últimamente dijo: «Ahorro de pesadumbre, que con ocho reales que dé al alcaide, le aliviará; que esta es gente que no hace virtud sino es por interes.» Cayóme en gracia la advertencia. Al fin él se fué y yo di al carcelero un escudo; quitóme los grillos, dejábame entrar en su casa. Tenía una ballena por mujer, y dos hijas del diablo, feas y necias, y de la vida, á pesar de sus caras.

Sucedió que el carcelero (que se llamaba Tal Blandones de San Pablo, y la mujer doña Ana Moraez) vino á comer, estando yo allí, muy enojado y bufando; no quiso comer. La mujer, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó á él, y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo: «¿Qué ha de ser, si el bellaco ladron de Almendros el Aposentador me ha dicho (teniendo palabras con él sobre el arrendamiento) que vos no sois limpia?» «¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco? dijo ella. Por el siglo de mi agüelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas. ¿Llamo yo á sus criados que me limpien?» Y volviéndose á mí, dijo: «Vale Dios que no me podrá decir judía como él, que de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedís de hebreo. A fe, señor D. Pablos, que si le oyera, que yo le acordara que tiene las espaldas en el aspa de San Andrés.» Entónces, muy afligido el alcaide, replicó: «¡Ay mujer! que callé porque dijo que en esa teníades vos dos ó tres madejas; que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por el no le comer.» «¿Luego judía dijo que era? ¿Y con esa paciencia lo decis, buenos tiempos? ¿Así sentís la honra de doña Ana Moraez, hija de Estefanía Rubio y Juan de Madrid, que sabe Dios y todo el mundo?» «¿Cómo hija (dije yo) de Juan de Madrid?» «De Juan de Madrid (respondió ella) el de Auñon. Voto á N. que el bellaco que tal dijo es un judío, puto y cornudo.» Y volviéndome á ellas, dije: «Juan de Madrid, mi señor, que estó en el cielo, fué primo hermano de mi

padre, y daré yo probanza de quién es y cómo, y esto me toca á mí; y si salgo de la cárcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco: ejecutoria tengo en el pueblo tocante á entrambos con letras de oro.» Alegráronse mucho todos con el nuevo pariente, y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria; y ni yo la tenía ni sabía quiénes eran. Comenzó el marido á quererse informar del parentesco por menudo; y porque no me cogiese en mentira hice que me salia de enfado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo que no se tratase ni pensase más en ello. Yo de rato en rato salia muy al descuido, diciendo: «¡Juan de Madrid! Burlando es la probanza que yo tengo suya.» Otras veces decia: «¡Juan de Madrid el mayor! Su padre de Juan de Madrid fué casado con Ana de Acebedo la gorda;» y callaba otro poco.

Al fin, con estas cosas el alcaide me daba de comer y cama en su casa; y el buen escribano (solicitado dél y cohechado con el dinero) lo hizo tan bien, que sacaron la vieja delante de todos en un palafren pardo á la brida, con un músico de culpas delante. Era el pregon este: «A esta mujer por ladrona.» Llevábale el compas en las costillas el verdugo, segun lo que le habian recitado los señores de los ropones. Luégo seguian todos mis compañeros en los overos de echar agua, sin sombreros y las caras descubiertas. Sacábanlos á la vergüenza, y cada uno, de puro roto, llevaba la suya de fuera. Desterráronlos por seis años; yo salí en fiado por virtud del escribano: y el relator no se descuidó, porque mudó tono, habló quedo, brincó razones y mascó cláusulas enteras.

CAPITULO V.

De cómo tomé posada, y la desgracia que me sucedió en ella.

Salí de la cárcel, halléme solo y sin los amigos: aunque me avisaron que iban camino de Sevilla á costa de la caridad, no los quise seguir. Determinéme de ir á una posada, donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, á veces entremetida y á veces entresacada y salida. Ceceaba un poco, tenía miedo á los ratones, preciábase de manos; y por enseñarlas siempre despabilaba las velas; partia la comida en la mesa; en la iglesia siempre tenía puestas las manos; por las calles iba enseñando qué casa era de uno y cuál de otro; en el estrado de contínuo tenía un alfiler que prender en el tocado; si se jugaba á algun juego, era siempre al de pizpirigaña, por ser cosa de mostrar manos; hacía que bostezaba adrede, sin tener gana, por mostrar los dientes y hacer cruces en la boca. Al fin, toda la casa tenía ya tan manoseada, que enfadaba ya á sus mismos padres. Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenian trato de alquilarla, con muy buena ropa, á tres moradores. Fuí el uno yo, el otro un portugues, y un catalan. Hiciéronme muy buena acogida. A mí no me pareció mal la moza para el deleite, y lo otro, la comodidad de hallármela en casa. Dí en poner en ella los ojos: contábales cuentos que yo tenía estudiados para entretener; traíales nuevas, aunque nunca las hubiese; servíales en todo lo que era de balde. Díjelas que sabía encantamentos y que era nigromante, y que haria que pareciese que se hundia la casa y que se abrasaba, y otras cosas que ellas (como buenas creederas) tragaron. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada; que como no estaba tan bien vestido como era razon (aunque ya me habia algo

mejorado de ropa por medio del alcaide, á quien visitaba siempre, conservando la sangre á pura carne y pan que le comia), no hacian de mí el caso que era justo.

Dí, para acreditarme de rico que lo disimulaba, en enviar á mi casa amigos á buscarme cuando no estaba en ella. Entró uno el primero preguntando por el señor D. Ramiro de Guzman; que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habian dicho que no era de costa el mudarse los nombres, ántes muy útil. Al fin preguntó por D. Ramiro, un hombre de negocios, rico, que hizo agora dos asientos con el Rey. Desconociéronme en esto las huéspedas, y respondieron que allí no vivia sino un don Ramiro de Guzman, más roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre. «Ese es (replicó) el que yo digo, y no quisiera más renta al servicio de Dios que la que tiene de más de dos mil ducados.» Contó'es otros embustes: quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida que traia á cobrar en mí, de nueve mil escudos; díjoles que me la diesen para que la aceptase; y fuése. Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luégo para marido. Vine yo con gran disimulacion, y en entrando me dieron la cédula, diciendo: «Dineros y amor mal se encubren, señor D. Ramiro: ¿cómo que nos esconda vuesa merced quién es, debiéndonos tanta voluntad?» Yo hice como que me habia disgustado por el dejar de la cédula, y fuíme á mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, me decian que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no habia tal donaire como el mio. Yo, que las ví cebadas, declaré mi voluntad á la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas. Apartámonos, y una noche (para confirmarlas más en mi riqueza) cerréme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con un tabique muy delgado, y sacando cincuenta escudos, los contó tantas veces, que oyeron contar seis mil escudos. Fué esto (de verme con tanto dinero) para ellas

todo lo que podia desear, porque se desvelaban para regalarme y servirme.

El portugues se llamaba o señor Vasco de Meneses, caballero de la Cartilla, digo de Christus. Traia su capa de luto, botas, cuello pequeño y mostachos grandes. Ardia por doña Berenguela de Rebolledo (que así se llamaba); enamorábala sentándose á conversacion, y suspirando más que beata en sermon de cuaresma. Cantaba mal; y siempre andaba apuntado con él el catalan, el cual era la criatura más triste y miserable que Dios crió. Comia á tercianas, de tres á tres dias, y el pan tan duro, que apénas le podia morder un maldiciente. Pretendia por lo bravo, y si no era poner güevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente. Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugues decia que era un piojoso, pícaro, desarropado; el catalan me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabia todo, y á veces lo oia; pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin la moza me hablaba y recibia mis billetes. Comenzaba por lo ordinario: «Este atrevimiento, su mucha hermosura de vuesa merced;» decia lo de mo abraso, trataba de penar, ofrecíame por esclavo, firmaba el corazon con la saeta. Al fin llegamos á los túes; y yo (para alimentar más el crédito de mi calidad) salíme de casa y alquiló una mula, y arrebozando y mudando la voz vine á la posada, y pregunté por mí mismo, diciendo si vivia allí su merced del señor don Ramiro de Guzman, señor del Valcerrado y Vellorete. «Aquí vive, respondió la niña, un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo.» Y por las señas dije yo que era él, y la supliqué que dijese que Diego de Solórzano, su mayordomo que fué de las depositarías, pasaba á las cobranzas, y le habia venido á besar las manos. Con esto me fuí, y volví á casa de allí á un rato.

Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué las tenía escondido el ser señor de Valcer-

rado y Vellorete; diéronme el recado. Con esto la muchacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese á hablar á la una de la noche por un corredor que caia á un tejado, donde estaba la ventana de su aposento. El diablo, que es agudo en todo, ordenó que venida la noche, yo, deseoso de gozar de la ocasion, me subí al corredor; y por pasar desde él al tejado que habia de ser, vánseme los piés, y doy en el de un vecino escribano tan desatinado golpe, que quebró todas las tejas y quedaron estampadas en las costillas. Al ruido despertó la media casa, y pensando que eran ladrones (que son antojadizos dellos los deste oficio), subieron al tejado. Yo que ví esto, quiseme esconder detras de una chiminea, y fué aumentar la sospecha, porque el escribano y dos criados y un hermano me molieron á palos y me ataron á vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reia mucho, porque como yo la habia dicho que sabía hacer burlas y encantamentos, pensó que habia caido por gracia y nigromancia, y no hacía sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me dieron, daba aullidos; y era lo bueno que ella pensaba que todo era artificio, y no acababa de reir. Comenzó luégo á hacer la causa; y porque me sonaron unas llaves en la faldriquera, dijo y escribió que eran ganzúas, aunque las vió, sin haber remedio de que no lo fuesen. Díjele que era D. Ramiro de Guzman, y rióse mucho. Yo, triste (que me habia visto moler á palos delante de mi dama, y me ví llevar preso sin razon y con mal nombre), no sabía qué hacerme. Hincábame delante del escribano de rodillas, y rogábaselo por amor de Dios; y ni por esas ni por esotras bastaba con el escribano á que me dejase.

Todo esto pasaba en el tejado; que los tales áun de las tejas arriba levantan falsos testimonios. Dieron órden de bajarme abajo, y lo hicieron por una ventana que caia á una pieza que servia de cocina.

CAPITULO VI.

En que prosigue lo mismo, con otros varios sucesos.

No cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fué dar en el tejado, sino en las fieras y crueles manos del escribano; y cuando me acordaba de lo de las ganzúas que me habian hallado en la faldriquera, y las hojas que habia escrito en la causa, eché de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano. Pasé la noche en revolver trazas: unas veces me determinaba rogárselo por Jesucristo, y considerando lo que él pasó con ellos vivo, no me atrevia. Mil veces me quise desatar, pero sentíame luégo, y levantábase á visitarme los ñudos; que más velaba él en cómo forjaria el embuste que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse á tal hora, que en toda su casa no habia otros levantados sino él y los testimonios. Agarró la correa, y volvióme á repasar muy bien las costillas; reprehendióme el mal vició de hurtar, como quien tan bien la sabía. En esto estábamos, él dandome, y yo casi determinado de darle á él dineros (que es la sangre con que se labran semejantes diamantes), cuando incitados y forzados de los ruegos de mi querida, que me habia visto caer y apalear, desengañada de que no era encanto, sino desdicha, entraron el portugues y el catalan; y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar por cómplices en el proceso.

El portugues no lo pudo sufrir y tratóle algo mal de palabras, diciéndole que él era caballero fidalgo de casa del Rey, y que yo era un home muito fidalgo, y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme á desatar, y al punto el escribano clamó «¡resistencia!», y dos criados suyos (en-

tre corchetes y ganapanes) pisaron las capas, deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedian favor al Rey. Los dos al fin me desataron; y viendo el escribano que no habia quien le ayudase, dijo: «Voto á N., que esto no se puedo hacer conmigo, y que á no ser vuesas mercedes quien son, les podría costar caro. Manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interes.» Yo vi luégo la le tra saqué ocho reales y díselos, y áun estuve por volverle los palos que me habia dado; pero por no confesar que los habia recibido, lo dejé, y me fuí con ellos, dándoles las gracias de mi libertad y rescate, con la cara rozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos. Refase el catalan mucho, y decia á la niña que se casase conmigo para volver el refran al reves, que no fuese tras cornudo apaleado, sino tras apaleado cornudo. Tratábame de resuelto y sacudido por los palos. Traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba á visitarlos, trataba luégo de varear, otras veces de leña y madera. Yo que me ví corrido y afrentado y que ya me iban dando en la flor de lo rico, comencé á tratar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche á prender. Llegaron la señalada, y requirieron á la huéspeda que venian de parte del Santo Oficio, y que convenia secreto. Temblaron todos por lo que yo me habia hecho nigromántico con ellas. Al sacarme á mí callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda; y respondieron que eran bienes de la Inquisicion. Con esto no chistó alma terrena. Dejáronles salir, y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaban al catalan y al portugues lo de aquellos que me venian á buscar, que eran demonios, y que yo tenía familiar; y cuando les contaba del dinero que yo habia contado, de-

cian que parecia dinero, pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse á ello. Yo saqué mi ropa y comida horra.

Dí traza con los que me ayudaron de mudar de hábito y ponerme calza de obra y vestido al uso, cuellos grandes, y un lacayo en menudos dos lacayuelos, que entónces era uso. Animáronme á ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiria de casarme con la ostentacion á título de rico, y que era cosa que sucedia muchas veces en la corte; y áun añadieron que ellos me encaminarian parte conveniente y que me estuviese bien, y con algun arcaduz por donde se siguiese. Yo, negro, cudicioso de pescar mujer, determinéme. Visité no sé cuántas almonedas, y compré mi aderezo de casar; supe dónde se alquilaban caballos, y espetéme en uno el primer dia, y no hallé lacayo. Salíme á la calle Mayor, y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno.

Llegáronse dos caballeros, cada cual con su caballo; preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos. Yo solté la presa, y con mil cortesías los detuve un rato. En fin, dijeron que se querian ir al Prado á bureo, y yo (que si no lo tenian á enfado) que los acompañaria. Dejé dicho al mercader que si venian allí mis pajes y un lacayo, que los encaminase al Prado; dí señas de la librea, y metíme entre los dos, y caminamos. Yo iba considerando que á nadie que nos veia era posible el determinar y juzgar cúyos eran los pajes y lacayos, ni cuál era el que no le llevaba. Empecé á hablar muy recio de las cañas de Talavera y de un caballo que tenía porcelana. Encarecíles mucho el roldaneso que esperaba que me habian de traer de Córdoba. En topando algun paje, caballo ó lacayo les hacía parar, y les preguntaba cúyo era, y tambien decia de las señales y si le querian vender. Hacíale dar dos vueltas en la calle; y aunque no la tuviese, le ponia una falta en el freno, y decia lo que habia de hacer para remediarlo; y

quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados, y á mi parecer diciendo: «quién será este tagarote escuderon» (porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes, que era hábito y encomienda todo junto), dije yo que andaba en busca de buenos caballos para mí y á otro primo mio que entrábamos en unas fiestas. Llegamos al Prado, y en entrando saqué el pié del estribo y puse el talon por defuera, y empecé á pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cuál decia: «Este yo le he visto á pié;» otro: «Lindo va el buscon.» Yo hacía como que no oia nada, y paseaba.

Llegáronse á un coche de damas los dos y pidiéronme que picardease un rato. Dejéles la parte de las mozas, y tomé el estribo de madre y tia. Eran las vejezuelas alegres; la una de cincuenta y la otra punto ménos. Díjelas mil ternezas, y oíanme: que no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presuncion. Prometílas regalos, y preguntélas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas; y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario, que las viesen colocadas como merecian, y agradóles mucho la palabra *colocadas*. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenia en la corte. Yo les dije que en huir de un padre y madre que me querian casar contra mi voluntad con mujer fea y necia y mal nacida, por el mucho dote. «Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia en cueros, que una judía poderosa; que por la bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pié de cuarenta mil ducados de renta. Y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada.» Saltó tan presto la tia: «¡Ay, señor, y cómo le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta; que le prometo que con ser yo no muy rica no he querido casar mi sobrina (con salirle ricos casamientos), por no ser de calidad. Ella

pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada á nadie en sangre.» «Eso creo yo muy bien (dije yo).» En esto las doncellitas remataron la conversacion con pedir algo de merendar á mis amigos.

Mirábase el uno al otro,
Y á todos tiembla la barba.

Yo, que ví ocasion, dije que echaba ménos mis pajes, por no tener con quién enviar á casa por unas cajas que tenía. Agradeciéronmelo, y yo las supliqué se fuesen á la Casa del Campo al otro dia, y que yo las enviaria algo fiambre. Aceptaron luégo; dijéronme su casa y preguntaron la mia; y con tanto se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos á caminar á casa. Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme; y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Hícéme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar á buscar mis criados, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo, y que así me diesen licencia. Fuíme, quedando concertado de vernos á la tarde en la Casa del Campo.

Fuí á dar el caballo al alquilador, y desde allí á mi casa, donde hallé á los compañeros jugando quinolillas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta, y gastar doscientos reales en ella. Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche, con el cuidado de lo que habia de hacer con el dote; y lo que más me tenía en duda era el hacer dél una casa ó darlo á censo; que no sabía yo qué sería mejor y de más provecho para mí.

CAPÍTULO VII.

En que se prosigue el cuento con otros sucesos y desgracias notables.

Amaneció, y despertamos á dar traza en los criados, plata y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagándosela á un repostero de un señor, me dió plata, y la sirvió él y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y á la tarde ya yo tenía alquilado un caballico. Tomé el camino á la hora señalada para la Casa del Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, y asomados unos papeles. Llegué, y ya estaban allá las dichas y los caballeros y todo. Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Habia dicho que me llamaba D. Felipe Tristan; y en todo el dia habia otra cosa sino D. Felipe acá y D. Felipe allá. Yo comencé á decir que me habia visto tan ocupado con negocios de su Majestad y cuentas de mi mayorazgo, que habia temido el no poder cumplir; y que así, las apercibia á merienda de repente. En esto llegó el repostero con su jarcia, plata y mozos; los otros y ellas no hacian sino mirarme y callar. Mandéle que fuese al cenador; y que aderezase allí; que entre tanto nos íbamos á los estanques. Llegáronse á mí las viejas á hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto desde que Dios me crió tan linda cosa como aquella en quien yo tenía asestado mi matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas y zazosita. La otra no era mala, pero tenía más desenvoltura, y dá-

bame sospechas de hocicada. Fuímos á los estanques; vímoslo todo, y en el discurso conocí que la mi desposada corria peligro en tiempo de Herodes por inocente: no sabía. Pero, como yo no quiero á las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas; y si son feas y discretas, es lo mismo que acostarse con Aristóteles ó Séneca ó con un libro,—procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas: esto me consoló. Llegamos cerca del cenador, y al pasar de una enramada prendióseme en un árbol la guarnicion del cuello, y desgarróseme un poco. Llegó la niña, y prendiómelo con un alfiler de plata, y dijo la madre que enviase el cuello á su casa al otro dia, que allá le aderezaria doña Ana, que así se llamaba la niña. Estaba todo cumplidísimo, mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles; y estando en esto ví venir un caballero con dos criados por la huerta adelante; y cuando ménos me cato, conozco á mi buen D. Diego Coronel.

Acercóse á mí, y como estaba en aquel hábito, no hacía sino mirarme. Habló á las mujeres y tratólas de primas, y á todo esto no hacía sino volver á mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero; y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversacion con él. Preguntóles (segun se echó de ver despues) mi nombre, y ellos dijeron D. Felipe Tristan, un caballero muy honrado y rico. Víale yo santiguarse. Al fin, delante dellas y de todos sé llegó á mí, y dijo: «Vuesa merced me perdone; que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida á un criado que tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar.» Riéronse todos mucho, y yo me esforcé, para que no me desmintiese la color, y díjele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habian dicho infinitos que le era parecidísimo. «¡Jesus! (hacía el don Diego). ¿Cómo parecido? El talle, la habla, los meneos, no

he visto tal cosa. Digo, señor, que es admiracion grande, y que no he visto cosa tan parecida.» Entónces las viejas, tia y madre, dijeron que cómo era posible que un caballero tan principal se pareciese á un pícaro tan bajo como aquel; y porque no sospechase nada dellas, dijo la una: «Yo le conozco muy bien al señor D. Felipe, que es el que nos hospedó por órden de mi marido en Ocaña.» Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era y sería servirlas con mi poca posibilidad en todas partes. El D. Diego se me ofreció y pidió perdon del agravio que me habia hecho en tenerme por el hijo del barbero, y añadia: «No lo creerá vuesa merced: su madre era hechicera, su padre ladron y su tio verdugo, y él el más ruin hombre y el más mal inclinado que Dios tiene en el mundo.» ¿Qué sentiria yo oyendo decir de mí en mi cara tan afrentosas cosas? Estaba (aunque lo disimulaba) como en brasas. Tratamos de venirnos al lugar. Yo y los otros nos despedimos, y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo; y la madre y tia dijeron cómo yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me queria casar con Anica; que se informase, y veria si era cosa, no sólo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, á San Felipe. Nosotros nos fuimos á casa juntos como la otra noche. Pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme: yo entendíles la flor y sentéme; sacaron naipes (eran hechizos como pasteles); perdí una mano, dí en irme por abajo y ganéles cosa de trescientos reales, y con tanto me despedí y vine á mi casa. Topé á mis compañeros licenciado Brandalagas y Pero Lopez, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes. En viéndome lo dejaron por preguntarme lo que me habia sucedido; no les dije más de que me habia visto en un grande aprieto. Contéles cómo me habia topado con D. Diego, y lo

que me habia sucedido; consoláronme, aconsejando que disimulase, y no desistiese de la pretension por ningun camino ni manera.

En esto supimos que se jugaba en casa de un vecino boticario juego de parar: entendíalo yo entónces razonablemente, porque tenía más flores que un mayo y barajas hechas lindas. Determinámonos de ir á darles un muerto (que así llaman el enterrar una bolsa): envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dijeron si gustarian de jugar con un fraile benito que acababa de llegar á curarse en casa de unas primas suyas, que venía enfermo y traia mucho del real de á ocho y escudo. Crecióles á todos el ojo, y clamaron: «Venga el fraile en hora buena.» «Es hombre grave en la órden (replicó Pero Lopez), y como ha salido, se quiere entretener; que él más lo hace por la conversacion.» «Venga, y sea por lo que fuere.» «Por el recato...» dijo Brandalagas. «No hay tratar de más,» respondió el huésped. Con esto ellos quedaron ciertos del caso, y creida la mentira. Vinieron los acólitos: ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de fraile benito (que en cierta ocasion vino á mi poder), unos antojos y la barba, que por ser atusada no desayudaba. Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego; ellos levantaban bien, y iban tres al mohino; pero quedaron mohinos los tres, porque yo, que sabía más que ellos, les dí tal gatada, que en espacio de tres horas me llevé más de mil y trescientos reales. Dí barato, y con mi «Loado sea nuestro Señor» me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar; que era entretenimiento y no otra cosa.

Los otros (que habian perdido cuanto tenian) dábanse á mil diablos; despedíme, y salímonos fuera. Venímos á casa á la una y media, y acostámonos despues de haber partido la ganancia. Consoléme con esto algo de lo sucedido, y á la mañana me levanté á buscar mi caballo, y no hallé por alquilar ninguno; en lo cual conocí que habia otros muchos

como yo, pues andar á pié parecia mal, y más entónces. Fuíme á San Felipe, y topéme con un lacayo de un letrado (que tenía un caballo y le guardaba), que se habia acabado de apear á oir misa; metíle cuatro reales en la mano porque miéntras su amo estaba en la iglesia me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora. Consintió; subí en él, y dí dos vueltas calle arriba y calle abajo, sin ver nada, y al dar la tercera asomóse doña Ana. Yo, que la ví, y no sabía las mañas del caballo ni era buen jinete, quise hacer galantería; díle dos varazos, tiréle de la rienda; empínase, y tirando dos coces, aprieta á correr, y da conmigo por las orejas en un charco. Yo, que me ví así, y rodeado de niños que se habian llegado (y delante de mi dama), empecé á decir: «¡Oh hi de puta, no fuérades vos Valenzuela! Estas temeridades me han de acabar: habíanme dicho las mañas, y quise porfiar con él.» Traia el lacayo ya el caballo, que se paró luégo; yo torné á subir, y al ruido se habia asomado don Diego Coronel, que vivia en la misma casa de sus primas. Yo, que le ví, me demudé. Preguntóme si habia sido algo; dije que no, aunque tenía estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa, que no saliese su amo y lo viese; que habia de ir á palacio. Y soy tan desgraciado, que estándome diciendo que nos fuésemos, llega por detras el letradillo, y conociendo su rocin, arremete al lacayo y empieza á darle de puñadas, diciendo en altas voces que qué bellaquería era dar su caballo á nadie; y lo peor fué que, volviéndose á mí, me dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama y de don Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningun azotado. Estaba tristísimo, y con mucha razon, de ver las desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin me hube de apear. Subió el letrado, y fuése, y yo, por hacer la deshecha, quedé hablando desde la calle con D. Diego, y dije: «En mi vida subí en tan mala bestia. Está ahí mi caballo

overo en San Felipe, y es muy desbocado en la carrera y troton; dije cómo yo le corria y hacía parar; dijeron que allí estaba uno en que no lo haria (y era deste licenciado); quise probarlo: no se puede creer qué duro es de caderas, y con tan mala silla, que fué milagro no matarme.» «Sí fué, dijo D. Diego; y con todo, parece que se siente vuesa merced de esa pierna.» Sí siento, dije yo entónces; y me querria ir á tomar mi caballo y á casa.» La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha, y con lástima y sentimiento (como se lo eché de ver) de mi caida; mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado y lo que habia pasado en la calle, y fué totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron. Y la mayor y fundamento de las otras fué que cuando llegué á casa, y fuí á ver una arca, adonde tenía en una maleta todo el dinero que me habia quedado de mi herencia y de lo ganado al juego (ménos cien reales que yo traia conmigo), hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero Lopez habian cargado con ello y no parecian. Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decia entre mí: «¡Mal haya quien fia en hacienda mal ganada, que se va como se viene! ¡Triste de mí! ¿qué haré?» No sabía si ir á buscarlos, si dar parte á la justicia. Esto no me parecia bien, porque si los prendian, habian de achacar lo del hábito y otras cosas, y era morir en la horca; pues seguirlos, no sabía por dónde.

Al fin, por no perder tambien el casamiento (que ya yo me consideraba remediado con el dote), determiné de quedarme y apretarlo sumamente. Comí, y á la tarde alquilé mi caballico, y fuíme hácia la calle de mi dama. Y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba á la esquina, ántes de entrar, á que pasase algun hombre que lo pareciese, y en pasando partia detras dél, haciéndolo lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detras, hasta que volviese otro que lo pareciese, y

así daba otra vuelta. Yo no sé si fué la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba D. Diego, ó si fué la sospecha del caballo y lacayo del letrado, ó qué se fué, que él se puso á inquirir quién era, y de qué vivia, y me espiaba. En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles bravamente; y él, acosado dellas, que tenian gana de acabarlo, andando en mi busca, topó con el licenciado Flechilla (que fué el que me convidó á comer cuando yo estaba con los caballeros); y éste, enojado de que yo no le habia vuelto á ver, hablando con D. Diego, y sabiendo cómo yo habia sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó á comer, y que no habia dos dias que me habia topado á caballo muy bien puesto, y le habia contado cómo me casaba riquísimamente. No aguardó más D. Diego; y volviéndose á su casa, encontró con los dos caballeros de hábito y la cadena amigos mios, junto á la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba; y díjoles que se aparejasen, y en viéndome á la noche en la calle, que me magullasen los cascos, y que me conocerian en la capa que él traia, que la llevaria yo. Concertáronse, y en entrando en la calle, topáronme; y disimularon de suerte los tres, que jamás pensé que eran tan amigos mios como entónces. Estuvimos en conversacion tratando de lo que sería bien hacer á la noche hasta el Ave-María. Entónces despidiéronse los dos, echaron hácia abajo, y yo y D. Diego quedamos solos y echamos á San Felipe. Llegando á la entrada de la calle de la Paz, dijo D. Diego: «Por vida de D. Felipe, que troquemos las capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan.» «Sea en buen hora, dije yo.» Tomé la suya inocentemente, y díle la mia en mala: ofrecíle mi persona para hacerle espaldas; mas él (que tenía trazado el deshacerme las mias) dijo que le importaba ir solo; que me fuese.

No bien me aparté dél con su capa, cuando ordena el diablo que dos que lo aguardaban para cintarearlo, por una mujercilla, entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan, y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí; di voces; y en ellas y la cara conocieron que no era yo. Huyeron, y quedéme en la calle con los cintarazos; disimulé tres ó cuatro chichones que tenía, y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle de miedo. En fin, á las doce, que era la hora que solia hablar con ella, llegué á la puerta, y emparejando, cierra uno de los dos que me aguardaban por D. Diego, con un garrote conmigo, y dame dos palos en las piernas y derríbame en el suelo; y llega el otro, y dame un trasquilon de oreja á oreja; y quítanme la capa y déjanme en el suelo, diciendo: «Así pagan los pícaros embustidores mal nacidos.» Comencé á dar gritos y á pedir confesion; y como no sabía lo que era, aunque sospechaba por las palabras que acaso era el huésped de quien me habia salido con la traza de la Inquisicion, ó el carcelero burlado, ó mis compañeros huidos, y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía á quién echársela; pero nunca sospeché en D. Diego ni en lo que era,—daba voces: «A los capeadores.» A ellas vino la justicia: levantáronme, y viendo mi cara con una zanja de un palmo, y sin capa ni saber lo que era, asiéronme para llevarme á curar. Metiéronme en casa de un barbero: curóme; preguntáronme dónde vivia, y lleváronme á allá.

Acostéme, y quedé aquella noche confuso y pensativo, viendo mi cara partida en dos pedazos, magullado el cuerpo, y tan lisiadas las piernas, de los palos, que no me podia tener en ellas ni las sentia. Yo quedé herido, robado, y de manera que ni podia seguir á los amigos ni tratar de casamiento, ni estar en la corte ni ir fuera.

CAPÍTULO VIII.

De mi cura y otros sucesos peregrinos.

Hé aquí á la mañana amanece á mi cabecera la huéspeda de casa, vieja de bien, edad de más de cincuenta y cinco, con su rosario grande, y su cara hecha en orejon ó cáscara de nuez, segun estaba arada. Tenía buena fama en el lugar, y echábase á dormir con ella y con cuantos querian; templaba gustos y careaba placeres. Llamábase Tal de la Guia, alquilaba su casa y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse, enseñándola lo primero cuáles cosas habia de descubrir de su cara. A la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames; á la de buenas manos, se las enseñaba á esgrimir; á la rubia, un bamboleo de cabellos y un asomo de vedejas por el manto y la toca; á buenos ojos, lindos bailes con las niñas, ya dormidillos cerrándolos, ya elevaciones mirando arriba. Pues tratada en materia de afeites, cuervos entraban, y les corregia las caras de manera que al entrar en sus casas, de puro blancas no las conocian sus maridos; y en lo que ella era más extremada era en remendar virgos y adobar doncellas. En solos ocho dias que yo estuve en casa la ví hacer todo esto; y para remate de lo que era, enseñaba á pelar, y refranes que dijesen, á las mujeres. Allí les decia cómo habian de encajar la joya, las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto y obligacion. Enseñaba pediduras para dinero seco, y pediduras para cadenas y sortijas. Citaba á la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y á la Planosa, en Búrgos; mujeres de todo embustir. Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver á las manos que vine, y se ponderen mejor las razones que me

dijo; y empezó por estas palabras (que siempre hablaba por refranes): «De do sacan, y no pon, hijo D. Felipe, presto llegan al hondon; de tales polvos, tales lodos; de tales bodas, tales tortas. Yo no te entiendo ni sé tu manera de vivir; mozo eres, no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que durmiendo caminamos á la huesa. Yo, como monton de tierra, te lo puedo decir. ¿Qué cosa es que me digan a mí que has despendido mucha hacienda sin saber cómo, y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, ya caballero, y todo por las compañías? Díme con quién andas, hijo, y diréte quién eres; cada oveja con su pareja; sábete, hijo, que de la mano á la boca se pierde la sopa. Anda, bobillo; que si te inquietaban mujeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpétuo en esta tierra de esa mercadería, y que me sustento de las posturas así que enseño como que pongo, y quedámonos con ellas en casa; y no andarte con un pícaro y otro pícaro, tras una alcorzada y otra redomada, que gasta las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro que te hubieras ahorrado muchos ducados si te hubieras encomendado á mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenados y difuntos, y así yo haya buen acabamiento, que áun los que me debes de la posada no te los pidiera agora, á no haberlos menester para unas candelicas y yerbas» (que trataba en botes sin ser boticaria, y si la untaban las manos, se untaba, y salia de noche por la puerta del humo).

Yo, que ví que habia acabado la plática y sermon en pedirme (que con ser su tema, acabó en él, y no comenzó, como todos lo hacen), no me espanté de la visita; que no me la habia hecho otra vez miéntras habia sido su huésped, sino fué un dia que me vino á dar satisfaciones de que habia oido que me habian dicho no sé qué de hechizos, y que la quisieron prender, y escondió la calle y casa. Vínome á desengañar y á decir que era otra Guia; y no es de espantar que con tales guias vamos todos desencamina-

dos. Yo la conté su dinero, y estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo, que se acuerda de mí, trazó que la vinieron á prender por amancebada, y sabian que estaba el amigo en casa. Entraron en mi aposento, y como me vieron en la cama, y ella conmigo, cerraron conmigo y con ella, y diéronme cuatro ó seis empellones muy grandes, y arrastráronme fuera de la cama: á ella la tenian asida otros dos, tratándola de alcagüeta y bruja. ¡Quién tal pensara de una mujer que hacía la vida referida! A las voces que daba el alguacil, y mis grandes quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dió á correr. Ellos, que lo vieron, y supieron (por lo que decia otro güésped de casa) que yo no lo era, arrancaron tras el pícaro y asiéronle, y dejáronme á mí repelado y apuñeteado; y con todo mi trabajo, me reia de lo que los picarones decian á la vieja, porque uno la miraba y decia: «¡Qué bien os estará una mitra, madre, y lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos á vuestro servicio!» Otro: «Ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes para que entreis bizarra.» Al fin trujeron al picarón, y atáronlos á entrambos. Pidiéronme perdon y dejáronme solo. Yo quedé en algo aliviado de ver á mi buena huéspeda en el estado que tenía sus negocios; y así no me quedaba otro cuidado sino el de levantarme á tiempo que la tirase mi naranja, aunque (segun las cosas que contaba una criada que quedó en casa) yo desconfié de su prision, porque me dijo no sé qué de volar, y otras cosas que no me sonaron bien. Estuve en la casa curándome ocho dias, y apénas podia salir, diéronme doce puntos en la cara y hube de ponerme muletas.

Halléme sin dinero, que los cien reales se consumieron en la cama, comida y posada; y así, por no hacer más gasto, no teniendo dinero, determinéme de salir con dos muletas de la casa, y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era todo muy bueno. Hícelo, y compré con lo que me

dieron un coleto de cordoban viejo y un jubonazo de estopa famoso, mi gaban de pobre, remendado y largo, mis polainas y zapatazos grandes, la capilla del gaban en la cabeza; un Cristo de bronce traia colgado del cuello, y un rosario. Impúsome, en la voz y frases doloridas de pedir, un hombre que entendia del arte mucho; y así, comencé luégo á ejercitarlo por las calles. Cosíme sesenta reales, que me sobraron, en el jubon; y con esto me metí á pobre, fiado en mi buena prosa. Anduve ocho dias por las calles aullando en esta forma, con voz dolorida y reclamamiento de plegarias: «Dadle, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo y me deseo.» Esto decia los dias de trabajo; pero los de fiesta comenzaba con diferente voz, y decia: «Fieles cristianos y devotos del Señor, por tan alta princesa como la Reina de los ángeles, Madre de Dios, dadle una limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor.» Y paraba un poco, que es de grande importancia, y luégo añadia: «Un aire corruto, en hora menguado, trabajando en una viña, me trabó mis miembros: que me vi sano y bueno como se ven y se vean, loado sea Dios.»

Venian con esto los ochavos trompicando, y ganaba mucho dinero; y ganara más si no se me atravesara un moceton mal encarado, manco de los brazos y con una pierna ménos, que me rondaba las mismas calles en un carreton, y cogia más limosna con pedir mal criado. Decia con voz ronca, rematando en chillido: «Acordáos, siervos de Jesucristo, del castigo del Señor por mis pecados; dadle al pobre lo que Dios reciba;» y añadia: «Por el buen Jesú;» y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y no dije más Jesus sino quitábale la *s*, y movia á más devocion. Al fin, yo mudé de frasecicas y cogia maravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero y liadas y mis dos muletas Dormia en un portal de un cirujano con un pobre de canton (uno de los mayores bellacos que Dios

crió): estaba riquísimo, y era como nuestro rector; ganaba más que todos; tenía una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecia que tenía hinchada la mano y manca, y con calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto, y con la potra defuera, tan grande como una bola de puente, y decia: «¡Mi ren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano!» Si pasaba mujer, decia: «Señora hermosa, sea Dios en su ánima;» y las más, porque las llamase así, le daban limosna y pasaban por allí aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico, «¡ah, señor capitan!» (decia); y si otro cualquiera, «¡ah, señor caballero!» Si iba alguno en coche, luégo le llamaba señoría; y si clérigo en mula, señor arcediano: en fin, él adulaba terriblemente. Tenía modo diferente para pedir los dias de los santos; y vine á tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto, que en dos dias estuvimos ricos: y era que este tal pobre tenía tres muchachos pequeños, que recogian limosna por las calles y hurtaban lo que podian. Dábanle cuenta á él, y todo lo guardaba; iba á la parte con dos niños de cajeta en las sangrías que hacian de ellas.

Yo, con los consejos de tan buen maestro y con las lisiones que me daba, tomé el mismo arbitrio, y me encaminó la gentecilla á propósito. Halléme en ménos de un mes con más de docientos reales horros; y últimamente me declaró (con intento que nos fuésemos juntos) el mayor secreto y la más alta industria que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos: y era que hurtábamos niños cada dia entre los dos cuatro ó cinco; pregonábanlos, y salíamos nosotros á preguntar las señas, y decíamos: «Por cierto, señor, que lo topé á tal hora, y que si no llego, que lo mata un carro; en casa está.» Dábannos el hallazgo, y venímos á enriquecer de manera, que me hallé yo con cincuenta escudos y ya sano de las piernas, aunque las traia entrapajadas.

Determiné de salirme de la corte y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocia ni me conocia nadie. Al fin yo me determiné; compré un vestido pardo, cuello y espada, y despedíme de Valcázar (que era el pobre que dije), y busqué por los mesones en qué ir á Toledo.

CAPÍTULO IX.

En que me hago representante, poeta y galan de monjas, cuyas propiedades se descubren lindamente.

En una posada topé una compañía de farsantes, que iban á Toledo; llevaban tres carros, y quiso Dios que entre los compañeros iba uno que lo habia sido mio del estudio de Alcalá, y habia renegado y metídose al oficio. Díjele lo que me importaba el ir allá y salir de la corte; y apénas el hombre me conocia con la cuchillada, y no hacía sino santiguarse de mí *per signum crucis*. Al fin me hizo amistad (por mi dinero) de alcanzar de los demas lugar para que yo fuese con ellos. Ibamos barajados hombres y mujeres, y una entre ellas, la bailarina, que tambien hacía las reinas y papeles graves en la comedia, me pareció extremada sabandija. Acertó á estar su marido á mi lado, y yo, sin pensar á quién hablaba, llevado del deseo de amor y gozarla, díjele: «Esta mujer ¿por qué órden la podríamos hablar, para gastar con su merced veinte escudos, que me ha parecido hermosa?» «No me está bien á mí el decirlo, que soy su marido (dijo el hombre), ni tratar de eso; pero sin pasion (que no me mueve ninguna) se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo ni tal juguetoncita;» y diciendo esto saltó del carro y fuése al otro, segun pareció, por darme lugar á que la hablase. Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que por éstos se pudo decir que tienen mujeres como si

no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasion, y preguntóme que adónde iba, y algo de mi hacienda y vida. Al fin dejamos, tras muchas palabras, para Toledo las obras: ibamonos holgando por el camino mucho.

Yo (acaso) comencé á representar un pedazo de la comedia de San Alejo, que me acordaba de cuando muchacho, y representélo de suerte que les dí codicia; y sabiendo, por lo que yo le dije á mi amigo que iba en la compañía, mis desgracias y descomodidades, díjome que si queria entrar en la danza con ellos. Encareciéronme tanto la vida de la farándula, y yo, que tenía necesidad de arrimo y me habia parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor: hícele escritura de estar con él, y dióme mi racion y representaciones; y con tanto llegamos á Toledo. Diéronme que estudiase tres ó cuatro loas, y papeles de barba, que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo, y eché la primera loa en el lugar: era de una nave (de lo que son todas) que venía destrozada y sin provision; decia lo de: «Este es el puerto;» llamaba á la gente *senado*; pedia perdon de las faltas y silencio, y entréme. Hubo un vítor de rezado, y al fin parecí bien en el teatro. Representamos una comedia de un representante nuestro, que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos y sabios, y no de gente tan sumamente lega; y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no haga su farsa de moros y cristianos; que me acuerdo yo ántes, que si no eran comedias del buen Lope de Vega y Ramon, no habia otra cosa. Al fin, la comedia se hizo el primer dia, y no la entendió nadie; al segundo empezámosla, y quiso Dios que empezaba por una guerra, y salia yo armado y con rodela; que si no, á manos de mal membrillo, tronchos y badeas acabo. No se ha visto tal torbellino; y ello merecíalo la comedia, porque traia un rey de

Normandía sin propósito en hábito de ermitaño, y metía dos lacayos por hacer reir, y al desatar de la maraña no habia más de casarse todos, y allá vas. Al fin tuvimos nuestro merecido. Tratamos mal al compañero poeta; y yo, diciéndole que mirase de la que nos habíamos escapado, y escarmentase, díjome que no era suyo nada de la comedia, sino que de un paso de uno y otro de otro habia hecho la capa de pobre de remiendo, y que el daño no habia estado sino en lo mal zurcido. Confesóme que los farsantes que hacian comedias, todo les obligaba á restitucion, porque se aprovechaban de cuanto habian representado, y que era muy fácil; y que el interes de sacar trecientos ó cuatrocientos reales les ponia á aquellos riesgos. Lo otro, que como andaban por esos lugares, y les leen los unos y otros comedias, tomábanlas para verlas, y hurtábanselas, y con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha, decian que era suya. Y declaróme cómo no habia habido farsantes iamás que supiesen hacer una copla de otra manera.

No me pareció mal la traza, y yo confieso que me incliné á ella, por hallarme con algun natural á la poesía, y más que tenía ya conocimiento con algunos poetas, y habia leido á Garcilaso: y así, determiné de dar en el arte. Y con esto y la farsanta, y representar, pasaba la vida; que pasado un mes que habia que estábamos en Toledo haciendo muchas comedias buenas, y tambien enmendando el yerro pasado (que con esto ya yo tenía nombre, y habia llegado á llamarme *Alonsete*, porque yo habia dicho llamarme Alonso; y por otro nombre me llamaban el *Cruel* por serlo una figura que habia hecho con gran aceptacion de los mosqueteros y chusma vulgar),—tenía ya tres pares de vestidos, y autores que me pretendian sonsacar de la compañía. Hablaba ya de entender de la comedia, murmuraba de los famosos, reprehendia los gestos á Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sanchez, llamaba bonico

á Morales, pedíanme el parecer en el adorno de los teatros y trazar las apariencias. Si alguno venía á leer comedia, yo era el que la oia. Al fin, animado con este aplauso, me desvirgué de poeta en un romancico, y luégo hice un entremés, y no pareció mal.

Atrevíme á una comedia; y porque no escapase de ser divina cosa, la hice de Nuestra Señora del Rosario. Comenzaba por chirimias; habia sus ánimas de purgatorio y sus demonios, que se usaban entónces con su *bu*, *bu* al salir, y *ri ri* al entrar. Cafaio muy en gracia al lugar el nombre de *Sitan* en las coplas, y el tratar luégo de si cayó del cielo, y tal. En fin, mi comedia se hizo y pareció muy bien. No me daba manos á trabajar, porque acudian á mí enamorados, unos por coplas de cejas, y otros de ojos; cuál de manos, y cuál romancico para cabellos. Para cada cosa tenía su precio; aunque como habia otras tiendas, porque acudiesen á la mia hacía barato. ¿Pues villancicos? llervia en sacristanes y demandaderas de monjas; ciegos me sustentaban á pura oracion (ocho reales de cada una); y me acuerdo que hice entónces la del Justo Juez, grave y sonora, que provocaba á gestos. Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:

Madre del Verbo humanal,
Hija del Padre divino,
Dame gracia virginal, etc.

Fuí el primero que introdujo acabar las coplas, como los sermones, con *aquí gracia y despues gloria*, en esta copla de un cautivo de Tetuan:

Pidámos'e sin falacia
Al alto Rey sin escoria,
Pues ve nuestra pertinacia,
Que nos quiera dar su gracia,
Y despues allá la gloria. Amén.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico y próspero, y tal, que casi aspiraba ya á ser autor. Tenía mi casa muy

bien aderezada, porque habia dado (para tener tapicería barata) en un arbitrio del diablo, y fué de comprar repesteros de tabernas, y colgarlos. Costáronme veinticinco ó treinta reales: eran más para ver que cuantos tiene el Rey, pues por estos se veia de puro rotos, y por esos otros no se verá nada.

Sucedióme un dia la mejor cosa del mundo, que aunque es en mi afrenta, la he de contar. Yo me recogia en mi posada, el dia que escribia comedia, al desvan; y allí me estaba y allí comia: subia una moza con la vianda y dejábamela allí; yo tenía por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado. Ordena el diablo que, á la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera (que era angosta y escura) con los platos y olla, yo estaba en un paso de una montería, y daba grandes gritos componiendo mi comedia, y decia:

Guarda el oso, guarda el oso,
Que me deja hecho pedazos,
Y baja tras ti furioso.

¿Qué entendió la moza (que era gallega) como oyó decir «baja tras ti y me deja?» Que era verdad y que la avisaba; va á huir, y con la turbacion písase la saya y rueda toda la escalera; derrama la olla y quiebra los platos, y sale dando gritos á la calle, diciendo que mataba un oso á un hombre. Y por presto que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo, preguntando por el oso; y áun contándoles yo cómo habia sido ignorancia de la moza (porque era lo que he referido de la comedia), aún no lo querian creer. No comí aquel dia: supiéronlo los compañeros, y fué celebrado el cuento en la ciudad; y destas cosas me sucedieron muchas miéntras perseveré en el oficio de poeta y no salí del mal estado.

Sucedió, pues, que mi autor (que siempre paran en esto), sabiendo que en Toledo le habia ido bien, le ejecutaron por no sé qué deudas, y le pusieron en la cárcel; con

o cual nos desmembramos todos, y echó cada uno por su parte. Yo (si va á decir verdad), aunque los compañeros me querian guiar á otras compañías, como no aspiraba á semejantes oficios, y el andar en ellos era por necesidad, viéndome con dineros y bien puesto, no traté mas que de holgarme. Despedíme de todos; fuéronse; y yo, que entendí salir de mala vida con no ser farsante, si no lo ha vuesa merced por enojo, dí en amante de red, como solia, y por hablar más claro, en pretendiente de Antecristo, que es lo mismo que galan de monjas. Tuve ocasion para dar en esto, teniendo yo entendido que era la diosa Vénus una monja, á cuya peticion habia hecho muchos villancicos, que se me aficionó en un auto del Córpus, viéndome representar un San Juan Evangelista. Regalábame la mujer con cuidado, y habíame dicho que sólo sentia que fuese farsante (porque yo habia fingido que era hijo de un gran caballero), y dábala compasion. Al fin me determiné de escribirla el siguiente papel:

«Más por agradar á vuesa merced que por hacer lo que »me importaba, he dejado la compañía, que para mí cual»quiera sin la suya es soledad: ya seré tanto más suyo »cuanto soy más mio. Avíseme cuándo habrá locutorio, y »sabré juntamente cuándo tendré gusto, etc.»

Llevó el billete la andadera. No se podrá creer el grandísimo contento de la buena monja sabiendo mi nuevo estado. Respondióme desta manera:

RESPUESTA.

«De sus buenos sucesos ántes aguardo los parabienes »que los doy, y me pesara dello á no saber que mi volun»tad y su provecho es todo uno. Podemos decir que ha »vuelto en sí; no resta agora sino perseverancia que se »mida con la que yo tendré. El locutorio dudo por hoy; pero »no deje de venirse vuesa merced á vísperas; que allí nos »veremos, y luégo por las vistas, y quizá podré yo hacer »alguna pandilla á la abadesa. Y adios.»

Contentóme el papel; que realmente la mujer tenía buen entendimiento y era hermosa. Comí, y púseme el vestido con que solia hacer los galanes en las comedias. Fuime luégo á la iglesia, recé, y luégo empecé á repasar todos los lazos y agujeros de la red con los ojos para ver si parecia; cuando Dios y en hora buena (que más era diablo y en hora mala), oigo la seña antigua; comienzo á toser, y andaba una tosidura de Barrabás: remedábamos un catarro, y parecia que habian echado pimiento en la iglesia. Al fin yo estaba cansado de toser, cuando se me asoma á la red una vieja tosiendo, y echo de ver mi desventura, que es peligrosisima seña en los conventos; porque como es seña á las mozas, es costumbre en las viejas, y hay hombre que piensa que es reclamo de ruiseñor, y sale una lechuza. Estuve gran rato en la iglesia, hasta que empezaron vísperas; ollas todas; que por esto llaman á los galanes de monjas *solemnes* enamorados, por lo que tienen de vísperas, y tienen tambien que nunca salen de vísperas del contento, porque no se les llega el dia jamás. No se creerá los pares de vísperas que yo oí; estaba con dos varas de gaznate más del que tenía cuando entré en los amores, á puro estirarme para ver. Fuí gran compañero del sacristan y monacillo, y muy bien recibido del vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso, que parecia que almorzaba asadores y que comia virotes.

Fuime á las vistas, y allá (con ser una plazuela bien grande) era menester enviar á tomar lugar á las doce, como para comedia nueva; hervia en devotos. Al fin me puse donde pude, y podíanse ir á ver por cosas raras las diferentes posturas de los amantes: cuál sin pestañear los ojos mirando; cuál, con su mano puesta en la espada y la otra en el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro alzadas las manos y extendidos los brazos á lo seráfico; cuál, con la boca más abierta que la de mujer pedigüeña, sin hablar palabra, la enseñaba á su querida las

entrañas por el gaznate; otro, pegado á la pared, dando pesadumbre á los ladrillos, parecia medirse con la esquina; cuál se paseaba como si le hubieran de querer por el portante, como á macho; otro, con una cartica en la mano, al uso de cazador con carne, parecia que llamaba al halcon. Los celosos era otra banda: éstos, unos estaban en corrillos riéndose y mirando á ellas; otros, leyendo coplas y enseñándoselas; cuál, para dar picon, pasaba por el terrero con una mujer de la mano, y cuál hablaba con una criada echadiza, que le daba un recado. Esto era de la parte de abajo y nuestra, pero de la de arriba, adonde estaban las monjas, era cosa de ver tambien; porque las vistas era una torrecilla llena de rendijas toda, y una pared con deshilados, que ya parecia salvadera, ya pomo de olor. Estaban todos los agujeros poblados de brújulas: allí se veia una pepitoria, una mano, y acullá un pié; en otra parte habia cosas de sábado, cabezas y lenguas, aunque faltaban sesos; á otro lado se mostraba buhonería; una enseñaba el rosario; cuál mecia el pañizuelo; en otra parte colgaba un guante; allí salia un liston verde; unas hablaban algo recio, otras tosian; cuál hacía la señal de los sombreros, como si sacara arañas ceceando. En verano es de ver cómo no sólo se calientan al sol, sino se chamuscan; que es gran gusto verlas á ellas tan crudas y á ellos tan asados. En invierno acontece con la humedad nacerle á uno de nosotros berros y arboledas en el cuerpo. No hay nieve que se les escape ni lluvia que se nos pase por alto; y todo esto al cabo es para ver una mujer por red y vidrieras, como güeso de santo; es como enamorarse de un tordo en jaula, si habla; y si calla, de un retrato. Los favores son todos toques, que nunca llegan á cabes, un paloteadico con los dedos; hincan las cabezas en las rejas y apúntanse los requiebros por las troneras. Aman al escondite. ¡Pues verlas hablar quedito y de rezado, sufrir una vieja que riñe, una portera que manda y una tornera que miente; y lo que me-

jor es, ver cómo nos piden celos de las de acá fuera, diciendo que el verdadero amor es el suyo, y las causas tan endemoniadas que hallan para probarlo! Al fin yo llamaba ya señora á la Abadesa, padre al Vicario, y hermano al sacristan; cosas todas que con el tiempo y el curso alcanza un desesperado. Empezáronme á enfadar las torneras con despedirme y las monjas con pedirme. Consideré cuán caro me costaba el infierno, que á otros se da tan barato, y en esta vida por tan descaminados caminos. Veia que me condenaba á puñados, y que me iba al infierno por sólo el sentido del tacto. Si hablaba, solia (porque no me oyesen los demas que estaban en las rejas) juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos dias siguientes traia los hierros estampados en la frente, y hablaba tan bajo, que no me podia comprehender si no se valia de trompetilla. No me veia nadie que no decia: «Maldito seas, bellaco monjil;» y otras cosas peores.

Todo esto me tenía revolviendo pareceres y casi determinado á dejar la monja, aunque perdiese mi sustento, y determinéme el dia de San Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son monjas. Y no quiera vuesa merced saber más de que las Bautistas todas enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que en vez de cantar la misa, la gimieron; no se lavaron las caras, y se vistieron de viejo; y los devotos de las Bautistas, por desautorizar la fiesta, trujeron banquetas en lugar de sillas á la iglesia, y muchos pícaros del rastro.

Cuando yo ví que las unas por el un santo, y las otras por el otro, trataban indecentemente dellos,—cogiéndola á la monja mia, con título de rifárselos, cincuenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsillos de ámbar y dulces, tomó mi camino para Sevilla, donde, como en tierra más ancha, quise probar ventura. Lo que la monja hizo de sentimiento, más por lo que la llevaba que por mí, considérelo el pio lector.

CAPITULO X.

De lo que me sucedió en Sevilla hasta embarcarme á Indias.

Pasé el camino de Toledo á Sevilla prósperamente: porque como yo tenía ya mis principios de fullero, y llevaba dados cargados con nueva pasta de mayor y menor, y tenía la mano derecha encubridora de un dado (pues preñada de cuatro, paría tres).—llevaba provision de cartones de lo ancho y de lo largo para hacer garrotes de moros y ballestilla; y así no se me escapaba dinero. Dejo de referir otras muchas flores; porque á decirlas todas, me tuvieran más por ramillete que por hombre, y tambien porque ántes fuera dar que imitar, que referir vicios de que huyan los hombres; mas quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar, estarán más avisados los ignorantes, y los que leyeren mi libro serán engañados por su culpa.

No te fies, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán al despabilar de una vela; guarda el naipe de tocamientos raspados ó bruñidos, cosa con que se conocen los azares. Y por si fueres pícaro, lector, advierte que en cocinas y caballerizas pican con un alfiler ó doblando los azares, para conocerlos por lo hendido. Y si tratares con gente honrada, guárdate del naipe, que desde la estampa fué concebido en pecado, y que con traer atravesado el papel, dice lo que viene. No te fies de naipe limpio, que al que da vista y retiene, lo más jabonado es sucio. Advierte que á la cartéta el que hace los naipes, que no doble más arqueadas las figuras, fuera de los reyes, que las demas cartas; porque el tal doblar es por tu dinero difunto. A la primera, mira no den de arriba las que descarta el que da, y procura que no se pidan cartas ó por los dedos en el

naipe ó por las primeras letras de las palabras. No quiero darte luz de más cosas; estas bastan para saber que has de vivir con cautela, pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo. *Dar muerte* llaman quitar el dinero, y con propriedad; *revesa* llaman la treta contra el amigo, que de puro revesada no la entienden; *dobles* son los que acarrean sencillos, para que los desuellen estos rastreros de bolsas; *blanco* llaman al asno de malicia y bueno como el pan, y *negro* al que deja en blanco sus diligencias.

Yo, pues, con este lenguaje y estas flores llegué á Sevilla: con el dinero de los camaradas gané el alquiler de las mulas, y la comida y dineros á los huéspedes de las posadas. Fuime luégo á apear al meson del Moro, donde me topó un condiscípulo mio de Alcalá, que se llamaba Mata, y agora se decia (por parecerle nombre de poco ruido) Matorral. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traia la muestra dellas en su cara, y por las que le habian dado, concertaba tamaño y hondura de las que habia de dar; decia: «No hay tal maestro como el bien acuchillado;» y tenia razon, porque la cara era una cuera y él un cuero. Díjome que me habia de ir á cenar con él y otros camaradas, y que ellos me volverian al meson.

Fuí, llegamos á su posada, y dijo: «Ea, quite la capa vucé, y parezca hombre; que verá esta noche todos los buenos hijos de Sevilla; y porque no lo tengan por maricon, abaje ese cuello y agobie de espaldas, la capa caida (que siempre andamos nosotros de capa caida), y ese hocico de tornillo, gestos á un lado y á otro; y haga vucé de la *g*, *h*, y de la *h*, *g*; y diga conmigo: gerida, mogino, jumo, Pahcería, mohar, habalí, y harro de vino.» Tomélo de memoria. Prestóme una daga, que en lo ancho era alfanje, y en lo largo no se llamaba espada, que bien podia. «Bébase (me dijo) esta media azumbre de vino puro; que si no da vaha-

rada no parecerá valiente.» Estando en esto, y yo con lo bebido atolondrado, entraron cuatro dellos con cuatro zapatos de gotosos por caras, andando á lo columpio, no cubiertos con las capas, sino fajados por los lomos, los sombreros empinados sobre las frentes, altas las faldillas de delante, que parecian diademas, un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas y espadas, las conteras en guarnicion, con los calcañares derechos, los ojos derribados, la vista fuerte, bigotes buidos á lo cuerno, y barbas turcas, como caballos. Hiciéronnos un gesto con la boca, y luégo á mi amigo le dijeron (con voces mohinas, sisando palabras): «Seidor.» «So compadre,» respondió mi ayo. Sentáronse; y para preguntar quién era yo no hablaron pa'abra, sino el uno miró á Matorrales, y abriendo la boca y empujando hácia á mí el labio de abajo, me señaló; á lo cual mi maestro de novicios satisfizo empuñando la barba y mirando hácia abajo; y con esto con mucha alegría se levantaron todos, y me abrazaron y hicieron muchas fiestas, y yo de la propria manera á ellos, que fué lo mesmo que si catara cuatro diferentes vinos. Llegó la hora de cenar; vinieron á servir á la mesa unos grandes pícaros, que los bravos llamaban *cañones*. Sentámonos todos juntos á la mesa: apareciósc luégo el alcaparron, y con esto empezaron (por bienvenido) á beber á mi honra, que yo de ninguna manera, hasta que la ví beber, no entendí que tenía tanta. Vino pescado y carne, y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo toda llena de vino, y allí se echaba de bruces el que queria hacer la razon. Contentóme la penadilla. A dos veces no hubo hombre que conociese al otro. Empezaron pláticas de guerra; menudeábanse los juramentos; murieron de brindis á brindis veinte ó treinta sin confesion. Recetáronsele al Asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado y Gayon; derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes lloraron tierna-

mente al malogrado Alonso Alvarez. Ya á mi compañero con estas cosas se le desconcertó el reloj de la cabeza, y dijo algo ronco, tomando un pan con las dos manos y mirando á la luz: «Por esta, que es la cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto.» Levantóse entre ellos alarido disforme, y sacando las dagas, lo juraron, poniendo las manos cada uno en un borde de la artesa; y echándose sobre ella de hocicos, dijeron: «Así como bebemos este vino, hemos de beber de la sangre á todo acechador.» «¿Quién es este Alonso Alvarez, pregunté, que tanto se ha sentido su muerte?» «Mancebo, dijo el uno, lidiador ahigadado, mozo de manos y buen compañero. Vamos; que me retientan los demonios.» Con esto salimos de casa á montería de corchetes.

Yo, como iba entregado al vino, y habia renunciado en su poder mis sentidos, no advertí al riesgo que me ponia. Llegamos á la calle de la Mar, donde encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando sacando las espadas, la embistimos. Yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malas ánimas al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus piés, y apeló por la calle arriba dando voces; no lo pudimos seguir, por haber cargado delantero. Y al fin nos acogimos á la iglesia Mayor, donde nos amparamos del rigor de la justicia, y dormimos lo necesario para espumar el vino que hervia en los cascos. Y vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes y huido el alguacil de un racimo de uva, que entónces lo éramos nosotros. Pasábamoslo en la iglesia notablemente, porque al olor de los retraidos vinieron ninfas, desnudándose por vestirnos. Aficionóseme la Grajales; vistióme de nuevo de sus colores; súpome bien y mejor que todas esta vida; y así, propuse de navegar en ausias con

la Grajales hasta morir. Estudié la jacarandina, y á pocos dias era rabí de los otros rufianes. La justicia no se descuidaba de buscarnos; rondábanos la puerta; pero con todo, de media noche abajo rondábamos disfrazados.

Yo, que ví que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme,—no de escarmentado (que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador), determiné, consultándolo lo primero con la Grajales, de pasarme á Indias con ella, á ver si mudando mundo y tierra mejoraria mi suerte. Y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.

FIN DE LA VIDA DEL BUSCON.

LOS SUEÑOS

DE

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

LOS SUEÑOS

DE

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

DEDICATORIA.

Á NINGUNA PERSONA DE TODAS CUANTAS DIOS CRÓ EN EL MUNDO.

Habiendo considerado que todos dedican sus libros con dos fines, que pocas veces se apartan: el uno, de que la tal persona ayude para la impresion con su bendita limosna; el otro, de que ampare la obra de los murmuradores; y considerando (por haber sido yo murmurador muchos años) que esto no sirve sino de tener dos de quien murmurar: del necio, que se persuade que hay autoridad de que los maldicientes hagan caso; y del presumido, que paga con su dinero esta lisonja; me he determinado á escribille á trochimoche, y á dedicarle á tontas y á locas, y suceda lo que sucediere. Quien lo compra y murmura, primero hace burla de sí, que gastó mal el dinero, que del autor, que se le hizo gastar mal. Y digan y hagan lo que quisieren los mecénas, que como nunca los he visto andar á cachetes con los murmuradores sobre si dijo ó no dijo, y los veo muy pacíficos de amparo, desmentidos de todas

las calumnias que hacen á sus encomendados, sin acordarse del libro del duelo,—más he querido atreverme que engañarme. Hagan todos lo que quisieren de mi libro, pues yo he dicho lo que he querido de todos. Adios, Mecénas, que me despido de dedicatoria.

Yo.

A LOS QUE HAN LEIDO, Y LEYEREN.

Yo escribí con ingenio facinoroso en los hervores de la niñez, más há de veinticuatro años, los que llamaron sueños mios, y precipitado, les puse nombres más escandalosos que propios. Admítaseme por disculpa que la sazon de mi vida era por entónces más propia del *ímpetu* que de la consideracion. Tuve facilidad en dar traslados á los amigos; mas no me faltó cordura para conocer que en la forma que estaban no eran sufribles á la imprenta; y así, los dejé con desprecio. Cuando por la ganancia que se prometieron de lo sabroso de aquellas agudezas, sin enmienda ni mejora, algunos mercaderes extranjeros las pusieron en la publicidad de la imprenta, sacándome en las canas lo que atropellé ántes del primer bozo; y no sólo publicaron aquellos escritos sin lima ni censura, de que necesitaban, ántes añadieron á mi nombre tratados ajenos, añadiendo en unos y dejando en otros muchas cosas considerables;—yo, que me vi padecer no sólo mis descuidos, sino las malicias ajenas, doctrinado del escándalo que se recibia de ver mezcladas véras y burlas, he desagraviado mi opinion, y sacado estas manchas á mis escritos, para darlos bien corregidos, no con ménos gracia, sino con gracia más decente, pues quien lo que ofende, no es

disminuir, sino desembarazar lo que agrada Y porque no padezcan las demasías del hurto que han padecido los demas papeles, saco de nuevo el de la *Culta latiniparla* y el *Cuento de cuentos*, en que se agotan las imaginaciones que han embarazado mi tiempo. Tanto ha podido el miedo de los impresos, que me ha quitado el gusto que yo tenía de divulgar estas cosas, que me dejan ocupado en su disculpa, y con obligacion á la penitencia de haberlas escrito. Si vuesa merced, señor lector, que me compró facinoroso, no me compra modesto, confesará que solamente le agradan los delitos, y que sólo le son gustosos discursos malhechores.

ADVERTENCIA DE LAS CAUSAS DESTA IMPRESION.

DON ALONSO MESSIA DE LEYVA.

Habiendo visto impresos en Aragon, y en otras partes fuera del reino, con nombre de Don Francisco de Quevedo Villegas estos discursos, con tanto descuido y malicia, que entre lo añadido y olvidado, y errores de traslados é imprenta, se desconocian de su autor; y más teniéndolos yo trasladados de su original, determiné, dándole cuenta, de restituirlos, limpiándolos del contagio de tantos descuidos, porque se vea cuán de otra suerte en su primera edad juzgaba con la pluma, sin apartarse de la enseñanza. Y es cierto no consintiera hoy esta impresion, á no hallarse obligado por las muchas que destos propios tratados se han hecho en toda la Europa, tan adulteradas, que le obligaron á pedir al tribunal supremo de la inquisicion las recogiese, imitando en esta modestia (aunque tan diferen-

te) á Enéas Silvio, que despues de pontífice, mandó recoger algunas obras de este estilo que habia divulgado en la mocedad. Salen enteras (como se verá en ellas) con cosas que no habian salido, y en todas se ha excusado la mezcla de lugares de la Sagrada Escritura, y alguna licencia que no era apacible; que aunque hoy se lee uno y otro en el Dante, Don Francisco me ha permitido esta lima; y aseguro en su nombre que procurará agradar á todos, sin ofender á alguno: cosa que en la generalidad con que trata de solo los malos, forzosamente será bien quisto; sujetándose á la censura de los ministros de la santa Iglesia romana en todo, con intento cristiano y obediencia rendida.

Estos discursos en la forma que salen corregidos, y en parte aumentados, conozco por mios, sin entremetimiento de obras ajenas que me achacaron; y todo lo pongo debajo de la correccion de la santa Iglesia romana, y de los ministros que tiene señalados para limpiar errores y escándalos de las impresiones. Y desde luégo con anticipado rendimiento me retrato de lo que no fuere ajustado á la verdad católica o ofendiere á las buenas costumbres.

EL SUEÑO DE LAS CALAVERAS.

AL CONDE DE LEMOS, PRESIDENTE DE INDIAS.

A manos de vuecelencia van estas desnudas verdades, que buscan no quien las vista, sino quien las consienta; que á tal tiempo hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con él. Prométese seguridad en ellas soas. Viva vuecelencia para honra de nuestra edad.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

DISCURSO.

Los sueños dice Homero que son de Júpiter y que él los envía; y en otro lugar, que se han de creer. Es así, cuando tocan en cosas importantes y piadosas, ó las sueñan reyes y grandes señores, como se colige del doctísimo y admirable Propercio en estos versos

Nec tu sperne pîis venientia somnia portis.
Quum pia venerunt somnia, pondus habent.

Dígolo á propósito que tengo por caido del cielo uno que yo tuve estas noches pasadas, habiendo cerrado los ojos con el libro del Dante; lo cual fué causa de soñar que veia un tropel de visiones. Y aunque en casa de un poeta

es cosa dificultosa creer que haya cosa de juicio (áun por sueños), le hubo en mí por la razon que da Claudiano en la prefacion al libro segundo del *Rapto*, diciendo que todos los animales sueñan de noche como sombras de lo que trataron de dia. Y Petronio Arbitro dice:

Et canis in somnis leporis vestigia latrat.

Y hablando de los jueces:

Et pavido cernit inclusum corde tribunal.

Parecióme, pues, que veia un mancebo que, discurriendo por el aire, daba voz de su aliento á una trompeta, afeando con su fuerza en parte su hermosura. Halló el són obediencia en los mármoles, y oidos en los muertos; y así, al punto comenzó á moverse toda la tierra, y á dar licencia á los huesos que anduviesen unos en busca de otros. Y pasando tiempo (aunque fué breve), vi á los que habian sido soldados y capitanes levantarse de los sepulcros con ira, juzgándola por seña de guerra; á los avarientos, con ánsias y congojas, recelando algun rebato; y los dados á vanidad y gu'a, con ser áspero el són, lo tuvieron por cosa de sarao ó caza. Esto conocia yo en los semblantes de cada uno, y no vi que llegase el ruido de la trompeta á oreja que se persuadiese á lo que era. Despues notó de la manera que algunas almas huian, unas con asco y otras con miedo, de sus antiguos cuerpos: á cuál faltaba un brazo, á cuál un ojo; y dióme risa ver la diversidad de figuras, y admiróme la providencia en que, estando barajados unos con otros, nadie por yerro de cuenta se ponia las piernas ni los miembros de los vecinos. Sólo en un cementerio me pareció que andaban destrocando cabezas, y que vi á un escribano que no le venía bien el alma y quiso decir que no era suya por descartarse della. Despues, ya que á noticia de todos llegó que era el dia del juicio, fué de ver cómo los lujuriosos no querian que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí; los mal-

dicientes las lenguas; los ladrones y matadores gastaban los piés en huir de sus mismas manos. Y volviéndome á un lado, vi á un avariento que estaba preguntando á uno (que por haber sido embalsamado y estar léjos sus tripas no hablaba, porque no habian llegado) si habian de resucitar aquel dia todos los enterrados, si resucitarian unos bolsones suyos. Riérame si no me lastimara á otra parte el afan con que una gran chusma de escribanos andaban huyendo de sus orejas, deseando no las llevar, por no oir lo que esperaban; más solos fueron sin ellas los que acá las habian perdido por ladrones; que por descuido no fueron los más. Pero lo que más me espantó fué ver los cuerpos de dos ó tres mercaderes que se habian vestido las almas del reves, y tenian todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha. Yo veia todo estó de una cuesta muy alta, cuando oí dar voces á mis piés que me apartase; y no bien lo hice, cuando comenzaron á sacar las cabezas mucha, mujeres hermosas, llamándome descortés y grosero porque no habia tenido más respeto á las damas (que áun en el infierno están las tales y no pierden esta locura). Salieron fuera muy alegres de verse gallardas y desnudas entre tanta gente que las mirase; aunque luégo, conociendo que era el dia de la ira, y que la hermosura las estaba acusando de secreto, comenzaron á caminar al valle con pasos más entretenidos. Una que habia sido casada siete veces iba trazando disculpas para todos los maridos. Otra dellas, que habia sido pública ramera, por no llegar al valle no hacía sino decir que se le habian olvidado las muelas y una ceja, y volvia y detenía se; pero al fin llegó á vista del teatro, y fué tanta la gente de los que habia ayudado á perder y que señalándola daban gritos contra ella, que se quiso esconder entre una caterva de corchetes, pareciéndole que aquella no era gente de cuenta áun en aquel dia. Divirtióme desto un gran ruido que por la orilla de un rio venía de gente en cantidad tras un médico, que

despues supe que lo era en la sentencia. Eran hombres que habia despachado sin razon ántes de tiempo, y venian por hacerle que pareciese, y al fin, por fuerza le pusieron delante del trono. A mi lado izquierdo oí como ruido de alguno que nadaba, y vi un juez, que lo habia sido, que estaba en medio de un arroyo lavándose las manos, y esto hacía muchas veces. Lleguéme á preguntarle por qué se lavaba tanto; y díjome que en vida, sobre ciertos negocios se las habian untado, y que estaba porfiando allí por no parecer con ellas de aquella suerte delante de la universal residencia. Era de ver una legion de verdugos con azotes, palos y otros instrumentos, cómo traian á la audiencia una muchedumbre de taberneros, sastres y zapateros, que de miedo se hacian sordos; y aunque habian resucitado, no querian salir de la sepultura. En el camino por donde pasaban, al ruido, sacó un abogado la cabeza y preguntóles que adónde iban; y respondiéronle: «Al tribunal de Radamanto;» á lo cual, metiéndose más adentro, dijo: «Esto me ahorraré de andar despues, si he de ir más abajo.» Iba sudando un tabernero de congoja, tanto, que cansado se dejaba caer á cada paso, y á mí me pareció que le dijo un verdugo: «Harto es que sudeis el agua, y no nos la vendais por vino.» Uno de los sastres, pequeño de cuerpo, redondo de cara, malas barbas y peores hechos, no hacía sino decir: «¿Qué pude hurtar yo, si andaba siempre muriéndome de hambre?» Y los otros le decian (viendo qu negaba haber sido ladron) qué cosa era despreciarse de s oficio. Toparon con unos salteadores y capeadores públicos que andaban huyendo unos de otros, y luégo los verdugos cerraron con ellos, diciendo que los salteadores bien podian entrar en el número, porque eran á su modo sastres silvestres y monteses, como gatos del campo. Hubo pendencia entre ellos sobre afrentarse los unos de ir con los otros; y al fin, juntos llegaron al valle. Tras ellos venía la locura en una tropa, con sus cuatro costados, poe-

tas, músicos, enamorados y valientes, gente en todo ajena deste dia: pusiéronse á un lado. Andaban contándose dos ó tres procuradores las caras que tenian, y espantábanse que les sobrasen tantas, habiendo vivido descaradamente. Al fin vi hacer silencio á todos.

El trono era obra donde trabajaron la omnipotencia y el milagro. Júpiter estaba vestido de sí mismo, hermoso para los unos y enojado para los otros; el sol y las estrellas colgando de su boca, el viento tullido y mudo, el agua recostada en sus orillas, suspensa la tierra, temerosa en sus hijos, de los hombres. Algunos amenazaban al que les enseñó con su mal ejemplo peores costumbres. Todos en general pensativos: los piadosos, en qué gracias le darian, cómo rogarian por sí, y los malos, en dar disculpas. Andaban los procuradores mostrando en sus pasos y colores las cuentas que tenian que dar de sus encomendados, y los verdugos repasando sus copias, tarjas y procesos. Al fin, todos los defensores estaban de la parte de adentro, y los acusadores de la de afuera. Estaban guardas á una puerta tan angosta, que los que estaban á puros ayunos flacos aún tenian algo que dejar en la estrechura.

A un lado estaban juntas las desgracias, peste y pesadumbres, dando voces contra los médicos. Decia la peste que ella los habia herido; pero que ellos los habian despachado. Las pesadumbres, que no habian muerto ninguno sin ayuda de los doctores; y las desgracias, que todos los que habian enterrado habian ido por entrambos. Con eso los médicos quedaron con cargo de dar cuenta de los difuntos; y así, aunque los necios decian que ellos habian muerto más, se pusieron los médicos con papel y tinta en un alto con su arancel, y en nombrando la gente, luégo salia uno dellos y en alta voz decia: «Ante mí pasó á tantos de tal mes,» etc.

Pilatos se andaba lavando las manos muy apriesa, para irse con sus manos lavadas al brasero. Era de ver cómo se

entraban algunos pobres entre media docena de reyes que tropezaban con las coronas, viendo entrar las de los sacerdotes tan sin detenerse. Llegó en esto un hombre desaforado lleno de ceño; y alargando la mano, dijo: «Esta es la carta de exámen.» Admiráronse todos: dijeron los porteros quién era; y él en altas voces respondió: «Maestro de esgrima examinado y de los más diestros del mundo;» y sacando unos papeles del pecho, dijo que aquellos eran los testimonios de sus hazañas. Cayéronsele en el suelo por descuido los testimonios, y fueron á un tiempo á levantarlos dos furias y un alguacil, y él los levantó primero que las furias. Llegó un abogado, y alargó el brazo para asille y metelle dentro; y él, retirándose, alargó el suyo, y dando un salto, dijo: «Esta de puño es irreparable, y pues enseño á matar, bien puedo pretender que me llamen Galeno; que si mis heridas anduvieran en mula, pasaran por médicos malos: si me quereis probar, yo daré buena cuenta.» Riéronse todos, y un oficial algo moreno le preguntó qué nuevas tenía de su alma. Pidiéronle no sé qué cosas, y respondió que no sabía tretas contra los enemigos della. Mandáronle que se fuese; y diciendo: «Entre otro,» se arrojó. Y llegaron unos despenseros á cuentas (y no rezándolas), y en el ruido con que venía la trulla, dijo un ministro: «Despenseros son;» y otros dijeron: «No son;» y otros: «Sison;» y dióles tanta pesadumbre la palabra sison, que se turbaron mucho. Con todo, pidieron que se les buscase su abogado, y dijo un verdugo: «Ahí está Júdas, que es apóstol descartado.» Cuando ellos oyeron esto, volviéndose á otra furia, que no se daba manos á señalar hojas para leer, dijeron: «Nadie mire, y vamos á partido, y tomamos infinitos siglos de fuego.» El verdugo, como buen jugador, dijo: «¿Partido pedís? No teneis buen juego.» Comenzó á descubrir, y ellos, viendo que miraba, se echaron en baraja de su bella gracia. Pero tales voces como venian tras de un malaventurado pastelero no se oyeron jamás de

hombres hechos cuartos; y pidiéndole que declarase en qué les habia acomodado sus carnes, confesó que en los pasteles; y mandaron que les fuesen restituidos sus miembros de cualquier estómago en que se hallasen. Dijéronle si queria ser juzgado, y respondió que sí, á Dios y á la ventura. La primera acusacion decia no sé qué de gato por liebre, tanto de huesos, y no de la misma carne, sino advenedizos; tanto de oveja y cabra, caballo y perro; y cuando él vió que se les probaba á sus pasteles haberse hallado en ellos más animales que en el arca de Noé (porque en ella no hubo ratones ni moscas, y en ellos sí), volvió las espaldas y dejólos con la palabra en la boca. Fueron juzgados filósofos, y fué de ver cómo ocupaban sus entendimientos en hacer silogismos contra su salvacion. Mas lo de los poetas fué de notar, que de puro locos querian hacer á Júpiter malilla de todas las cosas. Virgilio andaba con su *Sicelides musae*, diciendo que era el nacimiento; mas saltó un verdugo, y dijo no sé qué de Mecénas y Octavia, y que habia mil veces adorado unos cuernecillos suyos, que los traia por ser dia de más fiesta: contó no sé qué cosas. Y al fin, llegando Orfeo (como más antiguo) á hablar por todos, le mandaron que se volviese otra vez á hacer el experimento de entrar en el infierno para salir; y á los demas, por hacérseles camino, que le acompañasen. Llegó tras ellos un avariento á la puerta, y fué preguntado qué queria, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los habia guardado; y él dijo que en cosas de guardar era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: Amar á Dios sobre todas las cosas; y dijo que él sólo aguardaba á tenerlas todas para amar á Dios sobre ellas. No jurar: dijo que áun jurando falsamente, siempre habia sido por muy grande interes; y que así no habia sido en vano. Guardar las fiestas: éstas, y áun los dias de trabajo, guardaba y escondia. Honrar padre y madre: siempre les quité el sombrero. No matar: por guardar esto no co-

mia, por ser matar la hambre comer. De mujeres: en cosas que cuestan dineros ya está dicho. No levantar falso testimonio: «Aquí, dijo un verdugo, es el negocio, avariento; que si confiesas haberle levantado te condenas, y si no, delante del juez te le levantarás á tí mismo.» Enfadóse el avariento, y dijo: «Si no he de entrar no gastemos tiempo» (que hasta aquello rehusó de gastar). Convencióse con su vida, y fué llevado adonde merecia. Entraron en esto muchos ladrones, y salváronse dellos algunos ahorcados. Y fué de manera el ánimo que tomaron los escribanos que estaban delante de Mahoma, Lutero y Júdas (viendo salvar ladrones), que entraron de golpe á ser sentenciados, de que les tomó á los verdugos muy gran risa. Los procuradores comenzaron á esforzarse y á llamar abogados.

Dieron principio á la acusacion los verdugos, y no la hacian en los procesos que tenian hechos de sus culpas, sino con los que ellos habian hecho en esta vida. Dijeron lo primero: «Estos, señor, la mayor culpa suya es ser escribanos.» Y ellos respondieron á voces (pensando que disimularian algo) que no eran sino secretarios. Los abogados comenzaron á dar descargo, que se acabó en: «Es hombre, y no lo hará otra vez, y alcen el dedo.» Al fin se salvaron dos ó tres, y á los demas dijeron los verdugos: «Ya entienden.» Hiciéronles del ojo, diciendo que importaban allí para jurar contra cierta gente. Uno azuzaba testigos, y repartia orejas de lo que no se habia dicho y ojos de lo que no habia sucedido, salpicando de culpas postizas la inocencia. Estaba engordando la mentira á puros enredos; y vi á Júdas, y á Mahoma y á Lutero recatar desta vecindad el uno la bolsa y el otro el zancarron. Lutero decia: «Lo mismo hago yo escribiendo.» Sólo se lo estorbó aquel médico que dije, que forzado de los que le habian traido, parecieron él, un boticario y un barbero, á los cuales dijo un verdugo que tenía las copias: «Ante este doctor han pasado los más difuntos, con ayuda de este boticario

y barbero, y á ellos se les debe gran parte deste dia.» Alegó un procurador por el boticario que daba de balde á los pobres; pero dijo un verdugo que hallaba por su cuenta que habian sido más dañosos dos botes de su tienda que diez mil de pica en la guerra, porque todas sus medicinas eran espurias, y que con esto habia hecho liga con una peste y habia destruido dos lugares. El médico se disculpaba con él, y al fin el boticario se desapareció, y el médico y el barbero andaban á daca mis muertes y toma las tuyas. Fué condenado un abogado porque tenía todos los derechos con corcovas, cuando descubierto un hombre que estaba detras deste á gatas porque no le viesen, y preguntando quién era, dijo que cómico; pero un verdugo muy enfadado replicó: «Farandulero es, señor, y pudiera haber ahorrado aquesta venida sabiendo lo que hay.» Juró de irse, y fuése sobre su palabra. En esto dieron con muchos taberneros en el puesto, y fueron acusados de que habian muerto mucha cantidad de sed á traicion, vendiendo agua por vino. Estos venian confiados en que habian dado á un hospital siempre vino puro para los sacrificios; pero no les valió, ni á los sastres decir que habian vestido niños; y así, todos fueron despachados como siempre se esperaba. Llegaron tres ó cuatro extranjeros ricos pidiendo asientos, y dijo un ministro: «¿Piensan ganar en ellos? Pues esto es lo que les mata. Esta vez han dado mala cuenta, y no hay donde se asienten, porque han quebrado el banco de su crédito.» Y volviéndose á Júpiter, dijo un ministro: «Todos los demas hombres, señor, dan cuenta de lo que es suyo; mas éstos de lo ajeno y todo.» Pronuncióse la sentencia contra ellos: yo no la oí bien, pero ellos desaparecieron. Vino un caballero tan derecho, que al parecer queria competir con la misma justicia que le aguardaba: hizo muchas reverencias á todos, y con la mano una ceremonia usada de los que beben en charco. Traia un cuello tan grande, que no se le echaba de ver si tenía ca-

beza. Preguntóle un portero, de parte de Júpiter, si era hombre; y él respondió con grandes cortesías que sí, y que por más señas se llamaba don Fulano á fe de caballero. Rióse un ministro, y dijo: «De codicia es el mancebo para el infierno.» Preguntáronle qué pretendia, y respondió: «Ser salvado;» y fué remitido á los verdugos para que le moliesen; y él sólo reparó en que le ajarian el cuello. Entró tras él un hombre dando voces, diciendo: «Aunque las doy, no tengo mal pleito; que á cuantos simulacros hay, ó á los más, he sacudido el polvo.» Todos esperaban ver un Diocleciano ó Neron, por lo de sacudir el polvo, y vino á ser un sacristan que azotaba los retablos; y se habia ya con esto puesto en salvo, sino que dijo un ministro que se bebia el aceite de las lámparas y echaba la culpa á una lechuza, por lo cual habian muerto sin ella; que pellizcaba de los ornamentos para vestirse; que heredaba en vida las vinajeras, y que tomaba alforzas á los oficios. No sé qué descargo se dió, que le enseñaron el camino de la mano izquierda. Dando lugar unas damas alcorzadas que comenzaron á hacer melindres de las malas figuras de los verdugos, dijo un procurador á Vesta que habian sido devotas de su nombre aquellas; que las amparase. Y replicó un ministro que tambien fueron enemigas de su castidad. «Sí por cierto,» dijo una que habia sido adúltera; y el demonio la acusó que habia tenido un marido en ocho cuerpos; que se habia casado de por junto en uno para mil. Condenóse esta sola, y iba diciendo: «¡Ojalá supiera que me habia de condenar, que no hubiera cansádome en hacer buenas obras!» En esto que era todo acabado, quedaron descubiertos Júdas, Mahoma y Martin Lutero; y preguntando un ministro cuál de los tres era Júdas, Lutero y Mahoma dijeron cada uno que él; y corrióse Judas tanto, que dijo en altas voces: «Señor, yo soy Júdas, y bien conoceis vos que soy mucho mejor que éstos, porque si os vendí remedié al mundo, y éstos, vendiéndose á sí y vos, lo han destruido á

todo.» Fueron mandados quitar delante; y un abogado que tenía la copia, halló que faltaban por juzgar los malos alguaciles y corchetes. Llamáronlos, y fué de ver que asomaron al puesto muy tristes, y dijeron: «Aquí lo damos por condenado; no es menester nada.» No bien lo dijeron, cuando cargado de astrolabios y globos entró un astrólogo dando voces, y diciendo que se habian engañado, que no habia de ser aquel dia el del juicio, porque Saturno no había acabado sus movimientos, ni el de trepidacion el suyo. Volvióse un verdugo, y viéndole tan cargado de madera y papel, le dijo: «Ya os tracis la leña con vos, como si supiérades que de cuantos cielos habeis tratado en vida estais de manera, que por la falta de uno solo, en muerte, os ireis al infierno.» «Eso no iré yo,» dijo él. «Pues llevaros han;» y así se hizo.

Con esto se acabó la residencia y tribunal: huyeron las sombras á su lugar, quedó el aire con nuevo aliento, floreció la tierra, rióse el cielo, Júpiter subió consigo á descansar en sí los dichosos, y yo me quedó en el valle; y discurriendo por él, oí mucho ruido y quejas en la tierra. Lleguéme por ver lo que habia, y vi en una cueva honda (garganta del averno) penar muchos, y entre otros un letrado, revolviendo no tanto leyes como caldos: un escribano, comiendo solo letras, que no habia solo querido leer en esta vida, todos ajuares del infierno. Las ropas y tocados de los condenados estaban prendidos, en vez de clavos y alfileres, con alguaciles; un avariento, contando más duelos que dineros; un médico pensando en un orinal, y un boticario en una medecina. Dióme tanta risa ver esto, que me despertaron las carcajadas; y fué mucho quedar de tan triste sueño más alegre que espantado.

Sueños son estos, que si se duerme vuecelencia sobre ellos, verá que por ver las cosas como las veo, las esperará como las digo.

EL ALGUACIL ALGUACILADO.

AL CONDE DE LEMOS, PRESIDENTE DE INDIAS.

Bien sé que á los ojos de vuecelencia es más endemoniado el autor que el sujeto: si lo fuere tambien el discurso, habré dado lo que se esperaba de mis pocas letras, que amparadas como de dueño, de vuecelencia y su grandeza, despreciarán cualquier temor. Ofrézcole este discurso del *Alguacil Alguacilado*: recíbale vuecelencia con la humanidad que me hace merced, así yo vea en su casa la sucesion que tanta nobleza y méritos piden.

Esté advertido vuecelencia que los seis géneros de demonios que cuentan los supersticiosos y los hechiceros (los cuales por esta órden divide Psello en el capítulo 2.° del *Libro de los demonios*) son los mismos que las órdenes en que se distribuyen los alguaciles malos. Los primeros llaman leliureones, que quiere decir ígneos; los segundos, aéreos; los terceros, terrenos; los cuartos, acuátiles; los quintos, subterráneos; los sextos, lucífugos, que huyen de la luz. Los ígneos son los criminales que á sangre y á fuego persiguen los hombres; los aéreos son los soplones, que dan viento; ácueos son los porteros que prenden por si vació ó no vació sin decir *agua va*, fuera de tiempo; y son ácueos, con ser casi todos borrachos y vinosos. Terrenos son los civiles, que á puras comisiones y ejecuciones destruyen la tierra. Lucífugos, los rondadores que hu-

yen de la luz, debiendo la luz huir dellos. Los subterráneos, que están debajo de tierra, son los escudriñadores de vidas, y fiscales de honras y levantadores de falsos testimonios, que debajo de tierra sacan qué acusar, y andan siempre desenterrando los muertos y enterrando los vivos.

AL PIO LECTOR.

Y si fueres cruel, y no pio, perdona; que este epíteto natural del pollo has heredado de Enéas, de quien deciendes. Y en agradecimiento de que te hago cortesía en no llamarte benigno lector, advierte que hay tres géneros de hombres en el mundo: los unos, que por hallarse ignorantes no escriben, y estos merecen disculpa por haber callado, y alabanza por haberse conocido. Otros, que no comunican lo que saben: á éstos se les ha de tener lástima de la condicion y envidia del ingenio, pidiendo á Dios que les perdone lo pasado y les enmiende lo porvenir. Los últimos no escriben de miedo de las malas lenguas: éstos merecen reprension, pues si la obra llega á manos de hombres sabios, no saben decir mal de nadie; si de ignorantes, ¿cómo pueden decir mal sabiendo que si lo dicen de lo malo lo dicen de sí mismos? Y si del bueno no importa, que ya saben todos que no lo entienden. Esta razon me animó á escribir el *Sueño de las calaveras*, y me permitió osadía para publicar este discurso: si le quieres leer, léele; y si no, déjale; que no hay pena para quien no le leyere. Si le empezares á leer y te enfadare, en tu mano está con que tenga fin donde te fuere enfadoso. Sólo he querido advertirte en la primera hoja que este papel es sólo una reprension de malos ministros de justicia, guardando el

decoro que se debe á muchos que hay loables por virtud y nobleza, poniendo todo lo que en él hay debajo la correccion de la Iglesia romana y ministros de buenas costumbres.

DISCURSO.

Fué el caso que entró en San Pedro á buscar al licenciado Calabres, hombre de bonete de tres altos hecho á modo de medio celemin; ojos de espulgo, vivos y bulliciosos; puños de Corinto, asomo de camisa por cuello, mangas en escaramuza y calados de rasgones, los brazos en jarra, y las manos en garfio; habla entre penitente y diciplinante, los ojos bajos y los pensamientos tiples, la color á partes hendida y á partes quebrada, muy tardon en las respuestas y abreviador en la mesa, gran lanzador de espíritus, tanto, que sustentaba el cuerpo con ellos. Entendíasele de ensalmar, haciendo al bendecir unas cruces mayores que las de los mal casados. Hacía del desaliño humildad; contaba visiones, y si se descuidaban á creerlo hacía milagros que me cansó.

Este, señor, era uno de los sepulcros hermosos, por defuera blanqueados y llenos de molduras, y por dedentro pudricion y gusanos; fingiendo en lo exterior honestidad, siendo en lo interior del alma disoluto y de muy ancha y rasgada conciencia. Era en buen romance hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma y fábula con voz. Hallélo solo con un hombre que, atadas las manos y suelta la lengua, descompuestamente daba voces con frenéticos movimientos. «¿Qué es esto?» le pregunté espantado. Respondióme: «Un hombre endemoniado.» Y al punto el espíritu res-

pondió: «No es hombre, sino alguacil. Mirad cómo hablais, que en la pregunta del uno y en la respuesta del otro se ve que sabeis poco. Y se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana, por lo cual, si quereis acertarme, debeis llamarme á mí demonio enaguacilado, y no á este alguacil endemoniado, y avenísos mejor los hombres con nosotros que con ellos, si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable. Verdugos y alguaciles malos parece que tenemos un mismo oficio, pues bien mirado, nosotros procuramos condenar, y los alguaciles tambien; nosotros, que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran al parecer con más ahinco, porque ellos lo han menester para su sustento, y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho más de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros, pues ellos hacen mal á hombres como ellos y á los de su género, y nosotros no. Fuera desto, los demonios lo fuimos por querer ser como Dios, y los alguaciles son alguaciles por querer ser ménos que todos. Persuádete que alguaciles y nosotros somos de una profesion; sino que ellos son diablos con varilla, como cohetes, y nosotros alguaciles sin vara, que hacemos áspera vida en el infierno.» Admiráronme las sutilezas del diablo; enojóse Calabres, revolvió sus conjuros, quísole enmudecer y no pudo, y al echarle agua bendita comenzó á huir y á dar voces diciendo: «Clérigo, cata que no hace estos sentimientos el alguacil por la parte de bendita, sino por ser agua; no hay cosa que tanto aborrezca, pues si en su nombre se llama *alguacil*, es encajada una *l* en medio. Yo no traigo corchetes ni soplones ni escribanito; quítenme la tara como al carbon, y hágase la cuenta entre mí y el agarrador. Y porque acabeis de conocer quién son y cuán poco tienen de cristianos, advertid que de pocos nombres que del tiempo de los moros quedaron en España, llamándose ellos mesmos, le han dejado por llamarse alguaciles, que

alguacil es palabra morisca; y hacen bien, que conviene el nombre con la vida y ella con sus hechos.» «Eso es muy insolente cosa oirlo, dijo furioso mi licenciado, y si le damos licencia á este enredador, dirá otras mil bellaquerías y mucho mal de la justicia, porque corrige el mundo y le quita con su temor y diligencia las almas que tiene negociadas.» «No lo hago por eso, replicó el diablo, sino porque ese es tu enemigo que es de tu oficio; y ten lástima de mí y sácame del cuerpo deste, que soy demonio de prendas y calidad, y perderé despues mucho en el infierno por haber estado acá con malas compañías.» «Yo te echaré hoy fuera, dijo Calabres, de lástima de ese hombre que aporreas por momentos y maltratas; que tus culpas no merecen piedad ni tu obstinacion es capaz della.» «Pídeme albricias, respondió el diablo, si me sacas hoy; y advierte que estos golpes que le doy y lo que le aporreo no es sino que yo y él reñimos acá sobre quién ha de estar en mejor lugar, y andamos á más diablo es él.» Acabó esto con una gran risada: corrióse mi buen licenciado, y determinóse á enmudecerle. Yo, que habia comenzado á gustar de las sutilezas del diablo, le pedí que, pues estábamos sólos, y él, como mi confidente, sabía mis cosas secretas, y yo, como amigo, las suyas, que le dejase hablar, apremiándole sólo á que no maltratase el cuerpo del alguacil. Hízose así, y al punto dijo: «Donde hay poetas, parientes tenemos en corte los diablos, y todos nos lo debeis por lo que en el infierno os sufrimos; que habeis hallado tan fácil modo de condenaros, que hierve todo él en poetas. Y hemos hecho una ensancha á su cuartel, y son tantos, que compiten en los votos y elecciones con los escribanos; y no hay cosa tan graciosa como el primer año de noviciado de un poeta en penas, porque hay quien lleva de acá cartas de favor para ministros, y créese que ha de topar con Radamanto y pregunta por el Cerbero y Aqueronte, y no puede creer sino que se los esconden.» «¿Qué género de penas les dan á los

poetas?» repliqué yo. «Muchas, dijo, y propias. Unos se atormentan oyendo alabar las obras de otros, y á los más es la pena el limpiarlos. Hay poeta que tiene mil años de infierno y áun no acaba de leer unas endechillas á los celos; otros verás en otra parte aporrearse y darse de tizonazos sobre si dirá faz ó cara. Cuál para hallar un consonante no hay cerco en el infierno que no haya rodado mordiéndose las uñas. Mas los que peor lo pasan y más lugar tienen son algunos poetas de comedias, por las muchas reinas que han hecho, las infantas de Bretaña que han deshonrado, los casamientos desiguales que han efectuado en los fines de las comedias, y los palos que han dado á muchos hombres honrados por acabar los entremeses. Mas es de advertir que los poetas de comedias no están entre los demas, sino que por cuanto tratan de hacer enredos y marañas, se ponen entre los procuradores y solicitadores, gente que sólo trata deso. Y en el infierno están todos aposentados así; que un artillero que bajó allá el otro dia, queriendo que le pusiesen entre la gente de guerra, como al preguntarle del oficio que habia tenido dijese que hacer tiros en el mundo, fué remitido al cuartel de los escribanos, pues son los que hacen tiros en el mundo. Un sastre, porque dijo que habia vivido de cortar de vestir, fué aposentado con los maldicientes. Un ciego, que quiso encajarse con los poetas, fué llevado á los enamorados por serlo todos. Los que venian por el camino de los locos ponemos con los astrólogos, y á los por mentecatos con los alquimistas. Uno vino por unas muertes, y está con los médicos. Los mercaderes que se condenan por vender están con Júdas. Los malos ministros, por lo que han tomado alojan con el mal ladron. Los necios están con los verdugos. Y un aguador que dijo habia vendido agua fria fué llevado con los taberneros. Llegó un mohatrero tres dias há, y dijo que él se condenaba por haber vendido gato por liebre, y pusímoslo de piés con los venteros, que dan

lo mismo. Al fin, el infierno está repartido en estas partes.» «Oíte decir ántes de los enamorados, y por ser cosa que á mí me toca, gustaria saber si hay muchos.» «Mancha es la de los enamorados, respondió, que lo toma todo, porque todos lo son de sí mismos; algunos de sus dineros, otros de sus palabras, otros de sus obras, y algunos de las mujeres; y destos postreros hay ménos que de todos en el infierno, porque las mujeres son tales, que con ruindades, con malos tratos y peores correspondencias les dan ocasiones de arrepentimiento cada dia á los hombres. Como digo, hay pocos destos, pero buenos y de entretenimiento, si allá cupiera. Algunos hay que en celos y esperanzas amortajados y en deseos se van por la posta al infierno, sin saber cómo ni cuando ni de qué manera. Hay amantes alacayuelos que arden llenos de cintas; otros crinitos como cometas, llenos de cabellos; y otros que en los billetes solos que llevan de sus damas ahorran veinte años de leña á la fábrica de la casa, abrasándose ardeados en ellos. Son de ver los que han querido doncellas enamorados de doncellas, con las bocas abiertas y las manos extendidas. Destos unos se condenaban por tocar sin tocar pieza, hechos bufones de los otros, siempre en vísperas del contento, sin tener jamás el dia, y con sólo el título de pretendientes. Otros se condenan por el beso, brujuleando siempre los gustos sin poderlos descubrir. Detras de estos en una mazmorra están los aduladores: éstos son los que mejor viven y peor lo pasan, pues otros les sustentan la cabalgadura y ellos la gozan.» «Gente es esta, dije yo, cuyos agravios y favores todos son de una manera.» «Abajo en un apartado muy sucio, lleno de mondaduras de rastro (quiero decir, cuernos) están los que acá llamamos cornudos, gente que áun en el infierno no pierde la paciencia; que como la llevan hecha á prueba de la mala mujer que han tenido, ninguna cosa los espanta. Tras ellos están los que se enamoran de viejas, con cadenas;

que los diablos, de hombres de tan mal gusto áun no pensamos que estamos seguros; y si no estuviesen con prisiones, Barrabas áun no tendria bien guardadas las asentaderas. dellos; y tales como somos les parecemos blancos y rubios. Lo primero que con estos se hace es condenarles la lujuria y su herramienta á perpétua cárcel. Mas dejando, éstos, os quiero decir que estamos muy sentidos de los potajes que haceis de nosotros, pintándonos con garras sin ser aguiluchos; con colas, no habiendo diablos rabones; con cuernos, no siendo casados; y mal barbados siempre, habiendo diablos de nosotros que podemos ser ermitaños y corregidores. Remediad esto, que poco há que fué Jerónimo Bosco allá, y preguntándole por qué habia hecho tantos guisados de nosotros en sus sueños, dijo: «Porque no habia creido nunca que habia demonios de véras.» Lo otro y lo que más sentimos es, que hablando comunmente soleis decir: «Miren el diablo del sastre, ó diablo es el sastrecillo.» A sastres nos comparais, que damos leña con ellos al infierno, y áun nos hacemos de rogar para recibirlos; que si no es la póliza de quinientos, nunca hacemos recibo, por no malvezarlos y que ellos no aleguen posesion: *Quoniam consuetudo est altera lex;* y como tienen posesion en el hurtar y quebrantar las fiestas, fundan agravio si no les abrimos las puertas grandes como si fuesen de casa. Tambien nos quejamos de que no hay cosa, por mala que sea, que no la deis al diablo; y en enfadándoos algo, luégo decís: «Pues el diablo te lleve.» Pues advertid que son más los que se van allá que los que traemos; que no de todo hacemos caso. Dais al diablo un mal trapillo, y no le toma el diablo, porque hay algun mal trapillo que no le tomará el diablo. Dais al diablo un italiano, y no le toma el diablo, porque hay italiano que tomará al diablo: y advertid que las más veces dais al diablo lo que él ya se tiene, digo, nos tenemos.» «¿Hay reyes en el infierno?» le pregunté yo; y satisfizo á mi duda diciendo: «Todo el in-

fierno es figuras, y hay muchos de los gentiles, porque el poder, libertad y mando les hace sacar á las virtudes de su medio, y llegan los vicios á su extremo; y viéndose en la suma reverencia de sus vasallos y con la grandeza puestos á dioses, quieren valer punto ménos y parecerlo; y tienen muchos caminos para condenarse y muchos que los ayudan; porque uno se condena por la crueldad, y matando y destruyendo es una guadaña coronada de vicios y una peste real de sus reinos; otros se pierden por la cudicia, haciendo almacenes de sus villas y ciudades á fuerza de grandes pechos, que en vez de criar desustancian; y otros se van al infierno por terceras personas y se condenan por poderes, fiándose de infames ministros; y es dolor verlos penar, porque como bozales en trabajo se les dobla el dolor con cualquier cosa. Sólo tienen bueno los reyes que, como es gente honrada, nunca vienen sólos, sino con punta de dos ó tres privados, y á veces el encaje, y se traen todo el reino tras sí, pues todos se gobiernan por ellos, aunque privado y rey es más penitencia que oficio, y más carga que gozo; ni hay cosa tan atormentada como la oreja del príncipe y del privado, pues de ella nunca escapan pretendientes quejosos y aduladores, y estos tormentos los califican para el descanso. Los malos reyes se van al infierno por el camino real, y los mercaderes por el de la plata.» «¿Quién te mete ahora con los mercaderes?» dijo Calabres. «Manjar es que nos tiene ya empalagados á los diablos y ahitos, y aun los vomitamos: vienen allá á millares, condenándose en castellano y en guarismo; y habeis de saber que en España los misterios de las cuentas de los extranjeros son dolorosos para los millones que vienen de las Indias, y que los cañones de sus plumas son de batería contra las bolsas; y no hay renta que si la cogen en medio el Tajo de sus plumas y el Jarama de su tinta, no la ahoguen. Y en fin, han hecho entre nosotros sospechoso este nombre de asientos, que como significan otra cosa

que me corro de nombrarla, no sabemos cuándo hablan á lo negociante ó cuándo á lo deshonesto. Hombre destos ha ido al infierno, que viendo la leña y fuego que se gasta, ha querido hacer estanco de la lumbre; y otro quiso arrendar los tormentos, pareciéndole que ganará con ellos mucho. Estos tenemos allá junto á los jueces que acá los permitieron.»

«¿Luego algunos jueces hay allá?» «¡Pues no! dijo el espíritu: los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados, y la simiente que más provecho y fruto nos da á los diablos; porque de cada juez que sembramos, cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes, y esto cada dia. De cada escribano cogemos veinte oficiales, de cada oficial treinta alguaciles, de cada alguacil diez corchetes; y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro.» «¿Tambien querrás decir que no hay justicia en la tierra, rebelde á los dioses?» «Y ¿cómo que no hay justicia! Pues ¿no has sabido lo de Astrea, que es la justicia, cuando huyendo de la tierra se subió al cielo? Pues, por si no lo sabes, te lo quiero contar.

Vinieron la verdad y la justicia á la tierra: la una no halló comodidad por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así, hasta que la verdad, de puro necesitada, asentó con un mudo.

La justicia, desacomodada, anduvo por la tierra rogando á todos; y viendo que no hacian caso della y que le usurpaban su nombre para honrar tiranías, determinó volverse huyendo al cielo. Salióse de las grandes ciudades y cortes, y fuése á las aldeas de villanos, donde por algunos dias, escondida en su pobreza, fué hospedada de la simplicidad hasta que envió contra ella requisitorias la malicia. Huyó entónces de todo punto, y fué de casa en casa pidiendo que la recogiesen. Preguntaban todos quién era; y ella, que no

sabe mentir, decia que la justicia. Respondíanle todos: «Justicia, y no por mi casa; vaya por otra»; y así no entraba en ninguna: subióse al cielo, y apénas dejó acá pisadas. Los hombres, que esto vieron, bautizaron con su nombre algunas varas que arden muy bien allá, y acá solo tienen nombre de justicia ellas y los que las traen; porque hay muchos destos en quien la vara hurta más que el ladron con ganzúa y llave falsa y escala. Y habeis de advertir que la cudicia de los hombres ha hecho instrumento para hurtar todas sus partes, sentidos y potencias que Dios les dió las unas para vivir y las otras para vivir bien. ¿No hurta la honra de la doncella con la voluntad el enamorado? ¿No hurta con el entendimiento el letrado que le da malo y torcido á la ley? ¿No hurta con la memoria el representante que nos lleva el tiempo? ¿No hurta el amor con los ojos, el discreto con la boca, el poderoso con los brazos, pues no medra quien no tiene los suyos, el valiente con las manos, el músico con los dedos, el gitano y cicatero con las uñas el médico con la muerte, el boticario con la salud, el astrólogo con el cielo? Y al fin, cada uno hurta con una parte ó con otra. Solo el alguacil hurta con todo el cuerpo, pues acecha con los ojos, sigue con los piés, ase con las manos y atestigua con la boca; y al fin son tales los alguaciles, que dellos y de nosotros defiende á los hombres pocas cosas.»

«Espántome, dije yo, de ver que entre los ladrones no has metido á las mujeres, pues son de casa.» «No me las nombres, respondió, que nos tienen enfadados y cansados; y á no haber tantas allá, no era muy mala habitacion el infierno; y diéramos por que enviudáramos en el infierno mucho; que como se urden enredos y ellas desde que murió Medusa la hechicera no platican otro, temo no haya alguna tan atrevida que quiera probar su habilidad con alguno de nosotros, por ver si sabrá dos puntos más. Aunque sola una cosa tienen buena las condenadas por la cual

se puede tratar con ellas, que como están desesperadas, no piden nada.» «¿De cuáles se condenan más, feas ó hermosas?» «Feas, dijo al instante, seis veces más, porque los pecados para aborrecerlos no es menester más que cometerlos; y las hermosas, que hallan tantos que las satisfagan el apetito carnal, hártanse y arrepiéntense; pero las feas, como no hallan nadie, allá se nos van en ayunas, y con la misma hambre rogando á los hombres; y despues que se usan ojinegras y cariaguileñas, hierve el infierno en blancas y rubias, y en viejas más que en todo, que de envidia de las mozas, obstinadas espiran gruñendo. El otro dia llevé yo una de sesenta años que comia barro y hacia ejercicio para remediar las opilaciones, y se quejaba de dolor de muelas porque pensasen que las tenía; y con tener ya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus canas, y arada la frente, huia de los ratones y traia galas, pensando agradarnos á nosotros: pusimosla allá por tormento al lado de un lindo destos que se van allá con zapatos blancos y de puntillas, informados de que es tierra seca y sin lodos.» «En todo esto estoy bien, le dije; solo querria saber si hay en el infierno muchos pobres.» «¿Qué es pobres?» replicó. «El hombre, dije yo, que no tiene nada de cuanto tiene el mundo.» «¡Hablara yo para mañana! dijo el diablo: si lo que condena á los hombres es lo que tienen del mundo, y esos no tienen nada, ¿cómo se condenan? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espanteis, porque áun diablos les faltan á los pobres; y á veces más diablos sois unos para otros que nosotros mismos. ¿Hay diablo como un adulador, como un envidioso, como un amigo falso, y como una mala compañía? Pues todos estos le faltan al pobre, que no le adulan, ni le envidian, ni tiene amigo malo ni bueno, ni le acompaña nadie. Estos son los que verdaderamente viven bien y mueren mejor. ¿Cuál de vosotros sabe estimar el tiempo y poner precio al dia, sabiendo que todo lo que pasó lo tiene la muerte en su po-

der, y gobierna lo presente y aguarda todo lo por venir como todos ellos?» «Cuando el diablo predica el mundo se acaba. Pues ¿cómo siendo tú padre de la mentira, dijo Calabres, dices cosas que bastan á convertir una piedra?» «¿Cómo? respondió; por haceros mal y que no podais decir que faltó quien os lo dijese. Y adviértase que en vuestros ojos veo muchas lágrimas de tristeza y pocas de arrepentimiento; y de las más se deben las gracias al pecado, que os harta ó cansa, y no á la voluntal que por malo le aborrezca.» «Mientes, dijo Calabres; que muchos buenos hay hoy. Y ahora veo que en todo cuanto has dicho has mentido; y en pena saldrás hoy de este hombre.» Apremióle á que callase, y si un diablo por sí es malo, mudo es peor que diablo.

Vuecelencia con curiosa atencion mire esto y no mire á quien lo dijo; que por la boca de una sierpe de piedra saie un caño de agua.

LAS ZAHURDAS DE PLUTON.

CARTA A UN AMIGO SUYO.

Envio á vuesamerced este discurso tercero al *Sueño* y al *Alguacil*, donde puedo decir que he rematado las pocas fuerzas de mi ingenio (no sé si con alguna dicha). Quiera Dios halle algun agradecimiento mi deseo, cuando no merezca alabanza mi trabajo; que con esto tendré algun premio de los que da el vulgo con mano escasa; que no soy tan soberbio que me precie de tener envidiosos, pues de tenerlos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlos tener. Vuesamerced en Zaragoza comunique este papel, haciéndole la acogida que á todas mis cosas, miéntras yo acá esfuerzo la paciencia á maliciosas calumnias, que al parto de mis obras (sea aborto) suelen anticipar mis enemigos. Dé Dios á vuesamerced paz y salud. Del Fresno y Mayo 3 de 1608.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

PRÓLOGO AL INGRATO Y DESCONOCIDO LECTOR.

Eres tan perverso, que ni te obligué llamándote pio, benévolo, ni benigno en los más discursos porque no me persiguieses; y ya desengañado, quiero hablar contigo claramente. Este discurso es del infierno: no me arguyas de maldiciente porque digo mal de los que hay en él, pues no es posible que haya dentro nadie que bueno sea. Si te parece largo, en tu mano está: toma el infierno que te bastare, y calla. Y si algo no te parece bien, ó lo disimula piadoso ó lo enmienda docto; que errar es de hombres, y ser herrado de bestias ó esclavos. Si fuere oscuro, nunca el infierno fué claro; si triste y melancólico, yo no he prometido risa: sólo te pido, lector, y áun te conjuro por todos los prólogos, que no tuerzas las razones ni ofendas con malicia mi buen celo, pues lo primero, guardo el decoro á las personas y sólo reprendo los vicios; murmuro los descuidos y demasías de algunos oficiales, sin tocar en la pureza de los oficios; y al fin, si te agradare el discurso, tú te holgarás, y si no, poco importa; que á mí, de tí ni de él se me da nada. *Vale.*

DISCURSO.

Yo que en el *Sueño* vi tantas cosas y en el *Alguacil alguacilado* oí parte de las que no habia visto, como sé que los sueños las más veces son burla de la fantasía y ocio del alma, y que el malo nunca dijo verdad, por no tener cierta noticia de las cosas que justamente se nos escon-

den; vi, guiado de mi ingenio, lo que se sigue, por particular providencia, que fué para traerme en el miedo la verdadera paz. Halléme en un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenia la vista (muda recreacion y sin respuesta humana), platicaban las fuentes entre las guijas y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el pájaro, ni sé determinadamente si en competencia suya, ó agradeciéndoles su armonía. Ved cuál es de peregrino nuestro deseo, que no hallo paz en nada desto. Tendí los ojos, codicioso de ver algun camino, por buscar compañía, y veo (cosa digna de admiracion) dos sendas que nacian de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra, como que huyesen de acompañarse. Era la de mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento, y estaba (de la poca gente que por ella iba) llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo, vi algunos que trabajaban en pasarla; pero por ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los piés, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atras, sino todos adelante. Decir que puede ir alguno á caballo es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podria yo caminar aquel desierto á caballo, me dijo: «Déjese de caballerías, y caiga de su asno.» Y miré con todo eso, y no vi huella de bestia ninguna. Y es cosa de admirar que no habia señal de rueda de coche ni memoria apénas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamás. Preguntó, espantado desto, á un mendigo que estaba descansando y tomando aliento, si acaso habia ventas en aquel camino ó mesones en los paraderos. Respondióme: «Venta aquí, señor, ni meson, ¿cómo quereis que le haya en este camino, si es el de la virtud? En el camino de la vida, dijo, el partir es nacer, el vivir es caminar, la venta es el mundo, y en saliendo della es una jornada sola y breve desde él á la

pena ó á la gloria.» Diciendo esto se levantó, y dijo: «Quedáos con Dios, que en el camino de la virtud es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder á quien pregunta por curiosidad, y no por provecho.» Comenzó á andar dando tropezones y zancadillas, y suspirando. Parecia que los ojos con lágrimas osaban ablandar los peñascos á los piés y hacer tratables los abrojos. «¡Pésia tal! dije yo entre mí, pues tras ser el camino tan trabajoso, ¿es la gente que en él anda tan seca y poco entretenida? ¡Para mi humor es bueno!» Dí un paso atras y salíme del camino del bien; que jamás quise retirarme de la virtud que tuviese mucho que desandar ni que descansar. Volvíme á la mano izquierda, y vi un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra y muchos caballeros. Yo que siempre oí decir: «Dime con quién andas y diréte quién eres,» por ir con buena compañía puse el pié en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que habia menester; porque aquí todos eran bailes y fiestas, juegos y saraos; y no el otro camino, que por falta de sastres iban en él desnudos y rotos, y aquí nos sobran mercaderes, joyeros y todos oficios; pues ventas, á cada paso; y bodegones, sin número. No podré encarecer qué contento me hallé en ir en compañía de gente tan honrada, aunque el camino estaba algo embarazado, no tanto con las mulas de los médicos, como con las barbas de los letrados, que era terrible la escuadra dellos que iba delante de unos jueces. No digo esto porque fuese menor el batallon de los doctores, á quien nueva elocuencia llama ponzoñas graduadas, pues se sabe que en las universidades estudian para tósigos. Animóme para proseguir mi camino el ver no sólo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban

algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Otros caian que no se podian tener, y entre ellos fué de ver el cruel resbalon que una lechigada de taberneros dió en las lágrimas que otros habian derramado en el camino, que por ser agua se les fueron los piés, y dieron en nuestra senda unos sobre otros. Ibamos dando vaya á los que veíamos por el camino de la virtud más trabajados. Hacíamos burla dellos, llamábamosles heces del mundo y desecho de la tierra. Algunos se tapaban los oidos y pasaban adelante; otros que se paraban á escucharnos, dellos desvanecidos de las muchas voces, y dellos persuadidos de las razones, y corridos de las vayas, caian y se bajaban. Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde léjos parecia que iban con ellos mismos; y llegado que hube, vi que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, que en otros son mercancía del cielo, es noviciado del infierno. Iban muchas mujeres tras éstos, los cuales, siendo enredo con barba, y maraña con ojos, y embeleco, andaban salpicando de mentira á todos, siendo estanques donde pescan adrollas los embustidores. Otros se encomiendan á ellos, que es como encomendarse al diablo por tercera persona. Estos hacen oficio la humildad, y pretenden honra yendo de estrado en estrado y de mesa en mesa. Al fin conocí que iban arrebozados para nosotros; mas para los ojos eternos, que abiertos sobre todos juzgan el secreto más oscuro de los retiramientos del alma, no tienen máscara; bien que hay muchos buenos: mas son diferentes destos, á quien ántes se les ve la disimulacion que la cara, y alimentan su ambiciosa felicidad de aplauso de los pueblos; y diciendo que son unos indignos y grandísimos pecadores y los más malos de la tierra, llamándose jumentos, engañan con la verdad, pues siendo hipócritas, lo son al fin. Iban éstos solos aparte, y

reputados por más necios que los moros, más zafios que los bárbaros y sin ley, pues aquellos, ya que no conocieron la vida eterna ni la van á gozar, conocieron la presente y holgáronse en ella; pero los hipócritas ni la una ni la otra conocen, pues en esta se atormentan y en la otra son atormentados; y en conclusion, destos se dice con toda verdad que ganan el infierno con trabajos. Todos íbamos diciendo mal unos de otros; los ricos tras la riqueza, los pobres pidiendo á los ricos lo que Dios les quitó. Van por un camino los discretos, por no dejarse gobernar de otros; y los necios, por no entender á quien los gobierna, aguijan á todo andar. Las justicias llevan tras sí los negociantes, la pasion á las mal gobernadas justicias, y los reyes desvanecidos y ambiciosos todas las repúblicas. Vi algunos soldados, pero pocos; que por la otra senda infinitos iban en hileras ordenados honradamente triunfando: pero los pocos que nos cupieron acá era gente que si, como habian extendido el nombre de Dios jurando, lo hubieran hecho peleando, fueran famosos. Dos corrilleros solos iban muy desnudos, que por la mayor parte los tales que viven por su culpa traen los golpes en los vestidos, y sanos los cuerpos. Andaban contando entre sí las ocasiones en que se habian visto, los malos pasos que habian andado (que nunca estos andan en buenos pasos). Nada los oíamos; solo cuando por encarecer sus servicios dijo uno á los otros: «¿Qué digo, camarada? ¡Qué trances hemos pasado y qué tragos!» lo de los tragos se les creyó. Miraban á estos pocos los muchos capitanes, maestres de campo, generales de ejércitos que iban por el camino de la mano derecha enternecidos. Y oí decir á uno dellos que no lo pudo sufrir, mirando las hojas de lata llenas de papeles inútiles que llevaban estos ciegos: «¿Qué digo, soldados por acá? ¿Esto es de valientes: dejar este camino de miedo de sus dificultades? Venid, que por aquí de cierto sabemos que sólo coronan al que vence. ¿Qué vana esperanza os arras-

tra con anticipadas promesas de los reyes? No siempre con almas vendidas es bien que temerosamente suene en vuestros oidos: Mata ó muere. Reprended la hambre del premio, que de buen varon es seguir la virtud sola, y de cudiciosos los premios no más; y quien no sosiega en la virtud y la sigue por el interes y mercedes que se siguen, más es mercader que virtuoso, pues la hace á precio de perecedosos bienes. Ella es dón de sí misma; quietaos en ella.» Y aquí alzó la voz y dijo: «Advertid que la vida del hombre es guerra consigo mismo, y que toda la vida nos tienen en arma los enemigos del alma, que nos amenazan más dañoso vencimiento; y advertid que ya los príncipes tienen por deuda nuestra sangre y vida, pues perdiéndolas por ellos, los más dicen que los pagamos, y no que los servimos: volved, volved.» Oyéronlo ellos muy atentamente, y enternecidos y enseñados, se encaminaron bien con los demas soldados. Iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros. Noté cómo al fin del camino de los buenos algunos se engañaban y pasaban al de la perdicion; porque como ellos saben que el camino es angosto, y el del infierno ancho, y al acabar veian al suyo ancho y el nuestro angosto, pensando que habian errado ó trocado los caminos, se pasaban acá, y de acá allá los que se desengañaban del remate del nuestro. Vi una mujer que iba á pié, y espantado de que mujer se fuese al infierno sin silla ó coche, busqué un escribano que me diera fe dello, y en todo el camino del infierno pude hallar ningun escribano ni alguacil; y como no los vi en él, luégo colegí que era aquel el camino, y este otro al reves. Quedé algo consolado, y sólo me quedaba duda que, como yo habia oido decir que iban con grandes asperezas y penitencias por el camino dél, y veia que todos se iban holgando, cuando me sacó desta duda una gran parva de casados que venian con sus mujeres de las manos, y que la mujer era ayuno

del marido, pues por darle la perdiz y el capon no comia; y que era su desnudez, pues por darle galas demasiadas y joyas impertinentes iba en cueros; y al fin, conocí que un mal casado tiene en su mujer toda la herramienta necesaria para la muerte, y ellos y ellas á veces el infierno portátil. Ver esta asperísima penitencia me confirmó de nuevo en que íbamos bien. Mas duróme poco, porque oí decir á mis espaldas: «Dejen pasar los boticarios.» ¿Boticarios pasan? dije yo entre mí, al infierno vamos. Y fué así, porque al punto nos hallamos dentro por una puerta como de ratonera, fácil de entrar é imposible de salir por ella.

Y fué de ver que nadie en todo el camino dijo: «Al infierno vamos;» y todos, estando en él, dijeron muy espantados: «En el infierno estamos.» «¿En el infierno? dije yo muy afligido: no puede ser.» Quiselo poner á pleito: comencéme á lamentar de las cosas que dejaba en el mundo; los parientes, los amigos, los conocidos, las damas. Y estando llorando esto, volví la cara hácia el mundo, y vi venir por el mismo camino, despeñándose á todo correr, cuanto habia conocido allá, poco ménos. Consoléme algo en ver esto, y que segun se daban prisa á llegar al infierno, estarian conmigo presto. Comenzóseme á hacer áspera la morada y desapacibles los zaguanes.

Fuí entrando poco á poco entre unos sastres que se me llegaron, que iban medrosos de los diablos. En la primera entrada hallamos siete demonios escribiendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre: díjele, y pasé. Llegaron á mis compañeros, y dijeron que eran remendones, y dijo uno de los diablos: «Deben entender los remendones en el mundo que no se hizo el infierno sino para ellos, segun se vienen por acá.» Preguntó otro diablo cuántos eran. Respondieron que ciento, y replicó un verdugo mal barbado entre cano: «¿Ciento y sastres? no pueden ser tan pocos; la menor partida que habemos recibido ha sido de mil y ochocientos. En verdad que estamos por no reci-

birles.» Afligiéronse ellos, mas al fin entraron. Ved cuáles son los malos, que es para ellos amenaza el no dejarlos entrar en el infierno. Entró el primero un negro, chiquito, rubio, de mal pelo; dió un salto en viéndose allá, y dijo: «Ahora acá estamos todos.» Salió de un lugar donde estaba aposentado un diablo de marca mayor, corcovado y cojo; y arrojándolos en una hondura muy grande, dijo: «Allá va leña.» Por curiosidad me llegué á él y le pregunté de qué estaba corcovado y cojo, y me dijo (que era diablo de pocas palabras): «Yo era recuero de remendones, iba por ellos al mundo, y de traerlos á cuestas me hice corcovado y cojo; he dado en la cuenta, y hallo que se vienen ellos mucho más apriesa que yo los puedo traer.» En esto hizo otro vómito dellos el mundo, y hube de entrarme porque no hab a donde estar ya allí, y el monstruo infernal empezó á traspalar, y diz que es la mejor leña que se quema en el infierno, remendones de todo oficio, gente que sólo tiene bueno ser enemiga de novedades.

Pasé adelante por un pasadizo muy oscuro, cuando por mi nombre me llamaron. Volví á la voz los ojos, casi tan medrosa como ellos, y hablóme un hombre, que por las tinieblas no pude divisar más de lo que la llama que lo atormentaba me permitia. «¿No me conoce? me dijo, á...» (ya lo iba á decir) y prosiguió tras su nombre, el librero. «Pues yo soy. ¡Quién tal pensara!» Y es verdad, Dios, que yo siempre lo sospeché, porque era su tienda el burdel de los libros, pues todos los cuerpos que tenía eran de la gente de la vida, escandalosos y burlones. Un rótulo que decia: «Aquí se vende tinta fina, papel batido y dorado,» pudiera condenar á otro que hubiera menester más apetitos por ello. «¿Qué quiere? me dijo viéndome suspenso tratar conmigo estas cosas; pues es tanta mi desgracia que todos se condenan por las malas obras que han hecho, y yo y algunos libreros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por lo que hicimos barato de los

libros en romance y traducidos de latin, sabiendo ya con ellos los tontos lo que encarecian en otros tiempos los sábios; que ya hasta el lacayo latiniza, y hallarán á Horacio en castellano en la caballeriza.» Más iba á decir, sino que un demonio le comenzó á atormentar con humazos de hojas de sus libros, y otro á leerle algunos dellos. Yo, que vi que ya no hablaba, fuíme adelante, diciendo entre mí: «Si hay quien se condena por obras malas ajenas, ¿qué harán los que las hicieron propias?»

En esto iba, cuando en una gran zahurda andaban mucho número de ánimas gimiendo, y muchos diablos con látigos y zurriagas azotándolos. Pregunté qué gente eran, y dijeron que no eran sino cocheros; y dijo un diablo lleno de cazcarias, romo y calvo, que quisiera más (á manera de decir) lidiar con lacayos; porque habia cochero de aquellos que pedia aún dineros por ser atormentado, y que la tema de todos era que habian de poner pleito á los diablos por el oficio, pues no sabian chasquear los azotes tan bien como ellos. «¿Qué causa hay para que éstos penen aquí?» dije. Y tan presto se levantó un cochero viejo de aquellos, barbinegro y mal carado, y dijo: «Señor, porque siendo pícaros nos venimos al infierno á caballo y mandando.» Aquí le replicó el diablo: «¿Y por qué callais lo que encubristeis en el mundo, los pecados que facilitastes, y lo que mentistes en un oficio tan vil?» Dijo un cochero (que lo habia sido de un caballero, y áun esperaba que le habia de sacar de allí): «No ha habido tan honrado oficio en el mundo de diez años á esta parte, pues nos llegaron á poner cotas y sayos vaqueros, hábitos largos y valona, en forma de cuellos bajos. ¿Cómo supieran condenarse las mujeres de los pícaros en su rincon si no fuera por el desvanecimiento de verse en coche? Que hay mujer destos de honra postiza que se fué por su pié al dón, y por tirar una cortina, ir á una testera hartará de ánimas á Perogotero.» «Así, dijo un diablo, soltóse el cocherillo y no callará en diez años.» «¿Qué

he de callar, dijo, si nos tratais de esta manera debiendo regalarnos? Pues no os traemos al infierno la hacienda maltratada, arrastrada y á pié, llena de lodos como los siempre rotos escuderos, zanqueando y despeados, sino sahumada, descansada, limpia, y en coche. Por otros lo hiciéramos que lo supieran agradecer. Pues ¡decir que merezco yo eso por barato y bien hablado y aguanoso, ó porque llevé tullidos á misa, enfermos á comulgar, ó monjas á sus conventos! No se probará que en mi coche entrase nadie con buen pensamiento. Llegó á tanto, que por casarse y saber si una era doncella se hacía informacion si habia entrado en él, porque era señal de corrupcion; y tras desto me das este pago?» «Via,» dijo un demonio mulato y zurdo: redobló los palos, y callaron; y forzóme ir adelante el mal olor de los cocheros que andaban por allí.

Y lleguéme á unas bóvedas donde comencé á tiritar de frio y dar diente con diente, que me helaba. Preguntó, movido de la novedad de ver frio en el infierno, qué era aquello; y salió á responder un diablo zambo, con espolones y grietas, lleno de sabañones, y dijo: «Señor, este frio es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares chocarreros, hombres por de más y que sobran en el mundo, y que están aquí retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta, que templaria el dolor del fuego.» Pedíle licencia para llegar á verlos: diómela, y calofriado lleguó y vi la más infame casilla del mundo, y una cosa que no habrá quien lo crea, que se atormentaban unos á otros con las gracias que habian dicho acá. Y entre los bufones vi muchos hombres honrados que yo habia tenido por tales: preguntó la causa, y respondióme un diablo que eran aduladores, y que por esto eran bufones de entre cuero y carne. Y repliqué yo, cómo se condenaban; y me respondieron: «Gente es que se viene acá sin avisar, á mesa puesta y á cama hecha como en su casa. Y en parte los queremos bien, porque

ellos se son diablos para sí y para otros, y nos ahorran de trabajos, y se condenan á sí mismos; y por la mayor parte en vida los más ya andan con marca del infierno, porque el que no se deja arrancar los dientes por dinero, se deja matar hachas en las nalgas ó pelar las cejas; y así, cuando acá los atormentamos, muchos dellos despues de las penas sólo echan ménos las pagas. ¿Veis aquél? me dijo; pues mal juez fué y está entre los bufones, pues por dar gusto no hizo justicia, y á los derechos que no hizo tuertos, los hizo bizcos. Aquel fué marido descuidado, y está tambien entre los bufones, porque por dar gusto á todos vendió el que tenia con su esposa, y tomaba á su mujer en dineros como racion, y se iba á sufrir. Aquella mujer, aunque principal, fué juglar, y está entre los truhanes porque por dar gusto hizo plato de sí misma á todo apetito. Al fin, de todos estados entran en el número de los bufones, y por eso hay tantos, que, bien mirado, en el mundo todos sois bufones, pues los unos os andais riendo de los otros, y en todos, como digo, es naturaleza, y en unos pocos oficio. Fuera destos, hay bufones desgranados y bufones en racimos. Los desgranados son los que de uno en uno y de dos en dos andan á casa de los señores. Los en racimo son los faranduleros miserables de bululu; y destos os certifico que si ellos no se nos viniesen por acá, que nosotros no iríamos por ellos.»

Trabóse una pendencia adentro, y el diablo acudió á ver lo que era. Yo, que me vi suelto, entréme por un corral adelante, y hedia á chinches que no se podia sufrir. «A chinches hiede, dije yo; apostaré que alojan por aquí los zapateros;» y fué así, porque luégo sentí el ruido de los bojes y vi los tranchetes. Tapéme las narices, y asoméme á la zahurda donde estaban, y habia infinitos. Díjome el guardian: «Estos son los que vinieron consigo mismos, digo, en cueros; y como otros se van al infierno por su pié, éstos se van por los ajenos y por los suyos, y así vie-

nen tan ligeros.» Y doy fe de que en todo el infierno no hay árbol ninguno chico ni grande, y que mintió Virgilio en decir que habia mirtos en el lugar de los amantes, porque yo no vi selva ninguna sino en el cuartel que dije de los zapateros, que estaba todo lleno de bojes, que no se gasta otra madera en los edificios.

Estaban todos los zapateros vomitando de asco de unos pasteleros que se les arrimaban á las puertas, que no cabian en un sitio, donde estaban tantos que andaban mil diablos con pisones atestando almas de pasteleros, y áun no bastaban. «¡Ay de nosotros, dijo uno, que nos condenamos por el pecado de la carne, sin conocer mujer, tratando más en huesos!» Lamentábase bravamente, cuando dijo un diablo: «Ladrones, ¿quién merece el infierno mejor que vosotros, pues habeis hecho comer á los hombres caspa, y os han servido de pañizuelos los de á real, sonándoos en ellos, donde muchas veces pasó por caña el tuétano de las narices? ¿Qué de estómagos pudieran ladrar, si resucitaran los perros que les hicistes comer? ¿Cuántas veces pasó por pasa la mosca golosa, y muchas fué el mayor bocado de carne que comió el dueño del pastel? ¿Qué de dientes habeis hecho jinetes, y qué de estómagos habeis traido á caballo, dándoles á comer rocines enteros? ¿Y os quejais, siendo gente ántes condenada que nacida, los que haceis así vuestro oficio? ¿Pues qué pudiera decir de vuestros caldos? Mas no soy amigo de revolver caldos. Padeced y callad enhoramala; que más hacemos nosotros en atormentaros que vosotros en sufrirlo. Y vos andad adelante, me dijo á mí, que tenemos que hacer éstos y yo.»

Partíme de allí, y subíme por una cuesta donde en la cumbre y alrededor se estaban abrasando unos hombres en fuego inmortal, el cual encendian los diablos, en lugar de fuelles, con corchetes, que soplaban mucho más; que áun allá tienen este oficio; y son abanicos de cul-

par y resuello de la provincia, y vaharada del verdugo.

Vi un mercader que poco ántes habia muerto. «¿Acá estais? dije yo. ¿Qué os parece? ¿No valiera más haber tenido poca hacienda y no estar aquí?» Dijo en esto uno de los atormentadores: «Pensaron que no habia más, y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras. Estos son, dijo, los que han ganado como buenos caballeros el infierno por sus pulgares, pues á puras pulgaradas se nos vienen acá. Mas ¿quién duda que la oscuridad de sus tiendas les prometia estas tinieblas? Gente es está (dijo al cabo muy enojado) que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida; mas él, que todo lo ve, los trajo de sus rasos á estos nublados, que los atormentan con rayos. Y si quieres acabar de saber cómo estos son los que sirven allá á la locura de los hombres juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un dia, todos estos quedaran pobres, pues entónces se conociera que en el diamante, perlas, oro y sedas diferentes, pagamos más lo inútil y demasiado raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora que la cosa que más cara se os vende en el mundo es lo que ménos vale, que es la vanidad que teneis; y estos mercaderes son los que alimentan todos vuestros desórdenes y apetitos.» Tenía tallo de no acabar sus propiedades, si yo no me pasara adelante, movido de admiracion de unas grandes carcajadas que oí. Fuíme allá por ver risa en el infierno, cosa tan nueva. «¿Qué es esto?» dije; cuando veo dos hombres dando voces en un alto, muy bien vestidos, con calzas atacadas: el uno con capa y gorra, puños como cuellos, y cuellos como calzas; el otro traia valones y un pergamino en las manos, y á cada palabra que hablaban se hundian siete ú ocho mil diablos de risa, y ellos se enojaban más. Lleguéme más cerca por oirlos, y oí al del pergamino, que á la cuenta era hidalgo, que decia: «Pues si mi padre se decia tal cual, y soy nieto de Estéban tales

y cuales, y ha habido en mi linaje trece capitanes valerosísimos, y de parte de mi madre doña Rodriga descendo de cinco catedráticos los más doctos del mundo, ¿cómo mo puedo haber condenado? Y tengo mi ejecutoria y soy libre de todo, y no debo pagar pecho.» «Pues pagad espalda,» dijo un diablo, y dióle luégo cuatro palos en ellas, que le derribó de la cuesta; y luégo le dijo: «Acabaos de desengañar que el que desciende del Cid, de Bernardo y de Gofredo, y no es como ellos, sino vicioso como vos, ese tal más destruye el linaje que lo hereda. Toda la sangre, hidalguillo, es colorada, parecedlo en las costumbres, y entónces creeré que descendeis del docto cuando lo fuéredes ó procuráredes serlo; y si no, vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida; que en la chancillería del infierno arrúgase el pergamino y consúmense las letras; y el que en el mundo es virtuoso, ese es el hidalgo, y la virtud es la ejecutoria que acá respetamos, pues aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitacion, se hace noble á sí y hace linaje para otros. Reímonos acá de ver lo que ultrajais á los villanos, moros y judíos, como si en estos no cupieran las virtudes que vosotros despreciais. Tres cosas son las que hacen ridículos á los hombres: la primera la nobleza, la segunda la honra, la tercera la valentía, pues es cierto que os contentais con que hayan tenido vuestros padres virtud y nobleza para decir que la teneis vosotros, siendo inútil parto del mundo. Acierta á tener muchas letras el hijo del labrador; es arzobispo el villano que se aplica á honestos estudios; y los caballeros que descienden de buenos padres, como si hubieran ellos de gobernar el cargo que les dan, quieren (¡ved qué ciegos!) que les valga á ellos viciosos la virtud ajena de trescientos mil años, ya casi olvidada, y no quieren que el pobre se honre con la propia.» Carcomióse el hidalgo de oir estas cosas, y el caballero que estaba á su lado se

afligia, pegando los abanillos del cuello y volviendo las cuchilladas de las calzas.

«¿Pues qué diré de la honra mundana? Que más tiranías hace en el mundo y más daños, y la que más gustos estorba. Muere de hambre un caballero pobre, no tiene con qué vestirse, ándase roto y remendado, ó da en ladron, y no lo pide porque dice que tiene honra, ni quiere servir porque dice que es deshonra. Todo cuanto se busca y afana dicen los hombres que es por sustentar honra. ¡Oh lo que gasta la honra! Y llegado á ver lo que es la honra mundana, no es nada. Por la honra no come el que tiene gana donde le sabria bien. Por la honra se muere la viuda entre dos paredes. Por la honra, sin saber qué es hombre ni qué es gusto, se pasa la doncella treinta años casada consigo misma. Por la honra la casada se quita á su deseo cuanto pide. Por la honra pasan los hombres el mar. Por la honra mata un hombre á otro. Por la honra gastan todos más de lo que tienen. Y es la honra mundana, segun esto, una necedad del cuerpo y alma, pues al uno quita los gustos y al otro el descanso. Y porque veais cuáles sois los hombres desgraciados y cuán á peligro teneis lo que más estimais, háse de advertir que las cosas de más valor en vosotros son la honra, la vida y la hacienda. La honra está en arbitrio de las mujeres, la vida en manos de los doctores, y la hacienda en las plumas de los escribanos.» «Desvanecedos, pues, bien, mortales, dije yo entre mí, y ¡cómo se echa de ver que esto es el infierno, donde por atormentar á los hombres con amarguras les dicen las verdades!»

Tornó en esto á proseguir, y dijo: «La valentía. ¿Hay cosa tan digna de burla? pues no habiendo ninguna en el mundo sino la caridad, con que se vence la fiereza de otros, y la de sí mismo y la de los mártires, todo el mundo es de valientes; siendo verdad que todo cuanto hacen los hombres, cuanto han hecho tantos capitanes valerosos

como ha habido en la guerra, no lo han hecho de valentía, sino de miedo, pues el que pelea en la tierra por defendella pelea de miedo de mayor mal, que es ser cautivo y verse muerto; y el que sale á conquistar los que están en sus casas, á veces lo hace de miedo de que el otro no lo acometa; y los que no llevan este intento van vencidos de la cudicia. Ved qué valientes: á robar oro y á inquietar los pueblos apartados, á quien Dios puso como defensa á nuestra ambicion, mares en medio y montañas ásperas! Mata uno á otro primero vencido de la ira, pasion ciega, y otras veces de miedo de que le mate á él. Así, hombres que todo lo entendeis al reves, bobo llamais al que no es sedicioso, alborotador y maldiciente; sabio llamais al mal acondicionado, perturbador y escandaloso; valiente al que perturba el sosiego; y cobarde al que con bien compuestas costumbres, escondido de las ocasiones no da lugar á que le pierdan el respeto. Estos tales son en quien ningun vicio tiene licencia.» «¡Oh pésia tal! dije yo, más estimo haber oido este diablo que cuanto tengo.» Dijo en esto el de las calzas atacadas muy mohino: «Todo eso se entiende con ese escuadero, pero no conmigo, á fe de caballero (y tornó á decir caballero tres cuartos de hora), que es ruin término y descortesía: ¡deben de pensar que todos somos unos!» Esto les dió á los diablos grandísima risa. Y luégo llegándose uno á él, le dijo que se despojase y mirase qué habia menester y qué era la cosa que más pena le daba, porque le querian tratar como quien era. Y al punto dijo: «Bésoos las manos; un molde para repasar el cuello.» Tornaron á reir, y él á atormentarse de nuevo.

Yo, que tenía gana de ver todo lo que hubiese, pareciendo que me habia detenido mucho, me partí; y á poco que anduve topé una laguna muy grande como el mar, y más sucia, adonde era tanto el ruido, que se me desvaneció la cabeza. Pregunté lo que era aquello, y dijéronme que allí penaban las mujeres que en el mundo se volvieron

dueñas. Así supe como las dueñas de acá son ranas del infierno, que eternamente como ranas están hablando, sin tono y sin són, húmedas y en cieno, y son propiamente ranas infernales; porque las dueñas ni son carne ni pescado, como ellas. Dióme grande risa el verlas convertidas en sabandijas tan pierniabiertas, y que no se comen sino de medio abajo, como la dueña, cuya cara siempre es trabajosa y arrugada.

Salí, dejando el charco á mano izquierda, á una dehesa donde estaban muchos hombres arañándose y dando voces, y eran infinitísimos, y tenía seis porteros. Pregunté á uno qué gente era aquella tan vieja y tan en cantidad. «Este es, dijo, el cuarto de los padres que se condenan por dejar ricos á sus hijos, que por otro nombre se llama el cuarto de los necios.» «¡Ay de mí! dijo en esto uno, que no tuve dia sosegado en la otra vida, ni comí ni vestí, por hacer un mayorazgo, y despues de hecho, por aumentarle; y en haciéndole, me morí sin médico por no gastar dineros amontonados; y apénas espiré, cuando mi hijo se enjugó las lágrimas con ellos; y cierto de que estaba en el infierno por lo que vió que habia ahorrado, viendo que no habia menester misas, no me las dijo, ni cumplió manda mia; y permite Dios que aquí para más pena le vea desperdiciar lo que yo afané, y le oigo decir: Ya se condenó mi padre: ¿por qué no tomó más sobre su ánima, y se condenó por cosas de más importancia?» «¿Quereis saber, dijo un demonio, qué tanta verdad es esa, que tienen ya por refran en el mundo contra estos miserables decir: Dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno.» Apénas oyeron esto, cuando se pusieron todos á aullar y darse de bofetones. Hiciéronme lástima; no lo pude sufrir, y pasé adelante.

Y llegando á una cárcel oscurísima, oí grande ruido de cadenas y grillos, fuego, azotes y gritos. Pregunté á uno de los que allí estaban qué estancia era aquella, y dijé-

ronme que era el cuarto de los de: ¡Oh quién hubiera! «No lo entiendo, dije. ¿Quién son los de oh quién hubiera?» Dijo al punto: «Son gente necia que en el mundo vivia mal, y se condenó sin entenderlo, y ahora acá se les va todo en decir: ¡Oh quién hubiera oido misa! ¡Oh quién hubiera callado! ¡Oh quién hubiera favorecido al pobre! ¡Oh quién no hubiera hurtado!» Huí medroso de tan mala gente y tan ciega, y dí en unos corrales con otra peor. Pero admirómo más el título con que estaban aquí, porque preguntándoselo á un demonio, me dijo: «Estos son los de: Dios es piadoso.» «Dios sea conmigo, dije al punto: ¿Pues cómo puede ser que la misericordia condene, siendo eso de la justicia? Vos hablais como diablo.» «Y vos, dijo el maldito, como ignorante, pues no sabeis que la mitad de los que están aquí se condenan por la misericordia de Dios; y si no, mirad cuántos son los que cuando hacen algo mal hecho y se lo reprenden, pasan adelante, y dicen: Dios es piadoso, y no mira en niñerías; para eso es la misericordia de Dios tanta; y con esto, miéntras ellos haciendo mal esperan en Dios, nosotros los esperamos acá.» «¿Luego no se ha de esperar en Dios y en su misericordia?» dijo yo. «No lo entiendes, me respondieron; que de la piedad de Dios se ha de fiar, porque ayuda á buenos deseos y premia buenas obras, pero no todas veces con consentimiento de obstinaciones; que se burlan á sí las almas que consideran la misericordia de Dios encubridora de maldades, y la aguardan como ellas la han menester, y no como ella es, purísima y infinita en los santos y capaces della; pues los mismos que más en ella están confiados, son los que ménos la dan para su remedio. No merece la piedad de Dios quien, sabiendo que es tanta, la convierte en licencia, y no en provecho espiritual. Y de muchos tiene Dios misericordia que no la merecen ellos; y en los más es así, pues nada de su mano pueden sino por favor, y el hombre que más hace es procurar merecerla.» Porque no os devanez-

cais, y sepáis que aguardais siempre al postrero dia lo que quisiérades haber hecho al primero, y que las más veces está pasado por vosotros lo que temeis que ha de venir; esto se vé y se oye en el infierno. ¡Ah lo que aprovechara allá uno destos escarmentados!

Diciendo esto, llegué á una caballeriza donde estaban los tintoreros, que no averiguara un pesquisidor quiénes eran, porque los diablos parecian tintoreros y los tintoreros diablos. Pregunté á un mulato, que á puros cuernos tenía hecha espetera la frente, que dónde estaban los sodomitas, las viejas y los cornudos. Dijo: «En todo el infierno están; que esa es gente que en vida son diablos, pues es su oficio traer corona de hueso. De los sodomitas y viejas no sólo no sabemos dellos, pero ni querriamos saber que supiesen de nosotros; que en ellos peligran nuestras asentaderas; y los diablos por eso traemos colas, porque como aquellos están acá, habemos menester mosqueador de los rabos. De las viejas, porque áun acá nos enfadan y atormentan, y no hartas de vida, hay algunas que nos enamoran, muchas han venido acá muy arrugadas y canas, y sin diente ni muela, y ninguna ha venido cansada de vivir. Y otra cosa más graciosa, que si os informais dellas, ninguna vieja hay en el infierno, porque la que está calva y sin muelas, arrugada y lagañosa de pura edad y de puro vieja, dice que el cabello se le cayó de una enfermedad; que los dientes y muelas se le cayeron de comer dulce; que está gibada de un golpe; y no confesará que son años, si pensara remozar por confesarlo.»

Junto á éstos estaban unos pocos dando voces, y quejándose de su desdicha: «¿Qué gente es esta?» pregunté; y respondióme uno dellos: «Los sin ventura, muertos de repente.» «Mentís, dijo un diablo; que ningun hombre muere de repente; de descuidado y divertido sí. ¿Cómo puede morir de repente quien dende que nace ve que va corriendo por la vida, y lleva consigo la muerte? ¿Qué otra

cosa veis en el mundo, sino entierros, muertos y sepulturas? ¿Qué otra cosa ois en los púlpitos, y leeis en los libros? ¿A qué volveis los ojos, que no os acuerde de la muerte? Vuestro vestido que se gasta, la casa que se cae, el muro que se envejece, y hasta el sueño cada dia os acuerda de la muerte, retratándola en sí. ¿Pues cómo puede haber hombre que se muera de repente en el mundo, si siempre lo andan avisando tantas cosas? No os habeis de llamar, no, gente que murió de repente, sino gente que murió incrédula de que podia morir así, sabiendo con cuán secretos piés entra la muerte en la mayor mocedad, y que en una misma hora, en dar bien y mal, suele ser madre y madrastra.»

Volví la cabeza á un lado, y vi en un seno muy grande apretura de almas, y dióme un mal olor. «¿Qué es esto?» dije; y respondióme un juez amarillo que estaba castigándolos: «Estos son los boticarios, que tienen el infierno lleno de bote en bote; gente que, como otros buscan ayudas para salvarse, éstos las tienen para condenarse. Estos son los verdaderos alquimistas; que no Demócrito Abderita en la *Arte sacra*, Avicena, Géber, ni Raimundo Lull; porque ellos escribieron cómo de los metales se podia hacer oro, y no lo hicieron ellos; y si lo hicieron, nadie lo ha sabido hacer despues acá; pero estos tales boticarios de la agua turbia (que no clara) hacen oro, y de los palos; oro hacen de las moscas, del estiércol; oro hacen de las harañas, de los alacranes y sapos; y oro hacen de papel, pues venden hasta el papel en que dan el ungüento. Así que sólo para estos puso Dios virtud en las yerbas y piedras y palabras, pues no hay yerba, por dañosa que sea y mala, que no les valga dineros, hasta la ortiga y cicuta; ni hay piedra que no les dé ganancia, hasta el guijarro crudo, sirviendo de moleta. En las palabras tambien, pues jamás á éstos les falta cosa que les pidan, aunque no la tengan, como vean dinero, pues dan por aceite de matiolo aceite de ballena,

y no compra sino las palabras el que compra. Y su nombre no habia de ser boticario, sino armeros; ni sus tiendas no se habian de llamar boticas, sino armerías de los doctores. donde el médico toma la daga de los lamedores, el montante de los jarabes, y el mosquete de la purga maldita, demasiada, recetada a mala sazon y sin tiempo. Allí se ve todo esmeril de ungüentos, la asquerosa arcabucería de melecinas con municion de calas. Muchos destos se salvan; pero no hay que pensar que cuando mueren tienen con qué enterrarse. Y si quereis reir, ved tras ellos los barberillos cómo penan, que en subiendo esos dos escalones, están en ese cerro.»

Pero pasé allá, y vi (¡qué cosa tan admirable y qué justa pena!) los barberos atados y las manos sueltas, y sobre la cabeza una guitarra, y entre las piernas un ajedrez con las piezas de juego de damas; y cuando iba con aquella ánsia natural de pasa-calles á tañer, la guitarra le huia, y cuando volvia abajo á dar de comer una pieza, se le sepultaba el ajedrez, y esta era su pena. No entendí salir de allí de risa.

Estaban tras de una puerta unos hombres, muchos en cantidad, quejándose de que no hiciesen caso dellos, áun para atormentarlos; y estábales diciendo un diablo, que eran todos tan diablos como ellos, que atormentasen á otros. «¿Quién son?» le pregunté. Y dijo el diablo: «Hablando con perdon, los zurdos, gente que no puede hacer cosa á derechas, quejándose de que no están con los otros condenados; y acá dudamos si son hombres ú otra cosa; que en el mundo ellos no sirven sino de enfados y de mal agüero; pues si uno va en negocios y topa zurdos, se vuelve como si topara un cuervo ó oyera una lechuza. Y habeis de saber que cuando Scévola se quemó el brazo derecho porque erró á Porsena (que fué, no por quemarle y quedar manco, sino queriendo hacer en sí un gran castigo), dijo: «¿Así, que erró el golpe? Pues en pena he de que-

dar zurdo.» Y cuando la justicia manda cortar á uno la mano derecha por una resistencia, es la pena hacerlo zurdo, no el golpe. Y no querais más, que queriendo el otro echar una maldicion muy grande, fea y afrentosa, dijo:

Lanzada de moro izquierdo
Te atraviese el corazon.

Y en el dia del juicio todos los condenados, en señal de serlo, estarán á la mano izquierda. Al fin es gente hecha al reves, y que se duda si son gente.»

En esto me llamó un diablo por señas, y me advirtió con las manos que no hiciese ruido. Lleguéme á él, y asoméme á una ventana, y dijo: «Mira lo que hacen las feas.» Y veo una muchedumbre de mujeres, unas tomándose puntos en las caras, otras haciéndose de nuevo, porque ni la estatura en los chapines, ni la ceja con el cohol, ni el cabello en la tinta, ni el cuerpo en la ropa, ni las manos con la muda, ni la cara con el afeite, ni los labios con la color, eran los con que nacieron ellas. Y vi algunas poblando sus calvas con cabellos, que eran suyos solo porque los habian comprado. Otra vi que tenía su media cara en las manos, en los botes de unto y en la color. «Y no querais más de las invenciones de las mujeres, dijo un diablo; que hasta resplandor tienen sin ser soles ni estrellas. Las más duermen con una cara, y se levantan con otra al estrado; y duermen con unos cabellos, y amanecen con otros. Muchas veces pensais que gozais las mujeres de otro, y no pasais el adulterio de la carne. Mirad cómo consultan con el espejo sus caras. Estas son las que se condenan solamente por buenas, siendo malas.» Espantóme la novedad de la causa con que se habian condenado aquellas mujeres; y volviendo vi un hombre asentado en una silla á solas, sin fuego, ni hielo, ni demonio, ni pena alguna, dando las más desesperadas voces que oí en el infierno, llorando el propio corazon, haciéndose pedazos á golpes y á vuelcos. ¡Valgame Dios! dije en mi alma, ¿de qué se queja éste no

atormentándole nadie? Y él cada punto doblaba sus alaridos y voces.» Dime, dije yo: ¿qué eres y de qué te quejas, si ninguno te molesta, si el fuego no te arde ni el hielo te cerca?» «¡Ay! dijo dando voces, que la mayor pena del infierno es la mia: ¿verdugos te parece que me faltan? ¡Triste de mí, que los más crueles están entregados á mi alma! ¿No los ves? dijo; y empezó á morder la silla y á dar vueltas alrededor y gemir. Vélos, que sin piedad van midiendo á descompasadas culpas eternas penas.»

«¡Ay qué terrible demonio eres, memoria del bien que pude hacer, y de los consejos que desprecié y de los males que hice! ¡Qué representacion tan continua! Déjasme tú, y sale el entendimiento con imaginaciones de que hay gloria que pude gozar, y que otros gozan á ménos costa que yo mis penas! ¡Oh qué hermoso que pintas el cielo, entendimiento, para acabarme! Déjame un poco siquiera. ¿Es posible que mi voluntad no ha de tener paz conmigo un punto? ¡Ay, huésped, y qué tres llamas invisibles, y qué sayones incorpóreos me atormentan en las tres potencias del alma! Y cuando estos se cansan, entra el gusano de la conciencia, cuya hambre en comer del alma nunca se acaba: vesme aquí miserable y perpétuo alimento de sus dientes.» Y diciendo esto, salió la voz: «¿Hay en todo este desesperado palacio quien trueque sus almas y sus verdugos á mis penas? Así, mortal, pagan los que supieron en el mundo, tuvieron letras y discurso, y fueron discretos: ellos se son infierno y martirio de sí mismos.» Tornó amortecido á su ejercicio con más muestras de dolor. Apartéme de él medroso, diciendo: ¡Ved de lo que sirve caudal de razon y doctrina y buen entedimiento mal aprovechado! ¡Quien se lo vió llorar solo y tenía dentro de su alma aposentado el infierno!

Lleguéme, diciendo esto, á una gran compañía, donde penaban en diversos puestos muchos; y vi unos carros en que traian atenaceando muchas almas, con pregones

delante. Llegnême á oir el pregon, y decia: «Estos manda Dios castigar por escandalosos y porque dieron mal ejemplo.» Y vi á todos los que penaban que cada uno los metia en sus penas, y así pasaban las de todos como causadores de su perdicion. Pues estos son los que enseñan en el mundo malas costumbres, de quien dijo Dios que valiera más no haber nacido.

Pero dióme risa ver unos taberneros que se andaban sueltos por todo el infierno penando sobre su palabra, sin prision ninguna, teniéndola cuantos estaban en él. Y preguntando por qué á ellos solos los dejan andar sueltos, dijo un diablo: «Y les abrimos las puertas; que no hay para qué temer que se irán del infierno gente que hace en el mundo tantas diligencias para venir. Fuera de que los taberneros trasplanta los acá, en tres meses son tan diablos como nosotros. Tenemos solo cuenta de que no lleguen al fuego de los otros, porque no lo agüen.»

«Pero si quereis saber notables cosas, llegáos á aquel cerco: vereis en la parte del infierno más hondo á Júdas con su familia descomulgada de malditos dispenseros.» Hícelo así, y vi á Júdas, que me holgué mucho, cercado de sucesores suyos y sin cara. No sabré decir sino que me sacó de la duda de ser barbirojo como le pintan los extranjeros por hacerle español, porque él me pareció capon; y no es posible ménos si que tan mala inclinacion y ánimo tan doblado se hallase sino en quien (por serlo) no fuese ni hombre ni mujer. ¿Y quién sino un capon tuviera tan poca vergüenza? ¿Y quién sino un capon pudiera condenarse por llevar las bolsas? ¿Y quién sino un capon tuviera tan poco ánimo que se ahorcase sin acordarse de la mucha misericordia de Dios? Ello yo creo por muy cierto lo que fuere verdad; pero capon me pareció que era Júdas. Y lo mismo digo de los diablos; que todos son capones, sin pelo de barba y arrugados; aunque sospecho que como todos se queman, que el estar lampiños es de chamuscado el pelo

con el fuego, y lo arrugado, del calor; y debe ser así, porque no vi ceja ni pestaña, y todos eran calvos.

Estaba pues Judas muy contento de ver cuán bien lo hacian algunos dispenseros de venirle á cortejar y á entretener (que muy pocos me dijeron que le dejaban de imitar). Miré más atentamente, y fuíme llegando donde estaba Júdas, y vi que la pena de los dispenseros era que como á Titio le come un buitre las entrañas, á ellos se las descarnaban dos aves que llaman sisones. Y un diablo decia á voces de rato en rato: «Sisones son dispenseros, y los dispenseros sisones.» A este pregon se estremecian todos, y Júdas estaba con sus treinta dineros atormentándose. Yo le dije: «Una cosa querria saber de tí: ¿por qué te pintan con botas y dicen por refran las botas de Júdas?» «No porque yo las truje (respondió); mas quisieron significar poniéndome botas que anduve siempre de camino para el infierno, y por ser dispensero; y así se han de pintar todos los que lo son. Esta fué la causa, y no lo que algunos han colegido de verme con botas, diciendo que era portugues, que es mentira; que yo fuí...» (y no me acuerdo bien de dónde me dijo que era, si de Calabria, si de otra parte.) «Y has de advertir que yo solo soy el dispensero que se ha condenado por vender, que todos los demas (fuera de algunos) se condenan por comprar. Y en lo que dices que fuí traidor y maldito en dar á mi Maestro por tan poco precio, tienes razon; y no podia hacer yo otra cosa, fiándome de gente como los judíos, que era tan ruin que pienso que si pidiera un dinero más por él no me lo tomaran. Y porque estás muy espantado y fiado en que yo soy el peor hombre que ha habido, vé ahí debajo, y verás muchísimos tan malos. Véte, dijo, que ya basta de conversacion, que no los escurezco.»

Dices la verdad, le respondí, y acogíme donde me señaló, y topé muchos demonios en el camino con palos y lanzas echando del infierno muchas mujeres hermosas y

muchos malos letrados. Pregunté que por qué los querian echar del infierno á aquellos solos, y dijo un demonio: Porque eran de grandísimo provecho para la poblacion de infierno en el mundo: las damas con sus caras y con sus mentirosas hermosuras y buenos pareceres, y los letrados con buenas caras y malos pareceres; y que así los echaban porque trujesen gente.

Pero el pleito más intricado y el caso más difícil que yo vi en el infierno fué el que propuso una mujer condenada con otras muchas por malas, enfrente de unos ladrones, la cual decia: «Decidnos, señor, ¿cómo ha de ser esto de dar y recibir, si los ladrones se condenan por tomar lo ajeno, y la mujer por dar lo suyo? Aquí de Dios, que si el ser puta es ser justicia; si es justicia dar á cada uno lo suyo,—pues lo hacemos así, ¿de qué nos culpan?» Dejé de escucharla, y pregunté (como nombraron ladrones) dónde estaban los escribanos.

«¡Es posible que no hay en el infierno ninguno, ni le pude topar en todo el camino!» Respondióme un verdugo: «Bien creo yo que no toparíades ninguno por él.» «Pues ¿qué hacen? ¿Sálvanse todos?» «No, dijo; pero dejan de andar, y vuelan con plumas. Y el no haber escribanos por el camino de la perdicion no es porque infinitísimos que son malos no vienen acá por él, sino porque es tanta la prisa con que vienen, que volar y llegar y entrar es todo uno (tales plumas se tienen ellos); y así no se ven en el camino.» «Y acá, dije yo, ¿cómo no hay ninguno?» «Sí hay, me respondió; mas no usan ellos de nombre de escribano, que acá por gatos los conocemos. Y para que echeis de ver que tantos hay, no habeis de mirar sino que con ser el infi[illegible] tan gran casa, tan antigua, tan mal tratada y sucia, no [illegible]y un raton en toda ella, que ellos los cazan.»

«¿Y los alguaciles malos no están en el infierno?» «Ninguno está en el infierno, dijo el demonio.» «¿Cómo puede ser, si se condenan algunos malos entre muchos buenos que

hay?» «Digoos que no están en el infierno, porque en cada alguacil malo áun en vida, está todo el infierno en él.» Santigüeme y dije: «Brava cosa es lo mal que los quereis los diablos á los alguaciles.» «¿No los habemos de querer mal, pues segun son endiablados los malos alguaciles, tememos que han de venir á hacer que sobremos nosotros para lo que es materia de condenar almas, y que se nos han de levantar con el oficio de demonios, y que ha de venir Lucifer á ahorrarse de diablos y despedirnos á nosotros por recibirlos á ellos?»

No quise en esta materia escuchar más, y así me fuí adelante, y por una red vi un amenísimo cercado todo lleno de almas que, unas con silencio y otras con llanto, se estaban lamentando. Dijéronme que era el retiramiento de los enamorados. Gemí tristemente viendo que áun en la muerte no dejan los suspiros. Unos se respondian en sus amores, y penaban con dudosas desconfianzas. ¡Oh qué número dellos echaban la culpa de su perdicion á sus deseos, cuya fuerza ó cuyo pincel los mintió las hermosuras! Los más estaban descuidados por *penséque*, segun me dijo un diablo. «¿Quién es *penseque*, dije yo, ó qué género de delito?» Rióse y replicó: «No es sino que se destruyen, fiándose de fabulosos semblantes, y luégo dicen pensé que no me obligara, pensé que no me amartelara, pensé que ella me diera á mí, y no me quitara, pensé que no tuviera otro con quien yo riñera, pensé que se contentara conmigo solo, pensé que me adoraba; y así todos los amantes en el infierno están por *pensé que*. Estos son la gente en quien más ejecuciones hace el arrepentimiento, y los que ménos sabian de sí.» Estaba en medio dellos el amor lleno de sarna, con un rótulo que decia:

No hay quien este amor no dome
Sin justicia ó con razon.
Porque es sarna y no aficion
Amor que se pega y come.

«¿Coplica hay? dije yo: no andan léjos de aquí los poetas;» cuando volviéndome á un lado veo una bandada de hasta cien mil dellos en una jaula, que llaman los Orates en el infierno. Volví á mirarlos, y díjome uno señalando á las mujeres: «¿Qué, digo? ¡esas señoras hermosas todas se han vuelto medio camareras de los hombres, pues los desnudan y no los visten!» «¿Conceptos gastais áun estando aquí? Buenos cascos teneis,» dije yo; cuando uno entre todos, que estaba aherrojado y con más penas que todos, dijo: «¡Plegue á Dios, hermano, que así se vea el que inventó los consonantes! pues porque en un soneto

Dije que una señora era absoluta,
Y siendo más honesta que Lucrecia,
Por dar fin al cuarteto la hice puta.
Forzóme el consonante á llamar necia
A la de más talento y mayor brío:
¡Oh ley de consonantes dura y recia!
Habiendo en un terceto dicho lío,
Un hidalgo afrenté tan solamente
Porque el verso acabó bien en judío.
A Heródes otra vez llamé inocente;
Mil veces á lo dulce dije amargo,
Y llamé al apacible impertinente.
Y por el consonante tengo á cargo
Otros delitos torpes, feos, rudos;
Y llega mi proceso á ser tan largo,
Que porque en una octava dije escudos,
Hice sin más ni más siete maridos,
Con honradas mujeres, ser cornudos.
Aquí nos tienen, como ves, metidos
Y por el consonante condenados,
¡Oh míseros poetas desdichados,
A puros versos, como ves, perdidos!»

«¡Hay tan graciosa locura, dijo yo, que áun aquí estais sin dejarla ni de cansaros della! ¡Oh qué vi dellos!» Y decia un diablo: «Esta es gente que canta sus pecados como otros los lloran, pues en amancebándose, con hacerla pastora ó mora, la sacan á la vergüenza en un romancico por todo el mundo. Si las quieren á sus damas, lo más que les

dan es un soneto ó unas octavas; y si las aborrecen ó las dejan, lo ménos que les dejan es una sátira. ¡Pues qué es verlas cargadas de pradicos de esmeraldas, de cabellos de oro, de perlas de la mañana, de fuentes de cristal, sin hallar sobre todo esto dinero para una camisa, ni sobre su ingenio! Y es gente que apénas se conoce de qué ley son, porque el nombre es de cristianos, las almas de herejes, los pensamientos de alarbes, y las palabras de gentiles.» «Si mucho me aguardo, dije entre mí, yo oiré algo que me pese.»

Fuíme adelante, y dejélos con deseo de llegar adonde estaban los que no supieron pedir á Dios. ¡Oh qué muestras de dolor tan grandes hacian! ¡Oh qué sollozos tan lastimosos! Todos tenian las lenguas condenadas á perpétua cárcel, y poseidos del silencio. Tal martirio, en voces ásperas de un demonio, recibian por los oidos: «¡Oh corvas almas inclinadas al suelo, que con oracion logrera y ruego mercader y comprador os atrevistes á Dios y le pedistes cosas que de vergüenza de que otro hombre las oyese aguardábades á coger solos los retablos! ¿Pues cómo? ¿Más respeto tuvísteis á los mortales que al Señor de todos? Quien os ve en un rincon, medrosos de ser oidos, pedir mormurando sin dar licencia á las palabras que se saliesen de los dientes cerrados de ofensas: Señor, muera mi padre, y acabe yo de suceder en su hacienda; lleváos á vuestro reino á mi mayor hermano, y aseguradme á mí el mayorazgo; halle yo una mina debajo de mis piés; el rey se incline á favorecerme, y véame yo cargado de sus favores; y ved (dijo) á lo que llegó una desvergüenza que osastes decir: Y haced esto, que si lo haceis, yo os prometo de casar dos huérfanas, de vestir seis pobres y de daros frontales.» ¡Qué ceguedad de hombres, prometer dádivas al que pedís, con ser la suma riqueza! Pedistes á Dios por merced lo que él suele dar por castigo; y si os lo da, os pesa de haberlo tenido cuando morís; y si no os lo

da, cuando vivís; y así de puro necios siempre teneis quejas. Y si llegais á ser ricos por votos, decidme ¿cuá es cumplís? ¿Qué tempestad no llena de promesas los santos? ¿Y qué bonanza tras ella no los torna á desnudar, con olvido, de toques de campanas? ¿Qué de prescas ha ofrecido á los altares la espantosa cara del golfo? ¿Y qué dellas ha muerto y quitado de los mismos templos el puerto? Nacen vuestros ofrecimientos de necesidad, y no de devocion. ¿Pedisteis alguna vez á Dios paz en el alma, aumento de gracia, favores suyos ó inspiraciones? No por cierto; ni áun sabeis para qué son menester estas cosas ni lo que son. Ignorais que el holocausto, sacrificio y oblacion que Dios recibe de vosotros, es de la pura conciencia, humilde espíritu, caridad ardiente; y esto acompañado con lágrimas es moneda que áun Dios (si puede) es cudicioso en nosotros. Dios, hombres, por vuestro bien gusta que os acordeis dél; y como (sino es en los trabajos) no os acordais, por eso os da trabajos, porque tengais dél memoria. Considerad vosotros, necios demandadores, cuán brevemente se os acabaron las cosas que importunos pedisteis á Dios. ¡Qué presto os dejaron; y cómo ingratos no os fueron compañía en el postrer paso! ¿Veis cómo vuestros hijos áun no gastan de vuestras haciendas un real en obras pias, diciendo que no es posible que vosotros gusteis dellas, porque si gustárades, en vida hiciérades algunas? Y pedís tales cosas á Dios, que muchas veces por castigo de la desvergüenza con que las pedís os las concede. Y bien, como suma sabiduría, conoció el peligro que teneis en saber pedir, pues lo primero que os enseñó en el *Pater noster* fué pedirle; pero pocos entendeis aquellas palabras dondo Dios enseñó el lenguaje con que habeis de tratar con él. Quisieron responderme, mas no les daban lugar las mordazas.

Yo, que vi que no habian de hablar palabra, pasé adelante, donde estaban juntos los ensalmadores ardiéndose

vivos, y los saludadores tambien condenados por embustidores. Dijo un diablo: «Veislos aquí á estos tratantes en santiguaduras, mercaderes de cruces, que embelesaron el mundo y quisieron hacer creer que podia tener cosa buena un hablador. Gente es esta ensalmadora que jamás hubo nadie que se quejase dellos: porque si les sanan ántes, se lo agradecen; y si los matan, no se pueden quejar, y siempre les agradecen lo que hacen, y dan contento: porque si sanan, el enfermo los regala; y si matan, el heredero les agradece el trabajo Si curan con agua y trapos la herida que sanara por virtud de naturaleza, dicen que es por ciertas palabras virtuosas que les enseñó un judío. ¡Mirad qué buen origen de palabras virtuosas! Y si se enfistola, empeora y muere, dicen que llegó su hora, y el badajo que se la dió y todo. ¿Pues qué es de oir á éstos las mentiras que cuentan de uno que tenía las tripas fuera en la mano en tal parte, y otro que estaba pasado por las ijadas? Y lo que más me espanta es que siempre he medido la distancia de sus curas, y siempre las hicieron cuarenta ó cincuenta leguas de allí, estando en servicio de un señor que há ya trece años que murió, porque no se averigüe tan presto la mentira, y por la mayor parte estos tales que curan con agua enferman ellos por vino. Al fin, éstos son por los que se dijo: Hurtan que es bendicion, porque con la bendicion hurtan, tras ser siempre gente ignorante. Y he notado que casi todos los ensalmos están llenos de solecismos; y no sé qué virtud se tenga el solecismo por lo cual se pueda hacer nada. Al fin, vaya do fuere, ellos están acá algunos; que otros hay buenos hombres que como amigos de Dios alcanzan dél la salud para los que curan; que la sombra de sus amigos suele dar vida.»

«Pero para ver buena gente mirad los saludadores, que tambien dicen que tienen virtud.» Ellos se agraviaron, y dijeron que era verdad que la tienen. Y á esto respondió

un diablo: «¿Cómo es posible que por ningun camino se halle virtud en gente que anda siempre soplando?» «Alto, dijo un demonio, que me he enojado; vayan al cuartel de los porquerones que viven de lo mismo.» Fueron, aunque á su pesar; y yo abajé otra grada por ver los que Júdas me dijo que eran peores que él, y topé en una alcoba muy grande una gente desatinada, que los diablos confesaban que ni los entendian ni se podian averiguar con ellos. Eran astrólogos y alquimistas. Estos andaban llenos de hornos y crisoles, de lodos, de minerales, de escorias, de cuernos, de estiércol, de sangre humana, de polvos y de alambiques. Aquí calcinaban, allí lavaban, allí apartaban, y acullá purificaban. Cuál estaba fijando el mercurio al martillo, y habiendo resuelto la materia viscosa, y ahuyentado la parte sutil, lo corruptivo del fuego, en llegándose á la copela, se le iba en humo. Otros disputaban si se habia de dar fuego de mecha, ó si el fuego ó no fuego de Raimundo habia de entenderse de la cal ó si de luz efectiva del calor, y no de calor efectivo de fuego. Cuáles con el signo de Hermete daban principio á la obra magna, y en otra parte miraban ya el negro blanco, y le aguardaban colorado; y juntando á esto *la proporcion de naturaleza, con naturaleza se contenta la naturaleza, y con ella misma se ayuda*, y los demas oráculos ciegos suyos,—esperaban la reduccion de la primera materia, y al cabo reducian su sangre á la postrera podre; y en lugar de hacer del estiércol, cabellos, sangre humana, cuernos y escoria oro, hacian del oro estiércol, gastándolo neciamente. ¡Oh qué de voces que oí sobre el padre muerto ha resucitado y tornarlo á matar! ¡Y qué bravas las daban sobre entender aquellas palabras tan referidas de todos los autores químicos: «¡Oh! Gracias sean dadas á Dios, que de la cosa más vil del mundo permite hacer una cosa tan rica.» Sobre cuál era la cosa más vil se ardian. Uno decia que ya la habia hallado; y si la piedra filosofal se habia de hacer de

la cosa más vil, era fuerza hacerse de corchetes. Y los cocieran y distilaran, si no dijera otro que tenian mucha parte de aire para poder hacer la piedra; que no habia de tener materiales tan vaporosos. Y así se resolvieron que la cosa más vil del mundo eran los sastres, pues cada punto se condenaban, y que era gente más enjuta.

Cerraran con ellos si no dijera un diablo: «¿Quereis saber cuál es la cosa más vil? Los alquimistas; y así porque se haga la piedra es menester quemaros á todos.» Diéronles fuego, y ardian casi de buena gana sólo por ver la piedra filosofal.

Al otro lado no era ménos la trulla de astrólogos y supersticiosos. Un quiromántico iba tomando las manos á todos los otros que se habian condenado, diciendo: «¡Qué claro que se ve que se habian de condenar éstos por el monte de Saturno!» Otro que estaba á gatas con un compas midiendo alturas y notando estrellas, cercado de efemérides y tablas, se levantó y dijo en altas voces: «Vive Dios que si me pariera mi madre medio minuto ántes, que me salvo; porque Saturno en aquel punto mudaba el aspecto, y Marte se pasaba á la casa de la vida, el escorpion perdia su malicia, y yo como dí en procurador fuí pobre mendigo.» Otro tras él andaba diciendo á los diablos que le mortificaban que mirasen bien si era verdad que él habia muerto; que no podia ser, á causa que tenía Júpiter por ascendente, y á Vénus en la casa de la vida, sin aspecto ninguno malo, y que era fuerza que viviese noventa años. «Miren, decia, que les notifico que miren bien si soy difunto, porque por mi cuenta es imposible que pueda ser esto.» En esto iba y venía sin poderlo nadie sacar de aquí.

Y para enmendar la locura destos salió otro geométrico poniéndose en puntos con las ciencias, haciendo sus doce casas gobernadas por el impulso de la mano y rayas á imitacion de los dedos, con supersticiosas palabras y oraciones

y luégo, despues de sumados sus pares y nones, sacando juez y testigos, comenzaba á querer probar cuál era el astrólogo más cierto; y si dijera puntual acertara, pues es su ciencia de punto como calza sin ningun fundamento, aunque pese á Pedro de Abano, que era uno de los que allí estaban, acompañando á Cornelio Agripa (que con una alma ardia en cuatro cuerpos de sus obras malditas y descomulgadas), famoso hechicero. Tras éste vi con su poligrafía y esteganografía á Trithemio, que así llaman al autor de aquellas obras escandalosas, muy enojado con Cardano, que estaba enfrente, porque dijo mal dél solo y supo ser mayor mentiroso en sus libros de *Subtilitate*, por hechizos de viejas que en ellos juntó. Julio César Scalígero se estaba atormentando por otro lado en sus *Ejercitaciones*, miéntras pensaba las desvergonzadas mentiras que escribió de Homero y los testimonios que le levantó por levantar á Virgilio aras, hecho idólatra de Maron. Estaba riéndose de sí mismo Artefio con su mágica, haciendo las tablillas para entender el lenguaje de las aves; y Checol de Áscoli muy triste y pelándose las barbas, porque tras tanto experimento disparatado no podia hallar nuevas necedades que escribir. Teofrasto Paracelso estaba quejándose del tiempo que habia gastado en la alquimia, pero contento en haber escrito medicina y mágica, que nadie la entendia, y haber llenado las imprentas de pullas á vuelta de muy agudas cosas. Y detras de todos estaba Hubequer el pordiosero, vestido de los andrajos de cuantos escribieron mentiras y desvergüenzas, hechizos y supersticiones, hecho su libro un Ginebra de moros, gentiles y cristianos. Allí estaba el secreto autor de la *Clavicula Salomonis*, y el que le imputó los sueños. ¡Oh cómo se abrasaba burlado de vanas y necias oraciones el hereje que hizo el libro *Adversus omnia pericula mundi*. ¡Qué bien ardia el Catan y las obras de Máces! Estaba Taysnerio con su libro de fisonomías y manos, penando por los hombres que habia vuelto locos con

sus disparates; y refase sabiendo el bellaco que las fisonomías no se pueden sacar ciertas de particulares rostros de hombres que, ó por miedo ó por no poder, no muestran sus inclinaciones, y las reprimen; sino sólo de rostros y caras de príncipes y señores sin superior, en quien las inclinaciones no respetan nada para mostrarse. Estaba luégo un triste autor con sus rostros y manos, y los brutos concertando por las caras la similitud de las costumbres. A Escoto el ital ano vi allá, no por hechicero y mágico, sino por mentiroso y embustero. Habia otra gran copia, y aguardaban sin duda mucha gente, porque habia grandes campos vacíos. Y nadie estaba con justicia entre todos estos autores presos por hechiceros sino fueron unas mujeres hermosas, porque sus caras lo fueron solas en el mundo. ¡Oh verdaderos hechizos! Que las damas sólo son veneno de la vida, que perturbando las potencias y ofendiendo los órganos á la vista, son causa de que la voluntad quiera por bueno lo que ofendidas las especies representan. Viendo esto dije entre mí: Ya me parece que vamos llegándonos al cuartel de esta gente.

Dime priesa á llegar allá, y al fin asoméme á parte donde sin favor particular del cielo no se podia decir lo que habia. A la puerta estaba la Justicia espantosa, y en la segunda entrada el Vicio desvergonzado y soberbio, la Malicia ingrata é ignorante, la Incredulidad resoluta y ciega, y la Inobediencia bestial y desbocada. Estaba la Blasfemia insolente y tirana llena de sangre, ladrando por cien bocas y vertiendo veneno por todas, con los ojos armados de llamas ardientes. Grande horror me dió el umbral. Entré y vi á la puerta la gran suma de herejes ántes de nacer Cristo. Estaban los ofiteos, que se llaman así en griego de la serpiente que engañó á Eva, la cual veneraron á causa de que supiésemos del bien y del mal. Los cainanos, que alabaron á Cain porque, como decian, siendo hijo del mal, prevaleció su mayor fuerza contra Abel. Los sethianos de

Seth. Estaba Dositheo ardiendo como un horno, el cual creyó que se habia de vivir sólo segun la carne; y no creia la resurreccion, privándose á sí mismo (ignorante más que todas las bestias) de un bien tan grande; pues cuando fuera así que fué amos solos animales como los otros, para morir consolados habíamos de fingirnos eternidad á nosotros mismos. Y así llama Lucano en boca ajena á los que no creen la inmortalidad del alma: *Felices errore suo*, dichosos con su error, si eso fuera así que murieran las almas con los cuerpos. ¡Malditos! dije yo: siguiérase que el animal del mundo á quien Dios dió ménos discurso es el hombre, pues entiende al reves lo que más importa, esperando inmortalidad; y seguirsehia, que á la más noble criatura dió ménos conocimiento y crió para mayor miseria la naturaleza, que Dios no; pues quien sigue esa opinion no lo fie. Estaba luego Saddoc, autor de los Sadduceos. Los fariseos estaban aguardando al Mesías, no como Dios, sino como hombre. Estaban los heliognósticos devictiacos, adoradores del sol; pero los más graciosos son los que veneran las ranas, que fueron plaga á Faraon por ser azote de Dios. Estaban los musoritos haciendo ratonera al arca á puro raton de oro. Estaban los que adoraron la Mosca accaronita; Ozias el que quiso pedir á una mosca ántes salud que á Dios, por lo cual Elías le castigó. Estaban los troglodytas, los de la fortuna del cielo, los de Baal, los de Asthar, los del ídolo Moloch, y Renfan de la ara de Tofet, los puteoritas, herejes veraniscos de pozos, los de la serpiente de metal, y entre todos sonaba la baraunda y el llanto de las judías, que debajo de tierra en las cuevas lloraban á Thamur en su simulacro. Seguian los bahalitas, luégo la Pitonisa arremangada, y detras los de Asthar y Astharot, y al fin los que aguardaban á Heródes, y desto se llaman herodianos. Y hube á todos estos por locos y mentecatos. Mas llegué luégo á los herejes que habia despues de Cristo: allí vi á muchos, como Menandro y Simon Mago, su maestro. Es-

taba Saturnino inventando disparates. Estaba el maldito Basilides heresiarca. Estaba Nicolás antioqueno, Carpócrates y Cerintho y el infame Ebion. Vino luégo Valentino, el que dió por principio de todo el mar y el silencio. Menandro el mozo de Samaria decia que él era el Salvador, y que habia caido del cielo; y por imitarlo decia detras dél Montano frigio que él era el Paráclelo. Síguenle las desdichadas Priscilla y Maximilla heresiarcas. Llamáronse sus secuaces catafríges, y llegaron á tanta locura, que decian que en ellos y no en los apóstoles vino el Espíritu Santo. Estaba Nepos, obispo, en quien fué coroza la mitra, afirmando que los santos habian de reinar con Cristo en la tierra mil años en lascivias y regalos. Venía luégo Sabino, prelado hereje arriano, el que en el concilio Niceno llamó idiotas á los que no seguian á Arrio. Despues en miserable lugar estaban ardiendo por sentencia de Clemente, pontífico máximo que sucedió á Benedicto, los templarios, primero santos en Jerusalen, y luégo de puro ricos, idólatras y deshonestos. ¡Y qué fué ver á Guillermo, el hipócrita de Anvers, hecho padre de putas, prefiriendo las rameras á las honestas y la fornicacion á la castidad! A los piés de éste yacía Bárbara, mujer del emperador Segismundo, llamando necias á las vírgenes, habiendo hartas. Ella (bárbara como su nombre) servia de emperatriz á los diablos; y no estando harta de delitos ni áun cansada (que en esto quiso llevar ventaja á Mesalina), decia que moria el alma y el cuerpo, y otras cosas bien dignas de su nombre.

Fuí pasando por éstos, y llegué á una parte donde estaba uno sólo arrinconado y muy sucio, con un zancajo ménos y un chirlo por la cara, lleno de concerros, y ardiendo y blasfemando. «¿Quién eres tú, le pregunté, que entre tantos malos eres el peor?» «Yo, dijo él, soy Mahoma,» y decíaselo el tallecillo, la cuchillada y los dijes de arriero. «Tú eres, dije yo, el más mal hombre que ha habido en el mundo y el que más almas ha traído acá.» «Todo

lo estoy pasando, dijo, miéntras los malaventurados de africanos adornan el zancarron ó zancajo que aquí me falta.» «Picarón, dije, ¿por qué vedaste el vino á los tuyos?» Y me respondió: «Porque si tras las borracheras que les dejé en mi Alcoran les permitiera las del vino, todos fueran borrachos.» «Y el tocino ¿por qué se lo vedaste, perro esclavo, descendiente de Agar?» «Eso hice por no hacer agravio al vino, que lo fuera comer torreznos y beber agua, aunque yo vino y tocino gastaba. Y quise tan mal á los que creyeron en mí, que acá les quité la gloria, y allá los perniles y las botas. Y últimamente, mandé que no defendiesen mi ley por razon, porque ninguna hay ni para obedecella ni sustentalla; remitísela á las armas y metilos en ruido para toda la vida. Y el seguirme tanta gente no es en virtud de milagros, sino sólo en virtud de darles la ley á medida de sus apetitos, dándoles mujeres para mudar, y por extraordinario deshonestidades tan feas como las quisiesen, y con esto me seguian todos. Pero no se remató en mí todo el daño: tiende por ahí los ojos, y verás qué honrada gente topas.»

Volvíme á un lado, y vi todos los herejes de ahora, y topé con Maniqueo. ¡Oh qué vi de calvinistas arañando á Calvino! Y entre estos estaba el principal Josefo Scaligero, por tener su punta de ateista y ser tan blasfemo, deslenguado y vano y sin juicio. Al cabo estaba el maldito Lutero con su capilla y sus mujeres, hinchado como un sapo y blasfemando, y Melanchthon comiéndose las manos tras sus herejías. Estaba el renegado Beza, maestro de Ginebra, leyendo, sentado en cátedra de pestilencia; y allí lloré viendo á Enrico Estéfano. Preguntéle no sé qué de la lengua griega, y estaba tal la suya, que no pudo responderme sino con bramidos. Espántome, Enrico, de que supieses nada. ¿De qué te aprovecharon tus letras y agudezas? Más le dijera si no me enterneciera la desventurada figura en que estaba el miserable penando. Estaba ahorcado de un

pié Helio Eobano hesso, célebre poeta, competidor de Melanchthon. ¡Oh cómo lloré mirando su gesto torpe con heridas y golpes, y afeados con llamas sus ojos!

Díme prisa á salir deste cercado, y pasé á una galería, donde estaba Lucifer cercado de diablas, que tambien hay hembras como machos. No entré dentro, porque no me atreví á sufrir su aspecto disforme: sólo diré que tal galería tan bien ordenada no se ha visto en el mundo, porque toda estaba colgada de emperadores y reyes vivos como acá muertos. Allá vi toda la casa otomana, los de Roma por su órden. Vi graciosísimas figuras: hilando á Sardanápalo; glotoneando á Eliogábalo, á Sapor emparentando con el sol y las estrellas. Viriato andaba á palos tras los romanos, Atila revolvia el mundo, Belisario ciego acusaba á los atenienses.

Llegó á mí el portero y me dijo: «Lucifer manda que porque tengais qué contar en el otro mundo que veais su camarin.» Entré allá; era un aposento curioso y lleno de buenas joyas: tenía cosa de seis ó siete mil cornudos y otros tantos alguaciles manidos. «¿Aquí estais? dije yo: ¿cómo diablos os habia de hallar en el infierno si estábades aquí?» Habia pipotes de médicos y muchísimos coronistas, lindas piezas, aduladores de molde y con licencia. Y en las cuatro esquinas estaban ardiendo por hachas cuatro malos pesquisidores. Y todas las poyatas (que son los estantes) llenas de vírgenes rociadas, doncellas penadas como tazas, y dijo el demonio: «Doncellas son que se vinieron al infierno con las doncelleces fiambres, y por cosa rara se guardan.» Seguíanse luégo demandadores haciendo labor con diferentes sayos; y de las ánimas habia muchos, porque piden para sí mismos y consumen ellos con vino cuanto les dan. Habia madres postizas, y trastenderas de sus sobrinas, y suegras de sus nueras, por mascarones alrededor. Estaba en una peaña Sebastian Certel, general en

lo de Alemaña contra el Emperador, tras haber sido alabardero suyo.

No acabara yo de contar lo que vi en el camino si lo hubiera de decir todo. Salíme fuera, y quedé como espantado repitiendo conmigo estas cosas. Sólo pido á quien las leyere, las lea de suerte que el crédito que les diere le sea provechoso para no experimentar ni ver estos lugares; certificando al lector que no pretendo en ello ningun escándalo ni reprension sino de los vicios, pues decir de los que están en el infierno no puede tocar á los buenos. Acabé este discurso en el Fresno á postrero de Abril de 1608, en 28 de mi edad.

EL MUNDO POR DE DENTRO.

A DON PEDRO GIRON, DUQUE DE OSUNA,
MARQUÉS DE PEÑAFIEL, CONDE DE UREÑA.

Estas burlas, que llevan en la risa disimulado algun miedo provechoso, envio para que vuecelencia se divierta de grandes ocupaciones algun rato. Pequeña es la demostracion, mas yo no puedo dar más; y sólo me consuela ver que la grandeza de vuecelencia á mucho ménos hace honra y merced. En la Aldea, Abril 26 de 1612.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

AL LECTOR, COMO DIOS ME LO DEPARARE,
CÁNDIDO Ó PURPÚREO, PIO Ó CRUEL, BENIGNO Ó SIN SARNA.

Es cosa averiguada (así lo siente Metrodoro Chio y otros muchos) que no se sabe nada, y que todos son ignorantes; y áun esto no se sabe de cierto, que á saberse, ya se supiera algo: sospéchase. Dícelo así el doctísimo Francisco Sanchez, médico y filósofo, en su libro cuyo título es: *Nihil scitur*: No se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden á la verdad y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada y

estudian para saber, y éstos tienen buenos deseos y vano ejercicio; porque al cabo sólo les sirve el estudio de conocer cómo toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada, y no estudian porque piensan que lo saben todo. Son destos muchos irremediables: á éstos se les ha de envidiar el ocio y la satisfaccion, y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que no saben nada, porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada: y á éstos se les habia de castigar la hipocresía con creerles la confesion. Otros hay (y en éstos, que son los peores, entro yo) que no saben nada, ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada, y dicen de todos que no saben nada, y todos dicen dellos lo mismo, y nadie miente. Y como gente que en cosas de letras y ciencia tiene que perder tan poco, se atreven á imprimir y sacar á luz todo cuanto sueñan. Estos dan que hacer á las imprentas, sustentan á los libreros, gastan á los curiosos, y al cabo sirven á las especierías. Yo, pues, como uno destos, y no de los peores ignorantes, no contento con haber soñado el Juicio, ni haber endemoniado un Alguacil, y últimamente escrito el Infierno, ahora salgo (sin tón y sin són; pero no importa, que esto no es bailar) con el *Mundo por de dentro*. Si te agradare y pareciere bien, agradécelo á lo poco que sabes, pues de tan mala cosa te contentas. Y si te pareciere malo, culpa mi ignorancia en escribirlo, y la tuya en esperar otra cosa de mí. Dios te libre, lector, de prólogos largos y de malos epítetos.

DISCURSO.

Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas desta vida, y así con vana solicitud anda de unas en otras, sin saber hallar patria ni descanso. Aliméntase de la variedad, y diviértese con ella; tiene por ejercicio el apetito, y éste nace de la ignorancia de las cosas, pues si las conociera cuando cudicioso y desalentado las busca, así las aborreciera como cuando arrepentido las desprecia. Y es de considerar la fuerza grande que tiene, pues promete y persuade tanta hermosura en los deleites y gustos, lo cual dura solo en la pretension dellos; porque en llegando cualquiera á ser poseedor, es juntamente descontento. El mundo, que á nuestro deseo sabe la condicion para lisonjearla, pónese delante mudable y vário, porque la novedad y diferencia es el afeite con que más nos atrae; con esto acaricia nuestros deseos, llévalos tras sí, y ellos á nosotros. Sea por todas las experiencias mi suceso, pues cuando más apurado me habia de tener el conocimiento destas cosas, me hallé todo en poder de la confusion, poseido de la vanidad de tal manera, que en la gran poblacion del mundo, perdido ya, corria donde tras la hermosura me llevaban los ojos, y adonde tras la conversacion los amigos, de una calle en otra, hecho fábula de todos; y en lugar de desear salida al laberinto, procuraba que se me alargase el engaño. Ya por la calle de la ira, descompuesto, seguia las pendencias pisando sangre y heridas; ya por la de la gula veia responder á los brindis turbados. Al fin, de una calle en otra andaba (siendo infinitas) de tal manera confuso, que la admiracion áun no dejaba sentido para el cansancio, cuando llamado de voces descompuestas y tirado porfiadamente del manteo, volví la cabeza.

Era un viejo venerable en sus canas, mal tratado, roto por mil partes el vestido y pisado; no por eso ridículo, ántes severo y digno de respeto. «¿Quién eres (dije), que así te confiesas envidioso de mis gustos? Déjame, que siempre los ancianos aborrecéis en los mozos los placeres y ósleites; no que dejais de vuestra voluntad, sino que por fuerza os quita el tiempo. Tú vas, yo vengo: déjame gozar y ver el mundo.» Desmintiendo sus sentimientos, riéndose dijo: «Ni te estorbo ni te envidio lo que deseas; ántes te tengo lástima. ¿Tú por ventura sabes lo que vale un dia? ¿Entiendes de cuánto precio es una hora? ¿Has examinado el valor del tiempo? Cierto es que no, pues así alegre le dejas pasar hurtado de la hora que fugitiva y secreta te lleva preciosísimo robo. ¿Quién te ha dicho que lo que ya fué volverá cuando lo hayas menester si lo llamares? Dime, ¿has visto algunas pisadas de los dias? No por cierto; que ellos sólo vuelven la cabeza á reirse y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sabete que la muerte y ellos están eslabonados y en una cadena; y que cuando más caminan los dias que van delante de tí, tiran hácia tí y te acercan á la muerte, que quizá la aguardas y es ya llegada; y segun vives, ántes será pasada que creida. Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; y por malo al que vive tan sin miedo della como si no la hubiese: que éste la viene á temer cuando la padece; y embarazado con el temor, ni halla remedio á la vida ni consuelo á su fin. Cuerdo es solo el que vive cada dia como quien cada dia y cada hora puede morir.» «Eficaces palabras tienes, buen viejo: traido me has el alma á mí, que me la llevaban embelesada vanos deseos. ¿Quién eres, de dónde y qué haces por aquí?» «Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien y amigo de decir verdades en lo roto y poco medrado, y lo peor que tu vida tiene es no haberme visto la cara hasta ahora. Yo soy el Desengaño: estos rasgones de la ropa son de los tirones que dan de mí los que dicen en el

mundo que me quieren; y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en llegando porque vine y porque me vaya; que en el mundo todos decís que quereis desengaño, y en teniéndole, unos os desesperais, otros maldecís á quien os le dió, y los más corteses no le creeis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, ven conmigo; que yo te llevaré á la calle mayor, que es adonde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos, sin cansarte. Yo te enseñaré el mundo como es; que tú no alcanzas á ver sino lo que parece.» «Y ¿cómo se llama, dije yo, la calle mayor del mundo donde hemos de ir?» «Llámase, respondió, Hipocresía; calle que empieza con el mundo, y se acabará con él, y no hay nadie casi que no tenga, si no una casa, un cuarto ó un aposento en ella. Unos son vecinos, y otros paseantes; que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son. ¿Y ves aquel que gana de comer como sastre, y se viste como hidalgo? Es hipócrita; y el dia de fiesta con el raso y el terciopelo y el cintillo y la cadena de oro se desfigura de suerte que no le conocerán las tijeras y agujas y jabon; y parecerá tan poco oficial, que áun parece que dice verdad. ¿Ves aquel hidalgo con aquel que es como caballero? Pues debiendo medirse con su hacienda, ir solo,—por ser hipócrita y parecer lo que no es se va metiendo á caballero; y por sustentar un lacayo, ni sustenta lo que dice ni lo que hace, pues ni lo cumple ni lo paga. Y la hidalguía y la ejecutoria le sirve sólo de pontífice en dispensarle los casamientos que hace con sus deudas; que está más casado con ellas que con su mujer. Aquel caballero por ser señoría no hay diligencia que no haga, y ha procurado hacerse Venecia por ser señoría; sino que como se fundó en el viento para serlo, se habia de fundar en el agua. Sustenta, por parecer señor, caza de halcones que lo primero que matan es á su amo de hambre con la costa, y luégo el rocin en que los llevan, y despues cuando mucho una graja ó un milano, y

ninguno es lo que parece. El señor, por tener acciones de grande, se empeña, y el grande remeda ceremonia de rey. Pues ¿qué diré de los discretos? ¿Ves aquel aciago de cara? Pues siendo un mentecato, por parecer discreto y ser tenido por tal, se alaba de que tiene poca memoria, quéjase de melancolías, vive descontento y préciase de mal regido, y es hipócrita que parece entendido, y es mentecato. ¿No ves los viejos hipócritas de barbas, con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos? ¿No ves á los niños preciarse de dar consejos y presumir de cuerdos? Pues todo es hipocresía. Pues en los nombres de las cosas ¿no la hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado; el botero, sastre del vino, porque le hace de vestir; el mozo de mulas, gentilhombre de camino; el bodegon, estado; el bodegonero, contador; el verdugo se llama miembro de la justicia; y el corchete, criado; el fullero, diestro; el ventero, huésped; la taberna, ermita; la putería, casa; las putas, damas; las alcahuetas, dueñas; los cornudos, honrados. Amistad llaman el amancebamiento, trato á la usura, burla á la estafa, gracia la mentira, donaire la malicia, descuido la bellaquería, valiente al desvergonzado, cortesano al vagamundo, al negro moreno, señor maestro al albardero, y señor doctor al platicante. Así que, ni son lo que parecen ni lo que se llaman: hipócritas en el nombre y en el hecho. ¡Pues unos nombres que hay generales! A toda pícara, señora hermosa; á todo hábito largo, señor licenciado; á todo gallofero, señor soldado; á todo bien vestido, señor hidalgo; á todo capigorron ó lo que fuere, canónigo ó arcediano; á todo escribano, secretario. De suerte que todo el hombre es mentira por cualquier parte que le examines, si no es que, ignorante como tú, crea las experiencias. ¿Ves los pecados? Pues todos son hipocresía, y en ella empiezan y acaban, y della nacen y se alimentan la ira, la gula, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la pereza, el homicidio y otros

mil.» «¿Cómo me puedes tú decir ni probarlo, si vemos que son diferentes y distintos?» «No me espanto que eso ignores; que lo saben pocos. Oye, y entenderás con facilidad eso que así te parece contrario, que bien se conviene. Todos los pecados son malos: eso bien lo confiesas; y tambien confiesas con los filósofos y teólogos que la voluntad apetece lo malo debajo de razon de bien, y que para pecar no basta la representacion de la ira ni el conocimiento de la lujuria sin el consentimiento de la voluntad; y que eso, para que sea pecado, no aguarda la ejecucion, que sólo le agrava más, aunque en esto hay muchas diferencias. Esto así visto y entendido, claro está que cada vez que un pecado destos se hace, que la voluntad lo consiente y lo quiere; y segun su natural, no pudo apetecelle sino debajo de razon de algun bien. Pues ¿hay más clara y más confirmada hipocresía que vestirse del bien en lo aparente para matar con el engaño? ¿Qué esperanza es la del hipócrita? dice Job. Ninguna, pues ni la tiene por lo que es, pues es malo; ni por lo que parece, pues lo parece y no lo es. Todos los pecadores tienen ménos atrevimiento que el hipócrita, pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios ni en Dios; mas el hipócrita peca contra Dios y con Dios, pues le toma por instrumento para pecar.»

En esto llegamos á la calle mayor; vi todo el concurso que el viejo me habia prometido. Tomamos puesto conveniente para registrar lo que pasaba: fué un entierro en esta forma. Venian envainados en unos sayos grandes de diferentes colores unos pícaros haciendo una taracea de mullidores. Pasó esta recua incensando con las campanillas; seguian los muchachos de la dotrina, meninos de la muerte y lacayuelos del ataud, chirriando la calavera; seguíanse luégo doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce hachas acompañando el cuerpo y abrigando á los de la Capacha, que hombreando testificaban el peso de la difunta. Detras seguia larga procesion de amigos que acompañaban

en la tristeza y luto al viudo, que anegado en capuz de bayeta y devanado en una chia, perdido el rostro en la falda de un sombrero, de suerte que no se le podian hallar los ojos; corvos é impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola que arrastraba,—iba tardo y perezoso. Lastimado deste espectáculo, «¡dichosa mujer, dije, si lo puede ser alguna en la muerte, pues hallaste marido que pasó con la fe y el amor más allá de la vida y sepultura! ¡Y dichoso viudo que ha hallado tales amigos, que no sólo acompañan su sentimiento, pero que parece que le vencen en él! ¿No ves qué tristes van y suspensos?» El viejo, moviendo la cabeza y sonriéndose, dijo: «Desventurado, eso todo es por de fuera, y parece así; pero ahora lo verás por de dentro, y verás con cuánta verdad el ser desmiente á las apariencias. ¿Ves aquellas luces, campanillas y mullidores y todo este acompañamiento piadoso, que es sufragio cristiano y limosnero? Esto es saludable; mas las bravatas que en los túmulos sobrescriben podricion y gusanos, se podrian excusar; empero tambien los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y difuntas su soberbia. Allí no va sino tierra de ménos fruto y más espantosa de la que pisas, por sí no merecedora de alguna honra ni áun de ser cultivada con arado ni azadon. ¿Ves aquellos viejos que llevan las hachas? Pues algunos no las atizan para que atizadas alumbren más, sino porque atizadas á menudo se derritan más y ellos hurten más cera para vender. Estos son los que á la sepultura hacen la salva en el difunto y difunta, pues ántes que ella lo coma ni lo pruebe, cada uno le ha dado un bocado, arrancándole un real ó dos; mas con todo esto tiene el valor de la limosna. ¿Ves la tristeza de los amigos? Pues todo es de ir en el entierro; y los convidados van dados al diablo con los que los convidaron; que quisieran más pasearse ó asistir á sus negocios. Aquel que habla de mano con el otro le va diciendo que convidar á entierro y á misa cantanos, donde se ofrece, que no se puede hacer con un

amigo; y que el entierro sólo es convite para la tierra, pues á ella solamente llevan que coma. El viudo no va triste del caso y viudez, sino de ver que pudiendo él haber enterrado á su mujer en un muladar y sin costa y fiesta ninguna, le hayan metido en semejante baraunda y gasto de cofradías y cera; y entre sí dice que le debe poco; que ya que se habia de morir, pudiera haberse muerto de repente, sin gastarle en médicos, barberos ni boticas, y no dejarle empeñado en jarabes y pócimas. Dos ha enterrado con ésta; y es tanto el gusto que recibe de enviudar, que ya va trazando el casamiento con una amiga que ha tenido; y fiado con su mala condicion y endemoniada vida, piensa doblar el capuz por poco tiempo. Quedé espantado de ver todo esto ser así, diciendo: «¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos, y nada creeré ménos de lo que viere.» Pasó por nosotros el entierro como si no hubiera de pasar por nosotros tan brevemente, y como si aquella difunta no nos fuera enseñando el camino, y muda no nos dijera á todos: «Delante voy, donde aguardo á los que quedais, acompañando á otros que yo vi pasar con ese propio descuido.»

Apartónos desta consideracion el ruido que andaba en una casa á nuestras espaldas: entramos dentro á ver lo que fuese; y al tiempo que sintieron gente comenzó un plañido, á seis voces, de mujeres que acompañaban una viuda. Era el llanto muy autorizado, pero poco provechoso al difunto. Sonaban palmadas de rato en rato, que parecia palmeado de diciplinantes. Oíanse unos sollozos estirados, embutidos de suspiros, pujados por falta de gana. La casa estaba despojada, las paredes desnudas, la cuitada estaba en un aposento escuro, sin luz ninguna, lleno de bayetas, donde lloraban á tiento. Unas decian: «Amiga, nada se remedia con llorar.» Otras: «Sin duda goza de Dios.» Cuál la animaba á que se conformase con la voluntad del Señor y ella

luégo comenzaba á soltar el trapo, y llorando á cántaros, decia: «¿Para qué quiero yo vivir sin Fulano? ¡Desdichada nací, pues no me queda á quien volver los ojos! ¡Quién ha de amparar á una pobre mujer sola!» Y aquí plañian todas con ella, y andaba una sonadera de narices que se hundia la cuadra; y entónces advertí que las mujeres se purgan en un pésame destos, pues por los ojos y las narices echan cuanto mal tienen. Enternecíme y dije: «¡Qué lástima tan bien empleada es la que se tiene á una viuda! pues por sí una mujer es sola, y viuda mucho más; y así su nombre es de *mudas sin lengua*, que eso significa la voz que dice *viuda* en hebreo, pues ni tiene quien hable por ella, ni atrevimiento; y como se ve sola para hablar, y aunque hable, como no la oyen, lo mismo es que ser mudas, y peor.» «Esto remedian con meterse á dueñas, pues en siéndolo, hablan de manera, que de lo que las sobra pueden hablar todos los mudos y sobrar palabras para los tartajosos y pausados. Al marido muerto llaman el que pudre. Mirad cuáles son éstas; y si muerto, que ni las asiste ni las guarda ni las acecha, dicen que pudre, ¿qué dirian cuando vivo hacía todo esto?» «Eso, respondí, es malicia que se verifica en algunas; mas todas son un género femenino desamparado y tal como aquí se representa en esta desventurada mujer. Dejadme, dije al viejo, llorar semejante desventura y juntar mis lágrimas á las destas mujeres.» El viejo algo enojado dijo: «¿Ahora lloras despues de haber hecho ostentacion vana de tus estudios y mostrádote docto y teólogo cuando era menester mostrarte prudente? ¿No aguardaras á que yo te hubiera declarado estas cosas para ver cómo merecian que se hablase dellas? Mas ¿quién habrá que detenga la sentencia ya imaginada en la boca? No es mucho, que no sabes otra cosa, y que á no ofrecerse la viuda, te quedabas con toda tu ciencia en el estómago. No es filósofo el que sabe dónde está el tesoro, sino el que trabaja y le saca. Ni áun ese lo es del todo, sino el que

despues de poseido usa bien dél. ¿Qué importa que sepas dos chistes y dos lugares, si no tienes prudencia para acomodarlos? Oye, verás esta viuda, que por de fuera tiene un cuerpo de responsos, cómo por de dentro tiene un ánima de aleluyas, las tocas negras y los pensamientos verdes. ¿Ves la escuridad del aposento y estar cubiertos los rostros con él manto? Pues es porque así, como no las pueden ver, con hablar un poco gangoso, escupir y remedar sollozos, hace un llanto casero y hechizo, teniendo los ojos hechos una yesca. ¿Quiéreslas consolar? Pues déjalas solas, y bailarán en no habiendo con quien cumplir, y luégo las amigas harán su oficio: Quedais moza, y es malograros; hombres habrá que os estimen; ya sabeis quién es Fulano, que cuando no supla la falta del que está en la gloria, etc. Otra: Mucho debeis á D. Pedro, que acudió en este trabajo; no sé qué me sospeché; y en verdad que si hubiera de ser algo... que por quedar tan niña os será forzoso... Y entónces la viuda, muy recoleta de ojos y muy extreñida de boca, dice: No es ahora tiempo deso; á cargo de Dios está; él lo hará si viere que conviene. Y advertid que el dia de la viudez es el dia que más comen estas viudas, porque para animarla no entra ninguna que no le dé un trago, y le hace comer un bocado, y ella le come diciendo: Todo se vuelve ponzoña; y medio mascándolo dice: ¡Qué provecho puede hacer esto á la amarga viuda que estaba hecha á comer á medias todas las cosas y con compañía, y ahora se las habrá de comer todas enteras sin dar parte á nadie de puro desdichada? Mira, pues, siendo esto así, qué á propósito vienen tus exclamaciones.»

Apénas esto dijo el viejo, cuando arrebatados de unos gritos, ahogados en vino, de gran ruido de gente, salimos á ver qué fuese, y era un alguacil, el cual con solo un pedazo de vara en la mano, y las narices ajadas, deshecho el cuello, sin sombrero y en cuerpo, iba pidiendo favor al Rey, favor á la justicia, tras un ladron que en seguimiento

de una iglesia (y no de puro buen cristiano) iba tan ligero como pedia la necesidad y le mandaba el miedo. Atras, cercado de gente, quedaba el escribano lleno de lodo, con las cajas en el brazo izquierdo, escribiendo sobre la rodilla. Y noté que no hay cosa que crezca tanto en tan poco tiempo como culpa en poder de escribano, pues en un instante tenía una resma al cabo. Pregunté la causa del alboroto: dijeron que aquel hombre que huia era amigo del alguacil, y que le fió no sé qué secreto tocante en delito; y por no dejarlo á otro que lo hiciese, quiso él asirle. Huyósele despues de haberse dado muchas puñadas; y viendo que venía gente, encomendóse á sus piés, y fuése á dar cuenta de sus negocios á un retablo. El escribano hacia la causa miéntras el alguacil con los corchetes (que son podencos del verdugo que siguen ladrando) iban tras él, y no le podian alcanzar. Y debia de ser el ladron muy ligero, pues no le podian alcanzar soplones, que por fuerza corrian como el viento. «¿Con qué podrá premiar una república el celo deste alguacil, pues porque yo y el otro tengamos nuestras vidas, honras y haciendas ha aventurado su persona? Este merece mucho con Dios y con el mundo: mírale cuál va roto y herido, llena de sangre la cara, por alcanzar á aquel delincuente y quitar un tropezon á la paz del pueblo.» «Basta, dijo el viejo, que si no te van á la mano, dirás un dia entero. Sábete que ese alguacil no sigue á este ladron ni procura alcanzarle por el particular y universal provecho de nadie, sino que como ve que aquí le mira todo el mundo, córrese de que haya quien en materia de hurtar le eche el pié delante, y por eso aguija por alcanzarle. Y no es culpable el alguacil porque le prendió siendo su amigo si era delincuente; que no hace mal el que come de su hacienda, ántes hace bien y justamente, y todo delincuente y malo, sea quien fuere, es hacienda del alguacil, y le es lícito comer della. Estos tienen sus censos sobre azotes y galeras, y sus juros sobre la horca. Y

«réeme que el año de virtudes para estos y para el infierno es estéril; y no sé cómo aborreciéndolos el mundo tanto, por venganza dellos no da en ser bueno alrede por uno ó por dos años, que de hambre y de pena se moririan; y renegad de oficio que tiene situados sus gajes donde los tiene situados Bercebú.» «Ya que en eso pongas tambien dolo, ¿cómo lo podrás poner en el escribano que le hace la causa calificada con testigos?» «Ríete deso, dijo: ¿has visto tú alguacil sin escribano algun dia? No por cierto; que como ellos salen á buscar de comer, porque (aunque topen un inocente) no vaya á la cárcel sin causa, l'evan escribano que se la haga; y así, aunque ellos no den causa para que les prendan, hácesela el escribano, y están presos con causa; y en los testigos no repares, que para cualquier cosa tendrán tantos como tuviere gotas de tinta el tintero; que los más en los malos oficiales los presenta la pluma y los examina la cudicia. Y si dicen algunos lo que es verdad, escriben lo que han menester y repiten lo que dijeron. Y para andar como habia de andar el mundo, mejor fuera y más importara que el juramento que ellos toman al testigo que jure á Dios y á la cruz decir verdad en lo que le fuere preguntado, que el testigo se lo tomara á ellos de que la escribirán como ellos la dijeren. Muchos hay buenos escribanos, y alguaciles muchos; pero de sí el oficio es con los buenos como la mar con los muertos, que no los consiente, y dentro de tres dias los echa á la orilla. Bien me parece á mí un escribano á caballo y un alguacil con capa y gorra honrando unos azotes, como pudiera un bautismo, detras de una sarta de ladrones que azotan; pero siento que cuando el pregonero dice: A estos hombres por ladrones,—que suene el eco en la vara del alguacil y en la pluma del escribano.»

Más dijera si no le tuviera la grandeza con que un hombre rico iba en una carroza tan hinchado, que parecia porfiaba á sacarla de husillo, pretendiendo parecer tan grave,

que á las cuatro bestias áun se lo parecia, segun el espacio con que andaban. Iba muy derecho, preciándose de espetado, escaso de ojos, y avariento de miraduras, ahorrando cortesías con todos, sumida la cara en un cuello abierto hácia arriba, que parecia vela en papel, y tan olvidado de sus conjunturas, que no sabía por dónde volverse á hacer una cortesía ni levantar el brazo á quitarse el sombrero, el cual parecia miembro segun estaba fijo y firme. Cercaban el coche cantidad de criados traidos con artificio, entretenidos con promesas y sustentados con esperanzas. Otra parte iba de acompañamiento de acreedores, cuyo crédito sustentaba toda aquella máquina. Iba un bufon en el coche entreteniéndole. «Para tí se hizo el mundo, dije yo luego que le vi, que tan descuidado vives y con tanto descanso y grandeza. ¡Qué bien empleada hacienda! ¡Qué lucida! ¡Y cómo representa bien quién es este caballero!» «Todo cuanto piensas (dijo el viejo) es disparate y mentira y cuanto dices, y sólo aciertas en decir que el mundo sólo se hizo para éste; y es verdad, porque el mundo es sólo trabajo y vanidad, y éste es todo vanidad y locura. ¿Ves los caballos? Pues comiendo se van, á vueltas de la cebada y paja, al que la fia á éste, y por cortesía de las ejecuciones trae ropilla. Más trabajo le cuesta la fábrica de sus embustes para comer que si lo ganara cavando. ¿Ves aquel bufon? Pues has de advertir que tiene por bufon al que le sustenta y le da lo que tiene. ¿Qué más miseria quieres destos ricos que todo el año andan comprando mentiras y adulaciones, y gastan sus haciendas en falsos testimonios? Va aquel tan contento porque el truhan le ha dicho que no hay tal príncipe como él, y que todos los demas son unos escuderos, como si ello fuera así. Y diferencian muy poco, porque el uno es jugiar del otro: desta suerte el rico se rie con el bufon, y el bufon se rie del rico, porque hace caso de lo que lisonjea.»

Venía una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos

que la miraban, y dejando los corazones llenos de deseos; iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro á los que ya la habian visto, y descubriéndole á los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo, tal vez por tejadillo; ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo solo, y tapada de medio lado, descubria un tarazon de mejilla. Los cabellos martirizados hacian sortijas á las sienes; el rostro era nieve y grana y rosas, que se conservaban en amistad, esparcidas por labios, cuello y mejillas; los dientes trasparentes; y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones; el talle y paso ocasionando pensamientos lascivos; tan rica y galana, como cargada de joyas recebidas y no compradas. Vila, y arrebatado de la naturaleza, quise seguirla entre los demas, y á no tropezar en las canas del viejo, lo hiciera. Volvíme atras y diciendo: «Quien no ama con todos sus cinco sentidos una mujer hermosa, no estima á la naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. Dichoso es el que halla tal ocasion, y sabio el que la goza. ¡Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer que nació para amada del hombre! De todas las cosas del mundo aparta y olvida su amor correspondido, teniéndole todo en poco y tratándole con desprecio. ¡Qué ojos tan honestamente hermosos! Qué mirar tan cauteloso y prevenido en los descuidos de un alma libre! ¡Qué cejas tan negras esforzando recíprocamente la blancura de la frente! ¡Qué mejillas, donde la sangre mezclada con la leche engendra lo rosado que admira! ¡Qué labios encarnados guardando perlas que la risa muestra con recato! ¡Qué cuello! ¡Qué manos! ¡Qué talle! Todos son causa de perdicion, y juntamente disculpa del que se pierde por ella.» «¿Qué más le queda á la edad que decir y al apetito que desear? dijo el viejo. Trabajo tienes si con cada cosa que ves haces esto. Triste fué tu vida; no naciste sino para admirado. Hasta ahora te juzgaba por ciego, y

ahora veo que tambien eres loco; y echo de ver que hasta ahora no sabes para lo que Dios te dió los ojos ni cuál es su oficio: ellos han de ver, y la razon ha de juzgar y elegir: al reves lo haces, ó nada haces, que es peor. Si te andas á creerlos, padecerás mil confusiones, tendrás las sierras por azules, y lo grande por pequeño; que la longitud y la proximidad engañan la vista. ¡Qué rio caudaloso no se burla della, pues para saber hácia dónde corre es menester una paja ó ramo que se lo muestre! ¿Viste esa vision, que acostándose fea se hizo esta mañana hermosa ella misma y hace extremos grandes? Pues sábete que las mujeres lo primero que se visten en despertando es una cara, una garganta y unas manos, y luégo las sayas. Todo cuanto ves en ellas es tienda, y no natural. ¿Ves el cabello? Pues comprado es y no criado; las cejas tienen más de ahumadas que de negras; y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran; los dientes que ves en la boca era, de puro negra, un tintero, y á puros polvos se ha hecho salvadera; la cera de los ojos se ha pasado á los labios, y cada uno es una candelilla; ¿las manos? pues lo que parece blanco es untado. ¿Qué cosa es ver una mujer que ha de salir otro dia á que la vean, echarse la noche ántes en adobo, y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y á la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren? ¿Qué es ver una fea ó una vieja querer, como el otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma? ¿Estásla mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras, no las conocerias; y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa, donde se enjugan y secan y derriten más jalbegues que sus faldas desconfiadas de sus personas. Cuando quieren halagar algunas narices, luégo se encomiendan á la pastilla y al sahumerio ó aguas de olor; y á veces los piés disimulan el sudor con las zapatillas de ámbar. Dígote que nuestros sentidos están en ayunas de lo

que es mujer, y ahítos de lo que le parece. Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo de la cama en los chapines; si la pretendes, te cansas; si la alcanzas, te embarazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue; si la quieres, te deja. Dáme á entender de qué modo es buena, y considera ahora este animal soberbio con nuestra flaqueza, á quien hacen poderoso nuestras necesidades (más provechosas sufridas ó castigadas, que satisfechas), y verás tus disparates claros. Considérala padeciendo los meses, y te dará asco; y cuando está sin ellos, acuérdate que los ha tenido y que los ha de padecer, y te dará horror lo que te enamora; y avergüénzate de andar perdido por cosas que en cualquier estatua de palo tienen ménos asqueroso fundamento.»

Mirando estaba yo confusion de gente tan grande, cuando dos figurones, entre pantasmas y colosos, con caras abominables y facciones traidas tiraron una cuerda. Delgada me pareció y de mil diferentes colores, y dando gritos por unas simas que abrieron por bocas, dijeron: «Ea, gente cuerda, alto á la obra.» No lo hubieron dicho cuando de todo el mundo que estaba al otro lado se vinieron á la sombra de la cuerda muchos, y en entrando eran todos tan diferentes, que parecia trasmutacion ó encanto. Yo no conocí á ninguno. «¡Válgate Dios por cuerda, decia yo, que tales tropelías haces!» El viejo se limpiaba las lagañas, y daba unas carcajadas sin dientes con tantos dobleces de mejillas, que se arremetian á sollozos mirando mi confusion. «Aquella mujer allí fuera estaba más compuesta que copla, más serena que la de la mar, con una honestidad en los huesos, anublada de manto; y en entrando aquí ha desatado las coyunturas (mira de par en par); y por los ojos está disparando las entrañas á aquellos mancebos, y no deja descansar la lengua en ceceos, los ojos en guiñaduras, las manos en tecleados de moño.» «¿Qué te ha dado,

mujer? ¿Eres tú la que yo ví allí?» «Sí es (decia el viejo con una voz trompicada en toses y con juanetes de gargajos), ella es; mas por debajo de la cuerda hace estas habilidades.» «Y aquel que estaba allí tan ajustado de ferreruelo, tan atusado de traje, tan recoleto de rostro, tan angustiado de ojos, tan mortificado de habla, que daba respeto y veneracion, dije yo, ¿cómo no hubo pasado cuando se descerrajó de mohatras y de usuras? Montero de necesidades que las arma trampas, y perpétuo vocinglero del tanto más cuanto, anda acechando logros.» «Ya te he dicho que eso es por debajo de la cuerda.» «¡Válate el diablo por cuerda, que tales cosas urdes! Aquel que anda escribiendo billetes, sonsacando virginidades y solicitando deshonras, y facilitando maldades, yo lo conocí á la orilla de la cuerda, dignidad gravísima.» «Pues por debajo de la cuerda tiene esas ocupaciones, respondió mi ayo.» «Aquél que anda allí juntando bregas, aguzando pendencias, revolviendo caldos, aumentando cizañas, y calificando porfías, y dando pistos á temas desmayadas, yo lo ví fuera de la cuerda revolviendo libros, ajustando leyes, examinando la justicia, ordenando peticiones, dando pareceres: ¿cómo he de entender estas cosas?» «Ya te lo he dicho, dijo el buen caduco: ese propio por debajo de la cuerda hace lo que ves, tan al contrario de lo que profesa. Mira aquél que fuera de la cuerda viste á la brida en mula tartamuda de paso, con ropilla y ferreruelo y guantes y receta, dando jarabes, cuál anda aquí á la brida en un basilisco, con peto y espaldar y con manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos, y conquistando las vidas que allí parecia que curaba,—aquí por debajo de la cuerda está estirando las enfermedades para que den de sí y se alarguen, y allí parecia que rehusaba las pagas de las visitas. Mira, mira aquel maldito cortesano, acompañante perdurable de los dichosos, cuál andaba allí fuera á la vista de aquel ministro mirando las zalemas de los otros para excederlas, rema-

tando las reverencias en desaparecimientos; tan bajas las hacía por pujar á otros la ceremonia, que tocaban en debuces. ¿No le viste siempre inclinada la cabeza como si recibiera bendiciones, y negociar de puro humilde á lo Guadiana por debajo de tierra, y aquel amén sonoro y anticipado á todos los otros vergantes á cuanto el patron dice y contradice? Pues mírale allí por debajo de la cuerda royéndole los zancajos, que ya se le ve el hueso, abrasándole en chismes, maldiciéndole y engañándole, y volviendo en gestos y en muecas las esclavitudes de la lisonja, lo cariacontecido del semblante, y las adulaciones menudas del coleo de la barba y de los entretenimientos de la jeta. ¿Viste allá fuera aquel maridillo dar voces que hundia el barrio: «cierren esa puerta, qué cosa es ventanas, no quiero coche, en mi casa me como, calle y pase, que así hago yo,» y todo el séquito de la negra honra? Pues mírale por debajo de la cuerda encarecer con sus desabrimientos los encierros de su mujer. Mírale amodorrido con una promesa, y los negocios que se le ofrecen cuando le ofrecen, cómo vuelve á su casa con un esquilon por tos tan sonora que se oye á seis calles. ¡Qué calidad tan inmensa y qué honra halla en lo que come y en lo que le sobra, y qué nota en lo que pide y le falta, qué sospechoso es de los pobres, y qué buen concepto tiene de los dadivosos y ricos, qué á raíz tiene el ceño de los que no pueden más, y qué á propósito las jornadas para los precipitados de dádiva! ¿Ves aquel bellaconazo que allí está vendiéndose por amigo de aquel hombre casado y arremetiéndose á hermano, que acude á sus enfermedades y á sus pleitos, y que le prestaba y le acompañaba? Pues mírale por debajo de la cuerda añadiéndole hijos y embarazos en la cabeza y trompicones en el pelo. Oye cómo reprendiéndoselo aquel vecino, que parece mal que éntre á cosas semejantes en casa de su amigo, donde le admiten y se fian dél y le abren la puerta á todas horas, él responde: ¿Pues qué, quereis que vaya donde me

aguarden con una escopeta, no se fian de mí y me niegan la entrada? Eso sería ser necio, si estotro es ser bellaco.» Quedé muy admirado de oir al buen viejo y de ver lo que pasaba por debajo de la cuerda en el mundo, y entónces dije entre mí: «Si á tan delgada sombra, fiando su cubierta del bulto de una cuerda, son tales los hombres, ¿qué serán debajo de tinieblas de mayor bulto y latitud?»

Extraña cosa era de ver cómo casi todos se venian de la otra parte del mundo á declararse de costumbres en estando debajo de la cuerda. Y luégo á la postre vi otra maravilla, que siendo esta cuerda de una línea invisible, casi debajo della cabian infinitas multitudes; y que hay debajo de cuerda en todos los sentidos y potencias, y en todas partes y en todos oficios; y yo lo veo por mí que ahora escribo este discurso diciendo que es para entretener, y por debajo de la cuerla doy un jabon muy bueno á los que prometí halagos muy sazonados. Con esto el viejo me dijo: «Forzoso es que descanses; que el choque de tantas admiraciones y de tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginacion. Reposa un poco para que lo que resta te enseñe y no te atormente.» Yo tal estaba, que dí conmigo en el sueño y en el suelo obediente y cansado

VISITA DE LOS CHISTES.

A DOÑA MIRENA RIQUEZA.

Harto es que me haya quedado algun discurso despues que vi á vuesa merced, y creo que me dejó éste por ser de la muerte. No se lo dedico porque me lo ampare: llévoselo yo, porque le mejore: designio interesado es el mio, para la enmienda de lo que puede estar escrito con algun desaliño, ó imaginado con poca felicidad. No me atrevo yo á encarecer la invencion, por no acreditarme de invencionero. Procurado he pulir el estilo y sazonar la pluma con curiosidad. Ni entre la risa me he olvidado de la doctrina. Si me han aprovechado el estilo y la diligencia, le remito á la censura que vuesa merced hiciera dél si llega á merecer que le mire; y podré yo decir entónces que soy dichoso por sueños. Guarde Dios á vuesa merced, que lo mismo hiciera yo. En la prision, y en la Torre, á 6 de Abril de 1622.

A QUIEN LEYERE.

He querido que la muerte acabe mis discursos como las demas cosas: quiera Dios que tenga buena suerte. Este es el quinto sueño; no me queda ya que soñar. Y si en la *Visita de los Chistes* no despierto, no hay que aguardarme. Si te pareciere que ya es mucho sueño, perdona algo la modorra que padezco; y si no, guárdame el sueño, que yo seré siete-durmiente de las tales figuras. *Vale.*

DISCURSO.

Están siempre cautelosos y prevenidos los ruines pensamientos, la desesperacion cobarde y la tristeza, esperando coger á solas á un desdichado para mostrarse alentados con él (propia condicion de cobardes, en que juntamente hacen ostentacion de su malicia y de su vileza). Por bien que lo tengo considerado en otros, me sucedió en mi prision; pues habiendo (ó por acariciar mi sentimiento ó por hacer lisonja á mi melancolía) leido aquellos versos que Lucrecio escribió con tan animosas palabras, me vencí de la imaginacion, y debajo del peso de tan ponderadas palabras y razones me dejé caer tan postrado con el dolor del desengaño que leí, que ni sé si me desmayé advertido ó escandalizado. Para que la confesion de mi flaqueza se pueda disculpar, escribo por introduccion á mi discurso la voz del poeta divino, que suena ansí, rigurosa con amenazas tan elegantes:

Denique si vocem rerum natura repentè
Mittat, et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa:
Quid tibi tantopere est, mortalis, quod nimis aegris
Luctibus indulges? Quid mortem congemis, ac fles
Nam si grata fuit tibi vita anteacta, priorque,
Et non omnia pertusum congesta quasi in vas
Commoda perfluxere, atque ingrata interiere:
Cur non, ut plenus vitae, conviva, recedis?
Aequo animoque capis securam, stulte, quietem?

Entróseme luégo por la memoria de rondon Job dando voces y diciendo:

Al fin hombre nacido
De mujer flaca, de miserias lleno,
A breve vida como flor traido,
De todo bien y de descanso ajeno
Que, como sombra vana,
Huye á la tarde y nace á la mañana.

Con este conocimiento propio acompañaba luégo el de la vida que hicimos diciendo:

Guerra es la vida del hombre
Miéntras vive en este suelo;
Y sus horas y sus dias
Como las del jornalero.

Yo, que arrebatado de la consideracion, me vi á los piés de los desengaños, rendido, con lastimoso sentimiento y con celo enojado, repetí á estos en la fantasía:

¡Qué perezosos piés, qué entretenidos
Pasos lleva la muerte por mis daños!
El camino me alargan los engaños,
Y en mí se escandalizan los perdidos;
Mis ojos no se dan por entendidos;
Y por descaminar mis desengaños,
Me disimulan la verdad los años,
Y les guardan el sueño á los sentidos.
Del vientre á la prision vine en naciendo,
De la prision iré al sepulcro amando,
Y siempre en el sepulcro estaré ardiendo:
Cuantos plazos la muerte me va dando,
Prolijidades son, que va creciendo
Porque no acabe de morir penando.

Entre estas demandas y respuestas fatigado y combatido (sospecho que fué cortesía del sueño piadoso más que de natural), me quedé dormido. Luégo que desembarazada el alma se vió ociosa sin la tarea de los sentidos exteriores, me embistió desta manera la comedia siguiente; y así la recitaron mis potencias á escuras, siendo yo para mis fantasías auditorio y teatro.

Fueron entrando unos médicos á caballo en unas mulas, que con gualdrapas negras parecian tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe y desigual: de manera que los dueños iban encima en mareta y algunos vaivenes de serradores; la vista asquerosa de puro pasear los ojos por orinales y servicios; las bocas emboscadas en barbas, que apénas se las hallara un brazo; sayos con resabios de vaqueros, guantes en infusion, doblados como los que curan; sortijon en el pulgar con piedra tan grande, que cuando toma el pulso pronostica al enfermo la losa. Eran estos en gran número, y todos rodeados de platicantes, que cursan en lacayos, y tratando más con las mulas que con los dotores, se gradúan de médicos. Yo viéndolos dije: «Si destos se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan á nosotros.»

Alrededor venia gran chusma y caterva de boticarios con espátulas desenvainadas y jeringas en ristre, armados de cala en parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que estos venden, aunque estén caducando en las redomas de puro añejos, y los socrocios tengan telarañas, los dan; y así son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del dotor, y acábase en las campanas de la iglesia. No hay gente más fiera que estos boticarios: son armeros de los dotores; ellos les dan armas. No hay cosa suya que no tenga achaques de guerra y que no aluda á armas ofensivas: jarabes, que ántes les sobran letras para

ara, que les alten; botes se dicen los de pica, espátulas son espadas en su lengua, píldoras son balas; clísteres y melecinas, cañones; y así se llaman cañon de melecina. Y bien mirado, si así se toca la tecla de las purgas, sus tiendas son purgatorios, y ellos los infiernos, los enfermos los condenados, y los médicos los diablos. Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamás.

Venian todos vestidos de recetas y coronados de erres asaeteadas, con que empiezan las recetas. Y consideré que los dotores hablan á los boticarios diciendo: *Recipe*, que quiere decir *recibe*; de la misma suerte habla la mala madre á la hija, y la codicia al mal ministro. ¡Pues decir que en la receta hay otra cosa que erres asaeteadas por delincuentes, y luégo *Ana*, *Ana*, que juntas hacen un Annás para condenar á un justo! Síguense uncias y más onzas: ¡qué alivio para desollar un cordero enfermo! Y luégo ensartan nombres de simples, que parecen invocaciones de demonios: *Buphthálmus*, *opopánax*, *leontopetalon*, *tragorí-ganum*, *potamogéton senospugillos*, *dixcathalicon*, *petroselinum*, *scilla* y *rapa*. Y sabido qué quiere decir tan espantosa baraunda de voces tan rellenas de letrones, son zanahoria, rábanos y peregil y otras suciedades. Y como han oido decir que quien no te conoce te compre, disfrazan las legumbres porque no sean conocidas y las compren los enfermos. *Elingatis* dicen lo que es lamer, *catapotia* las píldoras, *clyster* la melecina, *glans* ó *balanus* la cala, y *errhinae* el moquear. Y son tales los nombres de sus recetas y tales son sus medicinas, que las más veces, de asco de sus porquerías y hediondeces con que persiguen á los enfermos, se huyen las enfermedades.

¿Qué dolor habrá de tan mal gusto que no se huya de los tuétanos por no aguardar el emplasto de Guillen Serven y verse convertir en baul una pierna ó muslo donde él está?

Cuando vi á éstos y á los dotores entendí cuán mal se dice para notar diferencia aquel asqueroso refran: «Mucho va del c... al pulso;» que ántes no va nada, y sólo van los médicos, pues inmediatamente desde él van al servicio y al orinal á preguntar á los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió á la cámara y á la orina. Y como si el orinal les hablase al oido, se le llegan á la oreja, avahándose los barbones con su niebla. ¿Pues verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar su parecer al bacin, y su dicho á la hedentina? No les esperara un diablo. ¡Oh malditos pesquisidores contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrías, azotan con ventosas, destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos sin alma y sin conciencia!

Luégo se seguian los cirujanos cargados de pinzas, tientas, cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones. Entre ellos se oia una voz muy dolorosa á mis oidos, que decia: «Corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, agigota, rebana, descarna y abrasa.» Dióme gran temor, y más verlos el paloteado que hacian con los cauterios y tientas: unos huesos se me querian entrar de miedo dentro de otros; híceme un ovillo.

En tanto vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes haciendo bragueros, y en esto conocí que eran sacamuelas, el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos, con las muelas ajenas y no ver diente que no quieran ver ántes en su collar que en las quijadas, desconfian á las gentes de Santa Polonia, levantan testimonios á las encías y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos andar tras los dientes ajenos como si fueran ratones, y pedir dineros por sacar una muela, como si la pusieran.

¿Quién vendrá acompañado desta maldita canalla? decia yo; y me parecia que áun el diablo era poca cosa para tan

maldita gente, cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco; tocaban todos pasacalles y bacas; que me maten si no son barberos: ellos que entran. No fué mucha habilidad el acertar; que esta gente tiene pasacalles infusos y guitarra gratis data: era de ver puntear á unos y rasgar á otros. Yo decia entre mí: «¡Dolor de la barba que, ensayada en saltarenes, se ha de ver raspar, y del brazo que ha de recibir una sangría pasada por chaconas y folías!» Consideré que todos los demas ministros del martirio inducidores de la muerte estaban en mala moneda y eran oficiales de vellon y hierro viejo, y que solos los barberos se habian trocado en plata. Y entretúveme en verlos manosear una cara, sobajar otra, y lo que se huelgan con un testuz en el lavatorio.

Luégo comenzó á entrar una gran cantidad de gente: los primeros eran habladores. Parecian azudas en conversacion, cuya música era peor que la de órganos destemplados. Unos hablaban de hilvan, otros á borbotones, otros á chorretadas, otros habladorísimos hablaban á cántaros: gente que parece que lleva pujo de decir necedades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron que eran habladores de diluvios, sin escampar de dia ni de noche; gente que habla entre sueños, y que madruga á hablar. Habia habladores secos, y habladores que llaman del rio ó del rocío y de la espuma; gente que graniza de perdigones. Otros que llaman tarabilla, gente que se va de palabras como de cámara, que hablan á toda furia. Habia otros habladores nadadores, que habian nadando con los brazos hácia todas partes y tirando manotadas y coces; otros gimios haciendo gestos y visajes. Venian los unos consumiendo á los otros.

Síguense los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia, y andaban hechos uñas de las vidas ajenas espulgándolos á todos.

Venian tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos risueños y bien vestidos y medrados, que no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un gran auditorio de mentecatos y ruines.

Detras venian los entremetidos, muy soberbios y satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venian ingiriéndose en los otros y penetrándose en todo, tejidos y enmarañados en cualquier negocio: son lapas de la ambicion y pulpos de la prosperidad. Estos venian los postreros, segun pareció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venian tan apartados; y dijéronme unos habladores (sin preguntarlo yo á ellos): «Estos entremetidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos.» En esto estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento, y no sabia imaginar quién pudiese venir.

En esto entró una que parecia mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo abierto y otro cerrado, y vestida y desnuda de todas colores: por el un lado era moza, y por el otro era vieja; unas veces venía despacio, y otras apriesa; parecia que estaba léjos, y estaba cerca; y cuando pensé que empezaba á entrar, estaba ya á mi cabecera. Yo me quedé como hombre que le preguntan qué es cosa y cosa, viendo tan extraño ajuar y tan desbaratada compostura. No me espantó; suspendióme, y no sin risa, porque bien mirado era figura donosa. Preguntéle quién era, y dijóme: «La muerte.» ¿La muerte? Quedé pasmado. Y apénas abrigué al corazon algun aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije: «Pues ¿á qué vienes?» «Por tí,» dijo. «¡Jesus mil veces! Muérome segun eso.» «No te mueres, dijo ella; vivo has de venir conmigo á hacer una visita á los difuntos; que pues han venido tantos muertos

á los vivos, razon será que vaya un vivo á los muertos, y los muertos sean oidos. ¿Has oido decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, vén conmigo.» Perdido de miedo le dije: «¿No me dejarás vestir?» «No es menester, respondió; que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa; yo traigo los trastos de todos porque vayan más ligeros.» Fuí con ella donde me guiaba; que no sabré decir por dónde, segun iba poseido del espanto. En el camino la dije: «Yo no veo señas de la muerte, porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña.» Paróse y respondió: «Eso no es la muerte, sino los muertos ó lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conoceis, y sois vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertos de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte; y lo que llamais morir es acabar de morir, y lo que llamais nacer es empezar á morir, y lo que llamais vivir es morir viviendo, y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra á la sepultura. Si esto entendiérades así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada dia y la lejana en el otro; y viérades que todas vuestras casas están llenas della, y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas; y no la estuviérades aguardando, sino acompañándola y disponiéndola. Pensais que es huesos la muerte, y que hasta que veais venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros; y primero sois calavera y huesos que creais que lo podeis ser.» «Dime, dije yo, ¿qué significan éstos que te acompañan, y por qué van, siendo tú la muerte, más cerca de tu persona los enfadosos y habladores que los médicos?» Respondióme: «Mucha más gente enferma de los enfadosos que de los tabardillos y calenturas, y mucha más gente matan los habladores y entremetidos que los médicos. Y has de saber que todos enferman del exceso ó destemplanza de humores; pero lo

que es morir, todos mueren de los médicos que los curan: y así no habeis de decir, cuando preguntan, ¿de qué murió Fulano? de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas; sino murió de un dotor Tal, que le dió de un dotor Cual. Y es de advertir que en todos los oficios, artes y estados se ha introducido el don en hidalgos, en villanos: yo he visto sastres y albañiles con don, y ladrones y galeotes en galeras. Pues si se mira en las ciencias, en todas hay á millares; sólo los médicos ninguno ha habido con don, pudiéndolos tener muchos; mas todos tienen don de matar, y quieren más din al despedirse que don al llamarlos.»

En esto llegamos á una sima grandísima, la muerte predicadora y yo desengañado. Zabullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella, animado con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban á la entrada tres bultos armados á un lado, y otro monstruo terrible enfrente; siempre combatiendo entre sí todos, y los tres con el uno, y el uno con los tres. Paróse la Muerte, y díjome: «¿Conoces á esta gente?» «Ni Dios me la deje conocer,» dije yo. «Pues con ellos andas á las vueltas (dijo ella) desde que naciste; mira cómo vives, replicó. Estos son los enemigos del hombre: el Mundo es aquél, éste es el Diablo, y aquella la Carne.» Y es cosa notable que eran todos parecidos unos á otros, que no se diferenciaban. Díjome la Muerte: «Son tan parecidos, que en el mundo teneis á los unos por los otros. Piensa un soberbio que tiene todo el mundo, y tiene al diablo. Piensa un lujurioso que tiene la carne, y tiene al demonio; y así anda todo.» «¿Quién es, dije yo, aquel que está allí apartado haciéndose pedazos con estos tres con tantas caras y figuras?» «Ese es (dijo la Muerte) el Dinero, que tiene puesto pleito á los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos, y que adonde él está no son menester, porque él solo es todos tres enemigos. Y fúndase para decir que el dinero es

el diablo en que todos decis: Diablo es el dinero; y que lo que no hiciere el dinero, no lo hará el diablo; endiablada cosa es el dinero. Para ser el Mundo, dice que vosotros decís que no hay más mundo que el dinero; quien no tiene dinero váyase del mundo; al que le quitan el dinero decís que le echan del mundo, y que todo se da por el dinero. Para decir que es la carne el dinero, dice el Dinero: Dígalo la Carne; y remítese á las putas y mujeres malas, que es lo mismo que interesadas.» «No tiene mal pleito el Dinero (dije yo), segun se platica por allá.» Con esto nos fuimos más abajo, y ántes de entrar por una puerta muy chica y lóbrega me dijo: «Estos dos que saldrán aquí conmigo son las postrimerías.» Abrióse la puerta, y estaban á un lado el infierno y el que llaman juicio de Mínos (así me dijo la Muerte que se llamaban). Estuve mirando al infierno con atencion, y me pareció notable cosa. Díjome la Muerte: «¿Qué miras?» «Miro (respondí) al Infierno, y me parece que le he visto otras veces.» «¿Dónde?» preguntó. «¿Dónde? (dije): en la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos, en la vanidad de los príncipes; y donde cabe el infierno todo, sin que se pierda gota, es en la hipocresía de los mohatreros de las virtudes, que hacen logro del ayuno y del oir misas. Y lo que más he estimado es haber visto el juicio de Mínos, porque hasta ahora he vivido engañado, y ahora veo el Juicio como es. Echo de ver que el que hay en el mundo no es juicio, ni hay hombre de juicio, y que hay muy poco juicio en el mundo. ¡Pesia tal! (decia yo) si deste juicio hubiera allá, no digo parte, sino nuevas creidas, sombra ó señas, otra cosa fuera. Si los que han de ser jueces han de tener deste juicio, buena anda la cosa en el mundo. Miedo me da de tornar arriba viendo que siendo este el juicio se está aquí casi entero, y que poca

parte está repartida entre los vivos. Más quiero muerte con juicio que vida sin él.

Con esto bajamos á un grandísimo llano, donde parecia estaba depositada la oscuridad para las noches. Díjome la Muerte: «Aquí has de parar; que hemos llegado á mi tribunal y audiencia.» Aquí estaban las paredes colgadas de pésames; á un lado estaban las malas nuevas, ciertas y creidas y no esperadas; el llanto en las mujeres engañoso, engañado en los amantes, perdido de los necios, y desacreditado en los pobres. El dolor se habia desconsolado y creido, y solos los cuidados estaban solícitos y vigilantes, hechos carcomas de reyes y príncipes, alimentándose de los soberbios y ambiciosos. Estaba la envidia con hábito de viuda, tan parecida á dueña, que la quise llamar Alvarez ó Gonzalez; en ayunas de todas las cosas, cebada en sí misma, magra y exprimida; los dientes (con andar siempre mordiendo de lo mejor y de lo bueno) los tenía amarillos y gastados; y es la causa que lo bueno y santo para morderlo lo llega á los dientes; mas nada bueno le pude entrar de los dientes adentro. La discordia estaba debajo della, como que nacia de su vientre (y creo que es su hija legítima). Esta, huyendo de los casados, que siempre andan á voces, se habia ido á las comunidades y colegios; y viendo que sobraba en ambas partes, se fué á los palacios y cortes, donde es lugarteniente de los diablos. La ingratitud estaba en un gran horno, haciendo de una masa de soberbia y odio, demonios nuevos cada momento. Holguéme de verla, porque siempre habia sospechado que los ingratos eran diablos, y caí entónces en que los ángeles para ser diablos fueron primero ingratos. Andaba todo hirviendo de maldiciones. «¿Quién diablos (dije yo) está lloviendo maldiciones aquí?» Díjome un muerto que estaba á mi lado: «¿Maldiciones quereis que falten donde hay casamenteros y sastres, que son la gente más maldita del mundo, pues todos decís: Mal haya quien me casó, mal

haya quien con vos me juntó; y los más, mal haya quien me vistió?» «¿Qué tiene que ver (dije yo) sastres y casamenteros en la audiencia de la muerte?» «¡Pesia tal! dijo el muerto (que era impaciente), ¿estais loco? que si no hubiera casamenteros, ¿hubiera la mitad de los muertos y desesperados? A mí me lo decid, que soy marido cinco (como bolo), y se me quedó allá la mujer y piensa acompañarme otros diez. Pues sastres; ¿á quién no matarán las mentiras y largas de los sastres y hurtos? Y son tales, que para llamar á la desdicha peor nombre, la llaman desastre, del sastre; y es el principal miembro de este tribunal que aquí veis.»

Alcé los ojos y ví la Muerte en su trono, y á los lados muchas muertes. Estaba la muerte de amores, la muerte de frio, la muerte de hambre, la muerte de miedo y la muerte de risa, todas con diferentes insignias. La muerte de amores estaba con muy poquito seso. Tenía, por estar acompañada, porque no se le corrompiese por la antigüedad, á Píramo y Tisbe embalsamados, y á Leandro y Hero y á Macías en cecina, y algunos portugueses derretidos. Mucha gente vi que estaba ya para acabar debajo de su guadaña, y á puros milagros del interes resucitaban. En la muerte de frio vi á todos los ricos, que como no tienen mujer ni hijos ni sobrinos que los quieran, sino á sus haciendas, estando malos, cada uno carga en lo que puede, y mueren de frio. La muerte de miedo estaba la más rica y pomposa y con acompañamiento más magnífico, porque estaba toda cercada de gran número de tiranos y poderosos. Estos mueren á sus mismas manos, y sus sayones son sus conciencias, y ellos son verdugos de sí mismos, y sólo un bien hacen en el mundo, que matándose á sí de miedo, recelo y desconfianza, vengan de sí propios á los inocentes. Estaban con ellos los avarientos cerrando cofres, arcones y ventanas, enlodando resquicios, hechos sepulturas de sus talegos, y pendientes de cualquier ruido de

viento, los ojos hambrientos de sueño, las bocas quejosas de las manos, las almas trocadas en plata y oro. La muerte de risa era la postrera, y tenía un grandísimo cerco de confiados y tarde arrepentidos; gente que vive como si no hubiese justicia, y muere como si no hubiese misericordia. Estos son los que diciéndoles: Restituid lo mal llevado; dicen: Es cosa de risa. Mirad que estais viejo, y que ya no tiene el pecado que roer en vos: dejad la mujercilla que embarazais inútil, que cansais enfermo; mirad que el mismo diablo os desprecia ya por trasto embarazoso, y la misma culpa tiene asco de vos. Responden: Es cosa de risa, y que nunca se sintieron mejores. Otros hay que están enfermos, y exhortándolos á que hagan testamento, que se confiesen, dicen que se sienten buenos y que han estado de aquella manera mil veces. Estos son gente que están en el otro mundo, y áun no se persuaden á que son difuntos. Maravillóme esta vision, y dije, herido del dolor y conocimiento: «¡Diónos Dios una vida sola, y tantas muertes! ¡De una manera se nace, y de tantas se muere! Si yo vuelvo al mundo, yo procuraré empezar á vivir.»

En esto estaba cuando se oyó una voz que dijo tres veces: «Muertos, muertos, muertos.» Con esto se rebulló el suelo y todas las paredes, y empezaron á salir cabezas, brazos y bultos extraordinarios. Pusiéronse en órden con silencio. «Hablen por su órden,» dijo la Muerte. Luégo salió uno con grandísima cólera y priesa, y se vino para mí, que entendí que me queria maltratar, y dijo: «Vivos de Satanás, ¿qué me quereis, que no me dejais muerto y consumido? ¿Qué os he hecho que sin tener parte en nada me disfamais en todo y me echais la culpa de lo que no sé?» «¿Quién eres, le dije con una cortesía temerosa, que no te entiendo?» «Soy yo (dijo) el malaventurado *Juan de la Encina*, el que habiendo muchos años que estoy aquí, toda la vida andais, en haciéndose un disparate ó en diciéndole vosotros, diciendo: No hiciera más *Juan de la Encina;* daca

los disparates de *Juan de la Encina.* Habeis de saber que para hacer y decir disparates, todos los hombres sois *Juan de la Encina;* y que este apellido de Encina es muy largo en cuanto á disparates. Pero pregunto si yo hice los testamentos en que dejais que otros hagan por vuestra alma lo que no habeis querido hacer? ¿He porfiado con los poderosos? ¿Teñíme la barba por no parecer viejo? ¿Fuí viejo, sucio y mentiroso? ¿Llamé favor el pedirme lo que tenía? ¿Enamoréme con mi dinero y el quitarme lo que tenía? ¿Entendí yo que sería bueno para mí el que á mi intercesion fué ruin con otro que se fió dél? ¿Gasté yo la vida en pretender con qué vivir? ¿Creí las sumisiones del que me hubo menester? ¿Caséme por vengarme de mi amiga? ¿Fuí yo tan miserable, que gastase un real segoviano en buscar un cuarto incierto? ¿Pudríme de que otro fuese rico ó medrase? ¿He creido las apariencias de la fortuna? ¿Tuve yo por dichosos á los que al lado de los príncipes dan toda la vida por una hora? ¿Heme preciado de hereje y de mal reglado en todo y peor contento, porque me tengan por entendido? ¿Fuí desvergonzado por campear de valiente? Pues si *Juan de la Encina* no ha hecho nada desto, ¿qué necedades hizo este pobre *Juan de la Encina?* Pues en cuanto á decir necedades, sacadme un ojo con una. Ladrones, que llamais disparates los mios y parates los vuestros, pregunto yo: ¿*Juan de la Encina* fué acaso el que dijo: Haz bien y no cates á quién, habiendo de ser al contrario: Si hicieres bien mira á quién? ¿Fué Juan de la Encina quien para decir que uno era malo dijo: Es hombre que ni teme ni debe, habiendo de decir que ni teme ni paga? Pues es cierto que la mejor señal de ser bueno es ni temer ni deber, y la mayor de la maldad ni temer ni pagar. ¿Dijo *Juan de la Encina:* De los pescados el mero, de las carnes el carnero, de las aves la perdiz, de las damas la Beatriz? No lo dijo, porque él no dijera sino: De las carnes la mujer, de los pescados el carnero, de las aves

el Ave María y despues la presentada, de las damas la más barata. Mirad si es desbaratado *Juan de la Encina:* no prestó sino paciencia, no dió sino pesadumbres, él no gastaba con los hombres que piden dinero ni con las mujeres que piden matrimonio. ¿Qué necedades pudo hacer *Juan de la Encina*, desnudo por no tratar con sastres; que se dejó quitar de la hacienda por no haber menester letrados; que se murió ántes de enfermo que de curado, para ahorrarse el médico? Sólo un disparate hizo, que fué, siendo calvo quitar á nadie el sombrero, pues fuera ménos mal ser descortés que calvo; y fuera mejor que le mataran á palos porque no se quitaba el sombrero, que no á apodos porque era calvario. Y si por hacer una necedad anda *Juan de la Encina* por todos esos púlpitos y cátedras, con votos, gobiernos y estados, enhoramala para ellos; que todo el mundo es monte, y todos son Encinas.»

En esto estabamos cuando muy estirado y con gran ceño emparejó otro muerto conmigo, y dijo: «Volved acá la cara; no penseis que hablais con *Juan de la Encina.*» «¿Quién es vuesa merced (dije yo), que con tanto imperio habla, y donde todos son iguales presume diferencia?» «Yo soy, dijo, el *Rey que rabió.* Y si no me conoceis, por lo ménos no podeis dejar de acordaros de mí, porque sois los vivos tan endiablados, que á todo decís que se acuerda del *Rey que rabió*; y en habiendo un paredon viejo, un muro caido, una gorra calva, un ferreruelo lampiño, un trabajazo rancio, un vestido caduco, una mujer manida de años y rellena de siglos, luégo decís que se acuerda del *Rey que rabió.* No ha habido tan desdichado rey en el mundo, pues no se acuerdan dél sino vejeces y harapos, antigüedades y visiones; y ni ha habido rey de tan mala memoria, ni tan asquerosa, ni tan carroña, ni tan caduca, carcomida y apolillada. Han dado en decir que rabié, y juro á Dios que mienten; sino que han dado todos en decir que rabié, y no tiene ya remedio; y no soy yo el primero rey que rabió

ni el sólo; que no hay rey, ni le ha habido, ni le habrá, á quien no levanten que rabia. Ni sé yo cómo pueden dejar de rabiar todos los reyes; porque andan siempre mordidos por las orejas, de envidiosos y aduladores que rabian.»

Otro, que estaba al lado del *Rey que rabió*, dijo: «Vuesa merced se consuele conmigo, que soy el *Rey Perico*, y no me dejan descansar de dia ni de noche. No hay cosa sucia, ni desaliñada, ni pobre, ni antigua, ni mala, que no digan que fué en tiempo del *Rey Perico*. Mi tiempo fué mejor que ellos pueden pensar. Y para ver quién fuí yo y mi tiempo y quién son ellos no es menester más que oillos, porque en diciendo á una doncella ahora la madre: Hija, las mujeres bajar los ojos y mirar á la tierra, y no á los hombres,—responden: Eso fué en tiempo del *Rey Perico*; los hombres han de mirar á la tierra, pues fueron hechos della, y las mujeres al hombre, pues fueron hechas dél. Si un padre dice á un hijo: No jures, no juegues, reza las oraciones cada mañana, persígnate en levantándote, echa la bendicion á la mesa,—dice que eso se usaba en tiempo del *Rey Perico*. Ahora le tendrán por un maricon si sabe persignarse, y se reirán dél si no jura y blasfema, porque en nuestros tiempos más tienen por hombre al que jura que al que tiene barbas.»

Al qué acabó de decir esto se llegó un muertecillo muy agudo, y sin hacer cortesía dijo: «Basta lo que han hablado; que somos muchos; y este hombre vivo está fuera de sí y aturdido.» «No dijera más *Mateo Pico*, y vengo á eso solo.» «Pues, bellaco vivo, ¿qué dijo *Mateo Pico*, que luégo andais si dijera más, no dijera más? ¿Cómo sabeis que no dijera más *Mateo Pico?* Dejadme tornar á vivir sin tornar á nacer; que no me hallo bien en barrigas de mujeres, que me han costado mucho, y vereis si digo más, ladrones viejos. Pues si yo viera vuestras maldades, vuestras tiranías, vuestras insolencias, vuestros robos, ¿no dijera más? Dijera más y más, y dijera tanto, que enmendá-

rades el refran, diciendo: Más dijera *Mateo Pico*. Aquí estoy, y digo más; y avisad desto á los habladores de allá; que yo apelo deste refran con las mil y quinientas.» Quedé confuso de mi inadvertencia y desdicha en topar con el mismo *Mateo Pico*. Era un hombrecillo menudo, todo chillido, que parecia que rezumaba de palabras por todas sus conjunturas, zambo de ojos y bizco de piernas, y me parece que le he visto mil veces en diferentes partes.

Quitóse de delante, y descubrióse una grandísima redoma de vidrio. Dijéronme que llegase, y vi jigote, que se bullia en un ardor terrible, y andaba danzando por todo el garrafon, y poco á poco se fueron juntando unos pedazos de carne y unas tajadas, y destas se fué componiendo un brazo, un muslo y una pierna, y al fin se coció y enderezó un hombre entero. De todo lo que habia visto y pasado me olvidé, y esta vision me dejó tan fuera de mí, que no diferenciaba de los muertos. «¡Jesus mil veces! dije, ¿qué hombre es este, nacido en guisado, hijo de una redoma?» En esto oí una voz que salia de la vasija, y dijo: «¿Qué año es este?» «De seiscientos y veinte y dos», respondí. «Este año esperaba yo.» «¿Quién eres, dije, que, parido de una redoma, hablas y vives?» «¿No me conoces? (dijo). La redoma y las tajadas ¿no te advierten que soy aquel famoso nigromántico de Europa? ¿No has oido decir que me hice tajadas dentro de una redoma para ser inmortal?» «Toda mi vida lo he oido decir, le respondí; mas túvelo por conversacion de la cuna y cuento de entre dijes y babador. ¿Qué, tú eres? Yo confieso que lo más que llegué á sospechar fué que eras algun alquimista que penabas en esa redoma, ó algun boticario; todos mis temores doy por bien empleados por haberte visto.» «Sábete, dijo, que mi nombre no fué del título que me da la ignorancia, aunque tuve muchos; sólo te digo que estudié y escribí muchos libros, y los mios quemaron, no sin dolor de los doctos.» «Sí me acuerdo, dije yo: oido he decir que estás enterrado en un

convento de religiosos; mas hoy me he desengañado.» «Ya que has venido aquí, dijo, desatapa esa redoma.» Yo empecé á hacer fuerza y á desmoronar tierra con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y díjome: «Espera; dime primero: ¿Hay mucho dinero en España? ¿En qué opinion está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor?» Respondíle: «No han descaecido las flotas de las Indias, aunque los extranjeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas, y á chupones se empezaron á secar las minas.» «¿Ginoveses andan á la zacapela con el dinero (dijo él)? Vuélvome jigote. Hijo mio, los ginoveses son lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos. Y vese que son lamparones, porque sólo el dinero que va á Francia no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenía yo andando esos usagres de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar ántes que verlos hechos dueños de todo.» «Señor nigromántico, repliqué yo, aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, y enferman de príncipes; y con esto y los gastos y empréstidos se apolilla la mercancía y se viene todo á repartir en deudas y locuras; y ordena el demonio que las putas vendan las rentas reales dellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y despues los hereda el consejo de Hacienda. La verdad adelgaza y no quiebra: en esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran.» «Animádome has, dijo, con eso.

»Dispondréme á salir desta vasija, como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo.» «Mucho hay que decir en esto (le respondí yo); tocado has una tecla del diablo: todos tienen honra, y todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra.

»Hay honra en todos estados, y la honra se está cayendo

de su estado, y parece que está ya siete estados debajo de tierra. Si hurtan, dicen que por conservar esta negra de honra, y que quieren más hurtar que pedir. Si piden, dicen que por conservar esta negra honra, y que es mejor pedir que no hurtar. Si levantan un testimonio, si matan á uno, lo mismo dicen; que un hombre honrado ántes se ha de dejar morir entre dos paredes que sujetarse á nadie, y todo lo hacen al reves. Y al fin en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honra á la comodidad; y con presumir de honrados y no serlo se rien del mundo.» «El diablo puede salir á vivir en ese mundecillo, dijo él. Considéromo yo á los hombres con unas honras títeres que chillan, bullen y saltan; que parecen honras, y mirado bien son andrajos y palillos. ¿El no decir verdad será mérito? ¿El embuste y la trapaza caballería? ¿Y la insolencia donaire? Honrados eran los españoles cuando podian decir deshonestos y borrachos á los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas leguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo no sabia el vino por dónde subia á las cabezas, y ahora parece que se sube hácia arriba. Pues los maridos, porque tratamos de honras, considero yo que andarán hechos buhoneros de sus mujeres, alabando cada uno á sus agujas.» «Hay maridos calzadores que los meten para calzarse la mujer con más descanso y sacarlos fuera ellos. Hay maridos linternas, muy compuestos, muy lucidos, muy bravos, que vistos de noche á escuras parecen estrellas, y llegados cerca son candelilla, cuerno y hierro, rata por cantidad. Otros maridos hay jeringas, que apartados atraen, y llegando se apartan. Pues la cosa más digna de risa es la honra de las mujeres cuando piden su honra, que es pedir lo que dan. Y si creemos á la gente y á los refranes que dicen: «Lo que arrastra honra,» la honra del marido son las culebras y las faldas.» «No estoy dos dedos de volverme jigote (dijo el nigro-

mántico) para siempre jamás: no sé qué me sospecho.

»Dime, ¿hay letrados?» «Hay plaga de letrados, dije yo: no hay otra cosa sino letrados; porque unos lo son por oficio, otros lo son por presuncion, otros por estudio, y destos pocos; y otros (éstos son los más) son letrados porque tratan con otros más ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado), y todos se gradúan de dotores y bachilleres, licenciados y maestros, más por los mentecatos con quien tratan que por las universidades; y valiera más á España langosta perpétua que licenciados al quitar.» «Por ninguna cosa saldré de aquí (dijo el nigromántico). ¿Eso pasa? Ya yo los temia, y por las estrellas alcancé esa desventura; y por no ver los tiempos que han pasado embutidos de letrados me avecindé en esta redoma, y por no los ver me quedaré hecho pastel en bote.» Repliqué: «En los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana, tenía ménos dotores, y hala sucedido lo que á los enfermos, que cuantas más juntas de dotores se hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana ménos y gasta más. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda; ahora anda empapelada como especias. Un Fuero-Juzgo con su *magüer* y su *cuemo*, y *conusco* y *faciamus* era todas las librerías; y aunque son voces antiguas, suenan con mayor propiedad, pues llaman sayon al alguacil, y otras cosas semejantes. Ahora ha entrado una cáfila de Mendquios, Surdos y Fabros, Farinacios y Cujacios, consejos y decisiones y responsiones y lecciones y meditaciones; y cada dia salen autores, y cada uno con tres volúmenes: *Doctoris Putei*, 1. 6, vol. 1, 2, 3, 4, 5, 6, hasta 15. *Licenciati Abbatis de Usuris*, *Petri Cusqui in Codicem*, *Rupis*, *Brutiparcin*, *Castani*, *Montocanense de Adulterio et Parricidio*, *Cornazano*, *Rocabruno*, etc. Los letrados todos tienen un cimenterio por librería, y por ostentacion andan diciendo: Tengo tantos cuerpos; y es cosa brava que las librerías de los letrados todas son cuerpos

sin alma, quizá por imitar á sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razon; sólo lo que no dejan tener á las partes es el dinero, que le quieren ellos para sí. Y los pleitos no son sobre si lo que deben á uno se lo han de pagar á él; que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas: los pleitos son sobre que el dinero sea de letrados y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿Quereis ver qué tan malos son los letrados? Que si no hubiera letrados, no hubiera porfías; y si no hubiera porfías, no hubiera pleitos; y si no hubiera pleitos, no hubiera procuradores; y si no hubiera procuradores, no hubiera enredos; y si no hubiera enredos, no hubiera delitos; y si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles; y si no hubiera alguaciles, no hubiera cárcel; y si no hubiera cárcel, no hubiera jueces; y si no hubiera jueces, no hubiera pasion; y si no hubiera pasion, no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas que se produce de un licenciadito, lo que disimula una barbaza y lo que autoriza una gorra. Llegareis á pedir un parecer, y os dirán:—Negocio es de estudio; diga vuesamerced, que ya estoy al cabo; habla la ley en propios términos.—Toman un quintal de libros, dánle dos bofetadas hácia arriba y hácia abajo, y leen de priesa, arremedando un abejon, luégo dan un gran golpe con el libro patas arriba sobre una mesa, muy esparrancado de capítulos, y dicen:—En el propio caso habla el jurisconsulto. Vuesamerced me deje los papeles; que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y téngalo por más que bueno, y vuélvase por acá mañana en la noche; porque estoy escribiendo sobre la tenuta de Trasbarras, mas por servir á vuesamerced lo dejaré todo.—Y cuando al despediros le quereis pagar (que es para ellos la verdadera luz y entendimiento del negocio que han de resolver), dice, haciendo grandes cortesías y acompañamientos:—¡Jesus, señor!—Y entre Jesus y señor, alarga la mano, y para gastos de pareceres se

emboca un doblon.» «No he de salir de aquí (dijo el nigromántico) hasta que los pleitos se determinen á garrotazos; que en el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas á cuchilladas, decian que el palo era alcalde, y de ahí vino: Júzguelo el alcalde de palo. Y si he de salir, ha de ser sólo á dar arbitrio á los reyes del mundo que quien quisiere estar en paz y rico, que pague los letrados á su enemigo para que lo embelequen y roben y consuman.

»Dime, ¿hay todavía Venecia en el mundo?» «Sí la hay, dije yo; no hay otra cosa sino Venecia y venecianos.» «¡Oh! doyla al diablo (dijo el nigromántico) por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla á nadie sino por hacerle mal. Es república esa que miéntras que no tuviere conciencia durará, porque si restituye lo ajeno no le queda nada. ¡Linda gente! la ciudad fundada en el agua, el tesoro y la libertad en el aire, la deshonestidad en el fuego; y al fin es gente de quien huyó la tierra, y son narices de las naciones y el albañal de las monarquías, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra; y el turco los permite por hacer mal á los cristianos, los cristianos por hacer mal á los turcos, y ellos, por poder hacer mal á unos y á otros, no son moros ni cristianos; y así dijo uno dellos mismos en una ocasion de guerra, para animar á los suyos contra los cristianos: Ea, que ántes fuísteis venecianos que cristianos.

»Dejemos eso, y dime, ¿hay muchos golosos de valimientos de los hombres del mundo?» «Enfermedad es (dije yo) esa de que todos los reinos son hospitales.» Y él replicó: «Antes casas de orates entendí yo; mas segun la relacion que me haces, no me he de mover de aquí. Más quiero que tú les digas á esas bestias que en albarda tienen la vanidad y ambicion, que los reyes y príncipes son azogue en todo. Lo primero, el azogue, si le quieren apretar, se va; así sucede á los que quieren tomarse con los reyes más mano

de lo que es razon. El azogue no tiene quietud; así son los ánimos por la contínua mareta de negocios. Los que tratan y andan con el azogue, todos andan temblando; así han de hacer los que tratan con los reyes, temblar delante dellos de respeto y temor, porque si no, es fuerza que tiemblen despues hasta que caigan.

»¿Quién reina ahora en España, que es la postrera curiosidad que he de saber; que me quiero volver á jigote, que me hallo mejor?» «Murió Filipo III,» dije yo. «Fué santo rey y de virtud incomparable (dijo el nigromántico), segun leí yo en las estrellas pronosticado.» «Reina Filipo IV dias há,» dije yo. «¿Eso pasa? (dijo) ¿Que ya ha dado el tercero cuarto para la hora que yo esperaba?» Y diciendo y haciendo subió por la redoma, y la trastornó y salió fuera. Iba diciendo y corriendo: «Más justicia se ha de hacer ahora por un cuarto que en otros tiempos por doce millones.»

Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dijo: «Déjale ir; que nos tenía con cuidado á todos; y cuando vayas al otro mundo di que *Agráges* estuvo contigo, y que se queja que le levanteis: *agora lo veredes*. Yo soy *Agráges*: mira bien que no he dicho tal; que á mí no se me da nada que ahora ni nunca lo veais; y siempre andais diciendo: *Ahora lo veredes, dijo Agráges*. Solo ahora que á tí y al de la redoma os oí decir que reinaba Filipo IV, digo que ahora lo veredes. Y pues soy *Agráges*, ahora lo veredes, dijo *Agráges*.» Fuése, y púsoseme delante enfrente de mí un hombrecillo, que parecia remate de cuchar con pelo de limpiadera, erizado, bermejizo y pecoso. «Dígote sastre,» dije yo. Y él tan presto dijo: «Oir que no pica, pues no soy sino solicitador, y no pongais nombres á nadie. Yo me llamo *Arbálias*, y os lo he querido decir para que no andeis allá en la vida: Es un *Arbálias*, á unos y á otros, sin saber á quién lo decís.»

Muy enojado, á mí se llegó un hombre viejo, muy pon-

derado de testuz, de los que traen canas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos á la sombra muy metidos, frentaza llena de surcos, ceño descontento, y vestido que, juntando lo extraordinario con el desaliño, hacía misteriosa la pobreza. «Más despacio te he menester que *Arbálias*, me dijo; siéntate.» Sentóse y sentéme; y como si le dispararan de un arcabuz, en figura de trasgo se apareció entre los dos otro hombrecillo, que parecia astilla de *Arbálias*, y no hacía sino chillar y bullir. Díjole el viejo con una voz muy honrada: «Idos á enfadar á otra parte, que luégo vendreis.» «Yo tambien he de hablar,» decia; y no paraba. «¿Quién es éste?» preguntó. Dijo el viejo: «¿No has caido en quién puede ser? Este es *Chisgaravís*.» «Doscientos mil destos andan por Madrid (dije yo); y no hay otra cosa sino Chisgaravises.» Replicó el viejo: «Este anda aquí cansando los muertos y á los diablos; pero déjate deso, y vamos á lo que importa. Yo soy *Pedro*, y no *Pero Grullo*, que quitándome una d en el nombre, me haceis el santo, fruta.» Es Dios verdad que, cuando dijo *Pero Grullo*, me pareció que le via las alas. «Huélgome de conocerte, repliqué. ¿Qué, tú eres el de las profecías que dicen de *Pero Grullo*?» «A eso vengo, dijo el profeta estantigua; deso habemos de tratar. Vosotros decís que mis profecías son disparates, y haceis mucha burla dellas. Estemos á cuentas: las profecías de *Pero Grullo*, que soy yo, dicen así:

Muchas cosas nos dejaron
Las antiguas profecías:
Dijeron que en nuestros días
Será lo que Dios quisiere.

Pues, bribones, adormecidos en maldad, infames, si esta profecía se cumpliera, ¿habia más que desear? Si fuera lo que Dios quisiere, fuerá siempre lo justo, lo bueno, lo santo; no fuera lo que quiere el diablo, el dinero y la cudicia; pues hoy lo ménos es lo que Dios quiere, y lo más

lo que queremos nosotros contra su ley; y ahora el dinero es todos los quereres, porque él es querido y el que quiere, y no se hace sino lo que él quiere; y el dinero es el Narciso, que se quiere á sí mismo, y no tiene amor sino á sí. Prosigo:

Si lloviere hará lodos;
Y será cosa de ver
Que nadie podrá correr
Sin echar atras los codos.

Hacedme merced de correr los codos adelante, y negadme que esto no es verdad. Direis que de puro verdad es necedad: ¡buen achaquito, hermanos vivos! La verdad ansí decís que amarga, poca verdad decís que es mentira; muchas verdades que es necedad. ¿De qué manera ha de ser la verdad para que os agrade? Y sois tan necios, que no habeis echado de ver que no es tan profecía de *Pero Grullo* como decís, pues hay quien corra echando los codos adelante, que son los médicos cuando vuelven la mano atras á recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo, y corren como una mona al que se lo da porque le maten.

El que tuviere tendrá,
Será el casado marido,
Y el perdido mas perdido
Quien ménos guarda y más da.

Ya estás diciendo entre tí: ¿Qué perogrullada es esta? *El que tuviere, tendrá* (replicó luégo): pues así es: que no tiene el que gana mucho, ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho; sólo tiene el que tiene y no gasta; y quien tiene poco, tiene; y si tiene dos pocos, tiene algo; y si tiene dos algos, más es; y si tiene dos mases, tiene muchos; y si tiene dos muchos, es rico; que el dinero (y llevaos esta doctrina de *Pero Grullo*) es como las mujeres, amigo de andar y que le manoseen y le obedezcan; enemigo de que le guarden; que se anda tras los que no le

merecen, y al cabo deja á todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa. Y para ver cuán ruin es el dinero (que no parece sino que ha sido cotorrera), habeis de ver á cuán ruin gente le da el Señor; y en esto conocereis lo que son los bienes deste mundo, en los dueños dellos. Echad los ojos por esos mercaderes (si no es que estén ya allá, pues roban los ojos), mirad esos joyeros, que á persuasion de la locura venden enredos resplandecientes y embustes de colores, donde se anegan los dotes de los recien casados. ¡Pues qué si vais á la platería! No volvereis enteros. Allí cuesta la honra, y hay quien hace creer á un malaventurado se ciña su patrimonio al dedo; y no sintiendo los artejos el peso, está aullando en su casa. No trato de los pasteleros y sastres, ni de los roperos, que son sastres á Dios y á la ventura, y ladrones á diablos y desgracia. Tras éstos se anda el dinero; ¿y no tendrá asco cualquier bien aliñado de costumbres y pulido de conciencia de comunicarle ningun deseo? Dejemos esto, y vamos á la segunda profecía, que dice: *Será el casado marido.* Vive el cielo de la cama (dijo muy colérico porque hice no sé qué gesto oyendo la Grullada), que si no os oís con mesura, y si os rezumais de carcajadas, que os pele las barbas. Oid noramala; que á oir habeis venido y á aprender. ¿Pensais que todos los casados son maridos? Pues mentís, que hay muchos casados solteros, y muchos solteros maridos. Y hay hombre que se casa para morir doncel, y doncella que se casa para morir vírgen de su marido. Y habeisme engañado y sois maldito hombre, y aquí han venido mil muertos diciendo que los habeis muerto á puras bellaquerías. Y certifícoos que si no mirara... que os arrancara las narices y los ojos, bellaconazo, enemigo de todas las cosas. Reíos tambien de esta profecía:

Las mujeres parirán
Si se empreñan y parieren,
Y los hijos que nacieren
De cuyos fueren serán.

¿Veis que parece bobada de Pero Grullo? Pues yo os prometo que si se averiguara esto de los padres, habia de haber una confusion de daca mi mayorazgo y toma tu herencia. Hay en esto de las barrigas mucho que decir; y como los hijos es una cosa que se hace á oscuras y sin luz, no hay quien averigüe quién fué concebido á escote ni quién á medias; y es menester creer el parto, y todos heredamos por el dicho del nacer, sin más acá ni más allá. Esto se entiende de las mujeres que meten oficiales; que mi profecía no habla con la gente honrada, si algun maldito como vos no lo tuerce. ¿Cuántos pensais que el dia del juicio conocerán por padre á su paje, á su escudero, á su esclavo y á su vecino? ¿Y cuántos padres se hallarán sin descendencia? Allá lo vereis.» «Esta profecía y las demas (dije yo) no las consideramos allá desta manera; y te prometo que tienen más véras de las que parecen, y que oidas en tu boca son de otra suerte. Y confieso que te hacen agravio.» «Pues oye, dijo, otra:

Volaráse con las plumas,
Andaráse con los piés,
Serán seis dos veces tres.

Volaráse con las plumas. Pensais que lo digo por los pájaros, y os engañais; que eso fuera necedad: dígolo por los escribanos y ginoveses, que éstos nos vuelan con las plumas el dinero de delante. Y porque vean en el otro mundo que profeticé de los tiempos de ahora y que hay *Pero Grullo* para los que vivís, llévate este mendrugo de profecías; que á fe que hay que hacer en entenderlo.» Fuése, y dejóme un papel en que estaban escritos estos ringlones por esta órden:

«Nació viérnes de Pasion
Para que zahorí fuera,
Porque en su dia muriera
El bueno y el mal ladron.
Habrá mil revoluciones
Entre linajes honrados,

Restituirá los hurtados,
Castigará los ladrones.
Y si quisiere primero
Las pérdidas remediar,
Lo hará sólo con echar
La soga tras el caldero.
Y en estos tiempos que ensarto
Vereis (maravilla extraña)
Que se desempeña España
Solamente con un Cuarto.
Mis profecías mayores
Verán cumplida la ley
Cuando fuere Cuarto el rey
Y cuartos los malhechores.»

Leí con admiracion las cinco profecías de *Pero Grullo*, y estaba meditando en ellas cuando por detras me llamaron. Volvíme, y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco y vestido de blanco, y dijo: «Duélete de mí, y si eres buen cristiano sácame de poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes, que no me dejan descansar, y méteme donde quisieres.» Hincóse de rodillas, y despedazándose á bofetadas, lloraba como niño. «Quién eres, dije, que á tanta desventura estás condenado?» «Yo soy, dijo, un hombre muy viejo, á quien levantan mil testimonios y achacan mil mentiras. Yo soy el *Otro*, y me conocerás; pues no hay cosa que no lo diga el *Otro*. Y luégo, en no sabiendo cómo dar razon de sí, dicen: Como dijo el *Otro*. Yo no he dicho nada, ni despego la boca. En latin me llaman *Quídam*, y por esos libros me hallarás abultando ringlones y llenando cláusulas. Y quiero por amor de Dios que vayas al otro mundo y digas cómo has visto al *Otro* en blanco, y que no tiene nada escrito y que no dice nada, ni lo ha de decir ni lo ha dicho, y que desmiente desde aquí á cuantos le citan y achacan lo que no saben, pues soy el autor de los idiotas y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que en los chismes me llaman *Cierta persona*, en los enredos *No se quién*, en las cá-

tedras *Cierto autor*, y todo lo soy el desdichado *Otro*. Haz esto, y sácame de tanta desventura y miseria.» «Aún aquí estais, ¿y no quereis dejar hablar á nadie?» dijo un muerto hablando, armado de punta en blanco muy colérico; y asiéndome de un brazo dijo: «Oid acá, y pues habeis venido por estafeta de los muertos á los vivos, cuando vais allá decidles que me tienen muy enfadado todos juntos.» «¿Quién eres?» le pregunté: «Soy, dijo, *Calaínos*.» «¿*Calaínos* eres? dije; no sé cómo no estás desainado, porque eternamente dicen: Cabalgaba *Calaínos*.» «¿Saben ellos mis cuentos? Mis cuentos fueron muy buenos y muy verdaderos; y no se metan en cuentos conmigo.» «Mucha razon tiene el señor *Calaínos* (dijo otro que se allegó), y él y yo estamos muy agraviados. Yoy soy *Cantimpalos*; y no hacen sino decir: El ánsar de *Cantimpalos*, que salia al lobo al camino. Y es menester que les digais que me han hecho de asno ánsar, y que era asno el que yo tenía, y no ánsar; y los ánsares no tienen que ver con los lobos; y que me restituyan á mi asno en el refran; y que me le restituyan luégo y tomen su ánsar: justicia con costas, y para ello, etc.»

Con su báculo venía una vieja ó espantajo, diciendo: «¿Quién está allá á las sepulturas?» Con una cara hecha de un orejon, los ojos en dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas rayas y de tal color y hechura, que parecia planta de pié; la nariz en conversacion con la barbilla, que casi juntándose hacian garra; y una cara de la impresion del grifo; la boca á la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente ni muela, con sus pliegues de bolsa á lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado; la cabeza con temblor de sonajas, y la habla danzante; unas tocas muy largas sobre el monjil negro; esmaltada de mortaja la tumba, con un rosario muy grande colgando, y ella corva, que parecia, con las muertecillas que colgaban dél, que venía pescando calaverillas

chicas. Yo, que vi semejante abreviacion del otro mundo, dije á grandes voces, pensando que sería sorda: «¡Ah señora! ¡Ah madre! ¡Ah tia! ¿Quién sois? ¿Quereis algo?» Ella entónces, levantando el *ab initio et ante sæcula* de la cara, y parándose, dijo: «No soy sorda, ni madre, ni tia; nombre tengo y trabajos, y vuestras sinrazones me tienen acabada.» ¡Quién creyera que en el otro mundo hubiera presuncion de mocedad, y en una cecina como esta! Llegóse más cerca, y tenía los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita, por donde echaba un tufo de cimenterio. Díjela que perdonase, y preguntéle su nombre. Díjome: «Yo soy *Dueña Quintañona.*» «Qué, ¿dueñas hay entre los muertos? dije maravillado. Bien hacen de pedir cada dia á Dios misericordia más que *requiescant in pace*, descansen en paz; porque si hay dueñas meterán en ruido á todos. Yo creí que las mujeres se morian cuando se volvian dueñas, y que las dueñas no tenian de morir, y que el mundo está condenado á dueña perdurable, que nunca se acaba; mas ahora que te veo acá me desengaño; y me he holgado de verte, porque por allá luego decimos: Miren la *Dueña Quintañona*, daca la *Dueña Quintañona.*» «Dios os lo pague y el diablo os lleve, dijo; que tanta memoria teneis de mí y sin habello yo de menester. Decid, ¿no hay allá dueñas de mayor número que yo? Yo soy *Quintañona*; ¿no hay deciochenas y setentonas? Pues ¿por qué no dais tras dellas y me dejais á mí, que há más de ochocientos años que vine á fundar dueñas al infierno, y hasta ahora no se han atrevido los diablos á recibirlas, diciendo que andamos ahorrando penas á los condenados, y guardando cabos de tizones como de velas, y que no habrá cosa cierta en el infierno? Y estoy rogando con mi persona al purgatorio, y todas las almas dicen en viéndome: ¿Dueña? no por mi casa. Con el cielo no quiero nada, que las dueñas, en no habiendo á quien atormentar y un poco de chisme, perecemos. Los muertos tambien se quejan de

que no los dejo ser muertos como lo habian de ser, y todos me han dejado en mi albedrío si quiero ser dueña en el mundo; más quiero estarme aquí, por servir de fantasma en mi estado toda la vida, y sentada á la orilla de una tarima guardando doncellas que son más de trabajo que de guardar. Pues, en viniendo una visita, ¿aquel *llamen á la dueña?* Y á la pobre dueña todo el dia le están dando su recaudo todos. En faltando un cabo de vela, *llamen á Alvarez, la dueña le tiene;* si falta un retacillo de algo, *la dueña estaba allí*; que nos tienen por cigüeñas, tortugas y erizos de las casas, que nos comemos las sabandijas. Si algun chisme hay, *alto á la dueña.* Y somos la gente más bien aposentada en el mundo, porque en el invierno nos ponen en los sótanos, y los veranos en los zaquizamíes. Y lo mejor es que nadie nos puede ver: las criadas, porque dicen que las guardamos; los señores, porque los gastamos; los criados, porque nos guardamos; los de fuera, por el *coram vobis* de responso; y tienen razon, porque ver una de nosotras encaramadas sobre unos chapines, muy alta y muy derecha, parecemos túmulo vivo. Pues ¡cuando en una visita de señoras hay conjuncion de dueñas! Allí se engendran las angustias y sollozos; de allí proceden las calamidades y plagas, los enredos y embustes, marañas y parlerías, porque las dueñas influyen acelgas y lantejas, y pronostican candiles y veladores y tijeras de despabilar. Pues ¡qué cosa es levantarse ocho viejas como ocho cabos de años, ó ocho sin cabo, ensabanadas, y despedirse con unas bocas de tejadillo, con unas hablas sin hueso, dando ablétas en las encías, y poniéndose cada una á las espaldas de su ama á entristecerlas; las asentaderas bajas, trompicando y dando de ojos, adonde en una silla, entre andas y ataud la llevan los pícaros arrastrando! Antes quiero estarme entre muertos y vivos pereciendo, que volver á ser dueña: pues hubo caminante que preguntando dónde habia de parar una noche de invierno, yendo á Va-

Valladolid, y diciéndole que en un lugar que se llama Dueñas, dijo que si habia adónde parar ántes ó despues. Dijéronle que no, y él á esto dijo: Más quiero parar en la horca que en Dueñas; y se quedó fuera, en la picota. Sólo os pido, así os libre Dios de dueñas (y no es pequeña bendicion, que para decir que destruirán á uno dicen que le pondrán cual digan dueñas, ¡mirad lo que es decir dueñas!); ruégote encarecidamente que hagas que metan otra dueña en el refran, y me dejen descansar á mí, que estoy muy vieja para andar en refranes, y querria andar en zancos, porque no deja de cansar á una persona andar de boca en boca.»

Muy angosto, muy á teja vana, las carnes de venado, en un cendal, con unas mangas por gregüescos, y una esclavina por capa, y un soportal por sombrero, amarrado á una espada, se llegó á mí un rebozado y llamóme en la seña de los sombrereros. «Ce, ce,» me dijo. Yo le respondí luégo. Lleguéme á él, y entendí que era algun muerto envergonzante. Preguntéle quién era. «Yo soy el mal cosido y peor sustentado *don Diego de Noche*.» «Más precio haberte visto, dije yo, que á cuanto tengo. ¡Oh estómago aventurero! ¡Oh gaznate de rapiña! ¡Oh panza al trote! ¡Oh susto de los banquetes! ¡Oh mosca de los platos! ¡Oh sacabocados de los señores! ¡Oh tarasca de los convites y cáncer de las ollas! ¡Oh sabañon de las cenas! ¡Oh sarna de los almuerzos! ¡Oh sarpullido del mediodía! No hay otra cosa en el mundo sino cofrades, discípulos y hijos tuyos.» «Sea por amor de Dios (dijo *don Diego de Noche*); que esto me faltaba por oir; mas en pago de mi paciencia os ruego que os lastimeis de mí, pues en vida siempre andaba cerniendo las carnes el invierno por las picaduras del verano, sin poder hartar estas asentaderas de gregüescos; el jubon en pelo sobre las carnes, el más tiempo en ayunas de camisa, siempre dándome por entendido de las mesas ajenas; esforzando, con pistos de cerote y ramplones, desmayos de calzado; animando á

las medias á puras sustancias de hilo y aguja, y llegué á estado en que, viéndome calzado de geomancia, porque todas las calzas eran puntos, cansado de andar restañando el ventanaje, me entinté la pierna y dejé correr. No se vió jamás socorrido de pañizuelos mi catarro, que afilando el brazo por las narices, me pavoneaba de romadizo; y si acaso alcanzaba algun pañizuelo, porque no le viesen al sonarme, me rebozaba, y haciendo el coco con la capa, tapando el rostro, me sonaba á escuras. En el vestir he parecido árbol, que en el verano me he abrigado y vestido, y en el invierno he andado desnudo. No me han prestado cosa que haya vuelto; hasta espadas (que dicen que no hay ninguna sin vuelta), si todos me las prestasen, todas serian sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida, y aborrecídola, decian todos que mi persona era buena para verdad desnuda y amarga. En abriendo yo la boca, lo mejor que se podia esperar era un bostezo ó un parasismo, porque todos esperaban el: déme vuesa merced, présteme, hágame merced; y así estaban armados de respuestas. Y en despegando los labios, de tropel se oia: No hay qué dar, Dios te provea, cierto que no tengo, yo me holgara, no hay un cuarto. Y fuí tan desdichado que á tres cosas siempre llegué tarde: á pedir prestado llegué siempre dos horas despues; y siempre me pagaban con decir: Si llegara vuesa merced dos horas ántes, se le prestara ese dinero. A ver los lugares llegué dos años despues, y en alabando cualquier lugar, me decian: Ahora no vale nada; ¡si vuesa merced lo viera dos años há! A conocer y alabar las mujeres hermosas llegué siempre tres años despues, y me decian: Tres años atras me habia vuesa merced de ver, que vertia sangre por las mejillas. Segun esto, fuera harto mejor que me llamaran *don Diego Despues*, que no *don Diego de Noche*. Decir que despues de muerto descanso, aquí estoy y no me harto de muerte: los gusanos se mueren de hambre conmigo, y yo me como á los gusanos de

hambre, y los muertos andan siempre huyendo de mí, porque no les pegue el *don*, ó les hurte los huesos, ó les pida prestado. Y los diablos se recatan de mí, porque no me meta de gorra á calentarme, y ando por estos rincones introducido en telaraña. Hartos don Diegos hay allá, de quien pueden echar mano: déjenme con mi trabajo; que no viene muerto que luégo no pregunte por *don Diego de Noche*. Y diles á todos *los dones* á teja vana, caballeros chirles, hácia-hidalgos y casi-dones, que hagan bien por mí, que estoy penando en una bigotera de fuego, porque siendo gentilhombre mendicante, caminaba con horma y bigotera á un lado, y molde para el cuello y la bula en el otro; y esto y sacar mi sombra llamaba yo mudar mi casa.» Desapareció aquel caballero vision, y dió gana de comer á los muertos; cuando llegó á mí con la mayor prisa que se ha visto un hombre alto y flaco, menudo de facciones, de hechura de cerbatana; y sin dejarme descansar, me dijo: «Hermano, dejadlo todo presto, luégo; que os aguardan los muertos que no pueden venir acá, y habeis de ir al instante á oirlos, y hacer lo que os mandaren sin replicar y sin dilacion luégo.» Enfadóme la prisa del diablo del muerto, que no vi hombre más súpito; y dije: «Señor mio, esto no es cochite hervite.» «Sí es (dijo muy demudado): digóos que yo soy *Cochitehervite*, y el que viene á mi lado (aunque yo no le habia visto) es *Trochimochi*, que somos más parecidos que el freir y el llover.» Yo, que me vi entre *Cochitehervite* y *Trochimochi*, fuí como un rayo donde me llamaban.

Estaban sentadas unas muertas á un lado, y dijo *Cochitehervite*: «Aquí están *doña Fáfula*, *Mari-Zápalos* y *Mari-Rabadilla*.» Dijo *Trochimochi*: «Despachen, señoras, que está detenida mucha gente.» *Doña Fáfula* dijo: «Yo soy una mujer muy principal.» «Nosotras somos (dijeron las otras) las desdichadas que vosotros los vivos traeis en las conversaciones disfamadas.» «Por mí no se me da nada (dijo

doña Fáfula); pero quiero sepan que soy mujer de un mal poeta de comedias, que escribió infinitas, y que me dijo un dia: El papel, señora, tanto mejor me hallara en andrajos en los muladares, que en coplas en las comedias cuanto no lo sabré encarecer. Fuí mujer de mucho valor, y tuve con mi marido el poeta mil pesadumbres sobre las comedias, autos y entremeses. Decíale yo que por qué cuando en las comedias un vasallo arrodillado dice al rey: *Dáme esos piés*, responde siempre: *Los brazos será mejor*. Que la razon era en diciendo: *Dáme esos piés*, responder: *¿Con qué andaré yo despues?* Sobre la hambre de los lacayos y el miedo tuve grandes peloteras con él. Y tuve buenos respetos, que le hice mirar al fin de las comedias por la honra de las infantas, porque las llevaba de voleo, y era compasion. No me pagarán esto sus padres dellas en su vida. Fuíle á la mano en los dotes de los casamientos para acabar la maraña en la tercera jornada, porque no hubiera rentas en el mundo. Y en una comedia, porque no se casasen todos, le pedí que el lacayo, queriéndole casar su señor con la criada, no quisiese casarse ni hubiese remedio, siquiera porque saliera un lacayo soltero. Donde mayores voces tuvimos, que casi me quise descasar, fué sobre los autos del Córpus. Decíale yo: Hombre del diablo, ¿es posible que siempre en los autos del Córpus ha de entrar el diablo con grande brío, hablando á voces, gritos y patadas, y con un brío que parece que todo el teatro es suyo, y poco para hacer su papel, como quien dice: ¡Huela la casa al diablo! Por vida vuestra, que hagais un auto donde el diablo no diga esta boca es mia; y pues tiene por qué callar, no hable; y que hable quien puede y tiene razon, y enójese en un auto; que aunque es la misma paciencia, tal vez se indignó, y tomó el azote y trastornó mesas y tiendas y cátedras, y hizo ruido. Hícele que pues podia decir Padre eterno, no dijese Padre eternal, ni Satan, sino Satanas; que aquellas palabras eran buenas cuando el diablo entra diciendo bú,

bú, bú, y se sale como cohete. Desagravié los entremeses, que á todos les daban de palos, y con todos sus palos hacian los entremeses. Cuando se dolian dellos, duélanse (decia yo) de las comedias que acaban en casamientos, y son peores, porque son palos y mujer. Las comedias, que oyeron esto, por vengarse pegaron los casamientos á los entremeses, y ellos, por escaparse y ser solteros, algunos se acaban en barbería, guitarricas y cántico.» «¿Tan malas son las mujeres (dijo *Mari-Zápalos*), señora *doña Fáfula?*» *Doña Fáfula*, enfadada y con mucho toldo, dijo: «¡Miren con qué nos viene ahora *Mari-Zápalos!*» Si vengo, no vengo, se quisieron arañar, y así se asieron, porque *Mari-Rabadilla*, que estaba allí, no pudo llegar á meterlas en paz; que sus hijos, por comer cada uno en su escudilla, se estaban dando de puñadas. «Mirad, decia *doña Fáfula*, que digais en el mundo quién soy.» Decia *Mari-Zápalos*: «Mira que digais cómo la he puesto.» *Mari-Rabadilla* dijo: «Decidles á los vivos que si mis hijos comen cada uno en su escudilla, qué mal les hacen á ellos. ¡Cuánto peores son ellos, que comen en la escudilla de los otros, como *don Diego de Noche* y otros cofrades de su talle!»

Apartéme de allí, que me hendia la cabeza, y vi venir un ruido de piullidos y chillidos grandísimos, y una mujer corriendo como una loca, diciendo: «Pio, pio.» Yo entendí que era la reina Dido, que andaba tras el pio Eneas por el perro muerto á la zacapela, cuando oigo decir: «Allá va *Marta* con sus pollos.» «Válate el diablo: ¿y acá estás? ¿Para quién crias esos pollos!» dije yo. «Yo me lo sé, dijo ella, críolos para comérmelos, pues siempre decís: Muera *Marta* y muera harta. Y decildes á los del mundo que quién canta bien despues de hambriento, y que no digan necedades: que es cosa sabida que no hay tono como el del ahito. Decidles que me dejen con mis pollos á mí, y que repartan esos refranes entre otras *Martas* que cantan despues de hartas: que harto embarazada estoy yo acá

con mis pollos, sin que ande inquieta en vuestro refran.»

¡Oh qué voces y gritos se oian por toda aquella sima! Unos corrian á una parte y otros á otra, y todo se turbó en un instante. Yo no sabía dónde me esconder. Oíanse grandísimas voces que decian: «Yo no te quiero, nadie te quiere;» y todos decian esto. Cuando yo oí aquellos gritos dije: «Sin duda es este algun pobre, pues no le quiere nadie: las señas de pobre son por lo ménos.» Todos me decian: «Hácia tí; mira que va á tí.» Y yo no sabia qué me hacer, y andaba como un loco mirando dónde huir, cuando me asió una cosa (que apénas divisaba lo que era) como sombra. Atemoricéme, púsoseme en pié el cabello, sacudióme el temor los huesos. «¿Quién eres, ó qué eres, ó qué quieres (le dije); que no te veo y te siento?» «Yo soy (dijo) el alma de *Garibay*, que ando buscando quien me quiera, y todos huyen de mí; y teneis la culpa vosotros los vivos, que habeis introducido decir que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo; y en esto decís una mentira y una herejía: la herejia es decir que no la quiso Dios; que Dios todas almas quiere y por todas murió: ellas son las que no quieren á Dios; así que Dios quiso el alma de *Garibay* como las demas. La mentira consiste en decir que no la quiso el diablo. ¿Hay alma que no la quiera el diablo? No por cierto; que pues él no hace asco de la de los pasteleros, roperos, sastres ni sombrereros, no lo hará de mí. Cuando yo viví en el mundo, me quiso una mujer calva y chica, gorda y fea, melindrosa y sucia, con otra docena de faltas. Si esto no es querer el diablo, no sé qué es el diablo; pues veo, segun esto, que me quiso por poderes, y esta mujer en virtud dellos me endiabló, y ahora ando en pena por todos estos sótanos y sepulcros. Y he tomado por arbitrio volverme al mundo y andar entre los desalmados corchetes y mohatreros, que por tener alma todos me reciben; y así todos estos y los demas oficios deste jaez tienen el ánima de *Garibay*. Y decidles que

muchos dellos, que allá dicen que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo, la quieren ellos por alma y la tienen por alma, y que dejen á *Garibay* y miren por sí.»

En esto desapareció con otro tanto ruido. Iba tras ella gran chusma de traperos, mesoneros, venteros, pintores, chicarreros y joyeros, diciéndola: «Aguarda, mi alma.» No vi cosa tan requebrada. Y espantóme que nadie la queria al entrar, y casi todos la requebraban al salir.

Yo quedé confuso cuando se llegaron á mí *Perico de los Palotes*, y *Pateta*, *Juan de las calzas blancas*, *Pedro por demas*, *el Bobo de Coria*, *Pedro de Urdemalas* (así me dijeron que se llamaban), y dijeron: «No queremos tratar del agravio que se nos hace á nosotros en los cuentos y en conversaciones; que no se ha de hacer todo en un dia.» Yo les dije que hacian bien, porque estaba tal con la variedad de cosas que habia visto, que no me acordaba de nada. «Solo queremos, dijo *Pateta*, que veas el retablo que tenemos de los muertos á puro refran.» Alcé los ojos, y estaban á un lado el *santo Macarro* jugando al abejon, y á su lado el de *santo Leprisco;* luégo en medio estaba *san Ciruelo*, y muchas mandas y promesas de señores y príncipes aguardando su dia, porque entónces las harian buenas, que sería el dia de *san Ciruelo*. Por encima dél estaba el *santo de Pajares* y *fray Jarro* hecho una bota, por sacristan junto á *san Porro*, que se quejaba de los carreteros. Dijo *fray Jarro* (con una vendimia por ojos, escupiendo racimos, y oliendo á lagares, hechas las manos dos piezgos, y la nariz espita, la habla remostada con un tonillo del carro): «Estos son santos que ha canonizado la picardía con poco temor de Dios.» Yo me queria ir, y oigo que decia el *santo de Pajares:* «Ah compañero, decidles á los del siglo que muchos picarones que allá teneis por santos, tienen acá guardados los pajares; y lo demas que tenemos que decir se dirá otro dia.»

Volví las espaldas, y topé cosido conmigo á *don Diego de*

Noche, rascándose en una esquina; y conocíle y díjele: «¿Es posible que áun hay que comer en vuesa merced, señor don Diego?» Y díjome: «Por mis pecados soy refitorio y bodegon de piojos. Querria suplicaros, pues os vais, y allá habrá muchos, y acá no se hallan por el bien parecer, que ando muy desabrigado, que me envieis algun mondadientes; que como yo lo traiga en la boca, todo me sobra, que soy amigo de traer las quijadas hechas jugador de manos, y al fin se masca y se chupa, y hay algo entre los dientes, y poco á poco se roe; y si es de lentisco es bueno para las opilaciones.» Dióme grande risa y apartéme dél huyendo, por no lo ver aserrar con las costillas un paredon á puros corcovos.

Dando gritos y alaridos venía un muerto, diciendo: «A mí me toca; yo lo sabré; ello dirá; entenderémonos; ¿qué es esto?» y otras razones tales. «¿Quién es este tan entremetido en todas las cosas?» Y respondióme un difunto: «Este es *Vargas*, que, como dicen: *Averígüelo Vargas*, viene averiguándolo todo.» Topó en el camino á *Villadiego*; el pobre estaba afligidísimo, hablando entre sí; llamóle y díjole: «Señor *Vargas*, pues vuesa merced lo averigua todo, hágame merced de averiguar quién fueron las de *Villadiego*, que todos las toman; porque yo soy *Villadiego*, y en tantos años no lo he podido saber ni las echo ménos; y querria salir si es posible deste encanto.» *Vargas* le dijo: «Tiempo hay; que ahora ando averiguando cuál fué primero, la mentira ó el sastre; porque si la mentira fué primero, ¿quién la pudo decir si no habia sastres? Y si fueron primero los sastres, ¿cómo pudo haber sastres sin mentira? En averiguando esto volveré;» y con esto se desapareció. Venía tras él *Miguel de Vérgas*, diciendo: «Yo soy el Miguel de las negaciones, sin qué ni para qué, y siempre ando con un no á las ancas. Eso no, Miguel de *Vérgas*, y nadie me conceda nada; y no sé por qué ni qué he hecho.» Más dijera, segun mostraba pasion, si no llegara una pobre

mujer cargada de bodigos y llena de males y plañiendo. «¿Quién eres (la dije), mujer desdichada?» «La *manceba del Abad*, respondió ella, que anda en los cuentos de niños, partiendo el mal con el que le va á buscar; y así dicen las empuñadoras de las consejas: Y el mal para quien le fuere á buscar y para la *manceba del Abad*. Yo no descaso á nadie, ántes hago que se casen todos. ¿Qué me quieren, que no hay mal, venga por donde viniere, que no sea para mí?» Fuése, y quedó á su lado un hombre triste, entre calavera y mala nueva. «¿Quién eres, le dije, tan aciago, que (como dicen) para mártes sobras?» «Yo soy, dijo, *Mátalascallando*, y nadie sabe por qué me llaman así, y es bellaquería, que quien mata es á puro hablar, y esos son *Mátalashablando;* que las mujeres no quieren en un hombre sino que otorgue, supuesto que ellas piden siempre. Y si quien calla otorga, yo me he de llamar *Resucítalascallando*. Y no que andan por ahí unos mozuelos con unas lenguas de portante, matando á cuantos los oyen, y así hay infinitos oidos con mataduras.» «Así es verdad, dijo *Lanzarote*; que á mí me tienen esos consumido á puro lanzarotar con si viene ó no viene de Bretaña; y son tan grandes habladores, que viendo que mi romance dice:

Doncellas curaban dél,
Y dueñas de su rocino,

han dicho que de aquí se saca que en mi tiempo las dueñas eran mozos de caballos, pues curaban del rocino. ¡Bueno estuviera el rocin en poder de dueñas! ¡El diablo se lo daba! Es verdad, y yo no lo puedo negar, que las dueñas por ser mozas, aunque fuese de caballos, se entremetieron en eso, como en otras cosas; mas yo hice lo que convenia.» «Crean al señor *Lanzarote* (dijo un pobre mozo, sencillo, humilde y caribobo); que yo lo certifico.» «¿Quién eres tú, que pretendes crédito entre los podridos?» «Yo soy el pobre *Juan de buena alma*, que ni me ha aprovechado tener buen alma, ni nada, para que me dejen ser muerto. ¡Ex-

traña cosa, que sirva yo en el mundo de apodo! Es *Juan de buen alma*, dicen al marido que sufre, y al galan que engañan, y al hombre que estafan, y al señor que roban y á la mujer que embelecan. Yo estoy aquí sin meterme con nadie.» «Eso es nonada, dijo *Juan Ramos*, que voto á Cristo, que los diablos me hicieron tener una gata. Más me valiera comerme de ratones, que no me dejan descansar: daca la gata de *Juan Ramos*, toma la gata de *Juan Ramos*. Y ahora no hay doncellita ni contadorcito, que ayer no tenía que contar sino duelos y quebrantos; ni secretario, ni ministro, ni hipócrita, ni pretendiente, ni juez, ni pleiteante, ni viuda, que no se haga la gata de *Juan Ramos*, y todo soy gatas; que parezco á Febrero; y quisiera ser ántes *sastre del Campillo* que *Juan Ramos*.» Tan presto saltó el *sastre del Campillo*, y dijo que quién metia á *Juan Ramos* con el sastre. Y él dijo que no mejoraba de apellido aunque mudaba de sexo.—Pues dijeran el gato de *Juan Ramos*, y no la gata.—Si dijeran, no dijeran, el sastre desconfió de las tijeras y fió de las uñas (con razon), y empezóse una brega del diablo. Viendo tal escarapela, íbame poco á poco, y buscando quien me guiase, cuando sin hablar palabra ni chistar (como dicen los niños), un muerto de buena disposicion, bien vestido y de buena cara, cerró conmigo. Yo temí que era loco y cerré con él; metiéronnos en paz. Decia el muerto: «Déjenme á ese bellaco, deshonra-buenos: voto al cielo de la cama, que le he de hacer que se quede acá.» Yo estaba colérico, y díjele: «Llega y te tornaré á matar, infame, que no puedes ser hombre de bien: llega, cabron.» ¡Quién tal dijo! No le hube llamado la mala palabra, cuando otra vez se quiso abalanzar á mí, y yo á él. Llegáronse otros muertos, y dijeron: «¿Qué habeis hecho? ¿Sabeis con quién hablais? ¿A *Diego Moreno* llamais cabron? ¿No hallastes sabandijas de mejor frente?» «¿Qué, este es *Diego Moreno*?» dije yo. Enojéme más y alcé la voz diciendo: «Infame, ¿pues tú hablas? ¿Tú dices á los otros

deshonra-buenos? La muerte no tiene honra, pues consiente que este ande aquí. ¿Qué le he hecho yo?» «Entremes (dijo tan presto *Diego Moreno*). ¿Yo soy cabron, y otras bellaquerías que compusiste á él semejantes? ¿No hay otros Morenos de quién echar mano? ¿No sabías que todos los Morenos, aunque se llamen Juanes, en casándose se vuelven Diegos, y que el color de los más maridos es moreno? ¿Qué he hecho yo, que no hayan hecho otros muchos más? ¿Acabóse en mí el cuerno? ¿Levantéme yo á mayores con la cornamenta? ¿Encareciéronse por mi muerte los cabos de cuchillos y los tinteros? Pues ¿qué los ha movido á traerme por tablados? Yo fuí marido de tomo y lomo, porque tomaba y engordaba: siete-durmientes era con los ricos, y grulla con los pobres, poco malicioso. Lo que podia echar á la bolsa no lo echaba á mala parte. Mi mujer era una picaronaza, y ella me disfamaba, porque dió en decir: Dios me le guarde al mi *Diego Moreno*, que nunca me dijo malo ni bueno. Y miente la bellaca, que yo dije malo y bueno ducientas veces. Y si está el remedio en eso, á los cabronazos que hay ahora en el mundo decidles que se anden diciendo malo y bueno á sus mujeres, á ver si les desmocharán las sienes y si podrán restañar el flujo del hueso. Lo otro: yo dicen que no dije malo ni bueno, y es tan al reves, que en viendo entrar en mi casa poetas, decia malo; y en viendo salir ginoveses, decia bueno; si via con mi mujer galancetes, decia malo; si via mercaderes, decia bueno; si topaba en mi escalera valientes, decia remalo; si encontraba obligados y tratantes, decia rebueno. Pues ¿qué más bueno y malo habia de decir? En mi tiempo hacía tanto ruido un marido postizo, que se vendia el mundo por uno y no se hallaba. Ahora se casan por suficiencia, y se ponen á maridos como á sastres y escribientes. Y hay platicantes de cornudo y aprendices de maridería. Y anda el negocio de suerte, que si volviera al mundo (con ser el propio *Diego Moreno*) á ser cornudo, me pusiera á plati-

cante y aprendiz delante del acatamiento de los que peinan medellin y barban de cabrío.» «¿Para qué son esas humildades (dije yo), si fuiste el primer hombre que endureció de cabeza los matrimonios; el primero que crió desde el sombrero vidrieras de linternas; el primero que ingirió los casamientos sin montera? Al mundo voy sólo á escribir de dia y de noche entremeses de tu vida.» «No irás esta vez» (dijo), y asímonos á bocados, y á la grita y ruido que traíamos, despues de un vuelco que dí en la cama, diciendo: «Válgate el diablo, ¿ahora te enojas (propia condicion de cornudos enojarse despues de muertos)?» con esto me hallé en mi aposento tan cansado y tan colérico como si la pendencia hubiera sido verdad, y la peregrinacion no hubiera sido sueño. Con todo eso, me pareció no despreciar del todo esta vision y darle algun crédito, pareciéndome que los muertos pocas veces se burlan, y que gente sin pretension y desengañada más atienden á enseñar que á entretener.

CASA DE LOCOS DE AMOR.

Á DON LORENZO VÁNDER HÁMMEN Y LEON VICARIO DE JUBÍLES.

DISCURSO

Una mañana de las de Enero, señor don Lorenzo, que el frio y la pereza me embargaron el cuerpo en la cama más de lo acostumbrado, consultando un pensamiento amoroso con la almohada (gran maestra de fábricas de viento), me hallé tan léjos de mí como cerca de un desengaño, que se me representó en la idea, de la locura de amor. Parecióme oir aquel verso que Virgilio tomó de Teócrito:

Ah, Corydon, Corydon, quæ te dementia cepit?

Y sin ver por dónde fuí llevado, me hallé en un prado más deleitoso y ameno que lo suelen mentir poetas de primera tonsura, que cursando los primeros años en las flores de los jardines, pasan luégo á las Indias por tesoros, con que, segun piensan, enriquecen sus pobres papeles. Allí vi dos claros arroyos, uno de amargas, otro de dulces aguas, juntarse con tan sonoro murmurio, que lisonjeaban los oidos de los que por su ribera pasaban; y vi que con esta agua templaba amor el oro de sus flechas, segun colegí de los oficiales ministros suyos que en esto se ocupaban. Por estas señas pensé que estaba en los celebrados jardines de Chipre; y ya queria buscar aquella memorable colmena de

donde salió la abeja que se atrevió á picar al señor Cupido, y dió ocasion á Anacreonte á hacer aquella dulcísima oda. Y no pensaba mal, pues las mismas señas da el Poliziano en su Historia:

Sentesi un grato mormorio dell'onde,
Che fan duo freschi e lucidi ruscelli,
Versando dolce con amar' liquore,
Ove arma l'oro de' suoi strali Amore.

Mas á esta sazon vi en medio del prado un maravilloso edificio, con una gran portada de fábrica dórica y de excelente artífice labrada. En los pedestales, en las basas, colunas, cornisas, capiteles, arquitrabes, frisos y demas partes de que se componia la fachada, estaban mil triunfos de amor imaginados, de medio relieve, que juntamente con muy graciosos brutescos hacian historia y ornato, y representaban misterio. Debajo del chapitel, en una bizarra tarjeta, se veian con letras de oro tallados estos versos:

Casa de locos de amor,
Do al que más sabe de amar
Se le da mejor lugar.

La variedad de piedras y diversidad de colores de que se componia la hacian vistosa mucho; era bien capaz, y estaban sus puertas abiertas siempre á todos los que por ella querian entrar, que eran infinitos. Hacía oficio de portero una mujer de rara hermosura: su rostro era celestial y hechizo de los hombres; su talle airoso, y su cuerpo bien proporcionado, adornado de ricas y costosísimas telas y joyas. Tal al fin era toda, que convidaba á amor y decia su nombre que era Belleza. A ninguno negaba el paso, ni la pedia ninguno más licencia que mirarla. Yo, que no era ciego, aficionado de tan peregrino palacio, con esta licencia me entré tambien al primer patio, donde hallé infinidad de gente, y á todos tan trocados de lo que ántes fueron (y á mí con ellos), que apénas unos á otros se conocian: los trajes mudados, los rostros melancólicos, penados, pensa-

tivos y amarillos (color de que amor viste sus criados). Díjolo Ovidio en su *Arte amandi*:

Palleat omnis amans: hic est color aptus amanti.

Y Horacio, oda 10, lib. 3:

Nec tinctus viola pallor amantium.

De donde el Camöens, en el canto 9 de sus *Lusiadas*:

As violas da cordos amadores.

Allí no se guardaba fe á los amigos, lealtad á los señores ni respeto á los parientes. Las primas se hacian terceras, y éstas primas; las criadas señoras, y los señores criados. Casadas vi amigas del más amigo de su marido, y áun maridos muy amigos del más amigo de sus mujeres. Esto estaba yo contemplando cuando por medio de todos atravesó un hombre de extraña forma, lleno de ojos y oidos, y al parecer astuto. Porque no me ganara por la mano, le quise preguntar primero yo quién era y qué hacía allí. A ambas cosas me respondió así: «Mi nombre es Zelos; y muy bien me conoceis vos, porque á no ser así, no estuviérades en este patio. Yo, aunque soy grande parte de acrecentar el número de los enfermos y furiosos que aquí hay, soy loquero, y sirvo de castigarlos, no de curarlos; que ántes suelo acrecentarles el mal. Si quereis saber más de las cosas desta casa, no me lo pregunteis á mí, que por milagro digo verdad, porque dejo de ser quien soy en diciéndola. Soy gran invencionero, y contaros he mil mentiras. Aquel venerable anciano que allí se pasea muy apriesa es el administrador; él os informará (bien que á la larga) largamente de todo lo que quisiéredes.» Con esto me dejó, y sin más detenerme llegué al viejo, y conocí ser el Tiempo. Pedíle me mostrase los cuartos de aquel palacio, que quería, como forastero, ver algunos locos mis compañeros. Mas porque, segun me dijo, andaba curando los enfermos, desde adonde estaba me los mostró, me dió licencia y me dejó ir solo.

Y apénas salí de aquel primer patio (donde los locos andaban barajados, y sin qué se pudiese distinguir del manjar que era cada uno), cuando el primer cuarto que encontré era el de las doncellas; porque en lo más fuerte de la casa estaban las mujeres, como locos más furiosos, aprisionadas. Estaba en él una llorando de celos de una soltera; otra queriendo á un galan sin osárselo decir; otra escribiendo un papel con mil reveses, y con tantos tuertos como renglones; otra pidiendo una música á su amante, que es lo mismo que pedir dijese en la vecindad que la pretendia; otra le estaba diciendo al suyo que era suya, pero que ni pretendiese más della ni quisiese á otra: él decia que lo haria así, y ella lo creia. Unas querian casarse por amar, y otras á hombres casados (esas estaban apartadas con los incurables). Otras tenian requiebros, que llaman por las ventanas y quicios de puertas. Estas no eran locas, sino inocentes. Aquí no me atreví á detenerme mucho, porque corre un hombre riesgo entre esa gente; y el que más bien libra suele salir condenado á casamiento, que es tomar un arrepentimiento de por vida; y cuando esto no, á sufrir una misma mujer todo el año, sin redencion deste cautiverio. Tampoco osé hablar con ninguna, porque temí que luégo habia de pensar estaba enamorado della; y así pasé al siguiente cuarto, que era el de la casadas.

A muchas destas tenian atadas sus maridos, y así no podian ejecutar las temas de sus locuras todas veces; si bien otras quebraban las prisiones, y eran más furiosas que las libres. Muchas andaban sueltas por el cuarto, no porque estaban libres, sino porque ellas lo eran. Unas quitaban á sus maridos para dar á otros que diesen, y éstas no caian en la cuenta hasta que se acababa el gasto; y otras fingian romerías (que en buen romance eran ramerías) por ganar la gracia de sus galanes. Una vi que sufria de su marido unas sospechas averiguadas, porque fuesen horros, y á ella no la fuese nadie á la mano (digo á nada á la mano); y

otra que hacía sus mangas con dar labor fuera. Unas iban al baño y se manchaban, y otras al confesor, por encontrar al mártir. Algunas vengaban los pensamientos del marido con obras propias, que como dice un apasionado (Juvenal, sátira 13):

vindicta
Nemo magis gaudet, quam foemina.

Y el pagarse adelantado es para ellas la mayor venganza. Cuál estaba melancólica por la dilacion de cierto efecto. A una muy amiga de su coche pregunté que por qué le queria tanto, que nunca salia dél, y me respondió que porque tenía cortinas que se corrian. «Pudieran muy bien (dije yo) de que no se corre vuestro marido,» y ella corriendo me dejó. Entre toda esta máquina no estaban las que tenian los maridos en Indias, ó andaban en comisiones, porque todas vivian al fuero de solteras, y como conjuradas, no eran tenidas por miembros desta república.

El siguiente cuarto era el de las reverendas viudas locas de ciencia y experiencia. Estas estaban todas muy graves, esto es, pesadísimas, y cada una daba en su tema, mas á lo disimulado, pero no tanto que encubriesen el frenesí; porque á una dellas vi que juntamente lloraba por el marido y reia con el amigo; otra muy tocada de sus tocas, y más de la vanidad, hacer grandes presentes, sin acordarse de los pasados. Muchas sin tocas ni monjil, discurrir por el cuarto tan compuestas, que disimularan fácilmente el ser simples con quien no las conociese; mas no faltó quien dijo eran viudas apóstatas, y que las tenía allí (á nuestro modo de hablar) la Inquisicion. Otras, de bien diferente humor, estaban apostando á quien más larga traia la toca; y en algunas destas advertí que pudieran ahorrar de saya entera. Vi que todas las viudas pasantes eran las primeras que se enamoraban, por más puntos que tuviesen, y que las más mozas no esperaban á ser visitadas. Andaban por allí muchas devotas, y devotas de muchos

con las cuentas en las manos, cuenta con los bienes ajenos. Estas eran herejes de amor, y las más estaban penitenciadas con perpetuos ayunos (que tambien tienen cuaresma los carnales). Otras traian tocas de gasa y nevadas con repulgos gordos, y su poco de moño ó copete, como antiguamente se decia. Estas ya se ve cuán ocasionadas estaban. Otras se ponian color, como si tuviesen vergüenza; y algunas se querian casar mil veces; y al fin, cada loca estaba con su tema. Eran estas, entre todas, las más insufribles; porque como habia pocas mozas, y todas habian sido señoras de su casa y lo eran, cada una queria mandar, y así tenía harto que hacer con ellas el enfermero.

Cansado de tan insufribles sabandijas, pasé adelante y llegué al cuarto de las monjas, que no son las que hacen ménos locuras; y aunque de razon habian de ser fáciles de curar, habia hartas muy peligrosas. Estaban todas detras de fuertes rejas, que para esto no les vale la locura, aunque tal vez amor ha dado dispensacion; y ellas, que no conocen otro superior en cuanto les dura este mal, le obedecen sin reparar en que las ha de hacer la pena cuerdas. La mayor parte destas estaba escribiendo billetes (que su ordinario es muy ordinario), y todas jugando en ellos del vocablo, desde la cruz hasta el *Dios os guarde* y *sea de esos papeles por quien él es*. Todas las locas deste cuarto estaban hablando de noche y de dia sin cesar, y algunas pensando siempre que eran muy discretas. Unas andaban enamoradas de otras muy en forma, y las paseaban, festejaban y las pedian celos. Estas eran tontas, y así andaban sueltas, por no las tener por locas de perjuicio; pero lo cierto es lo eran, aunque no se les conociese bien por entónces la enfermedad. Las que tenian más devociones eran las más pecadoras, y no eran pocas, porque ninguna se contentaba con dos. Todo esto nacia de la mucha ociosidad; donde la hay por fuerza ha de haber grande amor, como lo sintió el Petrarca en el *Triunfo del amor*.

Ei nacque d'otio, e di lascivia humana.

Y ántes que él, Séneca en su *Octavia*

Amor est; juventa gignitur; luxu, otio
Nutritur, inter læta fortunæ bona.

Pero no se entiende mucho amor con muchos, como ordinariamente tienen estas locas, sin que tenga reparo esta treta. Habia aquí quien aceptaba más libranzas que un banco ginoves, ó Fúcar, con solo el caudal de su sazonado dulce. Unas hacian terceras de las de los bordones, y otras tenian por bordon hacerse primas de todos, si bien toda esta música era de falsas. Otras hacian lo que ellas llaman *trabajos* (yo colacion) para sus galanes; y me pareció que era bien pensado dar colacion á galanes ayunos. Unas deseaban que el que era visitador no las visitase, y otras que las visitase el que no era visitador. Las ménos locas se enamoraban del médico de casa. Estas andaban tras la andadera, y la hacian andar (como dicen) más que de paso. Aquellas buscaban siempre locutorios prestados, que pagaban los pobres devotos, y algunas habia tan rematadas, que les pedian á los suyos doseles y cera: cosa con que se suele quitar el amor mejor que con una ingratitud. Al fin tantas enfermas habia en este cuarto, que casi me dió compasion; y áun el enfermero desesperaba de su salud, porque como todas estas eran amantes de anillo, que sólo se mantenian de la esperanza (cosa que con el efecto muere al punto, el cual nunca las llegaba), era su mal incurable y insufrible.

Desde este cuarto pasé al de las solteras; y vi que todas andaban más sueltas que las demas. Eran pocas las furiosas, y esas fáciles de sanar, y me dijeron habia cada dia en este cuarto locas nuevas, y muchas convalecientes; y que en la *casa de los locos del interes* habia muchas más destas que en la *de los de amor*. Algunas vi allí que se hallaran muy mejor con el cuarto, si fuera real; otras que desnudaban al hombre más honrado (bandoleras de po-

blado) por vestir al más pícaro, como el tal hubiese ganado nombre de bravo y caudal para coleto de ante y daga mayor de marca; y aunque es obra de misericordia vestir al desnudo, es obra de crueldad desnudar al vestido. Habia locas de extremado humor, perdidas por un poeta, y si éste era cómico, rematadas, porque por lo ménos las sacaba cada dia al tablado en estatua, y las hacía los cabellos de oro, los dientes de perlas, y todo el cuerpo de piedras preciosas; y que tenian por gusto verse en un romance en hábitos de pastoras, y acompañar así á los muchachos que iban al mercado. Las perdidas por los que el mundo neciamente llama señores me cansaron grandemente, por ver no escarmentaban en tantas como infamaban cada dia por preciarse mucho de publicar sus empleos, y cuán arrastradas andaban de ordinario, ya en poder de la justicia, ya desterradas, ya emparedadas en las galeras, ya perseguidas de las propias mujeres; y que cuando más bien medraban, paraban en un convento contra toda su voluntad. Unas daban en comer barro por adelgazar, y adelgazaban tanto que se quebraban. Andaban éstas más amarillas que las otras; pero ninguna como un oro. Muchas se quitaban años, y se daban buenos dias y áun mejores noches si solo pueden ser las tales. Una vi que iba á un astrólogo á que la levantase una figura, y él la levantaba más de dos testimonios; otra se levantaba á ella la figura, pero con crecer los chapines. Cuál por parecer bien daba en afeitarse: esta era notable locura, pues desengañaba con lo que pensaba engañar. Cuál se enrubiaba algunos dias, y tal vez tanto que se la podia decir muy bien el epigrama de nuestro Baltasar de Alcázar:

Tus cabellos, estimados
Por oro contra razon,
Bien se sabe, Inés, que son
De plata sobredorados.

¡Qué dellas se ponian cabelleras ó moños, como ellas las

llaman! ¡Cuántas dientes, sebillos y mudas, aunque no tan mudas, que no decian á todos lo que eran! Y, en efecto, algunas habia tan vestidas de plumas ajenas (que se precian de pelar), que si las despojaran dellas, quedaran tan ridículas como la corneja de Horacio. Muchas tenian una madre vieja, aunque nunca lo hubieran sido, que mandaba hasta en la voluntad de la hija. La madre llamaba, y la hija escogia, y muy pocas destas guardaban la ley de amor, que ó las corrompia el interes ó el vicio. Díjolo galanamente un lucido poeta desta edad, y no poco conocido de todos:

Ella dice que es vírgen, y no miente,
Que el deleite de amor aún no ha probado,
Y si remeda el gusto, no le siente;
Que el interes, de una alma apoderado,
Adormece del cuerpo las acciones
Y tiene al apetito encarcelado.

Por esta causa, pues, eran de todas las otras tenidas por herejes, y que se hacian locas por librarse. Salí de aquí, y hallé á los hombres muy cerca de las mujeres (pared en medio como dicen); y esta era su mayor locura, no querer apartarse dellas, aunque con particular cuidado lo procuraba el administrador, por parecerle ser este el primer remedio que se les habia de aplicar; mas ellos despreciaban médico y medecina, y querian más su enfermedad que su salud, que como siente cierto acuchillado (Propercio, lib. 1):

Solus amor morbi non amat artificem.

Y así obstinados en este error, acababan en semejante mal, y pensaban que hacian bien; y otros que (aunque es peor) vian lo que hacian, y lo hacian. Así lo confiesa de sí un lisiado desta dolencia, Petrarca, en una cancion:

Quel, ch' i fo veggio, e non m' inganna il vero
Mal conosciuto, anzi mi sforza Amore.

Y pegósele de otro que dijo de sí lo mesmo: Ovidio, 7, *Metamorph.*:

> *Quid faciam video: nec me ignorantia veri*
> *Decipiet, sed amor.*

No estaban los locos en cuartos diferentes, porque las acciones de cada uno decian á quien atentamente los mirase, su inclinacion, su tema y su locura. ¡Cuántos vi muy galanes y sin camisa! ¡Cuántos con caballos para pasear y sin un cuarto para comer! ¡Cuántos que no tenian pan y los tentaba la carne! Uno iba á un discreto á que le notase los papeles, y otro le notaba que era un gran majadero. Otro queria enamorar por lindo, muy preciado de tufos y guedejas, manos blancas y piés chicos, siendo un Lucifer en la cara y con esfuerzo en el talle, sin saber que siempre quieren ellas ser las lindas de casa. Otro por lo valiente (gran personaje del trago y la tabaquera), no considerando que las más son medrosas. Unos vi que salian de noche á no más que á salir de noche; y otros que se enamoraban porque vian á otros enamorados. Este iba á todas las fiestas á enamorarse, haciéndolas dias de trabajo, y aquel andaba de casa en casa, como pieza de ajedrez, sin poder nunca coger la dama. Unos decian más que sentian, y otros sentian y no decian palabra. A estos locos mudos tuve gran lástima, y les aconsejara yo que se enamoraran de unos adevinos; mas como los locos nunca oyen, no les dije nada. Los desvanecidos se enamoraban de personas tan altas, que nunca las alcanzaban. Destos hay muchos en palacio, galanes obligados á enamorar las mejores damas, sin más caudal que sus cuerpos gentiles, y cual ó cual faltilla personal que se les ve á tiro de arcabuz. Los desconfiados (gente de juicio y seso, y por la mayor parte necesitados) se pagaban de mujeres tan bajas, que los dejaban alcanzados. Vi á los liberales, que hacian todos los dias larguezas, que no las daban ni áun gusto; y á los lacerados, que

hacian todos los dias de guardar, sin dejar holgar ninguno.

Los casados andaban todos con esposas; pero pocos por eso ménos furiosos. Unos destos, huyendo de sus mujeres, daban en las ajenas, y otros se hacian bravos porque los sufriesen; si bien algunas veces se hallaban engañados, y en lugar de leones fieros quedaban hechos mansos corderos; otros tenian por amigas las amigas de sus mujeres, y algunos por comadres á las madres de sus hijos.

Los viudos, escarmentados de la tempestad pasada, buscaban puerto á la puerta de quien los queria acoger, y muchos se casaban por el tiempo de su voluntad.

Los solteros acudian á todas partes. Aquí se enamoraban, allí pedian celos, aquí se los daban, allí se los quitaban. Mil pelones vi con pluma y mil desdichados con venturones. Unos concertaban mil desconciertos, y otros iban á la casa de la gula y á la de la lujuria. Entre tantos, lo que me admiró fué que ninguno negaba que estaba loco, y no por eso lo dejaba de estar.

Los más músicos gastaban sus cuerdas con muchas locas. Los más poetas hacian sus coplas á quien les hacía la copla. Los más gentilhombres hacian sus diosas á quien eran odiosos, y los más discretos decian sus dichos á quien publicaba sus desdichas.

Andaban los aficionados por doncellas rondando calles de dia, contemplando ventanas de noche; unos hablando criadas porque los admitiesen por criados, otros cohechando dueñas porque los hiciesen dueños; llenas las faltriqueras de papeles, y los sombreros con más cordones de cabellos, cintas y anillos de azabache que tiene un bubonero. Loco habia destos que no habia hablado á su señora palabra, ni la podia ver sino tal y tal fiesta del año, conviene á saber, noche de Navidad, de Juéves Santo, de San Juan y la Porciúncula. A unos los entretenia una criada seis años con papeles de su letra, sin que ellos entendie-

sen la letra, valiendo con ellos como si fuera de cambio.

Los locos de casadas se preciaban de recatados, mas no por eso hacian ménos locuras. Los más eran amigos de los maridos, y los ménos se guardaban mucho dellos, ó porque ellos no vian, ó no querian ver; y así, raros eran los que morian deste mal. Estos, ó daban meriendas en huertas, ó prestaban coches ó aposentos de comedia, que para el señor marido no faltaba una amiga que las llevase; y siempre ellos eran unos buenos hombres y lo creian todo.

De locos de viudas habia dos géneros: ó que eran queridos, ó que no lo eran. Estos libremente pretendian cautivarse, y aquéllos tenian amor sin temor, si no era, cuando mucho, de cualquier pariente ó hermano. Pasaban su carrera á rienda suelta, y eran locos desenfrenados.

Los de monjas tenian mucho de necios ó algun poco de virtuosos, pero á unos y á otros los llamaban los demas, zánganos de amor. Unos estaban muy de véras enamorados, y otros iban siempre á misa á la iglesia del tal monasterio, que es lo que hay que desear en género de locura. Todos pasaban grandes desdichas, ya agradando á las viejas de casa, y á las freilas sargentas ó donadas que las servian, ya sufriendo una cruel tornera, ya en el torno la espuerta de las lechugas, las alcuzas del aceite y la cesta de los jarabes y purgas. A uno vi señalados los hierros del locutorio, y otro aquí tan perdido, que se pudiera decir dél, lo de Abenhámar:

A los hierros de una reja
La turbada mano asida.

Todos los locos de solteras eran muy apasionados desta enfermedad, aunque algunos de otras que suelen doler más, y áun hacer astrólogos á sus dueños. Los más destos eran mocitos, hijos de vecino, cascabelillos, y luégo se metian á pendencieros. Otros conquistaban con amor y dinero, y éstos raras veces dejaban de vencer, porque pe-

teaban con armas dobles, y para estas señoras las armas más fuertes y poderosas son las de Felipe, rey de España. Los extranjeros gastaban sus haciendas, por no temer quedarse en cueros; los naturales se reian dellos, y ellas de unos y otros.

Con este último género de locos rematé las diferencias que pude ver por entónces, y cuando más descuidado caminaba para otro cuarto, me hallé sin pensar en el primer patio, donde vi nuevas maravillas. Vi que por horas se aumentaba el número de los locos. Vi al Tiempo ponerse en medio de algunos amantes, y que ellos se iban mejorando. Vi á los Zelos castigar á los más confiados. Vi á la Memoria renovando llagas viejas, al Entendimiento encerrado en un aposento escuro, y á la Razon con una venda en los ojos. Divertíme algun tanto en esto; mas cansada la vista de tanta atencion, volví á un lado, y vi un postigo muy pequeño, que apénas se podia salir por él, y que la Ingratitud y Sinrazon daban por allí libertad á algunos. Yo, por gozar de la ocasion, apresuré el paso, pretendiendo ser de los primeros, á tiempo que mi criado estaba á grandes voces llamándome, porque era ya muy entrado el dia. Con esto volví en mí y me hallé en mi cama, pero con algun pesar de haberme quedado en la casa de los locos, si bien con gran conocimiento de que amor y sus vasallos es todo locura; y confieso á vuesa merced que por lo que ahora veo más despierto, doy crédito á lo que entónces vi. Toda esta locura conocieron maravillosamente los antiguos, y muy bien Plauto cuando dijo *in prolog. Merc.*:

Sed amori accedunt etiam haec, quae dixi minùs,
Insomnia, aerumna, error, terror, et fuga,
Ineptia, stultitiaque adeò, et temeritas,
Incogitantia, excors immodestia,
Petulantia, cupiditas et malevolentia;

y Séneca:

Amor formae rationis oblivio est, insaniae proximus:

y muchos más, que vuesa merced habrá leido y sabrá mejor; conque se puede confirmar por cierta la imaginacion de mi fantasía.

De vuesa merced servidor y amigo.—*El doctor Cebrian de Amocete.*

EL ENTREMETIDO
Y LA DUEÑA Y EL SOPLON.

DISCURSO DEL CHILINDRON LEGÍTIMO DEL ENFADO, AHORA DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SANTIAGO; Y LIMPIO DE MANCHAS DE TRASLADOS Y DESCUIDOS DE IMPRESORES, Y AÑADIDAS MUCHAS COSAS QUE FALTABAN.

DELANTAL DEL LIBRO,

Y SÉASE PRÓLOGO, Ó PROEMIO QUIEN QUISIERE.

Estos primeros renglones, que suelen, como alabarderos de los discursos, ir delante haciendo lugar con sus letores al hombro, pios, cándidos, benévolos ó benignos, aquí descansan deste trabajo, y dejan de ser lacayos de molde y remudan el apellido, que por lo ménos es limpieza. Y á Dios y á ventura, sea vuesa merced quien fuere, que soy el primer prólogo sin tú y bien criado que se ha visto, ó lea, ó oiga leer. Este es el discurso del *Entremetido y la Dueña*: si le pareciere que son una propia cosa, sea en buen hora; que ya sabemos que no hay entremetimiento sin dueña ni dueña sin entremetimiento. Ni se detenga vuesa merced en examinar qué género de animal es la triste figura de los estrados; y avergüéncese, pues en cosa tan menuda se atollan tan reverendas hopalandas y un

grado tan iluminado y una barba tan rasa. Esta es de mis obras la quinta demonia, como la quinta esencia. No se escandalice del título; créame y hártese de dueña vuesa merced, que podria ser diligencia para excusarla. Si le espantare, conjúrela y no la lea ni la dé á los diablos; que suya es. Si le fueren de entretenimiento, buen provecho le hagan; que aquel sabe medicina que de los venenos hace remedios; y agradézcame vuesa merced que por mí le enseñan las dueñas, que chian y tientan. Si vuesa merced fuese murmurador, sería otro tanto oro que á puras contradiciones y advertencias me daria á conocer, y no ha de haber Zoilo, ni envidia, ni mordaz, ni maldiciente, que son el Sodoma y Gomorra, Datan y Aviron de la paulina de los autores. Y si fuere título quien leyere estos renglones, tráguese la merced, y haga cuenta que topó con un señor de lugares por madurar, ó con un hermano segundo que no pide prestado; que suelen rapar á navaja las señorías.

CHISTE A LOS BELLACOS PÍCAROS CON QUIEN HABLO.

Tacaños, bergantes, embusteros, perversos y abominables, todo lo escrito en este discurso habla con vuestras vidas, muertes, costumbres y memorias: no hay que rempujar nada hácia los buenos. Lo que han de hacer es no tomarlo ninguno por sí, sino unos por otros; y con esto ellos quedarán por quien son, y mi libro será bienquisto de los propios que abrasa y persigue; y porque no me antuvie alguno, tomo por mí lo que me toca, que no es poco ni bueno. Dios los confunda, si perseveran.

EL ENTREMETIDO Y LA DUEÑA Y EL SOPLON.

Soltáronse en la caldera de Pero Gotero un soplon, una dueña y un entremetido, chilindron legítimo del embuste; y con ser la casa de suyo confusa, revuelta y desesperada y donde *nullus est ordo*, los demonios no se conocian ni se podian averiguar consigo mismos: los malditos se daban otra vez á los diablos; no habia cosa con cosa, todo ardia de chismes, los unos se metian en las penas de los otros. Mirad quién son entremetidos, dueñas y soplones, que pudieron añadir tormento á los condenados, malicia á los diablos y confusion al infierno. Pluton daba gritos, y andaba por todas partes pidiendo minutas y juntando cartapeles. Todo estaba mezclado, unos andaban tras otros, nadie atendia á su oficio, todos atónitos. El soplon le dijo que habia muchos diablos que no salian al mundo y se estaban mano sobre mano, y que otros no habian vuelto mucho tiempo habia. La dueña por otra parte andaba con un manto de hollin y unas tocas de ceniza, de oreja en oreja, metiendo cizaña. Decia que mirase por sí Pluton, que habia conjura para quitarle el diablazgo, y que entraban en ella dos tiranos, tres aduladores, médicos y letrados, y mitad y mitad, y casi un ermitaño. No le quedó color al gran demonio cuando oyó decir el casi ermitaño. Parecióme á mí que lo daba todo por perdido. Calló un rato, y luégo dijo: «¿Ermitaño, letrados, médicos, tiranos? ¡qué confeccion para reventar una resma de infiernos con una onza!»

En esto que iba á visitar su reino, vió venir á sí el Entremetido. «Esto me faltaba, dijo. ¿Qué quieres contra mí?» Y empezó á mosquearse dél con toda su persona; mas él venía vaciándose de palabras y chorreando embustes. Díjole muy allá de lo que algunos trataban de huirse del infierno, y que otros querian dar puerta franca para que entrasen unos mohatreros y hipócritas, con que el mundo estaba rogando á los demonios, y otras cosas, que si no se huye por no le sufrir, lo anega en embelecos y en cláusulas. Él, viendo el alboroto forastero de su imperio, y advertido destos peligros, con su guarda y acompañamiento (que le sobran tudescos y alemanes para ella despues que Lutero y Calvino ladraron las almas de los ultramontanos) empezó la visita de todas sus mazmorras, para reconocer prisiones, presos y ministros. Iba delante el Soplon haciendo aire, que atizaba y encendia sin alumbrar. La Dueña en zancos de fuego se seguia, atisbando (como dicen los pícaros) todo lo que pasaba. El Entremetido, mirando á todas partes, no dejaba ánima sin gesto y reverencia. A cuál decia: «Bésoos las manos.» A cuál: «¿Es menester algo?» Voseábase con los precitos, llamábase de tú con los verdugos y los dañados; y á cada cortesía de las suyas decian: Oxte, más rico que á la llamarada. Más quiero fuego, decia una; otra le llamaba *añadidura á las penas*; otra *sobrehueso del castigo*. Estaba un testigo falso entre infinita caterva dellos, en lugar más preeminente que todos, hecho maestro de falsos testimonios como de capilla. Llevábales el dicho como el compas, y todos juraban á un són. Tenian los ojos en las faltriqueras, mirando lo que no veian, y en la cara por ojos dos bolsas de fuego. Y así como vió al Entremetido, dijo el maestro: «Por no verte me vine al infierno; y si advirtiera en que éste habia de venir acá, fuera bueno, no por salvarme, sino por ir donde no podia entrar.» En esto estábamos, cuando oimos gran tumulto de voces, armas, golpes y llantos mezclados con injurias y quejas. Ti-

rábanse unos á otros por falta de lanzas los miembros ardiendo, arrojábanse á sí mismos encendidos los cuerpos, y se fulminaban con las propias personas. No se puede representar tan rigurosa batalla. Uno andaba disparándose á todos; parecia emperador: la cabeza tenía coronada de laurel, el cuerpo lleno de heridas, el cuello lleno de sangre. Estaba cercado de senadores, que con almaradas afiladas mal se defendian de su rabiosa furia y cruel enojo. Llegó á él Pluton, y dando un trueno que hizo temblar á todo el infierno, le dijo: «¿Quién eres, alma, áun aquí presumida?» «Yo soy (le respondió) el gran Julio César, y despues que se desbarató y mezcló tu reino, dí con Bruto y Casio, los que me mataron á puñaladas con pretexto de la libertad, siendo persuasion de la envidia y cudicia propia destos perros, el uno hijo y el otro confidente. No aborrecieron estos infames el imperio, sino el emperador. Matáronme porque fundé la monarquía; no la derribaron, ántes apresuradamente ellos instituyeron la sucesion della. Mayor delito fué quitarme á mí la vida que quitar yo el dominio á los senadores, pues yo quedé emperador y ellos traidores; yo fuí adorado del pueblo en muriendo, y ellos fueron justiciados en matándome. Perros (decia la grande alma de Julio César), ¿estaba mejor el gobierno en muchos senadores que lo supieron perder, que en un capitan que lo mereció ganar? ¿Es más digno de corona quien preside en la calumnia y es docto en la acusacion, que el soldado, gloria de su patria y miedo de los enemigos? ¿Es más digno del imperio el que sabe leyes, que el que las defiende? Este merece hacellas, y los otros estudiallas. ¿Libertad es obedecer la discordia de muchos, y servidumbre atender al dominio de uno? ¿A muchas cudicias y ambiciones juntas llamais padres, y al valor de uno tiranía? ¡Cuánta más gloria será al pueblo romano haber tenido un hijo que la hizo señora del mundo, que unos padres que la hicieron con guerras civiles madrastra de sus hijos! Malditos, mirad cuál

era el gobierno de los senadores, que habiendo gustado el pueblo de la monarquía, quisieron ántes Nerones, Tiberios, Calígulas y Eliogábalos que senadores.» En esto Bruto con voz turbada y rostro avergonzado dijo á gritos: «¡Ah senadores! ¿no oís á César? ¿Esa maldad añadís á las otras contra el Príncipe, siendo autores de la maldad: culpar á quien os creyó? Hablad, responded; con vosotros habla el divino Julio. Tales sois, que yo y Casio fuimos traidores porque os creimos. Y si en las repúblicas multiplicando dominios ejercisteis la soberanía, la codicia de repetir la primera dignidad os hizo negociar y no regir, ó la consideracion de la suerte alternativa os amedrentó, para disgustar al que pudo tener alguno capaz del mismo puesto por pariente ó amigo. ¿Qué pretendistes con vuestro engaño ó nuestra traicion? Responded á César; que nosotros padecemos castigo en nuestras afrentas.» Uno de los senadores con sobrecejo severo, muy ponderado de facciones, con voz desmayada y trémula dijo: «¿Qué hablais los príncipes, si Ptolomeo rey mató vilmente al gran Pompeyo por tu causa, á quien debia el reino que tenía? ¿Qué delito fué en los senadores matarte á tí para cobrar los reinos que nos arrebataste? ¿Desquitar á Pompeyo es maldad? Júzguenlo los diablos. Achíllas mató al Magno por mandado de su rey, y era un bergante que comia de sus delitos. Más infame fuiste tú, que viendo la cabeza de Pompeyo lloraste; más traidor fué tu llanto que su espada; sentimiento mandado fué el tuyo; de la piedad hiciste venganza; más atroz fuiste mirándole muerto que venciéndole vivo: ojos hipócritas no han de estar en la primera cabeza del mundo: nosotros empezamos la restauracion con tu muerte; no apresuramos la venida de Neron; el pueblo no supo escoger. Tal fuiste, tirano, que de tu sangre salieron, como de imperio hidra, de una cabeza cortada doce.» Tornáranse á embestir si Lucifer no mandara con amenaza que César se fuera á padecer los castigos de su confianza, despreciadora de avi-

sos y advertencias, y á Bruto y Casio envió á que fuesen escándalo de las almas políticas, y á los senadores repartió entre Minos y Radamanto. Y nombrando infinitos buenos consejeros en todos tiempos, los atormentaban, y cada letra de sus nombres era un tizon para aquellos malditos senadores. Cuando entendieron que todo estaba acabado, asomaron por un cerro unos hombres corriendo tras unas mujeres; ellas gritaban que las socorriesen, y ellos decian: «Ténganlas.» Mandólos Pluton asir. «¿Qué es esto?» preguntó; y uno dellos, muy asustado, dijo: «Somos los padres sin hijos, y estas bellacas...» Díjole un diablo que hablase más bien criado y verdad, que padres sin hijos no podia ser. El replicó: «Pues todos nosotros somos padres, que fuímos en el mundo casados, hombres de recato, de los de en mi casa me como, y otras hidalguías celosas, cartujos de alojamiento, atusados de visitas, calvos de amigas, que son todos los calzadores con que una frente calza el cuerno que le revienta en las sienes. Con esto nos echámos á dormir; cada año nos nacen hijos que criamos, por sustentarlos rozamos nuestras almas, y á pura condenacion arañamos qué dejarlos. Y ahora habiendo muerto ellas, se ha sabido que los hijos fueron concebidos á escote entre los criados y los amigos, y algunas concibieron como comadrejas por el oido.» En esto salió un maridillo que parecia cabo de hombre como de hacha, muy cercenado de carnes, con unas barbas de orozuz mascado, la habla entre ladrido y anfonía, que parecia que habia comido gozques, y dijo: «Voto á tal, infame, que me has de desempadrar. Yo he sido ayo del hijo de mi negro; un real sobre otro me han de volver mi legítima. Y yo, que nunca entendí que hiciera la infame pecados tintos, teniendo tanto mozuelo moscatel en que escoger, le decia: Domingo, no entiendo á tu ama. Y él luégo riéndose con una jeta de un palmo, me respondia: Mi alma con la suya. Y esto sonaba alabanza, y era pulla.» «Bien mirado, bueno

es, decian todos los padres güeros, que un hombre pasase su vida sufriendo una preñada, regalando una parida, tragando un niño, pagando un bautismo, sufriendo amas, oyendo *taita*, llorando de risa por las barbas abajo de que dijo *coco*, *mama;* y desto estamos corridos, que andábamos contando por las casas, mi hijo dijo hoy: *putenor pare.* ¡Hay tal cosa! Ha de ser grande hombre. Y vive Dios, que pareciéndose á bulto nuestros hijos á sus padres, nos decian las malditas: A fe que no niegue á su padre. Hijo de padre si lloraba, hijo de padre si reia. Y nosotros, la boca abierta y el moco tan largo, comprando babadores y dijes, y ahora nos hallamos en los infiernos condenados cuquillos. No ha de pasar así.» Fuéles mandado que se retirasen á padecer su credulidad; lleváronlos al Jarama del infierno.

Gran revolucion se via en una sima muy honda de almas y diablos. Paróse la visita á entender lo que era; no se vió tal cosa jamás. Estaban atormentándose unos presumidos y otros vengativos y algunos envidiosos: «si yo volviera á nacer; si yo volviera á la vida; si muriera de dos veces.» Los demonios estaban tan enfadados de oirlo, que les decian: «Ladrones, embusteros, infames, que estais quebrándonos las cabezas con si volviérades á nacer,—si volviérades á nacer mil veces, cada vez tornárades á morir peor, y á palos no os podremos echar de aquí. Mas para que se vea quién sois, ya tenemos órden para que volvais á nacer. Ea, picaños, alto á nacer, alto á nacer.» Cosa extraña, que los malditos que tanto lo blasonaban, así como oyeron decir alto á nacer se consumieron, y afligidos y tristes se sepultaron en un silencio medroso. Uno dellos, que parecia más entendido, con mucho espacio, suspenso de cejas empezó á decir: «Si me han de engendrar bastardo,—hay pecado y concierto y paga y alcahueta y tercera parte como casa. Si he de ser de legítimo matrimonio,—ha de haber casamentero y mentiras y dote, que son epítetos, y no dos cosas. Yo he de estar aposentado en unos riñones, y de-

llos, con más vergüenza que gusto, diciendo que se hagan allá á los orines, he de ir á ser vecino de la necesaria; nueve meses he de alimentarme del asco de los meses; y la regla, que es la fregona de las mujeres, que vacía sus inmundicias, será mi despensera; andaré sin saber lo que me hago; ántes de ver, lleno de antojos; para nacer traeré más dolores que el mal frances; saldré revuelto en la sábana de la posada, como quien da madrugon; lloraré porque nací, viviré sin saber qué es vida, empezaré á morir sin saber qué es muerte, envolveráme la comadre en mantillas, que me la jurarán de mortaja; enjugaré los pechos de un ama. Aquí entra lo de tener la leche en los labios; pónenme en una cuna; si lloro llaman el coco, si duermo me cantan

Con la grande polvareda.

La mú llaman al sueño las mujeres, y el mú al que se duerme; pónenme un babador, cuélganme dijes, nácenme los dientes. Voto á tal por no aguardar eso, y unas viruelas y el palomino muerto, y que no me rasque: *ay el angelico*, y *á ro, ro*, me esté en los infiernos siempre jamás. ¡Pues qué, si paso del sarampion, y ya mayor voy á la escuela en invierno, con un alambique por nariz, tomados todos los cabos del cuerpo con sabañones, dos por arracadas, uno á la jineta en el pico de la nariz, dos convidados á comer y cenar en los zancajos, llamando señor al maestro; y si tardo me toman á cuestas, y como si el culo aprendiera algo ó le encomendaran la licion, le abren á azotes! Maldito sea quien tal quiere volver á nacer.

»Pues consideráos mancebos, acechados de la lujuria de las mujeres en toda parte y sitiados de su apetito, haciendo vuestras vidas y vuestras almas alimento de su desórden. ¿Ahora habia yo de volver allá á calzar justo y andar mirándome á la sombra, trotando con los ojos las azuteas y los terrados, suspirando de noche, hecho mal agüero en

competencia de las lechuzas, abrigando esquinas, recogiendo canales, adorando cabellos, y dando mi patrimonio por la cinta de un zapato, y llamar favor que me pidan lo que no tengo? ¡Oh maldito sea, sobre maldito, quien tal quiere volver á repasar! ¡Pues qué, ya hombre, cargado de cuidados entre arrepentimientos y desengaños, empezando á sentir el monton de las enfermedades que la mocedad acaudaló, haciendo el noviciado para viejo, mandando entresacar canas al barbero, que mejor se puede llamar canario, introduciendo en jordan la navaja, diciendo que son lunares y achacándoselas á los trabajos, negando años á pesar de la jaqueca y dolor de muelas y ijada! ¡Pues qué se compara con haber de ser forzosamente hipócrita de miembros, y decir, cayéndome á pedazos: Nunca estuve para más; yo lo haré; aquí me las tengo; y otras cosas que cuestan caro á los que las dicen! Mas todo es burla con haber de estar enamorado y solícitar en competencia de los muchachos, retar á toda una mujer entera, y dejarla más amagada que harta, habiendo gastado la noche en achaches y en disculpas y en requiebros vacíos, y ser forzoso ponerme colorado de que me digan: Dias há que nos conocemos, amigo viejo;—y otras cosas así. Quien por esto pasare dos veces, puede echar á diablos con cuantos lo son. ¡Pues qué si la vida adrede porfía hasta que uno envejezca, y le labra de calavera, con calva de pié de cruz, cáscara de nuez por pellejo, giba de *requiem*, muletilla que vaya llamando á las sepulturas, sueño en pié, vejiga empedrada, y el músico de braguero que se sigue luégo, que canta pronósticos, astrólogo de orinal; espiado de herederos, rondado de responsos, heredad de médicos, ocupacion de barberos y alegron de boticarios, llamándome tio los labradores, agüelo los muchachos! Infierno vale más una vez que barriga dos. ¡Pues la gentecilla que hay en la vida y las costumbres! Para ser rico habeis de ser ladron, y no como quiera, sino que

hurteis para el que os ha de envidiar el hurto, para el que os ha de prender, para el que os ha de sentenciar y para que os quede á vos. Si quereis ser honrado, habeis de ser adulador y mentiroso y entremetido. Si quereis medrar, habeis de sufrir y ser infame. Si os quereis casar, habeis de ser cornudo. Si no lo quereis ser, lo sereis (si os descuidais) sin parte, y donde se pudiere. Para ser valiente, habeis de ser traidor y borracho y blasfemo. Si sois pobre, nadie os conocerá; si sois rico, no conocereis á nadie. Si uno vive poco, dicen que se malogra; si vive mucho, que no siente. Para ser bien quisto, habeis de ser mal hablado y pródigo. Si se confiesa cada dia, es hipócrita; si no se confiesa, es hereje; si es alegre, dicen que es bufon; si triste, que es enfadoso. Si es cortés le llaman zalamero y figura; si descortés, desvergonzado. ¡Válate el diablo por vida y por vivo! No volviera por donde vine por cuanto tiene el mundo. Renegados precitos, habiéndome oido, ¿hay alguno de vosotros que quiera volver al nacer por donde vino, y recular la vida hasta el vientre de su madre?» «Nones, nones, decian todos: infierno, y no mama; diablos, y no comadres.» Sólo uno, mal encarado, barbinegro, cara salpicada y zurdo, dijo: «Yo quiero volver, no por tornar á vivir, sino porque me estoy atormentando aquí con la memoria de los pícaros, y mentirosos y enredadores, que en la vida me contaban mentiras, y yo de puro cortés callaba, y ellos quedaban muy ufanos de que yo los habia creido. Y voto á tal, que no creí á nadie nada, y piensan los bribones guiñapos que los creí. Don Fulano, que me dijo muy estirado de cejas: Por la misericordia de Dios, señor mio, puedo decir que en mi vida he pedido nada á nadie;—y el ladron decia verdad, porque pedia algo; que nada no se pide; y porque él no pedia, sino tomaba, era una demanda con don y tenía más deudas que Eva, y nadie le prestó dineros que no prestase paciencia, y era á puras trampas ratonera, y decia que no. Pues

la muchacha que me dijo que era doncella, habiendo tenido más barrigas que un corro de pasteleros, y habiendo parido la procesion de las amas, y me queria hacer creer que era virgo, siendo ella cáncer y yo escorpion! Y el tenderéte, vendiéndome fidalguía, más grave que mil quintales, y más cansado que yo dél, me decia que todos los otros eran judíos, y sé yo que su padre se murió de asco de un torrezno, y que su merced anda de mala con la pascua de Resurreccion, y que en los caniculares echa en remojo toda su casa porque no se le encienda; y voto á tal, que sé yo que guarda su dinero y la ley de Moisen. El dice que espera un hábito, yo digo que al Mesías. Pues el bellaco, pícaro, chancero, que con su á Dios gracias por empuñadura, muy entornado de ojos, con su cabeza torcida remedando su intencion, me decia: «Yo, señor, me cómo tres mil ducados de renta limpios de polvo y paja, estos sin joyas y menaje y algun contantejo, y todo es de mis amigos; que á mí no me engorda sino lo que doy; que si hoy cobrase lo que me deben... mas al fin...» Y entre chillido y suspiro remata sacudiendo los huesos á manera de temblor. Pensó el mohatrero ganapan que yo lo entendí así; y otros mil infiernos padezca yo si cuando me lo estaba diciendo no me daban vuelcos de susto dos reales que tenía en la faltriquera, de miedo de sus embestiduras, y que me rezumaba de mientes por los ojos. Sé yo que si le prestan las espadas todas, no tendrán vuelta con decir que no hay ninguna sin ella, y áun el dia de San Anton en su poder no tendrá vuelta lo que le dan: aunque sea viejo, nunca es traido, sino llevado. El no paga nada, mas todo lo pagará con las setenas. Vendióseme el picarillo muy acicalado de facciones, muy enjuto de talle, muy recoleto de traje, pisador de lengua, haciendo gambetas con las palabras y corvetas con las cejas, cara bulliciosa de gestos y misteriosa de ceño, por gran ministro, hombre severo, y de lo que llaman de adentro, plático de arriba.

Decíame: «¿Qué hay de nuevo por este lugar?» porque yo dijese: «¿Quién lo sabe como vuesa merced?» Y al punto muy esparrancado de ojos decia: «No hay sino dejar correr, Dios lo remedie, que tal y cual, lo del camino carretero: sí por sí, no por no;» y al decir ello dirá, ponia una boquita escarolada como le dé Dios la salud, y zurcíame un embuste á la oreja cada dia. «Harto estoy de decirlo; mi parecer dije, y con eso cumplo, lo demas Dios lo haga; pues esto no es nada; presto se verán grandes cosas.» Y hablaba unas palabras con la barriga á la boca de puro preñadas. Yo las oia en figura de comadre, y con tanto se despedia de mí, diciendo: «Si algo se ofreciere, amigos tenemos arriba; ya vuesa merced sabe qué sabe Caratulilla, matachin de palacio, títere de arriba como Caramanchel.» Lo que yo sabía era que andabas remedando privanzas, y contrahaciendo validos, y copiando ministros, pasando á escuras favores chanflones entre pretendientes y pleiteantes, imitando lisiones por lisonjear, y todo el año trasladando de los poderosos y validos ajes, barbas, meneos, tonillos, figuritas y escorzados, apareciéndote por las escaleras, entrándote en las audiencias, y siendo para todo el lugar fin de paulina. Este tengo en los huesos, que no me le sacarán con unciones. Déjenme volver al mundo, andaréme tras este muñeco hecho de andrajos de toda vision, diciendo á gritos á los que se llegan á él: «Ox, que no pica; y no lo dejen por decir, que siendo condenado no he de ir á hacer tan buena obra á todos; que yo no lo hago sino por hacérsela muy mala á él y derrengalle la hipocresía.»

Entretenidos tuvo esta gente á todos. Estábase Pluton embobado oyéndolos. Vino el soplon, abanico del infierno, resuello de las culpas, y dijo á Pluton señalándoselo: «Aquel demonio que allí va despeado acaba de llegar del mundo, y há veinte años que no ha venido.» Mandóle llamar; llegó muy congojado. «¿Cómo te has atrevido (le pre-

guntó) á faltar de aquí tanto tiempo sin venir á dar cuenta, ni traer alma alguna ni avisar de nada, y diablo me soy.» El diablo le dijo que no le reprendiese ántes de oirle: que quien condena no oyendo la parte, puede hacer justicia, mas no ser justo. «Oigame vuesa diablencia, decia. Señor, yo recibí en guarda un mercader: los diez años le estuve persuadiendo que hurtase, los otros diez que no restituyese.» Dióse Pluton una gran palmada en la frente, y dijo: «¡Miren qué traza de diablo esta! Ya no es el infierno lo que solia, y los demonios no valen sus orejas llenas de agua.» Y volviéndose al diablillo, le dijo: «Mentecato, con los mercaderes hase de gastar el tiempo, y ese muy poco, en persuadirles á que hurten; pero en hurtando, ellos se tienen cuidado de no restituir. Este es tonto y no sabe lo que se diabla.» Llamó un ministro, y dijo: «Lleva ese demonio, y ponle pupilo de algun mal juez, donde aprenda á condenar; que éste se debe haber alquilado en los autos para diablo.»

Grande rumor y vocería se oyó algo apartada: parecia que se porfiaba entre muchos sin órden y con enojo. Estaban en diferentes corrillos; en algunos eran modestas las réplicas, en otros se mezclaban injurias y afrentas. Habia quien, encendiendo la pasion, acompañaba con armas sus razones. Vianse golpes, heridas, y cuanto más se llegaba la visita, más de cerca se conocian los movimientos precipitados del enojo. Esto puso más cuidado en los pasos, mas no fué tan apresurado, que cuando llegamos ya la ira lo habia mezclado todo, y sin órden se despedazaban unos á otros. Las personas eran diferentes en estado, mas todos gente preeminente y grande: emperadores y magistrados y capitanes generales. Suspendiólos la voz del príncipe de las tinieblas; volvieron todos á él, padeciendo tormento en no ejecutar unos el odio y otros la venganza. El primero que allí habló fué un hombre señalado con grandes heridas, y alzando la voz dijo: «Yo soy Clito.» «Más honrado soy,

dijo otro que estaba á su lado, y he de hablar primero. Oye al emperador Alejandro, hijo de Dios, señor de los mundos, miedo de las gentes, magno y máximo,» y no acabara de ensartar epítetos y blasones de su locura si no le dijera el fiscal que callase; que ya aquel papel le habia representado en la vida, y que acabada la comedia del mundo era ya reo acusado. «Hable Clito;» y él, que tenía gana, despejando mal la risa de su sentimiento, dijó: «Yo, señor, fuí gran privado deste emperador, que para ver cuán poco caso hacen los dioses de las monarquías de la tierra, basta ver á quién se las dan. Hicieron á este maldito insensato, de quien la soberbia aprendió furores, señor de todo, con título de rey de los reyes. Persuadióse que era hijo de Dios, á Júpiter Anmon llamaba padre, y por autorizarse con el sello de Júpiter se introdujo en testa de carnero y se rizó de cuernos, y no falta sino torearlo en las monedas y llamarse Alejandro morueco. En balde porfiaban en él las pasiones naturales, tan doctas en desengañar la presuncion humana: dióle lo que tuvo la fiereza, hízole grande la temeridad, creció del robo, no era capaz de advertencia. Presento por testigo al filósofo envasado, vecino de una tinaja, que le tuvo por bufon y se rió de verlo, y para la vuelta le dijo, estorbándole el sol que le calentaba: No me quites lo que no me puedes dar. Yo le serví en lo que me mandaba, y no me dió la privanza mi obediencia diligente, sino el entender él que yo sería partícipe de sus insultos, séquito de sus locuras y aumento de sus adulaciones. Yo (¡desdichado de mí!) quise tener lástima dél; atrevíme á ser leal al tirano (esto que no es nada), y viéndole desacreditar las cosas de su padre Filipo y desnacerse, con la lengua y las obras, de tan gran príncipe que le dió el sér, desengañábale de la divinidad. Traté de que descornase su descendencia; referíale los esclarecidos hechos y virtudes de su padre, entre muchos que adorándole con incienso, le decian que era hijo de

Dios; y habia adulador que le aseguraba de vista la generacion divina, y consejero que por línea recta de varon le hallaba mayorazgo del cielo y heredero forzoso del rayo y el trueno. Yo le hacía tales recuerdos de las cosas de su gran padre, que le decia: Poco le falta á esta descendencia para divina. Pues para ver quién fué este desatinado tirano y cuál su violencia, por testigo de su grandeza, por voz de las alabanzas de su padre, con sus propias manos me mató á puñaladas, mas él murió en la mesa y vivió en la guerra. Concertadme estas medidas. Su maestro, de quien no quiso aprender á vivir, enseñó con qué le matasen, y una uña de asno disimuló el veneno, y él se quedó cornudo, sin Dios, sin reino y sin vida. A mí me dió el fin que he dicho por lo que habeis oido, y á Abdolonymo, monda-pozos, estándolos mondando le hizo rey de Sidonia, no por ensalzar la virtud, sino por mortificar con afrenta la soberbia de los nobles de Persia despues de la muerte de Darío. Topéme aquí con él, porque los privados que ha habido en el mundo nos juntamos á tomar satisfaccion de nuestros príncipes, y díjele que dónde habia dejado lo de Dios, y que si estaba desengañado; y en razon desto nos asimos cuando llegaste. Matóme porque alabé á su padre. Mira lo que es delito digno de muerte en un tirano, siéndolo sólo en el padre haberle engendrado. A Parmenion y Filótas, sus privados, tambien los mandó matar, aunque le adoraban y tenian por hijo de Júpiter. A Amyntas, su prima, y á su madrastra y hermano, y á Callisthenes, su privado, mandó matar. De suerte, oh Pluton, que el delito es ser privado, no ser malo ni bueno, y es como lo que pasa en la vida humana, que todos mueren de hombres, y no de enfermos; que ese es achaque.» «¿Ahora sabes, dijo Pluton, que la privanza es tropezon y todo príncipe zancadilla; que los tiranos lo aborrecen todo: á lo bueno porque no es malo, y á lo malo porque no es peor? ¿Qué privado han hecho que no le hayan precipitado? ¿Qué

digo? Acuérdeseos de la emblema de la esponja: todos sois esponjas de los príncipes; déjan os chupar hasta que estais hinchados, y luégo os exprimen y sacan el zumo para sí.» A estas razones se oyó grande alarido, y llegándose á Lucifer un hombre blanquecino, desangrado, viejo, y venerable y digno de respeto, dijo: «Parece que hablan conmigo esas razones de la esponja, por los muchos tesoros y riquezas que tuve. Yo soy Séneca, español, maestro y privado de Neron. Los desperdicios de su grandeza cargaron mi ánimo, no le llenaron. En recibir lo que me dió sin pretenderlo no fuí codicioso, sino obediente. Quiere el príncipe en honras y haciendas mostrarse magnánimo, generoso y agradecido con un privado. Contradecir al príncipe tales demostraciones es desamor y atencion á la utilidad propia; pues rehusarlas es querer que el acto de virtud sea el suyo, y preferir la admiracion de la modestia y templanza del criado á la esclarecida generosidad del príncipe. Recibir el valido lo que el príncipe le da es querer que se vea su grandeza ántes que la virtud y humildad propia, y dar luz á la virtud del príncipe es el más reconocido vasallaje que puede darle un vasallo. Dióme Neron cuanto es decente á tal príncipe: el precio y mérito desto fué la enseñanza; permitia tantos bienes la demostracion de premio, no la presuncion de hacienda ni el desvanecimiento de patrimonio; no emperezó el tesoro darme conocimiento del séquito que tiene forzoso en la envidia, que ejecutiva me procesaba por las calles, afirmando que persuadia á otros el desprecio de los tesoros por desembarazar de competidores la sed mia de riquezas. Yo vi adolecer mi opinion y enfermar mi buena dicha, no mi culpa, sino mi crecimiento, porque el escándalo no está en el que priva, sino en todos los que no privan; y nunca puede ser bienquisto de todos quien tiene puesto que los que son como él desean para sí, y los que no, para otro en quien tengan más afianzada la medra. Determiné, ades-

trado con estas consideraciones, desembarazar mi ánimo y descansar de todos estos odios: fuíme al Príncipe, y volvíle cuanto me habia dado; y porque la restauracion fuese cortés y no grosera, la acompañé con palabras que Tácito refiere y mejora, persuadiéndole á que en darme tanto caudal se mostró espléndido, y en recibirlo prudente, pues mostraba que lo habia dado al benemérito, pues lo sabía despreciar. Yo tuve tan grande amor al Príncipe, que no acobardaron mi buen celo las amenazas de su condicion; batalla, no comunicacion era conmigo la suya, segun las grandes contradicciones con que siempre le disgustaba. No acallaron ni verdad su locura ni su fuerza, ni ménos derramó sangre que á mi reprension se adelantase el desvelo de la conciencia. Mató á su madre, quemó á Roma este que despobló todo el imperio de beneméritos con el cuchillo; y estas cosas pudieron persuadir á Pison la conjuracion, que se llamó de su mismo nombre pisoniana, muy bien propuesta, pero mal callada, donde murieron los mismos que habian de matar. Son pasos de la Providencia el guardar al tirano del peligro de la vida, por no venir colmado de las muchas afrentas y desesperacion que merecia. Aseguróse el Príncipe destos, pero no de sus vicios, y luégo al punto mandó matar á Lucano porque era mejor poeta que él, y á mí tambien me dió á escoger muerte; mas eso no lo hizo por piedad, ántes bien fué fuerza mañosa, pareciéndole á él que la padeceria muchas veces repetida en la eleccion della, y que padeceria la que escogiese con el efecto, y las que dejase con el miedo que las rehusaba. Yo, metido en un baño, cortadas las venas, me despaché para este puesto que hoy tengo, donde este maldito áun no se harta de crueldades y lee cátedra de martirios á los diablos. En el Senado, cuando mató á su madre, hicieron votos y sacrificios públicos, y osaron adularle con las aras y los templos; y cuando se difirió de la conjura de Pison, hicieron lo mismo por la salud del Príncipe,

y mandaron que al mes de Abril en honra suya le llamasen Neron. ¡Mirad qué senadores, que luego le sentenciaron á muerte ellos propios siendo su Príncipe, y le hicieron morir como merecia porque los creyó! Mas los senadores malos muchas veces aconsejan al Príncipe lo que le pueden acusar:

Carus erit Verri, qui Verrem tempore, quo vult,
Accusare potest.

Y hubo alguno que en viendo propuesta alguna gran maldad, deseaba que todos sus compañeros fuesen justos y santos, sólo porque su bellaquería fuese única y su iniquidad el apoyo de la perdicion. Levantáronse Quinto Haterio y Marco Escauro diciendo: «Y esos que tú acusas, ¿bastaron á profanar tantos grandes senadores cuyo ánimo nunca temió los peligros de la verdad ni las amenazas de los príncipes? Los malos ministros se escriben, y se cuentan, y se maldicen: todo para imitarlos. De los buenos nadie hace memoria, porque el bien no se aprende, y el mal se pega, de la manera que un enfermo pega el mal á veinte sanos, y mil sanos no pegaron jamás salud á un doliente.» Neron, ceñudo y con los ojos en el suelo, la voz delgada y temerosa, dijo: «Saber más que el príncipe el privado y maestro es necesario, y conveniente disimularlo con el respeto. Presumir con el príncipe esta ventaja es delito: pues ¿qué será porfiar á convencer el criado á su señor á que sabe más que él? En tanto que me enseñaste á mí con lo más que sabías, te preferí en todo, y fué estimacion de tu prudencia mi imperio, y llegó á escándalo del mundo. Luégo pasaste á enseñar á todos que sabías más que yo: cosa que debiste excusar, y aquí fué mi enojo; y quiero ántes sufrir lo que padezco, que privado que hace caudal de mi descrédito; y si no, díganlo todos esos príncipes.» Y dió voces: «¡Ah reyes! ¿ha pasado algun privado vuestro más adelante, en llegando á presumir en sí suficiencia y discurso superior al vuestro? En tanto que los pueblos

creen que el príncipe tiene talento y que obra por sí, se sustenta el privado que lo persuade; mas en desarrebozándose la verdad y en desmayando el engaño, muere súpito todo valimiento. Decid si esto es así;» y á una voz dijeron todos: «No, no, ni pasará adelante de aquí á la fin del mundo; que así dejamos tomada la palabra á nuestros sucesores y encargada esa acusacion á la envidia.» «¿Qué tengo yo que ver con eso, dijo Seyano, que supe y disimulé ménos que Tiberio, y habiéndole obligado con mis servicios, me mandó adorar y me hizo estatuas y las concedió privilegios sagrados? Fué mi nombre aclamacion del pueblo romano, mi felicidad lisonja de todo el imperio; mi salud voto de las gentes y ruego comun; y siendo el privado de mayor dominio en el alma de su señor, este maldito y siempre abominable Tiberio me hizo prender y despedazar, siendo mérito en el furor de los amotinados traer en los chuzos algun pedazo de mi cuerpo. Con garfios me arrastraron de las quijadas por las calles, y la crueldad infanda no se detuvo en la sepultura: más allá pasó; que á mis hijos hizo morir afrentosamente, y una hija, que por el privilegio de la virginidad no podia morir justiciada, mandó que el verdugo la violase primero y que luégo la degollase. Testigos tengo de mi abono: Veleyo Patérculo encarece mi valor, mi ingenio, mi maña y mi asistencia; y Tácito, que con la malicia se hizo bienquisto de los lectores á costa de los difuntos, él tampoco me niega las alabanzas. Nadie me dijo verdad; y con ser tantos los que acababan con mi caida, nadie se dolió de mí ni tampoco me osó enojar. Mi ruina empezó desde que quise prevenir todos los hados, quitar á la fortuna el poder, burlar sus diligencias á la providencia de Dios. Entónces, más sacrílego que prudente, me fortalecí contra la maña de los hombres, haciendo morir los buenos y los atentos, desterrando á los ociosos y advertidos, y provoqué por enemigo al cielo, á quien quise excluir de mi causa. Tam-

bien es verdad que yo me valí y acompañé de gente ruin: del médico para los venenos, del sedicioso para la venganza, del testigo falso y del mal ministro ventero de las leyes; mas no fué eleccion de mi voluntad, fué necesidad de mi puesto. Yo usaba de los que son siempre trastos del poder; y como sabía que en cayendo así me habian de faltar los malos como los buenos, usaba de los malos como de cómplices, huia de los justos como de acusacion. Cada virtuoso para el que puede es un dedo á la márgen, y cada entendido un espía y un testigo en buen lenguaje, que si habla, persigue, y si calla, culpa. No inventé la tiranía, ni sus malas costumbres Tiberio las aprendió de mí, que más las padecí aprobándolas lisonjero, que en las cárceles y el cuchillo los sentenciados. Si dicen que yo le aconsejé crueldades para quitarle el amor del pueblo y disponer mi levantamiento, ¿quién le aconsejó las que hizo conmigo? El caso es, Pluton, que los príncipes tienen por disculpa de lo que permiten, la ruina del medio que para ello escogieron, y que nuestra culpa es ser solamente la suficiente satisfaccion de los odios nuestras muertes; y al cabo, reyes, la nota cae sobre vosotros y vuestra inconstancia, y la lástima sobre nuestros castigos. Las historias, contando nuestras caidas, dicen siempre: Este fin tienen los que se llegan al favor de los reyes y príncipes; y nuestra desdicha en cada corónica es advertencia de un mal paso. Hacer un privado poderoso, rico, es mostrar el poder; conservarle es acreditar el juicio que dél hiciste y tu eleccion; deshacerle es desdecirte y darte á partido con los malcontentos. Mirad, mirad lo que somos.» Y volviendo, jugaban á la pelota Santabareno, favorecido del emperador Leon, á quien mandó sacar los ojos; y Patricio, favorecido de Diocleciano, á quien hizo pedazos. Decia Santabareno, tomando la pelota: «Este es el poderoso hinchado de viento. Pone el príncipe toda su fuerza en levantarlo de un voleo, y anda en el aire, mas siempre bamboleando; y

miéntras le dan dura en lo alto, y en no le dando cae, y en descuidándose se pierde; y si le dan muy recio revienta, y en lo alto se sustenta á puros golpes.» Mas Plauciano, favorecido que fué de Severo, á quien despeñó por una ventana para que fuese espectáculo del pueblo, decia: «Fuí cohete, subí aprisa, y ardiendo y con ruido en lo alto, me calificó de estrella la vista; duré poco, y bajé desmintiendo mis luces en humo y ceniza.» Fausto, favorecido de Pirro, rey de los epirotas; y Perenne y Cleandro, favorecidos de Cómmodo; y Cincinato, favorecido de Vitellio, emperador; y Rufo, favorecido de Domiciano, y Amproniaso, de Hadriano, estaban oyendo la voz temerosa y venerable del grande Belisario, favorecido de Justiniano, que ciego, habiendo dado con el bordon dos golpes y meneado la cabeza en torno para prevenir silencio, dijo: «¿Es posible, príncipes, que todos vuestros validos han sido malos? Peor es en vosotros ser verdugos de los yerros de vuestra eleccion que nuestras desgracias. Yo serví á príncipe cristiano y justo y que enseñó qué era justicia y hacerla, y debiendo á mi valor el imperio, despojos, y monarquía y triunfos, me hizo cegar, y me dejó pidiendo por las esquinas el sustento con los miserables; y el nombre que se oia animando los estandartes y espantando los enemigos, y que valió por ejército apellidado, andaba por las calles y plazas pidiendo sin saber á quién. El favor de los príncipes es azogue, cosa que no sabe sosegar, que se va de entre los dedos, que en queriendo fijarle se va en humo: cuanto más le subliman es más venenoso, y de favor pasa á soliman; manoseándolo se mete en los huesos, y el que mucho le comunica y trabaja por sacarle, queda siempre temblando, y anda temblando hasta que muere, y muere dél.» Siguieron luégo á estas palabras quejas lastimosas y terribles alaridos, señalando todos con ¡ay! donde tenian el azogue del favor, y empezaron todos á temblar; que parecia familia de Almaden. Mas Belisario tornó otra vez á hablar, y todos aten-

dieron: «Ved la infamia de Justiniano, que acobardados sus premios del exceso de mis méritos y servicios, me cegó; y mi virtud tan solamente me negoció la desdicha. Y habiendo de dejarme, temió mi razon y acabó conmigo. Y todos vosotros lo habeis hecho de la misma suerte, y en vuestras corónicas somos manchas coloradas de vuestra reputacion.» Y un afligido, que no se dió á conocer, dijo: «No esteis ufanos de la miseria de los que os creen y pueden con vosotros; que príncipes ha habido constantes, y privados firmes: esto es echaros el agraz en el ojo. Josef en las sagradas letras; Eleázaro, conde y príncipe, fué privado de Roberto, rey de Francia, y ni tropezó ni resbaló ni cayó, ni otros muchos cuya alabanza vivió igual hasta su fin, cuyo aplauso no descaeció, cuya dicha nunca la enfermaron los envidiosos, y vivos y muertos y escritos fueron exaltacion de sus reyes, como nosotros acusacion y escándalo y queja.»

En esto estaban ocupados todos, cuando vimos un hombre que en las insignias parecia herrador; con un silencio podrido estaba embolsado en sí propio, muy cerrado de campiña: conocíase en la atencion y los gestos que hablaban allá dentro dél. «¿Quién eres, dijo el fiscal, con ese yunque y ese martillo y esos clavos?» Él con voz de grito por azote, en tono de ox dijo: *Yo me entiendo*. Saltó la dueña hecha otra dueña, por no decir un rejalgar, y dijo: «Entendido para tí mismo; habla claro; que aunque no te entienda, te chismaré todo. Di tu nombre, y qué hierras aquí, donde no hay bestias; y dilo luégo, que si no lo dices luégo te pondré otra dueña buida á los pechos hasta que lo digas.» El pobre, que entendió que estaba ya en los profundos de la dueña, dijo: «En esto conocereis que yo me entiendo solo, pues preguntándome quién soy y mi oficio y habiéndolo dicho claro, no me habeis entendido. Yo soy aquel desdichado *Yo me entiendo* que anda en el mundo paladeando confiados, disculpando necios y entreteniendo

bellacos. Si me reprenden los vicios, digo que *Yo me entiendo;* si me aconsejan en los peligros, *Yo me entiendo;* si me tienen lástima en los castigos, siempre soy *Yo me entiendo.* Yo soy el coloquio entre cuero y carne y el porfiado entre sí; y como yo me entiendo y no quiero entender á otro, ni que me entienda nadie, todo lo yerro, y este es mi oficio. Y la dueña no sabe lo que se dueña, pues dice que no hay bestias donde no hay *Yo me entiendo*, que es todos los arres y joes con capa negra.» No hubo acabado, cuando otro hombre muy enojado dijo: «¿Quién fué el maldito que juntó á este entendido á escuras conmigo, que soy *Nadie me entiende?*» Aquí se revistió de sí mismo el entremetido, y dijo: «Dígote culto, y si apelas dígote benemérito.» «Pues no soy, dijo el tal figura, sino casamentero. Soy sastre de hombres y mujeres, que zurzo y junto, y miento y hurto la mitad. Yo soy embelecador de por vida, inducidor de divorcios; vivo de engordar dotes flacos, añado haciendas, remiendo abuelos, abulto apellidos, pongo virtudes postizas como cabelleras; confito condiciones y desmocho de años á los novios. Tengo una relacion Jordan que remoza las bodas. En mi boca los partos y los preñados son doncellas, y no hay hombre tan callado en hijos, pues acomodo abuelas por nietas. Al fin, yo hago suegros y suegras, que no hay más que hacer. Y llámome *Nadie me entiende*, porque si me entendiera el marido cuando le doy yo más dote con lo que miento que la novia con el que lleva, cuando le doy virtud con lo que callo, calidad con lo que finjo, hermosura con lo que encarezco, ninguna boda se concertara. Y si la esposita me entendiera: *Él es un pino de oro, más aplicado que otro tanto; jugar, ni por sueños; otros vicios, ni por lumbre; en la condicion es hecho de cera; muy rico; ya se ve*, con el etcétera de las expectativas (que es la hojarasca que gastamos los casamenteros, y todo pára en *pino de oro, ni por sueños, ni por lumbre y ya se ve*, hojaldre de bergantes),—ántes la triste diera con su don-

cellez en unas tocas que embodarse. ¡Pues verme prometer infinito y no traer nada, diciendo muy flechado de cejas: Señor, vuesamerced no repare en hacienda, pues Dios se la ha dado; calidad, harta sobra á vuesamerced. Pues hermosura, en las mujeres propias ántes es cuidado y peligro. Cierre vuesamerced los ojos y déjese gobernar; que yo le digo lo que le conviene!» «¿Hay ladron como este? dijo el soplon. Pues, demonio, ¿qué me traes, si ni tiene calidad ni hacienda ni hermosura, y quieres que cierre los ojos?» Embistiera con él, sino que la dueña se puso en medio, diciendo: «No hay tal, hombre: por otra relacion como esta me tragó á mí por mujer quien se casó conmigo.»

«Maldito sea yo, decia un testador, que me veo desta suerte por mi culpa. Voto á tal, decia (y llamaba á todos), que si sé hacer testamento, que estoy vivo ahora, y que no me he condenado. La enfermedad más peligrosa, despues del dotor, es el testamento: más han muerto porque hicieron testamento que porque enfermaron. ¡Ah vivos! gritaba, sabed hacer testamento, y vivireis como cuervos. ¡Desdichado de mí, que enfermé de mi exceso y peligré de mi dotor y espiré de mi testamento! Dejáronme los médicos, mandándome prevenir; yo con mucha devocion y mesura ordené mi testamento con mi *In Dei nomine*, *Amen*, lo de su entero juicio, el cuerpo á la tierra y las demas cláusulas del boquear; y luégo (nunca yo lo dijera) empecé los *Item más*: A mi hijo dejo por heredero. Item, á mi mujer dejo esto y esto. Item más, á Fulano, mi criado, tanto y cuanto. Item más, á Fulana, mi criada, esto y el otro. Item más, á Fulano, mi amigo, porque se acuerde de mí, un vestido. Item más (si muriere), dejo libre á Mostafá, mi esclavo. Mando al señor dotor Fulano una taza de plata que tengo dorada, por el cuidado con que me ha curado;—y al instante que firmé el testamento, la tierra, á quien mandé el cuerpo, tuvo gana de comer, mi hijo de

heredar, mi mujer de monjil, mi criado de lágrimas y vestido, mi amigo de acordarse; y todos andaban dados al diablo. Si yo pedia la pócima, mi mujer respondia tocas; el criado, ropilla; el esclavo, horro Mahoma. Por darme confortativos me daban zupia. El dotor, desde allí adelante, cuando venía me pedia la taza por pedir el pulso, y de mala gana tomaba uno por otro. Si le preguntaba cómo ha de ser la cena, decia que pesada y honda. Si daba un grito, decia mi hijo: ya espiró; mi mujer, descuelguen; el criado, daca; el amigo, veamos; el esclavo, vaya. Y como nada de lo que mandaba se podia cumplir sin mi muerte, en mandar á todos algo, mandé que me matasen todos. Si yo volviera á la vida, este fuera mi testamento: Item, mando á mi hijo heredero, que mal provecho le haga cuanto comiere, y que mi maldicion le caiga, y que cuanto le dejo es de mala gana y por no poder más. A él y á ello se los lleve el diablo; y á mi mujer, que mala pestilencia le dé Dios, y duelos y quebrantos. Y á Fulano, mi criado, si yo muriere, mando que le persigan y se gaste mi hacienda en destruirle; y si viviere, le daré dos vestidos. Y á Fulano, mi amigo, si falleciere, mando que no le dejen parar ni á sol ni á sombra, y que declaro que es un perro. Item más, si me muero, niego todas mis deudas:—y sólo considerad, demonios, cuáles andarian los mohatreros por resucitarme á mí. Al esclavo, si muero, mando que cada dia le pringuen tres veces. Al dotor que me curó, que mi mujer se muestre parte y le pida mi muerte. Y á mi heredero, que haga tasar lo que justamente vale el haber acabado conmigo, porque me ha encarecido el ser calavera, como si yo se lo rogara, y me lo ha hecho desear, y pido á todos que lo apedreen.—Y voto á tal, que sólo estoy sentido aquí del dotor, que no solamente me persiguió sano, me mató enfermo, sino que pasa la ojeriza de la sepultura; y en espirando uno, por disculparse dicen dél mil infamias: —Dios le perdone; que el mucho beber le acabó; ¿cómo le

habíamos de curar si era desordenado? Él era insensato, estaba loco, no obedecia á la medicina, estaba podrido, era un hospital; él vivió de suerte, que le ha sido mejor; esto le convenia (¡miren qué convenia éste á mi costa!): llegó su hora;—pues tomen el dicho á la hora de todos los difuntos, y ella dirá que ellos la llevan y la arrastran, y que ella no se llega. ¡Oh ladrones! ¿No basta matar á uno y hacerle que pague su muerte, costumbre de los verdugos, sino tener la disculpa de la ignorancia en la deshonra del pobre difunto? Aprended á saber hacer testamento, y llegareis los mozos á viejos, y los viejos á decrépitos, y morireis todos hartos de vida, y no os podarán en flor las hoces graduadas y el dotor Guadaña.»

Tales palabras dijo aquel difunto por madurar, que Pluton y sus ministros á gritos dijeron: «No dice mal este condenado; mas si le oyen y le creen, á los médicos y á los diablos (el ruin delante) los ha de destruir.» Mandáronle tapar la boca, y á pocos pasos que anduvieron fué tal el alarido y la grita, que con prevencion y susto se pusieron en defensa. Habia gran número de gente de todos estados. «Ellos son, decian; sáquenlos. ¿Habíamos de dar con ellos? ¡Oh infame mujer! ¡Oh maldito pícaro! Aquí te tengo;» y otras palabras tan alborozadas como estas. Unos se asian de otros, y apénas se veian sino dos bultos: uno con un manto, señas de mujer; y otro hecho pedazos y lleno de alcuzas y jarros y trastos. «¿Qué es esto?» dijo la guarda. Llegó la ronda, bien ordenado el tribunal; respondieron: «Señor, aquí hemos hallado escondida la disculpa de muchos chismes y la averiguacion de muchas insolencias.» «Aquí están,» decian con gran alegría, «aquí los tenemos.» Pedian albricias á Lucifer: «aquí están, señor, *la mujer tapada* que dice todas las cosas, y *el poeta de los pícaros*.» No se puede explicar la demostracion que Pluton hizo de haber hallado en su reino estas dos figuras tan perniciosas. Mandó sacar á *la mujer tapada*: estaba he-

cha un ovillo, liada con su manto; dió grandísimos gritos, diciendo que no la destapasen porque se perderia el mundo. «Déjenme, basta que estoy aquí sólo porque me tapé; yo tengo infinitas caras, y muchos me acusan que debajo deste manto tienen la suya; mi delito es mi manto. Yo, la pobre *mujer tapada*, dije al Rey pasando un chiste, y á la Reina otro: yo dije á los privados, yo á los ministros, yo á los señores, yo á los clérigos, yo á los frailes yo á los obispos; y este negro manto ha sido de lenguas, y no de soplillo. No tengo yo la culpa, sino bellacos, que como me ven tapada, se me meten debajo del manto, y dicen lo que quieren, y luégo no hay sino: una mujer tapada dicen que dijo. ¿Saben vuesas mercedes lo que dijo una mujer tapada? Cuentan que una mujer dió tal memorial; y yo, pobre de mí, soy una tonta que apénas sé pedir siendo mujer. Si fuera yo este bellaco pícaro que está á mi lado...» Y él respondió: «¿Qué culpa es la mia, mala hembra? «¿Qué culpa? (dijo un demonio.) Ser tú peor que todos nosotros: ¿tú no eres *el poeta de los pícaros*, que has llenado el mundo de disparates y locuras? ¿Quién inventó el *tengue tengue* y *don golondron*, y *pisaré yo el polvillo*, *zarabanda y dura*, y *vámonos á chacona*, y *qué es aquello que relumbra, madre mia*, *la gatatumba*, y *naqueracuza?* ¿Qué es *naqueracuza*, infame? ¿Qué quiere decir *gandi*; y *hurruá*, *que en la ventana está;* y *ay*, *ay*, *ay* (y traer todo el pueblo en un grito); y *ejecutor de la vara*, y daca á *ejecutor de la vara;* y *señor boticario*, *déme una cala;* y *válate Barrabas el pollo*; y *guiriguirigay*, y otras cosas que sin entenderlas tú ni el que las canta, ni el que las oye, al són de las alcuzas y de los jarros y de los platos las cantan los muchachos y mozas de fregar con tonillos de aceite y vinagre, y dos de queso, y pella y pastel, que tú compones, y no hay recato que no chilles, ni calle que no aturdas, obligando á que se enfurezcan las repúblicas, y con pregones restañen tus letrillas y *hues* y *ayes* y *arrorros*, *cuzas* y *pipirititandos?* Nadie está

en los infiernos con tanta causa ni con tan sucia causa.»

El pobre *poeta de los pícaros*, que no pudo negarse y se vió descubierto y conocido, pidió que le diesen licencia para hablar. Fuéle concedida y dijo: «¿Es mejor lo que hacen los poetas de los honrados? ¿Está mejor ocupado un ingenio en gastar doce pliegos de papel de entradas y salidas y marañas para casar un lacayo sin amonestaciones, que yo, que con un cantarcillo y un *cachumba, cachumba*, y un *¡oh qué lindito!* al muchacho que trae un pastel á su amo, le embarazo la boca con el tonillo para que no dé un bocado al plato, y al jarro un sorbo? Más sisas excusé con el *zamba-palo* y con la *marigarulleta*, que letras tienen mis cantares. ¿Con qué me pagarán que á la niña que trae el cuarto de mondongo la embarece la garganta con el *naqueracuza*, y no con una morcilla? ¿Fuera mejor matar de hambre á todos los graciosos, hacer gallinas á todos los lacayos, y en los entremeses deshonrando mujeres, afrentando maridos, y tachando costumbres, y entreteniendo con la malicia, acabando con palos ó con músicos, que es peor? ¿Es mejor hacer autos, y andar dando que decir á Satanas, y pidiendo el alma, y lloviendo ángeles á pura nube, y tener á vuesa merced quejoso siempre (dijo mirando á Pluton), y que no deba á un poeta una ánima, que siempre se la lleva el buen pastor? ¿Es mejor andar sacando los pecados propios y mis amancebamientos á la jineta, en los romances, de garganta en garganta, y que canten todos lo que yo habia de llorar; y que si Dóris escupe, ande su gargajo de boca en boca? ¿Es mejor que *Gil* y *Pascual* anden siempre en los villancicos, el uno con *mil*, y el otro con *portal*, tirando las navidades, envueltos en consonantes sin pelo? ¿Es mejor andar gastando auroras en mejillas y perlas en lágrimas, como si se hallasen detras de la puerta; y estando España sin un real de plata, gastalla en fuentes y en cuellos torneados, valiendo á setenta por ciento, y sin que se vea una onza gastada en

lámparas por los poetas, teniendo repartidos millones en orejas y testuces? ¡Pues lo que hacen con el oro! A carretadas lo echan en cabellos, como si fuera paja, donde no aprovecha á nadie: y llámanme á mí poeta de pícaros, porque sin gasto ni daño alegro y entretengo barato y brioso con *vengo de Panamá*, y *de qué tienes dulce el dedo*, y *don don camaleon*, y otras letrillas traviesas de són y comederas? No, sino escribiré *coruscos*, *lustros*, *jóven*, *construyendo*, *adunco*, *poro*, con *trisulca*, *alcuza*, *naqueracuza;* y *libando*, *aljófar*, con *si bien*, *erigiendo piras canoro concento de liras*.

Zarabullí, ay bullí, bullí, de zarabullí.
Bullí cuz cuz
De la Veracruz:
Yo me bullo y me meneo,
Me bailo, me zangoteo,
Me refocilo y recreo
Por medio maravedí:
Zarabullí.

»Júzguenlo los diablos cuánto es mejor *zarabullí* que *adunco*, y *cuz cuz* que *poro*, y *meneo* que *pira*, y *zangoteo* que *lustro*, y *refocilo* que *trisulca*: lo uno es culto y lo otro pimienta. Cuál hará mejor caldo dígalo un cocinero. Ello bien puedo yo ser el poeta de los pícaros, mas ellos son los pícaros poetas; y por lo ménos á mí no me veda la Inquisicion ni tengo examinadores; y míreseme bien mi causa, que yo soy el mejor de todos; y Dios me haga bien con mis seguidillas y jacarandinas, que no me entiendo con octavas ni con esotras historias, ni se hallará que haya dicho mal de otro poeta.» El culto se iba á embestir con él, armado de *cede* en *jóven* como de punta en blanco. Mandóle Satanas detener, y reconociéndole, hallaron que llevaba escondidas y desenvainadas dos *paludes* buidas y un *adolescente* de chispa. Mandó Pluton que pues cada uno de por sí bastaba á revolver el mundo, que entre sí tuviesen paz, y que se repartiesen el uno á ser confusion de lenguas y el

otro sonsonete. El culto, con dos *piras* de ayuda entre *construyes* y *eriges*, se fue á matar candelas, digo las luces de todos los escritos de España, y á enseñar á discurrir á buenas noches; y desde entónces llaman al culto, como á vuestra diabledad, príncipe de las tinieblas. *El poeta de los pícaros* se fué condomiendo de chistes á festejar la boca de noche y el miedo de los niños, y á revestirse en el cuerpo de los poetas mecánicos, ingenios cantoneros y musas de alquiler como mulas.

Con gran risa quedó la visita; mas sucedióla no menor espanto en la tabaola (así la llaman los contracultos) que se oyó. Todo era voces y gritos: los que los daban parecian gente de cuenta y puesto, diferentes en los trajes y en las edades. Unos andaban encima de otros; víase una batalla desigual: los unos herian con puñales desnudos; los otros, viejos y caidos, se adargaban con libros y cuadernos. «Teneos,» dijo un ministro. Suspendieron su ejecucion violenta, no sin enojo, y la obediencia no disimuló el motin, respondiendo: «Si supiérades quién somos y la causa y razon que tenemos, sin duda os añadiérades al castigo.» Y cuando ménos vi á Nino y á Yugurta y á Pirro y á Darío, todos reyes; y siendo infinitos, todos eran majestades y altezas. Iba Lucifer á satisfacerlos, cuando se levantó un hombre viejo, y con él otros muchos, que arrastrados de los príncipes, tenian el suelo lleno de canas y de sangre. «Yo soy, dijo, Solon; aquellos los Siete sabios; aquel que maja allí aquel tirano Nicocreonte, es Anaxarco; este, Sócrates; aquel pobre cojo y esclavo, Epicteto; Aristóteles, el que detras de todos saca la cabeza con temor; Platon, aquel que no puede echar la habla del cuerpo; Sócrates, el que no ha vuelto en sí y tiene, como veis, dudosa vida. Los que veis arrinconados son otros muchos que (como nosotros) han escrito políticas y advertimientos, diciendo en libros cómo han de ser los príncipes y cómo han de gobernar, que amen la justicia, que premien la virtud, que

honren los soldados, que se sirvan de los doctos, que se escondan á los aduladores, que busquen los ministros severos, que castiguen y premien con igualdad, que su oficio es ser vicarios de Dios en la tierra y representarle; y por esto, sin nombrar á ninguno ni meternos con ellos, nos tienen en el estado que veis, porque los servimos de guia y de camino. Aquellos gloriosos reyes y emperadores en quien estudiamos esta doctrina, diferente patria tienen que vosotros. Numa está entre los dioses, Tarquino tizon ahuma; Sardanápalo diferente memoria tiene que Augusto, y Neron que Trajano.» Y otro detras dél dijo: «Acerca más el discurso á los tiempos de ahora: D. Fernando el Santo y D. Fernando el Católico y Cárlos V tienen corónica; Rodrigo y D. Pedro paulina con sobrescrito de historia. La mitra en fray Francisco Jimenez es diadema, y en Olpas coroza.»

«Mientes, infame filósofo, dijo Dionisio el Siciliano y Fálaris á voces, y con ellos Juliano Apóstata y otros muchos: mientes por todos; que vosotros sois causa de nuestras infamias y acusaciones y deshonras y muertes violentas y ruinas; pues por mentir en vuestros escritos, y hablar de lo que no teneis noticia, y dar preceptos en lo que no sabeis, estamos los más, disfamados en muerte y perseguidos en vida.» «¿Cómo, señor, dijo Juliano Apóstata mirando á Pluton, que un hombre de estos, sopon y mendigo, que pasa su vida con las sobras de las tabernas y vive de la liberalidad de los bodegoneros, despreciado en el traje, solo en la dotrina, sin comunicacion ni ejercicio, haciendo de lo vagamundo mérito y de la desvergüenza constancia, sin saber qué es reino, ni rey, escriban cómo han de ser reyes y reinos, y pretendan que su dotrina les elija y su opinion los deponga, y que en su imaginacion esté lo durable de las coronas? ¿Puede todo el infierno dar mayor cuartana al poder, ni más asquerosa mortificacion á la grandeza del mundo, que rascándose

uno destos bribones, con una cara emboscada en su barba, y unos ojos reculados hácia el cogote, con habla mal mantenida diga: Quien mira por sí es tirano, quien mira por los otros es rey? Pues, ladron, si el rey mira por los otros y no por sí, ¿quién ha de mirar por él? No, sino aborrecerémonos como á nuestros enemigos; tendremos odio con nosotros, y nuestra enemistad no pasará de nuestra persona, y la guerra nos tendrá por límite. Perros, decid la verdad y escribid de día y de noche: no escribais lo que habia de ser, que esa es dotrina del deseo; no lo que debia ser, que esa es licion de la prudencia; sino lo que puede ser. ¿Y es posible, respondedme, podrá uno ser monarca y tenerlo todo sin quitárselo á muchos? ¿Podrá ser superior y soberano, y subordinarse á consejo? ¿Podrá ser todopoderoso, y no vengar su enojo, no llenar su codicia, no satisfacer su lujuria? ¿Podrá para hacer estas cosas servirse de buenos y dejar los malos? No; porque eso tiene lo malo peor, que necesita de ruines para su efeto y ejecucion. ¿Podrá premiar los méritos quien en ellos tiene su acusacion y su temor? ¿Podrá dejar de rogar á los mentirosos y entremetidos y facinerosos con las dignidades y consulados, si tiene su abrigo en sus demasías, su calidad en su imitacion, su disculpa en su exceso? No. Pues, picarones barbudos, por qué no escribís la verdad? ¿Sería buena dotrina si uno dijese que el buen carnicero engorda las ovejas y que el desollador las pone pellejo, y que el buen barbero cuando sangra cierra las venas? Pues lo mismo es decir que los tiranos han de guardar palabra, ser justos y verdaderos y humildes. Y como decís esto que habia de ser, y nosotros somos lo que se usa, y no puede ser ménos en los tiranos, todos nos aborrecen por hombres que no cumplimos con nuestro oficio. Decid y escribid lo que han de ser todos los que quisieren para sí solos lo que es de todos, inobedientes á la ley de los dioses, y nadie se quejará de nosotros y reinaremos en paz.

y si no, callad todos, y hable y escriba del gobierno solo Photino: oidle.» Y en esto un bellaconazo todo bermejo, con mucha cara y poca barba, cabeza con acometimientos de calvo, hácia bizco, con resabios de zurdo, propio para persuadir maldades, y mejor para conocer los tiranos, abriendo la sima de las injurias por boca, y ladrando, pronunció este veneno razonado:

«Lo lícito y lo justo á muchos hacen,
Tolemeo, delincuentes, y padece
Castigos la fe honesta y verdadera
Cuando defiende gente perseguida
De la fortuna. Llégate á los hados
Y á los dioses, y asiste á los dichosos;
Huye los miserables. Como el fuego
Dista del mar, y el cielo de la tierra,
Así dista lo útil de lo bueno.
Toda la fuerza de los cetros muere
En empezando á obrar justificado:
Y el mirar á lo honesto desbarata
Las escuadras: el reino aborrecido
Sola la libertad de los delitos
Le defiende, y el dar licencia al hierro.
Hacer todas las cosas con fiereza
No es lícito sin pena, sino, solo
Cuando las haces. Salga de palacio
Quien quisiere ser pio: no se juntan
La suma potestad y las virtudes.
Quien tuviere vergüenza de ser malo,
Siempre estará temblando y temeroso.»

No hubo fulminado esta postrer ponzoña, cuando levantándose Crysippo, dijo: «Por eso no quise yo ser rey, y respondí á los que me lo preguntaron con estas palabras: Si gobierno mal, enojo á los dioses; y si gobierno bien, á los hombres. No quiero oficio que de todas maneras se yerra.»

Galba, que estaba limpiándase unas babas, muy aterido, con gran melancolía, dijo: «Algo de la licion se verifica en mí. Estábame yo, cuando se ardia el mundo, con tanta

flema como devocion sacrificando á los dioses, y Othon saqueando á Roma y usurpándome el imperio: yo asistia á la religion para ser emperador, él al robo vino por el atajo, y siguió la verdad del oficio; y yo acabé, como se ha leido, con más desprecio que sentimiento; él se quedó monarca, y yo babera.» Hizole callar Domiciano, que traia arrastrando por una pierna al miserable Suetonio Tranquilo, y á grandes voces decia: «¡Cuánto peores son estos infames historiadores y coronistas, que aguardaban detras de la vida de un emperador, y con su deshonra hacen lisonja á sus descendientes!» «Ahí se ve quién sois vosotros, decia Suetonio con sollozos mal formados, que os es sabrosa la ignominia de vuestros antecesores, como si para la vuestra no diera licencia el aplauso que haceis á la ajena.» «Señor, decia Domiciano, estos malditos coronistas no dejan vivir su vida á los reyes, y les hacen tornar á vivir entre su malicia y su pluma, como le conviene al lucimiento de su malicia. Este traidor insolente escribiendo la vida de que en la mayor parte él fué el delincuente, en la diferencia doce, tratando de mi pobreza y de que yo procuré socorrerme aliviando gastos y de mis vasallos, echa este contrapunto:

»*Habiendo empobrecido con gastos en obras y en dádivas, y en los sueldos que habia crecido* (¿Pues en qué ha de gastar un príncipe sino en dar, edificar y mantener la milicia con premios?), *intentó, para aliviar los gastos militares, disminuir el número de los soldados; mas conociendo que por esto venía á ser enojoso á los extranjeros, desenfrenadamente sin reparar en algo, dió en robar de todas maneras.*

»(¿Este es modo de hablar de los príncipes? ¿Qué se dirá de los infames ladrones? ¿No es bellaquería usar de un mismo vocabulario con el cetro y con la ganzúa?)

»*Los bienes de los vivos y de los muertos, en todas partes y de todas maneras, por cualquier delito y acusador se*

agarraban; bastaba alegar algun dicho ó hecho contra la majestad del príncipe. Confiscábanse heredades remotas y ajenas de la acusacion, con solo uno que dijese que había oido al difunto cuando vivia que César era su heredero.

»Y es tan grande bellaco que escribiendo en mi tiempo osa decir estas palabras:

»*Siendo yo niño me acuerdo que por el procurador frecuentemente, y por el concilio, se miró si un viejo de noventa años estaba circuncidado.*

»¿Qué culpa tenía yo del exceso de los ministros inferiores y de la demasía, y que me sucedan príncipes que consientan tal libro contra mí, que gasté mi tesoro y mi caudal y el tiempo en reparar las librerías que se me quemaron?» No lo hubo dicho, cuando con voz casi enterrada y acentos desmayados dijo Suetonio: «Si eso fué bueno, tambien lo dije. Mas ¿qué replicas tú, que dictando una carta para dar una órden, dijiste de tí propio: Vuestro señor y Dios lo manda así? Del divino Augusto y del grande Julio y de Trajano, ¿qué virtud callé? ¿qué accion no encarecí? Si fuistés pestes coronadas, ¿qué pecado es acordaros vuestras maldades? De vosotros teneis horror y asco, y no quereis ser contados los que fuistes padecidos.»

«Nadie se puede quejar dese verdugo de monarcas sino yo,» dijo un hombre de mala cara, fec, calvo y espeluznado, zancas delgadas y mal puestas, color pálida, talle perverso; y por las señas fué conocido por Calígula. «¿Qué maldad, qué sacrilegio, qué crueldad, qué locura no escribió de mí, las más increibles? Que estudiaba gestos para hacerme feroz. Mira si haria esto quien inventó los calzadillos para disimular las malas piernas; que porque no me viesen la calva era delito de muerte mirar desde arriba cuando yo pasaba, y decir cabra.» Por eso dijo Pisistrato: «Conociendo yo el peligro que tenemos los tiranos en los que piensan y discurren sobre las vidas ajenas, en los doctos que se juntan, en los maliciosos que se pasean, á

los que en las plazas vía pasear ociosos les preguntaba que por qué no asistian á alguna ocupacion, y les decia: Si á tí se te murieron los bueyes con que arabas, toma de mi hacienda y compra otros, y véte á trabajar; y si eres mendigo y pobre de semilla, yo te la compraré, y siembra; temiendo que la ociosidad destos no me dispusiese asechanzas.

»Príncipes, al que no tiene que hacer compradle la ocupacion, y con eso comprareis vuestra quietud; temed al que no tiene otra cosa que hacer sino imaginar y escribir. No es á propósito desterrarlos ni prenderlos; que calificais el sujeto, y va con recomendacion su malicia para los malcontentos. Caudal hacen y pompa los maldicientes de la persecucion de los príncipes, y es precio de sus escritos vuestro enojo. Imitadme á mí, que á costa de mi patrimonio los ocupaba y divertia sus inclinaciones.»

Un condenado venía furioso, más que los otros, diciendo á voces: «¿Qué es esto? Llámome á engaño; ¿unos diablos tientan y condenan, y otros atormentan? Todo el infierno he revuelto, y no veo algun demonio de los que me tienen aquí. Déñme mis demonios; ¿qué es de mis demonios? ¿dónde están mis demonios?» No se ha visto tal demanda: ¡demonios buscaba en el infierno, donde se dan con ellos! Hundíase todo de alaridos, iba á decir de risa. Detúvole la dueña diciéndole: «Anima desdichada, si aquí te faltan diablos, ¿qué harás por allá fuera? Hártate de demonios.» Él abrió los ojos, y conociéndola, dijo: «¡Oh sobrescrito de Bercebús, pinta de Satanases, recovera de condenaciones, encañutadora de personas, y enflautadora de miembros, encuadernadora de vicios, endilgadora de pecados, guisandera de los placeres, lucero de los diablos mundanos, que vienes siempre delante y amaneces las lujurias! Tú sí que eres proemio de embusteros y prólogo de arremangos. ¿Dónde has dejado los diablos y las diablas que me trajeron; que yo no soy tan bobo que me dejase engañar ni

traer destos demonios con cola y cornudos y ahumados, con tetas de cochinos y alas de morciélagos? Mala municion es fiereza para tentar apetitos: una madre flechando hijas enherboladas, una tia disparando sobrinas como chispas, una niña con ojos en ristre, una moza asestando meneos, una vieja armada de moños en naguas, como de punta en blanco; un adulador, que es *sí* perpétuo de todo lo que se quiere, y *amén* de á letra vista; un chismoso, que es polilla de la quietud, y por cada maravedí da un cuento; que vive de llevar y de traer como arriero, trajinador de mentiras, que dice lo que no oye y afirma lo que no sabe, y jura lo que no cree; un maldiciente, picaza de las honras, que sólo se sienta en las mataduras; un hipócrita, que haciendo mortificacion la comodidad, y éxtasis los ahitos, y penitencia los mofletes, y revelaciones los chismes, y oratorios las mesas, y desiertos los estrados, y milagros las curas, adivinando lo que le dijeron, y resucitando los vivos y haciéndose bobo para el trabajo, negociando con *Deogratias* y empreñando con la sombra, vive á costa de todos, y muere á la de Dios; pues pierde su parte en un pícaro destos conventuales de la calle, que tienen por superior al vicio, la obediencia entre las sábanas, la castidad entre los manteles, la pobreza en el entendimiento. Dicen que dejan lo que tienen por Dios, y no es mal trueque, pues es para tener lo que todos poseen por el diablo. Este es el diablo y estos son los diablos que me condenaron; y tú, maldita vieja, me los has de dar, que con esas tocas eres epílogo de demonios.» No habia desengañafarle de la dueña, hasta que le mandaron callar, diciéndole el Entremetido, de parte de Pluton, que se le habian subido las penas á la cabeza, pues las colas y los cuernos y las tetas y el humo y el hedor de los diablos no le sabian á madre y á hijas, y á tia y á sobrina, y á adulador y á hipócrita.

No bien acabó estas palabras, cuando se oyó gran ruido de quicios y gran rumor de gente en infinita cantidad. Ve-

nian delante unas mujeres muy afeitadas, presumidas, habladoras y melindrosas, riéndose y mostrando gran contento. Acusólas el Soplon de que pasaban la alegría hasta la jurisdicion del infierno: túvose á gran delito. Fuéles hecho cargo y preguntado que cómo venian entretenidas, y no llorando á la condenacion. Una dellas, vieja y flaca, pellejo en zancos, dijo por todas: «Señor, nosotras veníamos tan tristes como se puede creer de mujeres traidas, á quien no han quedado sobre los huesos sino excrementos de los años y lacras del tiempo; y condenadas á heder de nuestra cosecha y á oler de acarreo: somos como niñas de ojos, que siempre son niñas aunque tengan cien años. Decimos que las canas son de una pesadumbre, las arrugas de una enfermedad; que estamos sin dientes de un corrimiento, y es verdad, pues lo estamos de años qué han corrido por nosotras. Hémonos hecho reacias en los treinta años, y no hay pasar de allí en la cuenta; y en apretándonos, decimos: Aquí del moño, como aquí de la carda.» «¿Han quedado raigones? dijo la dueña: pues eso basta, y la parte se toma por el todo, y desengáñense las de la boca desempedrada, que no las ha de valer esta vez.» Fueron arrebatadas para el Simancas de los muertos por auténticas. Vióse allí cerca un hombron muy magro, cercado de mucha gente, atenta á muletas, traspiés y tropezones y casi pinicos. Estaba gobernando los hervores de una gran caldera. «¿Quién eres (preguntó el Entremetido), pupilero de achaques, sobrestante de tizones, guisandero frison?» «Yo soy, dijo, *Pero Gotero*: esa es mi caldera, tan famosa entre los cuentos y los muchachos; estos que me asisten son los gotosos, aquella mi caldera, y aunque es grande, habré de ensancharla; que son muchos los que vienen á la caldera de *Pero Gotero* y muchos los que hay en ella. Unos se tiñen como los viejos, á quien acá llamamos los tiñosos de la edad; otros se cuecen, otros se guisan, otros se frien.» En esto dió tres ó cuatro borbotones la

caldera, que casi se salia, y el buen *Pero Gotero* agarró por cucharon un esquife y empezó á espumar. Daba saltos en medio un bulto grande. «¿Quién es aquél, preguntó la dueña, que me ha llenado el ojo?» «Aquel, dijo el buen *Gotero*, es el *Punto crudo*, que há mil siglos que gasto con él lumbre y carbon, y nunca se ha empezado á calentar.» «¡Válate la mala ventura por *Punto crudo*, dijo el Soplon, y qué duro eres y qué maldito! ¡qué de veces te he topado yendo á pedir dineros, y me responden: Vuesamerced me perdone; que ha llegado á punto crudo! Si yo los debia, y venian á cobrar, y suplicaba me aguardasen, respondia el acreedor: Señor, el venir á cobrar ha sido tan á punto crudo, que no lo puedo suspender. Si pretendia algo, lo daban á otro y me decian: Si vuesa merced aguarda á hablar á punto crudo, ¿de qué se queja? Si solicitaba algun favor de alguna dama, me decia: Señor, vuesa merced llega á un punto tan crudo, que me ejecutan por dos mil reales. ¡Válate el diablo por punto crudo, que toda la vida me has atosigado con tus crudezas! Señor *Gotero*, cuézale vuesa merced hasta que se deshaga; y si no, ásele, y tenga asador como tiene caldera.» En esto empezó á alborotarse la caldera y á hacer espuma; víase un figuron danzando entre el caldo, y chirriando. Asió el cucharon, y encajándole en el brodio, dijo: «Aun no está en su punto.» Dióle con él dos empellones, y zabullóse dando fieros gritos. «¿Quién es ese?» le preguntó la dueña. Y él respondió: «Este es un *Bienquisto*, que está el más desabrido del mundo, y no le puedo guisar con ninguna cosa.» Y ello era así, porque de lo hondo de la caldera daba unos gritos temerosos, y decia: «Yo soy el más necio, maldito y desdichado hombre del mundo. Puedo enseñar á majadero á un preguntador, y estoy por decir á un porfiado. ¡Que creyese yo que toda mi felicidad era ser bienquisto, cosa que aconsejan siempre los bribones y emprestilladores! Yo convidaba por ser bienquisto, y gastaba

en tragos y bocados mi patrimonio con alabanceros meridianos, que alaban al paso que mascan. Yo prestaba cuanto me pedian sobre la nota de un billete sacabocados, por ser bienquisto. Yo pagaba por todos por ser bienquisto. En alabándome la espada, la gala, la presea, la daba por ser bienquisto; y entre la hojarasca de: es un príncipe; no hay tal caballero ni tal mesa; no se habla en la corte en otra cosa sino en el plato; todos si no es vuesa merced son piojosos; y las dolencias de caballero badea, llamando despensero al lacayo, y cocinero á la ama, y mayordomo á un pícaro que me servía con mesura de compañero;—sólo por ser bienquisto vine á quedar sin hacienda, sin qué comer, y hecho andrajos por ser bienquisto. Hombres del mundo, no presteis, no convideis, no deis: pedid y agarrad, y ande el mogollon; que ser quisto no es tan bueno como ser guardoso, y ser rico es mejor que quistarse con los pidones. No hay cosa tan cara como ser bienquisto, ni de tanta comodidad y ahorro como ser malquisto. No lleven y gruñan, no coman y murmuren: ser caballero de ayuno es gran cosa; que alabanzas pasadas por hospital peores son que un vituperio por ahorro.»—Atajóle otra legumbre de la caldera, que nadaba entremetido con todo, bien descubierto; y sabido su nombre, era el *Pero*, fruta de los achaques y de la malicia, de quien se hace los postres á cuanto oye la calumnia: el *Pero* que no deja madurar ninguna honra ni crédito.—Doncella es, pero amiga de ventana; hidalgo es, pero no sé qué me he oido; hombre de bien es, pero muy soberbio.—Y este *Pero* no hay lengua que no se lleve, y los hay de invierno y de verano. Y oyendo esto, dijo *Gotero*: «Es tan agro el diablo, que me tiene hecha un vinagre la caldera, y él se está tan verde como al principio.» En esto arremetió á la caldera con un cobertor, y tapóla. Preguntáronle la causa, y dijo: «Están hirviendo ahí *Penseque*, aquel maldito que es discreto despues, y advertido sin tiempo, y otro picarón que da mal sabor á toda la

caldera y me tiene aturdido; que ni sabe lo que se hace ni lo que se dice ni lo que se caldera, y siempre responde que *él ata bien su dedo* y sólo trata de atar su dedo; y que como él ate bien su dedo le basta, y sería mejor que por loco le atase su dedo á él. Esto hace peor caldo que los mojigaticos que ahí están.»

Gozando de la ocasion y del divertimiento, se entraron gran cantidad de gente de rondon, sin que nadie les dijera nada. Preguntó á un portero el Soplon que cómo se entraban aquellos sin dar razon, y respondió: «Estos son los de *mi alma con la suya*, y así vienen en racimos: gente que se ofrece al infierno en vida, sin saber cómo ni cuándo; y engañados de los embustes de la hipocresía, luégo dicen: *Mi alma con la suya*. Concédeseles la peticion, y vienen aquí en romería, asidos unos de otros.»

Maniatado y asido, con grande alarido y empellones, que llama el Calepino de los corchetes, traian muchos espíritus malos al *diablo de los ladrones*: grandemente acriminaban su delito. Pluton se mesuró, y un relator dijo: «Señor, este diablo no sabe lo que se diabla, ni vale un diablo, y es vergüenza que sea diablo, porque no trata sino de hacer que se sálven los hombres.» Estremecióse todo el tribunal en oyendo la palabra *salven*. Refrescáronse las llagas, mordiéronse los labios, y dijo el supremo maldito: «¿Y eso es cierto?» Y replicó el fiscal: «Señor, este no gasta el tiempo sino en hacer que roben y hurten los hombres: llévanlos á la cárcel, ahórcanlos, ó si son monederos falsos, quémanlos: predícanlos, previénenlos, confiésanse; sálvanse. Y este no pensaba que por la horca y por el fuego se podia ir al cielo, y en ahorcados y quemados ha usurpado infinito patrimonio á los tormentos.» «No hay que aguardar: eso no tiene respuesta,» dijo el presidente; mas el pobre diablo (que por éste se dijo) replicó pidiendo que le oyesen. «Oíganme, dijo á grandes gritos, que aunque dicen: El diablo sea sordo, no se dice por

vuesa diabledad.» Callaron entónces todos, y él dijo: «Señor, yo confieso que se me salvan los ahorcados; mas recíbanseme en cuenta los otros que se condenan por condenar á éstos, y no á sus compañeros ni á sus ministros. Yo con un ladron que me ahorcan y se me salva, condeno al alguacil que le prendió, y se suelta á sí; al escribano que escribe contra el que hurtó á uno, y no contra sí que hurta á todos; al procurador que le defiende ménos que le imita; y al otro que le condena, no porque no haya ladrones, sino porque no haya otro, no porque no haya muchos, sino por quedar sólo á la república, que por quitar los ladrones, trae muchos otros. Sucede lo mismo que al que por limpiarse de ratones trae gatos, que si el raton le roia un mendrugo de pan, un arca vieja, un poco de madera, un pergamino,—viene el gatazo, y hoy le come la olla y mañana la cena, y esotro dia las perdices; y en poco tiempo suspira por sus ratones. A mí se me debe esta treta, y yo trueco un ahorcado á docientos ahorcadores y á tres mil viejas hechiceras que van por soga y muelas: y mal entendido y peor agradecido. Yo estoy cansado; encomiéndenlo á otro, que yo me quiero retirar á un pretendiente.» Diósele toda satisfacion y fradiabla como fraterna á los acusadores, y dijéronle que no cesase, que no era tiempo de retirarse; fuera de que á un pretendiente ántes era tahona que alivio.

«Yo obedeceré, mas yo me entiendo, que con un pretendiente un diablo se está mano sobre mano y la boca abierta aprendiendo diabluras dél, sin ser menester para nada. Es ir á recreacion asistir á uno, y á la escuela de diablo, pues enseñan éstos la cartilla de demonios á todos nosotros, y allí no hay sino aprender y callar.»

Allí llegaron el diablo del *tabaco*, y el diablo del *chocolate*, que aunque yo lo sospechaba, nunca los tuve por diablos del todo. Estos dijeron que ellos habian vengado á las Indias de España, pues habian hecho más mal en meter

acá los polvos y el humo y jícaras y molinillos, que el rey Católico á Colon y á Cortés y á Almagro y á Pizarro; cuanto era mejor y más limpio y más glorioso ser muertos á mosquetazos y á lanzadas, que á moquitas y estornudos y á regüeldos y á vaguidos y á tabardillos; siendo los chocolateros idólatras del sorbo, que se elevan y le adoran y se arroban; y los tabacanos, como luteranos, si le toman el humo, haciendo el noviciado para el infierno; si en polvo, para el romadizo.

Detras destos dos venía el diablo del *cohecho*, y este diablo tenía linda cara y talle: cosa que no vi en otro, y era como un oro, y me parece que le he visto en mil diferentes partes, en unas arrebozado, en otras descubierto, llamándose unas veces niñería, otras regalo, otras presente, otras limosna, otras paga, otras restitucion, y nunca le vi con su nombre propio; y me acuerdo de haberle visto llamar herencia, ganancia, barato, patrimonio, reconocimiento y nada; y le he conocido en unas partes dotor, en muchas licenciado, entre mujeres bachiller, entre escribanos derechos, y entre confesores limosna.

Este venía con grande séquito, pretendiendo título de diablo máximo; mas se lo contradijo con notable satisfacion el diablo de la *consecuencia*, diciendo: «Yo soy el enredo político y la fullería de los príncipes y el achaque de los indignos y la disculpa de los tiranos. Yo soy tintorero de las bellaquerías, que las doy colór, y lo atropello y tengo el mundo confuso y revuelto. Yo he desterrado la razon y hecho mérito la porfía y poderoso el ejemplo, y he dado fuerza de ley al suceso y autoridad á la bellaquería, y acreditado la insolencia.

»Para alcanzar un bellaco lo que á otro dió la iniquidad, en alegando: con otro se hizo,—dé un tapaboca á las consultas y á las advertencias, y á lo imposible saca de quicio; y miéntras yo durare en el mundo, no hay que temer virtud ni justicia ni buen gobierno. Y ese diablo de *coh-*

cho, si no le arrebozo, ¿con qué cara se entrará por unas uñas graduadas y por unas hopalandas magníficas? Calle el pícaro; que el título de máximo diablo sólo es mio.»

«¿Y yo, dijo otro, mondo virtudes como níspolas? ¿Soy de los diablos de mala muerte que se hallan detras de la puerta? ¿Conténtome con niñerías? ¿Valgo yo de embelecos de á ciento en libra? Yo soy demonio de pocas palabras: cuatro razones diré, y hable quien se atreviere. Yo el tal diablo he hecho honra el ser cornudos, gracia el ser putas, oficio el ser ladron, ladrones los oficios.» Y entre tantos no hubo quien tomase la mano: todos callaron dando lugar á un diablazo, que asido de un hablador y de un vano lisonjero, decia: «Déjenme entrar, que traigo...» «¿Qué traes?» dijo el entremetido. Respondió: «Estos dos.» «¿Quién son?» «Un hablador y un lisonjero y vano: son piezas de rey, y por eso los traigo al nuestro.» Viólos Lucifer con asco, y dijo: «¡Y cómo si son piezas de reyes! Mas aunque rey diablo, y diablo y archidiablo, no gusto desta gente.»

Desde léjos un demoñuelo decia: «Príncipe, seis años há que ando tras un ruin, y es tan ruin, que no sé cómo lo acabe de destruir, porque de puro ruin no es para nada ni bueno ni malo. «¿Eso dudas? dijo la dueña. Si es ruin ponle con honra, y acabarás con él, y él con el mundo.» «¿Dijera más el diablo?» dijo el soplon. Respondióle el entremetido: «Pues ¿qué le falta á la dueña?»

El soplon, que andaba en forma de cañuto aventando culpas, dió en un rincon con un haz de diablos viejos, y llenos de telarañas y mohosos: dió cuenta dello; no los podian despertar. Preguntáronles qué demonios eran y á quién estaban repartidos y cómo no hacian su oficio, y respondieron bostezando que eran los diablos de los enamorados; y que desde que el dinero cayó más en gracia á las mujeres que su honor ni los requiebros, se habian venido allí, porque la moneda suplia sus faltas, y que ántes emba-

razaban, pues una tentacion de talego vale por mil de diablo, y caen mucho ántes en una dádiva que en una tentacion, y ántes consienten en un toma que en un pensamiento.

«Yo soy el diablo de los *juzga-mundos*, de unos bellacos acechones, que tintos en políticos, son el *pero* de todo lo que se ordena. Bien fué mandarlo, pero se debia mirar. Bien mereció el oficio, pero... Gente que siempre acaba en peros lo que discurre. Son unos envidiosos de buena capa, y una carcoma confitada en estado. Y como éstos para condenarse no aguardan sino que los príncipes manden algo, sus validos lo propongan, ó los consejos lo determinen, fiado en su maldita contradicion á cuanto no ordena su malicia, me duermo, y los aguardo y los recibo, porque ellos no se duermen en venirse y en sonsacar á otros para que vengan. Gente tan infame, que para ser bienquistos dicen mal de todos, y para tener buenos dias desean á todos mal; pues como son más las desdichas que los gustos, siempre andan recibiendo parabienes de ruinas y desgracias.»

Bien le pareció á Pluton esta advertencia, y por remediarlo todo y prevenir los mayores aumentos de su dominio, mandó juntar las comunidades, repartimientos de sus prisiones; y obedeciendo á su señor, se vió junta una gran suma de espíritus infames. Entónces abriendo por boca una sima, aulló este razonamiento:

«Union desesperada, pueblos precitos, los que cobrastes en muerte los estipendios del pecado, aquí se ha pretendido entre tres demonios el título de máximo. No lo he dado á ninguno, porque entre vosotros hay una diabla que lo merece mejor que todos.» Miráronse unos á otros; empezaron á discurrir con murmurio. «No os canseis, dijo, llamadme á la Buena dicha, que por otro nombre se llama la diabla Prosperidad.» Y luégo de lo último de todo el conclave salió ella muy presumida y descuidada. Púsose de-

lante, y en viéndola el rebelde serafin, el lucero amotinado, dijo: «Mando que todos vosotros tengais á la Prosperidad por diabla máxima, superior y superlativa, pues todos vosotros juntos no traeis la tercera parte de gentes á la sima que ella sola trae. Esta es la que olvida á los hombres de Dios y de sí y de sus prójimos. Esta los confía de las riquezas, los enlaza con la vanidad, los ciega con el gozo, los carga con los tesoros, los entierra con los oficios. ¿En qué tragedia no reparte todos los papeles? ¿Qué cordura, en llegando á ella, no se resbala? ¿Qué locura no crece? ¿Qué advertencia tiene lugar? ¿Qué consejo se logra? ¿Qué castigo se teme? Y ¿cuál no se merece? Ella alimenta de sucesos los escándalos, de escarmientos las historias, de venganzas á los tiranos, y de sangre á los verdugos. ¡Cuántos ánimos tuvo la miseria y el apocamiento canonizados, que en poder de la prosperidad fueron insolentes y formidables! ¡Ah ministros! Reverenciadla y introducidla; y las almas que se mantuvieren humildes á prueba de prosperidad, no hay perder tiempo con ellas. Escarmentad en aquel diablo necio, que para tentar á Job pidió licencia á Dios para perseguirle, empobrecerle y plagarle. ¡Gentil maña, debiendo pedir licencia para aumentarle los bienes y el descanso y la salud! Que en el mundo el que alcanza todo lo que quiere, como no echa ménos á Dios para nada, áun para jurarle le olvida. Demonios, dijo empinando el aullido, publíquense desde hoy los trabajos y la persecucion por enemigos mortales del infierno: son milicia de Dios y medicina de su sabiduría y dádiva de su mano. El rico dice: Hay que comer y que guardar y que gozar. Y el pobre: ¡Ay Dios mio! ¡Dios me remedie! Y pide con Dios, y come por Dios; y al uno le llaman pordiosero, y al otro hombre sin Dios. Trabajos délos el sumo Señor; descanso y buena ventura y felicidad, vosotros.

»Item más, para encaminar el buen gobierno os mando que ningun demonio pierda tiempo en las audiencias, tri-

bunales y palacios; que los pretendientes y pleiteantes y aduladores y envidiosos mejor saben venirse acá y traerse unos á otros, que vosotros traerlos.

»Ningun demonio se me arreboce con otra capa sino la de la comodidad, que es el calzador con que entrará á pocos estirones en la conciencia más estrecha.

»Al dinero, en todas las partes que le toparen los demonios, sin exceptar ninguno, se levanten y le den su lugar, que importa: la causa es secreta, no nos oigan las faltriqueras.

»La guerra se ha de estorbar por todos mis ministros en todas partes, que ejercita los ánimos, premia los virtuosos, ampara los valientes, aniquila el ocio nuestro amigo, y acuerda de los santos y de los votos. Diablos, en todo el mundo meted paz; que con ella viene el descuido, la lujuria, la gula, la murmuracion; los viciosos medran, los mentirosos se oyen, los alcahuetes se admiten, las putas, la negociacion; y los méritos se caen de su estado. Y no os fatigueis mucho en enredar los hombres en amancebamientos y gustos de mujer; que no hay pecado tan traidor como este, que apunta al infierno y da en el arrepentimiento cada vez; y las mujeres se dan mucha priesa á desengañar de sí, y los que no se arrepienten se hartan.

»Hijos diablos, asistid á mohatreros y á usuras, á venganzas, á pretensiones, á envidias, y sobre todo os encomiendo la hipocresía, que es lazo de todas las cosas y de todos los sentidos y potencias; que no se siente ni se conoce ni se rehusa, y se premia y se adora.

»Y sobre todo, acreditadme los chismes con los poderosos, y vereis lo que hacen y lo que padecen, y cuál ponen el mundo, y adónde van á parar.

»Y esos emperadores y esos ministros no se junten más, y cada uno pene para sí mismo.

»Los filósofos y los tiranos estén donde se oigan y se

atesiguen, los unos con oprobios y los otros con sentencias.

»Los soplones sirvan de fuelles, y no de abanicos; aticen y no refresquen.

»Los entremetidos sean piojos del infierno y coman á quien los cria, y hagan ronchas en quien los sustenta.»

Y mirando á la dueña, dijo: «Dueñas, déselas Dios á quien las desea: mirando estoy adónde las echaré.»

Los demonios y condenados que le vieron determinado á ruciarlos de dueñas, empezaron todos á decir: «Por allá, por acullá; dueña, y no por mi casa.» Escondíanse todos, y bajaban las cabezas viéndose amagar de dueñas. Viendo este alboroto y temor, dijo: «Ahora esténse así, y juro por mí y por mi corona, que al diablo que se descuidare en lo que he mandado, y al condenado que más despreciare mis órdenes, que le he de condenar á dueña sin sueldo. Esténse baradas en ese zahurdon, y condenaré á los diablos á dueñas como á galeras.»

Con esto desaparecieron todos, atemorizados del castigo, y Pluton se retiró á su antigua noche, dejando á su familia horror, á sus estados leyes, y á los hombres advertencia, que si la logramos, podremos decir que tal vez es medicina el veneno.

LA HORA DE TODOS,

Y LA FORTUNA CON SESO.

Á DON ÁLVARO DE MONSALVE,

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO, PRIMADA DE LAS ESPAÑAS.

Este libro tiene parentesco con vuesa merced, por tener su orígen de una palabra que le oí. A vuesa merced debe el nacimiento; á mí el crecer. Su comunicacion es estudio para el bien atento, pues con pocas letras que pronuncia, ocasiona discursos. Tal es la genealogía deste. Dóyle lo que es suyo en la sustancia, y lo que es mio en la estatura y bulto. Su título es: *La Hora de todos, y la Fortuna con seso.* Todos me deberán una hora por lo ménos, y la Fortuna sacarla de los orates; que lo más ha vivido entre locos. El tratadillo, burla burlando, es de véras. Tiene cosas de las cosquillas, pues hace reir con enfado y desesperacion. Extravagante reloj, que dando una hora sola, no hay cosa que no señale con la mano. Bien sé que le han de leer unos para otros, y nadie para sí. Hagan lo que mandaren, y reciban unos y otros mi buena voluntad. Si no agradare lo que digo, bien se le puede perdonar á un

hombre ser necio una hora, cuando hay tantos que no lo dejan de ser una hora en toda su vida. Vuesa merced, señor don Alvaro, sabe empeñarse por los amigos y desempeñarlos. Encárguese desta defensa; que no será la primera que le deberé. Guarde Dios á vuesa merced, como deseo. Hoy 12 de Marzo de 1636.

TABLA DE LOS SUCESOS.

I. Un médico.
II. Un azotado.
III. Los chirriones.
IV. La casa del ladron ministro
V. El usurero y sus alhajas.
VI. El habiador plenario.
VII. Senadores votan un pleito.
VIII. El casamentero.
IX. El poeta culto.
X. La buscona y el guardainfante.
XI. El criado favorecido y el amo.
XII. La casada que se afeita.
XIII. Gran señor que visita su cárcel.
XIV. Mujeres diferentes que van por la calle.
XV. Potentado despues de comer.
XVI. Codiciosos y tramposos.
XVII. Arbitristas en Dinamarca.
XVIII. Las alcahuetas y las chillonas.
XIX. El letrado y los pleiteantes.
XX. Los taberneros.
XXI. Enjambre de pretendientes.
XXII. Hombres que piden prestado.
XXIII. La imperial Italia.
XXIV. El caballo de Nápoles.
XXV. Los dos ahorcados.
XXVI. El gran duque de Moscovia, y los tributos.
XXVII. Un fullero.

XXVIII. Los holandeses.
XXIX. El gran duque de Florencia.
XXX. El alquimista.
XXXI. Los tres franceses y el español.
XXXII. La serenísima república de Venecia.
XXXIII. El dux y senado de Génova.
XXXIV. Los alemanes herèjes.
XXXV. El gran señor de los turcos.
XXXVI. Los de Chile y los holandeses.
XXXVII. Los negros.
XXXVIII. El serenísimo rey de Inglaterra.
XXXIX. Los judíos se juntan en su Salónique.
XL. Los pueblos y súbditos de príncipes y sus repúblicas.

LA HORA DE TODOS, Y LA FORTUNA CON SESO.

Júpiter, hecho de hieles, se desgañitaba poniendo los gritos en la tierra; porque ponerlos en el cielo, donde asiste, no era encarecimiento á propósito. Mandó que luégo á consejo viniesen todos los dioses trompicando. Marte, don Quijote de las deidades, entró con sus armas y capacete, y la insignia de viñadero enristrada, echando chuzos, y á su lado el panarra de los dioses, Baco, con su cabellera de pámpanos, remostada la vista, y en la boca por lagar vendimias de retorno derramadas; la palabra bebida, el paso trastornado, y todo el celebro en poder de las uvas. Por otra parte asomó con piés descabalados Saturno, el dios marimanta, come-niños, engulléndose sus hijos á bocados. Con él llegó hecho una sopa Neptuno, el dios aguanoso, con su quijada de vieja por cetro (que eso es tres dientes en romance), lleno de cazcarrias, y devanado en ovas, oliendo á viérnes y vigilias, haciendo lodos con sus vertientes en el cisco de Pluton, que venía en su seguimiento; dios dado á los diablos, con una cara afeitada con hollin y pez, bien zahumado con alcrebite y pólvora, vestido de cultos tan escuros, que no le amanecia todo el buchorno del sol, que venía en su seguimiento con su cara de azófar y sus barbas de oropel; planeta bermejo y andante, devanador de vidas; dios dado á la barbería, muy preciado de guitarrilla y pasacalles, ocupado en ensartar un

dia tras otro, y en engazar años y siglos, mancomunado con las cenas para fabricar calaveras. Entró Vénus haciendo rechinar los coluros con el ruedo del guardainfante, empalagando de faldas á las cinco zonas, á medio afeitar la jeta, y el moño, que la encorazaba de pelambre la cholla, no bien encasquetado, por la prisa. Venía tras ella la Luna, con su cara en rebanadas, estrella en mala moneda, luz en cuartos, doncella de ronda, y ahorro de lanternas y candelillas. Entró con gran zurrido el dios Pan, resollando con dos grandes piaras de númenes, faunos, pelicabros y patibueyes. Hervia todo el cielo de manes y lemures y penatillos y otros diosecillos bahunos. Todos se repantigaron en sillas, y las diosas se rellanaron; y asestando las jetas á Júpiter con atencion reverente, Marte se levantó sonando á choque de cazos y sartenes, y con ademanes de la carda dijo: «Pésia tu hígado, oh grande Coime, que pisas el alto claro, abre esa boca y garla; que parece que sornas.» Júpiter, que se vió salpicar de jacarandinas los oidos, y estaba, siendo verano y asándose el mundo, con su rayo en la mano haciéndose chispas, cuando fuera mejor hacerse aire con un abanico, con voz muy corpulenta dijo: «Vusted envaine, y llámeme á Mercurio;» el cual con su varita de jugador de manos y sus zancajos pajaritos, y su sombrerillo hecho en horma de hongo, en un santiamen y en volandas se le puso delante. Júpiter le dijo: «Dios virote, dispárate al mundo, tráeme aquí en un cerrar y abrir de ojos á la Fortuna asida de los arrapiezos.» Luégo el chisme del olimpo, calzándose dos cernícalos por acicates, se despareció, que ni fué pido ni visto, con tal velocidad, que verle partir y volver fué una misma accion de la vista. Volvió hecho mozo de ciego, y lazarillo adestrando á la Fortuna, que con un bordon en la mano venía tentando, y de la otra tiraba de la cuerda, que servía de freno á un perrillo. Traia por chapines una bola, sobre que venía de puntillas, y hecha pepita de una rueda, que la cercaba

como á centro, encordelada de hilos y trenzas y cintas y cordeles y sogas, que con sus vueltas se tejian y destejian. Detras venía, como fregona, la Ocasion, gallega de *coram vobis*, muy gótica de facciones, cabeza de contramoño, cholla bañada de calva de espejuelo, y en la cumbre de la frente un solo mechon, en que apénas habia pelo para un bigote. Era éste más resbaladizo que anguilla; culebreaba deslizándose al resuello de las palabras. Echábasele de ver en las manos que vivia de fregar y barrer y de fregar los arcaduces, y de vaciar los que la Fortuna llevaba. Todos los dioses mostraron mohina de ver á la Fortuna, y algunos dieron señal de asco, cuando ella con chillido desentonado, hablando á tiento, dijo: «Por tener los ojos acostados, y la vista á buenas noches, no atisbo quién sois los que asistís á este acto; empero, seais quien fuéredes, con todos hablo, y primero contigo, oh Jove, que acompañas las toses de las nubes con gargajo trisulco. Dime, ¿qué se te antojó ahora de llamarme, habiendo tantos siglos que de mí no te acuerdas? Puede ser que se te haya olvidado á tí, y á esotro vulgo de diosecillos lo que yo puedo, y que así he jugado contigo y con ellos como con los hombres.» Júpiter, muy prepotente, la respondió: «Borracha, tus locuras, tus disparates y maldades son tales, que persuaden á la gente mortal, que pues no te vamos á la mano, que no hay dioses, que el cielo está vacío, y que soy un dios de mala muerte. Quéjanse que das á los delitos lo que se debe á los méritos, y los premios de la virtud al pecado; que encaramas en los tribunales á los que habias de subir á la horca; que das las dignidades á quien habias de quitar las orejas, y que empobreces y abates á quien debieras enriquecer.» La Fortuna, demudada y colérica, dijo: «Yo soy cuerda y sé lo que hago, y en todas mis acciones ando pié con bola. Tú, que me llamas inconsiderada y borracha, acuérdate que hablaste por boca de ganso en Leda, que te derramaste en lluvia de bolsa por Dánae, que bramaste y fuiste

Inde toro pater por Europa, que has hecho otras cien mil picardías y locuras, y que todos esos y esas que están contigo han sido avechuchos, hurracas y grajos; cosas que no se dirán de mí. Si hay beneméritos arrinconados y virtuosos sin premios, no toda la culpa es mia: á muchos se los ofrezco que los desprecian, y de su templanza fabricais mi culpa. Otros, por no alargar la mano á tomar lo que les doy, lo dejan pasar á otros, que me lo arrebatan sin dárselo. Más son los que me hacen fuerza que los que yo hago ricos; más son los que me hurtan lo que les niego que los que tienen lo que les doy. Muchos reciben de mí lo que no saben conservar: piérdenlo ellos, y dicen que yo se lo quito. Muchos me acusan por mal dado en otros lo que estuviera peor en ellos. No hay dichoso sin invidia de muchos; no hay desdichado sin desprecio de todos. Esta criada me ha servido perpétuamente; yo no he dado paso sin ella: su nombre es la Ocasion; oidla, aprended á juzgar de una fregona.» Y desatando la taravilla la Ocasion, por no perderse á sí misma, dijo: «Yo soy una hembra que me ofrezco á todos: muchos me hallan, pocos me gozan; soy Sansona femenina, que tengo la fuerza en el cabello. Quien sabe asirse á mis crines sabe defenderse de los corcovos de mi ama. Yo la dispongo, yo la reparto, y de lo que los hombres no saben recoger y gozar, me acusan. Tiene repartidas la necedad por los hombres estas infernales cláusulas: «Quién dijera, no pensaba, no miré en ello, no sabía, bien está, qué importa, qué va ni viene, mañana se hará, tiempo hay, no faltará ocasion, descuidéme, yo me entiendo, no soy bobo, déjese deso, yo me lo pasaré, ríase de todo, no lo crea, salir tengo con la mia, no faltará, Dios lo ha de proveer, más dias hay que longanizas, donde una puerta se cierra otra se abre, bueno está eso, qué le va á él, paréceme á mí, no es posible, no me diga nada, ya estoy al cabo, ello dirá, ande el mundo, una muerte debo á Dios, bonito soy yo para eso, sí por cierto, diga quien di-

jere, preso por mil, preso por mil y quinientos, no es posible, todo se me alcanza, mi alma en mi palma, ver veamos, diz que, y pero, y quizás.» Y el tema de los porfiados: «Dé dónde diere.» Estas necedades hacen á los hombres presumidos, perezosos y descuidados. Estas son el hielo en que yo me deslizo: en estas se trastorna la rueda de mi ama, y trompica la bola que la sirve de chapin. Pues si los tontos me dejan pasar, ¿qué culpa tengo yo de haber pasado? Si á la rueda de mi ama son tropezones y barrancos, ¿por qué se quejan de sus vaivenes? Si saben que es rueda, y que sube y baja, y que por esta razon baja para subir, y sube para bajar, ¿para qué se devanan en ella? El sol se ha parado; la rueda de la Fortuna nunca. Quien más seguro pensó haberla fijado el clavo, no hizo otra cosa que alentar con nuevo peso el vuelo de su torbellino. Su movimiento digiere las felicidades y miserias, como el del tiempo las vidas del mundo, y el mundo mismo poco á poco. Esto es verdad, Júpiter; responda quien supiere.»

La Fortuna con nuevo aliento, bamboleándose con remedos de veleta y acciones de barrena, dijo: «La Ocasion ha declarado la ocasion injusta de la acusacion que se me pone; empero yo quiero de mi parte satisfacerte á tí, supremo atronador, y á todos esotros que te acompañan, sorbedores de ambrosía y néctar, no obstante que en vosotros he tenido, tengo y tendré imperio, como le tengo en la canalla más soez del mundo. Y yo espero ver vuestro endiosamiento muerto de hambre por falta de víctimas, y de frio, sin que alcanceis una morcilla por sacrificio, ocupados en solo abultar poemas y poblar coplones, gastados en consonantes y en apodos amorosos, sirviendo de municion á los chistes y á las pullas.»

«Malas nuevas tengas de cuanto deseas, dijo el Sol, que con tan insolentes palabras blasfemas de nuestro poder. Si me fuera lícito, pues soy el sol, te friyera en caniculares, y te asara en buchornos, y te desatinara á modorras.»

«Véte á enjugar lodazales, dijo la Fortuna, á madurar pepinos y á proveer de tercianas á los médicos, y á adestrar las uñas de los que se espulgan á tus rayos; que ya te he visto yo guardar vacas, y correr tras una mozuela, que siendo sol, te dejó á escuras. Acuérdate que eres padre de un quemado; cósete la boca, y deja de hablar, y hable quien le toca.»

Entónces Júpiter severo pronunció estas razones: «En muchas cosas de las que tú y esa picarona que te sirve habeis dicho, teneis razon; empero para satisfacion de las gentes está decretado irrevocablemente que en el mundo, en un dia y en una propia hora, se hallen de repente todos los hombres con lo que cada uno merece. Esto ha de ser: señala hora y dia.»

La Fortuna respondió: «Lo que se ha de hacer, ¿de qué sirve dilatarlo? Hágase hoy: sepamos qué hora es.» El Sol, jefe de relojeros, respondió: «Hoy son 20 de Junio, y la hora las tres de la tarde y tres cuartos y diez minutos.» «Pues en dando las cuatro, dijo la Fortuna, vereis lo que pasa en la tierra;» y diciendo y haciendo, empezó á untar el eje de su rueda, y encajar manijas, mudar clavos, enredar cuerdas, aflojar unas y estirar otras, cuando el Sol, dando un grito, dijo: «Las cuatro son, ni más ni ménos; que ahora acabo de dorar la cuarta sombra posmeridiana de las narices de los relojes de sol.»

En diciendo estas palabras, la Fortuna, como quien toca sinfonía, empezó á desatar su rueda, que arrebatada en huracanes y vueltas, mezcló en nunca vista confusion todas las cosas del mundo; y dando un grande aullido, dijo: «Ande la rueda, y coz con ella.»

I. En aquel propio instante, yéndose á ojeo de calenturas paso entre paso un médico en su mula, le cogió la *hora*, y se halló de verdugo, perneando sobre un enfermo, diciendo *credo*, en lugar de *récipe*, con aforismo escurridizo.

II. Por la misma calle poco detras venía un azotado, con la palabra del verdugo delante chillando, y con las mariposas del *sepan cuantos* detras, y el susodicho en un borrico, desnudo de medio arriba, como nadador de rebenque. Cogióle la *hora;* y derramando un rocin al alguacil que llevaba, y el borrico al azote, el rocin se puso debajo del azotado, y el borrico debajo del alguacil; y mudando lugares, empezó á recibir los pencazos el que acomdañaba al que los recibia, y el que los recibia á acompañar al que le acompañaba.

III. Atravesaban por otra calle unos chirriones de basura, y llegando enfrente de una botica, los cogió la *hora,* y empezó á rebosar la basura y salirse de los chirriones, y entrarse en la botica, de donde saltaban los botes y redomas, zampándose en los chirriones con un ruido y admiracion increible; y como se encontraban al salir y al entrar los botes y la basura, se notó que la basura muy melindrosa decia á los botes: «Háganse allá.» Los basureros andaban con escobas y palas traspalando en los chirriones mujeres afeitadas, y gangosos y teñidos, sin poder nadie remediarlo.

IV. Habia hecho un bellaco una casa de grande ostentacion con resabios de palacio, y portada sobreescrita de grandes genealogías de piedra. Su dueño era un ladron, que por debajo de su oficio habia robado el caudal con que la habia hecho: estaba dentro, y tenía cédula á la puerta para alquilar tres cuartos. Cogióle la *hora.* ¡Oh inmenso Dios, quién podrá referir tal portento! Pues piedra por piedra y ladrillo por ladrillo se empezó á deshacer, y las tejas, unas se iban á unos tejados y otras á otros. Veíanse vigas, puertas y ventanas entrar por diferentes casas con espanto de los dueños, que la restitucion tuvieron á terremoto y á fin del mundo. Iban las rejas y las celosías bus-

cando sus dueños de calle en calle. Las armas de la portada partieron como rayos á restituirse á la montaña á una casa de solar, á quien este maldito habia achacado su pícaro nacimiento. Quedó desnudo de paredes y en cueros de edificio, y solo en una esquina quedó la cédula de alquiler que tenía puesta, tan mudada por la fuerza de la *hora*, que donde decia: «Quien quisiere alquilar esta casa vacía, entre; que dentro vive su dueño;» se leia: «Quien quisiere alquilar este ladron, que está vacío de su casa, entre sin llamar, pues la casa no lo estorba.»

V. Vivia enfrente deste un mohatrero que prestaba sobre prendas, y viendo afufarse la casa de su vecino, quiso prevenirse, diciendo: «¿Las casas se mudan de los dueños? ¡Mala invencion!» Y por presto que quiso ponerse en salvo, cogido de la *hora*, un escritorio y una colgadura y un bufete de plata, que tenía cautivos de intereses argeles, con tanta violencia se desclavaron de las paredes y se desasieron, que al irse á salir por la ventana un tapiz, le cogió en el camino, y revolviéndosele al cuerpo, amortajado en figurones, le arrancó y llevó en el aire más de cien pasos, donde desliado, cayó en un tejado, no sin crujido del costillaje; desde donde con desesperacion vió pasar cuanto tenía en busca de sus dueños, y detras de todo una ejecutoria, sobre la cual por dos meses habia prestado á su dueño doscientos reales, con ribete de cincuenta más. Esta (¡oh extraña maravilla!) al pasar le dijo: «Morato arraez de prendas, si mi amo por mí no puede ser preso por deudas, ¿qué razon hay para que tú por deudas me tengas presa?» Y diciendo esto, se zampó en un bodegon, donde el hidalgo estaba disimulando ganas de comer, con el estómago de rebozo, acechando unas tajadas que so el poder de otras muelas rechinaban.

VI. Un hablador plenario, que de lo que le sobra de

palabras, á dos leguas pueden moler otros diez habladores, estaba anegando en prosa su barrio, desatada la taravilla en diluvios de conversacion. Cogióle la *hora*, y quedó tartamudo y tan zancajoso de pronunciacion que á cada letra que pronunciaba, se ahorcaba en pujos de *be a ba*, y como el pobre padecia, paró la lluvia. Con la retencion empezó á rebosar charla por los ojos y por los oídos.

VII. Estaban unos senadores votando un pleito. Uno dellos, de puro maldito, estaba pensando cómo podria condenar á entrambas partes. Otro incapaz, que no entendia la justicia de ninguno de los dos litigantes, estaba determinando su voto por aquellos dos textos de los idiotas: «Dios se la depare buena» y «dé donde diere.» Otro caduco, que se habia dormido en la relacion (discípulo de la mujer de Pilátos en alegar sueño), estaba trazando á cuál de sus compañeros seguiria sentenciando á trochimoche. Otro, que era docto y virtuoso juez, estaba como vendido al lado de otro, que estaba como comprado, senador brujo untado. Este alegó leyes torcidas, que pudieran arder en un candil, trujo á su voto al dormido y al tonto y al malvado. Y habiendo hecho sentencia, al pronunciarla, los cogió la *hora;* y en lugar de decir: «Fallamos que debemos condenar y condenamos,» dijeron: «Fallamos que debemos condenarnos, y nos condenamos.» «Ese sea tu nombre,» dijo una voz; y al instante se les volvieron las togas pellejos de culebras, y arremetiendo los unos á los otros, se trataban de monederos falsos de la verdad. Y de tal suerte se repelaron, que las barbas de los unos se vian en las manos de los otros, quedando las caras lampiñas y las uñas barbadas, en señal de que juzgaban con ellas; por lo cual les competia la zalea jurisconsulta.

VIII. Un casamentero estaba emponzoñando el juicio de un buen hombre, que no sabiendo qué se hacer de su

sosiego, hacienda y quietud, trataba de casarse. Proponíale una picarona, y guisábala con prosa eficaz, diciéndole: «Señor, *de nobleza* no digo nada, porque, gloria á Dios, á vuesa merced le sobra para prestar. *Hacienda*, vuesa merced no la ha menester; *hermosura*, en las mujeres propias ántes se debe huir, por peligro; *entendimiento*, vuesa merced la ha de gobernar, y no la quiere para letrado; *condicion*, no la tiene; los *años que tiene* son pocos (y decia entre sí: «por vivir»). Lo demas es á pedir de boca.» El pobre hombre estaba furioso diciendo: «Demonio, ¿qué será lo demas si ni es noble, ni rica, ni hermosa ni discreta? Lo que tiene solo es lo que no tiene, que es condicion.» En esto los cogió la *hora*, cuando el maldito casamentero, sastre de bodas, que hurta, y miente, y engaña, y remienda, y añade, se halló desposado con la fantasma que pretendia pegar al otro; y hundiéndose á voces sobre: «Quién sois vos; qué trujistes vos; no mereceis descalzarme;» se fueron comiendo á bocados.

IX. Estaba un poeta en un corrillo leyendo una cancion cultísima, tan atestada de latines y tapida de jerigonzas, tan zabucada de cláusulas, tan cortada de paréntesis, que el auditorio pudiera comulgar de puro en ayunas que estaba. Cogióle la *hora* en la cuarta estancia, y á la obscuridad de la obra (que era tanta, que no se via la mano) acudieron lechuzas y murciélagos; y los oyentes, encendiendo lanternas y candelillas, oian de ronda á la musa, á quien llaman:

la enemiga del dia,
Que el negro manto descoge.

Llegóse uno tanto con un cabo de vela al poeta (noche de invierno, de las que llaman boca de lobo), que se encendió el papel por en medio. Dábase el autor á los diablos, de ver quemada su obra, cuando el que la pegó fuego le dijo: «Estos versos no pueden ser claros y tener lus

si no los queman: más resplandecen luminaria que cancion.»

X. Salia de su casa una buscona piramidal, habiendo hecho sudar la gota tan gorda á su portada, dando paso á un inmenso contorno de faldas, y tan abultadas, que pudiera ir por debajo rellena de ganapanes, como la tarasca. Arrempujaba con el ruedo las dos aceras de una plazuela. Cogióla la *hora*, y volviéndose del reves las faldas del guardainfante, y arboladas, la sorbieron en campana vuelta del reves, con facciones de tolva, y descubrióse que para abultar de caderas, entre diferentes legajos de arrapiezos que traia, iba un repostero plegado, y la barriga en figura de taberna, y al un lado un medio tapiz; y lo más notable fué que se via un Holoférnes degollado, porque la colgadura debia de ser de aquella historia. Hundíase la calle á silbos y gritos. Ella aullaba, y como estaba sumida en dos estados de carcavueso que formaban los espartos del ruedo, que se habia erizado, oíanse las voces como de lo profundo de una sima, donde yacia con pinta de carantamaula. Ahogárase en la caterva que concurrió, si no sucediera que viniendo por la calle rebosando narcisos uno con pantorrillas postizas y tres dientes, y dos teñidos, y tres calvos con sus caballeras, los cogió la *hora* de piés á cabeza, y el de las pantorillas empezó á desangrarse de lana; y sintiendo mal acostadas, por falta de los colchones, las canillas, y queriendo decir: «Quién me despierna;» se le desempedró la boca al primer bullicio de la lengua. Los teñidos quedaron con requesones por barbas, y no se conocian unos á otros. A los calvos se les huyeron las cabelleras, con los sombreros en grupa, y quedaron melones con bigotes, con una cortesía de *memento homo*.

XI. Era muy favorecido de un señor un criado suyo: este le engañaba hasta el sueño, y á este un criado que te-

nía, y á este criado un mozo suyo, y á este mozo un amigo, y á este amigo su amiga, y á esta el diablo. Pues cógelos la *hora;* y el diablo, que estaba al parecer tan léjos del señor, revístese en la puta, la puta en su amigo, el amigo en el mozo, el mozo en el criado, el criado en el amo, el amo en el señor. Y como el demonio llegó á él destilado por puta y rufian, y mozo de mozo de criado de señor, endemoniado por pasadizo y hecho un infierno, embistió con un siervo, este con su criado, el criado con su mozo, el mozo con su amiga, esta con todos; y chocando los arcaduces del diablo, uno con otros se hicieron pedazos, se deshizo la sarta de embustes, y Satanás, que enflautado en la cotorrera se paseaba sin ser sentido, rezumándose de mano en mano, los cobró á todos de contado.

XII. Estábase afeitando una mujer casada y rica. Cubria con hopalandas de soliman unas arrugas jaspeadas de pecas; jalbegaba, como puerta de alojería, lo rancio de la tez; estábase guisando las cejas con humo, como chorizos; acompañaba lo mortecino de sus labios con municion de lanternas á poder de cerillas; iluminábase de vergüenza postiza con dedadas de salserilla de color. Asistíala como asesor de cachivaches una dueña, calavera confitada en untos. Estaba de rodillas sobre sus chapines, con un moñazo imperial en las dos manos, y á su lado una doncellita, platicanta de botes, con unas costillas de borrenas, para que su ama lanaplenase las concavidades que le resultaban de un par de gibas que la trompicaban el talle. Estándose, pues, la tal señora dando pesadumbre y asco á su espejo, cogida de la *hora*, se confundió en manotadas; y dándose con el soliman en los cabellos, y con el humo en los dientes, y con la cerilla en las cejas, y con la color en todas las mejillas, y encajándose el moño en las quijadas, y atacándose las borrenas al reves, quedó cana y cisco, y

Anton Pintado y Anton Colorado, y barbada de rizos, y hecha abrojos; con cuatro corcovas, vuelta vision, y cochino de San Anton. La dueña, entendiendo que se habia vuelto loca, echó á correr con los andularios de *requiem* en las manos. La muchacha se desmayó, como si viera al diablo. Ella salió tras la dueña, hecha un infierno, chorreando pantasmas. Al ruido salió el marido, y viéndola, creyó que eran espíritus que se le habian revestido, y partió de carrera á llamar quien la conjurase.

XIII. Un gran señor fué á visitar la cárcel de su corte, porque le dijeron servía de heredad y bolsa á los que la tenian á cargo, que de los delitos hacian mercancía, y de los delincuentes tienda, trocando los ladrones en oro, y los homicidas en buena moneda. Mandó que sacasen á visita los encarcelados, y halló que los habian preso por los delitos que habian cometido, y que los tenian presos por los que su codicia cometia con ellos. Supo que á los unos contaban lo que habian hurtado y podido hurtar, y á otros lo que tenian y podian tener; y que duraba la causa todo el tiempo que duraba el caudal, y que precisamente el dia del postrero maravedí era el dia del castigo; y que los prendian por el mal que habian hecho, y los justiciaban porque ya no tenian. Saliéronse á visitar dos que habian de ahorcar otro dia: el uno, porque le habia perdonado la parte, le tenian como libre; al otro por hurtos ahorcaban, habiendo tres años que estaba preso, en los cuales le habian comido los hurtos y su hacienda, y la de su padre y su mujer, en quien tenía dos hijos. Cogió la *hora* al gran señor en esta visita, y demudado de color, dijo: «A este que librais porque perdonó la parte, ahorcaréis mañana; porque si esto se hace, es instituir mercado público de vidas, y hacer que por el dinero del concierto con que se compra el perdon, sea mercancía la vida del marido para la mujer, y la del hijo para el padre, y la del padre para el

hijo; y en puniéndose los perdones de muertes en venta, las vidas de todos están en almoneda pública, y el dinero inhibe en la justicia el escarmiento, por ser muy fácil de persuadir á las partes que les serán más útil mil escudos ó quinientos que un ahorcado. Dos partes hay en todas las culpas públicas: la ofendida y la justicia; y es tan conveniente que esta castigue lo que le pertenece, como que aquella perdone lo que le toca.

»Este ladron, que despues de tres años de prision quereis ahorcar, echaréis á galeras; porque, como tres años há estuviera justamente ahorcado, hoy será injusticia muy cruel, pues será ahorcar con el que pecó, á su padre, á sus hijos y á su mujer, que son inocentes, á quien habeis vosotros comido y hurtado con la dilacion las haciendas.

»Acuérdome del cuento del que, enfadado de que los ratones le roian papelillos y mendrugos de pan, y cortezas de queso, y los zapatos viejos, trujo gatos que le cazasen los ratones; y viendo que los gatos se comian los ratones, y juntamente un dia le sacaban la carne de la olla, otro se la desensartaban del asador; que ya le cogian una paloma, ya una pierna de carnero, mató los gatos, y dijo: Vuelvan los ratones. Aplicad vosotros este chiste, pues como gatazos, en lugar de limpiar la república, cazais y correis los ladrones ratoncillos que cortan una bolsa, agarran un pañizuelo, quitan una capa y corren un sombrero; y juntamente os engullis el reino, robais las haciendas y asolais las familias. Infames, ratones quiero, y no gatos.» Diciendo esto, mandó soltar todos los presos, y prender todos los ministros de la cárcel. Armóse una herrería y confusion espantosa: trocaban unos con otros quejas y alaridos; los que tenian los grillos y las cadenas, se las echaban á los que se las mandaron echar, y se las echaron.

XIV. Iban diferentes mujeres por la calle, las unas á pié; y aunque algunas dellas se tomaban ya de los años,

iban gorjeándose de andadura y desviviéndose de ponleví y enaguas. Otras iban embolsadas en coches, desantañándose de navidades con melindres y manoteado de cortinas; otras, tocadas de gorgoritas y vestidas de *noli me tangere*, iban en figura de camarines, en una alacena de cristal, con resabios de hornos de vidrio, romanadas por dos moros, y cuando mejor por dos pícaros. Llevan las tales trasparentes los ojos, en muy estrecha vecindad con las nalgas del mozo delantero, y las narices molestadas del zumo de sus piés, que como no pasa por escarpines, se perfuma de Fregenal. Unas y otras iban reciennaciéndose, arrulladas de galas y con niña postiza, callando la vieja como la caca, pasando á la arismética de los ojos los ataudes por las cunas. Cogiólas la *hora*, y topándolas Estoflerino y Magino y Orígano y Argolo, con sus efemérides desenvainadas, embistieron con ellas á ponerlas á todas las fechas de sus vidas con dia, mes y año, hora, minutos y segundos. Decian con voces descompuestas: «Demonios, reconocé vuestra fecha, como vuestra sentencia. Cuarenta y dos años tienes, dos meses, cinco dias, seis horas, nueve minutos y veinte segundos.» ¡Oh inmenso Dios, quién podrá decir el desaforado zurrido que se levantó! No se oia otra cosa que «mentises; no hay tal; no he cumplido quince; ¡Jesus! ¿quién tal dice? aún no he entrado en diez y ocho; en trece estoy; ayer nací; no tengo ningun año; miente el tiempo.» Y una, á quien Orígano estaba sobreescribiendo como escritura: «Fué fecha y otorgada esta mujer el año de 1578,»—viendo ella que se le averiguaban sesenta y siete años, entigrecida y enserpentada, dijo: «Yo no he nacido, legalizador de la muerte; áun no me han salido los dientes.» «Antigualla, mamotreto de siglos, no salen sobre raigones; tente á la fecha.» «No conozco fecha;» y arremetiendo el uno al otro, se confundió todo en una resistencia espantosa

XV. Estaba un potentado despues de comer arrullando su desvanecimiento con lisonjas arpadas en los picos de sus criados. Oíase el rugir de las tripas galopines, que en la cocina de su barriga no se podian averiguar con la carnicería que habia devorado. Estaba espumando en salivas por la boca los hervores de las azumbres; todo el *coram vobis* iluminado de panarras, con arreboles de brindis. A cada disparate y necedad que decia, se desatinaban en los encarecimientos y alabanzas los circunstantes. Unos decian: «¡Admirable discurso!» Otros: «No hay más que decir. ¡Grandes y preciosísimas palabras!» Y un lisonjero, que procuraba pujar á los otros la adulacion, mintiendo de puntillas, dijo: «Oyéndote ha desfallecido pasmada la admiracion y la dotrina.» El tal señor, encantusado, y dando dos ronquidos, parleros del ahito, con promesas de vómito, derramó con zollipo estas palabras: «Afligido me tiene la pérdida de las dos naves mias.» En oyéndolo, se afilaron los lisonjeros de embeleco; y revistiéndoseles la mesma mentira, dijeron unos que «ántes la pérdida le habia sido de autoridad y á pedir de boca, y que por útil debiera haber deseádola, pues le ocasionaba causa justa para romper con los amigos y vecinos que le habian robado, y que por dos les tomaria ducientos, y que esto él se obligaba á disponerlo.» Salpicó el detestable adulador este enredo de ejemplos. Otros dijeron «habia sido la pérdida glorioso suceso y lleno de majestad, porque aquel era gran príncipe que tenía más que perder, y que en eso se conocia su grandeza, y no en engañar y adquirir; que es mendiguez propia de piratas y ladrones;» y añadió que «aquesta pérdida habia de ser su remedio;» y luégo empezó á granizarle de aforismos y autores, ensartando á Tácito y á Salustio, á Polibio y Tucídides, embutiendo las grandes pérdidas de los romanos y griegos, y otra grande cáfila de dislates; y como el glotonazo no buscaba sino disculpas de su flojedad, alegró la pérdida con el engaño. No hiciera

más el diablo. En esto, á persuasion de las crudezas, por el mal despacho de la digestion, disparó un regüeldo. No le hubieron oido cuando los malvados lisonjeros, hincando con suma veneracion la rodilla, por hacerle creer habia estornudado, dijeron: «Dios le ayude.» Pues cógele la *hora;* y revestido de furias infernales, aullando dijo: «Infames, pues me quereis hacer en creyentes que es estornudo el regüeldo, estando mi boca á los umbrales de mis narices, ¿qué hareis de lo que ni veo ni güelo?» Y dándose de manotadas en las orejas, y mosqueándose de mentiras, arremetió con ellos y los derramó á coces de su palacio, diciendo: «Príncipes, si me cogen acatarrado, me destruyen. Por un sentido que me dejaron libre se perdieron: no hay cosa como oler.»

XVI. Los codiciosos, escarmentados, se apartaron de los tramposos; y los tramposos, por no pagar de balde el embuste, se embistieron unos á otros, disimulándose en las palabras y dándose un baño exterior de simplicidad. Decíanse el un embustero al otro: «Señor mio, escarmentado de tratar con tramposos, que me tienen destruido, vengo á que, pues sabeis mi puntualidad, me presteis tres mil reales en vellon, de que os daré letra acetada á dos meses, que se pagará en plata, en persona tan abonada, que es como tenerlos en la bolsa, y que no es menester más de llegar y contar;» y era este en quien daba la letra, la misma trampa. Mas el tramposo, que oia al otro tramposo que le abonaba al tercer tramposo, disimulando el conocerlos, y adargándose del trampantojo, con lamentacion ponderada le dijo que él andaba á buscar cuatro mil reales sobre prenda que valía ocho, y que á ese efecto habia salido de su casa. Andaban chocando los unos con los otros con cadenas de alquimia, hipócritas del oro, y letras falsas acetadas, y con fiadores falidos, y escrituras falsas, é hipotecas ajenas, y plata que habian pedido prestada,

para un banquete, y migajas de piés de tazas de vidrio, y claveques con apellido de diamantes. Era admirable la prosa que gastaban. Uno decia: «Yo profeso verdad, y se ha de hallar en mí si se perdiere; no profeso sino pan por pan y vino por vino; ántes moriré de hambre, pegada la boca á la pared, que hacer ruindad; no quiero sino crédito; no hay tal como poder traer la cara descubierta; esto me enseñaron mis padres.» Respondia el otro tramposo: «No hay cosa como la puntualidad; sí por sí y no por no. Por malos medios no quiero hacienda; toda mi vida he tenido esta condicion; no quiero tener que restituir; lo que importa es el alma; no haria una trampa por los haberes del mundo; más quiero mi conciencia que cuanto tiene la tierra.» En esto estaban las ratoneras vivas, arrebozando de cláusulas justificadas las intenciones cardas, cuando los cogió de medio á medio la *hora*; y creyéndose los unos tramposos á los otros, se destruyeron. El de la cadena de alquimia la daba por la letra falsa, y el de los diamantes claveques tomaba por ellos la plata prestada. Los tres partieron al contraste; el otro á verificar la letra y asegurarla y perder la mitad, porque se la pagasen ántes que se averiguase el cadenon de hierro viejo. Llegó volando á la casa del hombre en cuyo nombre estaba acetada, el cual le dijo que aquella letra no era suya ni conocia tal hombre, y envióle noramala. Él se salió letra entre piernas, diciendo: «¡Oh ladron! ¡Cuál me la habias pegado si la cadena no fuera de trozos de jeringa!» El de los claveques decia, estando vendiendo la plata á un platero, sin hechura y por ménos del peso: «¡Bien se la pegué con mendrugos de vidrio!» En esto llegó el dueño y conociendo su plata, que andaba dando cosetadas en el peso, llamó á un alguacil, y hizo prender al tramposo por ladron. Empelazgáronse; al ruido salió el de los diamantes falsos dando gritos. El que vendia la plata dijo: «Ese infame me la vendió.» El otro decia: «Miente; que ese me la ha hurtado.» El platero de-

cia: «Ese maulero me traie chinas por diamantes.» El dueño de la plata requeria que los prendiesen á entrambos; el escribano decia que á todos tres hasta que se averiguase. El alguacil, poniéndose la vara en la boca, y asiendo á los dos tramposos con las dos manos, y el escribano de la capa al dueño de la plata, despues de haberse desgarrado las jetas unos á otros, con gran séquito de pícaros fueron entregados en la cárcel al guardajoyas del verdugo.

XVII. En Dinamarca habia un señor de una isla poblada con cinco lugares. Estaba muy pobre, más por la ánsia de ser más rico que por lo que le faltaba. Castigó el cielo á los vecinos y naturales desta isla con inclinacion casi universal á ser arbitristas. En este nombre hay mucha diferencia en los manuscritos: en unos se lee *arbitristes;* en otros, *arbatristes*, y en los más, *armachismes*. Cada uno enmiende la leccion como mejor le pareciere á sus acontecimientos. Por esta causa esta tierra era habitada de tantas plagas como personas. Todos los circunvecinos se guardaban de las gentes desta isla como de pestes andantes, pues de sólo el contagio del aire que pasado por ella los tocaba, se les consumian los caudales, se les secaban las haciendas, se les desacreditaba el dinero y se les asuraba la negociacion. Era tan inmensa la arbitrería que producia aquella tierra, que los niños en naciendo decian *arbitrio* por decir *taita*. Era una poblacion de laberintos, porque las mujeres con sus maridos, los padres con los hijos, los hijos con los padres, y los vecinos unos con otros, andaban á daca mis arbitrios y toma los tuyos; y todos se tomaban del arbitrio como del vino. Pues este buen señor en las partes de allende, convencido de la cudicia, que es uno de los peores demonios que esgrimen cizaña en el mundo, mandó tocar á arbitrios. Juntáronse legiones de arbitrianos en el teatro del palacio, empape-

ladas las pretinas, y asaeteadas de legajos de discursos las aberturas de los sayos. Díjoles su necesidad, pidióles el remedio; todos á un tiempo echando mano á sus discursos, y con cuadernos en ristre, embistieron en *turba multa*, y ahogándose unos en otros por cuál llegaria ántes, nevaron cuatro bufetes de cartapeles. Sosegó el runrun que tenian, y empezó á leer el primer arbitrio. Decia así: «Arbitrio para tener inmensa cantidad de oro y plata sin pedirla ni tomarla á nadie.» Durillo se me hace, dijo el señor. Segundo: «Para tener inmensas riquezas en un dia, quitando á todos cuanto tienen, y enriqueciéndolos con quitárselo.» La primera parte de quitar á todos me agrada; la segunda de enriquecerlos quitándoselo tengo por dudosa; mas allá se avengan. Tercero: «Arbitrio fácil y gustoso y justificado para tener gran suma de millones, en que los que los han de pagar no lo han de sentir; ánteshan de creer que se los dan.» Me place, dejando esta persuasion por cuenta del arbitrista, dijo el señor. Cuarto arbitrio: «Ofrece hacer que lo que falta sobre, sin añadir nada ni alterar cosa alguna, y sin queja de nadie.» Arbitrio tan bien quisto no puede ser verdadero. Quinto: «en que se ofrece cuanto se desea. Hase de tomar y quitar y pedir á todos, y todos se darán á los diablos.» Este arbitrio con lo endemoniado asegura lo platicable. Animado con la aprobacion, el autor, dijo: «Y añado que los que le cobraren serán consuelo para los que le han de padecer.» ¿Quién fuiste tú que tal dijiste? Alza Dios su ira, y emborrúllanse en remolinos furiosos los arbitristas, chasqueando barbulla, llamándole de borracho y perro. Decíanle: «Bergante, ¿propusiera Satanas el consuelo en los cobradores, siendo ellos la enfermedad de todos los remedios?» Llamábanse de hidearbitristas, contradiciéndose los arbitrios los unos á los otros, y cada uno solo aprobaba el suyo. Pues estando encendidos en esta brega, entraron de repente muchos criados, dando voces, desatinados, que se abrasaba

el palacio por tres partes, y que el aire era grande. Coge la *hora* en este susto al señor y á los arbitristas. El humo era grande y crecia por instantes. No sabía el pobre señor qué hacerse. Los arbitristas le dijeron se estuviese quedo, que ellos lo remediarian en un instante; y saliendo del teatro á borbotones, los unos agarraron de cuanto habia en palacio, y arrojando por las ventanas los camarines y la recámara, hicieron pedazos cuantas cosas tenía de precio. Los otros con picos derribaron una torre; otros, diciendo que el fuego en respirando se moria, deshicieron gran parte de los tejados, arruinando los techos y asolándolo todo; y ninguno de los arbitristas acudió á matar el fuego, y todos atendieron á matar la casa y cuanto habia en ella. Salió el señor, viendo el humo casi aplacado, y halló que los vasallos y gente popular y la justicia habian ya apagado el fuego; y vió que los arbitristas daban tras los cimientos, y que le habian derribado su casa y hecho pedazos cuanto tenía; y desatinado con la maldad, y hecho una sierpe, decia: «Infames, vosotros sois el fuego; todos vuestros arbitrios son de esta manera; más quisiera, y me fuera más barato, haberme quemado que haberos creido; todos vuestros remedios son de esta suerte: derribar toda una casa porque no se caiga un rincon. Llamais defender la hacienda echarla en la calle, y socorrer el rematar. Dais á comer á los príncipes sus piés y sus manos y sus miembros, y decís que le sustentais cuando le haceis que se coma á bocados á sí propio. Si la cabeza se come todo su cuerpo, quedará cáncer de sí misma, y no persona. Perros, el fuego venía con harta razon á quemarme á mí porque os junté y os consiento; y como me vió en poder de arbitristas, cesó y me dió por quemado. El más piadoso arbitrista es el fuego: él se ataja con el agua; vosotros creceis con ella y con todos los elementos, y contra todos. El Anticristo ha de ser arbitrista. A todos os ha de quemar vivos, y guardar vuestra ceniza para hacer della cernada.

y colar las manchas de todas las repúblicas. Los príncipes pueden ser pobres; mas en tratando con arbitristas para dejar de ser pobres, dejan de ser príncipes.»

XVIII. Las alcahuetas y las chillonas estaban juntas en parlamento nefando: hablaban muy bellacamente en ausencia de las bolsas, y roian al dinero los zancajos. La más antigua de las alcahuetas, mal asistida de dientes y manona de pronunciacion, tableteando con las encías, dijo: «El mundo está para dar un estallido; mirad qué gentil dádiva: el tiempo hace hambre; todo está en un tris; las ferias y los aguinaldos dias há que pudren; las albricias contadlas con los muertos; el dinero está tan trocado, que no se conoce; con los premios se ha desvanecido, como ruin en honra: un real de á ocho se enseña á dos cuartos como un elefante; de los doblones se dice lo que de los infantes de Aragon:

¿Qué se hicieron

Yo daré hace los papeles de *toma*. Item: *fíe vuesa merced de mi palabra* es mataperros; *libranza* es gozque mortecino; mancebito de piernas con guedejas y sienes con ligas, son ganas de comer y un ayuno barbiponiente. Hijas, lo que conviene es tengamos y tengamos, y encomendaros al contante y al antemano. Yo administro unos hombres á medio podrir, entre vivos y muertos, que traen bien aliñada pantasma, y tratan de que los herede su apetito, y pagan en buena moneda lo roñoso de su estantigua. Niñas, la codicia quita el asco: cerrad los ojos y tapad las narices, como quien toma purga. Beber lo amargo por el provecho es medicina: haced cuenta que quemais franjas viejas para sacarlas el oro, ó que chupais huesos para sacar la médula. Yo tengo para cada una de vosotras media docena de carroños, amantes pasas, arrugados, que gargajean mejicanos. Yo no quiero tercera parte: con un porte

moderado que se me pague estoy contenta, para conservar esta negra honra de que me he preciado toda mi vida.» Acabó de mamullar estas razones, y juntando la nariz con la barbilla, á manera de garra, las hizo un gesto de la impresion del grifo. Una de las pidonas y tomascas, arrebatiña en naguas, mono rapante, la respondió: «Agüela, endilgadora de refocilos, engarzadora de cuerpos, eslabonadora de gentes, enflautadora de personas, tejedora de caras, has de advertir que somos muy mozas para vendernos á la pubarbada y á los caza-siglos. Gasta esa municion en dueñas, que son mayas de los difuntos y mariposas del *aquí yace*. Tia, la sangre que bulle, más quiere tararira que dineros, y gusto que dádivas: toma otro oficio; que los coches se han alzado á mayores con la coroza, y espero verlos tirar pepinazos por alcahuetes.» No hubo la buscona acabado estas palabras, cuando á todas las cogió la *hora*, y entrando una bocanada de acreedores, embistieron con ellas. Uno por el alquiler de la casa las embargaba los trastos y la cama; otro porque eran suyos, desde las almohadas á la guitarra, las asía de los vestidos por los alquileres, y asía de todo; y de palabra en palabra, el uno al otro se empujaron las caras con los puños cerrados. Hundia la vecindad á gritos un ropero por unos guardainfantes: las mancebitas de la sonsaca formaban una capilla de chillidos, diciendo que qué término era aquel, y que para esta y para aquella, y como creo en Dios, y bonitas somos nosotras, y lo del negro, á quien apelan las venganzas de las andorras. La maldita vieja se santiguaba a manotadas, y no cesaba de clamar: «¡Jesus, y en Jesus!» cuando á la tabaola entró el amigo de la una de las busconas, y sacando la espada, sin prólogo de razonamiento embistió con los cobradores, llamándolos pícaros y ladrones. Sacaron las espadas y tirándose unos á otros, hicieron pedazos cuanto habia en la casa. Las busconas á las ventanas desgañitándose pregonaban el *que se matan*, y

¿no hay justicia? Al ruido subió un alguacil con todos sus arrabales, con el *favor al Rey*, *ténganse á la justicia.*

Emburujáronse todos en la escalera; salieron á la calle, unos heridos y otros desgarrados. El rufian, abierta la media cabeza, y la otra media (á lo que sospecho) no bien cerrada; sin capa y sombrero se fué á una iglesia. El alguacil entró en la casa, y en viendo á la buena vieja, embistió con ella, diciendo: «¿Aquí estás, bellaca, despues de desterrada tres veces? Tú tienes la culpa de todo;» y asiéndola, y á las demas todas, y embargando lo que hallaron, las llevaron en racimo á la cárcel, desnudas y remesadas, acompañadas del *vayan las pícaras*, pronunciado por toda la vecindad.

XIX. Un letrado bien frondoso de mejillas, de aquellos que con barba negra y bigotes de buces traen la boca con sotana y manteo, estaba en una pieza atestada de cuerpos tan sin alma como el suyo; volvia ménos los autores que las partes; tan preciado de rica librería, siendo idiota, que se puede decir que en los libros no sabe lo que se tiene. Habia adquirido fama, por lo sonoro de la voz, lo eficaz de los gestos, la inmensa corriente de las palabras, en que anegaba á los otros abogados. No cabian en su estudio los litigantes de piés, cada uno en su proceso como en su palo, en aquel peralvillo de las bolsas. Él salpicaba de leyes á todos: no se le oia otra cosa sino «ya estoy al cabo; bien visto lo tengo; su justicia de vuesa merced no es dubitable; ley hay en propios términos; no es tan claro el dia; este no es pleito, es caso juzgado; todo el derecho habla en nuestro favor; no tiene muchos lances; buenos jueces tenemos; no alega el contrario cosa de provecho; lo actuado está lleno de nulidades; es fuerza que se rovoque la sentencia dada; déjese vuesa merced gobernar.» Y con esto, á unos ordenaba peticiones, á otros querellas, á otros interrogatorios, á otros protestas, á otros súplicas, y á

otros requerimientos. Andaban al retortero los Bártulos, los Baldos, los Abades, los Surdos, los Farinacios, los Tuscos, los Cujacios, los Fabros, los Ancharanos, el señor presidente Covarrubias, Chasaneo, Oldrado, Mascardo; y tras la ley del reino, Montalvo y Gregorio Lopez, y otros innumerables, burrajeados de párrafos, con sus dos corcovas de la *ce* abreviatura, y de la *efe* preñada con grande prole de números, y su *ibi* á las ancas. La nota de la peticion pedia dineros, el platicante la pitanza de escribirla, el procurador la de presentarla; el escribano de la cámara la de su oficio; el relator la de su relacion. En estos dacas los cogió la *hora*, cuando los pleiteantes dijeron á una voz: «Señor Licenciado, en los pleitos lo más barato es *la parte contraria*; porque ella pide lo que pretende que le den, y lo pide á su costa; y vuesa merced por la defensa pide y cobra á la nuestra; el procurador lo que le dan, el escribano y el relator lo que le pagan. El contrario aguarda la sentencia de vista y revista; y vuesa merced y sus secuaces sentencian para sí, sin apelacion. En el pleito podrá ser que nos condenen ó nos absuelvan; y en seguirle no podemos dejar de ser condenados cinco veces cada dia. Al cabo nosotros podemos tener justicia, mas no dinero. Todos esos autores, textos y decisiones y consejos no harán que no sea abominable necedad gastar lo que tengo por alcanzar lo que otro tiene, y puede ser que no alcance. Más queremos una *parte contraria* que cinco. Cuando nosotros ganemos el pleito, el pleito nos ha perdido á nosotros. Los letrados defienden á los litigantes en los pleitos como los pilotos en las borrascas los navíos, sacándoles cuanto tienen en el cuerpo, para que si Dios fuese servido, lleguen vacíos y despojados á la orilla. Señor mio, el mejor jurisconsulto es la concordia, que nos da lo que vuesa merced nos quita. Todos corriendo no vamos á concertar con nuestros contrarios; á vuesa merced le vacan las rentas y tributos que tiene situados sobre nuestra terquedad

y porfía; y cuando por la conveniencia perdamos cuanto pretendemos, ganamos cuanto vuesa merced pierde. Vuesa merced ponga cédula de alquiler en sus textos; que buenos pareceres los dan con más comodidad las cantoneras; y pues ha vivido de revolver caldos, acomódese á cocinero y profese de cucharon.»

XX. Los taberneros, de quien cuando más encarecen el vino, no se puede decir que lo suben á las nubes, ántes que bajan las nubes al vino, segun le llueven, gente más pedigüeña del agua que los labradores; aguadores de cuero, que desmienten con el piezgo los cántaros,—estaban con un grande auditorio de lacayos, esportilleros y mozos de sillas y algunos escuderos, bebiendo de rebozo seis ó siete dellos en maridaje de mozas gallegas, haciendo sed bailando, para bailar bebiendo. Dábanse de rato en rato grandes cimbronazos de vino: andaba la taza de mano en mano sobre los dos dedos en figura de gavilan. Uno dellos, que reconoció el pantano mezclado, dijo: «¡Rico vino!» á un picarazo á quien brindó. El otro que por lo aguanoso esperaba ántes pescar en la copa ranas, que soplar mosquitos, dijo: «Este es verdaderamente rico vino, y no otros vinos pobretones; que no llueve Dios sobre cosa suya.» El tabernero, sentido de los remoquetes, dijo: «Beban y callen los borrachos.» «Beban y naden, ha de decir,» replicó un escudero. Pues cógelos á todos la *hora*; y amotinados, tirándole las tazas y jarros, le decian: «Diluvio de la sed, ¿por qué llamas borrachos á los anegados? ¿Vendes por azumbres lo que llueves á cántaros, y llamas zorras á los que haces patos? Más son menester fieltros y botas de vaqueta para beber en tu casa que para caminar en invierno, infame falsificador de las viñas.» El tabernero, convencido de Neptuno, diciendo: «Agua Dios, agua;» con el pellejo en brazos se subió á una ventana, y empezó á gritar derramando el vino: «Agua va; que vacio;» y los

que iban por la calle respondian: «Aguarda, fregona de las uvas.»

XXI. Estaba un enjambre de treinta y dos pretendientes de un mismo oficio aguardando al señor que habia de proveerle. Cada uno hallaba en sí tantos méritos como faltas en todos los demas. Estábanse santiguando mentalmente unos de otros. Cada uno decia entre sí que eran locos y desvergonzados los otros en pretender lo que merecia él solo. Mirábanse con un odio infernal, tenian los corazones rellenos de víboras, preveníanse afrentas y infamias para calumniarse, mostraban los semblantes aciagos y las coyunturas azogadas de reverencias y sumisiones; á cada movimiento de la puerta se estremecian de acatamientos, bamboleándose con alferecía solícita; tenian ajadas las caras con la frecuencia de gestos meritorios, flechados de obediencia, con las espaldas en giba, entre pisarse el ronzal y pelícanos. No pasaba paje á quien no llamasen mi rey, frunciendo las jetas en requiebros. Pasó el secretario con andadura de flecha. Aquí fué ella, que desapareciéndose de estatura y gandujando sus cuerpos en cincos de guarismo, le sitiaron de adoracion en cuclillas. Él con un «perdonen vuesas mercedes, que voy de prisa,» trotado en la pronunciacion, se entró con miradura de novia. Pidió el señor la caja; oyóse una voz que dijo: «Venga el sercicio.» «Yo soy,» dijo uno de los pretendientes. Otro: «Ya entro.» Otro: «Aquí estoy.» Apretábanse con la puerta hasta sacarse zumo. El pobre señor, que supo la tabaola que le aguardaba de plegarias, y columbró á los malditos pretendientes terciando contra él los memoriales enherbolados, no sabía qué se hacer de sus orejas. Dábase á los demonios entre sí mismo, diciendo que el tener que dar era la cosa mejor del mundo si no hubiera quien lo pretendiera; y que las mercedes, para no ser persecucion del que las hace, habian de ser recibidas, y no

solicitadas. Los quebrantahuesos, que veian se dilataba su despacho, se carcomian, considerando que el oficio era uno, y ellos muchos. Atollábaseles la arismética en decir: «Un oficio entre treinta y dos, ¿á cómo les cabe?» Y restaban: «Recibir uno y pagar treinta y dos no puede ser;» y todos se hacian el *uno*, y encajaban á los otros en el *no puede ser*. El señor decia: «Fuerza es que yo deje uno premiado, y treinta y uno quejosos; mas al fin se determinó, por limpiarse dellos, á que entrasen. Dióse un baño de piedra mármol, y revistióse en estatua para mesurarse de audiencia. Embocáronse en manada y rebaño; y viendo empezaban á quererle informar en bulla, les dijo: «El oficio es uno, vosotros muchos; yo deseo dar á uno el oficio, y dejaros contentos.» Estando diciendo esto, los cogió la *hora;* y el señor, haciendo á uno la merced, empezó á ensartarlos á todos en futura sucesion de futuras sucesiones perdurables, que nunca se acaban. Los pobres futurados empezaron á desearse la muerte, invocar garrotillos, pleurites, pestes, tabardillos, muertes repentinas, apoplegías, disenterías y puñaladas. Y no habiendo un instante que lo dijo, les parecia á los futuros sucesores que habian vivido ya sus antecesores diez Matusalenes en retahila. Y siendo así que el décimo reculaba en su futura en quinientos años venideros, todos acetaron la posmuerte de su antecedente: sólo el treinta y uno, que halló, hecha bien la cuenta, que llegaba su plazo horas con horas con la fin del mundo, allende del Antecristo, dijo: «Yo vengo á poseer entre las cañitas y el fuego. ¡Bien haré yo mi oficio, quemado! El dia del juicio, ¿quién hará que me paguen mis gajes las calaveras? Por mí viva muchos años el treinta futuro; que cuando á él llegue la tanda estará el mundo dando arcadas.» El señor los dejó sobreviviéndose y trasmatándose únos á otros, y se fué podrido de ver que se arrempujaban las edades hácia el *sæculum per ignem*, y que pretendian emparejar con *sæcula sæculorum*. El que pescó el oficio es-

taba atónito viéndose con tan larga retahila de herederos; fuése tomándose el pulso, y propuniendo de no cenar y guardarse de soles. Los demas se miraban como venenos eslabonados; y anatematizándose las vidas, se iban levantando achaques, y añadiéndose años, y amenazándose de ataudes, y zahiriéndose la buena disposicion, y enfermando de la salud de sus precedentes, y dándose á médicos como á perros.

XXII. Unos hombres que piden prestado, á imitacion del dia que pasó para no volver, discípulos de las arañas en cazar la mosca, se estaban en la cama al anochecer por tener las carnes á letra vista. Habian gastado entre todos en oblea, tinta y pluma y papel ocho reales, que habian juntado á escote, y todo lo consumieron en billetes, bacinicas de demanda, con nota rematada y cláusulas de extrema necesidad, «por ser negocio de honra, en que les iba la vida;» con el fiador de que «se volveria con toda brevedad; que sería echarlos una S y un clavo.» Y por si faltaba el dinero, remataban con la plegaria que es las mil y quinientas de la bribia, diciendo que si no se hallasen con algun contante, se sirviesen de enviar una prenda, que los buscarian sobre ella, y se guardaria como los ojos de la cara; con su contera de que: «Perdone el atrevimiento;» y «que no se avergonzaran á otra persona.» Habian, pues, flechado cien papeles destos, rociando de estafa todo el lugar. Llevábalos un compañero panza al trote, insigne clamista, que con una barba de cola de pescado y una capa larga pintaba en platicante de médico. Quedó el nido de emprestillones haciendo la cuenta de cuánto dinero traeria; y sobre sí serian seiscientos ó cuatrocientos reales, armaron una zalagarda del diablo. Llegaron á reñir y á desmentirse sobre lo que se habia de hacer de lo que pillasen; y tanto se enfurecieron, que saltaron de las camas, con tal dieta de camisas las partes bajas,

que era más fácil darse de azotes que de sopapos. Entró en este punto la estafeta de los enredos con tufo de «no hay, no tengo, Dios los provea.» Traia las dos manos descubiertas, sin codo manco: señal de desembarazo. Víanse las dos barajas de billetes. Quedáronse transidos viendo que su fábrica pintaba en solas respuestas de retorno; y con prosa falida de voz dijeron: «¿Qué tenemos?» «Que no tienen,» respondió el sacatrapos; «entreténganse vustedes en leer, ya que no pueden contar.» Empezaron á abrir billetes. El primero decia: «No he sentido en mi vida cosa tanto como no poder servir á vuesa merced con esta niñería.» Pues socorriérame y lo sintiera más. El segundo: «Señor mio, si ayer recibiera su papel de vuesa merced, le pudiera servir con mil gustos.» ¡Válgate el diablo por *ayer*, que te andas cada dia tras los embestidores! El tercero: «El tiempo está de manera...» ¡Oh maldito caballero almanac! ¿Pídente dinero, y das pronóstico? El cuarto: «No siente vuesa merced tanto su necesidad, como yo no poder socorrerla.» ¿Quién te lo dijo, demonio? ¿Profeta te haces, miserable? ¿Cuando te piden, adivinas? No hay más que leer, dijeron todos; y alzando un zurrido infernal, dijeron: «Ya es de noche; desquitémonos de lo gastado royendo las obleas de los sellos, á falta de cena, y juntemos estos billetes con otros dos cahízes que tenemos, y véndanse á un confitero, que por lo ménos dará por ellos cuatro reales para amortajar especias, y encorozar confites, y hacer mantellinas al azúcar de las pellas, y calzar los bizcochos.» «Esto de pedir prestado, decia bostezando el andadero, diez años há que murió súpito: ya no hay qué prestar sino paciencia. Por no ver los gestos y garambainas que hacen con las caras los embestidos, puede uno darles lo que les pide; y hecha la cuenta, se gasta más en secretaría y trotes, que se cobra. Caballeros de la arrebatiña, no hay sino ojo avizor.» En esto estaban los pescadores de papel, cuando los cogió la *hora*; y dijo el más

desenvainado de persona: «Mucho se nos hacen de rogar los bienes ajenos, y si aguardamos á que se nos vengan á casa, pereceremos en la calle. No es buena ganzúa la oratoria, y la prosa se entra por los oidos y no por las faltriqueras. Dar audiencia al que pide cuartos, es dar al diablo; más fácil es tomar que pedir; cuando todos guardan no hay que aguardar; lo que conviene es hurtar de boga arrancada y con consideracion: quiero decir, considerando que se ha de hurtar de suerte que haya hurto para el que acusa, para el que escribe, para el que prende, para el que procura, para el que aboga, para el que solicita, para el que juzga, y que sóbre algo; porque donde el hurto se acaba, el verdugo empieza. Amigos, si nos desterraren es mejor que si nos enterrasen: los pregones por un oido se entran y por otro se salen; si nos sacan á la vergüenza, es saca que no escuece, y yo no sé quién tiene la vergüenza adonde nos han de sacar; si nos azotaren, á quien dan no escoge; y por lo ménos oye un hombre alabar sus carnes, y en apeándose un jubon cubre otro. En el tormento no tenemos riesgo los mentirosos, pues toda su tema es que digan la verdad, y con *hágome sastre* se asegura la persona. Ir á galeras es servir al rey y volverse lampiños: los galeotes son candiles que sirven á falta de velas. Si nos ahorcan, que es el *finibus terræ*, tal dia hizo un año; y por lo ménos no hay ahorcado que no honre á sus padres, diciendo los ignorantes que los deshonran, pues no se oye otra cosa, aunque el ahorcado sea un pícaro, sino que es muy bien nacido y hijo de buenos padres. Y aunque no sea sino por morirse uno dejando de la agalla á la botica y al médico, no le está mal la enfermedad de esparto. Caballeros, no hay sino manos á la obra.» No lo hubo dicho, cuando revolviéndose las sábanas de las camas al cuerpo, y engulliéndose el candil en el balsopeto, se descolgaron por una manta á la calle desde una ventana, y partieron como rayos á sofaldar cofres, y retozar pestillos, y manosear faltriqueras.

XXIII. La imperial Italia, á quien sólo quedó lo augusto del nombre, viendo gastada su monarquía en pedazos, con que añadieron tan diferentes príncipes sus dominios, y ocupada su jurisdiccion en remendar señoríos, poco ántes desarrapados; desengañada de que si pudo con dicha quitar ella sola á todos lo que poseian, habia sido fácil quitarla á ella todos lo que sola les habia quitado; hallándose pobre y sumamente ligera, por haber dejado el peso de tantas provincias, dió en volatin, y por falta de suelo, andaba en la maroma, con admiracion de todo el mundo. Fijó los ejes de su cuerda en Roma y en Saboya. Eran auditorio y aplauso España de un lado, y Francia de otro. Estaban cuidadosos estos dos grandes reyes, aguardando hácia dónde se inclinaba en las mudanzas y vueltas que hacía, para si por descuido cayese, recogerla cada una. Italia, advertida de la prevencion del auditorio, para tenerse firme y pasear segura tan estrecha senda, tomó por baston la señoría de Venecia en los brazos y equilibrando sus movimientos, hacia saltos y vueltas maravillosas, unas veces fingiendo caer hácia España, otras hácia Francia; teniendo por entretenimiento la ánsia con que una y otra extendian los brazos á recogerla, y siendo fiesta á todos la burla que restituyéndose en su firmeza les hacía. Pues estando entretenidos en esto, cógelos la *hora;* y el rey de Francia, desconfiado de su arrebatiña, para que diese zaparrazo á su lado empezó á falsear el asiento del eje de la maroma, que estaba afirmado en Saboya. El monarca de España, que lo entendió, le añadia por puntales el Estado de Milan y el reino de Nápoles y á Sicilia. Italia, que andaba volando, echó de ver que el baston de Venecia, que trayéndole en las manos le servía de equilibrio, por otra parte la tenía crucificada, le arrojó, y asiéndose á la maroma con las manos, dijo: «Basta de volatin; que mal podré volar si los que miran desean que caiga; y quien me balanza y contrapesa me crucifica;» y con sospecha de los

puntales de Saboya, se pasó á los de Roma, diciendo: «Pues todos me quieren prender, Iglesia me llamo, donde si cayere habrá quien me absuelva.» El rey de Francia se fué llegando á Roma con piel de cardenal por no ser conocido; empero el rey de España, que penetró la maula de disfrazar el monsieur en monseñor, haciéndole al pasar cortesía, le obligó á que quitándose el capello, descubriese lo calvino de su cabeza.

XXIV. El caballo de Nápoles, á quien algunos han hurtado la cebada, otros ayudado á comer la paja, algunos le han hecho rocin, otros posta azotándole, otros yegua; viendo que en poder del duque de Osuna, incomparable virey, invencible capitan general, juntó pareja con el famoso y leal caballo que es timbre de sus armas, y que le enjaezó con las granas de las dos mahonas de Venecia y con el tesoro de la nave de Bríndis; que le hizo caballo marino con tantas y tan gloriosas batallas navales; que le dió verde en Chipre, y de beber en el Tenedo cuando se trujo á las ancas la nave poderosa de la Sultana, y de Salónique, para que le almohazase, al capitan de aquellas galeras con su capitana; por lo cual Neptuno le reconoció por su primogénito, el que produjo en competencia de Minerva;—acordábase que el grande Giron le habia hecho gastar por herraduras las medias lunas del turco, y que con ellas fueron sus coces sacamuelas de los leones venecianos en la prodigiosa batalla sobre Raguza, donde con quince velas les desbarató ochenta, obligándolos á retirarse vergonzosamente, con pérdida de muchas galeras y galeazas, y de la mayor y mejor parte de la gente. Cuando se acordaba destos triunfos, se veia sin manta y con mataduras y muermo, que le procedia de plumas de gallina que le echaban en el pesebre. Víase ocupado en tirar un coche quien fué tan áspero, que nunca supieron (con ser buenos bridones) los franceses tenerse encima dél, habiéndolo intentado

muchas veces. Ocasionóle el miserable estado en que se via tal tristeza y desesperacion, que enfurecido, y relinchando clarines, y resollando fuego, quiso ser caballo de Troya y á corcovos y manotadas asolar la ciudad. Al ruido entraron los sexos de Ná poles, y arrojándole una toga en la cara, le taparon los ojos, y con halagos, hablándole calabrés cerrado, le pusieron maneotas y cabestro. Y estándole atando á un aldabon del establo, cógelos la *hora;* y dos de los sexos dijeron que convenia y era más barato dar á Roma de una vez el caballo, que cada año una hacanea con dote, y quitarse de ruidos, pues segun le miraban, se podia temer que le matasen de ojo los nepotes. A esto, demudados, respondieron los otros que el rey de España le aseguraba de tal enfermedad con tres castillos que le tenía puestos en la frente por texon, y que primero le cortarian las piernas que verle servir de mula y escondido en hopalandas. Los dos replicaron que parecia lenguaje de herejes no querer ser papistas, y que ninguna silla le podia estar tan bien como la de San Pedro. A esto dijeron coléricos los demas que para que los herejes no hiciesen al Pontífice perder los estribos en aquella silla, convenia que sólo el rey de España se sirviese deste caballo. Unos decian *bonete*, otros *corona;* y de una palabra en otra se envedijaron de suerte, que si no entra el electo del pueblo, se hacen pedazos; el cual, sabiendo dellos la ocasion de la pendencia, les dijo: «Este caballo, con ser desbocado, ha tenido muchos amos, y las más veces se ha ido él por su pié, que dejándose llevar del ronzal. Lo que conviene es guardarle con cuidado; que anda en Italia mucha gente de á pié que busca bagaje, y cuatreros con botas y espuelas; y el gitano trueca borricas que le ha hurtado otras veces, y ahora tiene puerta falsa á la estala; y no conviene que le almohace ningun mozo de caballos frances, que le hacen cosquillas en lugar de limpiarle; y tanto ojo con los monsiures, que se visten manteo y sotana para echarle la pierna encima.»

XXV. Estaban ahorcando dos rufianes por media docena de muertes: el uno estaba ya hecho badajo de la *ene* de palo; el otro acababa de sentarse en el poyo donde se pone á caballo el jinete de gaznates. Entre la multitud de gente que los miraba, pasando en alcance de unos tabardillos, se pararon dos médicos, y viéndolos, empezaron á llorar como unas criaturas, y con tantas lágrimas, que unos tratantes que estaban junto á ellos los preguntaron si eran sus hijos los ajusticiados; á lo cual respondieron que no los conocian, empero que sus lágrimas eran de ver morir dos hombres sin pagar nada á la facultad. En esto los cogió á todos la *hora;* y columbrando el ahorcado á los médicos, dijo: «¡Ah señores dotores! aquí tienen vuestedes lugar, si son servidos, pues por los que han muerto merecen el mio, y por lo que saben despachar, el del verdugo. Algun entierro ha de haber sin galeno, y tambien presume de aforismo el esparto. En lo que tienen encima, y en los malos pasos sus mulas de vuestedes son escaleras de la horca de pelo negro. Tiempo es de verdades. Si yo hubiera usado de receta, como de daga, no estuviera aquí, aunque hubiera asesinado á cuantos me ven. Una docena de misas les pido, pues les es fácil acomodarlas en uno de los infinitos codicillos á que dan prisa.»

XXVI. El gran duque de Moscovia, fatigado con las guerras y robos de los tártaros, y con frecuentes invasiones de los turcos, se vió obligado á imponer nuevos tributos en sus estados y señoríos. Juntó sus favorecidos y criados, ministros y consejeros, y el pueblo de su corte, y díjoles: «Ya los constaba de la necesidad extrema en que le tenían los gastos de sus ejércitos para defenderlos de la envidia de sus vecinos y enemigos, y que no podian las repúblicas y monarquías mantenerse sin tributos; que siempre eran justificados los forzosos y suaves, pues se convierten en la defensa de los que los pagan, redimiendo

la paz y la hacienda y las vidas de todos aquella pequeña y casi insensible porcion que da cada uno al repartimiento, bienquisto por igual y moderado; que él los juntaba para su mesmo negocio; que le respondiesen como en remedio y comodidad propia.» Hablaron primero los allegados y ministros, diciendo que la propuesta era tan santa y ajustada, que ella se era respuesta y concesion; que todo era debido á la necesidad del Príncipe y defensa de la patria; que así podia arbitrar conforme á su gusto en imponer todos y cualesquier tributos que fuese servido á sus vasallos, pues cuanto diesen pagaban á su útil y descanso, y que cuanto mayores fuesen las cargas, mostraria más la grande satisfacion que tenía de su lealtad, honrándolos con ella. Oyólos con gusto el Duque, mas no sin sospecha, y así mandó que el pueblo le respondiese por sí; el cual, en tanto que razonaban los magistrados, habia susurrádose en conferencia callada. Eligieron uno que hablase por ellos conforme al sentir de todos. Este, saliendo á lugar desembarazado, dijo: «Muy poderoso señor, vuestros buenos vasallos por mí os besan con suma reverencia la mano por el cuidado que mostrais de su amparo y defensa; y como pueblo que en vuestra sujecion nació, y vive con amor heredado, confiesan que son vuestros á toda vuestra voluntad con ciega obediencia, y os hacen recuerdo que su blason es haberlo mostrado así en todo el tiempo de vuestro imperio, que Dios prospere. Conocen que su proteccion es vuestro cuidado, y que esa congoja os baja de príncipe soberano de todos y en todo, á padre de cada uno: amor y benignidad que inestimablemente aprecian. Saben las urgentes y nuevas ocasiones que os acrecientan gastos inexcusables, que por ellos y por vos no podeis evitar, y entienden que por vuestra pobreza no los podeis atender. Yo en nombre de todos os ofrezco, sin exceptar algo, cuanto todos tienen; empero pongo á vuestro celo dos cosas en consideracion: la una, que si tomais todo lo que

tienen vuestros vasallos, agotaréis el manantial que perpétuamente ha de socorreros á vos y á vuestra sucesion; y si vos, señor, los acabais, haceis lo que temeis que hagan vuestros enemigos, tanto más en vuestro daño, cuanto en ellos es dudosa la ruina, y en vos cierta; y quien os aconseja que os asoleis porque no os asuelen, ántes es municion de vuestros contrarios que consejero vuestro. Acordáos del labrador á quien Júpiter, segun Isopo, concedió una pájara, que para su alimento le ponia cada dia un güevo de oro; el cual, vencido de la codicia, se persuadió á que ave que cada dia le daba un huevo de oro, tenía ricas minas de aquel metal en el cuerpo, y que era mejor tomárselo todo de una vez que recibirlo contínuamente poco á poco y como Dios lo habia dispuesto. Mató la pájara, y quedó sin ella y sin el huevo de oro. Señor, no hagais verdad esta que fué fábula en el filósofo; que os hareis fábula de vuestro pueblo. Ser príncipe de pueblo pobre, más es ser pobre y pobreza que príncipe. El que enriquece los súbditos tiene tantos tesoros como vasallos; el que los empobrece, otros tantos hospitales y tantos temores como hombres, y ménos hombres que enemigos y miedos. La riqueza se puede dejar cuando se quiere, la pobreza no. Aquélla pocas veces se quiere dejar, ésta siempre.—La otra es, que debeis considerar que vuestra ultimada necesidad presente nace de dos causas: la una, de lo mucho que os han robado y usurpado los que os asisten; la otra, de las obligaciones que hoy se os añaden. No hay duda que aquella es la primera; si es tambien la mayor, á vos os toca el averiguarlo. Repartid, pues, vuestro socorro como mejor os pareciere entre restituciones de los usurpadores y tributos de los vasallos; y sólo podrá quejarse quien os fuere traidor.» En estas palabras los cogió la *hora;* y el Duque levantándose en pié, dijo: «Dénme lo que me falta de lo que tenía, los que me lo han quitado, y páguenme lo demas que hubiere menester mis pue-

blos. Y porque no se dilate, todos vosotros y los vuestros, que desde léjos con la esponja de la intercesion me habeis chupado el patrimonio y tesoro, quedareis solamente con lo que trujistes á mi servicio, descontados los sueldos.» Fué tan grande y tan universal el gozo de los inferiores, viendo la justa y piadosa resolucion del Duque, que aclamándole augusto, y los más de rodillas, dijeron: «Queremos en agradecimiento, despues de servir con lo que nos repartieres, pagar otro tanto más, y que esta parte quede por servicio perpétuo para todas las veces que cobrares lo que te tomaren; de que resultará que los codiciosos áun tendrán escrúpulo de recibir lo que les dieres.»

XXVII. Un fullero, con más flores que Mayo en la baraja, y más gatos que Enero en las uñas, estaba jugando con un tramposo sobre tantos, persuadido de que se pierde más largo que con el dinero delante. Concedíale la trocada y la derecha, y la derecha como la queria, porque retirando las cartas, la derecha se la volvia zurda y la trocada se la cobraba con premio. Las suertes del fullero eran unos Apéles en pintar, y las del tramposo boqueaban de tabardillo á puras pintas; las suertes del maullon siempre eran veinte y cuatro, con licencia del cabildo de Sevilla; las del tramposo se andaban tras el mediodía sin pasar de la una. Pues cógelos la *hora*, y contando el fullero los tantos, dijo: «Vuesa merced me debe dos mil reales.» El tramposo respondió, despues de haberlos vuelto á contar, como si pensara pagarlos: «Señor mio, á su ramillete de vuesa merced le falta mi flor, que es perder y no pagar. Vuesa merced se la añada, y no tendrá que invidiar á Daraja. Haga vuesa merced cuenta que ha jugado con un saúco, cuya flor es ahorcar bolsas: lo que aquí se ha perdido es el tiempo, que tampoco lo cobrará vuesa merced como yo.»

XXVIII. Los holandeses, que por merced del mar pisan

la tierra en unos andrajos de suelo que la hurtan por detras de unos montones de arena que llaman diques, rebeldes á Dios en la fe, y á su rey en el vasallaje, amasando su discordia en un comercio político, despues de haberse con el robo constituido en libertad y soberanía delincuente, y crecido en territorio por la traicion bien armada y atenta, y adquirido con prósperos sucesos opinion belicosa y caudal opulento; presumiendo de hijos primogénitos del Océano, y persuadidos á que el mar, que les dió la tierra que cubria para habitacion, no les negaria la que le rodeaba,—se determinaron, escondiéndole en naves y poblándole de cosarios, á pellizcar y roer por diferentes partes el Occidente y el Oriente. Van por oro y plata á nuestras flotas, como nuestras flotas van por él á las Indias. Tienen por ahorro y atajo tomarlo de quien lo trae, y no sacarlo de quien lo cria. Dales más barato los millones el descuido de un general ó el descamino de una borrasca, que las minas. Para esto los ha sido aplauso, confederacion y socorro la invidia que todos los reyes de Europa tienen á la suprema grandeza de la monarquía de España. Animados, pues, con tan numerosa asistencia, han establecido tráfago en la India de Portugal, introduciendo en el Japon su comercio; y cayendo y levantando con porfía providente, se han apoderado de la mejor parte del Brasil, donde no sólo tienen el mando y el palo, como dicen, sino el tabaco y el azúcar, cuyos ingenios, si no los hacen doctos, los hacen ricos, dejándonos sin ellos rudos y amargos. En este paraje, que es garganta de las dos Indias, asisten tarascas con hambre peligrosa de flotas y naves, dando qué pensar á Lima y á Potosí (por afirmar la geografía) que pueden paso entre paso, sin mojarse los piés, ir á rondar aquellos cerros, cuando enfadados de navegar, quieran resbalarse por el rio de la Plata, ó irse, en forma de cánter mordiendo la costa por Buenos-Aires, y fortificarse trampantojos del pasaje. Estábase muy despacio aquel senado de

hambrones del mundo sobre un globo terrestre y una carta de marear, con un compas, brincando climas y puertos, y escogiendo provincias ajenas; y el príncipe de Orange con unas tijeras en la mano, para encaminar el corte en el mapa por el rumbo que determinase su albedrío. En esta accion los cogió la *hora;* y tomándole un viejo ya quebrantado de sus años las tijeras, dijo: «Los glotones de provincias siempre han muerto de ahito: no hay peor replecion que la de dominios. Los romanos desde el pequeño círculo de un surco que no cabia medio celemin de siembra, se engulleron todas sus vecindades; y derramando su codicia, pusieron á todo el mundo debajo del yugo de su primer arado. Y como sea cierto que quien se vierte se desperdicia tanto como se extiende, luégo que tuvieron mucho que perder empezaron á perder mucho; porque la ambicion llega para adquirir más allá de donde alcanza la fuerza para conservar. En tanto que fueron pobres conquistaron á los ricos; los cuales, haciéndolos ricos y quedando pobres con las mismas costumbres de la pobreza, pegándoles las del oro y las de los deleites, los destruyeron, y con las riquezas que les dieron tomaron de ellos venganza. Calaveras son que nos amonestan los asirios, los griegos y los romanos: más nos convienen los cadáveres de sus monarquías por escarmiento que por imitacion. Cuanto más quisiéremos encaramar nuestro poco peso, y llegarle en la romana del poder á la gran carga que se quiere contrastar, tanto ménos valor tendremos; y cuanto más le retiráremos en ella, nuestra pequeña porcion sola contrastará los inmensos quintales que equilibra; y si á nuestra última línea los retiráremos, uno nuestro valdrá mil. Trajano Bocalino apuntó este secreto en el peso de su *Piedra del parangon:* verificándose en la monarquía de España, de quien pretendemos quitar peso, que juntándole al nuestro, nos le desminuia con el aumento. Hacernos libres de sujetos fué prodigio; conservar este prodigio es ocupacion para que nos

habemos menester todos. Francia y Ingalaterra, que nos han ayudado á limar á España de su señorío la parte con que las era formidable vecino, por la propia razon no consentirán que nos aumentemos en señorío que puedan temer. La segur que se añade con todo lo que corta del árbol, nadie la tendrá por instrumento, sino por estorbo. Consentirnos han en tanto que tuviéremos necesidad dellos; y en presumiendo de que ellos la tienen de nosotros, atenderán á nuestra mortificacion y ruina. El que al pobre que dió limosna le ve rico, ó cobra dél ó le pide. Nada adquirimos de nuevo que no quieran para sí los príncipes que nos lo ven adquirir; y por vecino, al paso que desprecian al que pierde, temen al que gana; y nosotros desparramándonos, somos estratagema del rey de España contra nosotros, pues cuando él por dividirnos y enflaquecernos dejara perder adrede las tierras que le tomamos, era treta y no pérdida; y nunca más fácilmente podrá quitarnos lo que tenemos, que cuando más nos hubiere dejado tomar de lo que tiene tan léjos de sí como de nosotros. Con el Brasil ántes se desangra y despuebla Holanda, que se crece. Ladrones somos: basta no restituir lo hurtado, sin hurtar siempre: ejercicio con que ántes se llega á la horca que al trono.» El príncipe de Orange, enfadado y cobrando las tijeras, dijo: «Si Roma se perdió, Venecia se conserva y fué cicatera de lugares al principio como nosotros. La horca que dices, más se usa en los desdichados que en los ladrones, y en el mundo el ladron grande condena al chico. Quien corta bolsas, siempre es ladron; quien hurta provincias y reinos, siempre fué rey. El derecho de los monarcas se abrevia en *viva quien vence*. Engendrarse los unos de la corrupcion de los otros es natural, y no violento: causa es quien se corrompe de quien se engendra. El cadáver no se queja de los gusanos que le comen, porque él los cria; cada uno mire que no se corrompa, porque será padre de sus gusanos. Todo se acaba, y más presto lo poco que lo

mucho. Cuando nos tenga miedo quien nos tuvo lástima, tendremos lástima á quien nos tuvo miedo; que es buen trueque. Seamos, si podemos, lo que son los que fueron lo que somos. Todo lo que has apuntado es bueno no lo sepan el rey de Ingalaterra y Francia; y acuérdalo adelante, que al empezar es estorbo lo que en el mayor aumento es consejo.» Y diciendo y haciendo, echó la tijera á diestro y á siniestro, trasquilando costas y golfos; y de las cercenaduras del mundo se fabricó una corona, y se erigió en majestad de carton.

XXIX. El gran duque de Florencia, que por cuatro letras más ó ménos del título de *gran* es malquisto de todos los otros potentados, estaba cerrado en un camarin con un criado, de quien fiaba la comunicacion más reservada. Conferian la grandeza de sus ciudades y la hermosura de su estado, el comercio de Ligorna y las vitorias de sus galeras. Pasaron al grande esplendor con que su sangre se habia mezclado con todos los monarcas y reyes de Europa en los repetidos casamientos con Francia, pues por la línea materna eran sus descendientes los Reyes Católicos, el Cristianísimo, y el de la Gran Bretaña. En este cómputo los cogió la *hora;* y arrebatado della el criado, dijo: «Señor, vuesa alteza de ciudadano vino á príncipe: *Memento homo.* En tanto que se trató como potentado fué el más rico; hoy, que se trata como suegro de reyes y yerno de emperador, *pulvis es;* y si le alcanza la dicha de suegro con Francia, y las maldiciones de casamentero, *in pulverem reverteris.* El estado es fertilísimo, las ciudades opulentas, los puertos ricos, las galeras fortunadas, los parentescos grandes, el dominio por todas razones real; empero ahora he visto en él notables manchas, que le desaliñan y desautorizan, y son estas: la memoria que conservan los vasallos de que fueron compañeros; la república de Luca, que cayó de medio á medio de todo; los presidios de Toscana, que el rey

de España tiene; y el *gran* sobre *duque*, por la emulacion de los vecinos.» El Duque, que en algunas cosas destas no habia reparado, dijo: «¿Qué modo tendré para sacarme estas manchas?» Replicó el criado: «Sacarlas segun están reconcentradas es imposible sin cortar el pedazo; y es mal remedio, porque es mejor andar manchado que roto. Y si las manchas que digo se sacan con el pedazo, no le quedará pedazo á vuesa alteza, y vuesa alteza quedará hecho pedazos: estas son manchas de tal calidad, que se limpian con meterse más adentro, y no con sacarse. Use vuesa alteza de la saliva en ayunas para esto, y vaya chupando para sí poco á poco. Y lo que gasta en dotes de reinas, gástelo en tapar los oidos á los atentos, porque no le sientan chupar.»

XXX. Ul alquimista hecho pizcas, que parecia se habia distilado sus carnes y calcinado sus vestidos, estaba engarrafado de un miserable á la puerta de uno que vendia carbon. Decíale: «Yo soy filósofo espagírico, alquimista: con la gracia de Dios he alcanzado el secreto de la piedra filosofal, medicina de vida, y transmutacion transcendente, infinitamente multiplicable; con cuyos polvos haciendo proyeccion, vuelvo en oro de más quilates y virtud que el natural, el azogue, el hierro, el plomo, el estaño y la plata. Hago oro de yerbas, de las cáscaras de güevos, de cabellos, de sangre humana, de la orina y de la basura: esto en pocos dias y con ménos costa. No oso descubrirme á nadie, porque si se supiese, los príncipes me engullirian en una cárcel, para ahorrar los viajes de las Indias y poder dar dos higas á las minas y al Oriente. Sé que vuesa merced es persona cuerda, principal y virtuosa; y he determinado fiarle secreto tan importante y admirable: con que en pocos dias no sabrá qué hacer de los millones.» Oíale el mezquino con una atencion canina y lacerada, y tan encendido en codicia con la turbamulta de millones, que le

técleaban los dedos en ademan de contar. Habíale crecido tanto el ojo, que no le cabia en la cara. Tenía ya entre sí condenadas á barras de oro las sartenes, asadores, y calderos y candiles. Preguntóle que ¿cuánto sería menester para hacer la obra. El alquimista dijo que casi nada: que con solos seiscientos reales habia para orecer y platificar todo el universo mundo, y que lo más se habia de gastar en alambiques y crisoles; porque el elixir que era el alma vivificante del oro no costaba nada, y era cosa que se hallaba de balde en todas partes; y que no se habia de gastar un cuarto en carbon, porque con cal y estiércol lo sublimaba y digeria y separaba y retificaba y circulaba; que aquello no era hablar, sino que delante dél y en su casa lo haria; y que sólo le encargaba el secreto. Estaba oyendo este embuste el carbonero, dado á los demonios de que habia dicho no habia de gastar carbon. Pues cógelos la *hora*, y embistiendo (afeitado con cisco y oliendo á pastillas de diablo) con el alquimista, le dijo: «Vagamundo, pícaro, sollastre, ¿para qué estás dando papilla de oro á ese buen hombre?» El alquimista, revestido de furias, respondió que mentia; y entre el mentís y un sopapo que le dió el carbonero no cupiera un cabello. Armóse una pelaza entre los dos, de suerte que á cachetes el alquimista estaba hecho alambique de sangre de narices. No los podia despartir el miserable, que del miedo del tufo y de la tizne, no se osaba meter en medio. Andaban tan mezclados, que ya no se sabía cuál era el carbonero ni quién habia pegado la tizne al otro. La gente que pasaba los despartió: quedaron tales, que parecian bolas de lámpara, ó que venian de visitarse con tijeras de despavilar. Decia el carbonero: «Oro dice el pringon que hará de la basura y del hierro viejo, ¡y está vestido de torcidas de candiles, y fardado de *daca la maza!* Yo conozco á éstos, porque á otro vecino mio engañó otro tragamallas, y en solo carbon le hizo gastar en dos meses en mi casa mil ducados, diciendo que

haria oro, y sólo hizo humo y ceniza, y al cabo le robó cuanto tenía.» «Perro, replicó el alquimista, yo haré lo que digo; y pues tú haces oro y plata del carbon y de los cantazos que vendes por tizos, y de la tierra y basura con que lo polvoreas, y de las maulas de la romana, ¿por qué yo con la *Arte magna*, con Arnaldo, Géber y Avicena, Morieno, Roger, Hérmes, Theofrasto, Vlstadio, Evónymo, Crollio, Libavio y la *Tabla smaragdina* de Hérmes, no he de hacer oro?» El carbonero replicó todo engrifado: «Porque todos esos autores te hacen á tí loco; y tú á quien te cree, pobre. Y yo vendo el carbon, y tú le quemas: por lo cual yo le hago plata y oro, y tú hollin. Y la piedra filosofal verdadera es comprar barato y vender caro, y váyanse noramala todos esos Fulanos y Zutanos que nombras; que yo de mejor gana gastara mi carbon en quemarte empapelado con sus obras que en venderle. Y vuesa merced haga cuenta que hoy ha nacido su dinero; y si quiere tener más, el trato es garañon de la moneda, que empreña al doblon, y le hace parir otro cada mes. Y si está enfadado con sus talegos, vácielos en una necesaria; y cuando se arrepienta, los sacará con más facilidad y más limpieza que de los fuelles y hornillos deste maldito, que siendo mina de arrapiezos, se hace Indias de hoz y de coz, y amaga de Potosí.»

XXXI. Venian tres franceses por las montañas de Vizcaya á España: el uno con un carretoncillo de amolar tijeras y cuchillos por babador; el otro con dos corcovas de fuelles y ratoneras; y el tercero con un cajon de peines y alfileres. Topólos en lo más agrio de una cuesta descansando, un español que pasaba á Francia á pié con su capa al hombro. Sentáronse á descansar á la sombra de unos árboles; trabaron conversacion: oíanse tejidos el *hui monsiur* con el *pesia tal*, y el *per ma fue* con el *voto á cristo*. Preguntado por ellos el español dónde iba, respondió que á Francia, huyendo por no dar en manos de la justicia,

que le perseguia por algunas travesuras; que de allí pasaria á Flándes á desenojar los jueces y desquitar su opinion, sirviendo á su rey; porque los españoles no sabian servir á otra persona en saliendo de su tierra. Preguntado cómo no llevaba oficio ni ejercicio para sustentarse en camino tan largo, dijo que el oficio de los españoles era la guerra, y que los hombres de bien pobres pedian prestado ó limosna para caminar, y los ruines lo hurtaban, como los que lo son en todas las naciones; y añadió que se admiraba del trabajo con que ellos caminaban desde Francia por tierras extrañas y partes tan ásperas y montuosas, con mercancía, á riesgo de dar en manos de salteadores. Pidióles refiriesen qué ocasion los echaba de su tierra, y qué ganancia se podian prometer de aquellos trastos con que venian brumados, espantando con la vision mulas y rocines, y dando qué pensar á los caminantes desde léjos. El amolador, que hablaba el castellano ménos zabucado de gabacho, dijo: «Nosotros somos gentilhombres malcontentos del rey de Francia; hémonos perdido en los rumores, y yo he perdido más por haber hecho tres viajes á España, donde con este carretoncillo y esta muela sola he mascado á Castilla mucho y grande número de *pistolas*, que vosotros llamais doblones.» Acedósele al español todo el gesto, y dijo: «Arrebócese su sanar de lamparones el rey de Francia si sufre por malcontentos *mercan fuelles y peines y alfileres*, y *amoladores*.» Replicó el del carreton: «Vosotros debeis mirar á los amoladores de tijeras como á flota terrestre, con que vamos amolando y aguzando más vuestras barras de oro que vuestros cuchillos. Mirad bien á la cara á ese cantarillo quebrado, que se orina con estangurria; que él nos ahorra, para traer la plata, de la tabaola del Océano y de los peligros de una borrasca; y con una rueda, de velas y pilotos. Y con este edificio de cuatro trancas y esta piedra de amolar, y con los peines y alfileres derramados por todos los reinos, aguzamos, peinamos

y sangramos poco á poco las venas de las Indias. Y habeis de persuadiros que no es el menor miembro del tesoro de Francia el que cazan las ratoneras y el que soplan los fuelles.» «Voto á Dios, dijo el español, que sin saber yo eso, echaba de ver que con los fuelles nos llevábades el dinero en el aire, y que las ratoneras ántes llenaban vuestros gatos que disminuian nuestros ratones. Y he advertido que despues que vosotros vendeis fuelles, se gasta más carbon y se cuecen ménos las ollas; y que despues que vendeis ratoneras, nos comemos de ratoneras y de ratones; y que despues que amolais cuchillos, se nos toman, y se nos gastan y se nos mellan, y se nos embotan las herramientas; y que amolando cuchillos, los gastais y echais á perder, para que siempre tengamos necesidad de compraros los que vendeis. Y ahora veo que los franceses sois los piojos que comen á España por todas partes, y que venís á ella en figura de bocas abiertas, con dientes de peines y y muelas de aguzar; y creo que su comezon no se remedia con rascarse, sino que ántes crece, haciéndose pedazos con sus propios dedos. Yo espero en Dios he de volver presto, y he de advertir que no tiene otro remedio su comezon sino espulgarse de vosotros y condenaros á muerte de uñas. Pues ¿qué diré de los peines, pues con ellos nos habeis introducido las calvas, porque tuviésemos algo de Calvino sobre nuestras cabezas? Yo haré que España sepa estimar sus ratones y su caspa y su moho, para que vais á los infiernos á gastar fuelles y ratoneras.» En esto los cogió la *hora*, y desatinándole la cólera, dijo: «Los demonios me están retentando de mataros á puñaladas, y abernardarme, y hacer Roncesvalles estos montes.» Los bugres, viéndole demudado y colérico, se levantaron con un zurrido monsiur, hablando galalones, pronunciando el *mondiu* en tropa, y la palabra *coquin*. En mal punto la dijeron, que el español, arrancando la daga y arremetiendo al amolador, le obligó á soltar el carretoncillo, el cual con

el golpe empezó á rodar por aquellas peñas abajo, haciéndose andrajos. En tanto, por un lado el de las ratoneras le tiró un fuelle; mas embistiendo con él á puñaladas, se los hizo flautas, y astillas las ratoneras. El de los peines y alfileres, dejando el cajon en el suelo, tomó pedrisco. Empezaron todos tres contra el pobre español, y él contra todos tres, á descortezarse á pedradas: municion que á todos sobra en aquel sitio, áun para tropezar. De miedo de la daga, tiraban los gabachos desde léjos. El español, que se reparaba con la capa, dió un puntapié al cajon de alfileres, el cual á tres calabazadas que rodando se dió en unas peñas, empezó á sembrar peines y alfileres, y viéndole disparar púas de azofar, hecho erizo de madera, dijo: «Ya empiezo á servir á mi rey;» y viendo llegar pasajeros de á mula que los despartieron, les pidió le diesen fe de aquella vitoria que á fuer de espulgo habia tenido contra las comezones de España. Riéronse los caminantes sabida la causa; y llevándose al español á las ancas de una mula, dejaron á los franceses ocupados en dar tapabocas á los fuelles, y bizmar las ratoneras, y remendar el carreton, y buscar los alfileres, que se habian sembrado por aquellos cerros. El español desde léjos, yendo caminando, les dijo á gritos: «Gabachos, si son malcontentos en su tierra, agradézcanme el no dejar de ser quien son en la mia.»

XXXII. La serenísima república de Venecia, que por su gran seso y prudencia en el cuerpo de Europa hace oficio de cerebro, miembro donde reside la corte del juicio, se juntó en la grande sala á consejo pleno. Estaba aquel consistorio encordado de diferentes voces, graves y leves, en viejos y en mozos; unos doctos por las noticias, otros por las experiencias: instrumento tan bien templado y de tan rara armonía, que al són suyo hacen mudanzas todos los señores del mundo. El Dux, príncipe coronado de aquella poderosa libertad, estaba en solio eminente con tres con-

sejeros por banda: de la una parte un *capo* de cuarenta, de la otra dos. Asistian próximos los secretarios que cuentan las boletas, y en sus lugares en pié los ministros que las llevan. El silencio desaparecia á los oidos de tan grande concurso, excediendo de tal manera al de un lugar desierto, que se persuadian los ojos era auditorio de escultura: tan sin voz estaban los achaques en los ancianos y el orgullo en los mancebos. Rompiendo esta atencion, dijo: «La milicia introduce la discordia, y la disimulacion hace bienquisto al que siembra la cizaña del propio que la padece. A nosotros nos ha dado la paz y las vitorias la guerra que habemos ocasionado á los amigos; no la que hemos hecho á los contrarios. Seremos libres en tanto que ocupáremos á los demas en cautivarse. Nuestra luz nace de la disension: somos discípulos de la centella que nace de la contienda del pedernal y del eslabon. Cuanto más se aporrean y más se descalabran los monarcas, más nos encendemos en resplandores. Italia, despues que falleció, es á la manera de una doncella rica y hermosa que, por haber muerto sus padres, quedó en poder de tutores y testamentarios con deseo de casarse; empero los testamentarios, como cada uno se ha quedado con un pedazo, por no restituirla su dote y quedarse con lo que tienen en su poder, unos se la niegan y afean al rey de España, que la pretende; otros al rey de Francia, que la pide; poniendo en los maridos las faltas que estudian en sí. Estos tutores tramposos son los potentados, y entre ellos no se puede negar que nosotros no la hemos arrebatado grande parte de su patrimonio. Hoy aprietan la dificultad por casarse con ella estos dos pretensores. Del rey de Francia nos hemos valido para trampear esta novia al rey Católico, que por la vecindad de Milan y Nápoles la hace señas, y registra desde sus ventanas las suyas. El rey Cristianísimo, que por estar léjos no la podia rondar ni ver, y se valia de papeles, hoy con las tercerías de Saboya y Mantua y Parma,

y llegándose á Piñarol, la acecha y galantea, nos obliga á que se la trampeemos á él. Esto es fácil, porque los franceses con ménos trabajo se arrojan que se traen; con su furia echan á los otros, y con su codicia á sí mismos. Empero conviene que se disponga esta zancadilla de suerte que, haciendo efectos de divorcio, cobremos caricias de casamenteros. Derramada tiene la atencion el rey Cristianísimo y delincuente la codicia en Lorena, y peligrosas en Alemania las armas, pobres sus vasallos. Tiene desacreditada la seguridad en el mundo: por esto temerosos en Italia los confidentes. Entradas son que no apurarán nuestra sutileza para lograrlas, pues su propio ruido disimulará nuestros pasos. No hemos menester gastar sospecha en los que se han fiado dél; que sus arrepentimientos nos la ahorran. Lo que me parece es que con alentarle á que prosiga en los hervores de su ambicioso y crédulo desvanecimiento, conquistaremos al rey de los franceses con Luis XIII. El esfuerzo último se ha de poner en conservar y crecer en su gracia á su privado. Éste, que le quita cuanto se añade, le disminuye el peso que crece. Miéntras el vasallo fuere señor de su rey, y el rey vasallo de su criado, aquél será aborrecido por traidor, y éste despreciado por vil. Para decir *muera el rey* en público, no sólo sin castigo sino con premio, se consigue con decir *viva el privado*. No sé si le fué más aciago á su padre Francisco Revellac que á él Richelieu; lo que sé es que entre los dos le han dejado huérfano: aquél sin padre, éste sin madre. Dure Armando, que es como la enfermedad, que durando acaba ú se acaba. Por muy importante juzgo el pensar sobre la sucesion del rey Cristianísimo, la cual no se espera en descendientes; ántes que vuelva á su hermano, cuyo natural da buenas promesas á nuestro acecho. Es fuego que podremos derramar á soplos, y de tal condicion, que se atiza á sí mismo; hombre quejoso del bien que recibe; por lo que tiene desobligado al rey de España, y atesorada discordia, que podremos

encaminar como nos convenga. Francia está sospechosa con la descendencia real que el privado se achaca con genealogías compradas, y temerosa de ver agotados todos los cargos en su familia, y todas las fuerzas en poder de sus cómplices. Esles recuerdo Momoranci degollado, y tantos grandes señores y ministros ó en destierro ó en desprecio. Sospechan que en la sucesion ha de haber rebatiña, y no herencia. Las cosas de Alemania no admiten cura con el Palatino desposeido, y con el de Lorena, y los desinios del duque de Sajonia, y los protestantes por el imperio contra la casa de Austria. Italia está al parecer imposibilitada de paz por los presidios que los franceses tienen en ella. Al rey de España sobran ocupaciones y gastos con los holandeses, que en Flandes le han tomado lo que tenía, y le quieren tomar lo que tiene; que se han apoderado en la mejor y mayor parte del Brasil, del palo, tabaco y azúcar, con que se aseguran flota; que se han fortificado en una isla de las de barlovento. Júntase á esto el cuidado de mantener al Emperador, la oposicion á los franceses por el Estado de Milan. Nosotros, como las pesas en el reloj de faltriquera, hemos de mover cada hora y cada punto estas manos, sin ser vistos ni oidos, derramando el ruido á los otros, sin cesar ni volver atras. Nuestra razon de estado es vidriero, que con el soplo de las formas y hechuras á las cosas, y de lo que sembramos en la tierra á fuerza de fuego, fabricamos hielo.» En esto los cogió la *hora*, que apoderándose del capricho de un republicon de los *Capidiechi*, le hizo razonar de esta manera: «Venecia es el mismo Pilátos. Pruébolo. Condenó al Justo y lavó sus manos: *ergo*. Pilátos soltó á Barrabas, que era la sedicion, y aprisionó á la paz, que era Jesus: *igitur*. Pilatos, constante (digo pertinaz) dijo: Lo que escribí, escribí: *tenent consequentia*. Pilátos entregó la salud y la paz del mundo á los alborotadores para que la crucificasen, *non potest negari*.» Alborotóse todo el consistorio en voces: el Dux, con acuerdo de mu-

chos y de los semblantes de todos, mandó poner en prisiones al republicon, y que se averiguase bien su genealogía; que sin duda por alguna parte decendia de alguno que decendia de otro, que tenía amistad con alguno que era conocido de alguno, que procedia de quien tuviese algo de español.

XXXIII. Juntó el preclaro é ilustrísimo dux de Génova todo aquel excelentísimo Senado para oir al embajador del rey Cristianísimo, el cual razonó desta manera: «Serenísima República, el Rey mi señor, que siempre ha tenido las libertades de Italia en igual precio que la majestad de su corona, asistiendo á su conservacion con todo su poderío, celoso de vuestra paz, sin pretender otro aumento que el de los príncipes que en ella en division concorde poseen la mejor y más hermosa parte del mundo,—hoy me manda que en su nombre os haga recuerdo de que, como muy obediente hijo de la Iglesia romana y seguro vecino de todos los potentados, desea justificar sus acciones en vuestros oidos, y desempeñar para con todos su afecto y benevolencia. Mejor sabeis vosotros lo que padeceis, que nosotros lo que oimos y vemos desde léjos. Muchos años han pasado por vosotros en guerras continuadas, introducidas por las desavenencias del duque de Saboya, cuyos confines siempre os fueron sospechosos y molestos, á los cuales se opuso el rey Católico con nombre de árbitro. Habeis visto los campos anegados en sangre y horribles con cuerpos muertos; las ciudades asoladas por sitios y por asaltos; el país robado por los alojamientos; en vuestras tierras los alemanes, gente feroz: número á quien acompaña en las almas la heregía, en los cuerpos la hambre y la peste. No hallará vuestra advertencia culpado al Rey mi señor en alguna de estas calamidades, pues solamente ha asistido al socorro de la parte más flaca, no con intento de que venciendo se aumentase, sino de que de-

fendiéndose no dejase aumentar al contrario, para que el derecho de cada uno quedase sin ofensa y justificado; y el Monferrato, que ha sido vientre destas discusiones, no fuese premio de alguna codicia. Con este fin ha sustentado grandes ejércitos, y alguna vez acompañádolos en persona, venciendo las fortificaciones del invierno en los Alpes, por abrir la puerta á vuestros socorros, volviendo triunfante con solo este útil. Hoy, que parece estar furioso el mundo, y que vuestra asistencia le ha solicitado odios poderosos en todas partes, se promete que esta serenísima República le tendrá por tan buen amigo en sus puertos como al Rey de España, cuando con mantener con los dos neutralidad mostrará que conoce el santo celo del Rey mi señor, y la justificacion de sus armas.» El Dux, viendo que el monsiur habia dado fin á su propuesta, respondió: «Damos gracias á Dios, que en asistir con amor y reverencia al rey Cristianísimo no tenemos qué ofrecer sino la continuacion de lo que hasta el dia de hoy se ha hecho. Hemos oido en vuestras palabras lo que hemos visto: fácil es persuadir á los testigos. Y si bien pudiera turbar nuestra confianza el haber abrigado vuestro Rey con los socorros de la Digera las discordias con que la alteza de Saboya pretendió destruir ó molestar esta República (que á no socorrerla el rey Católico, se viera en confusion); y asimismo pudiera escarmentarla el haber apoderádose las armas francesas de Susa y Piñarol y el Casal en Italia, á imitacion del que en achaque de meter paz en una pendencia se va con las capas de los que riñen; acrecentando con horror esta sospecha el haber la majestad Cristianísima hecho al duque de Lorena la vencindad del humo, que le echó de su casa llorando;—empero nosotros, no reparando en los semblantes destas acciones, somos y seremos siempre los más afectos á su corona. Esto cuanto dieren lugar las grandes obligaciones que esta Señoría y todos sus particulares tienen, y conocen al monarca de las Españas, en cuyo po-

der estamos defendidos, con cuya grandeza ricos, en cuya verdad y religion descansamos seguros. Y así, para resolver el punto de la neutralidad que se nos pide, es justo se llamen á este consejo todos los repúblicos, en cuyo caudal está la negociacion.» Pareció bien al Embajador y al Senado. Fué persona grave á llamarlos, con órden les dijese á qué fin, y que viniesen luégo. Fué el diputado, y llegando á Banchi, donde los halló juntos, les dió su embajada y la razon della. En esto los cogió á todos la *hora;* y demudándose los nobilísimos ginoveses, dijeron al magnífico, que respondiese al serenísimo Dux, que «habiendo entendido la propuesta del rey de Francia, y queriendo ir á obedecer su mandato, se les habian pegado de suerte los asientos de España, que no se podian levantar. Y que fueran con los asientos arrastrando; mas no era posible arrancarlos, por estar clavados en Nápoles y Sicilia, y remachados con los juros de España. Que advertian á su Serenidad que el rey de Francia caminaba como galeota con las espaldas vueltas hácia donde quiere ir derecho tirando para sí; y que abra los ojos: que aquella majestad ha sido inquisidor contra herejes, y hoy es hereje contra inquisidores.» Volvió el magnífico, y dió en alta voz esta respuesta. Quedó monsiur amostazado y confuso, con bullicio mal atacado, arrebañando una capa de estatura de mantellina, con cuello de garnacha. El Dux, por alargarle la saña, le dijo: «Decid al rey Cristianísimo que ya que esta República no puede servirle en lo que pide, le ofrece, si prosiguiere en venir á Italia, un aniversario perpétuo en altar de alma por los franceses que muriendo acompañaren á los que hicieron cimenterio el bosque de Pavía, empedrándole de calaveras; y de hacer á su Majestad la costa todo el tiempo que estuviere preso en el estado de Milan; y desde luégo le ofrecemos para su rescate cien mil ducados; y vos lleváos esa historia del emperador Cárlos V para entreteneros en el camino, y servirá de itinerario á

vuestro gran rey.» El monsiur, ciego de cólera, dijo: «Vosotros habeis hablado como buenos y leales vasallos del rey Católico, á quien los propios asientos que me niegan la neutralidad han hecho gallegos de allende y ultramarinos.»

XXXIV. Los alemanes, herejes y protestantes, en quienes son tantas las herejías como los hombres, que se gastan en alimentar la tiranía de los suecos, las traiciones del duque de Sajonia, marqués de Brandenburg y Landtgrave de Hessen; hallándose corrompidos de mal frances, trataron de curarse de una vez, viendo que los sudores de tantos trabajos no habian aprovechado, ni las unciones que con ungüento de azogue los dieron en la estufa de Nortlinguen, ni las copiosas sangrías, *usque ad animi deliquium*, de tantas rotas. Juntaron todos los mejores médicos racionales y espagíricos que hallaron, y haciéndoles relacion de sus achaques, les pidieron remedio eficaz. Algunos fueron de parecer que la medicina era purgarlos de todos los humores franceses que tenian en los huesos. otros, afirmando que el mal estaba en las cabezas, ordenaron evacuaciones, descargándolas de opiniones crasas, con el tetrágono de Hipócrates, tan celebrado de Galeno, á que corresponde el tabaco en humo en la forma. Otros, supersticiosos y dados á las artes secretas, afirmaron que lo que padecian no eran enfermedades naturales, sino demonios que los agitaban, y que como endemoniados necesitaban de exorcismos y conjuros. En esta discordia estudiosa estaban cuando los cogió la *hora*; y alzando la voz un médico de Praga, dijo: «Los alemanes no tienen en su enfermedad remedio, porque sus dolencias y achaques solamente se curan con la *dieta;* y en tanto que estuvieren abiertas las tabernas de Lutero y Calvino, y ellos tuvieren gaznates y sed, y no se abstuvieren de los bodegones y burdeles de Francia, no tendrán la *dieta* de que necesitan.»

XXXV. El Gran Señor, que así se llama el emperador de los turcos, monarca, por los embustes de Mahoma, en la mayor grandeza unida que se conoce, mandó juntar todos los cadís, capitanes, beyes y visires de su Puerta, que llama excelsa, y con ellos todos los morabitos y personas de cargos preeminentes, capitanes generales y bajáes, todos, ó la mayor parte, renegados; y asimismo los esclavos cristianos que en perpétuo cautiverio padecen muerte viva en las torres de Constantinopla, sin esperanza de rescate, por la presuncion de aquella soberbia majestad, que tiene por indecente el precio por esclavos, y por plebeya la celestial virtud de la misericordia. Fué por esto grande el concurso y mayor la suspension de todos viendo un acto en aquella forma, sin ejemplar en la memoria de los más ancianos. El Gran Señor, que juzga á desautoridad que sus vasallos oigan su voz y traten su persona áun con los ojos, estando en trono sublime, cubierto con velos que sólo daban paso confuso á la vista, hizo seña muda para que oyesen á un morisco de los expulsos de España las novedades á que procuraba persuadirle. El morisco, postrado en el suelo á los piés del Emperador tirano, en adoracion sacrílega, y volviéndose á levantar; dijo: «Los verdaderos y constantes mahometanos, que en larga y trabajosa captividad en España por largas edades abrigamos oculta en nuestros corazones la ley del profeta descendiente de Agar, reconocidos á la benignidad con que el todo poderoso monarca del mundo, gran señor de los turcos, nos consintió lastimosas reliquias de expulsion dolorosa,—hemos determinado hacer á su grandeza y majestad algun considerable servicio, valiéndonos de la noticia que trujimos, por falta del caudal que con el despojo nos dejó número inútil. Y para que se consiga proponemos que, para gloria desta nacion, y el premio de los invencibles capitanes y beyes en las memorias de sus hazañas, conviene, á imitacion de Grecia y Roma y España, dotar universidades

y estudios, señalar premios á las letras, pues por ellas, habiendo fallecido los monarcas y las monarquías, hoy viven triunfantes la lenguas griega y latina, y en ellas florecen, á pesar de la muerte, sus hazañas y virtudes y nombres, rescatándose del olvido de los sepulcros por el estudio que los enriqueció de noticias y sacó de bárbaras á sus gentes.

»Lo segundo, que se admita y platique el derecho y leyes de los romanos, en cuanto no fueren contra la nuestra, para que la policía crezca, las demasías se repriman, las virtudes se premien, se castiguen los vicios, y la justicia se administre por establecimientos que no admiten pasion ni enojo ni cohecho, con método seguro y estilo cierto y universal.

»Lo tercero, que para el mejor uso del rompimiento en las batallas, se dejen los alfanjes corvos, por las espadas de los españoles, pues en la ocasion son para la defensa y la ofensa más hábiles, ahorrando con las estocadas grandes rodeos de los movimientos circulares; por lo cual, llegando á las manos con los españoles, que siempre han usado mejor que todas las naciones esta destreza, hemos padecido grandes estragos. Son las espadas mucho más descansadas al pulso y á la cinta.

»Lo cuarto, para conservar la salud, y cobrarla si se pierde, conviene alargar en todo y en todas maneras el uso del beber vino, por ser con moderacion el mejor vehículo del alimento y la más eficaz medicina, y para aumentar las rentas del Gran Señor y de sus vasallos con el tráfigo (el tesoro más numeroso) por ser las viñas artífices de muchos licores diferentes con sus frutos, y en todo el mundo mercancía forzosa; y para esforzar los espíritus al coraje de la guerra, y encender la sangre en hervores temerarios, más eficaces que el Anfion, y más racionales: á que no debe obstar la prohibicion de la ley, en que se ha empezado á dispensar. Y para que se disponga, daráse interpretacion conveniente y ajustada.

»Y ofrecemos para la disposicion de todo lo referido arbitrios y artífices que lo dispongan sin costa ni inconveniente alguno, asegurando gloriosos aumentos y esplendor inestimable á todos los reinos del grande emperador de Constantinopla.»

Acabando de pronunciar esta palabra postrera, se levantó Sinan bey, renegado, y encendido en coraje rabioso, dijo: «Si todo el infierno se hubiera conjurado contra la monarquía de los turcos, no hubiera pronunciado cuatro pestes más nefandas que las que acaba de proponer este perro morisco, que entre cristianos fué mal moro, y entre moros quiere ser mal cristiano. En España quisieron levantarse éstos; aquí quieren derribarnos. No fué aquella mayor causa de expulsion que esta: justo será desquitarnos de quien nos los arrojó, con volvérselos. No pretendió con tan último fin don Juan de Austria acabar con nuestras fuerzas cuando en Lepanto, derramando las venas de tantos genízaros, hizo nadar en sangre los peces, y á nuestra costa dió competidor al mar Bermejo; no con enemistad tan rabiosa el Persiano con turbante verde solicita la desolacion de nuestro imperio; no don Pedro Giron, duque de Osuna, virey de Sicilia y Nápoles, siendo terror del mundo procuró con tan eficaces medios, horrendo en galeras y naves y infantería armada, con su nombre formidable esconder en noche eterna nuestras lunas (que borró tantas veces, cuando de temor de sus bajeles se aseguraban las barcas desde Estambol á Pera);—como tú, marrano infernal, con esas cuatro proposiciones que has labrado. Perro, las monarquías con las costumbres que se fabrican se mantienen. Siempre las han adquirido capitanes, siempre las han corrompido bachilleres. De su espada, no de su libro, dicen los reyes que tienen sus dominios; los ejércitos, no las universidades, ganan y defienden; victorias, y no disputas, los hacen grandes y formidables. Las batallas dan reinos y coronas, las letras grados y borlas. En empe-

zando una república á señalar premios á las letras, se ruega con las dignidades á los ociosos, se honra la astucia, se autoriza la malignidad y se premia la negociacion; y es fuerza que dependa el vitorioso del graduado, y el valiente del dotor, y la espada de la pluma. En la ignorancia del pueblo está seguro el dominio de los príncipes: el estudio que los advierte los amotina. Vasallos doctos más conspiran que obedecen, más examinan al señor que le respetan: en entendiéndole, osan despreciarle: en sabiendo qué es libertad, la desean; saben juzgar si merece reinar el que reina; y aquí empiezan á reinar sobre su príncipe. El estudio hace que se busque la paz, porque la ha menester; y la paz procurada induce la guerra más peligrosa. No hay peor guerra que la que padece el que se muestra codicioso de la paz: con las palabras y embajadas pide ésta, y negocia con el temor de los ruegos la otra. En dándose una nacion á doctos y á escritores, el ganso pelado vale más que los mosquetes y lanzas, y la tinta escrita más que la sangre vertida; y al pliego de papel firmado no le resiste el peto fuerte, que se burla de las cóleras del fuego; y una mano cobarde por un cañon tajado se sorbe desde el tintero las honras, las rentas, los títulos y las grandezas. Mucha gente baja se ha vestido de negro en los tinteros; de muchos son los algodones solares; muchos títulos y estados decienden del burrajear. Roma, cuando desde un surco que no cabia dos celemines de sembradura se creció en república inmensa, no gastaba dotores ni libros, sino soldados y astas. Todo fué ímpetu, nada estudio. Arrebataba las mujeres que habia menester, sujetaba lo que tenía cerca, buscaba lo que tenía léjos. Luégo que Ciceron y Bruto y Hortensio y César introdujeron la parola y las declamaciones, ellos propios la turbaron en sedicion, y con las conjuras se dieron muerte unos á otros, y otros á sí mismos; y siempre la república y los emperadores y el imperio fueron deshechos, y por la ambicion de los elegan-

tes, aprisionados. Hasta en las aves sólo padecen prision y jaula las que hablan y chirrean; y cuanto mejor y más claro, más bien cerrada y cuidadosa. Entónces, pues, los estudios fueron armerías contra las armas, las oraciones santificaban delitos y condenaban virtudes; y reinando la lengua, los triunfos yacian so el poder de las palabras. Los griegos padecieron la propia carcoma de las letras: siguieron la ambicion de las academias; éstas fueron invidia de los ejércitos, y los filósofos persecucion de los capitanes. Juzgaba el ingenio á la valentía; halláronse ricos de libros y pobres de triunfos. Dices que hoy por sus grandes autores viven los varones grandes que tuvieron; que vive su lengua, ya que murió su monarquía. Lo mismo sucede al puñal que hiere al hombre, que él dura y el hombre acaba; y no es consuelo ni remedio al muerto. Más valiera que viviera la monarquía muda y sin lengua, que vivir la lengua sin la monarquía. Grecia y Roma quedaron ecos: fórmanse en lo hueco y vacío de su majestad, no voz entera, sino apénas cola de la ausencia de la palabra. Esos escritores que la acabaron, quedaron despues de acabarla con vida, que les tasa el lector tan breve, que se regula en unos con el entretenimiento, en otros con la curiosidad. España, cuya gente en los peligros siempre fué pródiga de la alma, ansiosa de morir, impaciente de mucha edad, despreciadora de la vejez; cuando con incomparable valentía se armó en su total ruina y vencimiento y poca ceniza derramada, se convocó en rayo, y de cadáver se animó en portento,—más atendia á dar que á escribir; ántes á merecer alabanzas que á componerlas; por su coraje hablaban las cajas y las trompas, y toda su prosa gastaba en *Sant Yago* muchas veces repetido. Ellos admiraron el mundo con Viriato y Sertorio; dieron esclarecidas victorias á Aníbal; y á César, que en todo el orbe de la tierra habia peleado por la honra, obligaron á pelear por la vida. Pasaron de lo posible los encarecimientos del valor y de

la fortaleza en Numancia. Destas y de otras inumerables hazañas nada escribieron, todo lo escribieron los romanos. Servíase su valentía de ajenas plumas; tomaron para sí el obrar, dejaron á los latinos el decir: en tanto que no supieron ser historiadores, supieron merecerlos. Inventóse poco á poco la artillería contra las vidas seguras y apartadas, falseando el cal y canto á las murallas y dando más vitorias al certero que al valeroso. Empero luégo se inventó la emprenta contra la artillería, plomo contra plomo, tinta contra pólvora, cañones contra cañones. La pólvora no hace efecto mojada: ¿quién duda que la moja la tinta por donde pasan las órdenes que la aprestan y previenen? ¿Quién duda que falta el plomo para balas, despues que se gasta en moldes fundiendo letras, y el metal en láminas? Perro, las batallas nos han dado el imperio, y las vitorias los soldados, y los soldados los premios. Estos se han de dar siempre á los que nos han dado los triunfos. Quien llamó hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abolorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir. Nunca se juntó el cuchillo á la pluma, que éste no la cortase; mas ella con las propias heridas que recibe del acero se venga dél. Vilísimo morisco, nosotros deseamos que entre nuestros contrarios haya muchos que sepan, y entre nosotros muchos que venzan; porque de los enemigos queremos la vitoria, y no la alabanza.

»Lo segundo que propones es introducir las leyes de los romanos. Si esto consiguieras, acabado habias con todo. Dividiérase todo el imperio en confusion de actores y reos, jueces y sobre jueces; y en la ocupacion de abogados, pasantes, escribientes, relatores, procuradores, solicitadores, secretarios, escribanos, oficiales y alguaciles, se agotaran las gentes; y la guerra, que hoy escoge personas, será forzada á servirse de los inútiles y desechados del ocio contencioso. Habrá más pleitos, no porque habrá más razon, sino porque habrá más leyes. Con nuestro estilo te-

nemos la paz que habemos menester, y los demas la guerra que nosotros queremos que tengan: las leyes por sí buenas son y justificadas; mas habiendo legistas, todas son tontas y sin entendimiento. Esto no se puede negar, pues los mismos jurisprudentes lo confiesan todas las veces que dan á la ley el entendimiento que quieren, presuponiendo que ella por sí no le tiene. No hay juez que no afirme que el entendimiento de la ley es el suyo; y con decir qmé se le dan suponen que no le tiene. Yo renegado soy, cristiano fuí, y depongo de vista que no hay ley civil ni criminal que no tenga tantos entendimientos como letrados y jueces, como glosadores y comentadores; y á fuerza de entendimientos que la achacan, le falta el que tiene, y queda mentecata. Por esto al que condenan en el pleito le condenan en lo que le pide el contrario y en lo que no le pide, pues se lo gasta la defensa; y nadie gana en el pleito sin perder en él todo lo que gasta en ganarle; y todos pierden, y en todo se pierde. Y cuando falta razon para quitar á uno lo que posee, sobran leyes que, torcidas ó interpretadas, inducen el pleito, y le padecen igualmente el que le busca y el que le huye. Véase qué dos proposiciones nos encaminaba el agradecimiento del morisco.

»La tercera fué que dejásemos los alfanjes por las espadas. En esto, como no habia muy considerable inconveniente, no halló utilidad considerable para que se haga. Nuestro carácter es la media luna; ese esgrimimos en los alfanjes. Usar de los trajes y costumbres de los enemigos, ceremonia es de esclavos y traje de vencidos; y por lo ménos es premisa de lo uno ú de lo otro. Si hemos de permanecer, arrimémonos al aforismo que dice: *Lo que siempre se hizo, siempre se haga; lo que nunca se hizo, nunca se haga*, pues obedecido, preserva de novedades. Pique el cristiano y corte el turco; y á este morisco que arrojó aquél, éste le empale.

»En cuanto al postrero punto, que toca en el uso de las

viñas y del vino, allá se lo haya la sed con el Alcoran. No es poco lo que en esto se permite dias há; empero advierto que si universalmente se da licencia al beber vino y á las tabernas, servirá de que paguemos la agua cara y bebamos á precio de lagares los pozos por azumbres. Mi parecer es, segun lo propuesto, que este malvado perro aborrece más á quien le acoge que á quien le expele.»

Oyeron todos con gran silencio. El morisco estaba muy trabajoso de semblante, toda la frente rociada de trasudores de miedo; cuando Halí, primero visir, que estaba más arrimado á las cortinas del Gran Señor, despues de haber consultado su semblante, dijo: «Esclavos cristianos, ¿qué decís de lo que habeis oido?» Ellos, viendo la ceguedad de aquella engañada nacion, y que amaban la barbaridad y ponian su conservacion en la tiranía y en la ignorancia, aborreciendo la gloria de las letras y la justicia de las leyes, hicieron que por todos respondiese un caballero español, de treinta años de prision, con tales palabras: «Nosotros españoles no hemos de aconsejaros cosa que os esté bien, que sería ser traidores á nuestro monarca y faltar á nuestra religion; ni os hemos de engañar, porque no necesitamos de engaños para nuestra defensa los cristianos: dispuestos estamos á aguardar la muerte en este silencio inculpable.» El Gran Señor, cogido de la *hora*, y corriendo las cortinas de su solio (cosa nunca vista), con voces enojadas dijo: «Esos cristianos sean libres; válgales por rescate su generosa bondad: vestidlos y socorredlos para su navegacion con grande abundancia de las haciendas de todos los moriscos; y á ese perro quemaréis vivo, porque propuso novedades; y se publicará por irremisible la propia pena en los que le imitaren. Yo elijo ser llamado bárbaro vencedor, y renuncio que me llamen docto vencido: saber vencer ha de ser el saber nuestro; que pueblo idiota es seguridad del tirano. Y mando á todos los que habeis estado presentes, que os olvideis de lo que oistes al morisco. Obedezcan mis

órdenes las potencias como los sentidos, y acobardad con mi enojo vuestras memorias.» Dió con esto la *hora* á todos lo que merecian: á los bárbaros infieles obstinacion en su ignorancia, á los cristianos libertad y premio, y al morisco castigo.

XXXVI. Dió una tormenta en un puerto de Chile con un navío de holandeses, que por su sedicion y robos son propiopiamente dádiva de las borrascas y de los furores del viento. Los indios de Chile, que asistian á la guarda de aquel puerto, como gente que en todo aquel mundo vencido guarda belicosamente su libertad para su condenacion en su idolatría, embistieron con armas á la gente de la nave, entendiendo eran españoles, cuyo imperio les es sitio y á cuyo dominio perseveran excepcion. El capitan del bajel los sosegó, diciendo eran holandeses, y que venian de parte de aquella república con embajada importante á sus caciques y principales; y acompañando estas razones con vino generoso, adobado con las estaciones del Norte, y ablandándolos con butiro y otros regalos, fueron admitidos y agasajados. El indio que gobernaba á los demas fué á dar cuenta á los magistrados de la nueva gente y de su pretension. Juntáronse todos los más principales y mucho pueblo, bien en órden, con las armas en las manos. Es nacion tan atenta á lo posible y tan sospechosa de lo aparente, que reciben las embajadas con el propio aparato que á los ejércitos. Entró en la presencia de todos el capitan del navío, acompañado de otros cuatro soldados, y por un esclavo intérprete le preguntaron quién era, de dónde venía, y á qué, y en nombre de quién. Respondió (no sin recelo de la audiencia belicosa): «Soy capitan holandes; vengo de Holanda, república en el último Occidente, á ofreceros amistad y comercio. Nosotros vivimos en una tierra que la miran seca con indignacion debajo de sus olas los golfos; fuimos pocos años há vasallos y patrimonio del

grande monarca de las Españas y Nuevo-Mundo, donde sola vuestra valentía se ve fuera del cerco de su corona, que compite por todas partes con el que da el sol á la tierra. Pusímonos en libertad con grandes trabajos, porque el ánimo severo de Felipe II quiso más un castigo sangriento de dos señores que tantas provincias y señorío. Armónos de valor la venganza desta venganza, y con guerras de sesenta años y mas contínuas, hemos sacrificado á estas dos vidas más de dos millones de hombres, siendo sepulcro universal de Europa las campañas y sitios de Flándes. Con las vitorias nos hemos hecho soberanos señores de la mitad de sus estados, y no contentos con esto, le hemos ganado en su país muchas plazas fuertes y muchas tierras, y en el Oriente hemos adquirido grande señorío, y ganádole en el Brasil á Pernambuco, la Parayba, y hecho nuestro el tesoro del palo, tabaco y azúcar; y en todas partes, de vasallos suyos, nos hemos vuelto su inquietud y sus competidores. Hemos considerado que no sólo han ganado estas infinitas provincias los españoles, sino que en tan pocos años las han vaciado de tan innumerables poblaciones, y pobládolas de gente forastera, sin que de los naturales guarden áun los sepulcros memoria; y que sus grandes emperadores y reyes, caciques y señores, fueron desaparecidos y borrados en tan alto olvido, que casi los esconde con los que nunca fueron. Vemos que vosotros solos, ó sea bien advertidos ó mejor escarmentados, os manteneis en libertad hereditaria, y que en vuestro coraje se defiende á la esclavitud la generacion americana. Y como es natural amar cada uno á su semejante, y vosotros y mi república sois tan parecidos en los sucesos, determinó enviarme por tan temerosos golfos y tan peligrosas distancias, á representaros su afecto, buena amistad y segura correspondencia; ofreciéndoos, como por mí os ofrece, para vuestra defensa ó pretensiones, naviso y artillería, capitanes y soldados, á quienes alaba y abmira la parte del mundo que

no los teme; y para la mercancía, comercio en sus tierras y estados, con hermandad y alianza perpétua, pidiendo escala franca en vuestro dominio, y correspondencia igual en capitulaciones generales, con cláusula de amigos de amigos y enemigos de enemigos; y por más demostracion, en su poder grande es aseguran muchas repúblicas, reyes y príncipes confederados.» Los de Chile respondieron con agradecimiento, diciendo que para oir bastaba la atencion; mas para responder aguardaban las prevenciones del Consejo; que á otro dia se les responderia á aquella hora.» Hízose así; y el holandes, conociendo la naturaleza de los indios, inclinada á juguetes y curiosidades, por engañarles la voluntad, les presentó barriles de butiro, quesos y frasqueras de vino, espadas y sombreros y espejos, y últimamente, *un cubo óptico*, que llaman antojo de larga vista. Encarecióles su uso, y con razon, diciendo que con él verian las naves que viniesen á diez y doce leguas de distancia, y conocerian por los trajes y banderas si eran de paz ó de guerra, y lo propio en la tierra; añadiendo que con él verian en el cielo estrellas que jamás se han visto, y que sin él no podrian verse; que advertirian distintas y claras las manchas que en la cara de la luna se mienten ojos y boca, y en el cerco del sol una mancha negra; y que obraba estas maravillas porque con aquellos dos vidrios traia al ojo las cosas que estaban léjos y apartadas en infinita distancia. Pidiósele el indio que entre todos tenía mejor lugar: alargósele el holandes en sus puntos, dotrinóle la vista para el uso, y diósele. El indio le aplicó al ojo derecho, y asestándole á unas montañas, dió un grande grito, que testificó su admiracion á los otros, diciendo habia visto á distancia de cuatro leguas ganados, aves y hombres, y las peñas y matas tan distintamente y tan cerca, que aparecian en el vidrio postrero incomparablemente crecidas. Estando en esto los cogió la *hora*, y zurriándose en su lenguaje al parecer razonamientos coléricos, el que tomó el

antojo, con él en la mano izquierda, habló al holandes estas palabras: «Instrumento que halla mancha en el sol y averigua mentiras en la luna y descubre lo que el cielo esconde, es instrumento revoltoso, es chisme de vidrio, y no puede ser bienquisto del cielo. Traer á sí lo que está léjos es sospechoso para los que estamos léjos: con él debistes de vernos en esta grande distancia, y con él hemos visto nosotros la intencion que vosotros retirais tanto de vuestros ofrecimientos. Con este artificio espulgais los elementos, y os meteis de mogollon á reinar: vosotros vivís enjutos debajo del agua y sois tramposos del mar. No será nuestra tierra tan boba, que quiera por amigos los que son malos para vasallos, ni que fie su habitacion de quien usurpó la suya á los peces. Fuistes sujetos al rey de España, y levantándoos con su patrimonio, os preciais de rebeldes, y quereis que nosotros con necia confianza seamos alimento á vuestra traicion. Ni es verdad que nosotros somos vuestra semejanza; porque conservándonos en la patria que nos dió la naturaleza, defendemos lo que es nuestro, conservamos la libertad, no la robamos. Ofreceisnos socorro contra el rey de España, cuando confesais le habeis quitado el Brasil, que era suyo. Si á quien nos quitó las Indias se las quitais, ¿cuánta mayor razon será guardarnos de vosotros que dél? Pues advertid que América es una ramera rica y hermosa, y que pues fué adúltera á sus esposos, no será leal á sus rufianes. Los cristianos dicen que el cielo castigó á las Indias porque adoraban á los ídolos; y los indios decimos que el cielo ha de castigar á los cristianos porque adoran á las Indias. Pensais que llevais oro y plata, y llevais invidia de buen color y miseria preciosa. Quitaisnos para tener que os quiten: por lo que sois nuestros enemigos, sois enemigos unos de de otros. Salid con término de dos horas deste puerto, y si habeis menester algo, decidlo; y si nos quereis granjear, pues sois invencioneros, inventad instrumento que nos

aparte muy léjos lo que tenemos cerca y delante de los ojos: que os damos palabra que con este que trae á los ojos lo que está léjos, no miraremos jamás á vuestra tierra ni á España. Y lleváos esta espía de vidrio, soplon del firmamento; que pues con los ojos en vosotros vemos más de lo que quisiéramos, no le habemos menester. Y agradézcale el sol que con él le hallastes la mancha negra; que si no, por el color intentárades acuñarle, y de planeta hacerle doblon.»

XXXVII. Los negros se juntaron para tratar de su libertad: cosa que tantas veces han solicitado con véras. Convocáronse en numeroso concurso. Uno de los más principales, que entre los demas interlocutores bayetas era negro limiste, y habia propuesto esta pretension en la corte romana, dijo: «Para nuestra esclavitud no hay otra causa sino la color, y la color es accidente, y no delito: cierto es que no dan los que nos cautivan otra color á su tiranía sino nuestro color, siendo efecto de la asistencia de la mayor hermosura, que es el sol. Ménos son causa de esclavitud cabezas de borlilla y pelo en burujones, narices despachurradas y hocicos góticos. Muchos blancos pudieran ser esclavos por estas tres cosas; y fuera más justo que lo fueran en todas partes los naricísimos, que traen las caras con proas y se suenan un peje espada, que nosotros, que traemos los catarros á gatas y somos contrasayones. ¿Por qué no consideran los blancos que si uno de nosotros es borron entre ellos, uno dellos será mancha entre nosotros? Si hicieran esclavos á los mulatos, áun tuvieran disculpa; que es canalla sin rey, hombres crepúsculos entre anochece y no anochece, la estraza de los blancos, borradores de los trigueños, y el casi casi de los negros, y el tris de la tizne. De nuestra tinta han florecido en todas las edades varones admirables en armas y letras, virtud y santidad. No necesita su noticia de que yo refiera

su catálogo. Ni se puede negar la ventaja que hacemos á los blancos en no contradecir á la naturaleza la librea que dió á los pellejos de las personas. Entre ellos las mujeres, siendo negras ó morenas, se blanquean con guisados de albayalde; y las que son blancas, sin hartarse de blancura, se nievan de soliman. Nuestras mujeres solas, contentas con su tez anochecida, saben ser hermosas á escuras; y en sus tinieblas, con la blancura de los dientes esforzada en lo tenebroso, imitan centelleando con la risa las galas de la noche. Nosotros no desmentimos las verdades del tiempo, ni con embustes asquerosos somos reprehension de la pintura de los nueve meses. ¿Por qué, pues, padecemos desprecio y miserable castigo? Esto deseo que considereis, mirando cuál medio seguirá nuestra razon para nuestra libertad y sosiego.»—Cogióles la *hora;* y levantándose un negro, en quien la tropelía de la vejez mostraba con las canas, contra el comun axioma, que sobre negro hay tintura, dijo: «Despáchense luégo embajadores á todos los reinos de Europa, los cuales propongan dos cosas: la primera, que si la color es causa de esclavitud, que se acuerden de los bermejos, á intercesion de Júdas, y se olviden de los negros, á intercesion de uno de los tres reyes que vinieron á Belen; y que pues el refran manda que de aquel color no haya gato ni perro, más razon será que no haya hombre ni mujer; y ofrezcan de nuestra parte arbitrios para que en muy poco tiempo los bermejos con todos sus arrabales se consuman. La segunda, que tomen casta de nosotros, y aguando sus bodas en nuestro tinto, hagan casta aloque y empiecen á gastar gente prieta, escarmentados de blanquecinos y cenicientos, pues el ampo de los flamencos y alemanes tiene revuelto y perdido el mundo, coloradas con sangre las campañas, y hirviendo en traiciones y herejías tantas naciones; y en particular acordarán lo boquirubio de los franceses; y vayan advertidos los nuestros, si los estornudaren, de consolarse con el taba-

co, y responder: Dios nos ayude, gastando en sí propios la plegaria.»

XXXVIII. El serenísimo rey de Inglaterra, cuya isla es el mejor lunar que el Océano tiene en la cara, juntando el Parlamento en su palacio de Lóndres, dijo: «Yo me hallo rey de unos estados que abraza sonoro el mar, que aprisionan y fortifican las borrascas; señor de unos reinos, públicamente de la religion reformada, secretamente católicos. Ingerí en rey lo sumo pontífice; soy corona bonete, y dos cabezas: seglar y eclesiástica. Sospecho, aunque no la veo, la division espiritual de mis vasallos; temo que gastan mucha Roma sus corazones, y que aquella ciudad con las llaves de San Pedro se pasea por los retiramientos de Lóndres. Esto para mí es tanto más peligroso cuanto más oculto. Veo con ojos enconados crecer en muy poderosa república la rebelion de los holandeses. Conozco que mi invidia y la de mis ascendientes contra la grandeza de España, de menudo marisco los abultó en estatura (como dice Juvenal) mayor que la ballena británica. Véolos introducidos en cáncer de las dos Indias, y padezco los piojos que me comen porque los crié. Sé que sus dominios hurtados tienen flotas los más años, y algunos las flotas enteras, ó buena parte de las que trae el rey Católico, y que les es copioso tesoro esta rebatiña. En la tierra son, por el ejercicio de tantos años, soldados con crédito de inumerables vitorias, á quienes hace la experiencia en el obedecer doctos y suficientes para mandar. Por el mar los cuento inumerables en bajeles, inimitables en fortuna, incontrastables en consejo, superiores en reputacion militar. Por otra parte veo al rey de Francia, mi vecino (á quien por las pretensiones antiguas aborrezco), aspirar al imperio de Alemania y al de Roma; introducido en Italia, y en ella con puestos y ejércitos y séquito de algunos de los potentados, y acariciado al parecer de los buenos semblantes del Pon-

vífico. Es mancebo nacido á las armas y crecido en ellas; que en edad que pudieron serle juguetes, le fueron triunfos. Considérole con unido vasallaje por haber demolido todas las fortificaciones (hasta las inexpugnables) de los hugonotes, luteranos y calvinistas, y dejado el dominio y potestad en solos católicos. No por esto le juzgo buen católico; ántes le presumo astuto político, y en su interior me persuado es conmodista, y que tiene sus conveniencias por evangelios, y que cree en lo que desea, y no en lo que adora: religion que tienen muchos debajo del nombre de otra religion. Esto disimula, porque como su intento es tomar á Milan y á Nápoles, mañosamente ha asistido en su reino á los católicos, por ser sin comparacion la mayor parte: débenlo al número, no á la dotrina. Acompáñase del celo católico, por ser este título disposicion para distilar en Italia poco á poco su codicia de dominios; y deben su crecimiento tanto á su hipocresía como á su valor. En Alemania, llamando á los suecos y amotinando al de Sajonia y al de Brandemburg y al Lanzgrave, ha jurado *in verba Luteri*. Para ocupar sus estados al duque de Lorena se aplicó á la conciencia de Calvino. Con esto es el Jano de la religion, que con una cara mira al turco y con otra al Papa, sirviéndole de calzador de púrpura para calzarse aquella corte el cardenal de Richeleu. Viendo esto, me crece arrugada en gran volúmen la nariz, considerando que para sus intentos no ha hecho caso de mi poder y afinidad, y se ha abrigado con la buena dicha de los holandeses, despreciando á Ingalaterra, como si tuviera en su mano otra doncella milagrosa Juana de Arc, á quien la mala traducion llamó *poncella*. Todas estas acciones son á mi paladar de tan mal sabor y de tan desabrida dentera, que me amarga el aire que respiro; y con el suceso de la isla de Res tengo la memoria con ascos. No halla la confederacion con quién juntar mis filos para ser tijera que cercene al uno y al otro, sino es con el rey de España. Inmenso monarca es y sumamente

poderoso y rico, señor de las más belicosas naciones del mundo, príncipe en edad floreciente. Advierto, empero, que la restitucion del Palatinado me tiene empeñada la sangre y la reputacion; y esta no la debo esperar de los católicos, y por eso la puedo dudar de los españoles y de los imperiales, por la diferencia de religiones y el grande hastío que muestran los protestantes de más casa de Austria. Y por mí sospecho que el rey de España no habrá olvidado mi ida á su corte, pues no olvido yo mi vuelta á la mia, de que es recuerdo la entrada de mis bajeles en Cádiz. Yo querria volver á cerrar en sus orillas al rey Cristianísimo, que con grande avenida ha salido de madre y explayádose por toda Europa, y juntamente reducir á su principio los holandeses. Quiero me aconsejeis el mejor y más eficaz medio, advirtiendo estoy determinado no sólo á salir en persona, sino codicioso de salir; porque creo que el príncipe que teniendo guerra forzosa no acompaña su gente, condena á soldados á sus vasallos, en vez de hacerlos soldados; y conducidos por este castigo, más padecen que hacen; y los obliga á que igualmente esperen su libertad y su venganza del ser vencidos que del ser vencedores. De llevar ejércitos á enviarlos va la diferéncia que de véras á burlas: juicio es de los sucesos. Respondedme á la necesidad comun, sin hablar con mi descanso. Ni oiga yo en vuestro sentir fines particulares: informadme los oidos, no me los embaraceis.» Todos quedaron suspensos en silencio reverente y cuidadoso, confiriendo en secreto la resolucion, cuando el gran Presidente con estas palabras dió principio á la respuesta: «Vuestra majestad, serenísimo señor, ha sabido preguntar de manera que nos ha enseñado á saberle responder: arte de tanto precio en los reyes, que es artífice de todo buen conocimiento y desengaño. Señor, la verdad es una sola y clara; pocas palabras la pronuncian, muchas la confunden: ella rompe poco silencio, y la mentira deja poco por romper. Todo lo que habeis consi-

derado en el rey de Francia y en los holandeses es desvelo de la real providencia. El peligro inminente pide resolucion varonil y veloz. El rey de España es hoy para vuestros desinios vuestra sola confederacion, y sumamente eficaz si vos en persona asistís con él á la mortificacion destos dos malos vecinos. Y advertid que mandar y hacer son tan diferentes como obras y palabras. Confieso que vuestra sucesion es muy infante para dejada; empero es menor inconveniente dejarla tierna que siendo padre acompañarla niño.» No bien hubo pronunciado estas últimas palabras, cuando levantándose sobre su báculo un senador, marañado todo el seno con las canas de su barba, la cabeza en el pecho, y la corcova en que le habian los años doblado la espalda en lugar de la cabeza, dijo: «Mal puede disculparse de temerario el Consejo, de que su majestad salga en persona, cuando sus reinos están minados de católicos encubiertos, cuyo número es grande á lo que se sabe, infinito á lo que se sospecha, y verdaderamente formidable por el desprecio en que tienen la vida y el precio que se aseguran en la muerte. Los tormentos se han cansado en sus cuerpos, no sus cuerpos en los tormentos; entre ellos, por su religion, los despedazados persuaden, no escarmientan. Esto saben las horcas, los cuchillos y las llamas, que buscaron ansiosos y padecieron constantes. Pues si en tierra por todas partes prisionera del mar, y en presencia de sus reyes, tantas veces han conspirado para restituirse, ¿qué harán si sale y los desembaraza su persona? Vasallos tiene vuesa majestad de quien poder fiar cualquiera empresa: enviad con pié de ejército de nuestra religion los más importantes de los que se entiende son católicos; que con esto irá su intencion sujeta, y vuestros reinos con ménos enemigos dentro. No aventureis vuestra persona, en que se aventura todo y en que todo se restaura; que yo del parecer del Presidente colijo que maquina como católico, no que responde como ministro.» Al-

borotáronse, y en esta disension los cogió la fuerza de la hora; y demudándose de color el Rey, dijo: «Vosotros dos, en lugar de aconsejarme, me habeis desesperado. El uno dice que si no salgo, me quitarán el reino los enemigos; el otro que si salgo, me le quitarán los vasallos: de suerte que tú quieres que tema más á mis súbditos que á los contrarios. Sumamente es miserable el estado en que me hallo: lo que resta es que cada uno de vosotros, con término de un dia natural, me diga quién y qué cosas me tienen reducido á esta desventura, nombrando las personas y las causas, sin perdonaros unos á otros, ó yo sospecharé sobre todos; porque la culpa no sale de los que me aconsejais; que yo estoy resuelto de atender á la direccion de mis conveniencias dentro y fuera de mis reinos. Sale el rey de Francia sin sucesion y sin esperanzas de ella que puedan entristecer á su hermano, y deja un reino por tantas causas dividido, y en parcialidades toda la nobleza, manchada con la sangre de Memoranci; los herejes sujetos, mas no desenojados; los pueblos despojados de tributos, y todo el reino en opresion de las demasías de un privado;— y yo, que tengo sucesion, y menores y ménos sensibles inconvenientes, ¿estaré arrullando mis hijos y atendiendo á sus dijes y juguetes? Porque me he dejado en el ocio y porque no he salido, me son Francia y Holanda formidables: si no salgo, me serán ruina; si me quedo por temor de mis vasallos, yo los aliento á mi desprecio. Si mis enemigos se aseguran de que no puedo salir, no podré asegurarme de mis enemigos; y por lo ménos, si salgo y me pierdo, lograré la honra de la defensa y excusaré la infamia de la vileza. El rey que no asiste á su defensa, disculpa á los que no le asisten; contra razon castiga á quien le imita, y contra lo que fué maestro no puede ser juez, ni castigar lo que de su persona aprenden los que para desamparar su defensa le obedecen maestro. Idos luégo todos y consultad con vuestras obligaciones mi real servicio.

anteponiéndole á vuestras vidas y á mi descanso; que os aseguro hacer á vuestra verdad, cuanto más rigurosa, mejor recibimiento. Y no me embaraceis con el achaque de llevar toda la nobleza conmigo, pues los acontecimientos afirman que nadie la juntó en la guerra, que no la perdiese y se perdiese: los anillos que se midieron por hanegas en Cánnas, lo testifican con lágrimas en Roma; el bosque de Pavía, hecho sepulcro de toda la nobleza de Francia y de la libertad de su rey; la armada española con que el duque de Medina-Sidonia, viniendo á invadir estos reinos, dejando en estos mares tan miserables despojos; el rey don Sebastian, que en Africa se perdió y sus reinos con su nobleza toda. Los nobles juntos inducen confusion y ocasionan ruina; porque no sabiendo mandar, no quieren obedecer y estragan en presunciones desvanecidas la disciplina militar. Llevaré pocos, experimentados; los demas quedarán para freno de los hervores populares y triaca de los noveleros. Gente que piensa que me engaña en darme su vida por un real cada dia, es el aparato que me importa; no aquella que agotándome (para que vaya) mi tesoro, pone demanda á mi patrimonio porque fué. Bueno fuera que toda la nobleza estuviera ejercitada, mas no seguro. Los particulares no han de dar las armas á los locos, ni los reyes á los nobles. Llevad esto entendido; y ahorra distraimientos vuestro discurso, y mi determinacion tiempo.»

XXXIX. En Salónique, ciudad de Levante, que escondida en el último seno del golfo á que da nombre, yace en el dominio del emperador de Constantinopla (hoy llamada Estambol), convocados en aquella sinagoga los judíos de toda Europa por Rabbi Saadías, y Rabbi Isaac Abarbaniel, y Rabbi Salomon, y Rabbi Nissin,—se juntaron por la sinagoga de Venecia Rabbi Samuel y Rabbi Maimon; por la de Raguza, Rabbi Aben Ezra; por la de Constantinopla, Rabbi Jacob; por la de Roma, Rabbi Chamaniel; por la de Li-

gorna, Rabbi Gersomi; por la de Ruan, Rabbi Gabirol; por la de Oran, Rabbi Asepha; por la de Praga, Rabbi Mosche; por la de Viena, Rabbi Berchái; por la de Amsterdan, Rabbi Meir Armabah; por los hebreos disimulados, y que negocian de rebozo con traje y lengua de cristianos, Rabbi David Bar Nachman; y con ellos los *Monopantos*, gente en república, habitadora de unas islas que entre el mar Negro y la Moscovia, confines de la Tartaria, se defienden sagaces de tan feroces vecindades, más con el ingenio que con las armas y fortificaciones. Son hombres de cuadruplicada malicia, de perfecta hipocresía, de extremada disimulacion, de tan equívoca apariencia, que todas las leyes y naciones los tienen por suyos. La negociacion les multiplica caras y los muda los semblantes, y el interes los remuda las almas. Gobiérnalos un príncipe á quien llaman Prágas Chíncollos. Vinieron por su mandado á este sanedrin seis, los más doctos en carcomas y polillas del mundo: el uno se llamaba Philárgyros, y el otro Chrysóstheos; el tercero Danipe; el cuarto Arpiotrotono; el quinto Pácas Mazo; el sexto Alkemiástos. Sentáronse por sus dignidades respectivamente á la preeminencia de las sinagogas, dando el primer banco, por huéspedes, á los *Monopantos*. Poseyólos atento silencio, cuando Rabbi Saadías, despues de haber orado el psalmo *In exitu Israël*, dijo tales palabras: «Nosotros, primero linaje del mundo, que hoy somos desperdicio de las edades y multitud derramada que yace en esclavitud y vituperio congojoso, viendo arder en discordias el mundo, nos hemos juntado á prevenir advertencia desvelada en los presentes tumultos, para mejorar en la ruina de todos nuestro partido. Confieso que el captiverio y las plagas y la obstinacion en nosotros son hereditarias; la duda y la sospecha patrimonio de nuestros entendimientos; que siempre fuimos malcontentos de Dios, estimando más al que hacíamos que al que nos hizo. Desde el primer principio nos cansó su gobierno, y seguimos contra su ley

la interpretacion del demonio. Cuando su omnipotencia nos gobernaba fuimos rebeldes; cuando nos dió gobernadores, inobedientes. Fuénos molesto Samuel, que en su nombre nos regía; y juntos en comunidad ingrata, siendo nuestro rey Dios, pedimos á Dios otro rey. Diónos á Saul con derecho de tirano, declarando haria esclavos nuestros hijos, nos quitaria las haciendas para dar á sus validos, y agravó este castigo con decir no nos le quitaria aunque se lo pidiésemos. Él dijo á Samuel que á él le despreciábamos, no á Samuel ni á sus hijos. En cumplimiento desto nos dura aquel Saul siempre, y en todas partes, y con diferentes nombres. Desde entónces en todos los reinos y repúblicas nos oprime en vil y miserable captividad; y para nosotros, que dejamos á Dios por Saul, permite Dios que sea un Saul cada rey. Quedó nuestra nacion para con todos los hombres introducida en culpa, que unos la echan á otros, todos la tienen y todos se afrentan de tenella. No estamos en parte alguna, sin que primero nos echasen de otra; en ninguna residimos, que no deseen arrojarnos; y todas temen que seamos impelidos á ellas.

»Hemos reconocido que no tienen comercio nuestras obras y nuestras palabras y que nuestra boca y nuestro corazon nunca se aunaron en adorar un propio Dios. Aquélla siempre aclamó al Cielo, éste siempre fué idólatra del oro y de la usura. Acaudillados de Moisen cuando subió por la Ley al monte, hicimos demostracion de que la religion de nuestras almas era el oro y cualquier animal que dél se fabricase: allí adoramos nuestras joyas en el becerro, y juró nuestra codicia por su deidad la semejanza de la niñez de las vacadas. No admitimos á dios en otra moneda, y en esta admitimos cualquier sabandija por dios. Bien conocia la enfermedad de nuestra sed quien nos hizo beber el ídolo en polvos. Grande y ensangrentado castigo se siguió á este delito; empero degollando á muchos millares, escarmentó á pocos, pues haciendo despues Dios con

nosotros cuanto le pedimos, nada hizo de que luégo no nos enfadásemos. Extendió las nubes en toldo para que en el desierto nos escondiese á los incendios del dia. Esforzó con la coluna de fuego los decaecimientos de las estrellas y la luna, para que socorridas de su movimiento relumbrante, venciesen las tinieblas á la noche, contrahaciendo el sol en su ausencia. Mandó al viento que granizase nuestras cosechas, y dispuso en moliendas maravillosas las regiones del aire, derramando guisados en el maná nuestros mantenimientos, con todas las sazones que el apetito desea. Hizo que las codornices, descendiendo en lluvia, fuesen cazadores y caza todo junto, para nuestro regalo. Desató en fuga líquida la inmovilidad de las peñas, y que las fuentes naciesen aborto de los cerros, para lisonjear nuestra sed. Enjugó en senda tratable á nuestros piés los profundos del mar, y colgó perpendiculares los golfos, arrollando sus llanuras en murallas líquidas, deteniendo en edificio seguro las olas y las borrascas, que á nuestros padres fueron vereda y á Faraon sepulcro, y tumba de su carro y ejército. Hizo su palabra levas de sabandijas, alistando por nosotros en su milicia ranas, mosquitos y langostas. No hay cosa tan débil de que Dios no componga huestes invencibles contra los tiranos. Debeló con tan pequeños soldados los escuadrones enemigos, formidables y relucientes en las defensas del hierro, soberbios en los blasones de sus escudos, pomposos en las ruedas de sus penachos. A tan milagrosos beneficios, que nuestro rey y profeta David cantó en el psalmo, segun la division nuestra, 105, que empieza *Hodu la-Adonäi*, respondió nuestra dureza é ingratitud con hastío y fastidio en el sustento; con olvido en el paseo abierto sobre las ondas del mar. Pocas veces quien recibe lo que no merece, agradece lo que recibe. Muchas veces castiga Dios con lo que da, y premia con lo que niega. Tales antepasados son genealogía delincuente de nuestra contumacia.

»Comunmente nos tienen por los porfiados de la esperanza sin fin, siendo en la censura de la verdad la gente más desesperada de la vida. Nada aborrecemos, y hemos aborrecido tanto los judíos como la esperanza. Nosotros somos el extremo de la incredulidad; y *esperanza* y *incredulidad* no son compatibles: ni esperamos ni hay qué esperar de nosotros. Porque Moisen se detuvo un poco en el monte no quisimos esperarle, y pedimos dios á Aaron. La razon que dan de que somos tercos en esperanza perdurable es que aguardamos tantos siglos há al Mesías; empero nosotros ni le recibimos en Cristo ni le aguardamos en otro. El decir siempre que ha de venir no es porque le deseamos ni lo creemos: es por disimular con estas largas, que somos aquel ignorante, que empieza el psalmo 13, diciendo en su corazon: «No hay Dios.» Lo mismo dice quien niega al que ya vino y aguarda al que no ha de venir. Este lenguaje gasta nuestro corazon, y bien considerado, es el *Quare* (del psalmo 2) *fremuerunt gentes, et populi meditati sunt innania... adversùs Dominum, et adversùs Christum ejus?* De manera que nosotros decimos que esperamos siempre, por disimular que siempre desesperamos.

»De la ley de Moisen sólo guardamos el nombre, sobrescribiendo con él y con ella las excepciones que los talmudistas han soñado, para desmentir las Escrituras, deslumbrar las profecías, y falsificar los preceptos, y habilitar las conciencias á la fábrica de la materia de estado; dotrinando para la vida civil nuestro ateismo en una política sediciosa, prohijándonos de hijos de Israel á hijos del siglo. Cuando tuvimos ley no la guardábamos; hoy, que la guardamos, no es ley sino en la breve pronunciacion de las tres letras.

»Ha sido necesario decir lo que fuimos para disculpar lo que somos y encaminar lo que pretendemos ser, creciéndonos en estos delirios rabiosos, en que parece está frenético todo el orbe de la tierra, cuando no solamente los

herejes toman contra los católicos las armas enemigas, sino los católicos unos mueven contra otros los escuadrones parientes. Los protestantes de Alemania há muchos años que pretenden que el Emperador sea hereje. A esto los fomenta el rey Cristianísimo, haciendo como que no lo es, y desentendiéndose de Calvino y Lutero. Opónese á todos el rey Católico, para mantener en la casa de Austria la suprema dignidad de las águilas de Roma. Los holandeses, animados con haber sido traidores dichosos, aspiran á que su traicion sea monarquía; y de vasallos rebeldes del gran rey de España, osan serle competidores. Robáronlo lo que tenía en ellos, y prosiguen en usurparle lo que tan léjos dellos tiene, como son el Brasil y las Indias; destinando sus conquistas sobre sus coronas. No hemos sido para todos estos robos la postrera disposicion nosotros, por medio de los cristianos postizos, que con lenguaje portugues le habemos aplicado para minas, con título de vasallos. Los potentados de Italia (si no todos, los más) han hospedado, en sus dominios, franceses, dando á entender han descifrado en este sentir los semblantes del Sumo Pontífice; y la tolerancia muda han leido por *motu proprio*. El rey de Francia ha usado contra el monarca de los españoles estratagema nunca oida, disparándole por batería todo su linaje con achaque de malcontentos y huidos, para que en sueldos y socorros y gastos consumiese las consignaciones de sus ejércitos. ¿Cuándo se vió un rey contra otro hacer municion de dientes y muelas de su madre y de su hermano, próximo heredero, para que se le comiesen á bocados? Ardid es mendicante, mas pernicioso. Militar con el mogollon, más tiene de lo ridículo que de lo serio. Nosotros tenemos sinagogas en los estados de todos estos príncipes, donde somos el principal elemento de la composicion desta cizaña. En Ruan somos la bolsa de Francia contra España, y juntamente España contra Francia; y en España, con traje que sirve de máscara á la circuncision, socorremos á

aquel monarca con el caudal que tenemos en Amsterdan en poder de sus propios enemigos, á quienes importa más el mandar que le difiramos las letras, que á los españoles cobrarlas. ¡Extravagante tropelía, servir y arruinar con un propio dinero á amigos y enemigos, y hacer que cobre los frutos de su intencion el que los paga del que los cobra! Lo mismo hacemos con Alemania, Italia y Constantinopla; y todo este enredo ciego y belicoso causamos con haber tejido el socorro de cada uno en el arbitrio de su mayor contrario; porque nosotros socorremos como el que da con interes dineros al que juega y pierde, para que pierda más. No niego que los *Monopantos* son gariteros de la tabaola de Europa, que dan cartas y tantos, y entre lo que sacan de las barajas que meten y de luces, se quedan con todo el oro y la plata, no dejando á los jugadores sino voces y ruido, y perdicion, y ánsia de desquitarse á que los inducen, porque su garito, que es fin de todos, no tenga fin. En esto son perfecto remedo de nuestros anzuelos. Es verdad que para la introduccion nos llevan grande ventaja en ser los judíos del Testamento Nuevo, como nosotros del Viejo, pues así como nosotros no creimos que Jesus era el Mesías que habia venido, ellos, creyendo que Jesus era el Mesías que vino, le dejan pasar por sus conciencias: de manera que parece que jamás llegó para ellos ni por ellas. Los *Monopantos* le creen (como de nosotros dice que le esperamos un grave autor: *Auream et gemmatam Hierusalem expectant)* en Hierusalen de oro y joyas. Ellos y nosotros, de diferentes principios y con diversos medios, vamos á un mesmo fin, que es á destruir, los unos la cristiandad que no quisimos, los otros la que ya no quieren; y por esto nos hemos juntado á confederar malicia y engaños.

»Ha considerado esta sinagoga que el oro y la plata son los verdaderos hijos de la tierra, que hacen guerra al cielo, no con cien manos solas, sino con tantas como los cavan

los funden, los acuñan, los juntan, los cuentan, los reciben y los hurtan. Son dos demonios subterráneos, empero bienquistos de todos los vivientes; dos metales que cuanto tienen más de cuerpo, tienen más de espíritu. No hay condicion que les sea desdeñosa, y si alguna ley los condena, los legistas é intérpretes della los absuelven. Quien se desprecia de cavarlos se precia de adquirirlos; quien de grave no los pide al que los tiene, de cortesano los recibe de quien los da; y el que tiene por trabajo el ganarlos, tiene el robarlos por habilidad; y hay en la retórica de juntarlos un *no los quiero*, que obra *dénmelos;* y *nada recibo de nadie*, que es verdad, porque no es mentira *todo lo tomo*. Y como mentiria el mar si dijese que no mata su sed con tragarse los arroyuelos y fuentes, pues bebiéndose *todos* los rios que se los beben, en ellos se sorbe fuentes y arroyos; de la misma manera mientén los poderosos que dicen no reciben de los mendigos y pobres, cuando se engullen á los ricos, que devoran á los pobres y mendigos. Esto supuesto, conviene encaminar la batería de nuestros intereses á los reyes y repúblicas y ministros; en cuyos vientres son todos los demas replecion, que conmovida por nosotros, ó será letargo ó apoplegía en las cabezas. En el método de disponerlo sea el primer voto el de los señores *Monopantones*.»

Los cuales, habiéndose conficionado los unos con los chismes de los otros, determinaron que Pácas Mazo, como más abundante de lengua y más caudaloso de palabras, hablase por todos; lo que hizo con tales razones:

«Los bienes del mundo son de los solícitos; su fortuna de los disimulados y violentos. Los señoríos y los reinos ántes se arrebatan y usurpan que se heredan y merecen. Quien en las medras temporales es el peor de los malos, es el benemérito sin competidor, y crece hasta que se deja exceder en la maldad; porque en las ambiciones lo justo y lo honesto hacen delincuentes á los tiranos. Estos en em-

pezando á moderarse se deponen; si quieren durar en ser tiranos no han de consentir que salgan fuera las señas de que lo son. El fuego que quema la casa, con el humo que arroja fuera llama á que le maten con agua. Deste discurso cada uno tome lo que le pareciere á propósito. La moneda es la Circe, que todo lo que se le llega ú de ella se enamora, lo muda en várias formas: nosotros somos el *verbi gratia*. El dinero es un dios de rebozo, que en ninguna parte tiene altar público, y en todas tiene adoracion secreta; no tiene templo particular porque se introduce en los templos. Es la riqueza una seta universal, en que convienen los más espíritus del mundo; y la codicia un heresiarca bienquisto de los discursos políticos, y el conciliador de todas las diferencias de opiniones y humores. Viendo, pues, nosotros que es el mágico y el nigromante que más prodigios obra, hémosle jurado por norte de nuestros caminos y por calamita de nuestro norte, para no desvariar en los rumbos. Esto ejecutamos con tal arte, que le dejamos para tenerle, y le despreciamos para juntarle: lo que aprendimos de la hipocresía de la bomba, que con lo vacío se llena; y con lo que no tiene atrae lo que tienen otros, y sin trabajo sorbe, y agota lo lleno con su vacío. Somos remedos de la pólvora, que menuda, negra, junta y apretada, toma fuerza inmensa, y velocidad de la estrechura. Primero hacemos el daño que se oiga el ruido; y como para apuntar cerramos un ojo y abrimos otro, lo conquistamos todo en un abrir y cerrar de ojos. Nuestras casas son cañones de arcabuz, que se disparan por las llaves y se cargan por las bocas. Siendo, pues, tales, tenemos costumbres y semblantes que convienen con todos, y por esto no parecemos forasteros en alguna seta ó nacion. Nuestro pelo le admite el turco por turbante, el cristiano por sombrero, y el moro por bonete, y vosotros por tocado. No tenemos ni admitimos nombre de reino ni de república, ni otro que el de *Monopantos:* dejamos los apelli-

dos á las repúblicas y á los reyes, y tomámosles el poder limpio de la vanidad de aquellas palabras magníficas: encaminamos nuestra pretension á que ellos sean señores del mundo, y nosotros de ellos. Para fin tan lleno de majestad no hemos hallado con quien hacer confederacion igual, á pérdida y ganancia, sino con vosotros, que hoy sois los tramposos de toda Europa. Y solamente os falta nuestra calificacion para acabar de corromperlo todo; la cual os ofrecemos plenaria, en contagio y peste, por medio de una máquina infernal que contra los cristianos hemos fabricado los que estamos presentes. Esta es, que considerando que la triaca se fabrica sobre el veloz veneno de la víbora (por ser el humor que más aprisa y derecho va al corazon; á cuya causa cargándola de muchos simples de eficacísima virtud, los lleva al corazon para que le defiendan de la ponzoña, que es lo que se pretende por la medicina),—así nosotros hemos inventado una contratriaca para encaminar al corazon los venenos, cargando sobre las virtudes y sacrificios, que se van derechos al corazon y al alma, los vicios y abominaciones y errores, que como vehículos introducen en ella. Si os determinais á esta alianza, os daremos la receta con peso y número de ingredientes, y boticarios doctos en esta confacion, en que Danipe y Alkemiástos y yo hemos sudado, y no debe nuestro sudor nada á los trociscos de la víbora. Dejáos gobernar por nuestro Prágas, que no dejaréis de ser judíos y sabreis juntamente ser *Monopantos.*»

A raíz destas palabras los cogió la *hora;* y levantándose Rabbi Maimon, uno de los dos que vinieron por la sinagoga de Venecia, se llegó al oido de Rabbi Saadías, y rempujando con la mano estado y medio de pico de nariz, para podérsele llegar á la oreja, le dijo: «Rabbi, la palabrita *dejáos gobernar* á roña sabe; conviene abrir el ojo con estos, que me semejan Faraones caseros y mogigatos.» Saadías le respondió: «Ahora acabo de reconocerlos por mano

de dotrinas; que saben á todo lo que cada uno quiere: no hay sino callar, y como á ratones de las repúblicas, darles que coman en la trampa.» Chrysóstheos que vió el coloquio entre dientes, dijo á Philágyros y á Danipe: «Yo atisbo la sospecha destos perversos judíos: todo *Monopanto* se dé un baño de becerro enjoyado, que ellos caerán de rodillas.» Recociéronse en lazos y embelecos unos contra otros; y para deslumbrar á los *Monopantos* Rabbi Saadías dijo: «Nosotros os juzgamos exploradores de la tierra de promision y la seguridad de nuestros intentos; para que nos amásemos en un compuesto rabioso, será bien se confiera el modo y las capitulaciones, y se concluyan y firmen en la primera junta, que señalamos de hoy en tres dias. Pácas Mazo, compuniendo su rapiña en palomita, dijo que el término era bastante y la resolucion providente; empero que convenia que el secreto fuese ciego y mudo. Y sacando un libro encuadernado en pellejo de oveja, cogida con torzales de oro en varios labores la lana, se le dió á Saadías, diciendo: «Esta prenda os damos por rehenes.» Tomóle, y preguntó: «*¿Cúyas son estas palabras?*» Respondió Pácas Mazo: «*De nuestras palabras.* El autor es Nicolás Machiavelo, que escribió el canto llano de nuestro contrapunto.» Mirándole con grande atencion los judíos, y particularmente la encuadernacion en pellejo de oveja, Rabbi Asepha, que asistia por Oran, dijo: «Esta lana es de la que dicen los españoles que vuelve trasquilado quien viene por ella.»

Con esto se apartaron, tratando unos y otros entre sí de juntarse, como pedernal y eslabon, á combatirse y aporrearse y hacerse pedazos hasta echar chispas contra todo el mundo, para fundar la nueva seta del dinerismo, mudando el nombre de *ateistas* en *dineranos.*

XL. Los pueblos y súbditos á señores, príncipes, repúblicas y reyes y monarcas se juntaron en Lieja, país neu-

tral, á tratar de sus conveniencias y á remediar y á descansar sus quejas y malicias, y desahogar su sentir opreso en el temor de la soberania. Habia gente de todas naciones, estados y calidades. Era tan grande el número, que parecia ejército, y no junta; por lo cual eligieron por sitio la campaña abierta. Por una parte admiraba la maravillosa diferencia de trajes y de aspectos; por otra confundia los oidos y burlaba la atencion la diferencia de lenguas. Parecia romperse el campo con las voces: resonaba á la manera que cuando el sol cuece las mieses, se oye importuno rechinar con la infatigable voz de las chicharras; el más sonoro alarido era el que encaramaban desgañitándose las mujeres con acciones frenéticas. Todo estaba mezclado en tumulto ciego y discordia furiosa: los republicanos querian príncipes, los vasallos de los príncipes querian ser republicanos.

Esta controversia empelazgaron un noble saboyano y un ginoves plebeyo. Decia el saboyano «que su Duque era el movimiento perpétuo y que los consumia con guerras contínuas, por equilibrar su dominio, que se ve anegado entre las dos coronas de Francia y España; y que su conservacion la tenía en revolver, á costa de sus vasallos, los dos reyes, para que, ocupado el uno con el otro, no pueda el uno ni el otro tragársele; viendo que sucesivamente entrambos príncipes, ya éste, ya aquél, le conquistan y le defienden: lo cual pagan los súbditos, sin poder respirar en quietud. Cuando Francia le embiste, España le ayuda; y cuando España le acomete, Francia le defiende. Y como ninguno de los dos le ampara por conservarle, sino porque el otro no crezca con su estado, y le sea más formidable y próximo vecino, de la defensa resulta á sus pueblos tanto daño como de la ofensa; y las más veces más. El Duque recata en su corazon disimulada la pretension de libertador de Italia, blasonando, para tener propicia la Santa Sede, toda la historia de Amadeo, á quien llamaron *Pacífico*, por ha-

ber sospechado algunos impíamente maliciosos que pensaba en reducir al Sumo Pontífice á solo el caudal de las gracias y indulgencias. Padece el Duque achaques de rey de Chipre, y es molestado de recuerdos de señor de Ginebra, y adolece de soberanía desigual entre los demas potentados. Todas estas cosas son expuestas que se añaden á los alientos, que en él necesitan de freno; que por estas razones viene á tratar que la Saboya y el Piamonte se confederen en república, donde la justicia y el consejo mandan, y la libertad reina.» «¡Que la libertad reina! dijo dado á los diablos el ginoves. Tú debes de estar loco, y como no has sido república, no sabes sus miserias y esclavitudes. No bastará toda la razon de estado á concertarnos. Yo, que soy ginoves, hijo de aquella república, que por la vecindad y emulacion os conoce á vosotros, vengo á persuadir á vuestro Duque, con la asistencia de nosotros los plebeyos se haga rey de Génova; y si él no lo acepta, he de ir á persuadir esta oferta al rey de España, y si no, al frances; y de unos reyes en otros, hasta topar con alguno que se apiade de nosotros. Dime, malcontento del bien que Dios te hizo en que nacieses sujeto á príncipe, ¿has considerado cuánto mayor descanso es obedecer á uno solo que á muchos, juntos en una pieza y apartados, y diferentes en costumbres, naturales, opiniones y desinios? Perdido, ¿no adviertes que en las repúblicas, como es anuo y sucesivo por las familias el gobierno, es respectivo, y que la justicia carece de ejecucion, con temor de que los que otro año ú otro trienio mandarán se venguen de lo que hizo el que gobernó? Si el senado república se compone de muchos, es confusion; si de pocos, no sirve sino de corromper la firmeza y excelencia de la unidad: esta no se salva en el Dux, que, ó no tiene absoluto poder, ó es por tiempo limitado. Si mandan por igual nobles y plebeyos, es una junta de perros y gatos, que los unos proponen mordiscones con los dientes ladrando, y los otros res-

ponden con araños y uñas. Si es de pobres y ricos, desprecian á los pobres los ricos, y á los ricos invidian los pobres. Mira qué compuesto resultará de invidia y desprecio. Si el gobierno está en los plebeyos, ni lo querrán sufrir los nobles, ni ellos podrán sufrir el no serlo. Pues si los nobles solos mandan, no hallo otra comparacion á los súbditos sino la de los condenados: y estos somos los plebeyos ginoveses; y si se pudiera sin error encarecerlo más, me pareciera haber dicho poco. Génova tiene tantas repúblicas como nobles, y tantos miserables esclavos como plebeyos. Y todas estas repúblicas personales se juntan en un palacio á solo contar nuestro caudal y mercancías, para roérnosle ó bajando ó subiendo la moneda; y como malsines de nuestro caudal, atienden siempre á reducir á pobreza nuestra inteligencia. Usan de nosotros como de esponjas, enviándonos por el mundo á que empapándonos en la negociacion, chupemos hacienda; y en viéndonos abultados de caudal, nos exprimen para sí. Pues dime, maldito y descomulgado saboyano, ¿qué pretendes con tu traicion y tu infernal intento? ¿No conoces que nobles y plebeyos transfieren su poder en los reyes y príncipes, donde apartado de la soberbia y poder de los unos, y de la humildad de los otros, compone una cabeza asistida de pacífica y desinteresada majestad, en quien ni la nobleza presume ni la plebe padece?»

Embistiéranse los dos si no los apartara el mormullo de una manada de catedráticos, que venía retirándose de un escuadron de mujeres, que con las bocas abiertas los hundian á chillidos y los amagaban de mordiscones. Una dellas, cuya hermosura era tan opulenta que se aumentaba con la disformidad de la ira, siendo afecto que en la suma fiereza de un leon halla fealdad que añadir, dijo: «Tiranos, ¿por cuál razon (siendo las mujeres de las dos partes del género humano la una, que constituye mitad) habeis hecho vosotros solos las leyes contra ellas, sin su consentimien-

to, á vuestro albedrío? Vosotros nos privais de los estudios, por invidia de que os excederemos; de las armas, por temor de que sereis vencimiento de nuestro enojo los que lo sois de nuestra risa. Habeisos constituido por árbitros de la paz y de la guerra, y nosotros padecemos vuestros delirios. El adulterio en nosotras es delito de muerte, y en vosotros entretenimiento de la vida. Quereisnos buenas para ser malos, honestas para ser distraidos. No hay sentido nuestro que por vosotros no estó encarcelado: teneis con grillos nuestros pasos, con llave nuestros ojos; si miramos, decís que somos desenvueltas; si somos miradas, peligrosas; y al fin, con achaque de honestidad, nos condenais á privacion de potencias y sentidos. Barbonazos, vuestra desconfianza, no nuestra flaqueza, las más veces nos persuade contra vosotros lo propio que cautelais en nosotras. Más son las que haceis malas que las que lo son. Menguados, si todos sois contra nosotras *privaciones*, fuerza es que nos hagais todas *apetitos* contra vosotros. Infinitas entran en vuestro poder buenas, á quien forzais á ser malas; y ninguna entra tan mala, á quien los más de vosotros no hagan peor. Toda vuestra severidad se funda en lo frondoso y opaco de vuestras caras; y el que peina por barba más lomo de jabalí, presume más suficiencia, como si el solar del seso fuera la pelambre prolongada, de quien ántes se prueba de cola que de juicio. Hoy es dia en que se ha de enmendar esto, ó con darnos parte en los estudios y puestos de gobierno, ó con oirnos, y desagraviarnos de las leyes establecidas, instituyendo algunas en nuestro favor, y derogando otras que nos son perjudiciales.» Un doctor, á quien la barba le chorreaba hasta los tobillos, que las vió juntas y determinadas, fiado en su elocuencia, intentó satisfacerlas con estas razones: «Con grande temor me opongo á vosotras, viendo que la razon frecuentemente es vencida de la hermosura; que la retórica y dialéctica son rudas contra vuestra belleza. Decidme em-

pero, ¿qué ley se os podrá fiar, si la primera mujer estrenó su sér quebrantando la de Dios? ¿Qué armas se pondrán con disculpa en vuestras manos, si con una manzana descalabrastes toda la generacion de Adan, sin que se escapasen los que estaban escondidos en las distancias de lo futuro? Decís que todas las leyes son contra vosotras; fuera verdad si dijérades que vosotras érades contra todas las leyes. ¿Qué poder se iguala al vuestro, pues si no juzgais con las leyes estudiándolas, juzgais á las leyes con los jueces, corrompiéndolos? Si nosotros hicimos las leyes, vosotras las deshaceis. Si los jueces gobiernan el mundo, y las mujeres á los jueces,—las mujeres gobiernan el mundo y desgobiernan á los que le gobiernan; porque puede más con muchos la mujer que aman que el texto que estudian. Más pudo con Adan lo que el diablo dijo á la mujer que lo que Dios le dijo. Con el corazon humano muy eficaz es el demonio si le pronuncia una de vosotras. Es la mujer regalo que se debe temer y amar, y es muy difícil temer y amar una propia cosa. Quien solamente la ama, se aborrece á sí; quien solamente la aborrece, aborrece á la naturaleza. ¿Qué Bártulo no borran vuestras lágrimas? ¿De qué Baldo no se rie vuestra risa? Si tenemos los cargos y los puestos, vosotras los gastais en galas y trajes. Un texto solo teneis, que es vuestra lindeza: ¿cuándo le alegastes, que no os valiese? ¿quién le vió, que no quedase vencido? Si nos cohechamos, es para cohecharos; si torcemos las leyes y la justicia, las más veces es porque seguimos la dotrina de vuestra belleza; y de las maldades que nos mandais hacer cobrais los intereses, y nos dejais la infamia de jueces detestables. Invidiaisnos la asistencia y los cargos en la guerra, siendo ella á quien debeis el descanso de viudas, y nosotros el olvido de muertos. Quejaisos de que el adulterio es en vosotras delito capital, y no en nosotros. Demonios de buen sabor, si una liviandad vuestra quita las honras á padres y hijos y afrenta toda

una generacion, ¿por qué se os antoja riguroso castigo la pena de muerte, siendo de tanto mayor estimacion la honra de muchos inocentes que la vida de un culpado? Estemos al aprecio que desto hacen vuestras propias obras. Vosotras, por infinitos, no podeis contar vuestros adulterios; y nosotros, por raros, no tenemos qué contar de los degüellos: el escarmiento sigue á la pena; ¿dónde está éste? Quejaros de que os guardemos es quejaros de que os estimemos: nadie guardó lo que desprecia. Segun lo que he discurrido, de todo sois señoras, todo está sujeto á vosotras; gozais la paz y ocasionais la guerra. Si habeis de pedir lo que os falta á muchas, pedid moderacion y seso.» ¿*Seso* dijiste? No lo hubo pronunciado, cuando todas juntas se dispararon contra el triste dotor en remolino de pellizcos y repelones, y con tal furia le mesaron, que le dejaron lampiño de la pelambre graduada; que pudiera, por lo lampiño, pasar por vieja en otra parte. Ahogáranle si no acudiera mucha gente á la pelazga y mormul o que habian armado un frances monsiur y un italiano monseñor.

Habíanse ya pronunciado el enojo con alguno sopapos, y dádose *sanctus* en las jetas, con séquito de coces y bofetados. El frances se carcomía de rabia y el monseñor se destrizaba de cólera. Concurrieron por una y otra parte italianos y bugres. Pusiéronse en medio los alemanes, y sosegándolos con harta dificultad, los preguntaron la causa. El frances arrebañándose con entrambas manos las bragas, que con la fuga se le habian bajado á las corvas, respondió: «Hoy hemos concurrido aquí todos los súbditos para tratar del alivio de nuestras quejas. Yo estaba comunicando con otros de mi nacion el miserable estado en que se halla Francia, mi patria, y la opresion de los franceses so el poder de Armando, cardenal de Richeleu. Ponderaba con la maña que llamaba servir al Rey lo que es degradarle; cuánta raposa vestia de púrpura; cómo con el ruido que inducia en la cristiandad, disimulaba el de su lima;

que agotaba en su astucia la confianza del Príncipe; que habia puesto en manos de sus parientes y cómplices el mar y la tierra, fortalezas y gobiernos, ejércitos y armadas, infamando los nobles y engrandeciendo los viles. Acordaba á los de mi nacion de las tajadas y pizcas en que resolvieron al mariscal de Ancre; acordábalos de Luines, y cómo nuestro rey no se limpiaba de privados; y que éste solo hacía bien á esotros dos, á quien acreditaba. Advertia que en Francia de pocos años á esta parte los traidores han dado en la agudeza más perniciosa del infierno: pues viendo que levantarse con los reinos se llama traicion, y se castiga como traidor al que lo intenta,—para asegurar su maldad se levantan con los reyes, y se llaman privados; y en lugar de castigo de traidores, adquieren adoracion de reyes de reyes. Proponia, y lo propongo, y lo propondré en la junta, que para la perpetuidad de la sucesion y de los reinos, y extirpar esta seta de traidores, se promulgue ley inviolable é irremisible, que ordenase que el rey que en Francia se sujetare á privado, *ipso jure* él y su sucesion perdiesen el derecho del reino, y que desde luego fuesen los súbditos absueltos del juramento de fidelidad; pues no previene tan manifiesto peligro la ley Sálica, que excluye las hembras, como esta, que excluye validos. Decia que juntamente se mandase que el vasallo que con tal nombre se atreviese á levantarse con su rey, muriese infamemente y perdiese todas las honras y bienes que tuviese, quedando su apellido siempre maldito y condenado. Pues sin más consideracion, ese desatinado bergamasco, ni acordarme de los nepotes de Roma, me llamó hereje *pezente y mascalzon*: diciendo que en detestar los privados, detestaba los nepotes, y que privado y nepote eran dos nombres y una cosa. Y no habiendo yo tomado en la boca disparate semejante, me embistió en la forma que nos hallastes.» Los alemanes quedaron con los demas oyentes suspensos y pensativos. Encamináronlos á cada uno á su

puesto, no sin dificultad, y dispusieron en auditorio pacífico aquellas multitudes para la propuesta que en nombre de todos hacía un letrado bermejo, que á todos los habia revuelto y persuadido á pretensiones tan diferentes y desaforadas. Mandaron el silencio dos clarines, cuando él, sobre lugar eminente que en el centro del concurso los miraba en iguales distancias, dijo:

«La pretension que todos tenemos es la libertad de todos, procurando que nuestra sujecion sea á lo justo, y no á lo violento; que nos mande la razon, no el albedrío; que seamos de quien nos hereda, no de quien nos arrebata; que seamos cuidado de los príncipes, no mercancía; y en las repúblicas compañeros, no esclavos; miembros, y no trastos; cuerpo, y no sombra. Que el rico no estorbe al pobre que pueda ser rico, ni el pobre enriquezca con el robo del poderoso. Que el noble no desprecie al plebeyo, ni el plebeyo aborrezca al noble; y que todo el gobierno se ocupe en animar á que todos los pobres sean ricos, y honrados los virtuosos, y en estorbar que suceda lo contrario. Hase de obviar que ninguno pueda ni valga más que todos, porque quien excede á todos destruye la igualdad, y quien le permite que exceda le manda que conspire. La igualdad es armonía, en que está sonora la paz de la república, pues en turbándola particular exceso, disuena, y se oye rumor lo que fué música. Las repúblicas han de tener con los reyes la union que tiene la tierra (en quien ellas se representan) con el mar (que los representa á ellos). Siempre están abrazados, mas siempre ésta se defiende de las insolencias de aquél con la orilla, y siempre aquél la amenaza, la va lamiendo y procurando anegarla y sorbérsela; y esta cobrar de sí por una parte tanto como él la esconde por otra. La tierra, siempre firme y sin movimiento, se opone al bullicio y perpétua discordia de su inconstancia; aquél con cualquier viento se enfurece; ésta con todos se fecunda. Aquél se enriquece de lo que ésta

le fia; ésta con anzuelos y redes y lazos le pesca y le despuebla. Y de la manera que toda la seguridad del mar y el abrigo está en la tierra, que da los puertos, así en las repúblicas está el reparo de las borrascas y golfos de los reinos. Estas siempre han de militar con el seso, pocas veces con las armas; han de tener ejércitos y armadas prontas en la suficiencia del caudal, que es el *luego* que logra las ocasiones. Deben hacer la guerra á los unos reyes con los otros; porque los monarcas, aunque sean padres y hijos, hermanos y cuñados, son como el hierro y la lima, que siendo no sólo parientes, sino una misma cosa y un propio metal, siempre la lima está cortando y adelgazando al hierro. Han de asistir las repúblicas á los príncipes temerarios lo que baste para que se despeñen; y á los reportados, para que sean temerarios. Harán nobilísima la mercancía, porque enriquece y lleva los hombres por el mundo ocupados en estudio práctico, que los hace doctos de experiencias, reconociendo puertos, costumbres, gobiernos y fortalezas, y espiando desinios. Serán meritorios al útil de la patria los estudios políticos y matemáticos, y á ninguna cosa se dará peor nombre que al ocio más ilustre y á la riqueza más vagamunda. Los juegos públicos se ordenarán del ejercicio de las armas, conforme á la disposicion de las batallas, porque sean juntamente de utilidad y entretenimiento, juntamente fiestas y estudios, y entónces será decente frecuentar los teatros cuando fueren academias. Hase de condenar por infame, ostentacion en trajes; y sólo ha de ser diferencia entre el pobre y el rico, que éste dé el socorro, y aquél le reciba; y entre noble y plebeyo, la virtud y el valor; pues fueron principio de todas las noblezas que son. Aquí se me caerán unas palabrillas de Platon: quien las hubiere menester las recoja; que yo no sé á qué propósito las digo, mas no faltará quien sepa á qué propósito las dijo en el diálogo 3 *de Republica, vel de Justo.* Son estas: *Igitur rempublicam administranti-*

bus præcipuè, si quibus aliis, mentiri licet, vel hostium, vel civium causa, ad communem civitatis utilitatem: reliquis autem à mendacio abstinendum est. «Si á algunos es lícito mentir, principalmente es lícito á los que gobiernan las repúblicas, ó por causa de los enemigos, ó ciudadanos, para la comun utilidad de la ciudad: todos los demas se han de guardar de mentir.» Pondero que condenando la Iglesia católica esta doctrina de la república de Platon, hay quien se precia y blasona de ser su república.

»Pasemos á la propuesta de los súbditos de los reyes. Estos se quejan de que ya todos son electivos, porque los que son y nacen hereditarios, son electores de privados, que son reyes por su eleccion. Esto los desespera, porque dicen los franceses que los príncipes que para mejor gobernar sus reinos se entregan totalmente á validos, son como los galeotes, que caminan forzados volviendo las espaldas al puerto que buscan; y que los tales privados son como jugadores de manos, que cuanto más engañan, más entretienen, y cuanto mejor esconden el embuste á los ojos, y más burlas hacen á las potencias y sentidos, son más eminentes y alabados del que los paga los embelecos con que le divierten. La gracia está en hacerle creer que está lleno lo que está vacío; que hay algo donde no hay nada; que son heridas en otros lo que es mellas en sus armas; que arrojan con la mano lo que esconden en ella. Dicen que le dan dinero, y cuando lo descubre, se halla con una inmundicia ó la muela de un asno. Las comparaciones son viles; válense dellas á falta de otras: por esto afirman que igualmente son reprehensibles el rey que no quiere ser lo que el grande Dios quiso que fuese, y el que quiere ser lo que no quiso que fuera. Osan decir que el privado total introduce en el rey (como la muerte en el hombre *nova forma cadaveris) nueva forma de cadáver*, á que se sigue corrupcion y gusanos; y que, conforme á la opinion de Aristóteles, en el príncipe *fit resolutio usque ad*

materiam primam; quiere decir, *no queda alguna cosa de lo que fué, sino la representacion.* Esto baste.

»Pasemos á las quejas contra los tiranos y á la razon dellas. Yo no sé de quién hablo ni de quién no hablo; quien me entendiere me declare. Aristóteles dice *que es tirano quien mira más á su provecho particular que al comun.* Quien supiere de algunos que no se comprehendan en esta difinicion, lo venga diciendo, y le darán su hallazgo. Quéjanse de los tiranos más los que reciben beneficios que los que padecen castigos: porque el beneficio del tirano constituye delincuentes y cómplices, y el castigo, virtuosos y beneméritos: tales son, que la inocencia, para ser dichosa, ha de ser desdichada en sus dominios. El tirano, por miseria y avaricia, es fiera; por soberbia, es demonio; por deleites y lujuria, todas las fieras y todos los demonios. Nadie se conjura contra el tirano primero que él mismo: por esto es más fácil matar al tirano que sufrirle. El beneficio del tirano siempre es funesto: á quien más favorece, el bien que le hace es tardarse en hacerle mal. Ejemplo de los tiranos fué Polifemo en Homero: favoreció á Ulises con hablar con él solo, y con preguntarle supo sus méritos; oyó sus ruegos, vió su necesidad; y el premio que le ofreció fué, que despues de haberse comido á sus compañeros, le comeria el postrero. Del tirano que se come lo que tiene debajo de su mano, no espere nadie otro favor sino ser comido el último. Y adviértase que, si bien el tirano lo concede por merced, el que ha de ser comido no lo juzga en la dilacion sino por aumento de crueldad. Quien te ha de comer despues de todos, te empieza á comer en todos los que come ántes; más tiempo te lamentas vianda del tirano, cuanto más tarda en comerte. Ulises duraba en su poder, manjar, y no huésped. Detenerle en la cueva para pasarle al estómago, más era sepoltura que hospedaje. Ulises con el vino le adormeció; su veneno es el sueño. Pueblos, dadles sueño, tostad las lastas, sacadles

los ojos; que despues ninguno hizo lo que todos desearon que se hiciese. Ninguno decia el tirano Polifemo que le habia cegado, porque Ulíses con admirable astucia le dijo que se llamaba *Ninguno*. Nombrábale para su venganza, y defendíale con la equivocacion del nombre: ellos disculpan á quien los da muerte, á quien los ciega. Libróse Ulíses, disimulado entre las ovejas que guardaba. Lo que más guarda el tirano, guarda contra él á quien le derriba.

»Esto supuesto, digo que hoy nos juntamos los sujetos á tratar de la defensa nuestra, contra el arbitrio de los que nos gobiernan mediata ó inmediatamente. En las repúblicas y en los reinos, los puntos sustanciales que á mí se me ofrecen son: que los consejeros sean perpétuos en sus consejos, sin poder tener ni pretender ascenso á otros; porque pretender uno y gobernar otro, no da lugar al estudio ni á la justicia; y la ambicion de pasar á tribunal diferente y superior, le tiene caminante, y no juez; y con lo que gobierna granjea lo que quiere gobernar; y distraido, no atiende á nada: á lo que tiene, porque lo quiere dejar; y á lo que desea, porque aún no lo tiene. Cada uno es de provecho donde los años le han dado experiencia, y estorbo donde empieza la primera noticia; porque pasan de las materias que ya sabian á las que aún no saben. Las honras que se les hicieren, no han de salir del estado de su profesion, porque no se mezclen con las militares; y la toga y la espada anden en ultraje; aquélla embarazada y extraña, y ésta quejosa y confundida.

»Que los premios sean indispensables; que no sólo no se den á los ociosos, sino que no se permita que los pidan; porque si el premio de las virtudes se gasta en los vicios, el príncipe ó república quedará pobre de su mayor tesoro; y el metal del precio, vil y falsificado. No le han de aguardar el benemérito ni el indigno: aquél, porque se le han de dar luégo; éste, porque nunca se le han dar. Ménos mal gastado seria el oro y los diamantes en grillos para apri-

sionar delincuentes, que una insignia militar y de honor en vagamundo y vicioso. Roma entendió esto bien, que pagaba con un ramo de laurel ú de roble más heridas que daba hojas, vitorias de ciudades, provincias y reinos. Para consejeros de Guerra y Estado sólo sean suficientes y admitidos los valientes y experimentados: sea prerogativa la sangre ó vertida ó aventurada; no la presuntuosa en genealogías y antepasados. Para los cargos de la guerra se han de preferir los valientes y dichosos. Gran recomendacion es la de los bien afortunados sobre valientes: Lucano lo aconseja:

..... Fatis accede, Deisque,
Et cole felices, miseros fuge.

Siempre he leido esto de buena gana; y á este admirable poeta (niéguseloquien quisiere) con atencion en lo político y militar, preferida á todos, despues de Homero.

»Para las judicaturas se han de escoger los doctos y los desinteresados. Quien no es codicioso, á ningun vicio sirve; porque los vicios inducen el interes, á que se venden. Sepan las leyes, empero no más que ellas; hagan que sean obedecidas, no obedientes. Este es el punto en que se salvan los tribunales. Yo he dicho; Vosotros direis lo que se os ofrece, y propondreis los remedios más convenientes y platicables.»

Calló; y como era multitud diferente en naciones y lenguas, se armó un zurrido de jerigonzas tan confuso, que parecia haberse apeado allí la tabaola de la torre de Nembrot: ni los entendian ni se entendian. Ardíase en sedicion y discordia el sitio, y en los visajes y acciones parecia junta de locos ú endemoniados; cuando el gremio de los pastores (que con hondas ceñian los pellejos de las ovejas, que les eran más acusacion que abrigo) dijeron que «los oyesen luégo y los primeros, porque se les habian rebelado las ovejas, diciendo que ellos las guardaban de los lobos, que se las comian una á una, para trasquilarlas, desollar-

las, matarlas y venderlas todas juntas de una vez; y que pues los lobos, cuando mucho, se engullian una, ú dos, ú diez, ú veinte, pretendian que los lobos las guardasen de los pastores, y no los pastores de los lobos; y que juzgaban más piadosa la hambre de sus enemigos que la codicia de sus mayorales, y que tenian hecha informacion contra nosotros con los mastines de ganado.» No quedó persona que no dijese: «Ya entendemos; no son bobas las ovejas si lo consiguen.» En esto los cogió la *hora:* y enfurecidos, unos decian: «Lobos queremos;» otros: «Todos son lobos;» otros: «Todo es uno;» otros: «Todo es malo.» Otros muchos contradecian á éstos; y viendo los letrados que se mezclaban en pendencia, por sosegarles dijeron que el caso pedia consideracion grande; que lo difiriesen á otro dia, y entretanto se acudiese por el acierto á los templos sagrados. Los franceses, en oyéndolo, dijeron: «En siendo necesario acudir á los templos, somos perdidos, y tememos nos suceda lo que á la lechuza cuando estaba enferma, que consultando á la zorra (á quien juzgó por animal más graduado) su mal, juntamente con la picaza, á quien, por verla sobre mulas matadas, juzgó por médico, la respondieron que no tenía remedio sino acudir á los templos; la cual lechuza, en oyéndolo, dijo: «Pues yo soy muerta si mi remedio es acudir á los santuarios, pues mi sed los tiene á escuras por haberme bebido el aceite de las lámparas, y no hay retablo que no tenga sucio.» El monseñor, levantando la voz, dijo: «Monsiures lechuzas, se os otorga esa comparacion, y se os acuerda á vosotros y á cuantos comeis de lo sagrado lo que Homero refiere de los ratones cuando pelearon con las ranas, que acudiendo á los dioses que los favoreciesen, se excusaron todos, diciendo unos que les habian roido una mano, otros un pié, otros las insignias, otros las coronas, otros los picos de las narices; y ninguno hubo que en su imágen ó bulto no tuviese algo ménos, y señales de sus dientes.

Aplicad ahora, ratones calvinistas, luteranos, hugonotes y reformados, y vereis en el cielo quién os ha de ayudar.» ¡Oh inmenso Dios! cuál zacapella y turbamulta armaron los bugres con el monseñor. La discordia del campo de Agramante en su comparacion era un convento de vírgines vestales: para sosegarlos se vieron todos en peligro de perderse. En fin, detenidos, y no acallados, se fueron todos quejosos de lo que cada uno pasaba, y rabiando cada uno por trocar su estado con el otro.

Cuando esto pasaba en la tierra, viéndolo con atencion los dioses, el Sol dijo: «La *hora* está boqueando, y yo tengo la sombra del gnomon un tris de tocar con el número de las cinco. Gran padre de todos, determina si ha de continuar la Fortuna ántes que la *hora* se acabe, ú volver á voltear y rodar por donde solia.» Júpiter respondió: «He advertido que en esta *hora*, que ha dado á cada uno lo que merece, los que por verse despreciados y pobres eran humildes, se han desvanecido y endemoniado; y los que eran reverenciados y ricos, que por serlo eran viciosos, tiranos, arrogantes y delincuentes,—viéndose pobres y abatidos, están con arrepentimiento y retiro y piedad: de lo que se ha seguido que los que eran hombres de bien se hayan hecho pícaros, y los que eran pícaros, hombres de bien. Para la satisfacion de las quejas de los mortales, que pocas veces saben lo que nos piden, basta este poco tiempo, pues su flaqueza es tal, que el que hace mal cuando puede, lo deja de hacer cuando no puede; y esto no es arrepentimiento, sino dejar de ser malos á más no poder. El abatimiento y la miseria los encoge, no los enmienda; la honra y la prosperidad los hace hacer lo que si las hubieran alcanzado siempre hubieran hecho. La Fortuna encamine su rueda y su bola por las rodadas antiguas, y ocasione méritos en los cuerdos y castigo en los desatinados, á que asistirá nuestra providencia infalible y nuestra presciencia soberana. Todos reciban lo que les repartiere; que sus favo-

res ú desdenes por sí no son malos, pues sufriendo éstos y despreciando aquéllos, son tan útiles los unos como los otros. Y aquel que recibe y hace culpa para sí lo que para sí toma, se queje de sí propio, y no de la Fortuna, que lo da con indiferencia y sin malicia. Y á ella la permitimos que se queje de los hombres, que usando mal de sus prosperidades ú trabajos, la disfaman y la maldicen.»

En esto dió la *hora* de las cinco, y se acabó *la de todos;* y la *Fortuna*, regocijada con las palabras de Júpiter, trocando las manos, volvió á engarbullar los cuidados del mundo y á desandar lo devanado; y afirmando la bola en las llanuras del aire, como quien se resbala por hielo, se deslizó hasta dar consigo en la tierra.

Vulcano, dios de bigornia y músico de martilladas, dijo: «Hambre hace, y con la prisa de obedecer dejé en la fragua tostando dos ristras de ajos para desayunarme con los cíclopes.» Júpiter prepotente mandó luégo traer de comer, y instantáneamente aparecieron allí Íris y Hebe con néctar, y Ganimédes con un velicómen de ambrosía. Juno, que le vió al lado de su marido, y que con los ojos bebia más del copero que del licor, endragonida y enviperada, dijo: «Ó yo ó este bardaje hemos de quedar en el Olimpo, ú he de pedir divorcio ante Himeneo;» y si el águila, en que el picarillo estaba á la jineta, no se afufa con él, á pellizcos lo desmigaja. Júpiter empezó á soplar el rayo, y ella le dijo: «Yo te le quitaré para quemar al pajecito nefando.»

Minerva, hija del cogote de Júpiter (diosa que si Júpiter fuera corito, estuviera por nacer), reportó con halagos á Júnon; mas Vénus, hecha una sierpe, favoreciendo aquellos celos, daba gritos como una verdolera, y puso á Júpiter como un trapo,—cuando Mercurio, soltando la tarabilla, dijo que todo se remediaria, y que no turbasen el banquete celestial. Marte, viendo los bucaritos de ambrosía, como deidad de la carda y dios de la vida airada, dijo: «¿Bucaritos á mí? Bébaselos la luna y estas diosecitas;» y

mezclando á Neptuno con Baco, se sorbió los dos dioses á tragos y chupones; y agarrando de Pan, empezó á sacar dél rebanadas, y á trinchar con la daga sus ganados, engulléndose los rebaños hechos jigote á hurgonazos. Saturno se merendó media docena de hijos. Mercurio, teniendo sombrerillo, se metió de gorra con Vénus, que estaba sepultando debajo de la nariz á puñados rosquillas y confites. Pluton, de sus bizazas sacó unas carbonadas que Proserpina le dió para el camino; y viéndole Vulcano, que estaba á diente, se llegó andando con mareta, y con un mogollon muy cortés, á poder de reverencias, empezó á morder de todo y á mascullar. El Sol, á quien toca el pasatiempo, sacando su lira, cantó un himno en alabanza de Júpiter con muchos pasos de garganta. Enfadados Vénus y Marte de la gravedad del tono y de las véras de la letra, él con dos tejuelas arrojó fuera de la nuez una jácara aburdelada de quejidos; y Vénus aullando de dedos con castañetones de chasquido, se desgobernó en un rastreado, salpicando de cosquillas con sus bullicios los corazones de los dioses. Tal cizaña derramó en todos el baile, que parecian azogados. Júpiter, que atendiendo á la travesura de la diosa, se le caia la baba, dijo: «¡Esto es despedir á Ganimédes, y no reprehensiones!» Diólos licencia, y hartos y contentos se afufaron, escurriendo la bola á puto el postre: lugar que repartió el coperillo del avechucho.

DISCURSOS FESTIVOS

PREMATICAS Y ARANCELES GENERALES.

PREGMÁTICA QUE ESTE AÑO DE 1600 SE ORDENÓ

POR CIERTAS PERSONAS DESEOSAS DEL BIEN COMUN Y DE QUE PASE ADELANTE LA REPÚBLICA, SIN TROPEZAR NI USAR DE BORDONCILLOS INÚTILES, PUES SE PUEDE ANDAR SIN ELLOS Y POR CAMINO LLANO, EN LAS CONVERSACIONES Y EN EL ESCRIBIR DE CARTAS, CON QUE ALGUNOS TIENEN LA BUENA PROSA CORROMPIDA Y ENFADADO EL MUNDO.

A los cuales rogamos por cortesía, y si es importante, con imperio, que seis meses despues de dada esta nuestra carta y cédula, contando desde el dia que se notificare, no usen ni puedan usar de los vocablos y modo de decir que por esta se les veda; y haciendo lo contrario, se les agravarán y darán las penas merecidas. Y ninguno crea que por gracia ni curiosidad nos hemos puesto en semejante trabajo; que no es sino lástima de que no se conozca ya ni diferencie el ciudadano del rústico, ni el nescio del discreto, por haber empezado el malo y urdinario lenguaje de unos á otros con intenciones supersticiosas.

Primeramente se quitan todos los refranes, y se manda que ni en secreto ni en palabra se aleguen, por gran necesidad que haya de alegarse. Quítanse las significaciones

de las colores, que son muy enfadosas, y no hay para qué gasten sus dineros en vestir verde ó leonado, para así mostrar que están con esperanza cautivos y congojados; que mucho mejor hablarán ellos, por mal qué hablen, que sus vestidos. Quítanse tambien las letras de anillos ó cintillos.

En los poetas hay mucho que reformar, y lo mejor fuera quitarlos del todo; mas porque nos quede de quien hacer burla, se dispensa con ellos, de suerte que gastados los que hay no haya más poetillas. Y quedan con este concierto: que de aquí adelante no finjan rios sus ojos, porque no somos servidos de beber lagañas ni agua de cataratas: cada uno llore en su casa si tiene qué, y muera de su muerte natural sin echar la culpa á su dama; que hay á veces más muertes en una copla que hay en año de peste, y despues de habernos cansado, viven mil años más que por quien morian. Quitamos más: que no traten del carro de Apolo, la Aurora, Filomena, la Parca, Vénus, Cupido, ni se quejen de cabellos, ojos, boca de su dama, ni digan:

Ablanda aquese pecho endurecido;

que si es enfermedad y le tiene áspero, por eso se permiten médicos y cirujanos que remedien ese mal.

A los predicadores pedimos que se enmienden en pedirnos atencion, vayan conmigo, dar palmadas, hablar con tonete, ni decir: «Acuérdome que he leido;» que se suelen acordar á tiempo que es hora de comer más que de averiguar memorias. «Dice Dios, y dice bien,» se les quita, porque ya sabemos que Dios no puede errar.

Quítanse por nuestra premática los modos de decir siguientes: «Los dares y tomares;—lo que mis fuerzas alcanzaren;—en realidad de verdad;—ofrecer el alma en sacrificio;—serviré con muchas véras;—mi corta ventura;—una vez de agua;—á raíz del estómago;—á boca de noche;—de las tejas abajo;—de las tejas arriba;—á banderas desplegadas;—ni en burlas ni en véras;—la presente es para

hacer saber;—la de vuesa merced recibí;—vuesa merced me la haga;—ea, ¿mándame algo?;—el dia de márras;—el estado de las cosas;—unos negozuelos;—unas tercianillas;—pelitos al mar;—vaya el diablo para puto;—tan amigo como de ántes;—diré lo que no querrá oir;—dar una puñada en el cielo;—el buey volar;—preguntar por Mahoma en Granada;—como volar;—como si nunca fuera;—eso y lo otro;—Fulano y Zutano;—una por una;—el mormullo;—la canalla;—el hilo de la gente;—la gente bajuna;—de cuando en cuando;—y tan y miéntras;—el colodrillo;—haberle dado del pié;—dar de mano á las cosas;—tomar negocios á pechos;—el hincapié;—echar el pié adelante;—la torre de Babilonia;—la de mazagatos;—la destruicion de Troya;—la obra de la iglesia mayor;—las uvas de mi majuelo;—la viña vendimiada;—más que comer soliman;—éntrome acá, que llueve;—no es buñuelo de freir;—hogaño es buen año;—no tarda si llega;—buenos son mis deseos;—y de ellos está lleno el infierno;—la gallardía;—el pundonor;—hombre de chapa;—ojos que tal ven;—oidos que tal oyen;—oiránnos los sordos;—el descalzar de risa;—la fantasía;—no hay más Flándes;—ni más que ver ni oir;—hasta ahí pudo llegar;—deshízose como sal en el agua;—tiene los oidos dados á adobar;—hasta el regaton;—ultra desto;—con esta letura;—negocio liso;—cosa llana;—redonda como una redoma;—la hoja en el árbol;—dos cuerpos y un alma;—por curso de tiempo;—en gustos no hay disputa;—por punta de lanza;—los hierros de Santo Domingo;—el herrojo de las cuevas;—la toca de la hermandad;—desta agua no beberé;—santa de pajares;—ollas de Egipto;—los llamados y escogidos;—pueblos en Francia;—la dama de paramento;—en manos está el pandero;—perrillo de muchas bodas;—amor tronquero;—Maricastaña;—Perico en la horca;—el rey que rabió;—cuando más y mucho;—las Quinientas de Juan de Mena;—la honra y vergüenza;—honra y provecho no caben en un saco;—

manta mojada;—agua y lana;—todo es agua de cerrajas; —no vale sus orejas llenas de agua;—no sabe lo que su pesca;—vale á peso de oro;—tañida la campana;—el tiempo doy por testigo;—hombre medio mujer;—la más cuerda de lana;—quien ni se oyese ni viese;—beber con guindas; lindo pico;—tiene garabato;—y un no sé qué;—túvome por los cabellos;—pertinaz;—nasció en las malvas;—habló por boca de ganso;—y soy Marimarica;—la piedra en el rollo; —mis puntas y collar;—su tiempo hace;—las pajaritas que vuelan;—satírico;—diabólico;—como á los piés del confesor;—es predicar en desierto;—dar voces al aire;—con la de Calaynos;—buenos dias y noches;—para puto si fueran piñas;—oxe, polla;—el abolengo;—espetahilas;—émulos; bien se pueden comer;—las tres mil leyes;—á las mil maravillas;—para un sábado;—ver por brújulas;—el portador de esta;—la capa en el hombro;—juega el sol ántes que sale;—no sabe lo que se tiene;—es un Alejandre;—un *mare magnum;*—esto *peronia;*—es como una dama;—es como unas nueces;—punto en boca;—callar como en misa;—la sangre de los brazos;—hacer de tripas corazon;—orejas de mercadel;—dar con la carga en tierra;—más sabe que las culebras;—allá voy y no hago mengua;—á Roma por todos;—el pago que da el mundo;—escarmentar en cabeza ajena;—el corazon me quiebra;—la soga á la garganta;—tiéneme hasta aquí *(señalando la boca);*—no le debo ni áun esto *(tocando un diente con la uña);*—romper con todo;—la barba sobre el hombro;—la vida airada;—hasta matar candelas;—hacer la buz;—mojar la boca;—el postrer bocado;—no pega sus ojos;—no se desayuna;—á sabor de su paladar;—ni pena merece el amor;—sáquelo por conjetura;—ya tiene cuyo;—no hay que fiar;—bien puede fiar;—puertas al campo;—quien no parece perece;—mátalas callando;—por sí ó por no;—tarde ó temprano;—estoy como si me hubiesen dado de palos;—tomar la mañana;—al reir del alba;—fresca como una lechuga;—no hay más mal en

á que en casa caida;—á regaña-dientes;—á las que sabes mueras;—es un pelon;—parla como papagayo;—es paloma sin hiel;—pelarse las cejas;—hace hablar una vigüela;—las verdades amargan;—hace torres de viento;—sacaré vientre de mal año;—darse un buen verde;—aunque me voy, acá quedo;—si se muriere, enterralle;—Dios le guarde hasta el sábado en la tarde;—partir un cabello;—no le echarán dado falso;—quien tal hace, que tal pague;—pagar en la mesma moneda;—debajo de la capa del cielo;—sobre la capa del justo;—á qué quieres boca;—pese á quien pesare;—pintar como querer;—á propósito, fray Jarro;—no me entrará de los dientes adentro;—salvo el guante;—aspavientos;—servicio y muy pequeño;—como el pan de la boca;—si no lo ha por enojo;—manso como un cordero;—bravo como leon;—hará cera pábilo;—pagar justos por pecadores;—la paz de Júdas;—perdido, haré mate;—como Pedro por demas;—alma de cántaro;—Juan de buen alma;—y el de Espera en Dios con sus cinco blancas;—el mando y el palo;—el cojijo;—las de Villadiego;—el pié á la francesa.»

Item salga de las comparaciones: «El rey don Felipe en su estado;—es un Alejandro;—los duques;—condes;—un triste zapatero de lo viejo;—por lo eclesiástico;—el arzobispo de Toledo;—el cura de la perroquia;—es una santa Catalina de Sena;—dar gato por liebre;—corrido como una mona;—la maza y la mona;—el cuerpo y el alma;—cerróse de campiña;—sudar como gato de Algalia;—pase ese, que ha comido cazuela;—harto ciego es quien no vee por tela de cedazo;—quebrar la hiel en el cuerpo;—el aire corrupto;—la razon no quiere fuerza;—comerse las manos tras ello;—cuando no me cato;—haga vuesa merced penitencia conmigo;—duelos y quebrantos;—apalabróseme la hierra.» Y lo demas que á ese tono dicen los graciosos: «todos á una mano;—dos al mohino;—las mangas despues de pascua;—el camino carretero;—la piedra iman;—no

tiene á nadie en lo que pisa;—el jubon de azotes;—con eso no llueve;—ruin sea por quien quedare;—echar piedras atras;—beber los vientos;—buena erais para retratada;—servidor de vuesa merced *usque ad mortem;*—por cierto y por su madre; etc.»

Con esta suma de recordacion estará más tratable la gente si huyen estos modos de decir, de suerte que no den nota de su mudanza de lenguaje, para lo cual damos dos meses de dispensacion y para que mejor aprendan á huirlos: quedando con esto los discretos más, y los nescios, aunque no dejen de serlo, enmendados algo. Tambien por esta prohibimos no culpen los autores, etc.

PREMÁTICAS Y ARANCELES GENERALES,

POR DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, POETA DE CUATRO OJOS.

Nós la razon, absoluto señor, no conociendo superior para la reformacion y reparo de costumbres contra la perversa necedad y su porfia, que tanto se arraiga y multiplica en daño notorio nuestro y de todo el género humano: por evitar mayores daños y que la corrupcion de tan peligroso cáncer no pase adelante, acordamos y mandamos dar, y dimos estas nuestras leyes á todos los nacidos y que adelante nacieren, por via de hermandad y junta, para que como tales y por nós establecidas, las guarden y cumplan en todo y por todo, segun aquí se contiene y se las penas de ellas.

Otrosí, porque lo primero que se debe y conviene prevenir para la buena expedicion y ejecucion de justicia son oficiales de legalidad y confianza, tales cuales convenga

para negocio tan importante y grave, nombramos y señalamos por jueces á la Buena política, Curiosidad y Solicitud, nuestras legadas, para que como nós, y representando nuestra persona misma, puedan administrar justicia, mandando prender, soltando y castigando segun hallaren por derecho. Y nós desde aquí señalamos por hermanos mayores de esta liga á los que fueren celosos cada uno en su lugar, y al que lo fuere más que los otros nuestro fiscal; será la Diligencia, mullidor de fama.

Primeramente á los que fueren andando y hablando por la calle consigo mesmos, y á solas en su casa lo hicieren, los condenamos á tres meses de necios, dentro de los cuales mandamos que se abstengan y reformen; y no lo haciendo, les volvemos á dar cumplimiento á tres términos perentorios, dentro de los cuales traigan certificacion de su enmienda, pena de ser tenidos por precitos. Y mandamos á los hermanos mayores los tengan por encomendados.

Los que paseándose por alguna pieza enladrillada ó losas de la calle, fueren asentando los piés por las hiladas y ladrillos y por el órden de ellos, si con cuidado lo hicieren les condenamos en la mesma pena.

Los que yendo por la calle, por debajo de la capa sacaren la mano y fueren tocando con ella por las paredes, admítense por hermanos, y se les concede seis meses de aprobacion, en que se les manda se reformen; y si lo hicieren costumbre, luégo el hermano mayor les dé su túnica y las demas insinias, y sea tenido por profeso.

Los que jugando á los bolos, si acaso se les tuerce la bola tuercen el cuerpo juntamente, pareciéndoles que así como ellos lo hacen lo hará ella, declarámoslos por hermanos ya profesos. Y lo mismo mandamos entender con los que semejantes visajes hacen derribándose alguna cosa; y con los que llevando máscara de matachines ó semejantes figuras, van por de dentro dellas haciendo gestos como si real y verdaderamente les pareciese que son vistos ha-

cerlos por de fuera, no lo siendo; y con los que contrahacen, cortando con algunas malas tijeras ó trabajando con otro algun instrumento tuercen la boca ó sacan la lengua ó hacen visajes tales.

Los que cuando esperan al criado, habiéndolo inviado fuera, si acaso se tarda se ponen á las puertas y ventanas, pensando que por aquello se darán más priesa y llegarán más presto, condenamos á los tales á que se retraten y reconozcan su culpa, so pena que no lo haciendo se procederá contra ellos.

Los que brujulean los naipes mucho, sabiendo de cierto que no por aquello se les ha de pintar ó despintar de otra manera que como les vinieren á las manos, les condenamos á lo mesmo. Y por causas que para ello nos mueven, les damos licencia que sin que incurran en otra pena sigan su costumbre, con tal condicion que cada vez que vieren al hermano mayor ó pasare por su puerta, hagan reconocimiento con descubrir la cabeza.

Los que cuando están subidos en alto escupieren abajo, ya sea por ver si está el edificio á plomo, ya si le acierta con la saliva á alguna parte que señalan con la vista, los condenamos á que se retraten y reformen dentro de un breve término, pena de ser habidos por profesos.

Los que yendo caminando preguntan á los pasajeros cuánto queda hasta la venta ó si está léjos el pueblo, por parecerles que por aquello llegarán más presto, les condenamos en la misma pena, dándoles por penitencia la del camino y la que van haciendo con los mozos y las mulas y venteros: lo cual se ha de entender teniendo firme propósito de la enmienda.

Los que orinando hacen señas con la orina, señalando en las paredes ó dibujando en el suelo, ó ya sea orinando á hoyuelo, se les da la misma pena; y que si perseveraren, sean castigados de su juez y entregados al hermano mayor.

Los que cuando el reloj toca la hora preguntan cuántas da, siéndoles más fácil y decente contarlas, lo cual procede las más veces de humor colérico abundante, mandamos á los tales que tengan mucha cuenta con su salud; y siendo pobres, que el hermano mayor los mande recoger al hospital, donde sean preparados con algunas guindas ó naranjas ágrias, porque corren riesgo de ser muy presto modorros.

Los que habiendo poco que comer y muchos comedores, se divierten en contar cuentos, gustando más de ser tenidos por lenguaces, decidores y graciosos que quedarse hambrientos,—por ser tontos en lana y batanados, los remitimos con los incurables y mandamos se tenga mucha cuenta con ellos, porque están en siete grados y falta muy poco para recogerlos.

Los que por ser avarientos ó por otra cualquiera causa ó razon que sea, como no nazca de fuerza ó de necesidad (que no se deben guardar leyes en los tales casos), cuando van á la plaza compran de lo más malo por más barato, como si no fuera más caro un médico, un boticario y un barbero todo el año en casa, curando las enfermedades que los malos mantenimientos causan, condenámoslos en desgracia general de sí mismos, declarándolos, como los declaramos, por profesos; y los mandamos no lo hagan, ó que sean por ello castigados de los curas, sacristanes y sepultureros de su parroquia, más ó ménos, conforme al daño.

Los que las noches de verano y algunas en el invierno se ponen con mucho espacio, pasean sus corredores y patios, en ventanas ó en algunas otras partes ensillados y enfrenados, y de las nubes y el aire fueren formando figuras de sierpes, de leones y de otros animales, los declaramos por hermanos. Empero si aquel entretenimiento no lo hicieren para dar en sus casas lugar ó tiempo á lo que algunos acostumbran por sus intereses (para ver el signo de

Tauro, Aries y Capricornio, el cual torpísimo caso y feo condenamos), los que han sido tenidos por tales hermanos no gocen los privilegios de ellos, ni los admitan en los cabildos ni se les dé cera el dia de su fiesta.

Los que llevando zapatos negros ó blancos, ya sean de terciopelo de color, para quitarles el polvo que llevan, ó para dar lustre, lo hicieren con la capa (como si no fuera más noble y de mejor condicion y costosa), por limpiarlos á ellos la dejan á ella sucia y polvorosa, los condenamos por necios de baqueta, y siendo noble, por de terciopelo de dos pelos de fondo en tonto.

Los que habiéndose pasado algunos dias que no han visto á sus conocidos, cuando acaso se hallan juntos en alguna parte, se dicen el uno al otro: «¿Vivo está vuesa merced?» «¿Y vuesa merced en la tierra?» no obstante que sea encarecimiento, los nombramos por hermanos, pues tienen otras más propias maneras de hablar, sin preguntar si está en la tierra vivo el que nunca fué al cielo y está presente. Y les mandamos poner á los tales una seña admirativa, y que no anden sin ella por el tiempo de nuestra voluntad.

Los que despues de haber oido misa, y cuando recen las Ave-Marías, á la campana de alzar, ó á cualquiera al entrar en la iglesia, se hacen señal, en acabando las oraciones dicen «beso las manos de vuesa merced» (aunque se suponga se den rendimiento de gracias, habiendo de dar la cabeza de ellos los buenos dias ó noches), los condenamos por hermanos. Y los condenamos que abjuren de la que siempre traerán consigo, siendo señalados con su necedad, pues en más estiman un beso las manos falso y mentiroso (que ni se las besarian aunque los viesen obispos, y más las de algunos, que las traen llenas de sarna ó lepra, y otros con uñas caireladas, que ponen asco mirarlas), que no el Dios os dé buenas noches ó buenos dias. Y lo mismo os mandamos á los que responden con esta salva cuando

estornuda alguno, pudiéndole decir «Dios os dó salud.»

Los que buscando á uno en su casa, y preguntando por él se les ha respondido no estar en ella, vuelven á preguntar: «¿Pues ha salido ya?» dámoslos por condenados en rebeldes, contumaces, pues repiten la pregunta que ya tienen satisfecha.

Los que habiéndose llevado medio pié, ó, por mejor decir, los dedos dél en un canto, con mucha flema llenos de cólera vuelven á mirarlo muy despacio, les condenamos en la misma pena, y les mandamos que le quiten ó no le miren, pena de que se les agravarán con otras mayores.

Los que sonándose las narices, en bajando el lienzo lo miran con mucho espacio como si le hubiera salido perlas por ellas y las quisieran poner en cobro, condenámoslos por hermanos, y que cada vez que incurrieren den una limosna para el hospital de los incurables, porque nunca falte quien haga otro tanto por ellos.

Los que teniendo particular amistad con un amigo, cada vez que se ven, aunque sean en un dia tres veces, le preguntan: «¿Cómo está vuesame rced? ¿Cómo le va?» les condenamos por necios de marca mayor, pues basta que le pregunte cada semana una vez, y esto ha de ser no le viendo más en toda ella.

Los que estando enamorados, ora por ser bizarra su moza, ora por comunicar la alegría que tienen de tratar de ella y que la vean, llevaren á sus amigos á su casa ó los dejaren en ella solos ó en la cama, ó yéndose fuera del lugar, se la encomendaren y pidieren que la visiten, los condenamos á que cuando vuelvan de la jornada la hallen amancebada con ellos.

Los que topando una buscona en la calle y pidiéndoles luégo que la den algo lo hicieren, los condenamos á que se vayan con ella hasta su casa, y en ella en su presencia le den á otro lo que ellos la han dado, y se vuelva sin uno ni otro.

Los que habiendo jugado á los naipes ú otros juegos, aunque hayan perdido, ora sea por mostrarse generosos, ora por complacer algunas damas, dieren barato, los declaramos por ya profesos; y mandamos que se tenga particular cuenta con ellos, porque falta muy poco para echarlos en los incurables.

Los que escribiendo cartas ó billetes, por mostrar que tienen sutil ingenio escribieren palabras ó vocablos no usados, les condenamos á que si en ellos enviaren á pedir alguna cosa de que tengan mucha necesidad de ella, no se la invien por no entendidos.

Los que yendo á caballo con espuelas calzadas, ora se quieran adelantar, ora por otra causa, dijeren arre, los condenamos á que se quiten las espuelas, y caminando sin ellas, no incurran en esta pena; y lo mismo á los que, llevando la rienda en la mano, dijeren: «Jomacho,» pues le pueden tener con ella.

Los que habiéndose hallado en un punto con otro, ora sea con cólera, ora por deshonrarle, le llamaren cicatero, le condenamos que le llamen lo mismo, y sobre ello sea preso y llevado á las galeras por diez años, donde con los rebenques del grumete hagan las amistades.

Los que habiendo menester una cosa, inviándosela á pedir prestada la dieren, los condenamos en desgracia de sí mismos, que nunca más la vean.

Los que habiendo oido misa y sermon, dijeren que se dijo en él cosa muy notable, y preguntando por algunas de ellas ó en particular, no supieren dar razon de ninguna, los condenamos de cabeza, pues de ella dicen lo que no saben ni alcanzan.

Los que estando en la cama con mujer, queriendo hacer su gusto, se lo piden, los condenamos á que ellas lo hagan sin pedírselo á ellos, por ser necios abatanados.

Los que estando en alguna conversacion de regocijo, dicen «No hay más Flándes», por encarecimiento de gusto,

les condenamos á que sean desdichos en presencia del hermano mayor y hermandad, pues hasta ahora no hemos visto de aquellos estados cosa de entretenimiento, sino ojos sacados, tuertos, ó brazos quebrados y piernas.

Los que yendo caminando, en las ventas ó mesones por donde pasaren hurtaren á los venteros ó mesoneros cualquier género de hurto, ó en la cuenta que hicieren les echaren de clavo alguna cantidad, los absolvemos, damos por libres y facultad para que lo puedan continuar sin que por ello incurran en pena alguna. Y asimismo absolvemos á los mismos venteros ó mesoneros de lo que ellos en cualquier manera hubieren hurtado en esta razon, aunque sea en mucha más cantidad de la que les hurtaron á ellos, por conmutacion que de ello habemos.

Los que casaren con mujer que saben ha gozado otro, ora sea por su hermosura ó por su riqueza que tenga, los condenamos á que de ninguna cosa que vean en su casa puedan tener queja; á los cuales mandamos que cuando entraren en ella sean obligados á ir hablando recio para que haya lugar de ponerse cada uno en salvo.

Los que sirviendo á alguna dama, la llevaren en casa del mercader y mandaren que se le dé todo cuanto pidiere, los mandamos remitir con los incurables, y mandamos se tenga mucha cuenta con ellos, porque corre muy gran riesgo su cabeza. Y juntamente absolvemos á los mercaderes de todo lo que en esta razon tomaren por modo de hurto ó latrocinio, con declaracion que hacemos que si despues no cobraren cantidad ninguna, no puedan pedir la mercadería en el estado que estuviere, como muchos han intentado. Y que este capítulo se fije y ponga á la puerta de Guadalajara y en las demas partes donde vivieren mercaderes, para que venga á noticia de todos, y de ello no pretendan ignorancia.

Los que habiendo jugado á las naipes y perdido alguna cantidad, despues de haberse salido del juego publicaren

que se lo ganaron con fullería y naipes hechos, y no se hubieren quedado con ellos para averiguacion del caso, declaramos por necios pasados en cosa juzgada. Y absolvemos y damos por libres á los que lés ganaron, y ponemos perpétuo silencio á los perdidosos para que en ningun tiempo les puedan pedir cosa en razon de ello.

Los que estando en el mismo juego, habiendo descubierto el contrario flux primera ó cincuenta, fueren con mucho cuidado á mirar la carta que les venía, y haciendo primera ó otra cosa de buen juego lo publicaren y fueren mirando, los declaramos por necios de cosa juzgada y por sospechosos en el pecado nefando, pues las traseras no valen sino en Italia.

Los que yendo por las calles les diere algun encuentro alguna bestia ó salpicare, y ellos con mucha cólera les dieren con armas, coz ó puñete, de manera que la cabalgadura no pueda caminar con la carga, los condenamos á que luégo nuestras justicias les compelan á que ellos mismos lleven la carga que la tal bestia llevaba.

Los que pasando por alguna calle, de las ventanas ó corredores les echaren alguna bacinada, agua sucia ó otra cosa, y movidos de esto llamaren cornudos, putas ó otros nombres ignominiosos á los della, los absolvemos y damos por libres, por causas particulares que para ello nos mueven.

Item. Habiendo conocido la naturaleza ó inclinacion de los barberos á las guitarras, mandamos que para que mejor sean sus tiendas conocidas, y los que dellos tuvieren necesidad puedan saber cuáles son sus tiendas, en lugar de bacías ó cortinas se cuelgue una ó dos guitarras, con permision general que hacemos de que, sin embargo de las que estuvieren colgadas en la tienda, puedan tener para tocar ellos y sus amigos hasta dos docenas de ellas; sin que se entienda por esto el que se les prohibe el tener juego de ajedrez, damas ó otros entretenimientos.

Item. Habiendo visto la innumerable multitud de poetas que Dios ha enviado á España por castigo de nuestros pecados, mandamos que se gasten los que hay, dando término de dos años para que se consuman, y que ninguno lo pueda usar sin ser examinado por las personas que más eminentes sean en este arte; y no haya más que los tales examinadores, so las penas contenidas en las ordenanzas que se han de hacer de la gente deste gremio, y de que se procederá contra ellos como contra la langosta; pues no han bastado otros muchos remedios que se han intentado, ántes cada dia hay poetas nuevos, sin ser conocidos ni sus versos en España.

Item. Habiendo visto las vanas presunciones de los medios hidalgos y de atrevidos hombrecillos que con poco temor se atreven á hurtar las ceremonias de los caballeros, hablando recio por la calle, haciendo mala letra en lo que escriben, tratando siempre de armas y caballos, pidiendo prestado, y haciendo otras muchas ceremonias y cosas que sólo á los caballeros son lícitas, mandamos que á los tales, siendo como va dicho, los llamen caballeros chanflones, motilones y donados de la nobleza, y hácia caballeros.

Item. Por cuanto nos ha sido hecha relacion por nuestros vasallos que se han perdido los cuatro nombres más principales de la república, conviene á saber, hidalgos, estudiantes, arcabuces y escribanos, porque ya los hidalgos se llaman caballeros, los estudiantes licenciados, los arcabuces mosquetes, y los escribanos secretarios; y como á nós toca la reformacion y enmienda de esto, mandamos que, so pena la nuestra desgracia, cada uno tenga su título propio, con apercibimiento que se procederá contra ellos, como contra promovedores de escándalos en la república, con gran rigor. Y en esto encargamos y mandamos á nuestros ministros tengan muy particular cuidado de que se guarde y cumpla y ejecute, con apercibimiento que no lo haciendo, se procederá contra ellos como más

haya lugar de derecho, y se ejecutarán en ellos las penas que á los tales fueren impuestas.

Tambien, habiendo visto la mucha desórden que hay en esto de las mujeres á quien ya por su edad las pueden llamar madres ó abuelas, mandamos que á todas las que fueren de treinta y ocho y cuarenta años el no reirse en las conversaciones, se entienda que no es por falta de alegría y contento, sino es de dientes.

Item. Sabiendo las várias disimulaciones de los hombres vagamundos que hay en nuestras repúblicas, mandamos, so pena de la nuestra merced y de que se procederá contra ellos con gran rigor, que ninguno llame picado á lo que verdaderamente es roto.

Y porque se han quejado los trabajos que á ellos les echan la culpa de las canas, malas caras y otras diminuciones en que los hombres y mujeres van cada dia, declaramos ser años; y mandamos que de aquí adelante, pena de que serán castigados con graves penas por rebeldes contumaces, que ninguno sea osado á llamarlos trabajos, sino años, y no de ninguna otra manera.

Otrosí, por las muchas iras y enojos, escándalos, venganzas, muertes y traiciones que en bandos y parcialidades suelen suceder, vedamos todas las armas aventajadas y dañosas, como son pistolas, espadas, arcabuces y médicos.

Item. Porque todas las cosas son más perfectas cuando se hacen á ménos costa y con más órden, mandamos que siendo, como es, necesario el castigo en el mundo para los malos, en lugar de poetas y verdugos se use de necios.

Item. Mandamos que no haya seda sobre seda, y que algunas mujeres con el nombre de doncellas no sirvan de lo que no son.

Item. Mandamos que puedan cualesquier de nuestras justicias prender á cualesquier personas que toparen de noche con garabato, escala, ó ganzúa, ó ginovés, por ser armas contra las haciendas guardadas.

Item. Mandamos que ninguno llame ayuno, devocion ó templanza lo que verdaderamente fuere hambre y no poder más.

Item. Mandamos poner en los calendarios del mundo los caballeros por mártires.

Item. Asimismo mandamos que ninguna persona, de cualquier estado ó calidad que sea, pueda tener nombre de valiente si no fuere hijo de médico, ó lo pretendiere ser por línea de varon.

Item. Asimismo nos ha parecido ordenar y ordenamos que no se casen mujeres grandes por la honra de los maridos, pues vemos que en la más pequeña mujer sobra para todo un barrio.

Otrosí, condenamos en los galanes de monjas los antecristos pensamientos, y teniendo consideracion á que ellos y los judíos se parecen en esperar sin fruto, los mandamos desterrar de nuestras repúblicas, por aguardadores y imitadores de los que creen en la ley de Moisen; y si reincidieren en su obstinacion y pertinacia, los condenamos en que coman en galeras los bizcochos que ántes comian en sus locutorios y rejas con las monjas.

Item, habiendo advertido la multitud de dones que hay en nuestros reinos y repúblicas, y considerando el cáncer pernicioso que es, y cómo se va extendiendo, pues hasta el aire ha venido á tenerle y llamarse *don-aire;* y mirando que imitan el pecado original en no escaparse de él nadie sino es Jesucristo y su Madre, mandamos recoger los dones, dando término de tres dias despues de la notificacion á todos los oficiales para que se arrepientan de haberle tenido.

Item. Asimismo que los Mendozas, Enriquez, Guzmanes y otros apellidos semejantes que las putas y moriscos tienen usurpados, se entienda que son suyos, como la Marquesilla en las perras, Cordobilla en los caballos, y César en los extranjeros.

PREMÁTICAS DEL DESENGAÑO
CONTRA LOS POETAS GÜEROS.

Nós, el Desengaño, etc. Por cuanto habemos sabido que la mayor parte del mundo, olvidada de nuestras verdades, ha dado en seguir la falsa seta de los poetas chirles y hebenes, por último y eficaz remedio de nuestros reinos nos plugo ordenar y ordenamos estas premáticas, y las mandamos guardar á todos, so las nuestras iras, y penalidad de nuestra desgracia.

1. Por lo cual, atendiendo á que este género de sabandijas que llaman poetas son nuestros prójimos y cristianos, aunque malos, viendo que todo el año idolatran mujeres y hacen otros pecados más enormes, mandamos que la Semana Santa recojan á los poetas públicos y cantoneros, como á malas mujeres, y que los prediquen para convertirlos; y para esto señalamos casas de arrepentidos, que, segun es su dureza, no las estrenarán.

2. Item. Advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares coplas de los poetas del sol, como pasas á fuerza de los soles que gastan en hacerlas,—ponemos perpétuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados (como á la caza y pesca) á las musas, porque no se acaben con la priesa que las dan.

3. Item. Habiendo considerado que esta infernal seta de hombres condenados á perpétuo concepto, despedazadores y tahures de vocablos, han pegado la dicha roña de poesía á las mujeres,—declaramos que nos damos por desquitados con este mal que les han hecho del que nos hicieron en Adan.

4. Item. Por cuanto el siglo está pobre y necesitado de

oro y plata, mandamos que se quemen las coplas de los poetas, como franjas viejas, para sacar el oro y plata que tienen, pues en sus versos hacen sus ninfas de todos metales como estatua de Nabuco.

5. Item. Advertimos que la mitad de lo que dicen lo deben á la pila del agua bendita por mentiroso, y que sólo dicen verdad en decir mal unos de otros.

6. Item. Habiendo advertido que han remetido todos el juicio al valle de Josafat, mandamos que anden señalados en la república, y que á los furiosos los aten; concediéndoles los previllegios de los locos, para que en cualquiera travesura llamándose á poetas, como prueben que lo son, no sólo no les castiguen por lo que hicieren, sino les agradezcan el no haber hecho más.

7. Item. Advirtiendo que despues que dejaron de ser moros (aunque guardan algunas reliquias), se metieron á pastores todos, por lo cual los ganados andan secos de beber sus lágrimas, la lana chamuscada del fuego de sus amores, y tan embebecidos en su música, que no pacen,—mandamos que dejen el tal oficio; y á los amigos de soledad les señalamos ermitas, y que los demas, por ser oficio alegre y de pullas, se acomoden en mozos de mulas.

8. Item. Por estorbar los insolentes hurtos que hacen, mandamos que no se puedan pasar coplas de Aragon á Castilla, ni de Italia á España, so pena de callar un mes el poeta que tal hiciere, y si reincidiere, de andar un dia limpio.

9. Item. Declaramos y mandamos tener entre los desesperados que se ahorcan y despeñan, y como tales que no los entierren en sagrado, á las mujeres que se enamoran de poetas á secas. Demas de esto, advirtiendo la innumerable multitud de sonetos, redondillas, etc., que han manchado el papel, mandamos que los que por sus deméritos escaparen de las especerías vayan á las necesarias sin apelacion.

10. Pero advirtiendo con ojos de piedad que hay tres géneros de gentes en esta república tan sumamente miserables, que no pueden vivir sin los tales poetas, como son ciegos, farsantes y sacristanes,—permitimos que haya algunos oficiales desta arte conocidos, los cuales tengan carta de exámen del cacique que fuere en aquellas partes; limitando á los de las comedias á que no acaben en casamientos, ni hagan las trazas con papeles y bandos; y á los de ciegos, que no subcedan los casos en Tetuan, y que para decir la presente *cbra* no digan *zozobra;* y á los de villancicos que no jueguen del vocablo ni metan más en ellos á *Gil*, ni á *Pascual*, porque se quejan; ni hagan pensamientos de tornillo que, mudado el nombre, se vuelvan á todas las fiestas. Y últimamente, á todos los poetas en comun les mandamos descartar de Apolo, Júpiter, Saturno y otros dioses, so pena que los ternán por abogados á la hora de su muerte.

Todas las cuales cosas mandamos guardar á nuestras justicias inviolablemente con el rigor acostumbrado.

PREMÁTICA DEL TIEMPO.

Nós el Tiempo, mayor maestro del mundo, heredero universal de los hombres, señor de todo, el valenton de la muerte y del consejo de Estado, juez de residencia en lo seglar y eclesiástico, y en todo asistente: Por cuanto estamos constituido y puesto en este lugar por Dios nuestro Señor, y con este poder nos ha sido fecha relacion de los muchos y exorbitantes excesos que en diferentes cosas se

cometen en la república del mundo; por mostrar nuestro buen celo, mandamos á todas nuestras justicias de cualesquier partes, so las penas de esta premática, que guarden y cumplan todo lo en ella contenido.

Primeramente, informado de los grandes robos y latrocinios que de ordinario se hacen en ventas, mandamos que nadie sea atrevido de aquí adelante á llamarlas ventas, sino hurtos, pues en ellas hurtan más que venden, so pena de que las haya menester el que á lo tal no obedeciere.

Item, porque sabemos hay algunos caminantes pelones y gorreros, hospedándose más de lo que fuere razon en casa de los amigos, declaramos que el primero dia sean bien venidos, tratados con regocijo y hospedados con diligencia; el segundo admitidos con llaneza, y el tercero con descuido y enfado; y tan mal detenidos sean tenidos, ya no por amigos, sino por enemigos de casa y de la hacienda. Otrosí, mandamos generalmente desterrar de nuestra república á todos los estómagos aventureros.

Item, habiendo conocido la natural inclinacion de los barberos á guitarras, mandamos que para que mejor sean conocidas sus tiendas, en lugar de cortinas y bacías, cuelguen ó pinten una, dos, tres ó más guitarras, conforme el babero de tal barbero. Otrosí, porque vemos que la cosa más estimada en el hombre, que es la barba, la echan á la basura, mandamos que de aquí adelante la guarden para limpiadera de los papeles, pinturas y espejos que acostumbran á tener en sus tiendas; y que pues al quitar la barba llaman afeitar, y quitan por cada vez diez años, que es como pintar con lisonjas y regalo, mandamos que de aquí adelante no les llamen barberos, sino pintores. Asimismo, porque el dormir los hombres con bigoteras es como dormir con frenos, les declaramos por peores que machos, pues éstos duermen sin ellos de noche, y aquéllos no. Otrosí, porque sabemos que el pintar á los reyes ó emperadores antiguos rapados como frailes, es porque, como eran coléricos,

apénas sufrian los bigotes, declaramos por flemáticos pesados, por desocupados, ociosos y mujeriles á todos los que gastan la mayor parte del dia en hilarse los bigotes.

Item, porque los pintores son de suyo lisonjeros, y que tienen por oficio enmendar las faltas de la naturaleza, y viendo que en sus hijos é hijas pierden esa habilidad, pues los hacen feos,—mandamos que, pues desto no han sabido dar razon concluyente, pinten con fidelidad las damas que retrataren y sin la mano sobre el pecho; porque haciéndolo, les declaramos por gente vana y que se alaban á sí mismos, pues es como decir que es la pintura de buena mano y buena en mi conciencia. Y no guardándolo, mandamos les llamen lisonjeros, y aduladores, y que no agrade el retrato á quien se lo mandare hacer.

Item, habiendo visto la multitud de poetas con várias sectas, que Dios ha permitido por el castigo de nuestros pecados, mandamos que se gasten los que hay, y que no haya más de aquí adelante, dando de término dos años para ello, so pena que se procederá contra ellos como contra la langosta, conjurándolos, pues no basta otro remedio humano. Otrosí, declaramos por moros y turcos á todos los poetas que, como renegando de su patria, disfrazan los nombres de damas, galanes y de sus amores con los de los turcos y moros, llamándolos Abencerrajes, Darajas, etc.

Item, porque piensan los astrólogos, poetas y retóricos que sólo ellos saben alzar figuras para escurecer sus enredos,—declaramos que sean tenidos por figuras los que á nadie quitan la gorra, y más si es de puro arrogantes; los que dicen mal de todo, hablando adrede, descuidados, ignorantes, para dar á entender están divertidos en negocios; los que, no teniendo hacienda, blasonan de gastadores; los que en tiempo de lodos pisan menudico, saludan á cuantas mujeres encuentran, aunque sean viejas y feas; los que á las mañanas hacen traer el rosario al criado, y andan

toda la tarde enfrenados con el palillo, y al tiempo de hablar, por el embarazo de la madera, babean y rocían las barbas de los circunstantes. Asimismo declaramos por figuras á todos los viejos que se remozan y dan en requebrar; ordenando que, pues siendo viejos se hacen niños, no les dejen salir de casa sino es con ayo. Y finalmente, declaramos por figuras á todas las mujeres que, siendo hermosas ó ya viejas, se pintan, y generalmente á todas las viudas que dan en lavar ropa blanca, aunque sea á gente grave y de autoridad. Mandamos sean comprendidas con éstas y tenidas por figuras descorteses las mujeres que el dia que van en coche, y más si es prestado, desconocen á quien más las conoce, dándose más á conocer con eso.

Item, ha parecido, habiendo visto las várias presunciones de medio escuderos y lacayos, atrevidos hombrecillos, que por verse que van delante y dejan atras sus señores, como si fueran de más importancia, con poco temor se han atrevido á usurpar las ceremonias de los caballeros, hablando recio por las calles, haciendo mala letra, tratando siempre de armas y caballos, y pidiendo prestado, no teniendo que prestar lienzo á sus carnes,—que á los tales les llamen caballeros chanflones, donados de la nobleza, ó hácia caballeros ó hácia caballos, y cuando mucho, como lacayos; se queden con título de ayos de hacas flacas y viejas, y duerman siempre sobre pajas ó sobre lana hedionda.

Item, vista la ridícula figura de los criados cuando dan á beber á sus señores, haciendo el Coliseo, el Guineo, inclinando con notable peligro y asco todo el cuerpo demasiado; y que siendo mudos de boca, son habladores de piés de puro hacer desairadas reverencias, declaramos sea eso tenido por descortesía ó irreverencia. Y mandamos á todos los criados que de aquí adelante hicieren semejantes servicios y cortesías, que en pago de eso les den la comida medio comida, y queden de puro hacer reverencias más

corcovados que el diablo que traia sastres al infierno; y que estando delante de su señor y en presencia de muchos se les caigan las calzas.

Item, declaramos y desengañamos á todos los reyes y señores deste mundo, que no piensen ser ellos los mayores de todos, porque ésto sólo lo es el calor, delante de quien están ellos mismos, y todos descubiertos, y delante de los reyes se cubren los grandes.

Item, porque hemos visto que en esto del dar y pedir hay varias trazas,—para dar alivio á todas las bolsas, y fáciles respuestas para toda mujer buscona y pedigüeña, declaramos que de aquí adelante nadie dé sino buenos dias y buenas noches, besamanos, favor... al que lo merece (con buenas palabras no más), lugar... en las visitas y conversaciones, y al superior, y gusto... «á todos en cuanto pudiere.» Asimismo declaramos que no dé á ninguna mujer joya ninguna, so pena de quedarse con el *jó* como bestia, sino sólo darle palabras fingidas, y dar á perros á todas las taimadas que piden perrillos de faldas, y más si han de ser con collares y cascabeles de plata. Y así á la que te pidiere un manteo de raso, enséñale el del cielo azul y raso; si terciopelo, afeítate tres veces; si manto de sopillo, envíale los soplos de tus suspiros; si banda, dále la de los tudescos, ó que en entregarse á tí la tendrás de tu banda; si liga, la de Lepanto; si pasamanos de oro y plata, que se vaya á casa de un platero á pasar las manos por todo esto, á título de quererlo comprar, si tuviere dinero, ó tomarlo, si se lo dieren; si perlas, que ya ella misma es una perla, y que con derramar lágrimas verterá cuantas perlas quisiere; si una toca, tócale un laud ó guitarra; si rosario de cocos, remítela á unas viejas ensartadas en coche, que como parecen micos, esas le harán cocos al vivo; si cadenas, envíala á la de Marsella, que tiene gruesos eslabones, ó á una cárcel, ó galeras; si brincos, los de un ademan; si lienzos, los de un muro; is zapatillas, y más si

son de ámbar, excúsate con que es presente en profecía, y que no sabes cuántos puntos calza, y cuando mucho (para quitarte de ruido) envíale la de las espadas negras; si bocados, que se vaya á un alano; y si comida, envíalo por ante los de un coleto; capones, de un facistol; gallinas, de hombres cobardes; y por postre, buñuelos de viento y nueces de ballesta. Y caso que te vieres forzado á haber de dar algo, sea como la bebida, poco y muchas veces, porque solicita cada vez y puede obligar de nuevo. Y declaramos que los que esto no cumplieren, se queden para siempre rotos, enamorados, y sin mujer y sin dineros.

Item, porque sabemos cuán lleno está el mundo de cierto género de hombres entremetidos, negociantes, enfadosos y sin vergüenza, mandamos que los priven de todo cargo y oficio, y sólo se les consienta, á falta de otros, que puedan ser sacristanes y muñidores de cofradías, y para alivio de la república, y exonerarse dellos, se repartan por las montañas entre rústicos, y por las Astúrias, Navarra y Vizcaya, para que éstos pierdan alguna parte de su cortedad. Y á los que quedaren mandamos poner á la vergüenza en el mismo lugar y entre las mujeres vendedoras y regatonas y de peso falso; y que en lugar de potros y verdugos para atormentarlos, los entreguen á los necios, mayormente que presumen de sabios.

Item, declaramos por locos todos los mercaderes que en cuanto á los plazos de las pagas que les debieren, hicieren, sin otro resguardo, confianza de la palabra de señores; y que sean comprendidos debajo del mismo título los señores que no reparan en comprar á cualquier precio, fiados en que es largo el plazo de la paga, debiendo saber que no hay cosa que llegue más presto que el plazo de una deuda; y se cumpla con éstos el refran que dice: Todos somos locos, los unos y los otros.

Item, porque vemos que ya hoy dia nadie dice: «Así lo

calló Fulano;» sino: «Así lo dijo Fulano;» ordenamos haya cátedra para callar, como las hay para hablar.

Item, mandamos á cualesquier justicias, que prendan á todas y cualesquier personas que toparen de dia ó de noche con garabato, escala ó ganzúa ó genovés, por ser armas contra las haciendas guardadas.

Otrosí, vedamos los dos extremos, de tener muchas caras y el de no tener ninguna.

Item, por las muchas iras, escándalos, destruiciones, muertes, y venganzas que en bandos y parcialidades se suelen hacer, vedamos todas las armas aventajadas y dañosas, como son, espadas, pistoletes, médicos, cirujanos, boticarios, necios, habladores y porfiados. Y declaramos por tres enemigos del cuerpo á los médicos, cirujanos y boticarios; y por tres enemigos de la bolsa á los escribanos, procuradores, cocheros ó gitanos.

Item, porque sabemos hay cierto linaje de valentones matantes, que sólo matan á quien se deja matar, mandamos que no pueda tener nombre de valiente quien no fuere ó pretendiere ser hijo de médico, cirujano ó boticario.

Item, por los muchos desórdenes que hay en estas casas de mujeres, á quien por su edad pueden llamar madres, mandamos que todas las que fueren de treinta y ocho años á cuarenta, el no reirse en las ocasiones de gusto no se atribuya á falta de alegría, sino de dientes; y que por modo de melindre, tan solamente se les permite cuando rien el poner delante la boca el abanillo ó manguito. Asimismo ordenamos no se admita otro melindre que ese á la que pasare de veinticinco años.

Item, sabiendo las varias disoluciones de los hombres vagamundos, mandamos que ninguno llame picado á lo que es roto, ni se pique nadie miéntras pierde en el juego, por celos de su mujer; ni porfiar sobre cosa alguna, mayormente si es de poca importancia, so pena que desto se le sigan grandes inquietudes y daños. Y así, establecemos

una ley contra el picar que mande: «No te picarás en ningun tiempo por ninguna cosa.» Tambien mandamos que nadie llame ayuno, devocion ó templanza á lo que verdaderamente es hambre ó no poder más. Y asimismo, sabiendo que se dice ya por modo de refran en el mundo, que soles, penas y cenas son las tres cosas á cuyo cargo está despachar desta vida para la otra, declaramos que, si bien los soles matan algunos, las penas á otros pocos; pero que mueren más de no cenar que de ninguna de las cosas dichas.

Item, porque se nos han quejado los trabajos de que les echan las culpas de muchas canas, se declara que son años; y mandamos que nadie los llame de otra manera.

Item, habiendo advertido la multitud de dones que hay en el mundo (pues hasta el aire le tiene), y considerando que imitan al pecado original en no escaparse dél entre todos, sino sólo Cristo y su Madre, mandamos recoger los dones; y ya que los haya, sea en las manos, y no en los nombres. Y damos término de tres dias despues de la notificacion, á todos los oficiales, para que se arrepientan de los haber tenido. Asimismo declaramos que los Mendozas, Enriquez, y Guzmanes y otros apellidos semejantes, que las cotorreras y moriscos tienen usurpados, se entiendan que son suyos, como el de Marquesilla en las perras, Cordobilla en los caballos, y César en los extranjeros.

Item, porque hay grande falta de amigos verdaderos, y ya los más son como lunas con menguantes y crecientes, largos de palabras y breves de obras, declaramos que sean todos conocidos como dinero, cuyo valor se sabe ántes de haberlo menester.

Otrosí, porque sabemos se dan muchos por agraviados de lo que no debieran, declaramos que no pueda agraviar ni lengua de juez ni de mujer, ni vara ó lengua de padre airado, ni palos de corcho enchapinados por una mujer, ni jineta de soldado, porque todo pára ó en la debida autoridad ó respeto, ó en la naturaleza propia.

Asimismo mandamos que ninguno llame á nadie diciendo: «Ola hombre honrado;» porque nadie, miéntras esté vivo y sano, es honrado con ola, porque las honras se suelen hacer á un muerto, pero no á un oleado, que aún vive.

Y por cuanto nos ha sido fecha relacion que se ha perdido el nombre de los cuatro oficios más honrados de la república, conviene á saber: hidalgos, estudiantes, arcabuz y escribano; porque los hidalgos se llaman caballeros, los estudiantes licenciados, los arcabuces mosquetes, y los escribanos ó escribas ó secretarios; mandamos que pena de nuestra desgracia, cada uno tenga su título propio.

Item, sabiendo lo que estima un galan que se le caiga á su dama un guante, para levantarle y tenerle por prenda, declaramos que no se le deja ella traer por hacerle favor, sino para que le compre otros mejores, ó para traerle (si no se los compra) como á pobre vergonzante, y darle un guante, para que como tal pida limosna.

Otrosí, contemplando en los galanes de ciertas señoras y atendiendo á que ellos y los judíos se parecen en el esperar sin fruto, los mandamos desterrar por vagamundos; y si reincidieren, los condenamos á que en lugar de los bizcochos blancos que habian de comer en sus casas, los coman en galeras, más duros que ánima de rico avariento. Asimismo, sabiendo las locuras y encarecimientos, y áun á veces herejías, que dicen los amantes tiernos á sus damas cuando las requiebran y alaban,—ordenamos que nadie alabe á ningun estado de mujeres: no á las doncellas, sino que digan ellas mismas sus alabanzas, que lo saben mejor que nadie; ni á las casadas, que esas sólo las ha de alabar su marido y á solas, porque en público sería señal que la tiene para vender; y ménos á las viudas, que desas sólo lo sabe el marido difunto; y así, que aguarden vuelva del otro mundo, ó á otro marido, para que la alabe; ni tampoco á las solteras, que á ellas ninguna necesidad hay de alabarlas, porque de puro lavadas, están harto alabadas para

siempre. Y finalmente, mandamos que nadie alabe á mujer alguna por ser grande, que tambien alabamos por grande una cuchillada, y vemos que ninguno la quiere. Y así, nos pareció ordenar que no se usen mujeres grandes, por la honra de los maridos, pues vemos que en la más pequeña suele sobrar para todo un barrio; y sólo se da licencia para alabar las pequeñas, porque hay ménos de mujer, y como dice el refran: Del mal el ménos.

Item, mandamos que no haya seda sobre seda ni marido sobre marido, y que algunas mujeres en nombre de doncellas no sirvan de lo que no son.

Item, para alivio de los presos de la cárcel y forzados de galera, declaramos que los mayores presos, y forzados, son los mal casados.

Otrosí, sabiendo que esto de cornudo se va haciendo honra y granjería, y por no saberlo ser muchos de los que lo son, resultan grandes daños é inconvenientes en la república, por tanto ordenamos que se haga oficio, y que nadie sea admitido á él sin exámen y aprobacion, aunque sea comisario ó platicante.

Asimismo vedamos á todo marido sufrido el poder hacer testamento, pues que no es justo tenga última voluntad en la muerte quien nunca la supo tener en vida. Y mandamos no le pongan despues de muerto piedra sobre su sepultura, porque marido que supo sufrir tanto, él mismo se servirá de piedra.

Item, vedamos á todo hombre sin dientes el casarse, mayormente con mujer vieja ó flaca, porque las mujeres el dia de hoy son tan libres y soberbias, que áun á maridos que les muestran dientes no obedecen; y mal podrá roer (si ella es vieja ó flaca) tanto hueso un hombre sin dientes.

Item, porque es bien dar algun alivio á los maridos y hablar en abono de las mujeres, declaramos que dan éstas á aquéllos tres dias ó tres noches buenas, que es la del

desposorio, la primera vez que paren y cuando se mueren. Y asimismo contra satíricos maldicientes, que tratan á las mujeres de mentirosas, declaramos que tres verdades dicen en su vida: la primera cuando dicen: «¡Ay qué loca me levanté desta cabeza!» La segunda, cuando al decir el marido en la cama: «Volveos acá,» responde ella: «En eso estaba yo pensando ahora.» Y la última no querer comer delante del marido, diciendo: «Harto harta y cansada me tienen vuestras cosas.»

Item, mandamos que el que matare corchete ó soplon (gozque de las regatonas, bufoncillo de los tenientes, trasto de la república, que embaraza y no sirve, y puñal del demonio) ó otro cualquiera ministro de los allegados á falso testimonio, le sea lícito desollarle, y andar con el pellejo en las manos entre los pleiteantes, para que le dé cada uno un tanto, como lo hacen los que tienen ganado con el que mata el lobo: advirtiendo y mandando estrechamente á quien tal hiciere, que no diga viene de matar un hombre, sino de despabilar una vela de á dos, que ardia en daño de muchos y se consumia entre sí misma.

Otrosí, porque sabemos hay cierto género de letrados, que como mujeres comunes, admiten á todo litigante, y más si es apasionado, entreverando y añadiendo las letras de los escudos que ellos reciben, á las leyes, con que es fuerza mudarles las significaciones y entendimientos,—declaramos á los tales por patrones alquilados, y por abogados de los pleitos, y no de los pleiteantes. Y damos por bienaventuradas las repúblicas que carecen dellos, de la manera que aquellos mares serán pacíficos que carecen de piratas. Asimismo, visto que la presuncion del vulgo bárbaro califica los estudios y ciencia con los años, mirando en los letrados, médicos y áun teólogos más en la barba que en la ciencia,—ordenamos que todos estos, ántes de ir á las universidades á graduarse de ciencia, vayan á casa de algun remendon de la naturaleza, ó á vivir algun tiempo

entre los ermitaños, á graduarse de barbas. Sólo les vedamos ir á casa de los barberos, porque estaria en sus manos dejarlos sin ciencia, con quitarles la barba y rapársela toda.

Otrosí, damos por incapaces de razon á todos aquellos que, habiéndoles Dios hecho bien criados de personas, son mal criados de gorra; y deleitándose en ser descorteses, se consuelan á vivir malquistos. Y asimismo declaramos por regatones de cortesías y por ladrones, sisadores de excelencias, señorías y mercedes, á todos los que á los titulados dicen vuselencia, en lugar de vuesa excelencia; y vusía en lugar de vuesa señoría; y á todos los demas vuesarcé, en lugar de vuesa merced.

Finalmente, visto que de ordinario andan muchos poetas enfermizos por tener tan gruesas las venas y tener necesidad de sangrarlas, mandamos á todos los cirujanos sea esto con ballestilla, si no quieren gastar las lancetas y caer de nuestra gracia.

Todas las cuales cosas mandamos guardar á nuestras justicias irremisiblemente con el rigor acostumbrado.

Por mandado del consejo de la Gruta,

El Licenciado Cisca, secretario.

INVECTIVAS CONTRA LOS NECIOS.

GENEALOGIA DE LOS MODORROS.

Para que más fácilmente se pueda tratar desta materia y darse mejor á entender, será necesario saber qué quiere decir genealogía, y de qué partes es compuesto, y qué quiere decir modorro. Es, pues, de saber que este vocablo *genealogía* está compuesto de dos nombres, el uno latino, y el otro griego; el latino es *genus*, que quiere decir en nuestro romance castellano, linaje, y el griego es *logos*, que quiere decir *sermo;* y de ahí vino á decirse genealogía, que quiere decir declaracion de linaje. Ahora resta de saber qué quiere decir *modorro*, y cuántas maneras de necios hay, y en qué concuerdan, y en qué difieren, para saber de dónde tuvo principio la necedad. Es, pues, de saber que hay diferencias de personas deste humor; los unos se llaman *necios*, los otros *majaderos* ó mazacotes, los otros *modorros*. En lo que estas tres personas concuerdan es en saber poco; en lo que difieren es en la significacion de los nombres. La primera persona, que es *necio*, es el hombre que es menester tratalle para entender dél lo que sabe, y meterle en algunas cosas delgadas para que descubra lo que sabe; porque al primer toque no se puede percibir de los semejantes lo que son. La segunda persona, que es

majadero ó mazacote, es más clara de conocer, porque majadero ó mazacote se llama al hombre que no ha comenzado bien á hablar, cuando nos da á entender lo que es en las palabras que dice. La tercera persona, que es *modorro*, es tan fácil de conocer, que no es menester hablalle, sino poner los ojos en él y en su traje y talle para conocelle; y este último es el peor humor de todos. Sabido, pues, qué es genealogía y qué es modorro,—querrá decir genealogía de los modorros, declaracion de la descendencia y orígen de los que poco saben; por donde se dará á entender de dónde tuvo principio la necedad, y qué hijos y descendientes tuvo. El primero deste linaje fué el *Tiempo bastardo y perdido:* este fué el que instituyó y fundó el mayorazgo y el que ganó el blason deste apellido. Con tal cabeza podeis conocer los miembros cuáles fueron, especialmente teniendo obligacion de guardar las condiciones á que el tal fundador les obligó. Las cuales fueron tan fáciles de cumplir, que no solamente fueron cumplidas aquellas á que estaban obligados, pero aún mucho más, como se verá por el discurso desta historia. Los cuales, aunque no hicieron más de lo que les estaba mandado, fueran harto perdidos, porque el fundador les mandó que el que sucediese en sus bienes los pudiese vender, trocar, cambiar, enajenar, perder, jugar y hacer dellos todo lo que más útil fuese para que más fácilmente se gastasen en cosas que costasen mucho y valiesen poco, durasen poco y pareciesen bien, y que ninguno tomase parecer de nadie, aunque le hubiese menester mucho, y que nunca le diese pena deber muchos dineros, aunque no tuviese de qué los pagar, y otras cosas así semejantes. Y porque parece que nos hemos divertido en cosas que por ventura no dan gusto á vuesa señoría, volvamos al *Tiempo perdido*, que fué el principio de nuestro tema, el cual fué casado con la *Ignorancia*, en lo cual se nos da á entender cómo los que tienen en poco la pérdida del tiempo es por falta de la consideracion, y así los hijos

que deste matrimonio salen son palabras vanas, que aprovechan poco y dañan mucho, pues con decir *pensé que*, dan á entender á muchos lo que saben pocos.

Dice más el autor, que «la *Juventud moza* fué casada con el *Pecado*,» lo cual es fácil de entender; y aunque en decir juventud podia excusar decir moza, por exagerar el brío de la Juventud quiso dalle ese epíteto, como quien llama á la nieve blanca, no pudiendo ser de otro color. Y volviendo á nuestro propósito, digo que por la mayor parte, todos los mozos, pensando que tienen la vida por muchos dias, métense en ese miserable cáos sin rienda, y ninguna cosa aman más que á él: lo cual hacen por tener poca experiencia para gobernarse, y porque ninguna cosa ellos desean más que la libertad, y esta tienen todos los que siguen el pecado, y por la mayor parte los que la siguen son los mozos.

Dice el autor que la Juventud moza fué casada con el Pecado; dice más el texto, «y tuvieron tres hijos que son *No sabía*, *No pensaba*, *No miraba:* bien parecen hijos de un padre y de una madre, pues así en el nombre como en la condicion se parecieron tanto los unos á los otros, como aquí se ve claramente.» Quiere, pues, darnos á entender el autor en figura destos tres hijos de la Juventud, que los mozos cuando pretenden hacer alguna cosa, se siguen por su parecer y apetito, y rigiéndose por su voluntad, no consideran lo pasado, que es el no sabía; no atienden lo porvenir, que es el no pensaba; ni ven lo presente, que es el no miraba.

Dice más adelante el autor que «estos tres hijos de la Juventud se casaron sin licencia de sus padres, y hubieron por hijos á *Bien está*, *Tiempo hay*, *Mañana se hará*.» Casarse sin licencia de sus padres no es otra cosa sino no aprovecharse en las cosas que los hombres mozos deste tiempo hacen, del uso de la razon de la cual nos habíamos de arrear mejor que de ninguna joya del mundo, y sin ella

no habríamos libertad para nada. Y el no usar deste uso de la razon hace á los hombres engendrar hijos que les valdria más no haber nacido que tenellos; porque el hijo mayor, que se llama *Tiempo hay*, no es otra cosa sino dilatar todas las obras virtuosas con buenos deseos para la vejez; y el *Bien está* es cuando un buen cristiano quiere aconsejar al que no lo es que se enmiende, y lo convence con razones, el cual responde al que se las dice: «Bien está;» y si tras esto le importunan más, ciérrase, diciendo: «Mañana se hará.»

Dice más el texto: «este *Tiempo hay* fué casado con su hija *No pensaba*, y tuvieron por hijos á la *Necedad* y á *¿Qué me dirán?*, *Descuidéme*, *Ya me lo sé.*» Ninguna cosa me espanta más que una persona como el Tiempo (á quien los filósofos que algo entienden dan el renombre de sabio, y áun dicen algunos que á ninguno le compete con más razon este título) verle casado con una mujer necia, como *No pensaba*; pero quien yerra, y en lo que toca á su alma, no le pida nadie que acierte en lo demas, porque al fin lo contrario es la verdadera discrecion. El primer hijo que tuvieron fué la *Necedad:* de hombre tan inconsiderado en casarse y de una mujer tan poco avisada, ¿qué pudo salir sino necedad? El segundo hijo que tuvieron fué *¿Qué me dirán?* Esto es claro: cuando en algun pueblo principal se quiere hacer alguna fiesta ó regocijo, y algun caballero está tan empeñado, que no tiene de donde haber un real sin que venda su hacienda ó lo tome á cambio, dícele su mujer ó su pariente ó su amigo: «Señor, no lo hagais; mirad que os perdereis si os deshaceis de lo que teneis, porque estais muy gastado;» y lo que responde á los que de sus propósitos le disuaden: «Eso, señor, no cumple con mi honra. Si no salgo allá, si no gasto como los otros, ¿qué me dirán?» De manera que tiene más escrúpulo de fama que de conciencia. El tercer hijo quel *Tiempo hay* tuvo fué *Descuidéme*, el cual viene tras *¿Qué me dirán?* Porque despues

que uno en una fiesta como la pasada determina de agradar al mundo y agraviarse á sí, echa ménos lo que ha gastado, y le vuelven á referir el yerro que ha hecho en gastar lo que gastó, parécele que da muy bastante disculpa con decir: «Descuidéme;» y cuando le aquejan más y le dan á entender la poca experiencia que tiene de las cosas, lo que responde es: «No me digais nada, no me deis consejo; que *ya me lo sé.*»

Dice más el autor, que «esta *Necedad* fué casada con *Quizá*, y tuvieron tres hijos: á la *Vanidad*, á *Quizá si el chico*, á *Quizá si el grande.*» Casarse la *Necedad* con *Quizá* no es otra cosa sino abrazarse algunas personas con pensamientos que tienen más apariencia de vanos que de ciertos: con decir que el Rey me dará de comer, al Duque tengo de mi mano, favor tengo harto. Y el que eso dice no mira el poco merecimiento que tiene, y cómo no tiene vaso donde quepa un cargo como el que pretende; y así le sucede todo como hombre incogitado, y los hijos que destos pensamientos vanos salen, son *vanidad.* Hay otros que sin rienda gastan lo que tienen con decir: «No ha de faltar; que si el chico muere yo tendré de comer, y si no, el grande es mi deudo, no me lo podrá dejar de dar;» y todo pára en *quizá.* De manera que están muy contentos de sí con estas esperanzas inciertas. Decir «quizá si el chico, quizá si el grande» hallarán fácil el consuelo para sí, el cual otros que entienden más que ellos lo tendrian por dificultoso de hallar para nadie.

Va adelante el autor diciendo: «Esta *Vanidad* fué casada con su tio *Descuidéme*, y tuvieron por hijos á *Aunque no querais*, y á *Galas quiero.*» Y en esto nos da á entender el autor la libertad que algunas mujeres tienen con sus maridos en la veneracion que son obligadas; pero yo no quiero tratar aquí de las semejantes, sino de aquellas que quieren gobernar á sus maridos no teniendo capacidad para gobernarse á sí. Las cuales son tan porfiadas en su necedad y

en todo cuanto dicen y hacen, que aunque sus maridos les traigan mayores y más eficaces razones que podia traerles Aristóteles ó Platon, para estorbarles de hacer lo que pretenden, son tan poco bastantes para ellas, que es lo mejor no les decir ninguna; y si el pobre del marido viene á decir á su mujer, cansado de dar voces y de oirlas: «No quiero que hagais eso;» ha ya venido el mundo á tal extremo que les vienen á decir en sus ojos, *aunque no querais*. Pues, ¿si algun marido topa con alguna mujer galana de corazón? Allí es el trabajo, allí son los malos manteles, allí es el rezongar y andar rostrituerta, si no le matan aquella sed insaciable que tiene de vestidos para vestirse, y de tocados para tocarse, de joyas para echar de verse; á lo cual, si el marido no corresponde conforme al apetito de su mujer, no hay pertrecho ni tiro de artillería que suelte con más furia ni con más presteza que la mujer en tal tiempo suelta la lengua. Y si el marido le dice que está en necesidad, respóndele la mujer: *Galas quiero;* si la dice el marido que tiene muchos hijos, respóndele la mujer: *Galas quiero;* y no hay predicador ninguno, por recogido que ande en su sermon, que tantas veces vuelva al tema como ella. Y así acontece muchas veces medirla su marido la cabeza á puños, y las espaldas á varas, y despues venir él á tal término con ella, que como no la puede acallar con palabras, la viene á acallar como á los niños, con un brinquiño ó con una gala: y seríales harto mejor criar sus hijos, mirar por su casa y gobernar su familia, que no tratar de gastos á sus maridos por cosas que se podian excusar.

Dice más adelante el autor: «el *Desastre* fué casado con *No faltará*, y tuvieron por hijos á la *Desdicha* y á la *Necedad;* y al *Desastre* habrá venido por los sucesores del fundador.» Pero con todo eso, ninguno dellos se podrá persuadir á creer que le habia de faltar qué gastar; y así el *Desastre*, padre del último poseedor, vino á casarse con *No faltará;* y como la esperanza estribaba sobre tan mal

cimiento, vinieron á haber por hijos á la *Desdicha* y á la *Necedad*, los cuales dieron cabo de sus padres. Esto acontece agora cada dia en nuestros tiempos, que ha crecido tanto la locura y vanidad del mundo, que no hay hombre, aunque no tenga sino una espada y una capa, que no quiera que ande su hijo como hijo de caballero y de señor; y los pecadores de los padres que tal hacen yerran claramente, porque mejor les sería criar sus hijos y dotrinalles y hacelles trabajar y entender en oficios virtuosos donde pudiesen aprovecharse, que no en consentilles con su pluma en la gorra y su espada en el lado, la contera en la cabeza, el seso en el calcañar. Los que no quisieren creer lo que digo, tomen lo que ganaren en hacer lo contrario, porque de hacello se vendrá á verificar en ellos lo que dice el autor, y podríanles decir con mucha razon que sus hijos son tu *desdicha* y su *necedad*.

Dice más el autor que «esta *Desdicha* y *Necedad* se casaron con dispensacion.» Esta dispensacion, aunque era entre personas de tanto deudo, se alcanzó fácilmente, por parecelles á los que la dieron que pues la *Desdicha* y la *Necedad* eran de una profesion y de una condicion, que les dicen verdad, ó «bueno está eso», ó «qué le va á él,» como si cualquier hombre del mundo no estuviese obligado á desengañar á su prójimo viéndole ir errado. Mas hay tanta perdicion ya en él, que los más perdidos no quieran admitir consejo de nadie; ántes, no le teniendo para sí, le quieren ellos dar á otros, diciendo: «Paréceme á mí;» aunque si esta palabra pasase un poco más adelante, sería virtud diciendo: «Paréceme á mí que voy errado.» Pero es todo muy al reves, porque hay muy pocos que conozcan su yerro, y muy pocos que se atrevan á reprehender á nadie, y si se atreven una vez, no se atreven dos, porque las respuestas que les dan son decilles: «Déjese deso, no es posible, no me diga más;» y como son tan desabridas, no hay ninguno que las quiera oir otra vez. ¿Pues cuando un hom-

bre se determina de perder el temor á Dios y la vergüenza á las gentes? Allí es lástima de velle endurecido y obstinado en su error, y ver el mal rostro que pone á todos los que le dicen lo que le cumple. Hay otros hombres tan llenos de cólera, que por lo ménos les parece que hacen honra de la vida á todos aquellos con quien tratan: á estos, pocos se hallarian de su condicion, que serian para en uno, aunque entendieran que habian de venir á morir de hambre; pero parecióles ménos inconveniente para tener una casa que no en dos.

«Los cuales hubieron por hijos á *Bueno está eso*, *Qué le va á él*, *Paréceme á mí*, *Déjese deso*, *No es pusible*, *No me diga más*, *Ello se dirá*, *Verlo heis*, *A voluntad determinada excusado es consejo*, *Aunque no querais*, *No son lanzadas*, *que dineros son*, *Galas quiero*.» Todos los hombres que tienen poca cuenta con lo que les cumple así á su conciencia como á su descanso, les acontece, como á la desdicha y á la necedad, que si les dicen algo (procurando de apartalles del camino por donde se seguian, y poniéndoles los inconvenientes delante), no pueden persuadirse á creer que se atrevan á aconsejarlos; porque aunque les pongan delante el peligro que traen de perder la vida, muéstranse tan denodados los que tan semejante condicion tienen, que no pueden persuadirse á decir otra cosa sino: «Una muerte debo á Dios, salir tengo con la mia.» Hay otros de otro humor, que tienen alguna flema y escuchan una razon y otra de aquellos que les aconsejan que se desvíen del ruin propósito donde se inclinan; pero no creen nada de lo que les dicen; ántes piensan que ellos solos son los que aciertan, y que es grande magnificencia gastar sin órden lo que tienen, y por este camino han de ser tenidos en mayor veneracion y por de más suerte y de más hacienda. Y así dice á sus consejeros: «Ello se dirá, verlo heis como, si más claramente vereis mis propósitos si salen vanos, vereis mis fines si van bien enderezados;» y no está tan léjos el plazo

adonde los remiten que muy brevemente no le puedan ver; sino que los tristes piensan que no ha de llegar: y como están tan ciegos en lo que hacen y en lo que dicen, aunque tienen el fin y el remate de sus propósitos delante de los ojos, no le ven. ¿Pues algunas mujeres de nuestros tiempos? No hay ménos que decir dellas que de los hombres: digo de algunas; que otras hay de quien muchos podrian tomar consejo y mirarse en ellas. Pero yo ni he tratado ni trato aquí de las semejantes, sino de las que tienen necesidad de consejo ajeno, por ser tan malo el suyo. Guárdele Dios á un hombre de topar con una mujer que tenga libertad y sea amiga della; que por cuerdo que sea, y aunque lo sea y aunque lo fuese tanto como Salomon, no sería bastante para rendir y sujetar á una mujer, si ella de su propia inclinacion y virtud no lo quiere hacer: porque son de tal condicion las mujeres, que aunque son variables por la mayor parte en las cosas que dicen y hacen, si toman un tema, no es bastante, si sólo Dios, á aquietallas; y están más pertinaces en ello que ningun hombre del mundo lo podrá estar, por animoso y fuerte que sea en cosa donde sea menester constancia. Y ni aprovecha atemorizallas, ni amenazallas, ni poner las manos en ellas; ántes entónces se endurecen más, y á trueque de salir con la suya, están determinadas de sufrir mil martirios ántes que desistir de lo que tienen comenzado. Y aunque toda la inmensidad de gente sea á decilles su parecer, están tan sordas las que semejante condicion tienen, que ni tienen oidos para oir, ni ojos para ver, ni entendimiento para entender lo que les dicen; y así se podrá decir por ellas: *A voluntad determinada, excusado es consejo.* Y es así, que verdaderamente ni consejos ni razones no bastan á poner en razon una mujer cuando se determina á decir: *Aunque no querais.*

Pero dejemos eso, y tratemos de algunos hombres que tratan de casarse en nuestros tiempos, á los cuales vereis ántes de llegar á ese punto, determinados diciendo: «No

me tengo de casar si no me dan mucho dote; la mujer que yo tomare me ha de sacar de necesidad» (y quien aquello le oyere decir tendrále por hombre que mira con cordura las cosas que le tocan); llegando el punto en que se casa con el dote que esperaba, distribuir la mayor parte en galas para su mujer. Y aunque ella sería para estorbarle algunos gastos, no lo hace; ántes le persuade que haga más; y parécele al marido que si no lo hace ansí, que no cumple con su honra ni le tendrán por hombre generoso. Así que si mucho dote hubo con su mujer, á mucho se obligó. Tras esto vienen los consejos de los amigos y de los parientes, los cuales dicen al recien casado: «Señor, mirad que hay mañana, mirad lo que gastais, mirad que despues lo echaréis ménos;» á lo cual responde: *No son lanzadas, que dineros son;* como si hubiese en el mundo lanzada que más lastime que la del dinero. Cuando el dote esté acabado me lo dirán; cuando las joyas sepan las casas y calles del lugar mejor que sus dueños, lo verán; entónces sentirán la llaga y no podrán remediar la herida.

Hay tambien algunas mujeres que ponen toda su felicidad en traerse y aderezarse, y paréceles que si dejan algun dia de andar hechas mayas, andan á la vergüenza. Por estas se podia decir:

Sus arreos son tocarse,
Su descanso ataviarse.

Y llega ya esto á tal extremo, que con ser las mujeres de su propia inclinacion amigas de andar y de ir á holgarse, si alguna llama á otra para ir á alguna estacion ó romería, si no está muy á punto de salir de casa, fuerza su mesma inclinacion y tiene por mejor quedarse que no salir sin aderezarse, puesto que no desea otra cosa más que salir á ver y á ser vista: pues, como tengo dicho, no tienen otro fin estas tales sino traerse y aderezarse, y están tan aficionadas á esto y tan embebecidas en no gastar el tiempo en otra cosa: y les parece que si en otras se ocu-

pan diferentes desta, que le han gastado muy mal. Y no ha de ser nadie para decirles su parecer, y al que se lo dice, le tienen por enemigo, y toman con él tanto odio como si les hubiese hecho una muy grande afrenta; y las Ave-Marías que hallarán en las bocas de las tales son: *Galas quiero.* Y así se huelgan cuando les alaban mucho sus galas y las hechuras de sus vestidos. Y ansí aconsejo á todos los que quisieren probar con ellas, alaben mucho lo que traen y la gracia con que lo ponen; porque esto es lo que quieren y lo que desean.

Dice más adelante el texto, «estos hijos faltaron á *Galas quiero* y á la *Necedad*» no es otra cosa sino echar ménos los consejos cuando se acaban los dineros. Dice más la letra: «Y gastaron su patrimonio.» Dijo el uno al otro: «Tened paciencia, que á censo tomaremos; dineros no han de faltar, seguiremos nuestro oficio;» y ansí lo hicieron. Y acabado el año, como no hubiese de qué pagar el censo que tomaron, lleváronlos á la cárcel.»—Esto todo es declaracion de la figura y cifra pasada, porque todos los disparates de que arriba se hace mencion, vienen á parar en esto; y porque cuando un hombre ha gastado lo que tiene y lo que no tiene, desesperado de verse pobre y que no tiene de dónde lo haber, determina de vender su hacienda. Vendida su hacienda, vuélvese el marido á su mujer, y dícele: «Pues no tenemos qué comer y no me habeis dado ménos ocasion de la que yo he tomado, gastadlo; tomémoslo á censo que no faltará quien nos lo dé.» Hecho ansí y llegado el término de la paga del censo, falta de qué pagar; y aunque algunos pueden, cuando llegan á este punto, ausentarse de sus casas y pueblos, como están criados á par del hogar, como gatos mansos, háceseles dificultoso el salir de cabe las faldas de sus mujeres, y así á estos por la mayor parte les acontece venir á prendellos la justicia dentro de sus casas cuando les parece que más descuidados están en ellas.

Dice más adelante el autor: «Puestos en la cárcel, fueron visitados por *Dios hará merced.*» Esto es cosa muy cierta: cuando un hombre está preso y cuenta sus cuentas á sus amigos que le van á ver y le dan ruines esperanzas de su libertad, consuélase él diciendo: «Dios hará merced.»

Dice más la letra: «La Pobreza llevólos al hospital, donde murieron.» Esto por nuestros pecados será visto en nuestros tiempos, que han venido hombres que tenian bien lo que habian menester (por no saber regirse y gobernarse y por no saber considerar que tras un dia viene otro), á perderse de manera, que puestos en la cárcel por deudas, han llegado á tanta pobreza, que sus acreedores han consentido que los suelten; y salidos de la cárcel, salen tales, que de compasion los llevan al hospital, donde acaban.

Dice más adelante el autor: «La autoridad de *Galas quiero* y *No miré en ello*, fuéronse al infierno con su abuela la *Necedad.*» Lo cual yo no tengo por dificultoso, porque un hombre que desde que tuvo uso de razon, á rienda suelta se metió en los vicios y pecados del mundo, en breve tiempo mal puede arrepentirse dellos; porque cuando á alguno de los semejantes le llevan al hospital, va ya tan al cabo, que nunca va por su pié, y parece que entónces le dejan ya los pecados á él, y no él á los pecados. Y habiendo durado y permanecido en ellos toda su vida, muy gran contricion y arrepentimiento ha menester para salvarse; y porque esta sea con tanta dificultad, dice el autor que la autoridad de *Galas quiero* y *No miré en ello*, se fueron al infierno con su bisabuela la *Necedad;* lo cual no tiene necesidad de glosa, porque estas palabras son su declaracion y glosa de todo lo que se ha dicho arriba.

Y considerado lo pasado y el principio, discurso y fin desta obra, cualquier hombre de entendimiento podrá tomar aviso en ello y mirar por sí; no le acontezca, por ser inconsiderado, lo que aconteció á los desta gencalogía,

que vinieron á dar ruin cobro de sí en esta vida, y muy peor en la otra: de manera que este ejemplo sea parte para sacar al malo de su ruin costumbre, para que ande camino derecho y dé espuelas al bueno para que siga su jornada, y pase más adelante en la virtud ó buen propósito. Amén, etc.

DESPOSORIO ENTRE EL CASAR Y LA JUVENTUD,

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

El *Casar* se desposó con la *Juventud*, y de este matrimonio tuvieron dos hijos, que nacieron de un vientre: al primero llamaron *Contento*, y al segundo *Arrepentir;* murió la madre de este parto. El *Contento* murió muy niño, pero su hermano *Arrepentir* vivió muchos años, el cual, de escarmentado por lo que habia visto en casa de sus padres, no quiso tomar estado, y andúvose por el mundo sin dejar parte de él que no visitase. Al cabo de algun tiempo dió en hacer el amor á doña *Viudez*, señora de tocas, la cual habia muy pocos dias que enterró al *Sentimiento*, su marido; y teniendo en su casa á *Cumplimiento* y *Soledad* por criados, se aficionó de *Cumplimiento;* pero duróle poco la aficion, porque luégo se lo llevaron á palacio para que sirviese al *Rey* de engaños. Quedóse *Soledad* con su señora doña *Viudez*, y la acompañó una tarde, que fueron á una junta de dones, y encontró con tres amigas, con cuya conversacion se divirtió de manera, que cuando su ama se quiso volver á casa no la acompañó la *Soledad:* las amigas

fueron *Mirar de lado*, *Descubrir la mano* y *Pláticas excusadas*. Hallóse la *Soledad* muy afligida por verse sin su ama: invióla un recaudo para que la recibiese, el cual dió *Pláticas excusadas;* y de lo que sirvió fué de que *Pláticas excusadas* se quedase en casa y á *Soledad* áun no la pagaron su salario.

En esta ocasion andaba *Placeres* muy amartelado de la señora doña *Viudez*, y dióle los recaudos á *Pláticas excusadas*, por cuya tercería se vinieron á querer mucho *Viudez* y *Placeres*. De la primera vez que se vieron quedó preñada la señora doña *Viudez* de un hijo que llamaron *Errando* de propio nombre, como su padre.

Este hijo confirmó tanto el amor de *Viudez* y *Placeres*, que no fué posible conseguir que *Viudez* diese oidos á los recaudos con que la solicitaba *Arrepentir;* el cual despechado por esto dió en un gran desbarro, que fué enamorarse de una ramera pública y de todos, llamada doña *Esperanza*. Con esta pues se amancebó, y tuvieron doce hijos, á los cuales llamaron con diversos nombres, sin que ninguno dellos perdiese el de la cepa de su padre. Al primero llamaron *Sufrir y llevar la carga;* al segundo, *Mal infierno arda quien con vos me juntó;* al tercero, *Dios me dé paciencia;* al cuarto, *Dios me saque de con vos;* al quinto, *Si yo me viese libre;* al sexto, *En mi seso no estaba yo;* al sétimo, *Esta y no más;* al octavo llamaron *Talega de sal;* al noveno, *Qué trajisteis vos?* al décimo, *Otras se gozan y se hacen esponja;* al onceno, *Quién me lo dijera á mí!* al doceno, *Más vale capuz que toca*. Dejo de decir otros dos hijos, que por no saber cierto cúyos son, no los ha querido conocer por tales el *Arrepentir:* estos son *Celos* y *Mala condicion*.

Viéndose con tantos hijos el *Arrepentir*, trató de que se le dé la franqueza y exencion de que gozan los de la descendencia de los *Modorros:* á este pleito salió *Pensé que* con poder especial, y dijo que no debia gozar de privile-

gios por ser los hijos no legítimos; á lo cual se replicó que sí lo eran, y que desde mucho ántes del Concilio los habia habido y con palabras de casamiento, lo cual era verdadero matrimonio. Y estando el pleito concluso en el tribunal de la *Experiencia*, se pronunció sentencia definitiva y se despachó ejecutoria della, en que declararon al *Arrepentir* y á su descendencia por libres y exemptos de todo bien y contento. Y esto como ya ejecutoriado se guarda y observa inviolablemente. Porque venga á noticia de todos, etcétera. Dada en la aldea del Buen gusto, á 1.° de Mayo de 1624 años.—*Don Francisco Gomez de Quevedo.*

ORIGEN Y DEFINICIONES DE LA NECEDAD,

CON ANOTACIONES Y ALGUNAS NECEDADES DE LAS QUE SE USAN: SU AUTOR DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

El *Confiado* de sí mesmo y la *Porfía*, al cabo de largo tiempo y de entrañable amor que el uno al otro se tuvo por inclinacion natural (amando cada cual su semejante), se casaron, y de este ayuntamiento tuvieron copia innumerable de hijos. Estos se juntaron unos con otros por dispensaciones del Tiempo, y no perdiéndole en el producir, dió este grano ciento por uno, por cuya causa vino á ser infinito el número de necios, y sus impertinencias y abusos sin enmienda ni reparo. Cada uno de por sí introdujo nuevo lenguaje y jerigonza, procurando que ni el olvido los sepultase ni el tiempo los consumiese; y así lograron sus designios, de suerte que con haber comenzado

pocos años despues que el yerro de nuestros primeros padres, es grandísimo su número, y muy limitado y no conocido el de los discretos, a quienes la necedad aflige y persigue con las produciones que vemos.

Necedad se llama y es todo aquello que se hace ó dice en contra ó repugnando á las costumbres de cortesía ó lenguaje político.

Algunas necedades se apuntan en este breve discurso, como por él se verá, pues que todas sería intentar lo imposible, siendo, como es, tal y tanta su diversidad, calidades y muchedumbre, de que el hombre debe huir, como el navegante del peñasco ó bajío que le amenaza, y son las siguientes:

El ocupar uno lugar de donde le pueden decir que se quite, necedad á perfil.

El competir con persona poderosa quien no lo es, necedad á prueba de mosquete.

Sacar el lienzo y sonarse las narices habiendo comenzado algun discurso ó plática, necedad azafranada; y si alguna vez se divirtiere en la conversacion de recogerle, haciendo alarde y mirando la superfluidad del celebro que quedó en él, porquería y asquerosa resolucion.

El preguntar uno al otro cuando le entra á visitar, habiendo visto la ocupacion en que está: «¿Qué hace vuesa merced?» necedad aventajada.

El decir uno á otro cuando se ven en alguna parte: «¿Acá está vuesa merced?» necedad garrafal.

Tener un libro en la mano y quitarselo otro, necedad con capirote; y si éste añade quitarsele estando leyendo, necedad con falda, de que no releva la amistad; y si ya no es que el que leyese se le ofrece segunda vez. Lo mismo se entiende en un instrumento en que otro está tañendo; y si tras quitársele de la mano se pone á templar, dando á entender el defecto del que le tañía y su mal oído, queda declarado por necio de pendon y caldera.

Preguntar una persona á otra, viéndole con muestras de salud entera, que ¿cómo está?—superfluidad parece en medio de necedad; siendo más propio decir: «Huélgome de veros con salud.»

El sacudirse un hombre los piés del polvo ó lodo habiendo ya entrado á estancia ó pieza á donde está la persona á quien va á visitar, necedad con capuz.

El deshollinarse y escombrarse uno con los dedos las narices estando en conversacion, necedad lampreada; y si tuviere hormigos y fideos de lo verde y seco del remanente, declárese juntamente porquería de lomo.

Repetir uno en un mismo dia y en una misma conversacion una misma cosa, por la primera vez se le atribuye á falta de memoria, y la segunda se declara por necedad venial, y la tercera reincidencia se confirma por necedad entera con bordon y esclavina y notoria falta de caudal.

Y si alguno apuntase alguna necedad con palabras significativas, llevándolo por lo perfilado y escuchándose, y la quisiere dejar en parte advertida (por no poder salir della, como de ordinario acontece), se le compela por todo rigor de razones picantes á que juegue della como de pieza tocada, ó quede desde luégo declarada por necedad con caparazon, y la segunda vez por necedad con gualdrapa.

Si alguno interrumpiere el discurso ó plática por alguno comenzada en conversacion, quede declarado por semitonto, por el *a b c* de la cortesía; la segunda vez por necio alcohòlado en tinto, hablador de ventaja y sobresaliente de la baraja de los necios; y á la tercera sea acusado que ignora la puerta por donde se entra á los términos cortesanos. Declárese asimismo por necio el que se metiere en la conversacion, plática ó habla de otros, mayormente si en ella están dos solos; y si á esto se añade ver que se recatan de él ó muestran disgusto, y sin embargo perseverare, quede por necio de la China; y si diere su razon sin pedírsela, líbresele ejecutoria grátis para que allí y en

toda parte use de su oficio, sin que se le pida otro de exámen ó recaudo.

Item. Se declara por necio de tres capas al que en visita ó conversacion de damas se pone á referir lo que con otra le ha pasado; de donde por lo ménos se saca dos partes de aborrecimiento y una de hablador, con un «Dios os provea por esta acera» á sus pretensiones. Y tambien por donados de la ignorancia á los que por entre negocio y falta de materia, de razones y caudal, lo cuentan de otros.

A los que, pasando de una vez, se arriman al comun bordoncillo del vituperio de los tiempos, si están frios ó cálidos, lluviosos ó secos, que son las ventas, mesones y paraderos perpétuos de la necedad,—se les declara tales de por vida.

Item. Se declara y confirma por necio de manga de armar al que, refiriendo las gracias de sus hijos, tapa y pone de lodo una conversacion, causa de desabridos bostezos en los circunstantes; y si á esto añadiere el estado de sus pleitos, hacienda y fábricas de sus casas, edificios, y designios de sus pretensiones, quede por necio de tres altos y impertinente de veintidos quilates. Y se le echa calza para otras conversaciones, en las cuales sin nota alguna se le vuelvan las espaldas. Y cualquiera que le denunciare por tal sea creido por sola su palabra, sin otra prueba, averiguacion ni juramento, y se le libre título de quebrantahuesos.

Tambien se declara por necio gordal justísimamente, y por ignorante con más bastas que un colchon, el que difiere para mañana lo que hoy su fortuna le pone en las manos, sin alcanzar la excelencia de lo que aquel dia es, ni las dudas del que viene, ni la diferencia que hay de lo que es á lo que puede ser, y lo que hay del acto á la potencia; y se le ponga demas desto perpétuo silencio si reincidiere á las quejas que otros suelen formar de ella de los efectos de su signo.

Declárase por necio de pernil al que, entrando por una puerta que halló cerrada, la deja abierta; y si se le probare la inmemorial costumbre, se declara por necio perpétuo como censo irredimible.

Dásele una parte de necio de volatería y dos de desmemoriado, una de embelesado y tres de modorro, al que, refiriéndole otro un caso, al medio ó casi á lo último se le vuelve á hacer repetir, preguntándole: «¿Cómo es eso; que no he estado en ello.» Declárese en reincidencia por hombre que siente mal de las cosas de la loable discursiva y sus excelencias; y á la tercera se repele su asistencia de los lugares donde se tratare de tan alta materia, como á incapaz de ella.

Item. Se declara por caballero aventurero de la necedad el que yendo á caballo lleva los piés engargantados en los estribos, y los talones metidos en la jineta, fuera del uso comun y ordinario de andar; pues por lo ménos saca de semejantes actos nota de extremado, de que debe huir todo hombre.

Declárase por necio de primera tijera el que, siendo hombre de razonable hábito, va por la calle hablando con voz desentonada, descompuesta y alta, argumentando, lleno de incapacidad y de todo género de compostura interior, de que los exteriores dan verdadero y claro testimonio. Exclúyese al tal de ser ocupado en actos prudentes y cuerdos por el olor y cercanía que tiene con los temerarios.

Item. Se declara por necio de los de cuatro en púa al que va por la calle hablando consigo mismo á solas entre sí, y se pregunta y se responde; y si á esto añade efectos de rostro y manos, estiramiento de cejas y alzar los ojos, paradillas de cuando en cuando, de trecho en trecho,—se declara juntamente por legítimo sucesor de aposento, jarro y vela de la casa del Nuncio de Toledo.

Item. Se declara por necio de tres suelas y por chueca

á lo del pecho de azor al que tiene medido el trecho del levantar la mano al quitar el sombrero á otro, con más pausa que pulso de cuartanario en declinacion, y va con cuidado tanteando por la geometría del desvanecimiento si hay uno ó dos dedos de diferencia y dilacion en el acometimiento del otro á él ó dél al otro; se le añade sobre su necedad ó presuncion el esmalte de malquisto y aborrecible y el ser estafermo y dominguillo de todo género de lenguas, á que él mismo se condena; y débesele despachar ejecutoria de necio, de descomedido y ocasionado.

Declárase por necio perdurable al que de la atencion, espacio, comedimiento y cortesía del otro hace obligacion precisa, queriéndole encabezar como arrendamiento de alcabalas, advirtiendo á sus hijos y sucesores desta costumbre como de fuero ó heredad vinculada para su posteridad y descendencia.

Declárase por necio frisado al que se llega á la persona que está leyendo ó escribiendo algun papel; y si á esto añadiese el mirar cúyo ó para quién es, declárase, demas de ser necio, por digno de jáquima, cincha y cola jumental.

Declárase por necio de la ijada al que se rie del que pregunta y aprende, procurando la especulacion de las cosas y su fin; pónesele además desto perpétuo silencio en el voto de ninguna dellas, por la poca estimacion que hace de su poco conocimiento, sin el cual es imposible dar á ninguna el lugar que pide y merece.

Declárase por necio bruñido y grosero en jerga al que en conversacion, y más de damas, empaña las manos en el costado de las calzas, juzga del uso de sus maneras y ocultos escondrijos, haciendo del ferreruelo antipara de su grosería, de donde se espera suceso mejor que rascadura, fomentacion y diligencia ilícita, provocativa y escandalosa, condénese al tal á que en reincidencia le echen maneotas.

Asimismo se declara por necio en todas facultades al que, habiendo la noche cobijado el suelo, si está en su

morada y estancia, abre la puerta della á quien no conoce, enseñándole la experiencia de casos siniestros lo contrario y cuán poca disculpa tiene el que hace su juez al que lo quisiere ser de su persona y casa.

Item. Se declara por necio y grosero enfadoso encalabriado al que en conversacion se corta las uñas; y si á esto añade alguna ventosidad mal lograda expedida por la boca, echada con solemnidad y mondándose los dientes, paseándose, dásele ejecutoria de necio y majadero sin apelacion.

Declárase por necio de más quilates que el oro más subido de Tíbar, y por ignorante con una punta de homicida de sí mismo al que teniendo el estómago á teja vana y el vientre vacío, convidándole á comer una y dos veces, dice que ya es despues.

Item. Se declara por necio anticipado como flor de almendro y fruta de la Vera al que, habiendo subido de bajo estado á dignidad, no conserva, agasaja y da mano á los amigos de aquel tiempo, para que el que se presentase no sea, como dice el Sabio, pregonero de quien fué, de su bajeza y miseria, y se diga por él que los oficios mudan los hombres de poco valor.

Declárase por necio albar al que, yéndose paseando, aguarda á que el que está en algun puesto le hable, salude y quite el sombrero, no siendo para esto la diferencia del uno al otro notable por calidad ó preeminencia de oficio.

Item. Se declara y desde luégo se da por necio de todos cuatro costados á el que por su lengua y autoridad quiere introducir nuevos modos de hablar y ser vocabulario de sus tiempos. Y si, lo que Dios no quiera, sobre esto diere en la flaqueza de melifluidad y afectacion escuchándose, y querer se sepa el autor de semejantes imprudencias y novedades, se le libre título de doncella seglar que, enjaulada entre monjas, guarda su remedio con la dote en el caudal de su lengua. Y si el tal, para bayetas ripios de la conversa-

cion, usase de algunas difiniciones ó palabras latinas, arrimándose á ellas por faltarle las que en romance corren en la materia (mayormente si la conversacion ó la mayor parte es de romancistas y mujeres), se le libre plenísima ejecutoria de necio con influjo en la lengua infundida en el entendimiento, se le dé el grado con borla y capirote de incapaz en todo género de conversacion; y en caso que en alguna sea admitido, á cualquiera individuo della, aunque sea donado, se le prefiera en las proposiciones, discursos y cuentos; y si el tal hubiere comenzado alguno de su propia autoridad, se le pueda interrumpir y mover la cuestion que le diere gusto á cualquiera.

Declárase por necio de entre gallos y media noche y que siente mal de las leyes bucólicas al que, comiendo á mesa ajena, vitupera y pone tacha á los manjares que á ella vienen y se ponen; siendo más conforme á razon y buena cortesía comer y callar, pues no le cuesta nada.

Item. Se declara por necio acantarado, templado á unos sones con la grosería, al que, sin ser uno criado inferior y súbdito, le llama de vos y en voz inteligible y alta, por el riesgo en que se pone de una mala respuesta y resolucion; y si á esto añadiere hinchar los carrillos en la pronunciacion y lo repitiere algunas veces menudeando como jarro en manos de mayordomo de cofradía, con el fin de que le oigan los circunstantes, y se ensayen algunos para ser mártires de aquella odiosa impertinencia, se le libre ejecutoria de majadero mejido y grosero pasado por agua.

Declárase por necio en la quinta esencia al que, preguntándosele una cosa, responde otra, debiendo el tal hacerse capaz de la pregunta para prevenir y acudir con la respuesta; y si á eso añadiere el proseguir con su plática todavía, perseverando en la dilacion de la enmienda é impedir la comenzada, se le libre ejecutoria de necio de los de marca mayor.

Declárase por necio argentado al que, yendo por la ca-

lle, lleva su sombra por espejo ordinario, preguntando al sol los defectos de sus bigotes por junto á su sombrero, bajo sacadura de pescuezo y espada, y tiesura de cabello, con más continencias, mudanzas y pausas que un maestro de danzar.

Item. Se declara por necio colchado al que á la primera oferta y comedimiento toma el lugar, asiento, entrada de puerta ó paso estrecho sin respuesta ni cumplimiento alguno, no siéndole muy debido sin él.

Declárase por necio de solemnidad al que (ignorando la fuerza que tiene el negociar, y más las cosas de gracia) despues de haber comido, á quien se han de pedir se anticipa y lo remite á cuando el estómago del tal está vacío, y la naturaleza padeciendo con el deseo de satisfacerse, especialmente si el tal es hombre de negocios y viene de fuera y es hora de comer: de adonde es lo más ordinario resultar desabridas respuestas y mal digeridas resoluciones.

Asimismo se declara por necio alcanforado y enemigo de su salud al que en reino ó república extraña se pone á alabar la suya; y si á esto añade vituperar aquella en que se hallare, se le libre ejecutoria de ignorante y temerario, pues aventura no ménos que la vida, donde sin nota la podria conservar.

Declárase por necio cuatralbo y parroquiano de la ignorancia al que, ofreciéndole otro alguna cosa de su aumento y comodidad, se hace de rogar y usa de la vanidad del cumplimiento; segunda vez, líbrasele al tal ejecutoria de ignorante espiritual; y en reincidencia se proceda contra él hasta matar candelas.

Item. Se declara por necio inaguantable al que no deja cosa ni apellido de donde no corte un jiron para su alcurnia hasta dejarla con más cuartos que una pelota francesa; y si á esto añadiese salir del propósito de que se trata en la conversacion por traer esto al suyo, como narices saca-

das de vaso, desde luego, sin otra diligencia ni declaracion, se le añade el título de desvanecido, y se considera cualquiera de los circunstantes, sin incurrir en nota, que se pueda ausentar dejando el juego comenzado y al tal con la pelota en la mano.

Declárase por necio violado y que siente mal los términos de cortesía y políticos el que con afectos de piés, manos y rostro, movimiento de cuerpo, razones mal distintas y resueltas en el pecho y otros defectos, pensativo se quiere extremar de los otros con su presencia; y si á esto añadiere algunas mudanzas de piés, hechas sin són ni razon, desde luégo quede declarado por preboste de la ignorancia; y si fuere persona grave y puesto en dignidad, se declara por incapaz del tal puesto; y si es conde, abrenuncio la reformacion de sus defectos, si es que ya no tenga título de beca ni donado con barba redonda y nunca rapada.

Item. Se declara por necio con verdugo en el celebro y campanario en la mollera al que juzga ajenos motivos de de su casa por imperfectos, y quiere gobernar la ajena; y si sobre esto cayere de traerlo dando parecer al que lo hace sin pedirle ó preceder grande amistad, se le libre ejecutoria de necio en siete lenguas y de impertinente en todas facultades.

Declárase por necio general al que de la causa ajena la hace tan propia, que la viene á echar sobre sus hombros, y los riesgos y dañosos efectos que della resultan y atan las manos en la cabeza, metiendo paz, como ignorante de las reglas de la caridad bien ordenada.

Item. Se declara por necio sayagüés y regoldon al que en conversacion, fija y puesta la vista en alguno della, habla con otro en secreto; y si á esto añadiere efectos risueños ó de admiracion, quede declarado por inocente de companilla y mentecato de gurupera, con permision á cualquiera circunstante de reprenderle públicamente.

Declárase por necio con facultad de sustituir al que, fuera del lenguaje ordinario que corriere en su era, se pusiere á referir sermon, comedias y cuentos, ó discurriendo por otros ó por el repetido de las últimas palabras, diciendo: «Y como pasó esto así;—que como digo.» Y si á esto añadiere lugares de viejas y bordoncillos viejos tragando saliva, tales como decir: «¿Doyme á entender?—¿Están ustedes conmigo?—No quitando lo presente;—si no han por enojo;—y tal cual;—y hablando con poca crianza;» y otros vocablos desta suerte, se le impone perpétuo silencio en toda conversacion donde no haya comadres ni vecinos entre quien no gaste y corra este lenguaje.

Declárase por necio de participantes al que, yendo á casa ajena, se asoma á la ventana ántes de llamar á la puerta; y al que está dentro, que dejó la ventana ú hoja abierta, por la cual pueda ser visto (mayormente si está en acto ó cosa que requiera recato), se le dé título de necio alpargatado.

Item. Se declara por necio pascual al que, trayendo á conversacion méritos ajenos, nace alarde de los suyos, juzgándose digno de la provision en otros hecha, ignorando las demas circunstancias que se requieren, y luégo que ha gastado su hacienda y tiempo, el desengaño le envia al carnero con los muchos. Y si á esto añadiera infructuosas quejas, se le libre ejecutoria de orates, y se remita á la Caridad con la vénia y facultad para poder acudir á la sopa de cualquier convento como militante estropeado, y quede hábil para poder traer cualquiera demanda con insignia y bacinica.

Item. Se declara por necio con felpas y plumas de papagayo al que tirando de la gravedad como el zapatero del cordoban, habla en tono tan bajo y pausado y á lo ministro, que parece saludador, en cuya presencia, en vez de despacho y alivio, es confusion y desórden; buscando retazos de razones imperfectas, pega unas con otras con más

sentidos y dificultades que un algebrista huesos de pierna ú brazo quebrado.

Hay además otros cien mil géneros de necedades que por diferentes modos se traen entre manos, hijas, nietas, biznietas y descendientes de los monstruos atras referidos digno de entender y enmendar, cuya nota y conocimiento queda al discreto letor.

COSAS QUE SE CUENTAN DE LA CORTE,

Y DE AUN FUERA DE ELLA

CARTAS DEL CABALLERO DE LA TENAZA,

DONDE SE HALLAN MUCHOS Y SALUDABLES CONSEJOS PARA GUARDAR LA MOSCA Y GASTAR LA PROSA.

Á LOS DE LA GUARDA.

Habiendo considerado con discreta miseria la sonsaca que corre, me ha parecido advertir á los descuidados de bolsa para que, leyendo mis escritos, restriñan las faltriqueras y que procuren ántes merecer el nombre de guardianes que el de datarios, y el dar sea en las mujeres, y no á las mujeres, para que así merezcan el nombre de cofrades de la Tenaza de *Nihil-demus* ó *Neque-demus*, que hasta ahora se decia *Nicodemus* por el poco conocimiento desta materia. Y sea su nombre de todo enamorado *Avaro-Mathias* (llámese como se llamare, aunque no se llame Matías), y sea su abogado el ángel de la Guarda, que con razon se llaman dias de guardar los dias que son de fiesta, y todos son de fiesta para guardar.

EJERCICIO CUOTIDIANO QUE HA DE HACER TODO CABALLERO PARA SALVAR SU DINERO Á LA HORA DE LA DACA.

En levantándose, lo primero conjurará su dinero porque no se lo pidan, y alegraráse que le han dejado amanecer, diciendo: «Yo me alegro, aunque soy caballero de la Tenaza, porque me han dejado dormir los embestidores y pedigones, y ofrezco firmemente de no dar, ni prestar ni prometer, por palabra, obra ni pensamiento.» Y luégo dirá aquellas palabras:

Solamente un dar me agrada,
Que es el dar en no dar nada.

Al sentarse á comer mirará la mesa, y viéndola sin pegote, moscon ni gorra, echará la bendicion, diciendo: «Bendito sea Dios, que me da comezon, y no comedores,» considerando que los convidados en las mesas son cuchillos de los tenedores.

Al irse á acostar, ántes de dormir se llegará al talegon vacío que tendrá colgado á la cabecera de su cama por calavera de los perdidos, con rótulo que diga:

Tú, que me miras á mí
Tan triste, mortal y feo,
Mira, talegon por tí,
Que como te ves me vi,
Y veráste cual me veo.

Y empezando á dormir dirá: «Bendito seais vos, Señor, que habeis permitido que me desnude yo y que no me haya desnudado otro ántes.» Y no dormirá á sueño suelto porque no se le desperdicie nada.

TRIACA DE EMBESTIMIENTOS MASCULINOS.

Es cierto que piden tanto las barbas como las tocas, y ha parecido conveniente anticipar el remedio. ¡Oh tú, ca-

ballero de la Tenaza! en viendo que te buscan ó te vienen á ver, sea quien fuere, ántes de los cumplimientos, á Dios y á la ventura dirás: «¡Oh señor mio! el mundo está para dar un estallido; no se halla un cuarto;» y luégo grandes ofrecimientos; que eso es desjarretar la bribia. Pero si de antuvion te embistiere un pedidor de avenida y repentino, con la misma priesa has de decir: «Estaba agora yo pensando en pedir á vuesa merced me socorriese con esa cantidad para cumplir una necesidad de honra.» Esto se llama atragantar embelecos. Y si te alabaren (como se suele hacer) algunas prendas ó joyas, dirás que por esto la estimarás en un tesoro de ahí adelante. Permítese dar pascuas y no aguinaldo. Y en los dias de feria damos licencia que en las tiendas, Platería, calle Mayor, el verdadero caballero de la Tenaza amague, y no dé. Y al fin ha de tener costumbre de reloj de sol, que muestra y no da. Y si se alargare y señalare, sea con la sombra y no con otra cosa. Y entre los dichos caballeros siempre se ha de jugar á *tengamos y tengamos;* no se ha de jugar á los dados, ni se ha de leer en el Dante, ni se han de comer dátiles, ni han de saber otro refran sino «quien guarda halla.» Y con esto y con aquello, y sin dar nada, aquí tendrán y serán tenidos, y allá será lo que Dios quisiere, como lo demas.

EPÍSTOLAS DEL CABALLERO DE LA TENAZA.

I. La limosna es obra pía si se hace de dinero propio; mas si (lo que Dios no quiera) se hiciese de dinero ajeno, sería obra cruel. Yo, señora, con las palabras querria declarar mi voluntad, y no con la bolsa. El tiempo es santo, la demanda justa, yo pecador; mal nos podemos concertar. No hay que dar, Dios la provea, vaya con Dios, cierto que no tengo (que son todos los modos de despedir picaronas bergantas). Madrid, todos los meses, y cada dia, y cada hora que me hablare.

II. Díceme vuesa merced que me quiere tanto, que querria que no tuviese pesadumbre. Señora mia, déjeme tener vuesa merced, y sea lo que fuere, que áun no querria que me quitase pesadumbres. Y persuádase vuesa merced que á mí y al Rey nos ha dado Dios dos ángeles de guarda: á él para que acierte, y á mí para que no dé. Dios dé á vuesa merced salud y vida.

III. Cuanto más me pide vuesa merced, más me enamora y ménos la doy. ¡Miren dónde fué á hallar que pedir pasteles hechizos! Que aunque á mí me es fácil enviar los pasteles, y á vuesa merced hacer los hechizos, he querido suspenderlo por ahora. Vuesa merced muerda de otro enamorado; que para mí peor es verme comido de mujeres que de gusanos: porque vuesa merced come los vivos, y ellos los muertos. Adios, hija. Hoy dia de ayuno. De ninguna parte, porque los que no envian, no están en ninguna parte; solo están en su juicio.

IV. ¿Ventanicas para ver toros y cañas, mi vida? ¿Qué más toros y cañas que vernos á ti pedir y á mí negar? ¿Qué piensas que se saca de una fiesta destas? Cansancio y modorra y falta de dinero al que paga los balcones. Dala al diablo; que es fiesta de gentiles, y todo es ver morir hombres que son como bestias, y bestias que son como maridos. Yo, por mí, bien te alquilara dos altos, mas mi dinero es el diablo. Quítate de ruidos, y haz cuenta que los has visto, y verás qué tarde que nos pasamos, tú sin ventana y yo con dineros.

V. Hanme dicho, señora, que el otro dia hicieron vuesa merced y su tia burla de mi miseria, y ha sido tanta la que mi mezquindad ha hecho de vuesa merced, que estamos pagados. Cuéntanme que me hallaron mil faltas, y que todo se les fué en apodarme y reirse, y que decian que parecia esto y parecia estotro, y que parecia al otro. Yo confieso que lo parezco todo, como mi dinero no parezca. Hame caido en gracia lo que dijo con un diente y media.

muela la señora Encina: «¡Qué caraza de estudianton! ¡Y qué labia! Hiede á perros, y no se le caerá un real si le queman.» ¡Y esto llama heder la buena señora, lo que para mí es pebete y ámbar! Y si el no dar tiene por mal olor, procure estar acatarrada ó tápese las narices, porque la encalabriarán los malos humores. Señoras mias, lo que vuesas mercedes llaman amores, no son sino pendencias, dares y tomares; yo soy pacífico y no quiero tener dares y tomares con nadie. Dios guarde á vuesa merced, y yo lo que tengo.

VI. Escríbeme vuesa merced que le envie de merendar y que guarde secreto; yo le guardaré de manera, que ni salga de mi boca ni éntre en la de vuesa merced. ¡Pesia tal! ¿No basta haberme comido y cenado, sino quererme merendar? Ayune vuesa merced un dia á sus servidores, si es servida. Dos meses, tres dias y seis horas há que vuesa merced y dos viejas, tres amigas, un paje y su hermana me pacen de dia y de noche; de que estoy desvaido y seco. Déjenme vuesas mercedes, si son servidas, y saque yo libre siquiera mi cuerpo, y comeránme á medias vuesa merced y la sepultura: que estaré en el purgatorio, y áun no seguro. De casa: entiéndalo vuesa merced por fecha, y no por oferta.

VII. Ríñeme vuesa merced porque no he vuelto á su casa; y es porque no he vuelto en mí de las visiones que vi el otro dia. Señora mia, por curiosidad se puede ir á su casa, mas no por amor, porque se ven en ella todas las naciones, lenguas y trajes del mundo. ¿Qué figura quiere vuesa merced que haga un estudianton entre Julios y Otavios, hablando dineros y escupiendo reales? Pues entre todas las naciones, sólo el pobre es el extranjero, y há menester ser un mohatron para que le entiendan esos señores. En conclusion, yo estaba como vendido y vuesa merced como comprada. Y aunque pienso que dejan holgar á vuesa merced por mis barrios, no me tengo por tan seguro en

casa donde la sombra de un extranjero se encaja encima.

VIII. Cuando no hubiera servido el no enviar á vuesa merced la telilla que tan innumerables veces me ha pedido, sino de ver el gran caudal que Dios la ha dado (pues una misma cosa me la sabido pedir cada dia, dos meses arreo, por ocho ó nueve billetes y por diferentes modos), era grande interes, y para dar gracias á nuestro Señor. Y si lo que vuesa merced ha gastado en papel y tinta lo hubiera empleado en la tela, sin duda hubiera ahorrado de dineros; mas tambien advierto á vuesa merced que el vestido que hubiera hecho estuviera roto, y la alabanza de sus billetes durará para siempre. No la envio con este, porque darla luego pareciera necedad, y poco despues locura, y ahora es ya frialdad, y se acabaria el entretenimiento de las demandas y respuestas. Guarde Dios, etc.

IX. *De la atenazadora.*—Presto ha descubierto vuesa merced la hilaza y la condicion que tiene, como hombre al fin, y más mudable que todos. Si yo hubiera creido á mis tias, no me quejara de lo que vuesa merced hace; mas ya estoy determinada de correr con lo que se usa, sirviéndome esto de escarmiento para adelante. Dícenme que está vuesa merced muy bien empleado, y conozco á la dicha señora; cosa en que ha mostrado su buen gusto. Así le guarde Dios que haga de las suyas, aunque esto no es menester encomendárselo. Dios le guarde.

X. Diéronse vuesas mercedes tanta priesa á pelarme, que no sólo mostré la hilaza, pero los huesos. No puedo negar á vuesa merced lo de ser mudable, pues no he tenido cosa en mi casa que vuesa merced no me la haya mudado á la suya con la facilidad que sabe. Y ¡ojalá vuesa merced hubiera creido á sus tias, y yo no! Que pienso que me hubiera estado mejor. De aquí adelante, por estos parentescos, para enamorarme pienso mirar más en una mujer lo que no tiene que lo que tiene; pues quiero más que tenga bubas que tia, y giba que madre, que aquellos males se los

tiene ella, y estos otros yo. Y si acaso los tuviere por mis pecados, no la hablaré hasta que le haga sacar las parientas como los espíritus. Vuesa merced me ha dejado de suerte, que sólo para mí estoy de provecho, de bien escarmentado. Y no quiero amancebarme con linajes, sino con mujeres; que dormir con sola la sobrina y sustentar todo el abolorio lo tengo por enfado. A malas tias muera, que es peor que á malas lanzadas, cuando mudare de propósito. Noramaza empezaré á hacer de las mias, cuando estoy deshecho de las suyas.

XI. Bien mio: Cuando pensé que éramos yo el amante y vuesa merced la querida, hallo que somos competidores de mi dinero, y galanes. Y no quiero dejar de advertir á vuesa merced que há más que le quiero yo, y que hasta ahora no le he visto hacerme ningun desden. Señora mia, no hay persona con quien á mí me puedan dar más celos que con querer mi hacienda. Si vuesa merced me quiere á mí, ¿qué tengo yo que ver con vestidos, joyas y dineros, que son cosas mundanales y de vanidad? Y si quiere á mis doblones, ¿por qué no habla verdad? Y como en los papeles me llama mi vida, mi alma, mi corazon, mis ojos, me llame mis reales, mis doblones, mis talegones, mis bolsas. Vuesa merced crea que para mí no hay faccion buena si no es de balde; que áun las más baratas las tengo apénas por razonables. Lo que cuesta es feo, y no hay donaire donde hay pedidura. Dejemos el dinero, como si tal no hubiera sido, y anden finezas y requiebros por alto; y si no, lo que conviene es que vuesa merced se quede con sus deseos, y yo con mis dineros. Guarde, etc.

XII. No pagaré yo en mi vida á vuesa merced el buen conceto que de mí ha tenido sin ton ni son; porque, segun las niñerías que por su papel me pide, sin duda me ha juzgado por Fúcar. Siete cosas leí que áun no las he oido nombrar en mi vida. Merecia vuesa merced, por la honra me que ha hecho presumiendo de mí tanto caudal, que yo

se las enviara, y yo tener con qué comprarlas; pero será fuerza que nos contentemos con estos merecimientos.

XIII. En las cosas que vuesa merced, mi bien, me ha pedido, ya que no ha tenido razon, ha tenido donaire. Y cuando su papel no me ha hecho liberal, me ha hecho contemplativo, considerando, por las muchas cosas que me pide, cuántas son las que su Divina Majestad ha sido servido de criar para que vuesa merced las codiciase y los mercaderes las vendiesen, miéntras yo le doy las gracias por todo. Y creáme vuesa merced que si la buena voluntad hubiera caido en gracia á los tenderos, que la hubiera procurado pasar por moneda en esta ocasion. Dios sabe lo que siento; pero las niñerías son tantas, que áun para tomadas de memoria son muchas; mire vuesa merced qué harán para tomadas por dineros. Y díceme vuesa merced que la lleve estas niñerías y la vaya á ver, y yo no hallo camino para llevar ni sé por dónde van los que llevan. Fecha en el otro mundo, porque ya me juzgo con los muertos. No pongo á cuántos, por no contar dias á quien aguarda dineros.

XIV. Seis dias há que besé á vuesa merced las manos, aunque indigno, y en este tiempo he recibido tres visitas, un recaudo, dos respuestas, cinco billetes, dos toses de noche y un manoteado en San Felipe. He gastado parte de mi salud en un catarro con que estoy y un dolor de muelas, este tiempo, y ocho reales que en cuatro veces he dado á Marina. Y teniendo yo ajustada mi cuenta, á mi parecer el recibo con el gasto me viene á encontrar disfrazado en figura de caricia, con la maldita palabra: «Envíeme cien ducados para pagar la casa.» No quisiera ser nacido cuando tal cosa leí. ¡Cien ducados! No los tuvo Atabalipa ni Motezuma. Y pedirlos todos de una vez sin más ni más es para espiritar un buscon. Mire vuesa merced desapasionadamente qué culpa tengo yo del alquiler de la casa; que por mí no se me da nada que vuesa merced viva por los

campos; que por no oir estas palabras deseo topar con una dama salvaje y campesina que habite por los montes y desiertos. Vuesa merced ó niegue la deuda, ó la pida en otra parte; porque si no, estos cien ducados me harán que, de miedo de los alquileres, del poblado me pase á ser amante del yermo.

XV. No es posible sino que cuando vuesa merced me empezó á querer me contó el dinero; porque á la propia hora que se acabó la bolsa espiraron las finezas. No me ha querido un real más mi alma. ¡Honrado terminillo ha tenido! Y ya que el diablo le ha dicho á vuesa merced que se acabó la mosca, quiérame sobre prendas, hasta que me deje en carnes, y favorézcame unos dias sobre la capa, calzones y el jubon.

XVI. Ahora es, y áun no acabo de santiguarme de la nota del billetico desta mañana. Mujer que tal piensa y tal escribe, ¿qué aguarda para asir de un garabato, y andarse á hurtar almas del peso de San Miguel? Concertadme esas razones. Despues de haberme mondado el cuerpo, y roídome los huesos, chupádome la bolsa, desaparecídome la honra, desainádome la hacienda,—«el tiempo es santo, esto se habia de acabar algun dia, la vecindad tiene qué decir, mi tia gruñe de dia y de noche; no puedo sufrir la soberbia de mi hermana; por vida tuya que excuses el verme y pasar por esta calle, y que démos á Dios alguna parte de nuestra vida.» A buen tiempo se arremangó Celestina á remedar la nota de fray Luis. ¡Infernal hembra, diabla afeitada, miéntras que tuve que dar y me duró el granillo, el tiempo fué pecador, no hubo vecinas, tu maldita y descomulgada tia, que agora gruñe de dia y de noche, entónces de dia me comia y de noche me cenaba; y con aquellos dos colmillos que sirven de muletas á sus quijadas, pedia casi tanto como tú con más dientes que treinta mastines. ¿Qué diré de la bendita de tu hermana? Que en viéndome se volvia campana, y no se le oia otra cosa que dan, dan.

Bellaconas, ¿qué ha sido esto? Yo echo de ver que para convertiros no hay otra cosa como sacaros un gastado. Todas os habeis vuelto á Dios en viéndome sin blanca. Cosa devotísima debe de ser un pobre, y vuestra calavera es bolsa vacía. En gracia me cae lo de que démos á Dios parte de nuestra vida; y ¡qué vida, para dar parte della sino á Lucifer! Y (áun con vergüenza, y hablando con perdon) quitas á los hombres lo que han menester, y das á Dios lo que no es para su Divina Majestad! La tomona se quiere hacer dadivosa de la otra vida! Sin duda te pusieron á deprender conciencia en casa de algun sastre. Digo que no pasaré por tu calle, ni ménos por estafa tan desvergonzada, sino que nos convirtamos á medias: yo me arrepentiré de lo que te he dado para salvarme, y tú me lo restituirás, para que Dios te perdone; lo demas sea pleito pendiente para el purgatorio, si acaso vas; porque si vas al infierno, yo desisto, que no me está bien ponerte demanda en casa de tu tia.

XVII. Estando pensando qué responderia á las cosas que vuesa merced me pide, se me vinieron á la memoria aquellas inefables palabras, que á los pobres se dicen con lástima y á las mujeres con razon: «No hay que dar.» Señora mia, yo bien entendí que habia órdenes mendicantes, pero no niñas mendicantes sin órden. Para mí una mujer pedigüeña es lo propio que un tejedor. Quien me quisiere hacer casto, pídame algo. Y si el diablo es tan interesado como la carne, no dude vuesa merced que me procuraré salvar de puro miserable. ¿Es posible que no se persuadirán á creer que, si no es dando y no pidiendo, no pueden ser bienquistas? Miren qué cara les hace un pobre hombre cuando oye: «Dáme, tráeme, cómprame, envia, muestra.» Deje vuesa merced palabras mayores, y que en el duelo de la bolsa afrentan hasta el ánima. Estése quedo el pedir, y anden los billetes por alto; que yo ofrezo escribir más que el Tostado. Nuestro Señor la guarde á vuesa merced, aun-

que temo, que es tan enemiga de guardosos, que áun Dios no querrá que la guarde.

XVIII. Bueno me hallo yo, que habia escrito á mi tierra á un amigo cómo me habia encontrado mi ventura en Madrid con una muchacha tan hermosa y tan linda, que no habia más que pedir; y ahora he descubierto en su condicion que cada dia hay que pedir mucho más! Yo, señora, me hallo tan bien con mi dinero, que no sé por dónde ni cómo echarle de mí; y me aplico más á tomar que á repartir. Advierta vuesa merced que lleva camino de sacarme de pecado, porque estoy resuelto ántes de salvarme de balde, que condenarme á puro dinero. Y bien mirado, todo el infierno no vale nada; y vuesa merced lo encarece, como si faltaran demonios á quien los quisiere. Vuesa merced vuelva los dientes y las uñas á otra parte, porque yo tengo la castidad por logro, y soy pecador de lance. Y lo mio fuera suyo, si no tuviera una lujuria que se precia de miserable. Doyme por respondido, y á más ver y ménos pedir.

XIX. Díceme vuesa merced que no me ensanche porque me pide, y se obliga y me trata como de casa. ¿Eso se teme vuesa merced, reina mia? ¿No aguardará á ver lo que hago? ¿Ensancharme tenía, mi bien? Ahora lo verá, que me he fruncido y reunido de manera, que puedo voltear en un cañuto de alfileres de puro angosto. Díceme vuesa merced que se obliga con pedirme; pero yo hallo que es obligarse á tomar solamente. ¿Eso es tratarme como de casa ó como para su casa? No, hija: yo soy de los de la calle, y he conocido que si sus ojos de vuesa merced son el matadero de las ánimas, son el rastro de las bolsas. Todo se acaba, y el dinero más presto, si no se mira por él. Vuesa merced haga cuenta que no me ha pedido nada; que yo hago la misma: porque no hallo otro camino de guardar los mandamientos y hacerlos guardar, sino guardando mi dinero de vuesa merced. La bolsa sea sorda desde hoy en adelante.

XX. Peligroso debo de estar de honra y caudal, pues siendo la extremauncion de las pediduras el casamiento, á falta de otra cosa me pide vuesa merced palabra de matrimonio. Dígame, reina, ¿qué paciencia ó sufrimiento me ha columbrado, que me codicia para marido? Yo tengo cara de soltero y condicion de viudo; que no me duran una semana dos pares de mujeres; y es imposible que no sea género de venganza el quererse vuesa merced casar conmigo, conociéndose y conociéndome. Yo no quiero tomar mi matrimonio con mis manos, ni estoy cansado de mí ni enfadado con mis vicios; no quiero dar picon al diablo con vuesa merced. Maride por otra parte; que yo he determinado morir ermitaño de mi rincon, donde son más apacibles telarañas que suegras. Y porque no me suceda lo que á los que se casan, no quiero tener quien me suceda, y perseveraré en este humor hasta que haya órdenes de redimir casados como cautivos. Si vuesa merced me quiere para miéntras marida, ó como para marido, ó para entre marido, aquí me tiene corriente y moliente.

XXI. Docientos reales me envia vuesa merced á pedir sobre prendas para una necesidad; y aunque me los pidiera para dos, fuera lo mismo. Bien mio y mi señora, mi dinero se halla mejor debajo de llave que sobre prendas; que es humilde, y no es nada altanero ni amigo de andar sobre nada; que, como es de materia grave y no leve, su natural inclinacion es bajar y no subir. Vuesa merced me crea, que yo no soy hombre de prendas, y que estoy arrepentido de lo que he dado en vuesa merced. ¡Mire qué aliño para animarme á dar sobre sus arracadas! Si vuesa merced da en pedir, yo daré en no dar; y con tanto daremos todos. Guarde Dios á vuesa merced, y á mí de vuesa merced.

XXII. Díceme vuesa merced que está preñada, y lo creo, porque el ejercicio que vuesa merced tiene no es para ménos. Quisiera ser comadre para ofrecerme al parto;

que compadres sobrarán en el bautismo mil. Dame vuesa merced á entender que tiene prendas mias en la barriga, y podria ser, si no ha digerido los dulces que me ha merendado; que el hijo yo se lo dejo todo entero á quien lo quisiere, no pudiendo ser todo entero de nadie. Señora mia, si yo quisiera ser padre, en mi mano ha estado hacerme fraile ó ermitaño; no soy yo ambicioso de crias. Y desengáñese vuesa merced, que yo no he de tragar este hijo, porque no cómo hijos como Saturno, ni lo permita Dios; y ántes muera de hambre que tal trague. Lo que importa es empreñarse á diestro y á siniestro, parir á troche y moche, y echarlo á Dios y á ventura. Vuesa merced dé con el muchacho en la Piedad; que allí se le criará un capellan, que en los niños de la dotrina sirve de chirriar á las calaveras. Y alumbre Dios á vuesa merced con bien. Y si se le antojare algo, sea lo primero no acordarse de mí.

CAPITULACIONES DE LA VIDA DE LA CORTE,

Y OFICIOS ENTRETENIDOS EN ELLA.

DEDICATORIA Á CUALQUIERA TÍTULO.

La mucha experiencia que tengo de la corte, aunque en el discurso de juveniles años, me alienta á dar á entender lo que en ellá he conocido. Hame importado buscar, como más obligado, el modo de asegurar este tratadillo de tanto mormurador como se usa; y me ha parecido darle tal defensor, que á su amparo pueda este mísero barquillo nave-

gar el proceloso mar, y salir salvo á la orilla. Por tanto, fuera de la obligacion y aficion que tengo á vuesa señoría (aunque no le conozco, ni sé quién es), y advirtiendo su valor, claro ingenio, buen nombre, virtud y letras, en las cuales desde la tierna edad ha resplandecido,—fuera yo digno de reprension y de ser argüido de ingrato si reconociera á otro fuera de vuesa señoría por Mecénas y defensor de mi curiosidad, que no la quiero llamar obra. La cual, recibiéndola por propia, defendiéndola y amparándola, suplirá los defetos que de mi parte tiene; los censuradores quedarán temerosos para no morderme, los de buena intencion alumbrados, y yo con el fin que pretendo, que es servir á vuesa señoría, y á todos. Guarde Dios á vuesa señoría cuanto desea.

PRÓLOGO.

Algunos autores buscan otros mejores ingenios que los suyos, á los cuales compran prólogos para en ellos dar muestras de su habilidad, y que los que compran sus obras les atribuyan lo que en ellas no hay; y con esta suficiencia y buen estilo engañan á los ignorantes y á veces á los que no lo son, llevados del cebo de aquel primer proemio, con que unos y otros sueltan su dinero, que es el fin principal de muchos que hoy escriben á bulto y manchan el papel á tiento. Yo, pues, no pretendo ganar nombre de autor, ni ménos enriquecerme con mis borrones: quien quisiere experimentar lo que contiene mi tratado, léale, y juzgue lo que le pareciere; que yo confío no lo ha de reprobar por fabuloso. Sólo ruego al benévolo lector que repare es esto lo que pasa y sucede en la corte, y que sólo vendo el trabajo que confío ha de tener algun merecimiento cerca de los hombres curiosos.

CARTA.

Amigo: Mucho me pesa de que vuestra prudencia me tenga tanta inclinacion, no pudiéndola desempeñar con serviros; mas ya que vivís en la corte, porque en ningun tiempo podais formar de mí queja que no os doy aviso de la corrupcion de su trato, me ha parecido escribiros lo que dél he alcanzado. Por lo ménos por judicial empiezo, que son las figuras, y acabo con lo más pernicioso, que es la gente de flor.

Tengo por cierto que pocos se reservan de figuras, unos por naturaleza y otros por arte. Los naturales son los enanos, agigantados, contrahechos, calvos, corcovados, zambos, y otros que tienen defetos corporales, á los cuales fuera inhumanidad y mal uso de razon censurar ni vituperar, pues no adquirieron ni compraron su deformidad; exceptuando á los que de sus defetos hacen oficio, como en la corte se usa; pues el manco, pudiendo aprender el de tejedor, y el cojo el de sastre, etcétera, compran muletas, estudian la lamentona y plañidera y otras acciones de pordioseros; andándose de iglesia en iglesia, de casa en casa, ya moviendo los ánimos con la lastimona, ya con la importuna. Tienen mucho de flor, pues con la licencia de pobres suelen en las iglesias limpiar el lienzo ó la caja al que con más diversion oye la misa; y entrándose en las casas tambien acostumbran, á falta de gente, desaparecer lo que hallan más á mano. Viven ordinariamente en los arrabales y partes más ocultas de la corte, donde se recogen de noche; el que tiene llaga la refresca y afeita para el dia siguiente; fíanse los conocidos unos de otros, y se ensayan como los comediantes; y los novatones obedecen á los maestros, á quienes acuden con algun estipendio. Guardan antigüedad y decoro; aunque por la mayor parte reina la envidia en esta gente: de quien no os quiero decir más por

extenso sus particularidades ó malicias, dejando á los ciegos, á quien todo se debe sufrir, pues carecen de un sentido tan importante. Y porque he dicho sumariamente de las figuras naturales, diremos de las artificiales, contra quien mi intento va dirigido.

I. *Figuras artificiales.*—Hay figuras artificiales que usan bálsamo y olor para los bigotes, jaboncillo para las manos, y pastilla de cera de oidos. Su conversacion hablar de damas, caballos, caza, y alguna vez de poesía, á que se inclinan los enamorados, y no les satisface ménos talento que el de Lope de Vega ó D. Luis de Góngora, por lo que han oido alabarlos. A lo superior llaman bonito, á lo bueno razonable, y á lo mediano pésimo; nada les contenta: la causa no la dan, porque no la saben. En todas las cosas hablan, y de ninguna entienden; andan juntos de tres arriba; usan de valentía con el yesero que les ensució el ferreruelo, con el chirrionero porque güele mal, con el aguador porque no hizo lugar; tratan ásperamente los miserables; y todos traen la espada á la jineta, la daga á la brida con liston, de que usan tambien á falta de cadena, y es la accion más señoril de todas. Enamoran en la comedia, donde toman entre seis un banco á escote, civil cosa para príncipes; en la iglesia donde hay concurso y fiesta (que no es gente que reserva lugares sagrados para dejar tratar de la insolencia, que llaman bizarría), son gesteros y afectados; no les mira mujer que no piensen se ha enamorado de sus gracias y buen talle. Rondan engertos en señores, á quien quitan pelillos y dicen: «no crió Dios tan bizarro y valiente príncipe, ni de tan superiores gracias como vuesa señoría.» Y con estas insolencias y lisonjas y ser alcagüetes adquieren estos tomajones el vestido, la gala y el caballo prestado para bizarrear una tarde. Son grandes estadistas de la vida, cobardes en extremo; tienen rufianes que riñan sus pendencias y los saquen de afrentas; rinden vasallaje de miedo á los desalmados y zá-

nos, sus fiscales; tratan como matusalenas á sus amigas; son amigos de comer anís; juran á fe de hidalgo, á fe de quien soy, como quien soy; si acaso los quieren llevar á la cárcel, donde los tratan como merecen, dicen al alguacil: «Déjeme voacé y váyase con Dios; que yo hago pleito homenaje á fe de caballero de ir á casa del señor alcalde y acomodar esta causecilla; que tal vez será por haber sotraido alguna pieza de plata de casa del señor donde entro.» Y lo pretenden disimular con que fué por descuido. Que todos estos daños y otros mayores trae consigo querer sustentar mucha gala sin hacienda y tener dama de asiento sin renta. Mucho más tenía que decir deste género de figuras; pero quiérolo diferir para otra ocasion.

II. *Figuras lindas.*—Hay otras figuras lindas de menor cuantía, como son pajes que usan de dones, mayormente si sirven á grandes. Conténtanse con andar espetados y fingir valimientos de sus amos; traen grandes lienzos, ligas de rosetas, sombrero muy bruñido, un liston atravesado, un palillo en la oreja; de dia enamoran, de noche se espulgan; comen poco, porque la racion se convierte en sustentar golillas, medias y cintas, pero no el estómago, el cual se pasa los más de los dias en solo repasar un plato de la mesa de su amo; usan camisas solo por el buen parecer. Es anejo á esta gente las fregonas y demas resaca de lacayos, entrando ellos en segundo lugar.

III. *Valientes de mentira.*—Otras figuras faltan no ménos ridículas, que son los accionistas de valentía. Estos por la mayor parte son gente plebeya, tratan más de parecer bravos que lindos, visten más á lo rufianesco, media sobre media, sombrero de mucha falda y vuelta, faldillas largas, coleto de ante, estoque largo y daga buida; comen en bodegon de vaca y menudo, bastimento puerco, pero que engorda; beben á fuer de valientes, y dicen: «Quien bien bebe, bien riñe.» Sus acciones son á lo temerario, dejar caer la capa, calar el sombrero, alzar la falda, po-

uerse embozados y abiertos de piernas, y mirar á lo zaíno. Su plática es cuestiones de si le dió bien ó mal ó de antubion, si es valiente ó si es gallina, si quedó agraviado ó no con lo que hizo; no hablan palabra que no sea con juramento, y entre ellos no hay más quilates de valentía que los que tienen de blasfemos. Précianse mucho de rufianes; y andan de seis arriba; llaman á consejo á todos en ofreciéndose ocasion de pesadumbre á uno; y dan entre diez una cuchillada á un manco: desean tanto opinarse de bravos, que confiesan lo que no hicieron, aunque sea en perjuicio suyo. Es gente movible porque anda de lugar en lugar con su ajuar en la faltriquera; dicen voacé, so compadre, so camarada; y llaman media janega á la media azumbre; y son grandes estudiantes de toda jerigonza. No quiero decir más destas figuras voraces, temiendo no se me pegue algo, ó que si los aprieto mucho, no falte quien diga: «¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio.» Pero ya se sabe que, con ser mi barriga la misma esterilidad, no traigo peto.

FLORES DE CORTE.

IV. Hame parecido comenzar estas flores de corte ó ardides de mal vivir por el juego, como capitan y caudillo de todos los vicios; en el cual se atropella toda hacienda y toda honra sin distinguir de buenos ó malos sujetos, pues ninguno usa más de sus potencias que lo que da de sí el lugar, la buena ó mala fortuna del naipe, ni se difiere más la perniciosa traza que lo que dura el tener dinero ó forma de sacarle. Y porque en este diabólico gremio ó compañía se representan diferentes papeles, diré primero el de los que tienen por oficio ser gariteros, en los cuales está recopilado todo género de cautela y tiranía; no tocando á los que por entretenimiento decente admiten juego en sus casas, ni á los que juegan únicamente por pasatiempo lícito.

V. *Gariteros.* — Estos gariteros son ordinariamente hombres de mucha experiencia en el juego, mediante lo cual se retiran á ver cómo se pierden otros. Su modo de entablar la conversacion es mostrarse agradables con los tahures y darles con la lisonja; representan casa libre de justicia, porque los favorece cierto gran señor, de quien están apadrinados; ostentan aposento con brasero bien proveido en invierno y su agua fresca en verano; dan á entender cuán enemigos son de intereses, que sólo desean la concurrencia y el juego por divertir cierta melancolía que padecen, para cuyo remedio les aconsejan los médicos no estén solos. Esto dicen á los buenos y sinceros, pero á los ciertos y fulleros, con quien tienen particular correspondencia, les avisan para que prevengan sus garrotes ó pongan en razon la flor que usan, y les entregan las barajas para que las empapelen y disfracen de manera que parezca vienen de la tienda. Entablan la conversacion: los primeros dias tratan únicamente de obligar á los jugadores con cortesías y lisonjas, dejando á su arbitrio lo que les han de dar por las barajas; dan naipes limpios, barren y riegan la sala, convidan con el traguillo de buen vino, con el bocadillo de conserva; piden silencio y quietud, que ninguno jure por la amor de Dios, porque en haciéndolo cerrarán su puerta; prestan dineros sobre prendas, las cuales vuelven con su logro y usura. Y cuando se ven superiores á los tahures, por tener captivos sus vestidos y alhajas y que ven que su casa tiene ya nombre y está acreditada, entónces usan de toda tiranía, sacan cada mano su porcion, no dan jarro de agua que no cueste un ojo, significan la costa de los naipes y velas y la ocupacion de su casa, persona y criada, y sobresalto de la justicia, porque ya aquel gran señor que los amparaba está enfadado con ellos, y ha levantado la mano de su proteccion; la inquietud, la descomodidad del comer, que tal vez es en el desvan por hacerles gusto y dejarles desembarazado el

cuarto. Con todas consideraciones los aburren y apremian á que sus pobres alhajas se las rematen; comprando siempre en veinte lo que vale ciento, con que los dejan aniquilados. Tienen tambien su parte cuando se desuella algun bueno, y á éste dicen: «Vuesa merced se consuele con que perdió su dinero con el mejor tahur del mundo, porque no hay otro que juegue con la limpieza y la llaneza que él. Procure vuesa merced buscar dineros, que yo le encerraré en un aposento á solas, y vuelva á probar la mano, que si tiene vuesa merced tantita fortuna, le podrá quitar muchos doblones; porque es hombre de gran crédito y caudal, y yo le he visto perder grandes cantidades.» Con estas y otras flores en pocos dias adquieren estos tiranos todo el dinero de la conversacion y se quedan con muchas y muy buenas prendas; y cuando ya ven los míseros tahures afligidos y exhaustos de dinero, prendas y crédito, entónces cierran las puertas y dicen: «No quiero más pesadumbres y ocasiones de blasfemias y juramentos en mi casa.» Echan esta gente ya perdida, y solicitan otra nueva, á la cual encierran y significan son amigos de hombres honrados y cuerdos, y no de rufianes de embeleco, alborotadores y valientes. Tratan con éstos de parecer bravos y mal sufridos para que se les tenga respeto y no haya peleonas; son contadores de cuentos, y fraguadores de novedades, para divertir los concurrentes miéntras se arma el garito. Y, por último, pelan á éstos como á los otros, y así van repasando á todos los más que pueden.

VI. *Ciertos.*—Como hemos dicho arriba, los gariteros son los encubridores y sabidores de la flor de los ciertos, y tienen parte en lo que se gana; y así, no confederándose unos con otros, es dificultoso conservarse. Hay en cada cuadrilla tres interlocutores: el primero es el *cierto*, el cual anda siempre prevenido con naipes hechos unos por la barriguilla, otros por la ballestilla, otros por morros, y otros por todas partes, para que si el bueno no come de

uno y se escalda, se le dé con el otro: de calidad que siempre se le haga la forzosa y se le quite el dinero. El segundo es el *rufian* por cuya cuenta corre, que así como se acaba el juego se agarre de las barajas y las tome, para que no vayan á manos ajenas y se conozca la flor; y así está obligado, y si acaso alguno la pretende, defenderla con braveza y en esta forma lo ejecutan. El tercero es el *doble* (llamado por otro nombre enganchador); éste tiene á su cargo buscar, solicitar y traer buenos con ardid y engaño para que los desuelle. Y es de entender que estos traidores no reservan á sus padres; topan con el amigo que les ha dado de comer y beber, y hecho buenas obras, y se le llevan al matadero. Es ley inviolablemente guardada entre ellos, que cierto, rufian y doble nunca han de andar juntos, que han de entrar separados en el garito, y que en él se han de tratar como que no se conocen ni son tales camaradas. En acabando de jugar, coge el dinero el cierto, y lo primero, repara si en el auditorio hay algun entruchon (así llaman á los que son como ellos); llégase á él y le dice: «Tome vuesa merced esos ocho ú diez reales que le debo, perdone, y quédese con Dios;» y se va luégo. El rufian se queda y dice: «Por Cristo, que es hombre de modo, buen tahur, y juega con garbo; pero es un miserable, que no ha dado nada de barato á unos hombres que ve aquí con barbas.» Y con esto se va haciendo del enfadado. El doble, mostrándose melancólico, dice: «¡Por vida de tal, que haya yo traido á mi camarada para que pierda su dinero! (Y volviéndose al tal procura consolarle.) Pero, amigo, paciencia, que si hoy se ha perdido, mañana se ganará.» Y se despide fingiendo un negocio, y escapa á cierto figon, donde se juntan todos tres, segun lo tienen de antemano prevenido. Allí lo primero se come y bebe amplísimamente, despues sacan lo que ha quedado y se reparte por iguales partes, con algun premio al autor. Duermen en posadas por gozar de la ocasion de gente nueva; tienen correspondencia

unos con otros; tratan sumision á los entruchones, porque no los desfloren. Hay muchos géneros de fulleros: unos son diestros por garrote, y otros por una ida y otros muchos géneros semejantes; y llaman *águilas* á los que entienden de toda costura; gastan linda parola, son cortesísimos, y tienen un agrado aparente, con que traen estos leones á los corderitos. Mudan vestidos muy á menudo por no ser conocidos de la justicia, que llaman *gura*, con quien son grandes estadistas; pero de unos dias á esta parte, no corre bien del todo su oficio, porque ya hay muchos que entienden si el naipe pica ó está limpio, y tambien hay señores que por curiosidad tratan de entenderlo. Y, por último, está esto reducido á ser arte y ciencia: con que tengo por superfluo el detenerme en lo que ya entienden tantos. Y así lo dejo por temor que todo lo que en este punto he dicho sea cosa notoria.

VII. *Entretenidos.*—Hay en este maldito gremio otro género de gente de flor, que son los entretenidos cerca de la persona del juego. Acuden, pues, á los garitos, siéntanse en el mejor lugar, hacen buena acogida á los tahures, tratándolos con agrado, y si entra algun adinerado le convidan luégo con su asiento, y le llaman y llenan de lisonjas, con que en la primera suerte les da una presa en pago. Son jugadores, cuando hay mucha bulla, para quitar con esta confusion el dinero, aplicándose á sí todo lo mostrenco. Tienen manos de piedra iman, porque atraen las monedas, las cuales echan en un instante por el pescuezo, pretina de los calzones, y otras partes; y siempre muestran las manos abiertas y limpias, con que se justifican de toda sospecha. Llácense á la parte que gana, y dícenle: «Juege voacé con gusto y gane, y déjeme á mí la cuenta.» Cuando ven que tiene ganado mucha parte del dinero, danle en el pié para que se levante; sálense con él y dícenle: «¡Cuerpo de Dios! conténtese voacé con lo bueno, y no quiera llevarse los clavos del bufete, que ya entre los tahures no habia

apénas veinte reales; y de aquí adelante gobiérnese voacé por los amigos: que los que no jugamos estamos más en los lances que los que juegan.» El ganancioso, tan agradecido como simple, saca un puñado de cuartos, se los da diciendo: «Vamos á tomar algo.» Pasan á un bodegon y comen y beben sin duelo, porque lo paga el otro. Son tambien tratantes en bolsillos, guantes, medias y ligas; que llevan al juego, y lo rifan por la mitad más de lo que costó; dan prestado á las manos, que es un logro cruel. Y con estas infernales trazas, pasan su vida, y yo doy fin á las flores del juego.

VIII. *Estafadores.*—Los estafadores y superintendentes de todos géneros de flor tienen particular noticia de todos, y por oficio inquirir y saber los hurtos que se han hecho, para acudir á los agresores á cobrar el diezmo, so pena de que los descubran; tambien el averiguar los buenos que han desollado los ciertos (llaman *ciertos* á los fulleros, y *buenos* á los incautos); y asimismo las heridas ó muertes que se han dado ó hecho por dineros, para el mismo efeto. Estos desalmados acuden lo más ordinario á los juegos, donde tiran gajes de todos; y cuando se juega con limpieza, amparan al ganancioso con su braveza, juzgan, con su verdad ó sin ella, entre cuitados, diciendo: «Esto digo yo, y lo defenderé en campaña, donde quitaré con un cuerno los que tuviere el que lo contradijere.» Y demudada la color, los ojos encarnizados, y empuñada la espada, salen á la calle, hasta que los míseros, amedrentados de sus bravatas, y escandalizados de sus blasfemias, procuran mitigalle con halagos y promesas. El ganancioso porque le ayudó, contribuye; y tambien el que ha perdido, de miedo de que no le sacuda; los demas por adquirir su amistad. Si el cierto es áspero, en vez de soltar, replica: «Voacé viene deslumbrado; esa flor guárdela para otro, no para mí que soy greno (este nombre se dan los taimados unos á otros).» Responde el estafador: «Voacé me perdone,

que le tuve por Fulano, que ahora ha venido de gurapas (así llaman á las galeras), que tiene por camarada á Fulano, palmeado en Madrid, Toledo y Sevilla.» El cierto, viendo que aquel hombre le conoce y sabe toda su vida y milagros, con estilo más suave y blando le dice: «Por las alas del ángel de la Gabriela, que no entendí, camarada, que me habiais conocido. ¿Cómo os va, amigo?» Responde el estafador: «Con mil trabajos y miserias. Ahora acabo de salir de la cárcel, donde he estado dos cuaresmas por cierta muertecilla; y pues sabeis de necesidades, no digo más.» El cierto saca y le da su ayuda de costa, y le ofrece su persona, y no ve la hora de huir del que le conoce: y desta misma forma se portan con los demas malhechores. Si el sujeto á quien estafan es cobarde, no se contentan con ménos que con la mitad de la ganancia, y á veces casi todo. Tienen tambien por ganancias hacerse cobradores de deudas ajenas. Cuando el deudor es cobarde ó tiene causas para no reñir, llegan á él diciendo: «Fulano tiene quien vuelva por su crédito, y castigue á los que con supercheria se quieren quedar con su hacienda; y así pague voacé luégo, sin dar lugar á que la tienda ni haya pesadumbre, porque lo pagará con setenas.» Si el deudor es furioso, y responde: «¿Quién le mete en cobrar dietas ajenas?» desafíale á campaña, y vase caminando y alargando al sitio más léjos. Si topa algunos amigos, háceles de ojo; y haciendo el enojado, dice: «Ya se me ha acabado la flema.» Saca los trastos, pega con él, y tambien los otros; con que toma el otro, viéndose acosado, pagar su deuda por buen partido. Pero si no encuentra este socorro, se vuelve al desafiado, y le dice: «Por Cristo, que he venido considerando su buena persona de voacé; y del valor con que me ha seguido estoy ciertamente pagado; y áun me persuado á que estoy mal informado y que aquel mandria me ha engañado y ha usado de ardid para que se matasen dos hombres de garbo, como somos los dos: pues, por Dios, que no lo ha de lograr, pues

ya no quiero con voacé pendencia, sino que me haya y tenga por camarada, y me ocupe en sus ocasiones; que voacé y yo, para ciento. Y déme licencia para castigar al menguado.» Con esto quedan muy amigos, y el acreedor sin su dinero y sin la señal que dió de contado para que le cobrasen la deuda. Usan tambien de oficio de gorrones; porque no hay almuerzo, merienda ni trago en que no se hallen; précianse de muy doctos en el alcoran de valentía, llamado libro del duelo; son difinidores de los agravios, conciertan las pesadumbres y las deben. En conclusion y fin, esta gente pasa, como los curas, tirando el diezmo de las flores; hácense leones con los corderos, y corderos con los leones; ampáranse de casas de embajadores, sagrado y boca de lobo de todo género de pícaros.

IX. *Sufridos.*—En segundo lugar quiero poner á los sufridos, gente de gran prudencia y sagacidad y qué con más comodidad y estimacion pasan su vida. Estos particularmente son haraganes y enemigos del trabajo; ríense de los pulidos y censuradores, y tienen por ganancia ser amigos del prójimo. Cásanse con mujeres traidas de señores y gente poderosa; danles en dote alguna ocupacion de ausencia para que se entretengan algunos meses fuera de la corte. Cuando están en ella tratan de irse á la casa de juego, comedia ó prado, para dar lugar al despacho. Si tienen mujer hermosa, son conocidísimos: no hay persona de cuenta que no les quite el sombrero y agasaje y ofrezca su favor y amparo. Duermen, á fuer de príncipes, en cama aparte (y esto les tiene cuenta); comen regaladamente, tienen honrados despenseros; y en casa usan de gran silencio por no inquietar al huésped y espantar la caza.

X. *Sufridos vanos.*—Hay otros sufridos vanos que se encabezan con títulos y grandes; pero esto más es cosa de ruido que de provecho.

XI. *Estadistas.*—Otros sufridos son estadistas y acomodados á lo útil. Estos dicen (y así lo platican) que lo mejor

es eclesiásticos que reservan parte de frutos para limpieza de sus cuerpos, el procurador del convento que se precia de zapatos, el cajero del ginoves, el mancebo del mercader poderoso que asiste poco y premia mucho: y por su reputacion callan aunque vean visiones. Estos prudentísimos varones, sufridos estadistas, se precian de muy honrados, son hipócritas del pundonor, de ordinario se van á las conversaciones á jugar cientos, juego muy acomodado para esta gente, pues habrá destos sufridos quien le esté jugando todo un dia sin comer, beber ni orinar, que es más; si se ofrece tratar de su mujer, dicen que es una Magdalena penitente, y que trae un áspero silicio á raíz de sus delicadísimas carnes (para que las apetezcan los que lo oyen), que no sale de tal iglesia (para que la busquen en ella), que no es ventanera (para que se entren en casa), que no es amiga de regalos (para que entiendan que la han de pagar en dinero). Y así van pintando y exagerando sus virtudes.

XII. *Sufridos rateros.*—Hay otros sufridos rateros, que estos se llaman amigos de amigos: llévanlos á su casa, piden á su mujer que cante y baile; envian al huésped por colacion; va él propio por ella y tárdase lo bastante. Forma un garitillo en su casa para que se diviertan todos; tienen sus fregonas de buena cara, para que ayuden á sus mujeres; y por último, por adocenado que sea el sufrido, tal como estos, come, pasea y viste bayeta.

XIII. *Rufianes de embeleco.*—Hay rufianes de invencion, que por otro nombre llaman pegotes: estos son administradores y amparo de las mujeres públicas, dándoles documentos ó instrucciones de la manera que se deben portar con todo género de gentes para ganar más y conservarse en la corte. Unos son soplones de los alguaciles y andan con ellos para amparar su flor. Otros son pascantes con su poco de fulleros. Estánse á la mira para ver lo que sucede á su hembra: si la dan perro muerto ó hacen agravio, ella

reclama, y él acude con la mano en la espada, terciada la capa; toma la razon, va en seguimiento del malhechor, que ordinariamente es su amigo, y le prescribe se oculte por unos dias, que así conviene. Vuelve á la señora, y la dice que ya queda castigado y mal herido aquel bergante, que vea la órden que se ha de dar para poner los bultos en salvo. La miserable se lo cree; y muy ufana de su venganza, y de que su respeto haya costado pendencia y sangre derramada, saca el dinerillo que tiene, y á veces sus joyuelas ó plateja; tómalo el lagarto, y hácese antana, que así llaman ellos ponerse en la iglesia, y envia cada dia por los ocho ó diez reales. Y si desea irse fuera de la corte á Sevilla ó otra parte, vuelve dentro de pocos dias y dice que ya murió aquel pícaro, que cojan los dos el martillado, que así llaman el camino. La pobreta lia su ropa; y con el dinerillo que nuevamente ha ganado desde la fingida pendencia parte con el redomado, que la lleva á Sevilla, Cádiz ó el Puerto (que siempre ha de ser ciudad de tráfago). Pone la nueva mercadera en aquel paraje su telonio, acuden marchantes á la forastera, que finge ser aquel hombre su marido, y que es desesperado de celoso, con lo cual encarece el pecado y sube el precio. Y el picarón, ya que se ha paseado y divertido de balde, cógela un mediano bolsillo, y dejándola á la luna se parte otra vez á la corte, donde vuelve á las andadas. Otras veces dice que sanó el herido y compuso la causa con la gura (que así llaman la justicia), y que le costó su hacienda. Si el perro muerto no es dado con estratagema, hace que le sigue y vuelve de ahí un poco, demudada la color, la daga desnuda; y saca los derechos de su faltriquera, y se le los da diciendo: «Tome voacé ese dinero, y pórtese de aquí adelante de suerte que no andemos cada dia con el sacabuche en la mano.» Queda muy contenta, dale con la regalona y algun dinero; y desta suerte se conservan estos bellacones, sin sacar la espada de véras. Aunque tambien hay otros (pero

pocos) que tratan con mujeres destas, que son atufados y riñen cuando se les ofrece.

XIV. *Valientes.*—La flor más cruel y inicua de todas, á mi parecer (salvo los sufridos que van relatados), es la de los valientes que tienen por oficio el serlo, y comen dello. Los unos tienen más de aparentes que de temerarios: arrímanse á señores, debajo de cuya capa cometen mil insolencias y maldades; salen con ellos de noche, usan mil estratagemas y ardides para opinarse de valientes con el señor: echan amigos que los acuchilien, y que despues huyan del rigor de sus espadas, con que se admira su dueño, y confiesa que por Fulano tiene vida, y que es el más bizarro y valiente mozo del mundo, y de mayor ley. Otros que ya están rematados, y por sus delitos no caben en el mundo, retráense en casas de embajadores y otras partes sagradas; tienen sus corredores ó inquisidores de agravios, con los cuales conciertan la muerte de Fulano, el herir de Zutano por la cara, y otros géneros de malos, alevosos é infames tratamientos, conforme al tamaño y á la calidad de la persona á quien se ha de maltratar, y el riesgo á que se exponen, que todo se toma en cuenta. Todo se ajusta y se paga; espian al pobrete á quien han de sacudir; toman la razon de adónde acude, y avisan al bravo para que le dé su recado. Esto es, despues de haberse depositado la cantidad en persona de quien tengan satisfaccion. Ejecutada la maldad, se toma el dinero y se reparte entre todos los cómplices, graduando el trabajo del agresor principal, en primer lugar; en segundo, los acompañantes que fueron de escolta; y en tercero, los corredores; y todos perciben, y todos comen; y vuelta al retraimiento hasta otra. Estos corredores de las vidas no reservan á nadie; son sagacísimos, zainos y astutos; traen buena capa; son correos con los alguaciles para tenerlos gratos; llevan su parte de heridas y muertes, como va dicho, y tambien son cirineos de los ru-

flanes retraidos. Cobran asimesmo el estipendio de la hija, y la administran; tienen arancel de los preceptos y derechos de heridas y muertes, tirando su correduría de las partes que las han ejecutado conforme á la inteligencia que les parece tener de costa.

Los últimos valientes son nocturnos: quitan capas, escalan casas, mas no quieren los tengan por ladrones, apropiándose el nombre de traviesos. Son muy apacibles, corteses, y á veces generosos con la gente que tratan de dia, y dan con la calamitona, quejándose de su mala fortuna, por ser perseguido de envidia de su valor, de testigos falsos y soplones, que los hacen andar arrastrados y fuera de sus casas, sin poder atender á sus mujeres y hijos. Y en la realidad como viven tan ruinmente, siempre andan con gran zozobra y sobresalto, y casi todos vienen á parar en presidios, ó en galeras, palmeados ántes, y no pocos en la horca.

Con que he dado fin á todas las flores y modos de vivir de la corte, bien que referidos sucintamente, y solo de los que mi cortedad ha podido averiguar desde mi rincon. Y si Dios te librare de todos ellos, serás dichoso.

CAPITULACIONES MATRIMONIALES.

Juan, residente en esta corte, estéril de cuerpo, seguro en Italia, hombre de males, baldado de bienes, de buena ley con señores, mal pagado dellos, censuron de figuras, escritor de flores, condenado á perpétua dieta y vestir bayeta, malquisto con las damas porque no da, amigo de

fregonas y enemigo de galas por caras, enemigo de dueñas vírgenes y de vírgenes dueñas, de frailes casamenteros, de beatas terceras, de ermitaños y de toda gente hipocritona, de doncellas cecinas, de viejas afeitadas, de herreros por vecinos, de estudiantes azulados, de clérigos valientes, de ministros tomajones, de valientes en cuadrilla, de entrometidos, de maridos mujeres y de mujeres maridos, de sufridores sin provecho, de sacristanes y procuradores de conventos, de mujeres en estrado sin tener estado, de viejos niños y de niños viejos, de señoras visitadoras, y de madres disimuladoras, etc.

Dice que, por cuanto está propuesto para marido, y por su parte no se ha dado memorial de las que tiene, le ha parecido inviarle juntamente con la inclinacion que va declarada tiene, para que en ningun tiempo la novia se pueda llamar á engaño, ni pedir divorcio aunque tenga vicario por compadre, ni él le pedirá, cumpliéndose con las condiciones y capitulaciones siguientes:

Primeramente pone por condicion que la dote prometida haya de ser en dineros de contado, y no en trastos y alhajas tasadas, con hechuras de sastres, y mucho ménos en casas ni heredades, porque es hombre movible.

Item, pone por condicion que si la tal novia, recibida á prueba, saliere traida, la pueda volver y quedar libre, ó se haya de apreciar por un canónigo, ó por otra persona de ciencia y experiencia en razon de virginidad, el daño y menoscabo; y lo que estos tasaren se le haya de dar y añadir en contante á la cantidad prometida en dote.

Item, que no esté obligado á recibir en su casa al antecesor, por cuanto la tal paga y restitucion se ha de hacer por la razon dicha, y no con carga ni gravámen para adelante, porque se le ha de entregar la dicha novia libre de censo, carga ni tributo alguno, ni sucesion á estado ni mayorazgo.

Item, que si la dicha saliere con alguna tacha ó defeto

demas de los arriba expresados, se haya de ver por los calificadores y personas entendidas en el arte maridon; y si fueren tan graves y insufribles que no se pueda pasar adelante con ellos, asimismo la pueda volver y repudiar si quisiere. Y porque no es justo venir á lo dicho pudiendo excusarlo, le ha parecido especificar los que tiene por defetos insufribles, no poniendo por tal la falta de virginidad, si fuere bien pagada, mayormente que á un hombre de treinta años arriba, ántes se le hace equidad y conveniencia.

LOS DEFETOS INSUFRIBLES SON:

Lo primero, que no traiga consigo padre, madre, hermanos, ni parientes, pues su intento no es casarse con ellos, sino con sólo la novia; y así se ha de entender y no más.

Que no sea tan fea que espante, ni tan hermosa que acerque, ni tan flaca que mortifique, ni tan gorda que empalague. Que traiga sus miembros cabales naturalmente y sin artificio, porque tiene por mejor hallarse con una boca sin dientes que besar los de un asno ó rocin muerto, y más quiere ver una mujer sin narices propias, que caerse las ajenas en la primera ocasion de placer; y apetece más una cara sin sainetes, que no los lunares de tinta, con que tal vez saldrá esclavo entrando libre; y más unas manos morenas que una sobre-vaina de sebillo; y unas cejas blancas, que negras á fuerza de betunes; y más quiere una pantorrilla ménos, que topar con un patron de calcetero.

Item, que no sea enferma de mal de corazon natural ni artificial, y le dé con la desmayada y mortecina; y si lo hiciere, que no pase de un cuarto de hora, porque hay hombre que entiende la flor y llama luégo la parroquia: y así lo hara el capitulante.

Item, que no sea enferma de sangre lluvia, que es tor-

peza salir un hombre almagrado á fuer de oveja ó carnero.

Item, que no sea amiga de salir ni visitar, ni tenga correspondencia con frailes.

Que no sea tan necia y ignorante, que no tenga uso de razon, ni tan bachillera, que quiera gobernar su marido y mandarle.

Que no sea tan vana que desestime y vitupere á su marido, y le pierda en público el respeto.

Que no tenga tan mala condicion, que no la pueda esperar un hombre gordo y flemático.

Y por cuanto ninguna cosa le escandaliza y ofende tanto como pensar que puede haber mujer con aliento letrinal, pone por condicion que si la novia fuere destas hediondas, que sus capitulaciones no lleguen á sus manos, ni tengan por dichas, ni aquí escritas, ni ménos se trate más del efeto del matrimonio; protestando querellarse de los casamenteros, por haber intentado echarle vivo en un hediondo carnero. Y pide y suplica á quien lo puede y debe remediar, mande que la gente contaminada desta contagiosa enfermedad se ponga en un hospital ó lugar separado del comercio, como se ha hecho siempre con los apestados. Y no teniendo la dicha novia los defetos ó algunos dellos, permite y tiene por bien pasar por los defetillos que aquí irán *infra* insertos y expresados.

DEFETILLOS.

Lo primero, se le permite que siendo de catorce años abajo, llore por su madre, si bien es indecente cosa para casada, y que la dé quejas de su marido, aunque es cruel juez una suegra.

Que siendo de dicha edad, traiga á casa maestro que la enseñe á leer, como no sea barbado, que es civil cosa ver un zamarro diciendo, ba, be.

Item, se le permite que se ponga á la ventana, y sea tentada de hablar y responder, como no sea con lindos ni poetas, que son publicadores de deshonras.

Item, se le permite que escriba, aunque para nada es bueno que tengan correspondencia las mujeres casadas.

Que visite una vez en la semana, como no sea sábado, dia de limpieza.

Se le permitirá tambien que coma barro y yeso y otras cosas dañosas; que sería disparate cuidar de la salud de quien se desea la muerte.

Item, se le permite que beba vino, con que no tenga vaso reservado; cosa muy usada entre las melindrosas y embusteras que hacen como que vomitan de sólo olerlo cuando delante hay personas de cumplimiento.

Que haga gestos delante de su marido tambien se le disimulará, como lo haya tenido por costumbre.

Item, se le permite que se afeite, y barnice con tal que no sea de calidad que su marido la desconozca por la mañana.

Permítesele que coma de todo, apetezca fiestas, galas é invenciones de trajes y usos nuevos, como todo lo sustente de su aguja.

Item, que vaya á los sermones y frecuente las novenas, y haga juntas en las iglesias con sus amigas; pero que no murmure de su marido, que es inicua cosa que esté el paciente esperándola para comer, y ella motejándole de impotente y defectuoso.

Item, se le permite que hable alto no estando el marido en casa, porque es un acto indecente y mortificon, y sólo puede pasar por él un sufrido, paseon y mantenido.

Item, si (lo que Dios no quiera ni permita) las enfermedades y indisposiciones del marido le hicieren incapaz del ejercicio del matrimonio, la novia pueda nombrar un teniente, con tal que no sea estudiante, ni soldado, ni poeta, ni músico; porque los tales, no sólo no son de provecho, sino que se hacen polillas de un sufrido.

Y declara con juramento que es sano y entero de sus miembros, y que no ha tomado sudores ni unciones, ni usado de bragueros ni de hilas ni de otros pertrechos asquerosos.

Y asimismo declara que no tiene dada palabra de casamiento, ni ha habido quien se la pida; excepto una viuda, la cual, habiendo pasado por todas las condiciones aquí referidas, luego que llegó á la prohibicion de la correspondencia con frailes, quedó atónita y dijo: «Quítenme allá novio tan ignorante, que no sabe lo que importa á la conservacion del estado marital el amparo de los benditos religiosos. ¡Cuán diferente lo entendió mi malogrado, que en riñendo los dos, llamaba al padre procurador, que nos pusiese en paz, y á solas reprehendiese mi mala condicion: y él lo hacía con tanta gracia, que me dejaba contenta y pagada de haberme casado con tan prudente marido!»

Item, en esta conformidad tiene por bien haya efeto el matrimonio, y pide y suplica á la novia venga en él; y á los casamenteros requiere sea oculta la boda, porque un novio en público es como un toro en el coso, y un casado notorio es el estafermo en que rompen lanzas los maldicientes y satíricos; demas que se pierde mucho con las demas mujeres que le envian con la suya, cuando por no verla se querria ir á la cárcel.

Y así lo dijo y otorgó en Madrid, centro de sufridores, verdugo de sirvientes y sepulcro de pretendientes.

CARTA DE UN CORNUDO Á OTRO, INTITULADA

EL SIGLO DEL CUERNO.

Siempre fuí, señor licenciado, de opinion que á los hombres que se casan los habian de llevar á la iglesia con campanillas delante, como á los ahorcados, pidiendo por el ánima del que sacan á justiciar, y habian de llevar cristo delante y teatinos que los animasen. Mas despues que he visto esta materia de los maridos cuán en su punto está, soy de parecer que es el mejor oficio que hay en la república, teniendo por acompañado el ser cornudo. Gracias á Dios, que nos ha dejado ver tiempo en que es calidad; y estoy sentido y áun avergonzado de parte de los que lo son, por haber sabido que vuesa merced anda escondiéndose, como afrentado de serlo. No me espanto que agora es vuesa merced cornicantano, como misacantano, y realmente se hallará atajado; aunque se librará con los besamanos y el ofrecerse: vuesa merced se hará á las armas, como todos, y se comerá las manos tras ellos. Por estas hierbas cumplo veintisiete años y siete dias de cornudo, y le prometo á vuesa merced, que, mediante Dios, me ha dado mil vidas. Bien sé yo lo que más sentirá vuesa merced, y es lo que quedarán diciendo cuando pase por las calles: no se le dé un cuerno, aunque le sobren muchos; que si da en sentirlo, se podrirá. Y así hágalo gracia, y si oyere tratar de cuernos ó cornudos en algun corrillo, diga dellos peor y más mal que todos; que nosotros así lo hacemos, y engordamos. Y esté cierto que nadie puede (que sea hombre de bien) decir mal de los cornudos, porque nadie dice mal de lo que hace. ¿Y debe de pensar vuesa merced que es solo cornudo en España? Pues ha de advertir que nos dámos acá con ellos, y que se trata que, como

á oficio, se les señale cuartel aparte y calle: como hay lencería y judería haya cornudería; no sé si se hallará sitio capaz para todos. Dichoso vuesa merced, que es cornudo sólo en ese lugar, donde es fuerza que todos acudan; y no aquí, que nos quitamos la ganancia los unos á los otros, tanto que si no se hace saca de cornudos para otra parte, se ha de perder el lugar. ¿Cómo piensa que está recibido esto del cornudar? Pues ya se hace inquisicion, para casarse uno, que despues de darle el dote se obliga á hacelle cornudo dentro de tanto tiempo; y el marido escoge el género de gente con quien mejor le está, extranjeros, seglares ó eclesiásticos. Y ha de llegar tiempo en que ha de ararse en España con maridos, y se ha de llamar yunta de desposados, y vacadas los barrios; aunque, con la sobra de mujeres, se ha cogido tanto cornudo este año, que valen á huevo. Y es un gran borron de la profesion, que ántes cuando en una provincia habia dos cornudos se hundia el mundo, y ahora, señor, no hay hombre bajo que no se meta á cornudo, que es vergüenza que lo sea ningun hombre de bien. Que es oficio que si anduviera el mundo como habia de andar, se habia de llevar por oposicion como cátedra y darse al más suficiente; por lo ménos no habia de poder ser cornudo ninguno que no tuviese su carta de exámen, aprobada por los protocornudos y amurcones generales: haríanse mejor las cosas y sabrian los tales cofrades del hueso lo que habian de hacer. No hay cosa más acomodada que ser cornudo, porque cabe en el marido, en el hermano, en el padre, en el amigo: al letrado no le estorba el estudiar, ántes le da lugar á la licion; ¿como curaria ni visitaria el médico si estuviese siempre sobre su mujer, y no diese lugar al cuerno? Él da lugar á los oficiales para su trabajo, y á nadie estorba. Pues en cuanto á honra, ¿quién no se anda tras dél? ¿Quién no visita su casa? ¿Quién no le regala? ¿Quién no le asienta á su mesa? ¿Quién no le presta ni le da? ¡Pues si miramos al provecho de la repú-

blica! Si no hubiera cornudos, ¿qué hubiera de muertes, de escándalos y putos? Todo esto estorba uno de nosotros, á quien llaman hombre de buena masa. Y realmente nosotros, conforme á buena justicia, siempre tenemos razon para ser cornudos: porque si la mujer es buena, comunicarla con los prójimos es caridad; y si es mala, es alivio propio. En otro tiempo eran menester razones, mas ya está tan negro, de calificado, esto, que son excusadas las autoridades. Porque, aunque es verdad que en el primitivo cuerno hubo alguna incomodidad y pesadumbre, agora está eso muy asentado; porque todas las cosas han hecho mudanza, y más esta, que hay agora casta de cornudos como de caballos: y está tan acreditado este oficio, que verá vuesa merced que están aguardando á una puta ducientos dueños, para cogerla como arrebatiña, y alto á casar. Oí decir el otro dia que se trataba de hacer cornudos reales, como escribanos, y repartirlos por las calles, para el buen despacho, con su rótulo encima, como curiales, que diga: «Aquí se despacha para Roma, Génova, Francia y otras partes.» No sé si pasará adelante, como tambien la nueva institucion de cornudos recoletos, que agora se instituye para moderar las sedas, cadenas, diamantes y cintillos que gastan. De todo avisaré á vuesa merced, como quien tan á pecho toma nuestra estimacion. Vuesa merced se honre mucho, y coma de todo, y hable con todos, y disimule, y verá qué bendiciones me echa; y entre tanto, para entretenerse y aprovecharse, lea ese discurso, intitulado *El siglo del cuerno*, y mándeme cosas de su servicio.

A nuestra mujer beso las manos, en habiendo vacante.

MEMORIAL DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

PIDIENDO PLAZA EN UNA ACADEMIA, Y LAS INDULGENCIAS CONCEDIDAS Á LOS DEVOTOS DE MONJAS, QUE LE MANDARON ESCRIBIR ÍNTERIN VACABAN MAYORES CARGOS.

MEMORIAL.

Don Francisco de Quevedo, hijo de sus obras y padrastro de las ajenas, dice: Que habiendo venido á su noticia las constituciones del cabildo del regodeo, como cofrade que ha sido y es de la Carcajada y Risa; atento á que es hombre de bien, nacido para mal, hijo de algo para ser hombre de muchas fuerzas y de otras tantas flaquezas; puesto en tal estado, que de no comer en alguno, se cae del suyo de hambre; persona que si se hubiera echado á dormir, no le faltaran mantas con la buena fama que tiene; que ha echado muchas veces y en varias ocasiones el pecho al agua, por no tener vino; que es rico y tiene muchos juros, de por vida de Dios; señor del Valle de lágrimas; que ha tenido y tiene, así en la corte como fuera della, muy grandes cargos de conciencia; dando de todos muy buenas cuentas, pero no rezándolas; ordenado de corona, pero no de vida; que es de buen entendimiento, pero de no buena memoria; que es corto de vista, como de ventura; hombre dado al diablo, y prestado al mundo y encomendado á la carne; rasgado de ojos y de conciencia, negro de cabello y de dicha, largo de frente y de razones, quebrado de color y de piernas, blanco de cara y de todo, falto de piés y de juicio, mozo amostachado, y diestro en jugar las armas, á los naipes y á otros juegos; y poeta sobre todo, hablando con perdon, descompuesto, componedor de coplas, seña-

lado de la mano de Dios. Por todo lo cual, y atento á sus buenos deseos, pide á vuesas mercedes (pudiéndolo hacer á la puerta de una iglesia, por cojo) le admitan en la dicha cofradía del Placer, dándole en ella alguna plaza muerta, aunque sea de hambre; que en ello recibirá merced, y hará cármen con los frailes.

Y habiendo leido su memorial el cabildo, determinó de ocupalle por ahora (en tanto que vacan mayores cargos) en componer un memorial de las indulgencias que el cabildo es bien conceda á los devotos de las monjas. Y en su cumplimiento lo ejecuto en la forma siguiente:

INDULGENCIAS CONCEDIDAS Á LOS DEVOTOS DE MONJAS.

Primeramente, todos aquellos que, descuidados de sí mismos, pusieren sus sentidos en la monja devota que aman, y trayendo consigo la medalla ó insignia, hicieren exclamaciones solitarias, coplas ó sonetos en su alabanza, y las escribieren cartas contemplativas,—se les concede quince años de bobería y otras tantas cuarentenas de tiempo perdido.

Item, á cualquier devoto que, llevado de su aficion, diere dineros, piezas de oro, plata ú otra cosa de valor, á su devota,—se le conceden veinte años de arrepentimiento, y otros tantos de bolsa vacía.

Item, á cualquier devoto que, por allegar á mayor merecimiento en tiempos de aguas, nieve ó frio, ó calor, visitare la monja,—alcance todas las gracias que les están concedidas á aquellos que personalmente residen en la casa de los locos, y andan por las calles como tales.

Item, al devoto que, trayendo esta medalla ó insignia, pusiere el pensamiento de noche en su devota y velare por su respeto, se le conceden tres dias de dolor de cabeza, y otros tantos de bostezos.

Item, á cualquier devoto que por Año nuevo, Reyes ó

Pascuas visitare el locutorio, y oyere cantar los años buenos, y la colgare á la devota la víspera de su santo, se le conceden tres años de mofa y burla, y remision de todo cuanto llevare en la bolsa *per modum sufragii.*

Item, á cualquier devoto que fundare su esperanza en promesas de monjas, y diere crédito á sus palabras, teniendo consigo una destas medallas, se le concede absolucion de todo lo que le deben, y se le permite que vuelva por estos medios al estado de la ignorancia.

Item, á cualquier devoto que, teniendo devota en un monasterio, escribiere á otra del mismo hábito y la hablare y regalare, y averiguado por la primera le riñere, se le concede quince años de pucheritos y de disgustos, y nueve millones de revueltas.

Item, á aquellos que con firme esperanza pretenden galardon de sus servicios de la devota á quien sirven, se les concede por gracia particular que se hallen tan léjos della como la casa santa de Jerusalen está de la ciudad de Roma.

Item, al que llegare á la hora de la muerte en este estado de devocion, se le concede remision de todos los bienes desta vida, y privilegio para no llevarlos consigo á la otra.

Ultimamente, cualquier devoto que muriere con una destas medallas, y invocare en aquella última hora el nombre de su devota, se le concede que, sin pasar por las penas del purgatorio, se vaya derecho al infierno. Y no más.

CARTA Á LA RETORA DEL COLEGIO DE LAS VIRGENES.

Don Francisco de Quevedo Villegas, hijo de sus obras, padrastro de las ajenas, hombre de bien, nacido para mal, hijo de algo, señor de nada, cofrade de la Carcajada y hermano del Regodeo; mozo dado al mundo, prestado al diablo y encomendado á la carne; que ha tenido y tiene, así en la corte como fuera della, muchos cargos de conciencia; que desciende de la casa de los Quevedos, por lo cual es de casa de solar; de calzas atacadas; rasgado de ojos y de vestido, ancho de frente y de conciencia, negro de cabello y de ventura, falto de piés y de dicha, raido de capa y de vergüenza, largo de zancas y de razones, limpio de sangre y de bolsa, dice: Que su hermana doña Embuste se halla con muy buen dote librado en el diablo, y que es mujer que tiene mucha vergüenza de ser su hermana. Atento á lo cual á vuesa merced suplica, señora madre retora, se sirva admitirla en esa casa, alacena de doncellas en conserva, para que así pueda conseguir la verdadera vocacion que tiene de llevar (cuando de este mundo salga) su virginidad flambre y en cecina á la otra vida; que en ello recibirá merced y áun cármen. Etc.

RESPUESTA DE LA RETORA.

La señora retora, nieta de nada por su padre Adan, cuya línea conserva, heredera de la hacienda de su abuela, nacida tantas veces cuantas se ha visto en peligro de la vida, señora de muchos lugares de Escritura, pretendiente del marquesado de Puño-en-rostro, mujer de muchas más partes que las comedias de Lope de Vega, y que al punto que

se entró en este colegio de las vírgenes locas la ha dejado el mundo y la ha embestido la carne; respondiendo á su carta de vuesa merced digo: Que la señora doña Embuste, su hermana, tendrá en esta casa tal amparo, cuanto hay buena acogida de parientas suyas; donde podrá guardar intacta su virginidad hasta que el padre del Antecristo la tome para signo de su nacimiento; que en esto piensa hacer á vuesa merced servicio y áun orinal. Etc.

COSAS MÁS CORRIENTES DE MADRID Y QUE MÁS SE USAN:

POR ALFABETO.

A. *Alcahuetas*, más que picadores, al respecto de lo que se gasta más en su caballería.

Amigos como treguas, miéntras dura la comodidad.

Agravios limosneros, que siempre dan á pobres.

B. *Barbas* y cabellos dominicos: sobre blanco capas negras.

Banderas, por la razon de Estado, sobre las almenas de la Galicia.

Barrigas como pantorrillas, nuevo modo de hidropesía.

C. *Caracoles* sin concha más que con ella.

Calvos, si no cabelleras.

Cuartos por plata, con cuatro por ciento, puestos á ciento por cuarto.

Cuellos y *Conciencia* de muchos anchos.

Cuentas hechas, porque se le acabó la gracia á la que lo hereda de perdon.

D. *Deseos* mártires y esperanzas vírgenes.
Doncellas sotanadas como casas.
Dones más huérfanos que niños expósitos.

E. *Escribanos*, cuya pluma pinta segun moja en la bolsa del pretendiente.
Estanque de coches en la calle Mayor á boca de noche, quizá porque en estanque siempre se pesca.

F. *Frailes* de entrambas sillas, y ménos jinetes en las del coro.
Favores con los remos de la estatua de Nabuco.
Faltriqueras en el brazo, por lo ménos para pañizuelos; que deben de ser á propósito los mocos para fuentes ó cicatrices de sangrías.
Fregonas con guardainfante arremangado.

G. *Grandes* como letras góticas, en mucho papel pocas razones.
Galanes y bolsas de bayeta.
Guantes de ante para ocultar las uñas.

H. *Hábitos*, de merced, más que buenas costumbres; y tantos, que ya son señas no traerlos para ser más conocidos.
Hacienda real sin tesoro.
Héticos de envidia, de achaques de ambicion.
Honras rotuladas, como vasijas de boticario; pero vacías por quebradas.
Hablar y escribir gordo: testigos tan calificados, que pueden acreditar cualquiera ejecutoria.

I. *Impedimentos* por impedidos y pedidos.
Intereses, que la mucha devocion hizo como fiestas de precepto.
Intenciones doradas como píldoras, pero más amargas y ménos provechosas.
Ingerto de pobreza y vanidad, cuya fiesta son trampas y deudas.

J. *Jueces* en los tribunales, no en las leyes.

J. *Judíos* de crucifijo y sin Moisés.

Jorobados de conciencia.

L. *Ladrones* de privilegio, como son las despensas á quien no se atreven alguaciles, si bien por serlo ellos de solar conocido, se les debe el primer lugar.

Lisonjas que pudieran, como jilguerillos, encerrarse en jaulas, á no haberlas menester los que las escuchan.

Leyes de calidad de maná, que saben á todo lo que los jueces quieren.

M. *Maridos* de anillo, como obispos, y que no ménos merecen mitra.

Madres que se comen sus hijas, ó el precio por que las venden, que es lo mismo.

Minas de diamantes, con nombres de asientos, para genoveses.

Mujeres hombres y hombres mujeres, en acciones y pelillos.

Muñecos vivos y andantes.

Muletas, de condicion que andan en dos piés y solas.

N. *Narcisos* ahogados en el agua de su propia estimacion.

Narices y estómagos á prueba de mondongo y más.

Necios con máscara de discretos, porque á su lado, como ceros, se acreditan.

O. *Oficio* de tantas ensanchas, que es mayor la circunstancia que el pecado.

Ojos engastados en soplillos; que ya enamoran las damas con ojos como puentes, y con dejarse pasar.

Obligados de novelas y mentiras, más seguros que las de Niseno.

P. *Pretendientes* paralíticos, que no sanan por no tener hombres, y algunos por no tener mujeres.

Poetas de diferentes estofas, pero todos envergonzantes.

P. *Pintores* de escoba y brocha gorda.
Putas, ambigui generis.

Q. *Quejosos*, maldicion forzosa, como bendicion de pobres, que nunca puede faltar.

R. *Rosario* de regadío, oraciones de soñoliento.
Relojes como tribunales, que se apela de unos á otros, aunque los más atrasados son los más finos fijos en la noche.
Resoluciones dudosas.

S. *Sastres* de vidas ajenas, que cortan con la imaginacion y cosen con almaradas.
Sobornos por procuradores, con que se asegura el buen despacho.
Sotanillas arremangadas como bigotes.
Sirenas de respingon y de bolsa, que cantan en la mano.

T. *Traspiés*, mayormente en palacio.
Tardíos y costosos desengaños.
Tomar siempre y por siempre, como mandamiento positivo.

V. *Vinos* con aguas, como chamelotes.
Valientes de guarda-mano, que fian más de la de los piés.
Vanidad con harapos de mendigo y cetro de caña.
Verdades como delincuentes retraidos en la iglesia, porque no se hallan sino es en los confesonarios.
Vergüenza perdida, y pocas veces hallada.

✝. El *Christus* se nos olvidó al principio del *A*, *B*, *C*, que no fuera nuevo estar entre ladrones.

DESENFADOS Y JUGUETES.

LIBRO DE TODAS LAS COSAS Y OTRAS MUCHAS MÁS,
COMPUESTO POR EL DOCTO Y EXPERIMENTADO EN TODAS MATERIAS
EL ÚNICO MAESTRO MALSABIDILLO,
DIRIGIDO Á LA CURIOSIDAD DE LOS ENTREMETIDOS,
Á LA TURBAMULTA DE LOS HABLADORES,
Y Á LA SONSACA DE LAS VIEJECITAS.

PRIMER TRATADO.

Secretos espantosos y formidables, experimentados, tan ciertos y tan evidentes, que no pueden faltar jamás.

ADVERTENCIA AL LECTOR.

Curioso lector ó desaliñado, que no importa más lo uno que lo otro para el efeto de mi obra, esta primera página contiene las admirables y estupendas proposiciones, en que podrás escoger la maravilla que quisieres obrar, mirando el número que tiene delante, y buscándole en la siguiente página, donde está el modo de hacerlo. Y no te espante el prodigio que ofrece la pregunta; que todo lo hallarás fácil en viendo la respuesta.

TABLA DE PROPOSICIONES.

1. Para que se anden tras tí todas las mujeres hermosas; y si fueres mujer, los hombres ricos y galanes.

2. Para ser bien recibido donde quiera; y es infalible.

3. Para que cualquier mujer ó hombre que bien te pareciere, seas hombre ó mujer, luego que te trate, se muera por tí.

4. Para que con sólo haber hablado á una mujer, te siga adonde quiera que fueres.

5. Para hacerte invisible, y que aunque entres entre mucha gente, ninguno te pueda ver. Y encomiéndote por el sumo Señor, que te hizo, tan alto secreto, por el daño que puede resultar si se divulgase en ladrones y adúlteros y presos y enemigos.

6. Para que hombres y mujeres te otorguen cuanto pidieres.

7. Para ser rico y tener dinero.

8. Para alcanzar cualquiera mujer en un momento, y es certísimo.

9. Para que no se te rompa ningun vestido que trujeres.

10. Para que no se te vaya el alcon, aunque le sueltes: y es probado.

11. Para no tener dolor de muelas jamás.

12. Para no encanecer ni envejecer nunca.

13. Para tener hijos la más estéril mujer del mundo.

14. Para que no te hurten los sastres.

15. Para no morirse jamás.

16. Para no morir sin confesion.

17. Si quieres que el caballo que tuvieres revuelva á todas manos.

18. Para tener grandes cargos en la república.

19. Para verte en altos puestos en breve tiempo.

20. Para ser tenido.

21. Para no envejecer, seas mujer ó hombre.

22. Para que aunque seas calvo, no lo puedas parecer, sin cabellera ni casquete.

23. Para que todos los pleitos salgan en tu favor.

24. Para que te duren poco las enfermedades.

25. Para que no te piquen las chinches de noche.

26. Si quieres ser bienquisto.

27. Para no confesar en el tormento: y es certísimo. No lo comuniques, por los ladrones y delincuentes.

28. Para quitarte los grillos y las prisiones en la cárcel, por grandes que sean.

TABLA DE SOLUCIONES.

1. Andate tú delante dellas.

2. Da donde quiera que entrares, y serás tan bien recibido, que te pese.

3. Sé el médico que la cures, y es probado, pues cada uno muere del médico que le da al tabardillo ó mal que le dió.

4. Húrtala lo que tuviere, y te seguirá hasta el cabo del mundo, sin dejarte á sol ni á sombra.

5. Sé entremetido, hablador, mentiroso, tramposo, miserable, y nadie te podrá ver más que al diablo.

6. Pídeles á ellas que te quiten lo que tienes, y á ellos que no te den nada, y te lo otorgarán todo.

7. Si los tienes, tenerlos; y si no, no desearlos, y serás rico.

8. Aguija si anda, y corre si aguija, y vuela si corre, y la alcanzarás.

9. Rásgale tú primero, y es cierto.

10. Pélalo cañon á cañon, y lo verás claro.

11. No las tengas, y es un ahorro que parece muy mal á las quijadas.

12. Muérete cuando muchacho ó recien nacido.

13. Conciba, y pára, y críelos, y no los suelte,—y los tendrá.

14. No hagas de vestir con ellos, y no hay otro remedio.

15. No seas necio, que estos solos son los que se mueren; que á los desgraciados mátanlos las heridas, y á los enfermos mátanlos los médicos; y los necios sólo se mueren á sí mismos.

16. Haz delitos de muerte y confiésalos, y morirás confesado.

17. Pónle dos dias con un escribano, y revolverá á todas manos, y áun á todo el mundo.

18. Fuerza doncellas, hurta casadas, mata clérigos, roba iglesias; que no hay mayores cargos.

19. Andate de cuesta en cuesta y de cerro en cerro.

20. Déjate agarrar y asir.

21. Andate al sol en el verano y al sereno en el invierno; no tengas paz con tus huesos; púdrete de todo; come fiambre y bebe agua; no descanses de dia ni de noche, por andar en lo que no te va ni te viene: que como esta no es vida para llegar á viejos, conseguirás el no serlo.

22. Ten sombrero perdurable y de por vida, y no te le quites áun para dormir; y si otro te quitare el sombrero, remítete á la cabezada y á la reverencia; y si por esto te dijeren que eres descortés, di que más vale ser descortés que calvo; y si por descortés riñeren contigo y te mataren, tambien vale más ser muerto que calvo, y procura morir con tu sombrero como tu habla.

23. No pagues al abogado, ni al procurador, ni á los oficiales; que eso es lo que se pierde siempre sin remedio, y en eso vas condenado cada dia y cada hora. Y si pagando á los susodichos tienes sentencia en tu favor, tienes dinero en contra; y si tienes sentencia en contra, tambien. Y advierte que ántes que se contesten las demandas, son los pleitos sobre si mi dinero es mio ó del otro; y en em-

pezándose, es sobre que no sea del otro ni mio, sino de los que nos ayudan á entrambos.

24. Llama á tu médico cuando estás bueno, y dale dineros porque no estás malo; que si tú le das dinero cuando estás malo, ¿cómo quieres que te dé una salud que no le vale nada, y te quite un tabardillo que le da de comer?

25. Acuéstate de dia, y es probado.

26. Présta y no cobres; da, convida, sufre, padece, sirve, calla, y déjate engañar.

27. Negar todo cuanto te preguntaren.

28. Págaselo muy bien al alcaide y es probado.

TRATADO DE LA ADIVINACION POR QUIROMANCÍA, FISONOMÍA Y ASTRONOMÍA.

Señales de agua: Ver llover, no tener para vino, ahogarse en ella.

Señales de sereno: Catarros á la mañana, reumas y dolor de muelas.

La Luna en los Peces significa que está de viérnes: menguará, y andarán linternas de noche.

Todas las veces que la Luna está en el Toro, es cierto que entre los dos hay cuatro cuernos: saldrá el sol por la mañana.

Las Lunas viejas son las que hacen las malas noches en invierno, y se gastan en enseñar á gruñir los vientos y á murmurar á los vientecicos.

Júpiter en Libra parecerá tendero: denota invierno y verano en el año.

Vénus con Géminis, que es signo ungüente, es señal que tiene llagas: miren por sí los boticarios.

Júpiter en el Carnero estará como hueso de muerto: denota melancolía en los presos.

Saturno en Capricornio amenaza casados mollares.

Mercurio en el Leon parecerá medio ochavo: causará

enfermedades, si hay melones y pepinos, y se bebe agua, y morirán los que enfermaren, si los curan los médicos.

La Luna en la cabeza del Dragon significa que el Dragon tiene cabeza.

Luna llena no cabe nada más, y es aforismo de Hérmes.

Eclipse solar es eclipse hidalgo: promete escuridad miéntras durare, y mentiras de astrólogos, creidas de necios y temidas de poderosos y ricos.

Cometa con cola es cierto, si se llegan á ella, que se pegará. Denota muchas bocas abiertas, nueces de gaznates empinadas, y ojos de puntillas para verla. Y si fuere crinita, morirán sin duda aquel año todos los reyes que Dios quisiere.

Conjuncion magna: habrá encuentros de reyes en las barajas, jugando á la carteta; muchas muertes en los rosarios, y durarán sus efetos hasta que se rompan. Ptolomeo y Magino y Origano.

CAPÍTULO DE LOS AGÜEROS.

Si vas á comprar algo, y al ir á pagar no hallas la bolsa adonde llevabas el dinero, es agüero malísimo, y no te sucederá bien la compra.

Si vas á reñir y se te cae la espada, es mejor que no si se te cayeran las narices. Pero si riñendo se te cae y te rompen la cabeza, es mal agüero para tu salud, y bueno para el cirujano y alguacil.

Si al salir de tu casa vieres volar cuervos, déjalos volar, y mira tú dónde pones los piés.

El mártes es dia aciago para los que caminan á pié y para los que prenden.

Si se te derrama el salero, y no eres Mendoza, véngate del agüero, y cómetele en los manjares. Y si lo eres, levántate sin comer, y ayuna el agüero como si fuera santo:

que por eso se cumple en ellos el agüero de la sal, porque siempre sucede desgracia, pues lo es no comer.

Dias aciagos y horas menguadas son todos aquellos y aquellas en que topan al delincuente el alguacil, el deudor al acreedor, el tahur al fullero, el príncipe al adulador, el mozo rico á la ramera astuta.

Tres cosas las mejores del mundo aborrecen sumamente tres géneros de gentes: la salud los médicos, la paz los soldados, la verdad algunos escribanos y letrados.

CÓMO SE HAN DE HACER LAS COSAS Y EN QUÉ DIAS, PARA QUE TE SUCEDA BIEN.

Domingo reina el Sol; es dia á propósito para comer á costa ajena, y no hace mal, aunque sea algo más de lo ordinario; porque segun Hipócrates y Galeno, no son dañosos los ahítos de balde, y está el Sol en su casa, y tú en la del otro.

Lúnes compra todo lo que hallares á ménos precio ó de balde.

Mártes toma todo lo que te dieren, y no repares en cumplimientos, que es dia de Marte; y si lo haces, te mirará en el arrepentimiento de mal aspecto.

Miércoles pide á Dios y á ventura, que quizá toparás con alguno á quien Mercurio, tocado de la vanidad, incline á darte lo que tuviere.

Juéves es dia á propósito para no creer nada que te digan los aduladores.

Viérnes es buen dia para huir del acreedor, y de la ejecucion, y de la embestidura meridiana de los panzas al trote.

Sábado es buen dia para levantarte tarde, andar despacio, comer caliente, hablar mucho y vestir ancho y calzar holgado; que es Saturno viejo y amigo de su comodidad, y tiene gota, como sale de Acuario y no se ha enjugado.

DE LA FISONOMÍA.

Todo hombre que tuviere el cabello ensortijado, negro y recio, dará más que hacer á los barberos; y el que criare piojos, se rascará á menudo la cabeza.

Todo hombre calvo no tendrá pelo, y si tuviere alguno, no será en la calva. A éstos, si son barbados, les reluce el casco, y parecen sus caras cabezas con el pelo, y sus cabezas caras sin él.

Todo hombre de frente chica y arrugada parecerá mono, y será ridículo para los que le vieren.

El que tuviere la frente ancha, tendrá los ojos debajo de la frente, y vivirá todos los dias de su vida; y esto es sin duda.

Quien tuviere nariz muy larga, tendrá más que sonar, y buen apodadero.

El de narices meñiques y romas, llamadas narigueta, que hay algunos que las tienen tan pequeñas que apénas se las puede hallar en la cara el mal olor, son hombres aunque parecen otra cosa, y en vida empiezan á hacer diligencias para calaveras. No son coléricos, porque por milagro se les sube el humo á las narices, como no se las halla.

Boca grande de oreja á oreja significa tarasca ó alnafe, y mucha espuma sin freno. Y estos paran bien, porque no sólo no son desbocados, pero son boca todos.

Boca pequeña y fruncida, que hace hocico de huron y parece oido, denota escuridad en los dientes, y es como tener encías con saetera en lugar de ventana.

Boca en almíbar con humedad de balsa, que habla con perdigones y razona con zumo, ondeada de jabonaduras, con la risa nadando en salivas, más necesidad tiene de enjugador que de requiebro.

El que tiene manos muy grandes tendrá grandes dedos,

y diez uñas en entrambas; y el que tuviere mucha mano, privará; y muchas manos, será valiente; y por el contrario.

Ojos vivos no huelen mal, y relucen; los pequeños tienen niñas, y los grandes mozas.

Ojos verdes y azules parecen pájaras, y no mujeres.

Ninguna mujer que tuviere buenos ojos y buena boca y buenas manos, puede ser hermosa ni dejar de ser una panasma; porque en preciándose de ojos, tanto los duerme, y los arrulla, y los eleva, y los mece y los flecha, que no hay diablo que la pueda sufrir.

Si tiene buenas manos, tanto las esgrime y las galopea por el tocado, tecleando de araña el pelo y haciendo corvetas con los dedos por lo más fragoso del moño, que amohinará los difuntos. Pues considérame la de buenos dientes, arregazados los labios, con todas las muelas y dientes desenvainados, y en púribus los colmillos, muy preciada de regaño de mastin, y á pique del alma condenada, y vereis cuánto mejor es un neguijon fruncido, y unos ojos rezmellados y una mano de mortero, contenta con ser mano, sin introducirse en revoloteos, en sonajas, en pinzas y en taravilla de bullicios.

Mujer con cara podrida como olla, donde hay, con hocico de puerco y carne de vaca, de todo en la escarapela de facciones, más preciada de bien prendida que los que están en los calabozos; dama de la cárcel, muy presumida de los alfileres, pretendiendo pasar por lindeza lo bigarrado,—de puro bien prendida, merece que no la suelten las pascuas. Y pues todo su caudal es ser solamente bien prendida, es razon que la llamen doña Escariote, y que sea conocida por el prendimiento, como Júdas.

Mujer tarasca y delincuente de cara, muy revesada de ojos, muy gótica de narices, muy ética de labios, muy penitente de mejillas, muy escura de encías, con dentadura de raja, y frente tan angosta que el cabello sirve de cejas,—si retrujere estas bellaquerías vivas en lo discreto,

cuando pida se le ha de dar audiencia, y no joya; tenga cátedra, y no amante. Alábensele las cláusulas y las dotrinas, no el talle ni el rostro; tenga lugar en las librerías, y no en las voluntades. Y porque conviene que con ella se gaste muy poco tiempo, queremos que en las visitas, ya que no sea oida ni vista, sea sólo oída, y la vista huida.

Unas viejas en duda, que se usan, que se toman de los años como del vino, y andan diciendo que la falta de dientes es corrimiento, y que las arrugas son herencia, y las canas disgustos, y los achaques pegados, y por no parecer huérfanas de la edad, llaman mal de madre el que es mal de agüela,—decimos que se les dé para su sustento una plaza de dueñas; que con esto serán viejas, y no dejarán ser mozas á las niñas á puros chismes, y tendrán venganza, ya que no pueden remedio. Y las graduamos de mujeres de bacinica, que piden para las otras.

Las mujeres que tienen las cejas en arco, y no ballesta, tendrán dos pestañas en cada ojo, y serán bien miradas si las miran bien.

En viendo un tuerto, puedes juzgar por esta ciencia que le falta un ojo.

Los bizcos son tuertos en duda, que no se sabe de qué ojo lo son.

El hombre zurdo sabe poco, porque áun no sabe cuál es su mano derecha; pues la una lo es en el lugar, y la otra en el oficio. Es gente de mala manera; porque no hace cosa á derechas.

Hombre corcovado no le trates, y júzgale por mal inclinado, pues lo anda con la corcova.

Capon, que ni es hombre ni mujer, y parece entrambas cosas, es gente intratable, que ni merece ser hombre ni se atreve á ser dueña.

Quien tuviere pequeño pié, ese sin duda calzará ménos zapato, y tendrá ménos zancajos que le roan los maldicientes.

Pié grande, que los gallegos llamán pata, si el que le tuviere dice riñendo que meterá á otro en un zapato, lo podrá cumplir sin ser valiente.

QUIROMANCÍA O ARTE DE ADIVINAR POR LAS RAYAS DE LAS MANOS, EN UN CAPÍTULO BREVE.

Todas las rayas que vieres en las manos, oh curioso lector, significan que la mano se dobla por la palma y no por arriba, y que se dobla por las junturas; y por eso están las grandes en las coyunturas, y desas, como es cuero delicado, resultan las otras menudas. Y para ver que esto es así, mira que en el pescuezo y frente, caderas, corvas y codos y sangraduras y nalgas, por donde se arruga el pellejo, y en las plantas de los piés hay rayas. Y así habia de haber, si fuera verdad (como hay quirománticos), nalguimánticos, y frontimánticos, y codimánticos, y pescuecimánticos y piedimánticos.

PARA SABER TODAS LAS CIENCIAS Y ARTES MECÁNICAS Y LIBERALES EN UN DIA.

Si quieres saber todas las lenguas, háblalas entre los que no las entienden, y está probado.

Si escribes comedias y eres poeta, sabrás guineo en volviendo las rr ll, y al contrario: como Francisco, *Flancico;* primo, *plimo.*

Si quieres saber vizcaíno, trueca las primeras personas en segundas, con los verbos, y cátate vizcaíno: como *Juancho, quitas leguas, buenos andas vizcaíno;* y de rato en rato su *Jaungoicoá.*

Morisco hablarás casi con la misma adjetivacion, pronunciando muchas xx ó jj: como *espadahan de jerro, boxanxé, Xorriquela* y *Mondoxas, mera boxanxé;* y así en todo.

Frances, en diciendo *bu*, como niño que hace el coco; *bon compere*, y nombrando *macarelage*, sin desuidarte de decir la *Francia*, *musiur* y *madama*, está acabado.

Italiano es más fácil, pues con decir *vitela*, *signor sí*, *corpo dil mondo*, y saber el refran de *pian pian si fa lontan*, y pronunciando la ch, ce, y la ce, che, está sabida la lengua.

Aleman y flamenco es lengua breve, pues se aprende en un *brindis*, *gotis*, *guen*, *garhaus mempiat*, *menestiat*. Y para tratar de guerra, en diciendo *pais*, *duna* y *dique*, no hay más que descar.

La arábiga no es menester más de ladrar, que es lengua de perros, y te entenderán al punto.

Griego y hebreo, como todos los que lo saben lo saben sobre su palabra, por sólo que ellos dicen que le saben, dilo tú y sucederáte lo mismo.

Dejo de tratar de la jerigonza y germanía, por ser cosa que puedes aprender de los mozos de mulas.

Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijon de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga, y en verano sombrerazo de tafetan. Y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres dotor; y si andas á pié, aunque seas Galeno, eres platicante. Oficio docto, que su ciencia consiste en la mula.

La ciencia es esta: dos refranes para entrar en casa; el *qué tenemos* ordinario, *venga el pulso*, inclinar el oido, *¿ha tenido frio?* Y si él dice que sí primero, decir luego: «Se echa de ver. ¿Duró mucho?» Y aguardar que diga cuánto, y luego decir: «Bien se conoce. Cene poquito, escarolitas; una ayuda.» Y si dice que no la puede recebir, decir: «Pues haga por recibilla.» Recetar lamedores, jarabes y purgas, para que tenga que vender el boticario, y que padecer el enfermo. Sangrarle y echarle ventosas; y hecho esto una vez, si durare la enfermedad, tornarlo á hacer hasta que ó acabes con el enfermo ó con la enfermedad. Si

vivo y te pagan, di que llegó tu hora; y si muere, di que llegó la suya. Pide orines, haz grandes meneos, míralos á lo claro, tuerce la boca. Y sobre todo advierte que traigas grande barba, porque no se usan médicos lampiños, y no ganarás un cuarto si no pareces limpiadera. Y á Dios y á ventura, aunque uno esté malo de sabañones, mándale luego confesar, y haz devocion la ignorancia. Y para acreditarte de que visitas casas de señores, apéate á sus puertas, y éntrate en los zaguanes, y orina y tórnate á poner á caballo; que el que te viere entrar y salir, no sabe si entraste á orinar ó no. Por las calles vé siempre corriendo y á deshora, porque te juzguen por médico que te llaman para enfermedades de peligro. De noche haz á tus amigos que vengan de rato en rato á llamar á tu puerta en altas voces para que lo oiga la vecindad: «Al señor dotor que lo llama el duque; que está mi señora la condesa muriéndose; que le ha dado al señor obispo un accidente;» y con esto visitarás más casas que una demanda, y te verás acreditado, y tendrás horca y cuchillo sobre lo mejor del mundo.

Para ser caballero ó hidalgo, aunque seas judío y moro, haz mala letra, habla despacio y recio, anda á caballo, debe mucho y véte donde no te conozcan, y lo serás.

Si quieres ser letrado almendruco por madurar, que hagas mal á los pleitos, y tus alegaciones sepan á madera,—ten de memoria los títulos de los libros, dos párrafos y dos textos; y esto acomoda á todas las cosas, aunque sea sin propósito. A todas las cosas que te dijeren, di que hay ley expresa, que habla en propios términos. Si abogares, da muchas voces, y porfía; que en las leyes el que más porfía, tiene (si no más razon) más razones. A todos di que tienen justicia, por desatinos que pidan. Y sabe cierto que no hay hoy disparate en el mundo tan grande, que no tenga ley que lo apoye. Y mira si hay mayor disparate que no beber vino y no comer tocino, y tiene la ley de Mahoma

que lo abone. Si no entendieres las relaciones que te hicieren de los pleitos, di que ya estás al cabo y harto de vocear el mismo caso en la chancillería. No te olvides de la ley del reino que está en romance, y ten en la memoria á Panormitano y Abad. Podrás alegar al *cierto jurisconsulto* y al *otro*, y algun refrancico; que al fin son evangelios abreviados. Y sobre todo, tendrás en tu estudio libros grandes, aunque sean de solfa ó caballerías, que hagan bulto; y algunos procesos, aunque los compres de las especerías y tiendas de aceite y vinagre. Si dijeres algo por auténtico, y te apretaren á decir en qué autor lo viste, di que en Carolo Molineo ántes que le vedaran; que por estar vedado no se podrá averiguar; ó inventa un autor de *Consejos*, pues salen nuevos cada dia. Y no te olvides de traer chinelas, y gorra, y capa con capilla, por quien Dios es.

Si quieres ser alquimista y hacer de las piedras, hierbas, estiércol y aguas oro, hazte boticario ó herbolario, y harás oro de todo lo que vendieres. Y guárdate de quemar metales y sacar quintas esencias; que harás del oro estiércol, y no del estiércol oro.

Y si quisieres ser autor de libros de alquimia, haz lo que han hecho todos, que es fácil, escribiendo jerigonza: «Recibe el rubio y mátale, y resucítale en el negro. Item, tras el rubio toma lo de abajo y súbelo, y baja lo de arriba y júntalos, y tendrás lo de arriba.» Y para que veas si tiene dificultad el hacer la piedra filosofal, advierte que lo primero que has de hacer es tomar el sol, y esto es dificultoso, por estar tan léjos. Hazte mercader, y harás oro de la seda; y tendero, y harásle del hilo, agujas y aceite y vinagre; librero, y harás oro de papel; ropero, del paño; zapatero, del cuero y suelas; pastelero, del pan; médico, de las cámaras harás oro, y de la inmundicia; y barbero, y lo harás de la sangre y pelos. Y es cierto que solos los oficiales hacen hoy oro y son alquimistas, porque los demas ántes lo deshacen y gastan.

Para ser toreador sin desgracia ni gasto, lo primero caballo prestado, porque el susto toque al dueño, y no al toreador; entrar con un lacayo sólo, que por lo ménos dirán que es único de lacayo; andarse por la plaza hecho caballero antípoda del toro; si le dijeren que cómo no hace suertes, diga que esto de suertes está vedado. Mire á las ventanas, que en eso no hay riesgo. Si hubiere socorro de caballero, no se dé por entendido. En viéndole desjarretado entre pícaros y mulas, haga puntería y salga diciendo siempre: «No me quieren;» y en secreto diga: «Pagados estamos.» Y con esto toreará sin toros y sin caballos.

Si quieres, aunque seas un pollo, ser respetado por valiente, anda con mareta, habla duro, agobiado de espaldas, zambo de piernas, trae barba de ganchos y bigotes de guardamano, y no levantes la habla de la cama sin vaharada del trago puro; habla poco, que ya no tienen por valientes sino á los que callan. Di cuando estés vestido, que estás atravesado por mil partes. Brinda en los banquetes al ánima de Pantoja y á la honra de Escamilla y Roa. Sé cuerdo en las pendencias y loco en los banquetes, colérico en las paces y flemático en las véras; y de cuando en cuando achácate entre los amigos un herido ó dos de los que otros mojaren. Y con esto no tendrá tanta opinion como tú ningun tabardillo.

AGUJA DE NAVEGAR CULTOS, CON LA RECETA PARA HACER SOLEDADES EN UN DIA: Y ES PROBADA.—CON LA ROPERÍA DE VIEJO DE ANOCHECERES Y AMANECERES, Y LA PLATERÍA DE LAS FACCIONES PARA REMENDAR ROMANCES DESARRAPADOS.

RECETA.

Quien quisiere ser culto en sólo un dia,
aprenderá (aprenderá) gonza siguiente:
Fulgores, arrogar, jóven, presiente,
Candor, construye, métrica armonía;

Poco mucho, si no, purpurácea,
Neutralidad, conculca, erige, mente
Pulsa, ostenta, librar, adolescente,
Señas traslada, pira, frustra, hazaña,
Cede, impide, cisuras, pelulante,
Palestra, liba, meta, argento, alterna,
Si bien, disuelve, émulo, canoro.
Use mucho de *líquido* y de *errante*,
Su poco de *nocturno* y de *caverna*,
Anden listos *livor*, *adunco*, y *poro*;
Que ya toda Castilla
Con sola esta cartilla
Se abrasa de poetas babilones,
Escribiendo sonetos confusiones;
Y en la Mancha pastores y gañanes,
Atestadas de ojos las barrigas,
Hacen ya cultedades como migas.

EJEMPLO HERMAFRODITO: ROMANCE LATIN.

Yace clausulas de perlas,
Sino rima de clavel,
Dynasta de la belleza,
Que ya cataclysmo fué,—
Un tugurio de pyropos,
Ojeriza de Zalé,
Poca porcion que secuestra
Corusca favila al bien;
Pórtico donde rubrica
Al múrice Tyrio el ver,
Tutelar padron del alma,
Aura genitiva en él.

Y despues que el aprendiz de culto se ha dado por vencido, y dicho que es la piedra filosofal, ó el fénix, ó la aurora, ó el pelícano, ó la carantamaula,—es un romance á la boca de una mujer en toda cultedad.

Esto es más fácil que pedir prestado.

Pues siendo todo lo que escriben (los cultos tales, no los finos) anocheceres y amaneceres,—con irse á la ropería

de los soles, se hallan auroras hechas, que les vienen como nacidas ó cualquier mañanita, con sus *nácares* y *ostres*, *leche* y *grana*, y *empañado el dia en mantillas de oro*; *cunas rosadas*, y *llorares de perlas* y *de aljófar*;

Las flores *salvas*, *búcaros* las hierbas,
Que bebe el sol, que chupa, ó que las lame.
Anocheceres, lutos
De sombras y bayetas de la noche:
Cadáver de oro, y tumbas del ocaso
En ataud de fuego.
Exequias de la luz, y despavilos:
Capuces turquesados, y árgos de oro;
Mundo viudo, huérfanas estrellas;
Triforme diosa, carros del silencio;
Soñolienta deidad, émula á Febo.

En la platería de los cultos hay hechos *cristales fugitivos* para arroyos, y *montes de cristal* para las espumas, y *campos de zafir* para los mares, y *márgen de esmeraldas* para los praditos. Para las facciones de las mujeres hay *gargantas de plata bruñida*, y *trenzas de oro* para cabellos, y *labios de coral y de rubíes* para jetas y hocicos, y *alientos de ámbar* (como pomos) para resuellos, y *manos de marfil* para garras, *pechos de diamantes* para pechos, y *estrellas coruscantes* para ojos, y infinito *nácar* para mejillas; aunque los poetas hortelanos todo esto lo hacen de verduras, atestando los labios de *claveles*, las mejillas de *rosas y azucenas*, el aliento de *jazmines*. Otros poetas hay charquías, que todo lo hacen de nieve y de hielo, y están nevando de dia y de noche, y escriben una mujer puerto, que no se puede pasar sin trineo y sin gaban y bota: manos, frente, cuello y pecho y brazos, todo es perpétua ventisca y un Moncayo.

Con esto, y con gastar mucho Calepino sin qué ni para qué, serás culto, y lo que escribieres oculto, y lo que hablares lo hablarás á bulto. Y Dios tenga en el cielo el cas-

tellano y le perdone. Y Lope de Vega á los clarísimos nos tenga de su verso.

Miéntras por preservar nuestros pegasos
Del mal olor de culta jerigonza,
Quemamos por pastillas Garcilasos.

ALABANZAS DE LA MONEDA.

El dinero para hermoso tiene blanco y amarillo, para galan tiene claridad y refulgencia, para enamorado tiene saetas como el dios Cupido, para avasallar las gentes tiene yugo y coyundas, para defensor tiene castillos; para noble, leon; para fuerte, colunas; para grave, coronas; y al fin, para honra y provecho lo tiene todo.

El dinero tiene tres nombres: el uno por fuerte, el otro por útil, el otro por perfecto. Por fuerte se llama moneda, que quiere decir municion y fortaleza; por útil se llama pecunia, que quiere decir pejugal ó granjería gananciosa; y por perfecto se llama dinero, tomando su apellido del número deceno que es el más perfecto.

CONFESION DE LOS MORISCOS.

Yo picador, macho herrado, macho galopeado, me confieso á Dios barbadero y á soneta María tampoco y al bien trobado san Miguelecajo y al bien trobado san Sanchez Batista, y á los sonetos apóstatas san Perro y san Palo, y á vos padre espertual, daca la culpa, toma la culpa. Vuélvome á confesiar á todos estos que quedan aquí detras, y á vos padre espertual, que estás en lugar de Dios, me deis pestilencia de mis pescados, y me sorbais dellos, amén sua.

XIX.

ÍNDICE.

HISTORIA DE LA VIDA DEL BUSCON LLAMADO DON PABLOS.

Libro primero.

Págs.

I. En que cuenta quién es y de dónde..... 1
II. De cómo fuí á la escuela y lo que en ella me sucedió..... 4
III. De cómo fuí á un pupilaje por criado de don Diego Coronel..... 9
IV. De la convalecencia y ida á estudiar á Alcalá de Henares..... 16
V. De la entrada en Alcalá y burlas que me hicieron por nuevo..... 22
VI. De las crueldades del ama, y travesuras que yo hice..... 28
VII. De la ida de D. Diego, y nuevas de la muerte de mis padres, y la resolucion que tomé en mis cosas para adelante..... 36
VIII. Del camino de Alcalá para Segovia, y lo que me sucedió en él hasta Rejas, donde dormí aquella noche..... 39

Págs.

IX. De lo que me sucedió hasta llegar á Madrid, con un poeta..... 44
X. De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar en Cercedilla, donde dormí... 47
XI. Del hospedaje de mi tio, y visitas; la cobranza de mi hacienda, y vuelta á la corte..... 56
XII. De mi huida, y los sucesos en ella hasta la corte..... 62
XIII. En que el hidalgo prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres..... 65

Libro segundo.

I. De lo que me sucedió en la corte luégo que llegué hasta que anocheció..... 71
II. En que se prosigue la materia comenzada y otros raros sucesos..... 74
III. En que prosigue la materia, hasta dar con todos en la cárcel..... 83
IV. En que se describe la cárcel y lo que sucedió en ella hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza, y yo en fiado..... 85
V. De cómo topé posada, y la desgracia que me sucedió en ella..... 92
VI. En que prosigue lo mismo con otros varios sucesos..... 96
VII. En que se prosigue el cuento con otros sucesos y desgracias..... 101
VIII. De mi cura y otros sucesos peregrinos..... 109
IX. En que me hago representante, poeta y galan de monjas, cuyas propiedades se descubren lindamente..... 114

Págs.

X. De lo que me sucedió en Sevilla hasta embarcarme á Indias..... 123

LOS SUEÑOS DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Dedicatoria. A ninguna persona de todas cuantas Dios crió en el mundo..... 131
A los que han leido, y leyeren..... 132
Advertencia de las causas de esta impresion..... 133
El sueño de las calaveras..... 135
El alguacil alguacilado..... 147
Las zahurdas de Pluton..... 161
El mundo por de dentro..... 203
Visita de los chistes..... 223
Casa de locos de amor..... 267

EL ENTREMETIDO Y LA DUEÑA Y EL SOPLON..... 281
LA HORA DE TODOS Y LA FORTUNA CON SESO..... 331

DISCURSOS FESTIVOS.

Premáticas y aranceles generales.—Premática que este año de 1600 se ordenó por ciertas personas deseosas del bien comun y de que pase adelante la república, sin tropezar ni usar de bordoncillos inútiles, pues se puede andar sin ellos y por camino llano, con las conversaciones y en el escri-

Págs.

bir de cartas, con que algunos tienen la buena prosa corrompida y enfadado al mundo 439
Premáticas y aranceles generales, por D. Francisco de Quevedo Villegas, poeta de cuatro ojos..... 444
Premáticas del desengaño contra los poetas güeros. 456
Premática del tiempo..... 458
Invecticas contra los necios.—Genealogía de los modorros 471
Desposorios entre el casar y la juventud, de don Francisco de Quevedo y Villegas 483
Orígen y definiciones de la necedad, con anotaciones y algunas necedades de las que se usan; su autor D. Francisco de Quevedo..... 485
Cosas que se cuentan de la corte y de áun fuera de ella.—Cartas del Caballero de la Tenaza, donde se hallan muchos y saludables consejos para guardar la mosca y gastar la prosa..... 497
Capitulaciones de la vida de la corte, y oficios entretenidos en ella 509
Capitulaciones matrimoniales..... 525
Carta de un cornudo á otro, intitulada el siglo del cuerno..... 531
Memorial de D. Francisco de Quevedo pidiendo plaza en una academia, y las indulgencia concedidas á los devotos de monjas, que le mandaron escribir ínterin vacaban mayores cargos..... 534
Carta á la Retora del colegio de las Vírgenes..... 537
Cosas más corrientes de Madrid y que más se usan: por alfabeto 538
Desenfados y juguetes 543

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024327804

0 5917 3024327804